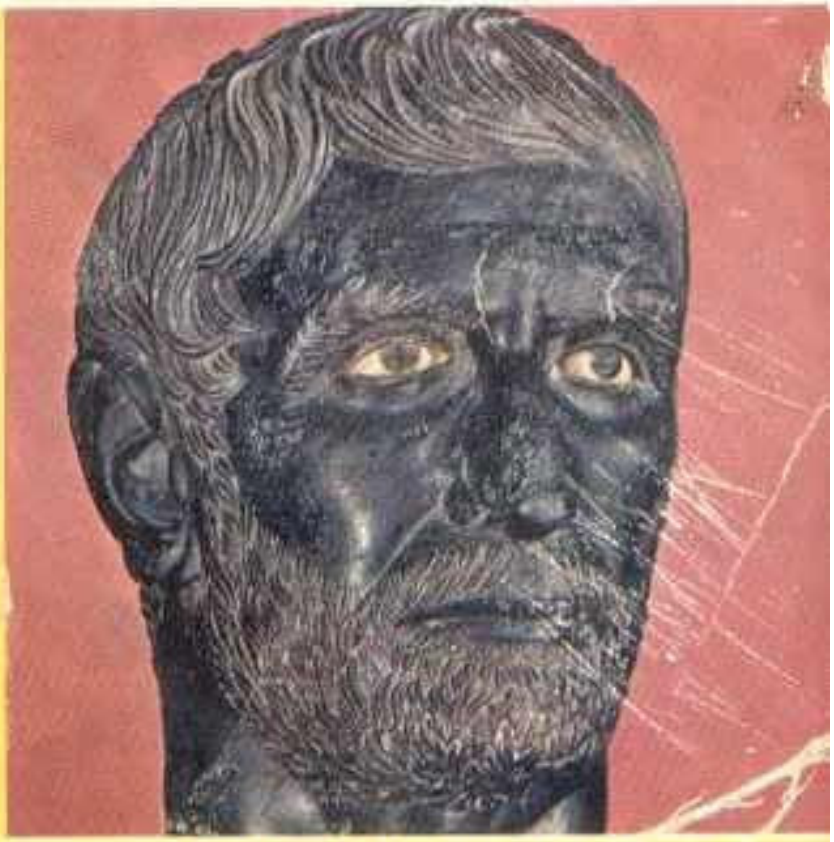
HISTORIA UNIVERSAL

ROMA



CARL GRIMBERG

HISTORIA UNIVERSAL

CARL GRIMBERG

TOMO III

ROMA

LA ROMA LEGENDARIA....9
FUNDACIÓN Y EXPANSIÓN DE ROMA....9
Rómulo y Remo....9
El rapto de las Sabinas....11
La leyenda de los reyes romanos....12
Horacio Cocles y Mucio Escévola....14
LUCHAS ENTRE PATRICIOS Y PLEBEYOS....15
Los Patricios....15
Los Plebeyos....18
Retirada al Monte Sagrado....19
Coriolano....20
La Ley de las Doce Tablas....21
Tregua en la Lucha Social....21
Cincinato, un dictador modelo....22
Los galos destruyen Roma....23
Un pueblo de campesinos....25
Familia y religión en la roma antigua....26
Lo que sabemos de cierto sobre la Roma primitiva....28
LA CONQUISTA DE ITALIA....29
- **Sumisión del Lacio**....30
- **Las guerras samnitas**....31
- **La expedición del rey Pirro**....32
- **Pirro, en Sicilia**....35

LAS GUERRAS PÚNICAS....36
Dos rivales....36
- **La Lucha por Sicilia**....38

El estado romano alcanza sus fronteras naturales....40
SEGUNDA GUERRA PÚNICA....41
Cartago recobra fuerzas en España....41
Sagunto....42
LA GRAN CAMPAÑA DE ANÍBAL....43
Guerra en dos frentes....43
- **El paso de los Alpes**....45
- **La guerra en las llanuras del Po**....47
- **Aníbal pasa los Apeninos.**....48
- **Batalla del Lago Trasimeno**....48
- **Fabio Cunctator**....48

Cannas, el gran desastre....50
LAS FUERZAS VIVAS DE ROMA....51
El sitio de Siracusa....52
"Hannibal ad portas!"....53
La guerra en España.....53
Asdrúbal acude en auxilio de su hermano....53
La decisión final. El ocaso de Aníbal....55
Anibal en África: Batalla de Zama....56

EXPANSIÓN ROMANA EN EL MEDITERRÁNEO ORIENTAL.....58
LA MARCHA HACIA EL ESTE.....58
El decadente reino de Macedonia.....58
El Imperio Seléucida.....59
Pacificación de Macedonia y Grecia.....60
LA DOBLE MENTALIDAD ROMANA.....62
Escipión y Catón.....62
Los últimos años de Aníbal.....64
DELENDA EST CARTHAGO.....64
Genocidio y desaparición de Cartago.....65
Lusitania entra en la historia: Viriato.....67
Numancia, segunda Cartago.....68

AGONÍA DE LA REPÚBLICA.....70
NACIMIENTO DE LA LITERATURA LATINA.....70
Terencio y la comedia cortesana.....71
LOS GRACOS.....72
Ganadería y esclavos en vez de agricultores libres.....73
Decadencia de los optimates.....74
Tiberio Graco.....74
Cayo Graco.....76

EPISODIOS SOMBRÍOS.....79
MARIO Y SILA.....79
La guerra contra Yugurta.....79
Cimbrios y teutones, bárbaros del norte.....80
Rivalidad entre Mario y Sila.....83
Primera guerra contra Mitrídates.....84
Dictadura de Sila: sus represiones.....85
POMPEYO Y CRASO.....87
Rebelión de los esclavos. Espartaco y los gladiadores.....87
Pompeyo, llamado "el Grande".....90
Sertorio, un problema español.....90
Guerra a los piratas.....91
Lúculo contra Mitrídates.....92
Pompeyo y el poder romano en Oriente.....93
Cicerón y la conjuración de Catilina.....94
Craso y César.....98

LOS TRIUNVIRATOS. JULIO CÉSAR.....100
EL PRIMER TRIUNVIRATO.....100
"Los tres tiranos".....100
Los celtas.....102
La guerra de las Galias.....103
Un héroe galo: Vercingetórix.....106
LA SEGUNDA GUERRA CIVIL.....107
Muerte de Craso.....108
El triunvirato se desintegra.....109
César, en Italia y España.....110
La guerra en Grecia.....112
Muerte de Pompeyo.....113
César en Egipto. Cleopatra.....115
Catón el Joven. Ultimo acto de la guerra civil.....117

LA HEREDAD DE CÉSAR EN LITIGIO.....119
EL GOBIERNO DE CÉSAR.....120
El ocaso de la República.....120

Las provincias durante la República 121
Las reformas de César 122
Carácter de Julio César 124
Los idus de marzo 125
EL SEGUNDO TRIUNVIRATO 126
Antonio 126
Octavio: el futuro Augusto 127
Los últimos días de Cicerón 129
Un poeta racionalista: Lucrecio 131
Catulo, cantor del amor 133
Los triunviros arrollan a los enemigos de César 135
FIN DEL SEGUNDO TRIUNVIRATO 136
Egipto, provincia romana 137

EL PRINCIPADO DE AUGUSTO 139
GOBIERNO DE OCTAVIO. 139
El Principado 139
Se cierra el templo de Jano 140
Las reformas sociales de Augusto 141
Cántabros y germanos 142
La guerra de Germania 144
La vida familiar del emperador 145
"**¡Asi, pues, aplaudidme...!**" 146

ROMA: CENTRO DE LA CREATIVIDAD 148
EL SIGLO DE ORO DE LA POESÍA LATINA 148
Mecenas, el protector 149
Virgilio, poeta nacional 150
La "Eneida", epopeya nacional 151
Horacio, epicúreo y sonriente 154
Propercio, el enamorado de la belleza 156
Tibulo, espiritual y elegíaco 157
Ovidio, guía de eróticos 157
LOS PROBLEMAS ECONÓMICOS 159
La Cuestión Agraria 159
Industria y comercio 160
La técnica financiera 160

LA DINASTÍA JULIA 161
CONSOLIDACIÓN DEL IMPERIO 161
Tiberio ¿historia de un resentimiento? 161
Calígula: la demencia en el poder 167
Claudio y sus esposas 171
Séneca, moralista y estadista 173
Nerón: un arquetipo 175
Incendio de Roma y muerte de Nerón 177
Política exterior en tiempos de Nerón 180
EL SIGLO DE PLATA DE LA LITERATURA 182
La novela de Petronio 182
La sátira moralizadora de Persio 183
Los epigramas de Marcial 184
La sátira agria de Juvenal 185
RELIGIOSIDAD POPULAR CRECIENTE 187
Crisis espiritual y nuevas religiones 187
El cristianismo 189

EL IMPERIO MILITAR: DE VESPASIANO A DIOCLECIANO 196
LOS EMPERADORES FLAVIOS 196

Flavio Vespasiano 196
La destrucción de Jerusalén 197
Flavio Tito 199
Pompeya y Herculano, año 79 200
Domiciano, "Nerón El Calvo" 202
Las fronteras 204
LOS ANTONINOS: APOGEO DEL IMPERIO 205
Nerva y Trajano 205
Conquista de la Dacia 208
Correspondencia de Plinio el Joven 209
Carta XXVIII a Trajano - Auditoría fiscal 209
Carta XLVII a Trajano - Cómo tratar a los cristianos 209
Carta LI de Trajano - Preocupación ecológica 210
Elio Adriano 211
Antonino Pío y Marco Aurelio 212
Luciano de Samosata 215
Cómodo, otro Nerón 218
El despotismo y los emperadores afro-sirios 218
Medio siglo de desorden militar 222
Persecuciones contra los cristianos 223
Plotino: revive el platonismo 224
La amenaza de los bárbaros del Norte 226

EL BAJO IMPERIO Y LA MONARQUÍA ABSOLUTA 228
LA TETRARQUÍA IMPERIAL 228
Diocleciano, un nuevo Augusto 228
Situación económica y social 230
La gran persecución 232
Muerte de Diocleciano 234
CONSTANTINO EL GRANDE 234
La tolerancia religiosa 235
Los hijos de Constantino 238
Influjo del neoplatonismo en Juliano 238
Juliano "el Apóstata", emperador 239
El triunfo del cristianismo 241

LAS GRANDES INVASIONES 243
MIGRACIONES ASIÁTICAS 244
La presión de los godos 244
División del imperio 246
El reino hispano-visigodo 247
Vándalos y burgundios pasan el Rin 248
Anglos y sajones en la Gran Bretaña 249
Leyendas célticas 250
Atila, el "azote de Dios" 251
Los Campos Cataláunicos 252
CAIDA DEL IMPERIO ROMANO DE OCCIDENTE 253
Una larga agonía 254

PRÓLOGO

En la vida de los pueblos hay momentos culminantes en que la acción adquiere un ritmo violento, produciéndose los grandes cambios—crisis, revoluciones, conflictos bélicos—, que acarrean transformaciones en su estructura social interna o en su relación con otros países. Hay otros períodos, en cambio, en que esa lucha y esa evolución constantes, porque son esencia de la vida, siguen un cauce soterrado, de apariencia tranquila.

Quizás en los días de lucha se forje la paz, como en los momentos de calma se incuben las contiendas: que entre los teorizadores de la historia hay opiniones para el gusto de todos. Nosotros, al señalar este hecho, no vamos tan lejos. En primer lugar, porque no aceptamos que la historia de los pueblos sea la historia de sus guerras, sino de sus progresos, de sus avances científicos y artísticos, en pro de su bienestar social, si bien hemos de reconocer que incluso estos progresos acompañan, siguen o preludian las grandes conmociones que, como hitos de sangre, jalonan la historia En segundo lugar, porque nuestra deducción no afecta más que a un aspecto, al del interés que despiertan los estudios sobre la historia, en unos u otros períodos.

Las épocas de acción no dan tiempo a la reflexión necesaria que los estudios históricos requieren. Los períodos en que se producen los grandes cambios dan lugar a un género especial, las crónicas, llenas de pasión —censura o alabanza—, que más encubren la verdad histórica que la trasmiten, sobre todo cuando bajo la apariencia de la narración imparcial de los hechos sólo se pretende influir en los contemporáneos, acaso porque no se tiene la seguridad de convencerlos, por la simple fuerza de sus doctrinas.

Pensemos en aquel famosísimo y clásico panfleto que es la voluminosa “Guerra de las Galias”, utilizada por el primer César como trampolín de su encumbramiento a la dictadura. En los siglos últimos, la Historia ha adquirido cada vez más imparcialidad, más rigor critico. En nuestros días, la historia se distingue, por definición, de la crónica. Por ello se detiene su estudio de los hechos pasados en una o dos generaciones antes, cuando el tiempo transcurrido ya no empaña la objetividad.

Todas estas consideraciones han pesado en nosotros al elegir y adaptar la obra que hoy presentamos al público de lengua castellana. En nuestros días abundan los libros de historia: es tema que interesa. El hombre de hoy tiene conciencia que el progreso asombroso de la técnica anuncia una nueva era. El mundo se empequeñece y por vez primera puede hablarse de Historia Universal en sentido propio; cualquier hecho sucedido en cualquier rincón del globo es conocido en pocas segundos y repercute en todos los demás; las ideas se difunden con la misma rapidez, los hombres todos se sienten solidarios, y a través de fronteras geográficas, políticas e ideológicas, un movimiento único se abre camino en las conciencias todas; cientos de pueblos sienten la necesidad de salvar estas barreras y realizar la difícil compenetración de unos con otros y su cooperación conjunta para el progreso de la humanidad.

El estudio de la historia pasada de los pueblos sirve a estos nobles objetivos. Profundizando en el pasado para hallar precedentes, se encuentran paralelismos instructivos; más aún, se hallan casi siempre las razones íntimas de muchos fenómenos que nos afectan hoy en día.

Por eso, pensando en nuestros lectores, al hacer una Historia Universal hemos elegido una obra de las presentes características.

Su autor, Carl Grimberg, nació en 1875 en Suecia, y fue profesor de Historia desde los veintidós años; después, encargado de curso en la Universidad de Göteborg, donde ejerció la enseñanza hasta 1918. Desde esta fecha se dedicó exclusivamente a la tarea de historiador.

Publicó una serie de manuales escolares, luego una muy famosa “Historia del pueblo sueco”, que consagró definitivamente su reputación, y emprendió entonces su “Historia Universal”. Había escrito ya y publicado gran parte —hasta el siglo dieciocho—, cuando falleció en 1941, encargándose entonces su discípulo Ragnar Svanström de completarla siguiendo sus normas, y utilizando el material de trabajo que Grimberg tenía ya recogido y las notas que dejó de la parte que faltaba por redactar.

Las dos características principales de Grimberg, como historiador, es su aguda visión de los hechos y su claridad de exposición; si lo primero lo lleva a profundizar en su valor humano, dando a su relato interés y emoción, su vocación docente lo hace un expositor ameno y

objetivo de los hechos.

De la mano de Grimberg, la historia de la humanidad se sigue como quien lee una novela, asombrándonos el fenómeno que si por un lado, jamás falta el más escrupuloso rigor científico, por otro, jamás olvida, en aras de los acontecimientos político-militares, el aspecto cultural —arte, costumbres, ciencia, literatura y vida— de cada pueblo o de cada período que trata.

Otra virtud tiene esta personal manera de Grimberg de exponer la historia. Como buen profesor, señala la evolución de los acontecimientos de manera sugestiva, amena, pero con docente honestidad que permite al lector mismo deducir juicios y conclusiones. Esta objetividad es la que ha permitido aprovechar al máximo sus notas y seguir su estilo y su tono, continuar y ampliar su obra. En primer lugar, como hemos dicho, fue su discípulo sueco Ragnar Svanström quien realizó esta labor complementaria; luego, los numerosos adaptadores que ha tenido en todos los países han seguido la misma pauta. Pues antes de la actual edición española se han realizado ya muy valiosas traducciones adaptadas en otros idiomas nórdicos, así como en holandés, inglés, francés e italiano, hallándose otras muchas en preparación.

Su visión del pasado reflejada en el período comprendido entre las dos guerras mundiales (1918-1939), ha recibido después de 1945 el aplauso unánime y entusiasta de los críticos e historiadores, y sobre todo de un público universal que lee con pasión todas las versiones publicadas, y eso porque su visión de la historia era la que más se ajustaba a la necesidad de universalización —ecumenismo— que los hombres de hoy sienten en lo más profundo de su ser.

Basta hojear las primeras páginas de cualquiera de los volúmenes de los que consta la obra para que el lector quede prendado en el hilo del relato como si de una novela apasionante se tratara.

Y el protagonista del relato es siempre el hombre, en su sentido más amplio, la sociedad humana, que se nos aparece viva y brillante, llena de inquietudes, cuyas facetas todas aparecen reflejadas en la obra: luchas, conflictos, intrigas, ambiciones que determinan la evolución histórica de los pueblos; pero también los cambios de sus gustos, aficiones, modo de vivir. Y los progresos de la ciencia, de la técnica, del arte, de la literatura, aparecen siempre destacados al describir el relato histórico de cada período de la vida de los pueblos.

Por eso esta obra, más que una historia universal en el sentido habitual y escolar del término, es un amplio panorama de la historia de la cultura universal.

Y para que el lector tenga siempre presentes los puntos de referencia indispensables al estudiar períodos paralelos de la vida de los pueblos más distintos, en nuestra edición castellana hemos cuidado de una manera especial la cronología, que aparece constantemente al pie de cada página, y en un índice resumen al final de cada período estudiado.

En esta edición, como es lógico, a más de un particular esmero en la presentación, láminas, mapas, cuadros, esquemas, cronologías, etcétera, hemos cuidado de señalar la aportación de España en la Historia Universal con una objetividad apartada de los prejuicios antihispanos que abundan en tantas obras.

LA ROMA LEGENDARIA

FUNDACIÓN Y EXPANSIÓN DE ROMA

Rómulo y Remo

Una leyenda narra que veintitrés años después del comienzo de la cronología griega (753 antes de Cristo), se fundó en el Lacio una pequeña ciudad que la historia denominaría "*eterna*". ¿Quién hubiera creído entonces que esa aislada aldea crearía un imperio mundial y marcaría su huella en el mundo entero? *"Todos los caminos llevan a Roma",* y Roma fue siglos y siglos, en la historia de la humanidad, el centro del mundo; primero, desde el punto de vista político; luego, en la esfera religiosa, y hubo un momento en que también fue el centro artístico y literario.

Aquella pequeña localidad a orillas del Tíber albergó primero a míseros pastores y campesinos; la población de Roma no disfrutó de una cultura hasta más tarde, gracias a los etruscos y a los griegos de Italia meridional. Los romanos asimilaban mucho menos que los jonios las nuevas corrientes del pensamiento; como los espartanos, a quienes se asemejan en otros aspectos. Los romanos daban más importancia a la ética que a la estética. El romano era, ante todo, un hombre cumplidor. El deber era el objeto de su vida: lo que le daba sentido. La grandeza de los romanos radica en la creación de su Estado y en su estructura social. Por otra parte, la política es el terreno adecuado para que un hombre decidido encuentre toda clase de éxitos.

Griegos y romanos se complementaron mutuamente. Su íntegro carácter constituía, a la vez, su fuerza y su debilidad. La admiración que sentimos por la Hélade no debe hacernos olvidar la incapacidad de los pueblos griegos para realizar la unidad política. De la misma manera, pecaríamos de cortedad espiritual si reprochásemos a los romanos el no haber producido ninguna obra de arte, como las de Fidias, Praxiteles y Lisipo, o no haber escrito obras semejantes a las de Homero, Sófocles y Aristófanes. Sería -dice Teodoro Mommsen, el gran historiador de Roma- totalmente ilógico, desde el punto de vista histórico, alabar a los griegos y desdeñar a los romanos, o viceversa; la encina tiene tanto derecho a existir como la caña. No se trata de ensalzar o despreciar las dos creaciones políticas más impresionantes que nos ha dado la Antigüedad, sino de comprenderlas; comprender que sus defectos son el reverso de sus cualidades. Lo admirable es que, felizmente para la humanidad, las orillas del mismo mar Mediterráneo hayan acogido a dos pueblos cultos de naturaleza tan dispar como griegos y romanos: idealistas los griegos; llenos de sentido práctico los romanos.

"La verdadera causa de las divergencias esenciales entre ambas naciones radica, sin duda alguna, en el hecho que el Lacio, a diferencia de la Hélade, no fue fecundado

por Oriente en el momento de su nacimiento político." Aunque con ciertas reservas, esta opinión de Mommsen puede admitirse.

He aquí lo que nos cuenta la leyenda:

En el Lacio, el país de los latinos, había varias ciudades y una de las más antiguas era Alba-Longa, fundada por el troyano Julus, llegado al Lacio con su padre Eneas, después de diversas aventuras. Reinaba allí, en el siglo VIII antes de Cristo, un rey llamado Numitor, hombre apacible y bueno; su hermano menor Amulio, cruel y ambicioso, expulsó a aquel rey del trono y mandó asesinar al hijo de Numitor y consagrar a su hija al servicio de la diosa Vesta, protectora de la familia y del hogar, para impedir que Numitor pudiera tener herederos. Las vestales se ocupaban de mantener el fuego sagrado que ardía en el altar de la diosa y estaban obligadas a la más rigurosa castidad. Pero Marte, dios de la guerra, se enamoró de la encantadora princesa y de su unión nacieron dos gemelos, Rómulo y Remo. Asustado el cruel Amulio, ordenó que arrojaran a los dos gemelos al Tíber, pero el servidor del rey, más piadoso que su señor, depositó a los niños en una cesta y los confió a las aguas del río. La cesta se detuvo en una orilla y el dios Marte se apiadó de sus hijos y mandó a uno de los animales que le estaban consagrados que prestara auxilio a los niños: una loba sedienta vino a beber a la orilla del río y los alimentó con su leche.

Un pastor que descubrió a los dos niños, los llevo a su casa y cuidó de ellos. Los pequeños crecieron en un ambiente sano junto a los hijos de los pastores y se fortalecieron luchando con las fieras y los bandidos. Un día, Numitor los encontró y por las preguntas que hizo al pastor acerca de ellos intuyó que se trataba de sus nietos. Numitor les reveló todo el daño causado, por Amulio; entonces, Rómulo y Remo reunieron una tropa de pastores que se apoderaron del usurpador, le dieron muerte y luego devolvieron el trono a su abuelo. Ellos se instalaron en una colina, cerca del lugar donde fueron alimentados por la loba y la rodearon con un muro de piedra. Así cuenta la leyenda los comienzos de la ciudad de Roma.

Rómulo fue el primer rey de la ciudad, pero Remo, envidioso, quiso demostrarle su superioridad insultándole en público y saltando por el muro que su hermano había construido. Rómulo se encolerizó tanto, que se abalanzó sobre su hermano y lo mató, exclamando "¡Esto le ocurrirá a quien atraviese los muros!". El tema del niño encontrado y salvado milagrosamente aparece ya en la leyenda babilónica de Sargón I, en la persa de Ciro y en la griega de Edipo. En el primer relato, el niño es dejado cerca de la orilla; en los dos últimos, los pequeños son salvados por un pastor, y ambos motivos aparecen en la leyenda romana.

La época del primer asentamiento humano en Roma se remonta, sin duda, más allá de 753 antes dé Cristo, quizás antes del año 1000. *"Roma no se hizo en un día."* Es evidente que el desarrollo de la ciudad no puede explicarse sólo por la energía de su población, sino que contribuyeron también circunstancias geográficas y económicas. Roma era una de tantas ciudades pequeñas que antaño llenaron la Campania. La mayor parte ha desaparecido, pero Roma existe toda vía y sigue siendo una urbe de importancia mundial. Se elevó muy por encima de las demás ciudades gracias, en parte, a su posición favorable en el Tíber, la arteria del Lacio. Roma debe significar "ciudad junto al río", cuya desembocadura permitió el asentamiento de un puerto muy frecuentado, el único de Italia central en aquella época. Las colinas de piedra volcánica en donde Roma surgió, constituían el primer lugar que ofrecía excelentes posibilidades defensivas. Además, las colinas proporcionaban residencia más sana que el resto de la zona, pantanosa y de fiebres endémicas.

Desde remotos tiempo, el Tíber formaba una frontera natural entre el Lacio y sus vecinos del norte. Roma aún poseía otra innegable ventaja sobre las demás ciudades del Lacio: disponía de sal. Durante mucho tiempo, de las marismas sitas junto a la desembocadura del Tíber, se acarreaban grandes cantidades de sal hasta los pueblos montañeses del nordeste. La ruta comercial que originó este tráfico se llamó Vía Salaria (camino de la sal), y aún sigue llamándose así. Roma era, pues, el lugar del Lacio que mejor se prestaba al establecimiento de una ciudad fortificada y comercial. Levantada al principio sobre una colina, se fue extendiendo después hasta ocupar siete, por lo que se denominó "la ciudad de las siete colinas". En la Roma de nuestros días no se aprecian estas colinas, debido a las devastaciones sufridas por la ciudad en la Antigüedad y en el Medioevo. Destrucción total, sólo ha sufrido una: la del año 387 antes de Cristo (invasión de los galos); pero en la época del emperador Nerón, por ejemplo, buena parte de la urbe fue destruida por un incendio. Después de tales cataclismos, se levantaban nuevos barrios sobre las ruinas anteriores, lo que explica que el suelo entre colina y colina sea, en algunos lugares, unos pocos metros más elevado que el primitivo.

En la Antigüedad, más que ahora, la urbe era un organismo vivo y sus habitantes vivían con mayor intensidad que nosotros la vida de su ciudad. Y ninguna como Roma supo captar la preocupación de sus ciudadanos: ninguna otra despertó un orgullo semejante, un patriotismo igual, a la vez noble y mezquino. Para los romanos, estaba por encima de las demás. Roma era "la ciudad" por antonomasia.

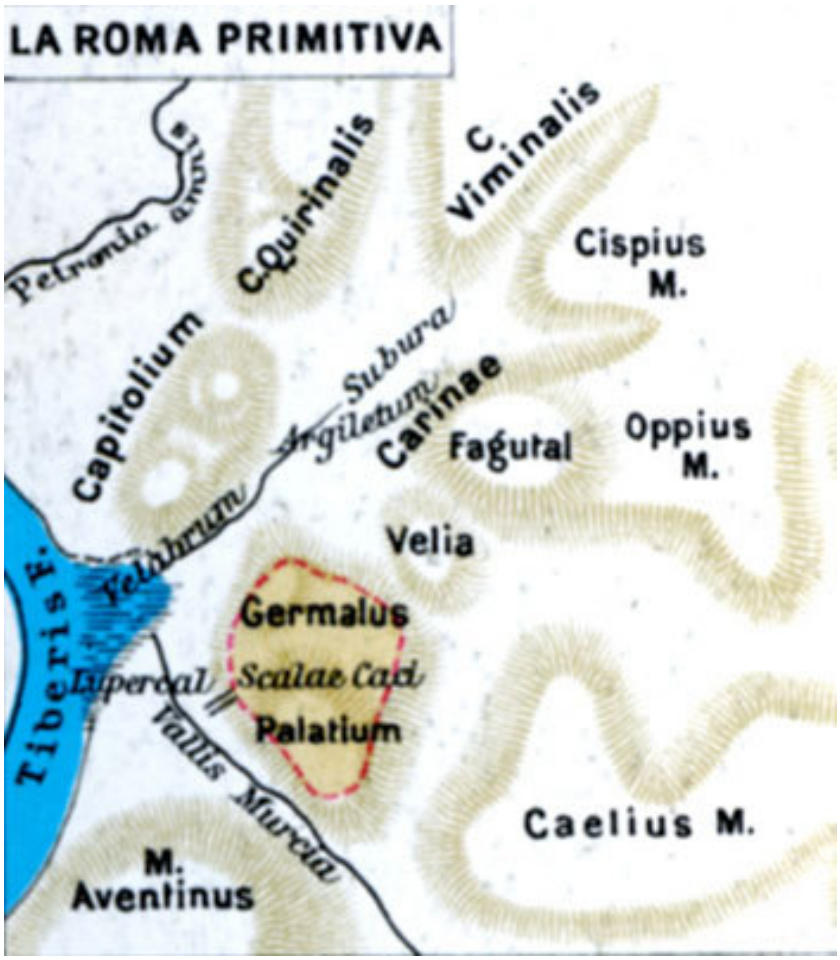
La Loba criando a Rómulo y Remo.

El rapto de las Sabinas

Para que la ciudad creciera con más rapidez, Rómulo dio asilo a los fugitivos de todos los poblados y aldeas cercanos, y ello motivó que acudieran a establecerse en Roma muchos desterrados y aventureros. A causa de ello, los pueblos vecinos no quisieron mantener contacto con una población de tan dudosa fama. Entonces, a Rómulo se le ocurrió organizar una fiesta religiosa seguida de grandes concursos deportivos. Con este pretexto, los habitantes de otras ciudades que deseaban visitar la nueva urbe, decidieron hacerlo, pese a la detestable reputación de sus habitantes. Los sabinos, pueblo originario de los Apeninos, acudieron en tropel. Durante las competiciones, y a una señal de Rómulo, los romanos se abalanzaron sobre los espectadores y raptaron a las muchachas sabinas.

Cuando los invitados regresaron a sus hogares y se recobraron un tanto, reemprendieron el viaje a Roma para castigar a Rómulo y a sus insolentes súbditos. El combate fue terrible. Pero las sabinas, desmelenadas y desgarrados los vestidos,

mediaron en la refriega para separar a los combatientes. El hecho no tenía remedio: ya eran esposas de los romanos, ¿para qué, pues, luchar? Por eso suplicaban a los sabinos: "¡No matéis a nuestros maridos!"; y a los romanos: "¡No matéis a nuestros padres y hermanos!" Esta inesperada intervención ocasionó una reconciliación general: los antagonistas no sólo pactaron la paz, sino también un tratado de alianza. Romanos y sabinos formarían un solo pueblo y ambos se establecerían en una de las colinas de Roma. Así, al menos, lo cuenta la leyenda.



La leyenda de los reyes romanos

El sucesor de Rómulo fue **Numa el Ceremonioso,** elegido rey gracias a la simpatía que despertó en sus compatriotas su sabiduría y amor a la justicia. Se le atribuye la reglamentación de las ceremonias y costumbres religiosas de los romanos. Confió la dirección del culto a sacerdotes colegiados. Uno de estos organismos estaba compuesto por los augures que interpretaban la voluntad de los dioses por el vuelo de las aves y otros presagios. Otra función religiosa de importancia capital era la adivinación mediante el examen del hígado y vísceras de animales sacrificados. Numa edificó un templo a Jano, el bifaz dios del tiempo, santuario que sólo se abría cuando había guerra. Durante todo el largo reinado de Numa, nunca fue preciso abrir las puertas

del templo; pero después sólo se cerraron una vez en toda la historia de Roma hasta el emperador Augusto.

Tulio el Hostil, sucesor de Numa, fue un rey belicoso que incluso declaró la guerra a Alba Longa, la metrópoli de Roma. Pero los ejércitos che ambas ciudades, alineados para lanzarse uno contra otro, no se decidían a entablar una batalla que juzgaban impía entre dos ciudades unidas por tantos lazos. Al fin, determinaron zanjar el conflicto con un duelo. En las filas de ambos ejércitos había tres hermanos: los tres Horacios en el ejército romano y los tres Curiacios en el de Alba Longa.

A una señal convenida, los seis muchachos se lanzaron al combate. Después de una lucha indecisa, cayó un romano; luego cayó, mortalmente herido, otro romano. Los Curiacios estaban también heridos, pero eran tres contra uno. Los albanos estallaron en aclamaciones y los romanos perdieron toda esperanza. En una estratagema para separar a sus adversarios, el Horacio superviviente emprendió la fuga. Sucedió lo que esperaba. Al poco rato, el romano se detuvo: ahora podía enfrentarse contra un solo Curiacio, el más cercano. El romano se arrojó contra el enemigo aislado y le venció. Luego, de igual manera consiguió dejar fuera de combate a los otros dos. Los romanos rugieron de alegría y Alba Longa se sometió a los romanos, dice también la leyenda.

El Horacio vencedor fue llevado en triunfo hasta Roma al frente del ejército, y a las puertas de la ciudad salió a recibirle una hermana suya que estaba prometida a uno de los Curiacios. Al ver las vestiduras ensangrentadas de su prometido entre los trofeos de su hermano, no pudo contenerse y lloró. Horacio, ciego de furor, se arrojó sobre su hermana y la atravesó con su espada, diciendo: *"Perezca así cualquier romano que llore la caída del enemigo"*. Este horrible acto del vencedor acalló las aclamaciones de los romanos, y a pesar del inmenso servicio prestado a su patria, Horacio fue detenido y condenado a muerte. Pero el pueblo escuchó la súplica del anciano padre y perdonó a su último hijo.

La tradición romana atribuye al rey **Servio Tulio** la organización de las instituciones políticas. Servio Tulio estableció un impuesto general y decretó el servicio obligatorio para todos los hombres en edad militar. Según la misma tradición, dividió al pueblo en cinco clases y cada una en centurias, basadas en la fortuna de cada ciudadano y en las obligaciones fiscales y militares que de ellas se derivaban. Esta clasificación era válida tanto en el campo de batalla como en el Foro, donde se reunía la asamblea popular. Los conceptos de soldado y ciudadano se identificaban de tal forma, que las deliberaciones de los representantes del pueblo estaban influidas por la disciplina militar Cada centuria tenía una representación en la asamblea. Había 193 centurias en total, pero más de la mitad, 98 exactamente, las integraban los ciudadanos más ricos. Bastaba que estas centurias coincidieran para resolver en pro o en contra ante cualquier decisión de la asamblea; por el contrario, la quinta clase casi nunca tenía ocasión de votar. El sistema gubernamental establecido por Servio Tulio funcionaba como "un régimen aristocrático disfrazado de democracia" .

Otro elemento aristocrático de aquella sociedad era un consejo de ancianos comparable a la institución homónima de España y al Areópago ateniense. Se reunía en la Curia, uno de los edificios oficiales del Foro. Este venerable consejo, compuesto de trescientos paterfamilias o patricios, se llamaba Senado. "Su solidez y su competencia política, su unidad y su patriotismo, su fuerza y su indomable valor hicieron del Senado romano el cuerpo político más importante que haya existido jamás...", dice Mommsen. "Era una asamblea de reyes que sabían combinar su devoción a la república con un despotismo vigoroso. No ha existido ningún Estado que haya poseído un organismo representativo tan poderoso y tan digno."

Según R. Niebuhr, germano danés del siglo pasado, especializado en historia romana y uno de los fundadores de la crítica histórica, Roma habría nacido de la

conquista etrusca de las aldeas latinas ribereñas del Tíber, durante el reinado de una dinastía llamada Tarquina. Y una revolución que se produjo en el año 509 habría sido una reacción nacional de los latinos contra la dominación de los etruscos. En efecto, parece que hubo una familia de Tarquinos que reinó en Roma y fue expulsada de ella. Se cree haber encontrado su tumba familiar en la ciudad etrusca de Caere, lo que podría corroborar esta teoría. Es decir, un relato legendario que encubre un hecho histórico.

Bruto y la república naciente

Al convertirse Roma en república, los poderes supremos pasaron a dos cónsules, elegidos anualmente por representantes del pueblo. Pueden ser comparados a los arcontes de Atenas. Durante su mandato, los cónsules eran precedidos a su paso por doce lictores, que llevaban un hacha envuelta por un haz de varas, símbolo de la autoridad consular, y que hablaba con más elocuencia que las palabras sobre el derecho que tenían los cónsules de azotar o decapitar a quienes se rebelaran; sin embargo, sólo podía decapitarse a un individuo en caso de rebelión durante una campaña militar. En tiempo de paz, bastaban las varas para mantener el debido respeto al consulado. La autoridad de los cónsules era limitada por el mandato anual; además, eran dos y se vigilaban mutuamente.

Bruto fue quizás uno de los primeros cónsules de Roma. Pese a las violencias y exacciones de Tarquino el Soberbio, algunos romanos lamentaron su marcha. Entre éstos, la leyenda señala a algunos jóvenes ociosos que participaban de la vida desenfrenada del hijo de Tarquino y a quienes parecía duro someterse a la disciplina de los cónsules. Tarquino envió mensajeros secretos a esos descontentos, y los conjurados se comprometieron a abrir las puertas de la ciudad a la familia real.

Descubierta la conspiración, los conjurados fueron condenados a muerte. A pesar que los hijos de Bruto habían participado en ella, los cónsules mandaron cumplir la sentencia en el Foro, ante su presencia. Los lictores desnudaron a los condenados, los azotaron y les cortaron la cabeza. El historiador romano Tito Livio cuenta: "Durante todo este tiempo, las miradas se dirigían a Bruto, a su rostro y ademanes; todos veían cuánto sufría el padre mientras el magistrado castigaba a los culpables".

Tito Livio, que vivió entre el 59 antes de Cristo y el 17 después de Cristo, escribió una historia política de Roma que comprende desde la fundación de la ciudad hasta el año 9 antes de Cristo. Constaba de unos 142 libros, de los que se han conservado del 1 al 10, del 21 al 45 y un fragmento del 91. Su obra es emotiva, pero poco crítica.

Poco después de aquella ejecución, Bruto sucumbió en un combate contra las tropas etruscas de Tarquino. Se batió en duelo con uno de los hijos del rey y perdió la vida. Los romanos lo lloraron como a un padre.

Horacio Cocles y Mucio Escévola

Los romanos vencieron al fin a los etruscos, pero Tarquino no perdió la esperanza de reconquistar su trono. En sus aspiraciones fue ayudado por otro rey etrusco, Porsena, que atacó a los romanos, los derrotó y persiguió hasta el puente que franqueaba el Tíber y daba acceso a Roma. Nadie sabe qué hubiera ocurrido si Horacio Cocles[1] no hubiese estado allí.

[1] Cocles significa el Tuerto.

"Se encontraba guardando el puente -dice Tito Livio-. Al ver que con un ataque repentino los enemigos habían conquistado el Janículo y descendían de allí con paso acelerado, y que la multitud desordenada de sus soldados abandonaba las armas y las filas, detuvo a algunos cerrándoles el paso y, poniendo por testigos a los dioses y a los hombres, les reprochó su error en abandonar sti puesto y huir; porque si atravesaban este puente y lo dejaban intacto detrás de ellos, pronto habría tantos enemigos en el Palatino y en el Capitolio como en el Janículo. Por eso los exhortaba a que cortasen el puente con hierro, o fuego o cualquier medio de destrucción que tuvieran a su alcance; mientras, él sostendría el ataque contra el enemigo, en tanto quedase un solo hombre que quisiera impedirlo. -Dicho esto, se dirigió a la entrada del puente y fue maravilloso verlo, entre todos los que volvían la espalda huyendo del combate y abandonando la lucha cuerpo a cuerpo, pelear él solo con una audacia que asombraba al enemigo. Hubo, sin embargo, dos hombres que rivalizaron en valor con él: Espurio Marcio y Tito Herminio, célebres ambos por su nobleza y hazañas. Con ellos sostuvo durante cierto tiempo el primer choque de este peligroso ataque y la fase más violenta del combate; luego, al no quedar del puente más que un pasillo y llamarlos quienes lo cortaban, ordenó a sus acompañantes que se retiraran a lugar seguro. Después, dirigiendo miradas amenazadoras hacia los jefes etruscos, los desafió a todos y a cada uno diciéndoles: `¡Esclavos de tiranos soberbios, os olvidáis de vuestra propia libertad y venís a quitar la ajena!' Los etruscos, asombrados, se miraron unos a otros, dudando en seguir la lucha; les acometió un sentimiento de vergüenza y, dando terribles gritos, se arrojaron contra el único enemigo que les hacía frente. Redoblaban los golpes sobre el escudo de Horacio Cocles, pero éste siguió obstinado interrumpiendo el paso del puente sin que los etruscos lograran derribarle. Al fin, el estrépito del puente que se hundía y los gritos de alegría de los romanos al ver terminada su obra, detuvieron de repente el ataque enemigo. Entonces, Cocles exclamó: '¡Padre Tiber, dios santo, a ti me encomiendo! ¡Recibe benigno estas armas y este soldado en tu lecho!' Y completamente armado, se arrojó al Tíber. A pesar de los golpes recibidos, atravesó el río y pudo reunirse sano y salvo con los suyos."

El valor de Horacio Cocles impidió que Porsena penetrara en Roma persiguiendo al ejército vencido. Entonces el rey etrusco determinó rendir por hambre a la ciudad. También entonces se salvó Roma por un acto de heroísmo, esta vez debido a un joven llamado Cayo Mucio. El héroe salió de la ciudad y penetró en el campo enemigo con un puñal escondido bajo el manto. Ante la tienda del rey, un oficial pagaba su sueldo a los soldados. Nadie se percató del extranjero. De repente, Mucio se arrojó sobre el hombre a quien se dirigía la mayoría de los soldados y, suponiendo que era el rey, lo apuñaló. La víctima era el secretario de Porsena. En el acto, los soldados se apoderaron de Mucio y lo llevaron ante el soberano.

El joven no mostró temor alguno. "Mi nombre es Mucio -dijo a Porsena-. Soy romano y quise matar al enemigo de mi patria. No tengo miedo a morir. No estoy solo; detrás de mí vendrán otros jóvenes romanos que intentarán conquistar el mismo honor." Porsena, enfurecido, amenazó al joven con quemarlo vivo si no revelaba en seguida qué planes tenían los romanos. "¡Mira -dijo Mucio-, mira qué poca importancia tiene el cuerpo para quien desea una gloria inmortal!" Y tras estas palabras puso la mano derecha en el fuego que ardía para el sacrificio. El rey, no pudiendo contener su admiración, saltó de su asiento y ordenó a los guardias que alejaran al joven del altar. "¡Vete! -dijo-. Elogiaría tu valor si lo dedicaras al bien de mi patria."

Mucio quiso corresponder a la generosidad del rey. "Tu magnanimidad conseguirá lo que no lograste con amenazas. Sabe que han jurado matarte trescientos jóvenes nobles romanos. La suerte me escogió como el primero; los demás vendrán uno tras otro hasta que el destino te haga caer en nuestras manos." Poco tiempo después, Porsena envió embajadores a Roma. El peligro que le amenazaba y el valor romano lo movieron a firmar la paz. En cuanto a Mucio, después de su hazaña, fue apellidado "Scevola", es

decir, "el zurdo", apodo con calidad de título honorífico y que el héroe trasmitió a sus descendientes.

Tarquino no se fatigaba de suscitar enemigos a los romanos. Después de los etruscos, instigó a los latinos contra la ciudad. La lucha fue muy violenta; el déspota, ya anciano, intervino en ella y salió herido, al fin triunfaron los romanos. Tras esta derrota, huyó a Cumas, ciudad fronteriza griega, donde murió al año siguiente; con él desapareció el móvil de tantas perturbaciones.

LUCHA ENTRE PATRICIOS Y PLEBEYOS

Los Patricios

La población de Roma se componía de ciudadanos libres y esclavos, como la de Grecia. Desde tiempos remotos, los ciudadano libres se clasificaban en patricios y plebeyos, ambos grupos separados por una barrera infranqueable. Los miembros de las antiguas familias romanas eran patricios.

La palabra patricio viene de *pater* (padre). Patricios eran las personas libres que dependían de un *pater familiae*, cacique o jefe de una familia. No había muchos paterfamilias en Roma, puesto que una familia no constaba entonces, como ahora, de los cónyuges y sus hijos, sino de todos los varones vivos descendientes por línea paterna de un antepasado común: tíos, primos, sobrinos y nietos, más sus respectivas esposas y sus hijas, hermanas y tías solteras. Si a este grupo de vivos agregamos los antepasados difuntos, tendremos la *gens*. La organización de la sociedad en *gentes*, típica de muchas etnias indoeuropeas tales como aqueos y germanos, les valió de parte de la diáspora judía y, en concreto, de San Pablo, el apelativo común de gentiles. La solidaridad se expresaba en el apellido, común a todos los miembros de la gens. Podría decirse que la historia de Roma fue la crónica de sus familias aristocráticas, como lo prueban los historiadores romanos, que sacaron muchos de sus relatos de las tradiciones familiares. Es evidente que estas fuentes aparecen alteradas por el deseo de cada familia de realzar la propia historia con la del Estado.

Por adopción, entraban también voluntariamente a formar parte de la familia los libertos y plebeyos acogidos por ella. Estos patricios advenedizos -llamados *clientes*-, aunque no podían casarse con los auténticos, gozaban de la protección del paterfamilias; en contrapartida, debían contribuir de una u otra forma al bienestar del grupo.

Inicialmente, los paterfamilias ejercieron atribuciones judiciales sobre los integrantes de su gens y familia, pudiendo aplicar penas de muerte en los casos en que el arcaico derecho consuetudinario de la tribu[2] así lo estatuyera. El jefe de la familia romana disponía de gran autoridad. Tenía derecho ilimitado de imponer los castigos corporales que juzgara convenientes y podía vender a su mujer y a sus hijos como esclavos sin tener que responder ante la ley. Sólo era responsable de sus actos ante los dioses. El hijo seguía bajo la autoridad paterna aun cuando hubiera fundado su hogar o alcanzado las mayores dignidades estatales. La historia de Espurio Casio es un ejemplo. En el año 485, cuando fue cónsul, mandó distribuir tierras y trigo a los ciudadanos necesitados; esta medida le hizo sospechoso de querer soliviantar al pueblo, y al terminar su mandato fue presentada demanda contra él. Según costumbre, se dejó el asunto en manos del padre de Espurio, quien en virtud de sus poderes paternales siguió

[2] Según las tradiciones, en los confines de Roma habitaban patricios de tres tribus diferentes. Es de suponer que los ancianos paterfamilias se reunían por tribus antes de votar en el Consejo de la ciudad, el Senado. Esta sola palabra indica la edad promedio de los caciques: *senex* quiere decir viejo.

el proceso, dictó sentencia de culpabilidad contra su hijo y lo condenó a muerte. Espurio había sido tres veces cónsul, había recibido los honores del triunfo, era casado y padre de familia, pero seguía, sometido a la autoridad paterna.

En aquellos tiempos, no era raro que un padre hiciera uso de sus derechos, por ejemplo, cuando un hijo, tribuno de la plebe, proponía leyes que el progenitor juzgaba demasiado ventajosas para los plebeyos. En tal caso,. el padre podía imponer silencio a su hijo con sólo ordenarle que abandonase la tribuna y le acompañase a casa. Y ¡ay de aquel que se hubiera atrevido a desobedecer! En la sociedad romana de tiempos de la república, el hijo temía al padre; el ciudadano, a la autoridad, y todos, a los dioses. La aplicación inexorable de los derechos paternos es una característica del derecho familiar romano por completo desconocida entre los griegos; es, en cambio, similar al derecho de los germanos. No obstante, los antiguos nórdicos trataron a los hijos reacios con cierta benevolencia.

Cada familia poseía un terruño de propiedad común intransferible, ni siquiera en arriendo o comodato, porque, enterrados bajo él, seguían viviendo sus ancestros; allí venían periódicamente de todas partes sus descendientes a rendirles culto y comulgar con ellos en un banquete sagrado. Veamos cómo Polibio, historiador griego que vivió mucho tiempo en Roma a fines del siglo II antes de Cristo, cuenta estas romerías con la espontaneidad de un testigo presencial:

> "Se van a buscar a casa, en donde están depositadas, las estatuas de cera de los antepasados ilustres y se les viste según la dignidad que desempeñaron; si fue cónsul o pretor, con la capa pretexta; si fueron censores, con ropaje púrpura, y si obtuvieron el triunfo o algún otro honor, se reviste a la estatua con ropas recamadas de oro3. Se les lleva en carro y van precedidas de los haces, hachas y otros símbolos de su magistratura, según los honores y cargos que tuvieron en la república."

El cortejo fúnebre se dirigía primero al Foro y colocaba las estatuas en asientos de marfil; entonces,

> "el hijo del difunto o un pariente cercano sube a la tribuna y habla sobre los hechos memorables que realizó el difunto. De esta forma se renuevan su honra y su alabanza, se hace inmortal la gloria de los hombres que hicieron algo memorable o sirvieron con heroísmo a la patria; conocidos por todo el mundo, pasan a la posteridad con un nombre glorioso y envidiable. Pero lo mejor de ello es que la juventud se anima a hacerlo todo para conseguir la gloria que acompaña a los hombres de bien".

Los paterfamilias, como los antiguos mayorazgos de Castilla, administraban el patrimonio familiar -las tierras de los progenitores, esa *terra patria* (o simplemente *patria*) que en sus arengas guerreras incitaban a los suyos a defender con la vida- en provecho propio y, al menos originalmente, también en beneficio de los familiares que se hallaran en situación de indigencia no culpable. Dicho patrimonio incluía a los esclavos, pues desde el punto de vista jurídico eran universalmente considerados animales, no habiendo al respecto diferencia de pareceres entre el vulgo y sabios del jaez de Aristóteles, que los tenía por subhumanos.

Por regla general, los patricios poseían latifundios y fortunas cuantiosas en dinero contante, y, por su nacimiento y potencial económico, dominaban la sociedad y la dirigían tanto en tiempos de guerra como de paz. Obviamente, ningún orden político

---

[3] El pretor era el juez supremo. Los censores inspeccionaban las inscripciones tributarias, que formaban la base del derecho civil romano. Al mismo tiempo, como los éforos espartanos, podían retirar su derecho de voto a los ciudadanos negligentes o culpables de delito y podían expulsar del Senado a los miembros indignos de tal cargo. Los censores cumplían también algunas funciones financieras

podía funcionar a contrapelo del patriciado. Sus representantes reuníanse en un lugar consagrado en las cercanías del Foro, donde discutían las leyes y decidían asuntos políticos importantes. Únicamente de entre ellos podían ser elegidos los cónsules.

Los Plebeyos

¿Y quiénes eran los plebeyos? Un tiempo se creyó en gente de clase baja. Pero el abismo entre ricos y pobres no correspondía exactamente al que separaba a patricios y plebeyos. Como señala Mommsen, algunas familias plebeyas eran ricas y respetadas. Sólo la torpeza de los patricios los alejaba de los asuntos políticos de la ciudad, con lo que creaban ellos mismos la situación adecuada para que surgieran jefes influyentes en la oposición.

Plebeyos eran los extranjeros y los descendientes de tales inmigrantes. Debido a que buena parte de las tierras, como hemos dicho, constituía manos muertas, cabe deducir que mientras los patricios dominaban en los campos, los plebeyos se establecieron principalmente en los sectores urbanos, donde fueron haciéndose más y más numerosos, a medida que la ciudad iba creciendo con nuevos forasteros y que de las familias patricias se iban desgajando algunos individuos proscritos por violar el código de honor gentil.

Pese a su importancia cuantitativa, esta clase no podía participar de los deberes y derechos cívicos. Dispensada del servicio militar y del pago de impuestos, tampoco tenía influencia alguna en el gobierno. En tiempos remotos, ni siquiera hubo juzgados que atendieran sus cuitas, razón por la cual algunos de ellos buscaron seguridad adhiriéndose como clientes a alguna familia patricia con la que tenían relaciones comerciales habituales. Posteriormente, tal vez desde las reformas de Servio Tulio, se les forzó a combatir a los enemigos de Roma, al principio, bajo las órdenes de centuriones patricios, ya que ellos carecían de formación militar y generalmente de interés por las armas. Mas, al revés de muchos patricios, que poseían esclavos para el labrado de sus acres mientras ellos peleaban, los plebeyos, cuya posición política, militar y social nos recuerda la de los periecos en Esparta, se veían forzados a pedir préstamos a los patricios. Ahora bien, cuando un deudor no podía pagar los usurarios intereses exigidos, una rigurosa ley autorizaba al acreedor a encarcelar o a reducir a esclavitud al deudor y a su familia.

De manera que, cuanto más prolongadas e importantes eran las guerras y más aumentaba el territorio romano, tanto más penosa era la situación de los plebeyos. "Se quejaban -dice Tito Livioque su destino fuera luchar por la libertad y el poder de Roma, mientras Roma oprimía y esclavizaba a sus mismos compatriotas." La libertad del hombre del pueblo era mejor salvaguardada en guerra que en paz; había más seguridad frente al enemigo que ante sus compatriotas.

> Cuenta Tito Livio que, en tanto los volscos marchaban contra Roma, "un anciano entró en el Foro hecho una lástima. Tenía los vestidos manchados, pálido y enjuto el rostro como un cadáver, el cabello y la barba desgreñados. Pese a ello, se le identificó. Había mandado una centuria (es decir era un centurión, o 'jefe de cien', el grado más elevado de la suboficialidad en la legión romana) y la multitud compadecida aludía a otras recompensas militares. Mostraba por doquier testimonio, de sus heroicos combates y las cicatrices de su pecho. En seguida le rodeó una multitud tan grande como una asamblea pública, inquiriendo el por qué de su situación v lastimoso aspecto. Explicó que fue soldado en la guerra de los sabinos, y que, después del saqueo, no sólo no recogió cosecha alguna, sino que su granja fue incendiada y sus ganados robados; y que en aquella crisis le exigieron el pago de los impuestos y se llenó de deudas; que éstas, aumentadas por los intereses, le

embargaron el campo de sus progenitores y el resto de sus bienes y no perdonaron ni su misma persona; que su acreedor le amenazó no sólo con la esclavitud, sino con la prisión y la muerte. A continuación, enseñó a todos su espalda con huellas de recientes azotes. Impresionado por el aspecto y las palabras del centurión, el gentío se alborotó. El Foro fue incapaz de contener el tumulto que se extendía por toda la ciudad. Los esclavos por deudas, con o sin cadenas, se precipitaron a las calles implorando el apoyo de los quirites"[4]

Retirada al Monte Sagrado

En el seno de la sociedad romana latía un peligro: la amenaza de los plebeyos de no cumplir sus obligaciones militares si no se les atendía. Los patricios tuvieron miedo y prometieron suavizar las leyes relativas a las deudas; así tranquilizadas, las pobres gentes marcharon a la guerra y derrotaron a los volscos, pero, desaparecido el peligro, se olvidaron de las promesas y la situación volvió a repetirse. "Al fin -dice Tito Livio-, la paciencia de los plebeyos se acabó. Abandonaron Roma y levantaron un campamento en el Monte Sagrado." Desde allí amenazaron con fundar una ciudad rival, en la qué todos los hombres tuvieran los mismos derechos.

Roma quedó consternada. ¿Qué sucedería si estallaba una guerra? Decidieron parlamentar con los plebeyos, y para esta misión eligieron a Menenio Agripa, excelente orador y patricio muy estimado por la plebe. Logró convencer a los plebeyos, invitándoles ala reconciliación, que aceptaron de buena gana. En cierto modo, Agripa fue el Solón de Roma. Influyó en el Senado para que hiciera concesiones, y ambos partidos llegaron a un acuerdo. Los plebeyos lograron el derecho, igual que los patricios, de poseer su propia asamblea; en ésta, el derecho a votar sería independiente de la riqueza e igual para todos. Esta representación popular de los plebeyos fue el órgano más importante del movimiento de democratización.

Los representantes de los plebeyos elegían sus propios magistrados, llamados *tribunos de la plebe,* que tenían por misión proteger a sus hermanos de clase contra los patricios. Si el tribuno juzgaba desfavorable para la plebe una medida adoptada por el Senado o los cónsules, sólo tenía que poner su **"veto"** (me opongo) y la decisión era anulada. Cualquier ciudadano podía también apelar a los tribunos del pueblo para que lo ampararan de las injusticias. Por tal razón, las casas de los tribunos permanecían

[4] Se dio el nombre de *quirites* eran en la antigua Roma los sabinos que procedentes de Cures -legendaria patria de Numa Pompilio- se establecieron en la colina del Quirinal después de la alianza entre Rómulo y Tacio

abiertas día y noche. Los tribunos de la plebe gozaban de inmunidad y su autoridad era similar a la de los cónsules. El cónsul tenía el poder de decretar, y el tribuno, el derecho de oponerse; el poder del senador era positivo y el del tribuno, negativo. La institución del tribunado fue, en realidad, una tentativa para introducir, por medios legales, un elemento revolucionario en la organización política. La retirada al Monte Sagrado y el establecimiento del tribunado parece que ocurrieron hacia 494 antes de Cristo, año en que los persas destruían Mileto hasta la última piedra.

En sus investigaciones, algunos historiadores explican los acontecimientos de manera más natural y menos dramática. En realidad, dicen que los tribunos eran hombres prudentes en quienes los plebeyos depositaban su confianza; en cada barrio -o "tribu", porque los primitivos sectores de la ciudad habían correspondido a las diversas tribus- había una pequeña junta de "tribunos" o "tribunal", cuyas decisiones todos acataban; se trataba, pues, de una especie de municipio en pequeña escala. Poco a poco, los tribunos se reunieron para deliberar juntos los problemas comunes de la ciudad. De ello a convocar de vez en cuando en el mismísimo Foro a todo el pueblo para tratar asuntos concernientes a todos los romanos, sólo mediaba un paso.

Así nació una especie de representación popular no refrendada por la ley, pero lo bastante poderosa para hacerse respetar en los asuntos públicos. En un principio, no tenían capacidad jurídica para proteger eficazmente los intereses de los plebeyos, pero como suele ocurrir siempre, los poderes que los tribunos se arrogaron con el apoyo popular fueron reconocidos de *jure* por la sociedad entera. Respaldado por la mayoría del pueblo, los tribunos podían, pues, aprovechar esta situación para apoyar a sus hermanos de clase contra las exacciones de los magistrados patricios. A su vez, los plebeyos se comprometían por juramento a defender a los tribunos del pueblo contra todos los ataques, vinieran de donde viniesen.

Coriolano

Hasta el año 494 antes de Cristo, la mayor parte de los patricios hicieron concesiones a la fuerza, aunque algunos con segundas intenciones más o menos inconfesables; al menos así sucedió con Coriolano, un patricio famoso por su intrépido valor, por el desmesurado orgullo de su ilustre cuna y por sus fieros ataques contra el tribunado. En una época de hambre en Roma, los cónsules ordenaron comprar trigo siciliano. Coriolano creyó llegado el momento de liquidar al tribunado, y aconsejó al Senado que no distribuyera un grano de trigo a los plebeyos sin que antes renunciaran a sus tribunos. "¿Cómo soportamos a un tribuno los que no quisimos tolerar a Tarquino?", exclamaba. Citado ante el tribunal por los tribunos, se presentó soberbio y provocativo, pero cuando vio clara la situación, adelantándose a la sentencia, tomó por su cuenta el camino del destierro y se fue a vivir al país de los volscos, enemigos de los romanos.

Éstos lo recibieron gozosos y lo nombraron jefe para una nueva campaña contra los romanos. Coriolano marchó hacia Roma arrasando los campos a su paso; sólo respetó las propiedades de los patricios. Roma estaba aterrorizada y el Senado envió embajadores a Coriolano. Los recibió con insolencia y rechazó todas las proposiciones. Cuando volvieron por segunda vez, ni siquiera dejó que entrasen en el campamento. Luego fueron los sacerdotes revestidos con ornamentos sagrados, pero tampoco obtuvieron resultado. Por último, apareció un grupo de matronas romanas, entre ellas la madre de Coriolano y sus hijos.

> "Entonces -dice Tito Livio-, Coriolano, loco y fuera de sí, corrió a abrasar a su madre. Pero ella, pasando de las súplicas a la ira, lo frenó con estas palabras: ‘Antes que me abraces, dime si estoy ante un enemigo o ante un hijo, si estoy en tu campo como cautiva

o como madre. ¿Para ello he vivido tanto? ¿Para verte desterrado y enemigo de la patria? ¿Has sido capaz. de asolar esta tierra que te crió y alimentó? Por despechado que estuvieses, por muchos deseos que tuvieras de asolar estos campos, ¿es posible que no se esfumara tu cólera al piar esta tierra? Al divisar Roma, ¿no has pensado que dentro de sus muros están tu casa, tus dioses lares, tu mujer, tu madre y tus hijos? ¡Ojalá hubiera sido estéril y así Roma no se vería hoy atacada! ¡Si no hubiera tenido un hijo como tú, habría muerto libre en una patria libre!'"

Según la leyenda, esta gran matrona venció el orgullo del rebelde. Levantó el sitio y regresó con su ejército, decepcionado, al país de los volscos, quienes lo mataron movidos por la ira.

La Ley de las Doce Tablas

Los pobres y los oprimidos mejoraron su suerte a partir de la retirada al Monte Sagrado, pero mientras Roma no instaurase leyes escritas, y sus cónsules y magistrados patricios administrasen justicia según costumbres antiguas que ellos solos conocían, la vida y los bienes de la plebe no estarían seguros. Varias veces se intentó redactar un código, pero en vano. *"Después* -dice Tito Livio- *fueron enviados a Atenas tres hombres con la misión de recopilar las célebres leyes de Solón y reunir informes sobre las instituciones, costumbres y usos de los demás Estados griegos. Regresaron a Roma después de dos años de ausencia."* Se nombró entonces, por un período de un año, a diez hombres llamados decenviros (*decem*, diez; *vir*, hombre), uno por cada tribu, para redactar las leyes. Durante ese año no se nombró a ningún otro funcionario. La asamblea popular aceptó en el Foro las leyes de los decenviros y su texto fue grabado sobre doce tablas de bronce.

La ley de las Doce Tablas constituye la base del célebre derecho romano. En cuanto a estilo, es una obra maestra de claridad y concisión. Los distintos artículos se expresan en forma lacónica y juzgan con extraordinario rigor. La ley no admite excepción alguna, ni circunstancias atenuantes. El legislador castiga hasta el menor delito, pero las leves no son crueles. La prohibición de torturar al hombre libre es uno de los principios capitales del derecho penal romano, mientras que en otros pueblos los precursores de la justicia humanitaria han luchado miles de años para conseguir igual resultado. Se ha conservado gran parte de la Ley de las Doce Tablas, pues los niños romanos aprendían su articulado en la escuela.

Los decenviros debían haber abandonado sus funciones una vez cumplido su cometido, pero comenzaron a manifestarse como tiranos. La leyenda de la caída de los decenviros es similar a la de la deposición del último rey. En el primer coso, la muerte de la inocente Virginia, sacrificada por su padre, hace estallar el odio del pueblo; en el segundo, lo promueve el suicidio de la virtuosa Lucrecia.

Tregua en la Lucha Social

Las luchas internas de Roma durante casi todo el transcurso de los siglos V y VI antes de Cristo, no fueron más que un largo pleito entre patricios y plebeyos. Los tribunos del pueblo fueron logrando para su clase los derechos que antes sólo disfrutaban los patricios. Pero pasó un siglo antes que los plebeyos alcanzasen el derecho político decisivo: el de ser elegidos cónsules. Los patricios consiguieron retardar dicha reforma mediante la corrupción, los fraudes electorales y toda clase de artilugios. Siempre existía la posibilidad de anular los efectos de un decreto desagradable o de un veto adverso, a veces con la ayuda de sacerdotes o de augures.

La menor borrasca, o leve contratiempo durante un acto oficial, era, según los augures, una señal de la cólera divina. Pero a la larga, los patricios tuvieron que ceder y otorgar, de ordinario, uno de los cargos consulares a un plebeyo.

Lo más difícil estaba hecho. En adelante, los plebeyos podrían desempeñar todas las funciones de Estado, cada vez más numerosas. El mismo Senado tuvo que abrirse a ellos, ya que solía reservar un puesto a las magistraturas después de un año de ejercicio.

Hacia el 300, los plebeyos habían adquirido los mismos derechos políticos que los patricios, dando así fin a las agotadoras luchas sociales. Los romanos superaron las luchas de clases sin derramamiento de sangre, con aquella serenidad y sentido práctico que les caracterizaba y honraba tanto. Esta feliz solución se debió, en parte, al respeto recíproco de los partidos. Roma era una sociedad en la que todos, patricios y plebeyos, sentían idéntico ideal de valor y sobriedad. La situación cambiaría más tarde y los romanos sufrirían también sangrientas guerras civiles.

Cincinato, un dictador modelo

En tiempos de guerra o situaciones que exigían decisiones rápidas, se prefería confiar el poder a un solo hombre, a una sola voluntad. En tales momentos es peligroso dividir el poder supremo entre personas de igual autoridad. El Senado nombraba entonces un dictador por un período de seis meses, a quien investía de un poder ilimitado sobre la comunidad, incluida la vida de los ciudadanos. El de dictador era, pues, un cargo excepcional y limitado: nadie podía ejercerlo más de seis meses; cumplida su misión, el cesante volvía a ser un ciudadano cualquiera, dispuesto a rendir cuentas sobre las medidas tomadas durante su mandato.

Cierta vez, los romanos se enzarzaron en una peligrosa guerra contra un pueblo vecino, los ecuos. A causa de la incompetencia militar de uno de los cónsules, un destacamento romano había quedado acorralado. Angustiados, los romanos sólo vieron una solución: concentrar todos los poderes en manos de un solo hombre. Y eligieron a Lucio Quincio Cincinato (o sea, el Crespo), un patricio que había adquirido antes fama como cónsul por su valor y talento político. Cuando los enviados del Senado -llegaron a la pequeña granja que Cincinato poseía al otro lado del Tíber para comunicarle el resultado de la votación, el antiguo cónsul estaba arando su campo.

A la mañana siguiente se presentó en el Foro con toga de dictador orlada de púrpura y llamó a todos los ciudadanos a las armas. A medianoche llegó con esta leva al campo de los ecuos. Amparado por la oscuridad, rodeó al enemigo y erigió una empalizada a lo largo de sus líneas. Terminado el trabajo, Cincinato ordenó a los suyos que profirieran gritos de guerra. Los compatriotas cercados por el enemigo se animaron y lanzáronse al ataque. Los ecuos, cogidos entre dos fuegos, pidieron la paz. Cincinato les permitió marchar libres, a condición de rendir las armas y entregar sus jefes a los romanos. Cumplida su misión en sólo seis días, el dictador se despojó de la toga orlada de púrpura y retomó el arado, aun cuando podía prolongar el poder durante seis meses. Para los romanos, Cincinato llegó a constituir un símbolo del espíritu cívico.

La ciudad estadounidense de Cincinnati perpetúa su recuerdo. Se la denominó así en homenaje al que entonces se consideraba como el Cincinato de los Estados Unidos: Jorge Washington.

Veinte años después de su victoria sobre los ecuos, Cincinato volvió a salvar a su pueblo. Un romano influyente, Espurio Melio, intentó en 439 antes de Cristo un golpe de Estado. Al menos, se le acusó de ello. Hombre riquísimo, al ser Roma afligida por el hambre, pensó que podría apoderarse del mando gracias a su fortuna. La situación era

tan desesperada, que, según Tito Livio, había quienes se arrojaban al Tíber para acortar sus sufrimientos. Fue entonces cuando Melio compró mucho trigo a los etruscos y lo repartió al pueblo hambriento.

> "Distribuyó trigo a la plebe que le seguía por doquier seducida por los regalos, consiguiendo que le miraran y exaltaran, sobrepujando toda medida decorosa para un particular por sus favores y promesas; prometíanle formalmente el consulado; él mismo, en fin, aspiró a metas más elevadas y prohibidas (que el hombre es insaciable con cuanto le ofrece la fortuna)."

Desde luego, Melio tenía intenciones sediciosas, de las que pronto obtuvieron pruebas las autoridades. Se supo que Melio almacenaba armas en su casa, que mantenía reuniones secretas, forjaba planes para destruir la república y sobornaba a los tribunos del pueblo. La libertad de Roma estaba en peligro y juzgóse que sólo un dictador podría salvarla. Se eligió otra vez a Cincinato. Tenía entonces ochenta años, pero su vigor físico e intelectual estaba aún intacto. Envió al maestre de caballería *(magister equitum),* Servilio, a llamar a Melio.

Éste creyó que aquella citación era sospechosa y huyó, pidiendo protección al pueblo. Pero Servilio le detuvo y le dio muerte. Después relató los hechos a Cincinato, que lo felicitó: "Cayo Servilio, ¡gracias por tu valor! ¡El Estado se ha salvado!"

Los galos destruyen Roma

El 390, año en que Dionisio I el Viejo, tirano de Siracusa atacó la Italia meridional, fue también nefasto para los romanos. Los celtas -galos-, procedentes del norte, avanzaban. sobre Roma.

Los galos se habían establecido en la Francia actual, que los romanos llamaban por tal razón Galia Transalpina (Galia situada, desde el punto de vista romano, al otro lado de los Alpes). Otros celtas, tras franquear el canal de la Mancha, habíanse instalado en las Islas Británicas. Y también habían penetrado en las ricas llanuras del Po, en la Galia Cisalpina (Galia de la parte de acá de los Alpes, vista desde Roma), atraídos, dice Tito Livio, "por los hermosos frutos de Italia y sobre todo por el vino, que tanto les gustaba". Sin duda, estas tribus, todavía nómadas, necesitaban nuevos pastos. Una numerosa oleada celta, después de atravesar la Galia Cisalpina, continuó en dirección sur. El ejército que salió de Roma a oponerse al enemigo se aterrorizó al notar la elevada talla y espantoso aspecto de los vigorosos guerreros galos. Los galos practicaban una técnica militar muy distinta a la usada por los romanos en sus escaramuzas vecinales. Nada amedrentaba tanto a los soldados romanos como aquel grito de guerra de los galos. Las legiones resistieron poco y el pánico fue pronto general, extendiéndose del ejército al pueblo. Vacilaba el orden social, nadie se sentía con fuerzas para conjurar el inminente desastre, ni había autoridad capaz de hacerse obedecer. Cada cual pensaba en salvar la vida como pudiera y casi todos los habitantes de la ciudad huyeron a los poblados vecinos.

Por suerte para los romanos, los bárbaros no aprovecharon en el acto esta situación, sino que perdieron el tiempo en saquear, decapitar a los enemigos caídos en la batalla y celebrar su rápida victoria con orgías. Así los romanos tuvieron tiempo para recuperar fuerzas.

Con los objetos preciosos que pudieron llevar, algunos valientes se concentraron en el Capitolio, ciudadela comparable a las acrópolis de las ciudades griegas. Sobre ese morro se estrellaría el ataque de los bárbaros. En la ciudad sólo quedaron algunos venerables ancianos que, vestidos con sus mejores galas, ocuparon en el local del

Senado sus sitiales, símbolo de sus cargos, preparados para el sacrificio que reconciliaría a Roma con los dioses. Al día siguiente, los galos penetraron en la ciudad y dice Tito Livio que quedaron asombrados ante aquellas figuras venerables:

> "No sólo por sus ropajes y actitud sobrehumana, sino por la majestad que mostraban en su expresión y la gravedad de su rostro, semejaban dioses. Ante aquellos ancianos que parecían estatuas, los galos-quedaron inmóviles. Según cuentan, uno de los galos acarició la barba a uno de estos romanos, Marco Papirio, que se la había dejado crecer según costumbre de la época; el anciana reprimió al bárbaro golpeándolo en la cabeza con un cetro de marfil. El golpe excitó la cólera del galo y fue la señal de una carnicería y matanza de todos lo, patricios en sus propias casas; no perdonaron a grandes ni pequeños, saquearon los edificios y, al hallarlos vacíos, les prendieron fuego."

El incendio de Roma llenó a todos de indignación. Los galos hicieron una tentativa alocada para asaltar el Capitolio y después pusieron sitio a la ciudadela. En una noche clara, algunos bravo-, guerreros trataron de sorprender a la guarnición encaramándose por una pared escarpada donde los romanos no tenían centinelas. Nada turbaba el silencio de la noche; hasta los perros permanecían callados. Pero, de pronto, los gansos sagrados de Juno comenzaron a graznar y a batir las alas, alboroto que salvó a los sitiados, pues despertó a Manlio, que tomó las armas y dio la voz de alarma. En aquel momento el primer galo alcanzaba la cima de la pared. Manlio lo golpeó tan fuerte con su escudo, que cayó al abismo arrastrando a varios compañeros. Sorprendidos, los otros galos dejaron las armas para aferrarse a la roca, de modo que los romanos dieron cuenta de ellos sin dificultad. "Los enemigos -dice Tito Livio- caían en el abismo como un alud." Los centinelas que se habían dormido durante la guardia, corrieron la misma suerte.

El hambre diezmó tanto a los de la ciudadela como a la horda de los galos; a éstos, amontonados en sus campamentos, les acometió la peste. La guarnición del Capitolio no tenía qué comer y la continua vigilancia extenuaba a los hombres. Después de un sitio de siete meses, los romanos estaban tan debilitados, que el solo peso de las armas los derrumbaba. Ofrecieron, pues, a los galos una suma de mil monedas de oro (casi cinco millones de pesetas) si levantaban el sitio. Los galos utilizaron pesas falsas para la evaluación de la cantidad; los romanos protestaron ante semejante engaño. El caudillo de los galos, encogiéndose de hombros, sacó su espada y la arrojó sobre la balanza, pronunciando estas palabras, intolerables para los romanos: "¡Ay de los vencidos!"

Seguían pesando aún el oro pactado, cuando apareció el dictador Camilo al frente de un ejército, aplastó a las tropas galas y entró en triunfo en la ciudad, siendo aclamado como el "segundo fundador de Roma". El título era merecido: gracias a él, sus conciudadanos no abandonaron la ciudad. Camilo dirigió varias veces más al ejército contra los enemigos de Roma. La victoria caminaba al paso de sus banderas. Elegido dictador por quinta y última vez a los ochenta años, una enfermedad le arrebató poco después la vida tras haber recibido cuatro veces los honores del triunfo. De todos modos, la leyenda embelleció la victoria de Camilo sobre los galos y su intervención para impedir que los romanos abandonaran la ciudad.

En cambio, el valiente Manlio no conoció estos honores tributados a Camilo. Aunque pertenecía a una familia patricia, se alistó con los plebeyos. Sintió primero simpatía por estos pobres compañeros de armas y después le irritó ver que los patricios ensalzaban en exceso a Camilo. Manlio, que no ocultaba sus sentimientos, fue citado por sospecha de provocar una rebelión de la plebe. El tribunal le infligió la misma sentencia antaño impuesta a los cabecillas Espurio Melio y Espurio Casio. Según la

tradición, fue arrojado de lo alto de la roca Tarpeya: el mismo lugar donde había salvado a la guarnición del Capitolio.

Un pueblo de campesinos

Los romanos, auténtico pueblo de agricultores, poseían la dureza característica del campesino. Ni los terratenientes ricos consideraban indigno empuñar la mancera del arado. El romano pudiente tenía ; gala ser considerado un buen agricultor y residía en el campo; en la ciudad sólo poseía unos aposentos para cuando los negocios le llamasen a Roma. En verano también vivía en la ciudad, para respirar aire algo más fresco que en la llanura de la Campania, donde el calor era agobiante y el agua de las marismas exhalaba pestilencias.

La situación sanitaria de Roma fue mejorando gracias a colosales obras de drenaje. Las célebres cloacas de Roma y los acueductos procedentes de la montaña contribuyeron en gran escala a esta salubridad. El primero de estos célebres ductos de agua potable fue construido en 312 antes de Cristo, con una longitud de más de dieciséis kilómetros.

Al principio, el Foro era un llano pantanoso entre el Palatino y Capitolio, las dos primeras colinas edificadas de Roma. Para unir aquéllas en un solo núcleo, había que desecar las marismas. La tradición atribuye esta empresa al rey Tarquino. El estero que cruzaba el Foro fue encauzado y se convirtió en el desagüe principal de Roma, la célebre **Cloaca Máxima**: su colector central era de dimensiones tea. enormes para la época, que podía circular por él un carro bien cargado. La Cloaca Máxima aún se utilizaba en el siglo VI después de Cristo y uno de sus conductos laterales todavía funciona hoy.

No obstante, la higiene dejaba mucho que desear, porque los habitantes vivían prácticamente amontonados. La ciudad, superpoblada, era pequeña, sucia, malsana, mal construida, y sin sectores de estético atractivo. Roma era, en realidad, un amontonamiento de varias aldeas latinas. Los poblados agrícolas de las colinas romanas, convertidas en zona urbana, desbordaron las antiguas murallas de la ciudad e inundaron los valles. Las chozas con tejado de paja fueron sustituidas por casas de piedra, pero se construyó en desorden y sin planificación. Las casas, por lo general de adobe, tenían un aspecto gris sucio. Se levantaban sobre las angostas y escarpadas colinas o se acomodaban en sus flancos como nidos de aves.

Tal era el aspecto de la famosa Ciudad Eterna, que tantísimos y diversos peregrinos atrae en nuestros días. Nadie adivinaba entonces la grandeza que le deparaba el porvenir. Así, pues, cuando Atenas gozaba de su edad dorada en tiempo de Pericles, Roma sólo era un populoso villorrio de campesinos, sin un solo artista o escritor local. Hasta mediados del siglo IV antes de Cristo, las ricas ciudades etruscas del norte y las griegas del sur superaban a Roma. El progreso de los griegos llevaba un milenio de ventaja a los romanos.

La agricultura era, sin duda, el medio de vida más importante de la antigua Roma. La palabra latina *cultura* significa *"trabajo de la tierra"*. Con todo, los romanos entendían que no bastaba abandonar el estado nómada, establecerse en lugar fijo y dedicarse a la agricultura para ser un pueblo civilizado; ello sólo constituía condición previa para el establecimiento de una civilización en el pleno sentido de la palabra.

"Sólo las ciudades pueden crear la cultura", decía Vergecio, un escritor romano que vivió hacia el 400 antes de Cristo.

Las ciudades deben su prosperidad al comercio y a la industria. De una forma u otra, el campesino tiene que vender su trigo, su vino y su ganado para comprar otros productos de primera necesidad. Roma no tenía una clase comerciante propiamente dicha. El comercio urbano consistía sobre todo en el trueque. El comercio exterior, si no estaba en manos de extranjeros, tuvo que ser manejado por los ricos hacendistas, pues sólo ellos tenían medios para construir barcos y transportar cereales, madera, esclavos y demás productos, al extranjero. Los grandes patricios eran hombres de negocios. Sin embargo, los negocios en gran escala no eran posibles sin una división permanente del trabajo ni una industria sólida de artículos de exportación. La artesanía romana nunca alcanzó una escala industrial ni tampoco el rango de profesión artística. Roma era en verdad una plaza comercial importante, pero sólo dentro del Lacio. En la ciudad se concentraban, en efecto, los productos de todo el Lacio y era centro de distribución de artículos de primera necesidad, en parte elaborados en Roma y en parte importados de la Magna Grecia, de Sicilia, Grecia y Cartago, sobre todo. Pero Roma no era un emporio comercial como la colonia espartana de Tarento, por ejemplo, o la ciudad etrusca de Caere; durante largo tiempo, la villa tiberina sólo fue centro de gravedad de una región agrícola.

El romano tenía de su ciudad y de su país la idea que podía tener un campesino de la época; sus conquistas eran algo así como una ampliación de sus tierras, pagadas con sangre más que con dinero. Lo vencidos se veían obligados a integrarse en la población romana o a ceder una parte de su suelo de cultivo, generalmente un tercio, y sobre estas tierras conquistadas se asentaban las propiedades cultivables romanas. "Muchos pueblos -dice Mommsen- han vencido a otros y han conquistado sus territorios, pero ninguno como el romano supo hacer suyo y fecundar con sudor el terreno ocupado, ni ningún otro conquistó con el arado lo que apresó antes con la lanza. Lo que la guerra da, otra guerra puede quitar, pero ello no rige con las victorias que el labrador consigue sobre la tierra. Es cierto que los romanos perdieron muchas batallas, pero nunca cedieron un palmo de terreno romano y debieron el acrecentamiento de su territorio al campesino. La fuerza del individuo y del Estado residía en el derecho de propiedad y posesión absolutamente efectiva de las tierras laborables. La grandeza de Roma se basaba en la posesión del suelo por los ciudadanos y en la gran homogeneidad de la población agrícola."

Su afición por el trabajo pacífico y creador explica, tanto o más que su profundo sentimiento nacional, el poderío que adquirieron en Italia primero y después en el mundo. En Roma, el propietario libre conducía él mismo su arado. Por eso los espartanos no pudieron crear una cultura ni estuvieron capacitados para ejercer un largo dominio sobre los pueblos.

Familia y religión en la roma antigua

Si se compara la sociedad romana con la espartana, se observa en el acto que en Roma la comunidad era muy exigente con el ciudadano, pero respetaba su libertad individual y su dignidad humana; en Roma, la organización comunitaria era algo más que una máquina ciega. Roma respetaba la familia. He aquí una de las fórmulas del ritual matrimonial: "¡Quiero estar donde tú estés!" Las madres de familia, las matronas, eran muy respetadas y no estaban sometidas a las obligaciones que recluían a las mujeres atenienses en el gineceo. Roma no rompía, como Esparta, los lazos familiares entre padre e hijo, la juventud romana recibía una rígida educación, pero no era

escindida del ámbito familiar. El padre romano era un hermano para su hijo; el muchacho casi nunca abandonaba a su padre, sino que trabajaba con él en el campo y le acompañaba en las fiestas, en los banquetes y en la asamblea popular. Los hijos mayores de los senadores acompañaban a su padre en el consejo de los ancianos; de esta manera, los paterfamilias los instruían para que más tarde pudieran sustituirlos.

La familia, en el sentido estricto de la palabra, era, pues, la base del Estado romano. El hogar era lo más sagrado. Cada casa romana tenía sus dioses: los **penates**. Se veneraba el fuego del hogar, simbolizado en la diosa Vesta, y la casa, simbolizada en la puerta de acceso. Este símbolo es **Jano**, el dios bifaz, característico de la mitología romana; en efecto, la puerta mira a la vez al interior de la casa y al exterior. Con algo de imaginación puede identificarse este dios romano: en latín, puerta se dice *janua*. Jano era, pues, el protector de todo principio y de todo fin. Por eso lleva su nombre el primer mes del año. Julio César llamó *Januarius*, enero, a este primer mes cuando introdujo, en 45 antes de Cristo, el calendario juliano y la división egipcia del tiempo según los años solares.

La religión romana ostenta el sello de las necesidades, deseos y esperanzas de unos hombres que tenían que ganarse el pan con el sudor de su frente y que carecían de imaginación. La mitología romana no da lugar a fantasías; los romanos tomaron casi todos sus dioses y diosas a los griegos, que, después de los etruscos, fueron maestros de los romanos en cada faceta de su cultura. La mitología griega había sido creación de los espíritus mejor dotados; la mitología romana corresponde, en cambio, a las necesidades comunes del pueblo. Buenas cosechas y negocios lucrativos, he ahí lo que el romano esperaba de los dioses. Por su parte, procuraba cumplir con escrupulosidad todas las ceremonias que los poderes divinos exigían de él. Para los hebreos, la religión era una alianza de Dios con el pueblo; para los romanos, el significado primario de la palabra *religio* no entrañaba un sentido místico, sino una relación jurídica entre divinidad y adorador. El romano cumplía con tanta meticulosidad el ritual como los contratos comerciales; "se acercaba a los dioses -ha escrito Mommsen- con la timidez del deudor que va al encuentro del poderoso acreedor", lo cual no impedía alguna que otra tentativa para predisponer a éste en su favor, con aparentes muestras de piedad que facilitasen las transacciones. En esto, como en todo, los romano aplicaban la máxima *do ut des* (te doy para que me des).

Marte, dios de la guerra, parece haber sido la divinidad más importante mientras los romanos lucharon por sobrevivir entre pueblos vecinos. Se veía en él a un protector que vencía al enemigo y defendía al pueblo y a los rebaños. Poco a poco, Marte pasó a segundo plano y Júpiter ocupó su lugar. A Júpiter, asimilable a Zeus Pater, la representaban con un cetro en una mano y un rayo en la otra. Su templo, sobre el Capitolio, se convirtió en centro religioso de todo el Imperio romano. Mas este templo no era obra maestra como el Partenón; a pesar de sus dimensiones, estaba construido con piedra ordinaria volcánica, recubierta de yeso y ladrillo, y las estatuas de los dioses eran de tierra cocida. Cuando un incendio lo destruyó en el año 83 antes de Cristo, se reconstruyó en estilo helenístico; fue el primer edificio romano con columnas de mármol. Como ardiera en varias ocasiones, las nuevas construcciones fueron cada vez más imponentes.

La religión romana era, pues, poco a propósito para inspirar a poetas y artistas. Además, el mundo religioso de los romanos estaba dominado por unas fuerzas que se comportaban con arbitrariedad. Lo que nosotros llamamos leyes de la naturaleza, eran para los romanos poderes divinos sin otras normas que las de la propia voluntad y capricho. "Según los romanos -dice un especialista en la materia-, el hombre no obra por él mismo. No es el arquitecto quien construye

la casa, ni el general-quien alcanza la victoria, sino la fuerza sobrenatural que inspira al arquitecto y dirige su trabajo o una fuerza divina que se sirve del general para vencer a los dioses enemigos." Para los romanos, cada faceta de la vida poseía su divinidad. El mundo de sus dioses estaba tan superpoblado, que hizo decir a Polibio: "¡Los romanos son más religiosos que los mismos dioses!"

Los dioses griegos introducidos en Roma no fueron adoptados por el pueblo, no penetraron en la vida íntima de los ciudadanos. Los romanos carecían de aquel anhelo de belleza que fue el ideal de los helenos. Éstos sintieron la necesidad de dar forma humana a sus sentimientos religiosos y las formas divinas inspiraron su pintura y su poesía. Por el contrario, en Roma, la única creación de la mitología local fue Jano, de doble cara; los romanos eran incapaces de volar más alto.

Lo que sabemos de cierto sobre la Roma primitiva

Ningún pueblo del mundo posee tantas leyendas sobre su pasado remoto como el pueblo romano, pero cuando se las estudia a fondo, se advierte que la calidad no corresponde a la cantidad. Las que tratan sobre los orígenes de Roma deben ser consideradas con visión crítica, como las demás tradiciones antiguas. Cuando la crítica tiende a exagerar, se la puede contrarrestar con los hallazgos arqueológicos, lo único que puede confirmar tradiciones que se tenían antes como lucubraciones históricas o fantasías populares.

A comienzos de nuestro siglo, un historiador italiano aún podía afirmar que la Ciudad Eterna no podía haber nacido antes del año 450 antes de Cristo, pero apenas expuesta la teoría y aceptada casi por todos, las piedras milenarias comenzaron a protestar. Abrió su seno la tierra y surgió de las excavaciones del Foro una lápida que probó que la historia de Roma era unos siglos más antigua. A juzgar por la inscripción, proviene de la época de los reyes romanos, o, en todo caso, de los primeros años de la República. Este descubrimiento es muy interesante, ya que se han encontrado pocas inscripciones de la Roma anterior al año 300 antes de Cristo.

Los decretos del Senado constituyen otra fuente histórica importante. En efecto, el Senado hacía consignar siempre por escrito sus resoluciones, que ya fueron aprovechadas por Tito Livio y otros historiadores. El senado-consulto más antiguo llegado hasta nosotros data del año 186 antes de Cristo y trata del culto de Baco, imitación romana de los ritos griegos en honor de Dionisos. El Senado hubo de reglamentar con rigor las ceremonias dionisiacas, y los municipios itálicos tuvieron que exponer en la calle el decreto, grabado en planchas de bronce para advertencia de los ciudadanos. Una de ellas fue encontrada en Calabria, en un lugar ocupado entonces por una colonia romana.

Los documentos históricos más antiguos de Roma son los Anales, breves notas oficiales con los sucesos más importantes y los nombres de los cónsules que gobernaron cada año. Iniciados hacia el año 510 antes de Cristo, fueron aprovechados por Fabio Píctor, el historiador romano más antiguo que conocemos. Hacia 200 antes de Cristo, Fabio prologó su narración de las guerras púnicas con una breve introducción concerniente a la crónica de los siglos precedentes.

En Roma como en Grecia, la piqueta del arqueólogo fue el instrumento más seguro para distinguir la leyenda de la realidad. El honor de haber iniciado los trabajos científicos en el Foro romano se debe a Napoleón III. Las excavaciones descubrieron las ruinas de algunos célebres monumentos romanos que el turista puede contemplar aún en el Foro: el arco de Tito, el templo de Saturno y el templo de Vesta, de construcción circular como las chozas de los antiguos

latinos. Sin embargo, ninguno de estos monumentos representa en su forma actual a los primitivos templos de la república. Ello se debe, en parte, a los galos, que lo asolaron todo a su paso, borrando las huellas de los orígenes de Roma. Irreparable pérdida para la historia; pero no son ellos los únicos responsables. El afán de lujo hizo que los romanos de la época imperial destruyeran muchos templos antiguos de piedra para sustituirlos por otros monumentos de mármol.

No obstante, quedan muchas inscripciones romanas que escaparon a la destrucción. El investigador alemán Teodoro Mommsen emprendió el gigantesco trabajo de reunirlas y estudiarlas críticamente. Sumaban más de 100,000. Hace mucho tiempo ya que las inscripciones de la Antigüedad romana despertaron interés. En la época de Carlomagno, un monje copió muchas e importantes inscripciones, aprovechando una peregrinación a Roma; tenemos un ejemplar de su obra. Pero el interés subió de punto en el Renacimiento, época en que numerosos investigadores copiaron y publicaron documentos epigráficos. Estas colecciones son de incalculable valor, pues muchas inscripciones que entonces se encontraron, volvieron a desaparecer.

Pese a las excavaciones y hallazgos de los últimos años, es difícil describir con suficiente precisión el origen de Roma. Es posible que a partir del siglo VIII antes de Cristo, su actual emplazamiento haya sido ocupado por distintas ciudades, pues, al contrario de lo que antes se creía, no sólo se posesionó el Palatino, sino también el Capitolio, el Quirinal y las laderas occidentales del Esquilino. En el valle del Foro se asentó el centro de la vida social y religiosa; los romanos levantaron allí los primeros santuarios, en particular el de Vesta y el de la diosa Ops, personificación de la abundancia.

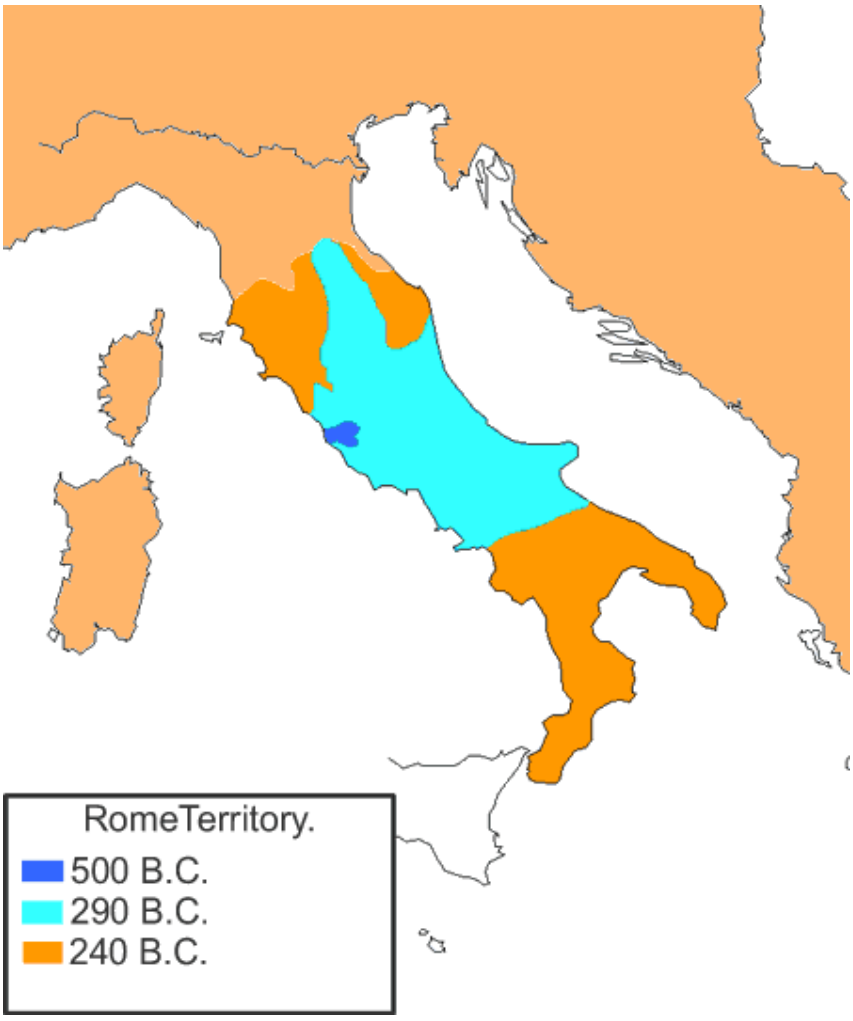
Es indudable que Rómulo no existió, pero ello no es suficiente para atribuir a Numa Pompilio la fundación de Roma hacia 575 antes de Cristo. Parece ser que la fecha tradicional de 753 está más en consonancia con la realidad. El sueco Krister Hanell, por su parte, ha presentado objeciones en cuanto al año de la caída de la monarquía; según él, la fecha debería trasladarse del 509 al 450 antes de Cristo. Algunos descubrimientos nos prueban que en esta época la ciudad fue teatro de violentos combates, lo cual pudiera indicar que Roma se debatía entonces en la revolución que condujo al establecimiento de la república. De todos modos, es evidente que, desde principios del siglo V, la influencia helénica, característica de la Roma etrusca, disminuyó en la ciudad de las siete colinas, argumento que aboga por el mantenimiento de la fecha tradicional, atrasada o adelantada hasta dos décadas.

LA CONQUISTA DE ITALIA

La invasión gala había sido el golpe más rudo sufrido por Roma hasta entonces, pero el ánimo romano no se dejó amilanar por tal catástrofe. Aparte de reparar las secuelas de la invasión, los años siguientes fueron dedicados a la tarea de acercamiento. entre las clase sociales, y ello dio a Roma una capacidad de resistencia mayor que antes. Hacia mediados del siglo IV antes de Cristo la lucha de clase casi había terminado; patricios y plebeyos rivalizaban con ardor en el servicio de la patria y se sacrificaban por los superiores intereses del Estado, preparando la futura grandeza romana.

En el período anterior, Roma había crecido con lentitud, pero a paso seguro, en especial a expensas de los etruscos. El acontecimiento capital de la guerra contra los etruscos había sido la conquista de la poderosa Veyes, fortaleza situada en la frontera del Lacio y la rival más peligrosa de Roma. La lucha sostenida un siglo por ambas rivales había terminado en 396 antes de Cristo, al tomar y saquear los romanos esa ciudad

tras once años de sitio. La leyenda romana considera este hecho como una segunda guerra de Troya.



Sumisión del Lacio

Concluida hacia mediados del siglo IV antes de Cristo la equiparación legal de patricios y plebeyos, los romanos pasaron a la ofensiva. La expansión debía, naturalmente, iniciarse hacia el Lacio, donde también se hablaba latín.

Fue así como el combate decisivo con los latinos tuvo lugar en 340 antes de Cristo, al pie del Vesubio. Los romanos lograron una rotunda victoria; apenas si pudo escapar la cuarta parte del ejército contrario. Más tarde volvió a estallar la guerra, pero el poder de los latinos ya estaba quebrantado; pocos años después, en la misma época en que Filipo de Macedonia ponía fin a la independencia griega, fueron sometidos por los romanos. Los latinos y los griegos fueron, pues, simultáneamente vencidos y obligados a someterse a una dirección política homogénea, aunque cada uno según su circunstancia. En Grecia, el régimen político era obra de un hombre que podía desaparecer un día u otro; en Roma, esta dirección la llevaba el Senado, que, a pesar de estar compuesto de trescientos miembros, integraba una vigorosa unidad. Cuando las ciudades latinas fueron incorporadas al Estado, los romanos dieron pruebas de un talento político todavía mayor que el que demostraron como militares. Poco numerosos

aún para asimilar a los nuevos elementos de las poblaciones conquistadas, les fue preciso dar una posición dominante a los romanos propiamente dichos; de lo contrario, los extranjeros habrían superad con facilidad al elemento romano. Mas, por otra parte, tampoco imitaron a los espartanos, reduciendo a sus hermanos al estado de ilotas Si los romanos hubieran sometido a los vencidos con demasiado rigor, los sojuzgados habrían considerado a Roma como enemigo hereditario y aprovechado la menor ocasión para sacudir el yugo. Ante todo, había que impedirles formar un frente común. Por eso los romanos firmaron, no con el pueblo latino en conjunto, sino con cada ciudad en particular, acuerdos que imponían condiciones diferentes en cada caso: unas adquirieron todos los derechos civiles romanos, y otras, sólo algunos; a unas se les concedió autonomía municipal completa; a otras, parcial o ninguna. De esta manera, los romanos despertaban entre las sometidas una especie de envidia mutua, muy ventajosa para sus fines. *Divide et impera* (¡Divide y vencerás!), decían.

Cumplidas las prescripciones impuestas por Roma, los pueblos conquistados podían cultivar en paz sus campos, sin temor a ser robados en ataques nocturnos, a ver vacíos sus graneros, ver saqueada sus granjas o que les arrebataran sus mujeres y sus hijos para ser vendidos como esclavos. Al cabo de algún tiempo, los latinos deseaban convertirse en romanos. No era ningún desdoro pertenecer a un pueblo potente y respetado que los defendía, les construía calzadas -, protegía su comercio, tanto en tierra como en el mar.

Los romanos concedieron, en tiempo oportuno, equidad civil más o menos perfecta a los pueblos sometidos a su dominación, haciéndoles olvidar que los conquistadores lograron su poder por la violencia y la astucia; con ello demostraron mayor talento político que los atenienses o los espartanos.

Las guerras samnitas

Más trabajo costó a los romanos someter a los samnitas, los "suizos de la Italia central". De los numerosos pueblos itálicos, salo estos montañeses de gran destreza militar, valerosos como el pueblo romano, pero divididos como el heleno, podían medir sus armas con Roma.

Los samnitas carecían de capital permanente, porque no formaban una unidad política. La nación samnita había enviado muchos contingentes de colonos a regiones cada vez más alejadas, debilitándose en vez de fortalecerse. Pero al incluir ciudades griegas en el interior de sus nuevas fronteras, la mezcla de razas los había incitado a desenvolverse culturalmente.

El objetivo de guerra, para los romanos, no era el país montañoso de los samnitas, sino la fertilísima Campania, tierra que despertaba la codicia de samnitas y romanos. El historiador romano Floro llama a esta región "la más bella del mundo", y escribe entusiasmado que en su suelo las flores brotan dos veces al año. Su tierra negra y volcánica es tan fértil, que el agricultor puede obtener tres cosechas anuales, por lo menos, y añade que los mismos la posesión de este país dioses se disputaban

Romanos y samnitas lucharon, al fin, por el dominio de toda Italia central. En algunos momentos, la situación fue muy crítica para los romanos. Poncio, habilísimo general samnita, consiguió cercar un día al ejército romano en el paso de Caudio, un estrecho valle del Samnio. Poncio perdonó la vida a los romanos, pero les infligió la cruel afrenta de hacerlos pasar bajo las "horcas caudinas" (dos lanzas clavadas en tierra cuyos extremos superiores sostenían otra colocada horizontalmente), ante las burlas e injurias de los samnitas. El Senado romano no aceptó trato tan deshonroso y acordó entregar al enemigo a los responsables del pacto, pero los samnitas los rechazaron.

Hubiera sido una venganza mezquina. La guerra se reemprendió con renovado odio, siendo luego los samnitas quienes tuvieron que pasar en cuclillas bajo el yugo. La lucha continuó todavía durante muchos años, pues los samnitas se aliaron a todos los pueblos que le sentían amenazados por los romanos. Incluso, los etruscos y los galo" enemigos mortales de Roma, formaron parte de esta coalición.

Los tiempos habían cambiado desde el año 390 antes de Cristo. El ejército romano, ahora sólidamente organizado, no tenía por qué temer a las hordas célticas. Los galos experimentaron esta vez una Sangrienta derrota frente a las legiones romanas, que siguieron venciendo uno tras otro a todos los coaligados. En cuanto a los samnitas mismos, es de lamentar tanta bizarría derrochada en vano, por falta de unidad. Hasta en el campo de batalla querían obrar tan libres e individualistas como si condujeran rebaños en sus montañas natales. Incluso antes del último combate, que iba a decidir la suerte de la guerra, el general en jefe tuvo que recurrir a ceremonias místico religiosas para conseguir un remedo de disciplina militar. La batalla final fue sangrienta: se dice que perecieron treinta mil de los cuarenta mil hombres de que se componía el ejército samnita.

Se cuenta que el valiente Poncio cayó prisionero en esa última gran batalla, fue encadenado y así desfiló en el triunfo de su vencedor, siendo después ejecutado. Pero no puede asegurarse la autenticidad de este relato, quizás inventado para halagar el orgullo nacional romano. De todos modos, siempre es un espectáculo doloroso el de la caída de un pueblo patriota y valeroso.

Al someterse a la dirección política y militar de Roma, la capitulación del año 290 antes de Cristo convirtió a los samnitas en "aliados" de los romanos. Al menos conservaron así su autonomía municipal. El territorio romano salió cuadruplicado de esta conflagración; ahora se extendía desde las estribaciones septentrionales de los Apeninos hasta la frontera con Magna Grecia por el sur. Eso, mirando al mar Tirreno; pero también asomaba al mar Adriático por antiguo territorio samnita. ¿Y qué hicieron con estas enorme adquisiciones? ,

A veces se mostraron amos severos y despiadados, expulsando a la población autóctona de las regiones poco pobladas o reduciéndola a la esclavitud. Los volscos, ecuos y otros pueblos desaparecieron; sus tierras pasaron a manos de colonos, en especial latinos. Con todo, la dureza de los romanos tenía su lado bueno. Gracias a ellos, Italia gozó de paz, la *pax romana*. Acabaron las continuas guerras, que se consideraban antes como normales.

Las colonias latinas fueron las avanzadillas de Roma en los países sometidos; en todos los territorios conquistados se asentaron nutridas colonias latinas; otro factor importante de coadunación fue la excelente calzada militar y comercial que los romanos construyeron entre Roma y Capua, llamada Vía Apia. Ésta y otras vías militares romanas fueron trazadas con una técnica tan cuidada y eran tan sólidas, que muchas aún resisten el uso. Entre ellas no había más comunicación que el común arranque en el centro de la red, hacia donde convergían. "Todos los caminos conducen a Roma", se decía ya en esta época. La urbe era el centro y corazón de todos los territorios romanos.

La expedición del rey Pirro

Terminada la guerra samnita, Roma enseñoreaba Italia propiamente dicha, excepto las regiones meridionales de la península. Es difícil, pues, creer que fuera casualidad el conflicto que enfrentó a Roma con Tarento, la colonia más rica de la Magna Grecia después de la caída de Síbaris y Crotona, la única colonia griega que había podido mantener su total independencia. Los romanos no buscaron la guerra con

Tarento, como pudiera creerse: al contrario, los romanos se mostraban muy tolerantes y querían evitar todo conflicto. La razón que tenían los romanos en aquel momento para no empujar a Tarento a la guerra la encontramos en Grecia, donde vivía un hombre temible que estaba deseando mezclarse en una guerra en Italia. Reinaba en el Epiro y pertenecía a la misma familia que Olimpia, madre de Alejandro Magno. Se consideraba, entonces, como descendiente de Aquiles y era célebre como guerrero y como rey: Pirro.

El Epiro[5] era esencialmente un país montañoso e inhóspito, habitado por un pueblo de raza no helena, a juzgar por los nombres más antiguos de personas y familias que han llegado hasta nosotros. Con todo, los habitantes del Epiro, como los de Macedonia, estaban helenizados y hablaban y escribían en griego. Hay que observar, no obstante, que se habían estacionado en el primitivo nivel de la época homérica. La ganadería era su principal fuente de riqueza. Se han encontrado en el Epiro restos de una raza de perros corpulentos y vigorosos, aptos para la caza y guarda de los rebaños. El cultivo de la tierra quedaba reducido a pequeñas extensiones. Los epirotas vivían en aldeas: las ciudades eran escasas y pequeñas.

Los ambiciosos planes de Pirro no eran un secreto para los romanos. Roma no tenía ningún deseo de ofrecerle el pretexto que deseaba; si los romanos atacaban Tarento, ocasión le darían de socorrer a una colonia griega y poner pie en Italia. Por entonces, los romanos deseaban dejar que la tempestad pasase. Ya llegaría el momento de extender el poder de Roma hacia el mar Jónico.

Los tarentinos, por sí solos, no significaban peligro alguno para un pueblo como el romano: no tenían tanto temple. Pese a estas previsiones, los de Tarento pidieron ayuda a la metrópoli y pactaron un tratado con Pirro. Los epirotas eran tan buenos soldados como los macedonios y esperaban conquistar en el oeste (a las órdenes de un rey emprendedor) tantos territorios como los macedonios (dirigidos por Alejandro) habían ganado en el este. Su rey era un guerrero en cuerpo y alma. Había sido formado en la escuela macedónica, entre otros por el terrible Antígono. Su firmeza de carácter hubiera hecho de Pirro un rival digno de Alejandro.

Este monarca con alma de conquistador se asfixiaba en su intrascendente reino y aprovechaba la menor ocasión para ensancharlo a expensas de países más llamativos que el suyo, lanzándose con entusiasmo a cualquier empresa, como había hecho, por ejemplo, en la guerra que sostenían los diadocos. Ahora Occidente abría un nuevo y prometedor campo de acción a quien supiera manejar la espada; sus epirotas le seguirían adonde él los condujera. Macedonia le había enviado una división de caballería y cinco mil infantes. Los entrenadísimos macedonios eran en aquel tiempo los mejores soldados del mundo; su falange de lanceros integraba un cuadro compacto capaz de resistir cualquier asalto.

La legión romana también era capaz de formar una vigorosa línea de defensa. En esta época, los romanos disponían sus legiones en tres líneas separadas. Así como la falange lanzaba toda su fuerza de una sola vez, para vencer a la legión era necesario conseguir una victoria en tres etapas. En primer lugar, había que vencer el ardor de los soldados jóvenes que formaban la vanguardia, después aniquilar la segunda línea, compuesta de hombres más experimentados, y por último, enfrentarse con la tercera, integrada por los veteranos. El orden de batalla de la legión permitía, asimismo, enviar refuerzos a la línea que estuviera en situación comprometida. Los romanos procuraban, sobre todo, economizar tropas y darles la mayor eficacia posible. Iba,

[5] Últimos reyes de Epiro: Admetes (480 a. de C.); Tarritos (429 a. de C.); Aletes I (395 a. de C.); Arimbas y Neoptolomeo II (381 a. de C.); Alejandro I (342 a. de C.); Eacides (381 a. de C.); Aletes (312 a. de C.); Pirro II y Neoptolomeo III (295 a. de C.); Alejandro II; Pirro III (242 a. de C.); república (229 a. de C.).

pues, a comenzar el primer acto de un gran espectáculo histórico: el combate de la falange contra la legión.

Pirro fue el primer griego que se midió con los romanos; de ahí su importancia histórica.

En el año 280 antes de Cristo, Pirro desembarcó en Tarento un ejército de 25.000 soldados de primer orden y 20 elefantes. Durante la travesía, efectuada en transportes tarentinos, la flota fue azotada por una tempestad y perecieron muchos hombres. El objetivo de Pirro era, sin duda, imponerse a los griegos occidentales y fundar un imperio griego que comprendiera ambas orillas del Adriático, pero pronto se percató que no podía contar mucho con la ayuda voluntaria de los residentes en la Magna Grecia. Los tarentinos habían prometido muchas tropas, pero sólo aportaron algunos hombres. Pirro trató con dureza a semejantes aliados. Tuvo que tratar a Tarento casi como a un país conquistado para utilizar la ciudad como base de sus operaciones, y nunca pudo confiar por entero en sus habitantes. La primera batalla entre griegos y romanos tuvo lugar en 280, cerca de **Heraclea**. La estrategia romana no había alcanzado aún el refinamiento de la táctica macedónica; sus tropas estaban todavía compuestas por campesinos. Las guerras sostenidas hasta entonces no habían exigido demasiado talento estratégico. Pero su fuerza moral y su disciplina de hierro contrarrestarían esta falta de táctica y de estrategia.

Durante largo tiempo, el resultado de aquella primera famosa batalla fue incierto, siendo los elefantes de Pirro el arma que hizo, al fin, inclinar la balanza a su favor. Tan pronto como aparecieron en el campo, sembraron el terror entre las filas romanas. Los caballos se desbocaban y los soldados no se atrevían a acercarse a semejantes animales; puestos en fuga, fueron aplastados por la caballería de Pirro y sus elefantes. No obstante, Pirro pagó cara su victoria: perdió la mayor parte de sus mejores soldados y mandos, huecos que eran más difíciles de llenar que las brechas abiertas en las filas romanas. Estratego perspicaz, Pirro debió advertir que el triunfo se había debido sólo a la sorpresa causada por los elefantes. Y este tipo de victoria no puede lograrse dos veces.

Sin embargo, en Heraclea, Pirro dio pruebas de su brillante talento militar; las ciudades griegas de la Italia meridional quedaron admiradas y casi todas se unieron a los epirotas. Incluso, los samnitas adhirieron al movimiento. Después de su victoria, Pirro penetró en la Campania, creyendo que los etruscos y demás pueblos a los que Roma había impuesto su alianza a la fuerza, aprovecharían la ocasión para sumarse a las filas del vencedor, como solía ocurrir en el este. Pero ningún aliado de Roma en Campania ni en Italia central abrió las puertas a Pirró. Pese a sus dificultosas relaciones con los romanos, los aliados no deseaban cambiar por otra su dominación.

Los romanos reunieron nuevos y tan numerosos ejércitos, que Pirro, sólo a dos jornadas de Roma, juzgó preferible dar media vuelta y regresar a Tarento. Cuéntase que entonces dijo que luchar contra los romanos era atacar a la hidra de Lerna. Al año siguiente consiguió una nueva victoria, esta vez en **Ausculum**, pero la pagó tan cara que exclamó: "¡Otra victoria como ésta y estoy perdido!" De ahí proviene la frase "victoria pírrica", para referirse a lo que cuesta demasiados sacrificios.

Pirro no pudo aprovechar sus victorias, debido a las turbulencias políticas. En efecto, supo entonces que el trono de Macedonia había cambiado de dueño. Su amigo, el rey, había caído en una guerra contra los galos, y los macedonios necesitaban un jefe para contener a los bárbaros. Pirro vacilaba ¿aprovechar esta ocasión para subir al trono de Macedonia? De Italia podía marcharse sin gran pesar, que bastante ayuda había prestado a los habitantes de la Magna Grecia, sin por ello ganar su confianza. Pero los siracusanos insistían en pedir ayuda contra los cartagineses. Después de la muerte de

Agatocles, Cartago era cada vez más peligrosa: amenazaba con dominar Sicilia entera, y el único salvador posible era Pirro.

Para abandonar Italia sin remordimientos tenía que pactar con los romanos un tratado de paz, que aceptaran muy gustosos, para así poner fin a una guerra que sólo les causaba derrotas y pérdidas dolorosas. Pirro envió a Roma al orador griego Cineas, diplomático sutil que conocía todas las argucias políticas, para que llevara las negociaciones. Pirro decía de él que había ganado para su rey más ciudades que sus ejércitos. Cineas se ganó en Roma el favor de la opinión pública por su educación, sus halagos y las dádivas, que distribuyó con suma sagacidad. Pero he aquí que intervino un personaje en el crítico momento de las negociaciones.

Se llamaba Apio Claudio y pertenecía a la misma familia que el anciano decenviro. Censor treinta años antes, había vestido dos veces la toga consular, obteniendo durante su mandato dos resultados perdurables: un acueducto que llegaba hasta Roma y la calzada de la misma hasta Capua, que lleva aún su nombre. Era viejo y estaba enfermo durante las negociaciones con Cineas, pero a pesar de ello se hizo conducir al Senado en litera. A los padres de la patria les soltó un discurso que les abrió los ojos a la verdad. La tradición pretende que Claudio hizo cambiar la actitud de los senadores por medio de palabras muy duras.

Cineas, griego sumamente culto, quedó impresionado por los *bárbaros romanos*, y a su regreso dijo a Pirro: "Viendo el Senado romano, creí encontrarme en una asamblea de reyes". Pero también le trasmitió la respuesta de éstos: que Roma no negociaba con ningún enemigo que violara el territorio de Italia. Sería éste uno de los principios inquebrantables de su política, aunque parece poco probable que hubiera sido fijado en la época de Apio Claudio, pues el concepto de suelo italiano no se identificaba aún con el de territorio romano.

Los romanos, pues, rechazaron las proposiciones de paz formuladas por Pirro, aunque esta decisión fue motivada por un factor político más que por la elocuencia de Apio, ya que apareció en la desembocadura del Tíber una flota cartaginesa cuyo almirante propuso a los romanos un tratado de alianza, para luchar contra Pirro. El verdadero propósito de los cartagineses era conquistar Siracusa sin sentirse amenazados por Pirro, a quien los aliados romanos se encargarían de inmovilizar en Italia.

Pirro, en Sicilia

Desde el siglo anterior, quizás antes, romanos y cartagineses venían concertando relaciones comerciales. Hacia el año 358 antes de Cristo, ambos pueblos establecieron un pacto de amistad, a condición que los romanos no mandaran expediciones comerciales al África, más allá de un cabo situado a unas cuantas decenas de kilómetros al norte de Cartago, ni que tampoco extendieran su comercio en España al sur de la actual Cartagena. En las posesiones cartaginesas de Sicilia, "romanos y cartagineses serían iguales en todos los terrenos". Por su parte, los cartagineses no ejercían ninguna violencia contra los aliados de Roma en el Lacio si entrasen en guerra con latinos que no fuesen aliados de Roma. El texto dice que los cartagineses "no construirán ningún domicilio fijo, según su costumbre, en el Lacio", de modo que si tomasen alguna ciudad, deberían cederla a los romanos. Setenta años después, el tratado experimentó unos cambios y se convirtió en una alianza militar contra Pirro. Entre otros detalles, la marina cartaginesa se ponía a disposición de los romanos para el transporte de sus tropas, ayuda naval que, por otra parte, permitía a los romanos incomunicar a Pirro con su patria.

Los belicistas habían atraído al Senado romano a sus puntos de vista, imponiendo la continuación de la guerra. Al mismo tiempo, la situación de Siracusa llegó a ser tan desesperada, que Pirro no pudo abandonarla a su suerte. Sabía muy bien que su destino estaba ligado al de esa ciudad: si los cartagineses la conquistaban y se apoderaban así de Sicilia entera, su posición en Italia sería insostenible; sus tropas caerían impotentes en manos de romanos y cartagineses. Por el contrario, si aseguraba sus fuerzas en Sicilia, conseguiría también el medio de terminar con ventaja la guerra con los romanos. Como la mezquina flota romana era impotente para impedirle el acceso a Sicilia, aceptó, pues, el dominio de la isla que le ofrecieron los angustiados siracusanos. Pirro hizo rumbo a la isla con la mitad de la flota, dejando la otra en Italia, a las órdenes de su hijo, para proteger a los aliados griegos contra los romanos.

Los cartagineses no pudieron impedir que Pirro desembarcara en Sicilia, reuniera en poco tiempo a todas las ciudades griegas libres bajo su mando y llevara la guerra contra el enemigo tradicional con tanto éxito que los cartagineses hubieron de abandonar casi toda la isla. Éstos ofrecieron a Pirro todas sus posesiones sicilianas, excepto una ciudad fortificada en el extremo oeste de la isla, donde hoy se levanta Marsala, a condición que abandonara el país. Incluso le regalaban dinero y barcos de guerra para sus futuras campañas. Sus intenciones eran claras. ¿Qué podían hacer las ciudades griegas de Sicilia sin Pirro? Se comprende, pues, por qué Pirro rechazó la oferta cartaginesa. Nunca fue tan poderoso el rey del Epiro.

Pero apenas los aliados se sintieron seguros, adoptaron la conducta mezquina de las colonias de Magna Grecia. Los sicilianos opinaban que el gobierno de Pirro era demasiado severo. Entretanto, Pirro debió escuchar las apremiantes llamadas de socorro de los samnitas y otros pueblos de Italia, que le llegaban desde Tarento, ahora oprimidos por los romanos. Regresó a Italia para acudir en su ayuda una vez más, pero su reino de Sicilia, tan prometedor al principio, se deshizo en menos tiempo que el que necesitó para erigirse. Una tras otra, las ciudades griegas de la isla entraron en relación con los cartagineses y les enviaron tropas.

A partir de entonces, el hombre que soñara convertirse en el Alejandro de Occidente, ya no actuó como estadista, sino como militar de fortuna; pese a su valor, a su conducta caballeresca y al halo de romanticismo que le rodeaba, su destino quedó sellado en 275 antes de Cristo, cerca de **Benevento**, en el país de los samnitas. Pirro no consiguió vencer a las legiones romanas. Con un resultado incierto, que equivalía a una derrota, su ejército peligrosamente debilitado y sus arcas vacías, el héroe, antaño tan temido, no tuvo otra alternativa que volver a su patria. Después de cinco años de guerra, abandonó, aquel país donde había anhelado crear un imperio poderoso.

Vuelto a Grecia, probó otra vez suerte conquistando gran parte de Macedonia y Tesalia entera, llegando como vencedor hasta el Peloponeso; en todas partes se le aclamaba como el libertador del yugo macedónico. Parece que fue herido de muerte en 272 antes de Cristo, en un combate por Argos, donde incluso las mujeres participaron en la lucha lanzando piedras desde los tejados. Los habitantes de Argos cuentan que disfrazada de anciana, Demeter, la diosa protectora de la ciudad, mató de un hondazo al célebre héroe.

El triunfo final de los romanos sobre Pirro anunciaba futuras victorias sobre todos los sucesores de Alejandro Magno. La legión había vencido a la falange. De golpe, Roma se atrajo la atención del mundo entero; una nueva potencia entraba en el escenario del mundo, a la par de Egipto, de Macedonia y del reino asiático de los seléucidas. Un hecho se produjo entonces, que no debemos omitir: poco después de regresar Pirro a Grecia, llegó una embajada egipcia a Roma y propuso un pacto de amistad que el Senado aceptó gustoso.

Acaso Roma no podía compararse con las grandes potencias de Oriente en cuanto a número de habitantes, pero militarmente les era superior.

Después de la batalla de Benevento, Italia del sur cayó por entero en poder de los romanos. Diez años más tarde dominaban en toda la península apenina hasta el Rubicón, río que durante mucho tiempo sería frontera entre Roma y los territorios galos del norte. Roma aseguró su nuevo poder mediante una extensa red de colonias militares: el idioma y las costumbres latinas se extendieron por toda la península y el campesino romano consolidó con el arado lo que había conquistado con la espada. No hay que imaginarse que las fronteras naturales entre los pueblos de Italia desaparecieran, ni que la península llegara a ser tan pronto un Estado nacional romano, pero en cosa de un par de siglos, ¿por qué no, especialmente las elites, los "herodianos" de esas naciones? La lengua y las costumbres griegas se mantuvieron mucho tiempo en la antigua Magna Grecia e incluso influyeron en los latinos y romanos. Los romanos cultos tenían a gala imitar cuanto podían a los griegos. De esa manera, el helenismo adquirió un poder irresistible en la esfera cultural, mientras los romanos sometían a otros pueblos en el terreno político.

Los romanos tardaron siglos en domesticar completamente el territorio situado entre el Rubicón y el estrecho de Mesina. Progresaron con lentitud, pero supieron conservar lo ganado. Durante la guerra entre romanos y cartagineses, poco después de la unificación de Italia central y meridional, los pueblos de Italia central no manifestarían el menor síntoma de rebelión contra la autoridad de Roma.

Senado Romano.

LAS GUERRAS PÚNICAS

DOS RIVALES

La Lucha por Sicilia

Cuando Pirro abandonó Sicilia en el año 276 antes de Cristo, parece que exclamó: "¡Detrás de mí dejo un buen campo de batalla para romanos y cartagineses!"

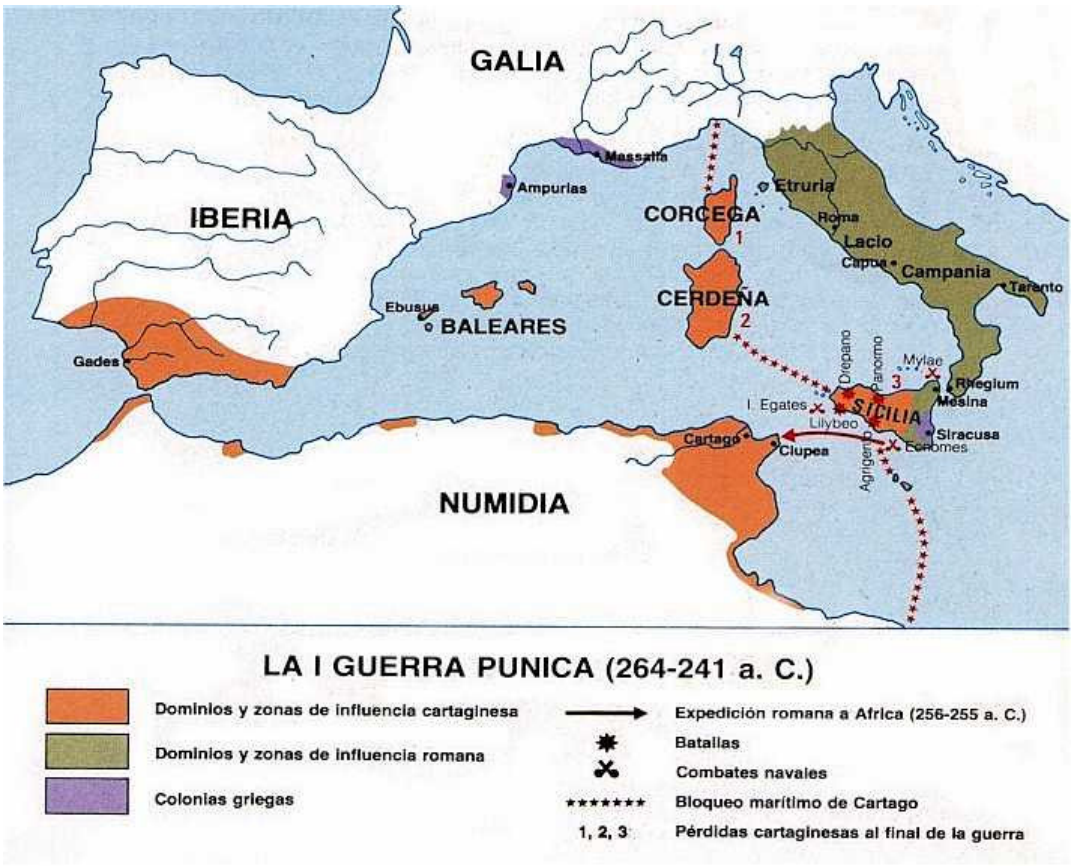
Los romanos, como dice Polibio, tenían que impedir a sus adversarios "que construyeran un puente que les condujera a Italia". Por ello, cuando los cartagineses hicieron sentir su yugo en Mesina y la ciudad pidió ayuda a Roma, los romanos no dudaron en intervenir, aunque tuvieran verdadera necesidad de paz después de la penosa guerra contra Pirro. Esta decisión fue tomada en 264 antes de Cristo. Fue el comienzo de las guerras más peligrosas que Roma entablara jamás y que recibieron el nombre de púnicas, pues los romanos llamaban "punos" a sus vecinos fenicios.

La lucha entre Roma y Cartago tenía un objetivo más importante que el estrecho de Mesina. El mundo mediterráneo veía de nuevo enfrentarse a dos colosos, como en Maratón, Salamina y Platea dos siglos antes: una vez más, Oriente y Occidente, semitas e indoeuropeos, se disputaban la hegemonía. En esta época, romanos y cartagineses eran los dos únicos Estados civilizados que manifestaban vitalidad política en Occidente. Uno de ellos llegaría a ser, tarde o temprano, el dueño de la cuenca entera del Mediterráneo, pero nadie podía prever cuál de los dos lo conseguiría. El Estado romano era continental; Cartago, un prototipo de potencia naval. El núcleo del Estado cartaginés no era mucho más extenso que la actual Túnez, ni poseía la totalidad de este territorio; en cambio, Cartago se había posesionado de casi todo el litoral austral del poniente mediterráneo, llegando a ser una de las ciudades más ricas del mundo. Sus riquezas hubieran podido ser superadas únicamente por los tesoros del imperio persa, de haber resistido éste los ataques de Alejandro Magno. Dícese que tenían una estatua de Baal de oro puro por valor de mil talentos, en un templo con el techo recubierto con placas también de oro. Cartago era centro de una talasocracia comparable a la Venecia medieval o al moderno imperio británico. Su poderosa flota e inagotables recursos daban a la ciudad una superioridad aplastante sobre Roma, pobre y sin marina de guerra.

Pero ¿quién triunfaría? ¿El dinero o un gobierno que defendía los intereses particulares de sus ciudadanos más afortunados, tanto como éstos se desgañitaban por realizar la gloria de su patria?

El primer acto de las guerras púnicas tuvo efecto en Sicilia. Los romanos salían victoriosos de los combates terrestres, pero ¿qué significaban éstos si Cartago, pujante metrópoli comercial, no cesaba de recibir por mar nuevas riquezas y aprovisionamientos? Para conseguir un resultado eficaz, los romanos tendrían que vencer en el mar, dominado por el enemigo. Pero los campesinos de la Campania querían, a toda costa, la lucha por tierra. Catón, el más romano de los romanos,

lamentaba tres cosas en su vida: una de ellas haber usado un barco como medio de transporte cuando hubiera podido ir a pie.



Con todo, el pueblo romano tuvo que cambiar pronto de actitud y pensar en la construcción de una flota moderna y poderosa. Los campesinos del Lacio y los pastores de los Apeninos eran incapaces de manejar el remo y el gobernalle, pero los romanos se habían anexionado poco antes otros pueblos que poseían experiencia en la navegación. En Etruria podía encontrar Roma excelentes marinos. Los tarentinos y otros habitantes de la Magna Grecia sabían cómo construir navíos y podían constituir el nervio de la tripulación romana. Estas circunstancias y un casual descubrimiento en el dominio de la estrategia naval permitieron a los romanos alcanzar una victoria a la cuadra de Miles, cerca de Mesina. La invención consistía en unas pasarelas de abordaje que, lanzadas desde los barcos romanos, se sujetaban al puente de los navíos enemigos gracias a unos garfios de hierro: así podían abordar al buque enemigo y luchar cuerpo a cuerpo.

De súbito, esta victoria naval convirtió a Roma en potencia marítima. Naturalmente, los romanos no podían aún medirse con los marinos enemigos. Cierto día de tempestad, una flota compuesta de 360 navíos perdió las tres cuartas partes de sus naves al chocar contra el litoral meridional de Sicilia.

Los romanos, enérgicos y tenaces, botaron pronto otra flota. Siguiendo el ejemplo de Agatocles, estos nuevos navíos transportaron tropas al África y amenazaron Cartago, pero la expedición fue desastrosa para las armas romanas. Revés tanto más peligroso cuanto que los cartagineses habían encontrado en el joven Amílcar -apellidado Barca, "el rayo"- un almirante y un general de primera clase, que saqueó las costas de Italia. Los romanos reunieron sus últimas fuerzas para vencer por mar. Las arcas del Estado

estaban vacías, pero los ciudadanos más ricos dieron prueba de generoso patriotismo y facilitaron los fondos necesarios para la construcción de los navíos. Cada uno se encargaba de sufragar los gastos requeridos para equipar un barco, y aquellos, cuyos medios no alcanzaban a tanto, se unían con otros ciudadanos para coadyuvar a la tarea. Semejante esfuerzo sorprendió al enemigo, que sufrió una derrota aplastante a lo largo del litoral occidental siciliano, en el año 242 antes de Cristo. Los cartagineses abandonaron toda esperanza y propusieron la paz. De hecho, habían perdido ya Sicilia hacía años y las posibilidades de reconquista parecían nulas. Por su parte, los romanos nada ganaban con las hostilidades. Se firmó, pues, la paz: Cartago perdía Sicilia y se comprometía a pagar 3.200 talentos como indemnización.

La guerra había durado veinticuatro años, sin interrupción. Muchos soldados que participaron en el combate decisivo habían nacido en pleno conflicto. Sabiendo que en seis años la población romana disminuyó en cincuenta mil personas, las pérdidas humanas causadas por la guerra pueden calcularse en una sexta parte del total de sus habitantes.

Los romanos habían pagado a precio muy alto la conquista de Sicilia, pero la isla iba a ser el granero de Roma. En nuestro tiempo, las tierras dé Sicilia producen sobre todo vino, aceite y frutas; es difícil imaginar allí trigales doblándose al peso de las espigas. La explicación reside en que, en aquella época, la agricultura siciliana arrasaba al ritmo de la política tributaria que le impusieran. En efecto, los romanos exigían como impuesto la quinta parte de la producción hortícola y la décima de los cereales. Entonces, constituían el ramo hortícola los manzanos, perales, olivos, vides y algunas legumbres; casi todos los árboles frutales meridionales, característicos del paisaje italiano actual, eran desconocidos. Melocotones, albaricoques y almendros se introdujeron más tarde, cuando Roma extendió su dominio por toda la cuenca mediterránea; el, cultivo del naranjo y del limonero, originarios de Asia, entraría con los árboles.

El estado romano alcanza sus fronteras naturales

Sicilia se convirtió en provincia romana, nombre que los romanos dieron a sus posesiones situadas fuera de Italia propiamente dicha. Las provincias eran administradas por gobernadores romanos con un poder casi ilimitado. Poco después del tratado de paz se produjo una peligrosa rebelión de mercenarios cartagineses que regresaban impagos al África, rebelión que se extendió a los países vasallos de Cartago. Desde hacía tiempo, estos pueblos odiaban a sus dominadores, que les imponían un régimen penosísimo y los explotaban sin escrúpulos. Los mismos aliados fenicios murmuraban en forma tan alarmante, que el imperio cartaginés parecía condenado a la desintegración. Pero gracias a la energía y competencia de su general Amílcar, los cartagineses pudieron sofocar la rebelión después de tres años de lucha. Miles de rebeldes fueron hechos prisioneros y arrojados a los elefantes para que los aplastaran. Los jefes fueron crucificados. Así pagaron las horribles crueldades cometidas antes por ellos.

Aunque firmada la paz con Cartago, los romanos trataron de sacar provecho de la situación. Al rebelarse Cerdeña contra Cartago, los romanos arrebataron esta otra isla a sus rivales y respondieron a sus protestas con amenazas de guerra. Los cartagineses tuvieron que claudicar, no teniendo otra alternativa: no sólo hubieron de abandonar Cerdeña, sino también entregar mil doscientos talentos para sufragar los gastos invertidos por los romanos.

Anexionada Cerdeña, los romanos se apoderaron de Córcega, antigua posesión etrusca cuya conquista ya habían intentado antes. Los nuevos dueños ocuparon el litoral

de ambas islas, como habían hecho antes que ellos los cartagineses y los etruscos, y sometieron a la población autóctona del interior a un estado de angustia perpetua organizando partidas de cacería humana. Los soldados romanos azuzaban perros en persecución de aquellos pobres habitantes, para luego venderlos como esclavos.

Con Sicilia, Cerdeña y Córcega, los romanos eran dueños del mar Tirreno, en tanto que Cartago perdía una fuente importante de ingresos.

Poco después de incorporar estos territorios, los romanos comenzaron a imponerse en las regiones itálicas aún no conquistadas. Los galos eran siempre una amenaza peligrosa. Desde el norte incursionaban nutridos contingentes atraídos por la perspectiva de un rico botín; y antes que los -romanos se enterasen de. lo ocurrido, los bárbaros acampaban a tres jornadas de Roma. Los romanos decidieron también someter a la Galia Cisalpina para alejar en definitiva el peligro galo: la guerra fue cruel y duró cinco años. Hacia 220 antes de Cristo, Italia estaba conquistada hasta los Alpes.

SEGUNDA GUERRA PÚNICA

Cartago recobra fuerzas en España

Tras lo ocurrido en Cerdeña, los cartagineses comprendieron que debían considerar la paz de 241 como un armisticio. Nadie lo sabía mejor que Amílcar y su yerno Asdrúbal. Determinaron, pues, buscar en España una compensación a las pérdidas sufridas. España poseía ricas minas de plata que, explotadas racionalmente, podrían sufragar las indemnizaciones cartaginesas y proporcionar dinero y recursos para futuras guerras; además, los habitantes de la península Ibérica eran excelentes soldados. Esto último era importante. Cartago acababa de enfrentarse con una rebelión de mercenarios desocupados y sin dinero, a causa del tratado de paz de 241 antes de Cristo. Ese conflicto de tres años, llamado guerra despiadada por sus crueldades, indignó a los comerciantes, que trataron a todo trance de alejar a la facción militar, orientándola hacia la conquista de España.

Cuatro años después del tratado de paz, Amílcar condujo sus tropas a esta península, donde los cartagineses poseían ya Gades y otros puertos comerciales. Apoyándose en estas plazas, Amílcar dedicó su talento de estratego y su inteligencia política a crear un nuevo Estado cartaginés homogéneo que agrupara las regiones fértiles del litoral mediterráneo y se extendiese por el norte hasta el Ebro. Halló resistencia en los tartesios de Andalucía y otras tribus, a las que fue arrollando; Indortes, Istolacio y otros jefes ibéricos fueron crucificados. Tras nueve años de campañas victoriosas, el prestigio de los cartagineses quedó restablecido. En adelante podrían, además, disponer de los recursos mineros y humanos de España, de su economía y de sus enormes posibilidades. La ruta triunfal de Amílcar se cortó en el sudeste peninsular, de donde el príncipe de los oretanos, Orisón, lo obligó ,a retirarse, pereciendo luego al vadear un río (229 antes de Cristo).

Los romanos tardaron en comprender lo que ocurría en la lejana Iberia. Los éxitos cartagineses les inspiraban alguna que otra inquietud, pero se tranquilizaron al morir Amílcar. Desaparecido el gran estratego, creían los romanos que sus ambiciosos proyectos también desaparecerían. Olvidaban a Asdrúbal, heredero espiritual de Amílcar, y a Aníbal, el hijo del gran general. Por otra parte, los romanos pretendían acabar con sus enemigos más próximos, los galos, que ocupaban la llanura del Po, antes de pensar en una nueva guerra contra Cartago.

Asdrúbal, yerno de Amílcar y jefe de la flota. trató de vengarlo. Con fuerzas poderosas atacó el país de los oretanos (Alto Guadiana) y se adueñó de sus principales

poblados. Más tarde procuró congraciarse con los iberos, casándose con una princesa hispánica. Reclutó un ejército de cincuenta mil infantes y seis mil caballos, al que añadió doscientos elefantes africanos. Luego buscó una base de operaciones junto al mar, hallándola inmejorable en una rada donde él fundó la ciudad de Cartagena (Nueva Cartago). En 226 antes de Cristo pactó con los romanos un tratado, por e1 que se fijaba el río Ebro como frontera septentrional de la expansión cartaginesa. Cinco años después, Asdrúbal perecía víctima de una venganza privada.

Asdrúbal fue asesinado en la época en que Roma sometía a los galos. Aníbal, el hijo mayor de Amílcar, tomó en sus manos el gobierno de la España cartaginesa. Tenía veintiséis años y era el vivo retrato de su padre.

> "Los soldados veteranos creían que era una reencarnación de Amílcar -refiere Tito Livio-. Veían en él la misma vivacidad de expresión, la misma energía en la mirada, su aire, sus rasgos. No había general con quien los soldados tuvieran más confianza y más valor. Era el más audaz para afrontar los peligros y el más prudente ante los mismos; ningún trabajo fatigaba su cuerpo ni doblegaba su espíritu; comía y bebía lo estrictamente necesario y nunca se dejaba llevar de la gula; cuando se trataba de velar o de dormir, no le importaban el día o la noche; el tiempo que le dejaba libre el trabajo, lo dedicaba al reposo, y para ello no pedía cama blanda ni silencio; muchos le vieron, a menudo, cubierto con un manto militar, tendido entre los centinelas y en los puestos de avanzada; vestía como los demás jóvenes de su edad: lo único que escogía eran las armas y los caballos. Tanto entre los jinetes como entre los infantes, era sin discusión el mejor, el primero en empezar el combate y el último en retirarse de él."

Sagunto

La primera guerra púnica había empezado en Mesina; la segunda estalló en Sagunto, ciudad griega situada en el Levante español, cerca de Valencia. Como en Mesina, en Sagunto existían dos facciones: la de los prorromanos y la de los procartagineses. Los partidarios de Roma desterraron o mataron a sus adversarios políticos. Algunos acudieron a pedir ayuda a Cartago, y ésta autorizó a Aníbal para intervenir en Sagunto; el partido romano, dominante en la ciudad, se dirigió a Roma y ésta tomó a Sagunto bajo su protección. No obstante, Aníbal inició las operaciones y puso sitio a la población española en el año 219 antes de Cristo.

Con anterioridad, a título de ejercicio y ensayo militar, y para dejar bien sometida su retaguardia, Aníbal emprendió la conquista de la mayor parte de la meseta hispánica. Recorrió victorioso el país de los olcades, en el borde oriental manchego; se dirigió luego hacia el noroeste, a la meseta castellano-leonesa, donde se apoderó de las más importantes localidades de los vacceos: Helmantica (Salamanca) y Arbucala (Toro). Volvió luego sobre sus pasos, atravesando los montes del Sistema Central, y venció a los carpetanos en la cuenca media del Tajo. Con esta campaña adquirió fama, experiencia y recursos, y logró ensanchar al máximo los límites del nuevo imperio cartaginés peninsular, cuya capital era Cartagena.

Parece que los romanos contemporizaron hasta el último momento antes de mezclarse en una nueva guerra. Mientras, Sagunto soportó durante ocho meses un asedio terrible sin recibir la menor ayuda de Roma. El propio Aníbal fue herido por un dardo. Fracasado un intento de negociaciones, nuevas ofensivas cartaginesas lograron la conquista de la heroica y tenaz población. Destruida Sagunto, Roma envió embajadores pidiendo a Cartago la cabeza de Aníbal. El gran consejo rechazó esta solicitud con indignación; quien capitaneaba la embajada alzó la orla de su toga hasta el pecho y exclamó: "Aquí os traigo la paz o la guerra. Elegid". Los cartagineses le respondieron

con la misma grosería: que escogiera lo que quisiera. El romano les contestó que la guerra.

En realidad, la destrucción de Sagunto no fue la única causa de la nueva guerra, sino un pretexto que precipitó la ruptura de hostilidades. La causa real era mucho más profunda. Respecto a Cartago, hay que buscarla en la pérdida de Sicilia y, sobre todo, en la escanda losa intervención de Roma en Cerdeña y sus exigencias pecuniarias.

LA GRAN CAMPAÑA DE ANÍBAL

> "Ahora voy a relatar -dice Tito Livio en la introducción del libro 21 de su magna obra histórica- la guerra más memorable de cuantas hayan existido, la que entablaron los cartagineses bajo el mando de Aníbal contra el pueblo de Roma. Hubo tales cambios de fortuna en la guerra y en el capricho de Marte, dios de doble faz, que nadie supo quién sería el vencedor hasta el último momento, en que triunfó quien parecía más próximo al desastre. El odio sobrepujó también a la fuerza en esta lucha sin cuartel."

Guerra en dos frentes

No se trataba ahora de conquistar una provincia, sino el mundo. Dos fuerzas iban a enfrentarse: la fuerza intacta de todo un pueblo y uno de los mayores genios de la humanidad. La campaña emprendida por Aníbal es un duelo entre la inteligencia y la voluntad.

Los romanos creían que África sería el siguiente teatro de operaciones; ignoraban que Aníbal quería atacar directamente el corazón del territorio romano. Su gran problema era de orden físico: cómo trasladar tropas a Italia: ¿por mar o por tierra, a través de los Alpes? Sólo los celtas conocían los desfiladeros alpinos, tan difíciles de cruzar, que nadie hasta entonces se había atrevido a conducir un ejército por allí. Y Aníbal no solamente tenía que hacer pasar sus hombres e impedimenta, sino también los elefantes. Sin embargo, no debe considerarse la hazaña del cartaginés como un audaz capricho, como se ha creído. Había preparado a conciencia el itinerario y disponía de guías indígenas expertos. Atravesados los Alpes, Aníbal tomaría la llanura del Po como base de sus operaciones. Esperaba una acogida triunfal por parte de los celtas, pues los romanos les habían arrebatado la independencia poco antes. Un estratego como Aníbal lograría lo más difícil con estos valientes guerreros celtas si sabía disciplinar su fuerza y canalizar con inteligencia su entusiasmo belicoso; bastaba para ello encuadrarles entre sus veteranos de Libia y España, tan entrenados.

Contaba, además, con un ejército macedónico.

El litoral dálmata, muy recortado y protegido por un rosario de islas, era el paraíso de la piratería. El Senado romano se había quejado de las correrías de los ilirios, hallando en su reina un rechazo desdeñoso. El Senado determinó emplear la fuerza y envió una poderosa flota hacia la costa dálmata, que de paso dominó los puertos griegos más próximos, entre ellos Corcyra (Corfú), la llave del Adriático, y destruyó los nidos de piratas, obligando a éstos a respetar en adelante la libertad de navegación. Después de la primera guerra púnica, esta campaña de Iliria era una nueva prueba de la supremacía naval de los romanos en el Mediterráneo. Roma enseñoreaba el Tirreno y el Adriático.

El rey Filipo V de Macedonia, que acababa de someter de nuevo el Peloponeso, mantenía hasta entonces buenas relaciones con Roma; pero tenia que sentirse

amenazado por la hegemonía romana en las costas orientales del Adriático. No es, pues, desacertado creer que Filipo anhelara seguir el ejemplo de Pirro, pasar a Italia y unirse a las fuerzas de Aníbal procedentes de España. Además, bastarían algunas victorias para provocar la defección de los aliados italianos de Roma.

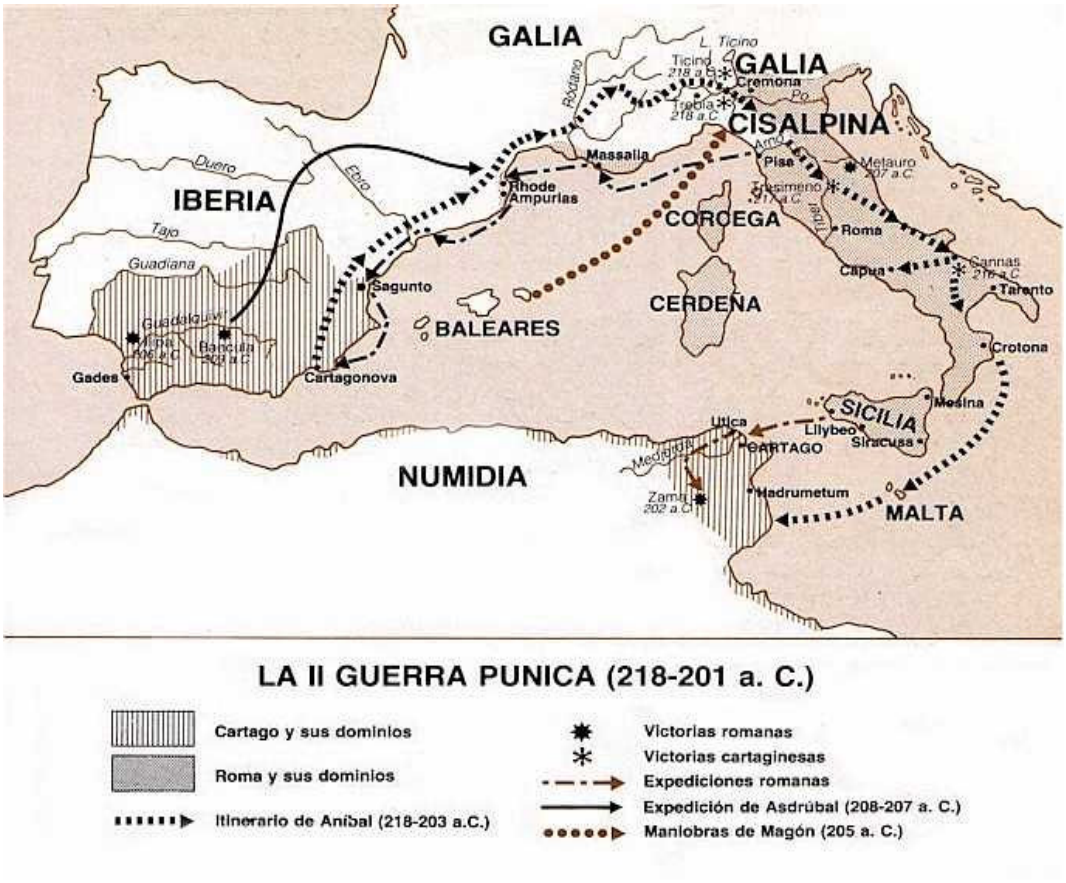
Al menos, eso esperaba Aníbal. Ahora bien, tenía que actuar con rapidez, sin dar tiempo al enemigo para consolidar su poder en la llanura del Po. Si Roma conseguía asentarse allí en firme, sería demasiado tarde: no encontraría en Italia una base de operaciones adecuada.

En la primavera de 218 antes de Cristo, Aníbal abandonó Cartagena con noventa mil infantes, doce mil jinetes y 37 elefantes. Estas cifras, dadas por Polibio, parecen exageradas según algunos historiadores, que creen que las fuerzas del cartaginés sumaban unos sesenta mil hombres. Su cuñado Asdrúbal permanecería en España al frente de un ejército de reserva.

Aníbal entró en territorio enemigo apenas vadeó el Ebro. Entre este río y los Pirineos tuvo que habérselas con pueblos muy celosos de su independencia, y parece que el someterlos costó la vida a veinte mil hombres. Para asegurar el poder cartaginés en esa región ibérica, Aníbal dejó tras de sí, además, efectivos equivalentes al mando de Hannon; después, atravesó los Pirineos. Su ejército quedó reducido a sesenta mil hombres, todos ellos veteranos experimentados, cuando entró en la Galia transalpina. Al pasar el Ródano, Aníbal recibió las primeras manifestaciones de hostilidad de los galos, quienes ignoraban que tales intrusos se dirigían a otro país; Aníbal sólo pudo franquear el río gracias a una estratagema militar.

Fue una suerte para los cartagineses poder pasar pronto el Ródano, ya que una flota romana acechaba cerca de Marsella, en la desembocadura del río. Apenas cuatro días de camino separaban a Aníbal de esta flota puesta a las órdenes del cónsul Publio Cornelio Escipión, con el objeto de atacar a los cartagineses en España. Cuando oyó que Aníbal franqueaba el Ródano, creyó que se trataba de una falsa alarma. Pero los rumores fueron adquiriendo tal verosimilitud, que ordenó enfilar hacia el lugar del paso, adonde llegó tres días después que Aníbal había reanudado la marcha.

Escipión fue muy censurado por su actuación. Furioso por haberse dejado sorprender, "cometió el grave error de enviar a su hermano Cneo rumbo a España con el grueso del ejército, llevando consigo sólo una parte". También podría preguntarse por qué Aníbal no esperó a Escipión unos días en las orillas del Ródano; las tropas cartaginesas eran más numerosas y experimentadas que las del enemigo. No obstante, el otoño estaba muy avanzado; una semana más y Aníbal no hubiera podido atravesar los Alpes aquel año, pues los pasos estaban a punto de cubrirse de nieve. Presuroso, el ejército de Aníbal empezó a escalar los Alpes al oeste de Turín: hoy se estima que no eligió el pequeño San Bernardo, como se suponía antes, sino otro paso situado más al sur, cerca del monte Cenis.



El paso de los Alpes

Las dificultades comenzaron desde los primeros contrafuertes. Los galos, aún no convencidos que la expedición no fuera contra ellos, se emboscaban en las rocas y lugares más angostos de la ruta para atacar a la caballería y al bagaje del ejército. "Aníbal -dice Polibio- tuvo muchas pérdidas, sobre todo caballos y otros animales, pues siendo el roquedal no sólo estrecho, sino pedregoso y quebrado, al menor sobresalto muchos animales se despeñaban con su carga al abismo que se abría a ambos lados del sendero." Aníbal comprendió que se arriesgaba a perder toda la impedimenta y quizás el mismo ejército; había que decidirse, pues, sin pérdida de tiempo. Al frente de un destacamento rápido, se lanzó a una operación de limpieza en el lugar amenazado y sorprendió a los enemigos, matando a unos y dejando huir a los otros.

Esta victoria despertó tal temor en los galos, que ya no molestaron más a la expedición; los cartagineses avanzaron sin contratiempos y alcanzaron las cimas más altas de los Alpes. Los montañeses temblaban de espanto ante los enormes elefantes que subían a las cumbres.

Aníbal logró su objetivo tras nueve días de escalada. Asentó dos días sus reales en la cima del collado para que hombres y animales pudiesen reparar fuerzas y esperar a los rezagados. Pero la nieve hizo su aparición. Los soldados acostumbrados al cielo mediterráneo, se desalentaron ante la idea de los sufrimientos que aún les esperaban en estos parajes solitarios y helados. Por fin, alcanzaron un punto culminante, desde el cual pudieron contemplar la llanura del Po. Allí Aníbal detuvo sus tropas y pintó los placeres que los aguardaban en este rico país que se extendía al pie de la cordillera. El ejército comenzó el descenso con nuevo brío, pero sufrió tantas pérdidas como en la subida.

“Pues -dice Polibio- el camino era estrecho y en pendiente, y el soldado no sabía dónde pisar, por la mucha nieve que cubría el suelo; quien se apartaba algo del camino, caía en el precipicio. Sin embargo, los soldados acostumbrados a ello desde tanto tiempo, resistieron con tesón estos trabajos. Mas cuando llegaron acierto lugar, tan angosto que ni caballos ni elefantes podían pasar, el ejército volvió otra vez a desanimarse.” En efecto, un enorme alud obstruía más de la mitad del camino Se hicieron varios intentos para pasar por otro lugar más elevado, rodeando así el peligroso paso, pero todo fue en vano.

Los cartagineses no podían elegir: tenían que cruzar aquella masa de nieve. En un día abrieron una senda, por lo que pudieron seguir los caballos y animales de carga. Luego, con ayuda de los elefantes, ensancharon el boquete, que los colosales y hambrientos brutos de moraron tres días en pasar. Otros tres días y el ejército entero se en contraría en la llanura. El viaje desde Cartagena había durado cinco meses, habiéndose empleado la última quincena de ellos en la travesía de los Alpes.

El audaz generalísimo veía al fin realizados sus planes: podría atacar a los romanos en el mismo suelo de Italia. Su voluntad de hierro le había permitido franquear los Alpes y ganarse un nombre en la historia. Pero la hazaña costó sacrificios espantosos. Aníbal perdió quizás la mitad de sus efectivos desde el paso del Ródano hasta su llegada a Italia. El frío de la elevada cordillera fue lo que arrebató mayor número de vidas humanas. Le quedaban a Aníbal unos veinte mil infantes y seis mil jinetes cuando entró en territorio romano. Una vez allí, contaba con pueblos amigos para completar sus filas.

Aníbal.

La guerra en las llanuras del Po

Los hombres de Aníbal tuvieron tiempo suficiente para reponer fuerzas antes que Publio Escipión llegara al nuevo teatro de operaciones; además, el cartaginés obligó a mucha gente del norte de la Galia cisalpina a alistarse a sus órdenes. Escipión, al frente de un destacamento de caballería y arqueros, tomó contacto con la caballería de Aníbal cerca del río Tesino, en los alrededores de Vercelli. Númidas y bereberes, montados sobre caballos árabes rápidos y vigorosos, formaban una caballería ligera ideal. Los númidas eran para Aníbal lo que los cosacos para los zares en los siglos XVIII y XIX. Ambos jefes dirigían en persona sus grupos de reconocimiento. Escipión aceptó el desafío, pese a la superioridad numérica de los cartagineses.

La caballería pesada de Aníbal rechazó rápidamente a los romanos. Luego, la caballería númida atacó por retaguardia y un flanco. Antes que Aníbal cruzase el Po, Escipión, herido de gravedad, hubo-de retirarse tras del río Trebia. Allí, apoyando su ala izquierda en los Apeninos, y la derecha en el Po y en la fortaleza romana de Placentia, la actual Piacenza, ocupó una posición ventajosa:

Escipión tuvo que dejar el mando por estar gravemente herido Aníbal recurrió entonces a su genio militar para sacar a los romanos de su ventajosa posición. Dejó que la caballería enemiga triunfara en una pequeña escaramuza y los romanos sintieran el deseo de mayores triunfos. El otro cónsul, Sempronio Longo, al frente de sus jinetes, ansiaba hacerse célebre antes que finalizara su mandato. Unos días más tarde, las tropas ligeras romanas se enzarzaron de nuevo con la caballería enemiga. Los cartagineses retrocedieron poco a poco, y los romanos, arrastrados por su ardor, dejáronse llevar hasta la otra orilla del río. De pronto los cartagineses se detuvieron. Los romanos se encontraban ya en el lugar escogido por Aníbal para trabar combate, precisamente frente a todo el ejército cartaginés, alineado en orden de batalla.

Los romanos habrían sido aniquilados si el grueso de su ejército no los hubiera socorrido. La tropas ligeras romanas no pudieron resistir mucho tiempo; la infantería, en cambio, si bien es cierto que no pudo romper las filas de la infantería ni de la caballería enemigas, no cedió un paso. Hasta que un ataque de flanco con un grupo escogido a las órdenes de Magón, hermano menor de Aníbal, sembró el desorden en las alas y en la retaguardia central. No obstante, el grueso de las tropas -el centro, un tercio del ejército-, en formación compacta, hundió el dispositivo cartaginés y se abrió camino hacia Placentia tras un combate suicida. Los demás grupos intentaron en vano atravesar el río: fueron dispersados por las tropas ligeras cartaginesas o aplastados por los elefantes.

Ambos campos sumaban enormes pérdidas; además, el rigor del invierno hacía estragos en las líneas cartaginesas. Tito Livio cuenta que los cartagineses sufrieron tanto por las inclemencias del tiempo, que no tuvieron fuerzas para celebrar la victoria. De los elefantes, trasladados por mar y tierra con tanto esfuerzo, sólo uno sobrevivía. En compensación, el ejército de Aníbal recibió refuerzos celtas muy importantes. Después de la victoria cartaginesa, los galos se levantaron en masa contra los romanos y le pusieron a disposición unos sesenta mil hombres.

La batalla de Trebia había demostrado, sin embargo, la superioridad del legionario sobre el infante cartaginés. La fuerza de los romanos se basaba en su infantería y en su población en constante aumento, que les permitía reclutar de continuo tropas frescas. Contando los contingentes aliados, podía disponer de cien mil combatientes. La situación, en cambio, era distinta para Aníbal: sus efectivos ordinarios disminuían de mes a mes y cada vez le era más difícil cubrir bajas. Sus refuerzos tenían que venir de Cartago o de España; además era imposible inculcar, en corto plazo, disciplina a las

hordas célticas. Los galos eran excelentes en el ataque, pero, carentes de tenacidad, eran incapaces de resistir mucho tiempo; y no servían para las maniobras tácticas ni soportaban largas caminatas. Lo único con que Aníbal podía contar era con su excelente caballería y, desde luego, con su genio estratégico. Se veía en la necesidad de dar a la lucha un carácter dinámico y perseguir sin tregua al enemigo, pues los cartagineses, siendo menos, estaban perdidos si mantenían una guerra de posiciones.

Aníbal creyó que podría forzar la solución si lograba separar a Roma de sus aliados, e hizo lo posible para atraérselos: encadenó a los prisioneros romanos y dio libertad a los prisioneros aliados de Roma sin exigir rescate. Los libertados se encargarían de divulgar en sus países que Aníbal no luchaba contra Italia, sino contra Roma, que combatía por la libertad de todos los pueblos itálicos y prometía a las ciudades oprimidas la recuperación de su status previo a la ocupación romana.

Aníbal pasa los Apeninos. Batalla del Lago Trasimeno

Trebia fue, para Roma, una catástrofe comparable sólo a la invasión gala de 173 años antes. Desde entonces, Aníbal inspiró a los romanos tanto terror como antaño los galos, ahora unidos para colmo. Por doquier se oían funestos presagios. El pueblo estaba sumido en la mayor angustia.

Aníbal dejó atrás Trebia, penetró en Italia central y llegó hasta Etruria, donde desbordado el Arno por las lluvias, el ejército debió avanzar chapoteando durante cuatro días. Para dormir, los soldados tuvieron que echar su impedimenta al agua o tenderse sobre los cadáveres de los caballos o animales de carga. Muchos soldados, afectados por las fiebres, cayeron para no levantarse; los caballos murieron también por centenares. El mismo Aníbal, que viajaba sobre el último elefante que quedaba, sufrió una infección y perdió un ojo.

Pese a todas las desgracias, Aníbal alcanzó su objetivo. Roma estaba amenazada por un peligro mortal. Para enfrentar a uno de los mayores genios militares del mundo, designó, sin embargo, a un hombre sin reputación de general: el cónsul Flaminio. Político especialista en cuestiones sociales, cuando tribuno se había opuesto al Senado y a los terratenientes, promulgando una excelente ley agraria para el bien del Estado, que repartía entre los campesinos romanos el extenso y fértil territorio situado al sur del Rubicón, casi deshabitado hasta entonces. Posteriormente, como censor, se había ganado la fama imperecedera, estableciendo una impresionante red de calzadas, entre ellas, la Vía Flaminia, que enlazó económica y militarmente la Galia cisalpina con Roma.

El gran político empuñaba ahora la espada; el pueblo lo esperó todo de él. Aníbal consiguió atraer al inexperto Flaminio al terreno más favorable para los cartagineses, un paso muy estrecho cerca del lago Trasimeno. Cuando vio que Flaminio le seguía muy de cerca, una noche (junio de 217 antes de Cristo) le tendió una emboscada con sus tropas e hizo una espantosa matanza. Flaminio corrió la suerte de sus soldados. Los pocos supervivientes fueron hechos prisioneros. Casi todo el ejército romano -unos treinta mil hombres- fue aniquilado, mientras que Aníbal sólo perdió unos 1.500 hombres, en su mayoría galos.

Fabio Cunctator

Aníbal ya podía marchar sobre Roma cuando quisiera. Los romanos destruyeron los puentes sobre el Tíber y, no viendo otra solución, adoptaron una medida que

permanecía arrumbada desde hacía treinta años: eligieron un dictador. La elección recayó sobre un tal Fabio Máximo, hombre de edad, famoso por sus ponderadas decisiones. Aunque era querido por todos, Fabio era un aristócrata y lo demostraba: nunca se había avenido a preguntar cuál era la opinión del pueblo.

Por su parte, Aníbal desplegó una estrategia muy cautelosa, hecho sorprendente en un militar tan inclinado a la ofensiva. A pesar de su gran victoria en el lago Trasimeno, no quiso atacar a Roma en el acto; antes confiaba en poder aislar al adversario de sus aliados. Destruyéndolo todo a su paso, atravesó la Umbría en dirección a la Italia meridional, para demostrar a sus habitantes que Roma era incapaz de protegerlos. Con una mano los aporreaba, mientras tendía la otra ofreciéndoles su alianza. Aníbal combinaba una agresividad irresistible con una típica astucia púnica; ello lo convirtió en uno de los más grandes capitanes de la historia. Pero nada pudo contra la solidaridad de las instituciones políticas romanas. Ningún aliado se asoció al invasor. Todos consideraban a Roma como su protectora natural contra los cartagineses y los galos.

Como Pirro, Aníbal subestimó la cohesión del conglomerado romano y su capacidad de resistencia. En tiempos de Pirro todavía dolían las heridas causadas por la guerra contra Roma en regiones como el Samnio. Pero transcurridos sesenta años, otras generaciones. regían la política en todas partes de Italia, y la gente joven, sobre todo sentía amenazado su porvenir si Roma caía.

El nuevo dictador contribuyó también a salvar a Roma con su inteligente y prudente manera de dirigir la guerra. Determinado a evitar toda batalla campal, al contrario de lo que hiciera su predecesor Flaminio forzando la solución a toda costa, Fabio Máximo se limita a hostigar al enemigo con incesantes escaramuzas de menor cuantía, para agotarlo. Estas guerrillas permitieron a las tropas romanas recién reclutadas adquirir experiencia en tal género de lucha; ademó,,. cada nuevo éxito aumentaría en los bisoños la confianza y la eficacia. Fabio ocupó en la Campania un paso obligado del ejército de Aníbal. Los cartagineses iban a encontrarse en una situación en que todo parecía predecir un buen desquite por la derrota del Trasimeno.

Pero Aníbal consiguió salir del mal paso. Ordenó a sus soldado buscar leña y hacer gavillas; al llegar la noche, hizo atar los haces a los cuernos de unos dos mil bueyes que formaban parte de su botín; éstos con los haces encendidos, fueron luego lanzados hacia una de las cuestas que delimitaban el desfiladero, al mismo tiempo que los soldados golpeaban constantemente su escudo. El ejército romano que custodiaba la salida del paso, al ver correr tantas antorchas a lo largo de la vertiente, creyó que los cartagineses se escapaban por el monte y se precipitó a su encuentro. Cuando se descubrió el engaño, Aníbal había pasado al puerto con su ejército.

Si Fabio hubiera podido rematar su plan, los romanos le hubieran aclamado como salvador de la patria. Se empezó a murmurar que el anciano dictador había perdido el juicio, que era un obseso y hasta un "contemporizador" (*Cunctator*). Uno de los adversarios más acérrimos del dictador era su general de caballería, Minucio. Bastó que Minucio consiguiera una modesta victoria sobre los cartagineses (en realidad se trató de una escaramuza sin importancia) para que le invistieran de un poder igual al del dictador. Minucio se vanagloriaba de haber vencido a Aníbal, algo que no había conseguido el dictador de Roma, y se puso al frente de una parte del ejército, dejando la otra a Fabio. El ejército romano se dividió, pues, en dos partes, al frente de las cuales había sendos generales que aplicaban principios estratégicos con frecuencia opuestos.

Naturalmente, faltó tiempo a Minucio para hacer, gala de su talento militar: su ejército no fue aniquilado gracias a que Fabio llegó a tiempo para socorrerle. Entonces, el pueblo retiró el mote de Cunctator al dictador y le aclamó como "escudo de Roma". El poeta Ennio, que escribió poco después una historia de Roma, dice en verso: *Unus*

homo nobis cunctando restituit rem (Sólo un hombre transigiendo, nos restituyó el Estado).

Cannas, el gran desastre

Para los romanos, el año 216 antes de Cristo fue todavía peor que los dos anteriores, a pesar del enorme esfuerzo realizado para crear un nuevo ejército. En la primavera, Roma podía alinear cerca de noventa mil hombres. Pero nadie como el cartaginés sabía llevar la batalla al terreno que le era más favorable. Los romanos no carecían de efectivos, de disciplina, ni de poder, pero no habían encontrado al estratego ideal. Y una vez más confiaron el mando del ejército a dos cónsules: Paulo Emilio y Terencio Varrón, quienes lo ejercieron por turnos de dos días cada uno.

Terencio decidió atacar cerca de Cannas, en Apulia. Aníbal estaba en desventaja numérica: su ejército sólo contaba con la mitad de los efectivos romanos. Sin embargo, logró cercar al enemigo en un movimiento de tenazas, rodeándolo en seguida como una serpiente a su presa. Aníbal destruyó casi la totalidad del ejército romano. Unos cincuenta mil hombres, entre ellos ochenta senadores, yacían en el campo de batalla, y otros veinte mil se retiraban en calidad de prisioneros. Entre los muertos en Cannas se encontraba Paulo Emilio. Roma había perdido las tres cuartas partes de sus legiones, reclutadas con tanto esfuerzo. Nunca se vio en un ejército tan numeroso y excelente sucumbir tantos hombres con menos pérdidas enemigas: no más de seis mil hombres.

La batalla de Cannas fue un ejemplo perfecto de acción envolvente. Aníbal consiguió este triunfo gracias a la flexibilidad de su ejército, cosa que los romanos no habían conseguido aún.

La marcha triunfal de Aníbal desde Cartagena a Cannas no tenía igual, fuera de la expedición de Alejandro. Pero, a diferencia de éste, Aníbal nunca quiso aniquilar al país en que combatía, sino sólo forzar al adversario a una paz que ofreciera todas las garantías posibles a Cartago. Ello aparece evidente en el tratado que firmó en 215 con el rey Filipo de Macedonia. Conseguidos sus mayores éxitos, Aníbal no pensaba destruir Roma; al contrario, quería firmar un pacto de amistad con los romanos al final de la guerra. Los cartagineses no deseaban más que una cosa: establecer un equilibrio entre las dos potencias mayores de la época, equilibrio garantizado por Macedonia. Filipo debería contentarse con los territorios anexionados por los romanos en el litoral del Adriático.

El objetivo de Aníbal era devolver a su patria lo que los romanos le habían arrebatado, es decir, Sicilia, Cerdeña y España al norte del Ebro; además, quería reintegrar la Italia septentrional a los celtas y la Italia del sur a los griegos, dejando a Roma con la zona central de Italia. Los cartagineses se considerarían entonces seguros, pues los romanos no les disputarían ya el Mediterráneo occidental. Pero Roma entera se irguió ante tal perspectiva. Aníbal se enfrentaba con un pueblo decidido a defender hasta el fin su dominio sobre Italia. ¡Antes morir que ceder la aldea más pequeña! He aquí el pensamiento que animaba a la ciudad y a sus más fieles aliados. Este ideal les daba el derecho histórico de dominar el mundo.

LAS FUERZAS VIVAS DE ROMA

Los romanos jamás olvidaron los días terribles que siguieron al desastre de Cannas. Mientras otros pueblos prefieren exaltar el sentimiento nacional celebrando las efemérides de sus grandes victorias, los romanos tenían también presentes las catástrofes nacionales, de ellas sacaban nuevos bríos. Sin embargo, la batalla de Cannas

no había sido tan sólo una página negra en la historia de Roma; también había dejado recuerdos heroicos.

Si todos los aliados hubieran abandonado a Roma a su suerte, la historia de la ciudad habría terminado entonces. Cannas fue un golpe tremendo para los aliados itálicos; algunas ciudades del sur se pasaron inmediatamente a los cartagineses, sobre todo la rica y poderosa Capua, la segunda ciudad de Italia; Siracusa siguió su ejemplo. Pero Italia central permaneció fiel a Roma. Sus ciudades fortificadas y sus recursos humanos casi inagotables hicieron de estos aliados el arsenal del imperio romano.

Aníbal no poseía más que su cuerpo expedicionario, insustituible; tenía, pues, que preservar sus tropas el máximo posible. Por eso no asediaba ciudades ni afrontaba ataques de importancia. La mayor parte de los refuerzos que salían de Cartago iban a España, ya que tras la batalla del Tesino, Publio Escipión había desembarcado allí con importantes escuadrones. Él y su hermano Cneo alcanzaban éxitos de tal envergadura, que Cartago temía perder la totalidad de este rico país. Los ejércitos romanos amenazaban llegar victoriosos hasta las columnas de Hércules (Gibraltar). Aníbal no podía, pues, contar con los refuerzos que su cuñado pudiera mandarle desde España.

Aníbal esperaba ayuda del rey de Macedonia, pero esta esperanza también se desvaneció. Las victorias cartaginesas movieron a Filipo a firmar un tratado ofensivo y defensivo con Aníbal, pero le fue imposible cumplir con sus obligaciones. Los romanos invadieron la península balcánica y sublevaron contra él a los griegos y al rey Atalo de Pérgamo, quien comprendió que en última instancia su puesto estaba junto a los romanos. Durante diez años, los Estados de la península balcánica dedicaron todas sus fuerzas a la guerra y se destrozaron con inhumana crueldad. Cuando la paz pusiera fin a la matanza, de la prosperidad de Grecia sólo quedaría el recuerdo. Aníbal proyectaba unir contra Roma a las fuerzas del este y del oeste, pero tan ambicioso plan no pudo verificarse.

A pesar de las previsiones de Aníbal, la mayoría de las ciudades griegas de Italia meridional permanecieron fieles a Roma. El odio al fenicio y al cartaginés se había trasmitido allí de generación en generación. Además, estaban realmente unidos al conquistador romano, porque los trataba con miramiento y no perdía ocasión de manifestar su simpatía hacia la cultura helénica. Ante esta situación, Aníbal juzgó prudente aprovechar su supremacía militar para tantear una paz provisional que le permitiera, mientras tanto, reforzar sus posiciones. Envió, pues, un embajador a Roma para proponer la paz y un intercambió de prisioneros, pero los romanos rechazaron al plenipotenciario con una lluvia de afrentas. Roma mantenía inflexible aquella norma de Apio Claudio: ninguna proposición de paz con un enemigo que hollara las tierras de Italia.

Se formó un nuevo ejército reclutando a todo hombre capaz de empuñar las armas; los adolescentes y hasta los presos de derecho común fueron admitidos. Además de ocho mil esclavos robustos prestados por los particulares. El mando los arengó prometiéndoles la libertad si demostraban valor en la lucha. La batalla de Cannas señaló así un cambio en el curso de las hostilidades, pero sus consecuencias no fueron las que podían esperarse tras semejante catástrofe. La victoria de Aníbal no le garantizó ningún reposo, ni siquiera provisional; siempre se encontraba ante una sólida y fuerte alianza. Cada vez más necesitado de economizar hombres, el tiempo de sus grandes victorias había pasado y se veía obligado a una guerra defensiva si quería conservar lo ganado.

Ahora era más difícil que antes vencer a los romanos. Escarmentados con la lección de tres aplastantes derrotas, Roma confió sus ejércitos a un general experimentado, reelecto cada año.

El alma de la nueva estrategia romana, o mejor, de la antigua estrategia de Fabio Máximo, puesta otra vez de moda, era Marcelo, un general competentísimo, apoyado por el Senado romano. En tiempos tan difíciles, el Senado mostró una prudencia y una firmeza extraordinarias. Marcelo y su ayudante pronto pudieron ofrecer mensajes de aliento al Senado. Cierto es que sólo se trataba de éxitos limitados que no podían compararse a las ventajas conseguidas por los cartagineses, pero, aunque pequeños, eran significativos; por tanto, si las legiones romanas habían salvado la situación más peligrosa, no tenían por qué perder la esperanza cara al futuro. Sin embargo, Tito Livio exagera mucho cuando adorna la historia romana con muchas victorias entre 215 y 203 antes de Cristo. Lo cierto es que ambos adversarios se entregaron a una guerra de desgaste.

El cartaginés no pudo arrastrar ya a estos militares a imprudencias y maniobras aventuradas. Se limitaban a una defensiva tenaz y no aceptaban combate más que cuando la situación les era favorable. Después de cada operación, los ejércitos romanos se refugiaban en campos atrincherados, frente a los cuales la caballería de Aníbal era tan impotente como ante una ciudad fortificada. Cannas fue la última-gran batalla ordenada.

Aníbal había comenzado su campaña con un vigor inusitado. En la ofensiva había dado pruebas de igual talento. Hay que inclinarse ante un general semejante: durante trece años y en circunstancias siempre diversas pudo mantener la cohesión de un ejército que, formado por mercenarios, carecía de base y de homogeneidad; aún más, estos soldados lo habrían seguido a cualquier parte, a pesar de los años que venían luchando. Y, sin embargo, no podía estimularlos con el señuelo de futuras glorias y conquistas. Ni César ni Napoleón hubieran podido hacer frente a semejantes dificultades.

A la larga, Aníbal estaba condenado si no recibía refuerzos, y éstos no llegaron. En Cartago, los comerciantes no sentían muchos deseos de invertir más dinero en la expedición de Aníbal, opinando que si antes había podido mantener la guerra con medios propios, mucho mejor podía hacerlo ahora que era vencedor.

El sitio de Siracusa

Marcelo intentó obtener algún resultado francamente positivo. En 214 antes de Cristo, por orden del Senado, se dirigió a Sicilia para reconquistar Siracusa y adueñarse por completo de la rica isla, puente entre Europa y África, iniciativa que convirtió de nuevo a Sicilia en el teatro más importante de operaciones.

La ciudad opuso una tenaz resistencia gracias a las máquinas dé guerra que había construido Arquímedes. A Siracusa, que desafiara en otro tiempo a la orgullosa marina de los atenienses y rechazara en muchas ocasiones a las fuerzas cartaginesas, tampoco esta vez fue posible tomarla por asalto. Después de un sitio de ocho meses, Marcelo tuvo que limitarse a bloquearla. Según la tradición, Arquímedes incendiaba desde tierra firme los navíos romanos surtos enfrente, reflejando los rayos solares en grandes espejos cóncavos.

Sólo al cabo de tres años, y con ayuda de traidores, pudo Marcelo apoderarse de Siracusa. En castigo por su terquedad, dejóla a merced de los soldados; y en el saqueo perecieron muchas personas, Arquímedes entre ellas. Se dice que un soldado romano que penetró en el jardín del sabio, lo encontró sumido en el estudio de unas figuras geométricas trazadas en la arena. Tan absorto estaba Arquímedes en sus estudios, que ni siquiera advertía lo que pasaba en torno suyo. "No pises las figuras", dijo al legionario, y éste, que ignoraba quién era, lo atravesó con su espada.

Así perecieron uno de los más grandes genios de la humanidad y una de las más altivas ciudades helenas. Nunca más volvería Siracusa a recobrar su pasada grandeza.

"Hannibal ad portas!"

Cuando la caída de Siracusa era inminente, los romanos llevaron a cabo otra gran operación: la reconquista de Capua. Aníbal, que acudió en socorro de la ciudad, nada pudo contra las fuertes trincheras de los asediantes. Entonces ideó un medio para que los romanos las abandonaran.

Un día dejó de combatir ante Capua y se dirigió contra Roma. Creyó que, sin duda, las tropas romanas le seguirían, pues era de esperar que preferirían salvar su capital. Roma quedó sobrecogida cuando supo la llegada del cartaginés. "No sólo se oía gemir a las mujeres en sus casas, sino que también surgían matronas de todas partes para acudir a los templos", describe Tito Livio. Los romanos no olvidaron jamás aquellas horas de zozobra. Las generaciones posteriores temblaban aún al recordar el día en que por todas partes se oyó aquel terrible grito: *Hannibal ad portas!* (Aníbal, a las puertas de la ciudad).

En realidad, el peligro no era tan grande como creían los romanos. Aníbal no tenía la menor intención de atacar a Roma, demasiado bien protegida por sus murallas. Su único objetivo era atraer a las tropas de Capua fuera de sus posiciones. Pero su astucia no le valió. Las legiones no se dejaron engañar: el sitio de Capua continuó; sólo se envió un pequeño destacamento hacia Roma. La suerte de Capua estaba echada. Al ver que Aníbal se retiraba y los romanos mantenían el cerco, la población desesperó. Veintiocho miembros del consejo se reunieron para celebrar un festín y después bebieron una copa de veneno; los demás se rindieron sin condiciones.

Capua pagó muy cara la defección. El jefe romano reunió en la plaza pública a cincuenta notables, los hizo azotar y después decapitar; los demás fueron encarcelados. En cuanto a la población, en su mayor parte fue sometida a esclavitud. Corría el año 211. Los romanos se comportaron así con Capua, no sólo por su traición a la causa de Roma y por haber matado a los romanos allí residentes, sino también para acabar con la rivalidad que, desde tiempo atrás, existía entre las dos mayores ciudades de Italia.

Con la reconquista de Siracusa y Capua, los romanos arrebataron a Aníbal todo lo ganado en la batalla de Cannas. La caída de Capua cambió el curso de la guerra, aunque más tarde, en ciertos momentos, pareciese que los romanos la habían perdido. La suerte trágica de Capua no sólo significaba para Anibal la pérdida de la Campania, sino, lo que fue más grave, la de su prestigio ante sus aliados itálicos. Uno tras otro, reintegráronse a la protección romana.

Al fin, Aníbal dominó sólo la extremidad sudoeste de la península -digamos, la punta de la bota.

La guerra en España.
Asdrúbal acude en auxilio de su hermano

Unos años antes, los romanos habían tenido algunas dificultades en tierras españolas con la muerte de Publio y Cneo Escipión en combates adversos -el primero en Castulo (Cazlona, provincia de Jaén) y su hermano Cneo cerca de Ilorci (Lorca, Murcia)-. Roma había estado a punto de perder sus conquistas recientes en el Levante hispánico (212 antes de Cristo). Pero *"la esperanza cambió de campo"* cuando el hijo del difunto general Publio Cornelio Escipión se puso al frente de las legiones. Habiendo caído Marcelo en el campo de batalla en el 208, el nombre de Escipión el Joven se hizo

pronto popular y se convirtió en escudo y espada de Roma. Escipión comenzó su brillante carrera militar en la península Ibérica tomando en brevísimo tiempo Cartagena, la capital de los cartagineses, y después derrotando a Asdrúbal en Bailén de Andalucía; pero no pudo impedir que éste embarcara el resto de sus tropas para Italia con el fin de prestar ayuda a su hermano Aníbal.

Sin duda, Asdrúbal comprendió que algún día España caería fatalmente en manos de los romanos, de no triunfar Aníbal en Italia. El joven Escipión se manifestaba como un general de primer orden, aunque más peligroso por su atractivo personal que por su talento militar. Su magnanimidad hacia los vencidos le hizo simpático a los pueblos ibéricos, acostumbrados a las exacciones y excesos de los cartagineses, que no habían despertado más que odio.

Asdrúbal, siguiendo el ejemplo de su cuñado y hermanastro, atravesó los Alpes. Las tribus montañesas lo dejaron pasar sin obstáculos, pues ahora sabían que las expediciones cartaginesas no iban dirigidas contra ellas. En el otoño de 208 antes de Cristo, Asdrúbal se encontraba en la Galia cisalpina con abundantes provisiones y unejército de sesenta mil hombres, contando los galos enrolados bajo sus enseñas.

Roma se enteró del nuevo peligro en un momento en que su situación era casi insoportable. La producción agrícola decrecía cada vez más incluso donde la guerra no había causado estragos, por cuanto faltaban en todas partes brazos para cultivar y segar; muchos habrían muerto de hambre si no se hubieran importado víveres de Egipto y Sicilia.

Otro motivo que agravaba la situación: los aliados de Roma empezaban a cansarse de esta guerra que agotaba sus recursos. Incluso las ciudades del Lacio comenzaban a titubear. Alrededor de un tercio de estas ciudades anunciaron categóricamente que no estaban dispuestas a entregar más dinero ni tropas, y dejaban que los romanos sufragasen una guerra que a ellos solos interesaba proseguir. Roma tenía que impedir en seguida y a toda costa que Asdrúbal, que ya venía del norte, se uniera con su hermano en la Italia meridional. Envió, pues un ejército numeroso para cortarle el camino y obligarle a una lucha que el cartaginés quería evitar. Entablóse la batalla en el año 207 antes de Cristo, en el río **Metauro** (Umbría oriental). Enfrentado con un ejército doble que el suyo, la única esperanza de Asdrúbal consistía en lanzarse con todas sus fuerzas y romper las líneas romanas.

Las compactas formaciones romanas neutralizaron este ataque; la lucha se prolongó cada vez más feroz y sangrienta, terminando con un triunfo total de los romanos: su primera gran victoria de la guerra. El ejército púnico fue prácticamente aniquilado. "Cuando Asdrúbal se vio perdido -dice Tito Livio-, espoleó a su caballo hacia el centro de una cohorte romana y allí, como digno hijo de militar y hermano de Aníbal, pereció con las armas en la mano."

Apenas lograda la victoria, uno de los jefes romanos, el cónsul Claudio Nerón, se dirigió hacia Italia meridional a marchas forzadas para batirse con Aníbal. Puede parecer extraño que Nerón y el otro cónsul, Livio Salinátor, que habían compartido la campaña contra Asdrúbal, no se unieran para marchar hacia el sur y conseguir triunfo decisivo. Es probable que ni pensaran en ello. La reputación del gran cartaginés les amedrentaba demasiado. Ningún político ni general de la época era capaz de afirmar que vencería a Aníbal; a lo sumo, se consideraban lo bastante afortunados si no eran vencidos por él.

Aníbal esperaba con ansiedad noticias de su cuñado, pero la llegada de Nerón puso fin a sus esperanzas. Acercándose a los puestos avanzados de Aníbal, el cónsul

arrojó la cabeza de Asdrúbal a las trincheras cartaginesas. A la vista del triste despojo, Aníbal cayó deprimido y exclamó: "¡Presiento ya la suerte de Cartago!"

El anuncio de la victoria causó una alegría indescriptible en Roma. Anhelando el fin de tantas calamidades, los ciudadanos romanos dieron gracias a los dioses. Esperando ya un resultado feliz de esta guerra atroz, la industria y el comercio volvieron a prosperar. En ambos bandos se creía que aquella batalla del Metauro (Sena Gállica) determinaría el curso de la guerra. Verdad es que los romanos estaban demasiado agotados para arrojar a Aníbal de Italia, y Aníbal, por su parte, no tenía más que una posibilidad: resistir en Brindisi. Se había atrincherado allí para disponer de un buen puerto de reserva. Aníbal, aislado, se mantuvo durante cuatro años más, en un nuevo alarde de su genio militar. Pero el mero talento no puede cambiar el curso de una guerra.

La decisión final. El ocaso de Aníbal

Después de la retirada de Asdrúbal, Escipión había arrebatado a Cartago todas sus posesiones españolas. Dos acciones espectaculares facilitaron su tarea: la batalla de Ilipa (Alcalá del Río, Sevilla) y la toma del postrer baluarte cartaginés de Cádiz (206 antes de Cristo). Cartago juzgó que la península no valía la pena de ser conservada y retiró sus tropas de España, sin dejar un solo hombre, un navío, ni un depósito de aprovisionamiento. Los íberos recobraban, pues, su independencia de antaño, a no ser que la entregaran ésta vez a los romanos. Escipión los conquistó con moderación y magnanimidad: convirtiéndose así España en provincia romana.

Para recapitular, digamos que la guerra se había liquidado primero en Sicilia y luego en España y en Macedonia y que en Italia la lucha tampoco era ya tan violenta. Escipión quiso poner fin a las hostilidades desembarcando en África para dar el golpe de gracia a los cartagineses.

Sin embargo, el Senado no veía con buenos ojos los planes de su general. Los padres del Estado, hombres ponderados por naturaleza, creían que Roma arriesgaba demasiado. Además, Escipión, de apenas treinta años, había alcanzado extraordinarios éxitos que sin duda suscitaban muchas envidias. Se decía que podría ser un peligro para la libertad del pueblo romano si alcanzaba demasiado poder. Pero Escipión gozaba de mucha fama ante el pueblo y por eso, después de tumultuosas discusiones, el Senado lo autorizó a llevar la guerra al territorio cartaginés. Sin embargo, sólo le concedieron dos legiones. Botáronse navíos de guerra en los puertos de Sicilia y un buen día los romanos pisaron la costa africana: la guerra de Cartago contra Roma había terminado; comenzaba ahora la guerra de Roma contra Cartago.

Apenas desembarcado, Escipión recibió la visita del caudillo númida Masinisa. Ya antes, cuando Escipión estaba aún en España, este hijo del desierto había prometido ayudar a los romanos si algún día llevaban la guerra al África. Masinisa había reinado en unas tierras situadas al oeste del territorio cartaginés, cuya capital era la actual Constantina. Sifax, otro númida más poderoso, lo había destronado con ayuda de Cartago. El gobierno de Cartago se había ganado la simpatía de Sifax dándole por esposa a Sofonisba, cartaginesa de alta alcurnia que Masinisa también había pretendido y que el consejo le había negado con frases humillantes. Desde entonces, el fugitivo erraba por el desierto con una partida de jinetes. El apoyo que ofrecía a Escipión parecía, pues, insignificante, pero Masinisa podía llegar a ser hombre muy provechoso con el tiempo, pues tenia lama de ser un excelente general de caballería.

Escipión tuvo tanta suerte como en España, pese a la superioridad numérica del enemigo. Cartago llamó a Aníbal, que estaba en Italia, pues sólo él podía medir sus armas con Escipión, "el hijo mimado de los dioses". Aníbal aceptó el llamamiento y

partió en una flota de transporte preparada en el puerto de Crotona, después de matar todos los caballos.

¿Por qué Aníbal no abandonó antes Italia cuando ya le era imposible hacer allí algo positivo? Quizás creyera, y con él el gobierno cartaginés, que los romanos no se atreverían a llevar la guerra al África mientras él permaneciera con tropas en Italia. Los cartagineses se habían equivocado por completo.

Anibal en África: Batalla de Zama

Los romanos suspiraron aliviados cuando el "león de Libia" abandonó voluntariamente la península. En el colmo de su entusiasmo, los romanos ofrecieron una corona honorífica al único general romano todavía superviviente desde el comienzo de la guerra y sus terribles secuelas: Fabio Máximo, con casi ochenta años de edad. Mientras tanto, Aníbal pisaba de nuevo su tierra natal, que abandonara treinta y cuatro años antes. Desde su partida había conducido sus ejércitos por todo el litoral mediterráneo, siempre en marcha triunfal. Ahora volvía con las manos vacías; pero su regreso infundió valor a las fuerzas cartaginesas.

Aníbal iba a experimentar muchas decepciones en su patria. Sus hombres no se medirían allí con legiones inexpertas, sino con ejércitos de veteranos endurecidos. Los soldados de Escipión habían aprendido su oficio en España y su general los mantenía en buen estado físico mediante continuos ejercicios. Escipión se enfrentaba con Aníbal oponiéndole su propia táctica, adquirida después de mucha experiencia. Podía, si el caso lo requería, acortar la profundidad de su orden de batalla para prolongar las líneas y hacer imposible el cerco. Los númidas de Masinisa, por su parte, compensarían la ventaja que Aníbal tenía con su caballería.

Zama fue para Cartago lo que Cannas había sido para Roma. Después de esta batalla, las tropas romanas fueron consideradas como las mejores del mundo y la estrategia ensayada en Zama, superior a la de los demás pueblos, les daría el dominio del mundo en el término de dos generaciones.

Los cartagineses no tenían bastantes víveres en su capital para sostener un asedio. Tuvieron que aceptar las condiciones de paz propuestas por Roma, desde luego, duras y humillantes. Cartago se comprometió a pagar durante cincuenta años un tributo anual de doscientos talentos y a no declarar guerra alguna, siquiera defensiva, sin el consentimiento de Roma. De hecho, esta paz colocaba a Cartago bajo la autoridad política y económica de Roma. Además, los cartagineses tuvieron que reconocer la dominación de Roma en España, entregar todos sus navíos de guerra, excepto diez, así como sus elefantes, y comprometerse a no preparar otros animales de esta especie para la guerra.

Antes de la victoria definitiva sobre los cartagineses, Masinisa había vencido y capturado a Sifax, y entrado triunfalmente en su capital. Sofonisba se arrojó a los pies del vencedor y le suplicó que la protegiera de los romanos. Y ¿quién habría hecho lo contrario ante los encantos de aquella celebrada belleza? Aquel hijo del desierto la tomó al instante por esposa. Pero cuando Escipión se enteró del matrimonio de su aliado con una enemiga irreductible de Roma, se mostró inflexible. Masinisa se retiró a la soledad de su tienda desesperado; luego se sobrepuso y decidió que su querida Sofonisba no caería en manos de Escipión: dio una copa de veneno a su esposa y ésta la bebió sin titubear.

Los romanos recompensaron la ayuda de Masinisa dándole casi todo el reino de Sifax y encargándole que vigilara á los cartagineses para que no emprendieran nada contra Roma. Sifax murió en cautiverio. Y Escipión regresó a Roma, donde celebró el

triunfo más clamoroso que la ciudad conociera hasta entonces. Se le llamó, en lo sucesivo, Escipión el Africano.

Así terminó la sangrienta lucha que durante dieciocho años hiciera temblar a toda la cuenca occidental del Mediterráneo.

EXPANSIÓN ROMANA EN EL MEDITERRÁNEO ORIENTAL

LA MARCHA HACIA EL ESTE

Libres ya de Aníbal, los romanos abrieron otro frente. Las guerras se suceden entonces sin que podamos ver en ellas la realización sistemática de un plan riguroso. Tras vencer a los excelentes ejércitos cartagineses conducidos por el mayor estratego de la época y de estar casi de continuo al borde del desastre, ahora les atraía el este, sin duda por la avaricia creciente de los altos dirigentes, ávidos de lucrativos negocios. La segunda y terrible guerra púnica terminó en 201 antes de Cristo. Sin embargo, al año siguiente, los romanos afrontaron un nuevo conflicto. Comparado con la guerra contra Aníbal, parecía no tener importancia, pero sí tendría equivalente significación histórica: la intervención armada de Roma en los asuntos políticos del Mediterráneo oriental.

El decadente reino de Macedonia

El primer país afectado fue Macedonia, el más poderoso de los Estados helenísticos y el único pueblo entonces que podía rivalizar con Roma en cuanto a tenacidad. Mas, por desgracia para ellos, su rey no era Filipo II, sino Filipo V, y su heredero tampoco era Alejandro, sino el mezquino Perseo.

La ocasión de la guerra entre Filipo y los romanos fue la ambición desenfrenada del macedonio, cuya política de expoliación era famosa en toda Grecia. Varias ciudades helenas europeas y asiáticas pidieron protección a Roma, que no olvidaba el tratado entre Filipo y Aníbal. Y aunque es probable que el pueblo no deseara la guerra,. tras una lucha que había durado diecisiete años, el Senado la provocó. El pretexto para intervenir era excelente, pues el poderoso Antíoco III, de la dinastía de los seléucidas, aliado de Filipo, estaba comprometido en una guerra contra Egipto, reino amigo de Roma. Además, había una excusa muy honorable para guerrear contra Filipo: erigirse en paladín de la libertad helena.

Según parece, los romanos, mientras decidían romper las hostilidades, enviaron embajadores a Antíoco para impedir que ayudara a Filipo. Luego, aislar a éste fue un juego. Roma pudo, pues, dirigir la operación sin obstáculos. Después de tres años de lucha, las legiones mandadas por el cónsul Flaminio vencieron a las falanges macedónicas y se firmó una paz que reducía el territorio de Macedonia a lo que era antes de la intromisión de Filipo el Grande en los asuntos griegos. Tres años bastaron para excluir a la monarquía macedónica del grupo de grandes potencias. Los romanos perdonaron a Filipo y le dejaron Macedonia propiamente dicha, para que no se aliara, desesperado, al

rey Antíoco; pero no conservaron los territorios conquistados, tanto por las dificultades que supondría la administración de tierras de ultramar, como porque conocían el carácter indócil de los Estados griegos.

Antes que hacer de ellos súbditos continuamente rebeldes, los romanos fueron lo bastante sagaces para ofrecerles la libertad. En consecuencia, Flaminio anunció la buena nueva en los grandes juegos de Corinto del año 196 antes de Cristo. Un heraldo impuso silencio con la trompeta y pronunció la fórmula tradicional de apertura de los juegos, pero añadió estas palabras: "El Senado romano y el general vencedor declaran que, sometida ya Macedonia, todas las ciudades griegas dominadas antes por el rey Filipo quedan en absoluta libertad y exentas de todo impuesto y subordinación a cualquier potencia exterior".

La alegría de los griegos fue tan enorme que apenas si creían lo que escuchaban: "Se miraban unos a otros extrañados, como si ello no fuera más que un sueño", dice Tito Livio. El heraldo tuvo que reaparecer en el estadio, pues todos querían oír una vez más al mensajero de su libertad. Cuando, por segunda vez, el heraldo les dio a conocer la decisión del Senado, estallaron gritos y aplausos por doquier. Resultaba evidente que para ellos la libertad era el bien más preciado del mundo. Cuenta la tradición que las aves que volaban sobre el estadio, aturdidas por el alegre vocerío, caían al suelo. La victoria de Flaminio sobre Filipo V y la proclamación de la independencia griega formaban el reverso de la medalla victoriosa que el gran Filipo consiguió en Queronea.

El Imperio Seléucida

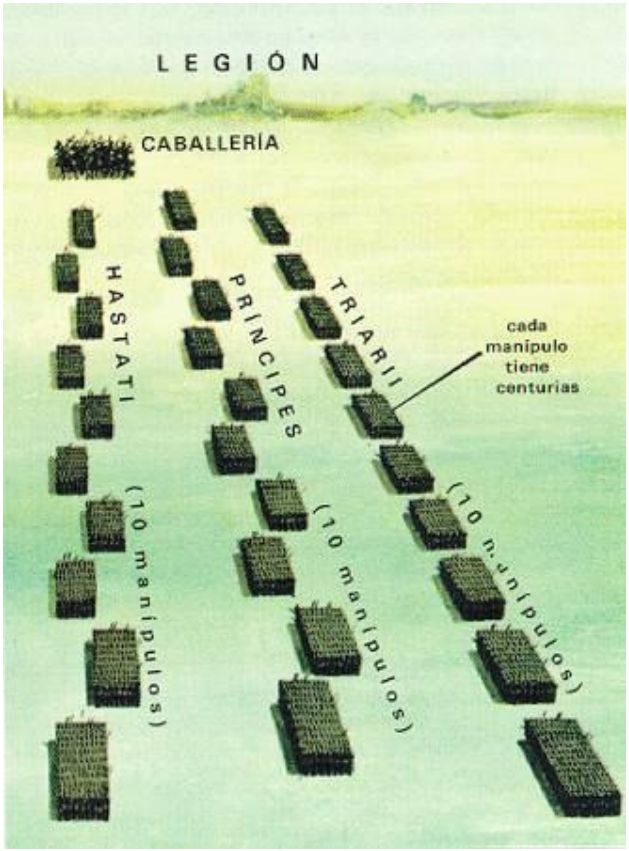
El protectorado sobre los helenos dio motivos a los romanos para h, intervenir también contra Antíoco III, ya que algunos Estado griegos fueron atacados por éste apenas el Senado romano proclamó su independencia. Los romanos vieron en ello una prueba de "la ambición insaciable del rey", que, según ellos, deseaba extender su dominación al mundo entero. Antíoco era ambicioso, es cierto, pero sus deseos de conquista se limitaban al Asia, donde quería reconstruir el imperio de los antiguos reyes de Persia.

Desde Macedonia partió un ejército romano, que atravesó el Helesponto y derrotó a Antíoco en 190 antes de Cristo. Antíoco tuvo que ceder casi toda el Asia menor y aceptar para el resto de sus terri torios unas condiciones tan severas como las impuestas antes a Cartago y después a Macedonia: entrega de los elefantes de guerra y de la flota, excepto diez navíos, pago de una suma enorme (quince mil talentos), a título de reparaciones e indemnización y un pacto de no agresión con respecto a sus países vecinos en el oeste.

Arrebatada el Asia menor a Antíoco, los romanos ofrecieron su mayor parte a su fiel aliado, el rey de Pérgamo. El reino de los atálidas desempeñaba el mismo papel que Numidia en África; es decir, el de mastín de Roma. Masinisa mantenía de continuo la soga al cuello de los cartagineses; de igual modo, Pérgamo vigilaba a Macedonia y r al imperio seléucida. Los romanos, que no parecían dispuestos a encargarse de sus posesiones de ultramar, poco a poco cambiaron de opinión. En 133 antes de Cristo se recibieron del reino de Pérgamo, legado a ellos por Átalo III, último vástago de su dinastía. La legalidad de esta herencia pareció bastante discutible, pero poco importaba el derecho cuando Roma quería adueñarse de un país. Así, el poniente del Asia menor se convirtió en la primera provincia romana de Oriente, con el nombre de Asia.

En cuanto a Antíoco, baste consignar que, después de la humillación sufrida con el tratado impuesto por los romanos, sus súbditos le perdieron el respeto. La paz del reino se vio continuamente turbada por tumultos y crisis financieras. Al reprimir una de

esas rebeliones, esta vez a orillas del golfo Pérsico, Antíoco fue asesinado mientras saqueaba un templo: que con tal sacrilegio trataba de llenar sus arcas angustiosamente vacías. Luego, intrigas de sucesión, conmociones internas como las de los Macabeos en Judea, y guerras contra Bactria, el reino arsácida o neopersa, y otros países vecinos del este, debilitaron aún más a aquel Estado que, al fin, acabaría por desaparecer.



Orden de marcha de las legiones romanas. En combate, las legiones marchan en 3 filas.

Pacificación de Macedonia y Grecia

Después de su derrota ante Flaminio, el orgulloso y desasosegado Filipo V se sintió como una fiera enjaulada. Aquellas minúsculas polis griegas que tanto despreciara antes y a quienes tratara con tanta insensibilidad, se alegraban ahora de su impotencia. Es más: se permitieron enviar innumerables quejas al Senado romano. Éste mandó legados para realizar una investigación; Filipo se vio obligado a recibirlos con la mayor cortesía, no teniendo más remedio que aceptar las decisiones del Senado sin protestar. No obstante, se preparaba para sacudir tal yugo y abatir a sus antiguos vasallos. Antes de morir confesó sus proyectos a su hijo Perseo, que hizo lo que pudo -poco, pues no era el jefe soñado por sus valientes macedonios-. Paulo Emilio, digno homónimo e hijo del cónsul caído en Cannas, apresó en 168 antes de Cristo a Perseo en una sangrienta batalla.

El infausto postrer monarca de Macedonia murió en las prisiones romanas.

A fin de impedir la repetición de tales sucesos, el reino de Macedonia fue dividido en cuatro pequeñas repúblicas dependientes de Roma, los macedonios fueron desarmados y todo su armamento destruido, menos los escudos de cobre, que se enviaron a Roma. Veinte años más tarde estalló una rebelión macedónica. Entonces

Roma modificó su estatuto político: fue convertida en provincia romana. Ni con eso se obtuvo la pacificación de Grecia.

Recordemos que los griegos recobraron su libertad en el año 196. Antes de abandonar Grecia, Flaminio había reunido en Corinto a los representantes de todos los Estados helénicos, para dirigirles unas palabras de despedida, recomendándoles que disfrutaran de la libertad con inteligencia y moderación.

"Con ojos arrasados en lágrimas, los griegos escucharon al romano que les hablaba como un padre -dice Tito Livio-; incluso el orador estaba emocionado. Fue interrumpido por los vítores de sus oyentes, que se exhortaban a recordar siempre aquellas palabras como si fueran oráculos." Espectáculo edificante en el que resaltaban los sentimientos y la convicción más sinceros. Pero en medio de aquel entusiasmo general, los griegos más perspicaces se preguntaban: "Se puede ofrecer la libertad, pero ¿no se puede también quitar? y ¿qué vale la libertad sin unión?" Estas preguntas no quedarían sin respuesta. La anarquía subsiguiente tornó el agradecimiento hacia los liberadores en ingratitud. Los senadores estaban perplejos ante aquellos incorregibles fautores de turbulencias que acudían de continuo a Roma para quejarse unos de otros. Finalmente, los romanos perdieron la paciencia y dejaron a los griegos ventilar sus propios asuntos.

Los romanos sólo conocían a los griegos de lejos y admiraban en ellos sus descubrimientos científicos, su arte, su literatura y, en general, su cultura refinada. Ahora observaban el reverso de la medalla y, en especial, la incapacidad congénita de los griegos para la mutua comprensión.

Nuevas polémicas obligaron a Roma a intervenir; enviaron mediadores a Corinto y fueron injuriados. Después, los griegos arremetieron unos contra otros, agrupados en inestables ligas que con sus aspavientos embarazaban el comercio egeo y perturbaban a Estados vecinos, con las consiguientes quejumbres ante Roma.

Harto ya de semejante situación, el gobernador romano de Macedonia aniquiló en 146 antes de Cristo aquellas revoltosas facciones. Los griegos acababan de perder la última oportunidad de salvar su independencia: en lo sucesivo, dependerían de la autoridad del gobernador romano de Macedonia en vez de ser arbitrados por el Senado. Como contrapartida por la protección del ejército legionario, tendrían que pagar un tributo a Roma. Con todo, pudieron conservar su autonomía municipal a condición de incluir algunas reformas de corte aristocrático. Y fueron declarados aliados de Roma; es decir, se les quitó el derecho a declarar la guerra y a firmar tratados de paz, lo cual significaba para ellos el mayor de los beneficios. Los helenos también tuvieron que pagar un tributo a Roma.

Los romanos trataron con delicadeza a este pueblo al que debían su cultura. El castigo que infligieron a Corinto fue la única página triste en esta historia. Por orden del Senado, el general vencedor lavó en sangre la afrenta inferida por esta ciudad al poder romano: saqueada y arrasada, sus habitantes fueron reducidos a esclavitud y deportados. Innumerables obras de arte y objetos preciosos fueron enviados a Roma. Tal castigo era desproporcionado a la falta. Varios historiadores lo atribuyen a la nefasta influencia de la aristocracia mercantil romana, como ocurrió con Cartago y Capua; los comerciantes romanos aprovechaban cualquier ocasión para deshacerse de rivales peligrosos. Con todo, los griegos no iban a tener motivos de queja en cuanto a la dominación romana, ni siquiera cuando el emperador Augusto convirtió Grecia en provincia romana con el nombre de Acaya.,

LA DOBLE MENTALIDAD ROMANA

Escipión y Catón

Después de la victoria de Zama, el triunfo de Escipión el Africano fue la fecha más gloriosa que conociera Roma. Al frente del cortejo que solía partir del campo de Marte, iban los magistrados y senado res con toga blanca y las sienes coronadas de laurel; seguían las trompetas tocando charangas y marchas militares; luego, los esclavos llevando el botín capturado durante la guerra. Había armas de toda clases, obras de arte y objetos de metales preciosos; carros pesado, transportaban lingotes y polvo de oro y plata en sacos y cestas; otros esclavos llevaban grandes cuadros representando batallas y asedios, ciudades y fortificaciones conquistadas. En los escudos se podían leer los nombres de los pueblos y ciudades que el triunfador había sometido. Modelos reducidos de navíos y máquinas de guerra detallaban las operaciones. Gran curiosidad despertaron los elefantes y otros animales conducidos desde los países conquistados en jaulas doradas o por guardianes vestidos con trajes multicolores. Los reyes y generales vencidos, sus mujeres e hijos, desfilaban encadenados, soportando las injurias y burlas del populacho. Finalmente, sobre un carro de oro tirado por cuatro caballos blancos, aparecía el triunfador vestido con una toga de púrpura tachonada de estrellas y una corona de laurel en la cabeza. Un esclavo mantenía sobre su cabeza la corona de Júpiter, mientras le susurraba al oído, en medio de las aclamaciones de la multitud: "¡Recuerda que eres mortal!"

Detrás de Escipión marchaban sus soldados agitando ramos de laurel.

Entre los aplausos de los ciudadanos y una lluvia de flores, el cortejo pasaba bajo los arcos de triunfo de la Vía Sacra, junto al templo de Vesta y otros santuarios, hacia el Foro, el Capitolio y el templo de Júpiter, donde el vencedor ofrecía sus laureles y la corona de oro al dios supremo, en agradecimiento a su ayuda. Finalmente, rodeado de sus guerreros, ofrecía un sacrificio solemne a los dioses en nombre de todo el ejército. Las solemnidades terminaban con un festín en el Capitolio.

Aquel día se concedía a la tropa la facultad de opinar de sus jefes y oficiales. La milicia solía aprovechar tal privilegio cantando coplas satíricas y narrando peripecias de la guerra en que algún oficial había hecho el ridículo; a veces, los soldados reprochaban la excesiva severidad de unos generales o la avaricia de otros. Pero las sátiras se mezclaban con aclamaciones de *Io triumphe!* (¡Hurra al triunfador!).

Escipión venía gozando las alegrías del triunfo desde que pisar Italia. Millares de romanos excarcelados de las prisiones cartaginesas lo precedían entonando alabanzas a su libertador. Cuando llegó a Roma, el Senado le otorgó el apodo de "félix" (felino).

Pero los triunfos ofrecen un lado malo: la envidia. Escipión tenía un enemigo irreconciliable en la persona de un senador de su misma edad: Marco Poncio Catón. Era el tipo del tradicional romano severo, pudiera decirse el último de tal linaje. Menospreciaba toda cultura y cualquier otro tipo de "modernismos", que juzgaba como frivolidades. Guerrero valiente y excelente campesino, se gloriaba de ello y no sentía necesidad de otra cosa; cuando los negocios del Estado no le ocupaban tiempo, se dedicaba al cultivo de sus tierras, como un segundo Cincinato. Hombre muy cauto, por no decir avaro, en la administración de sus bienes y negocios, había atesorado una gran fortuna. Rasgo revelador de la mentalidad de Catón: vendía sus esclavos viejos para no alimentar bocas inútiles.

Catón se había hecho famoso cuando, cónsul de treinta y nueve años de edad, había declarado la guerra a la ostentación femenina después de la catástrofe de Cannas. Hablase votado entonces una ley que prohibía a las mujeres "llevar alhajas de valor superior a media onza de oro y adornarse con vestidos multicolores". En 195 antes de Cristo se propuso a la asamblea suprimir esas restricciones, ya carentes de sentido. Cuando las matronas supieron que no todos los representantes del pueblo estaban de acuerdo, invadieron las calles conducentes al Foro y abordaron a los senadores que salían de la sesión, para incitarlos a votar la derogación de dicha ley. Catón pronunció un discurso lleno de altivez masculina y desprecio al bello sexo.

Uno de los afectos a la abolición le recordó que las romanas habían salvado la patria en varias ocasiones: en el rapto de las sabinas, ¿no fueron ellas las que separaron a los combatientes? ¿No fue una embajada de matronas la que consiguió esfumar la venganza de Coriolano?

Cuando la ciudad cayó en poder de los galos, ¿no fueron ellas las que la rescataron con sus alhajas? ¿Y en la guerra contra los cartagineses, no mostraron igual sacrificio? "Si las hacemos compartir las desgracias que caen sobre la ciudad -añadió-, justo es que las dejemos obrar a su gusto en un terreno que concierne a ellas solas y donde el Estado nada tiene que ver."

El discurso del galante tribuno tuvo su resonancia; pero, para mayor seguridad, las mujeres manejaron el asunto por su cuenta. Al día siguiente, fecha de la votación, movilizaron todas sus fuerzas contra los recalcitrantes, y organizando turnos femeninos para asediar las casas de los "misóginos", que no abandonaron hasta obtener garantía de promesas favorables. ¡Primera victoria conseguida por las mujeres en su camino hacia la emancipación!

Catón combatió a Escipión el Africano con el mismo tesón con que luchó contra el derecho de las romanas a vestir a su gusto. Catón veía en Escipión y en su familia la encarnación de los nuevos tiempos, de aquella funesta admiración hacia las novedades griegas. A Catón le exasperaba ver la pasión de los romanos por todo lo griego; le irritaba que aquella gente, incapaz de penetrar en el espíritu de la cultura griega, tratase de adquirir un "barniz" de helenismo, a fin de no pasar por "bárbaro"; no soportaba el fasto de Escipión ni sus modales regios, incompatibles con la sencillez de un republicano. Catón urdió varias tentativas, vanas por otra parte, para perder a Escipión. Al fin, consiguió que un tribuno de la plebe depusiera contra el Africano, acusándolo de haberse dejado comprar por Antíoco III, a quien Escipión había vencido fácilmente y humillado a más no poder.

El proceso de Escipión tuvo lugar en el aniversario de la batalla de Zama. El acusado juzgó indigno de él responder a tales acusaciones. "En un día como éste -dijo- no es lícito que los romanos escuchen calumnias contra un hombre a quien sus mismos detractores deben la suerte de expresarse aquí con toda libertad. Nuestro deber es ir al Capitolio y celebrar el recuerdo de nuestra gran victoria, agradeciendo a los dioses la libertad concedida a la patria. Y esto es lo que voy a hacer ahora mismo. Quienes compartan mi opinión, que me sigan." Todo el pueblo lo siguió, dejando al acusador solo en el Foro. Escipión había vencido una vez más. Sin embargo, harto de la política y herido en su amor propio, se retiró a sus propiedades de la Campania, en donde viviría ya poco tiempo. El gran capitán murió a la edad de cincuenta y un años, el mismo año 183 antes de Cristo en que pereció Aníbal.

Catón, en cambio, no se retiró a descansar. Elegido censor en 184 antes de Cristo, ejerció sus funciones con despiadada severidad. Reanudó su campaña contra el lujo, esta vez con más éxito; su alto cargo le permitió gravar cuantos artículos intentara prohibir al

sexo de marras once años antes. El "gruñón de cabellos rojos y ojos de un verde gris" se atrajo muchos enemigos, pero el pueblo romano lo honró con el título de "Censor" y con una estatua. Su nombre se convirtió en un símbolo de rectitud.

Los últimos años de Aníbal

De poderoso Estado comercial que otrora, fuera Cartago, la paz del año 201 lo convirtió en una ciudad de mercaderes indefensos. El sueño de Aníbal se había esfumado, y no podía ofrecerle a su patria poderío ni grandeza; sin embargo, su vigor estaba intacto. Aunque no como antes, todavía pudo servir al país, sostenido por la confianza popular, asumió el poder, promulgó acertadas reformas y mejoró la situación de Cartago. Las heridas de la guerra iban cicatrizándose. Aníbal puso mano dura en organizar el país; mostrándose tan grande en la paz como lo fue en la guerra, pudo pagar a Roma su crecido tributo anual sin abrumar al pueblo con impuestos excesivos.

Pero la plutocracia mercantilista, cuyos privilegios Aníbal suprimió, antepuso como de costumbre sus propios intereses a los de la patria y reveló al Senado romano que Aníbal conspiraba contra Roma. Ante tales perspectivas, para librar a sus conciudadanos de graves complicaciones, Aníbal huyó y se refugió en Asia, junto a Antíoco III, que recibió al gran general con todos los honores. Mientras, Cartago le condenaba al destierro, su fortuna era confiscada y su casa arrasada. Sus enemigos cartagineses se habían desembarazado de él con ayuda del enemigo tradicional.

Al estallar la guerra entre los romanos y Antíoco III, Aníbal le aconsejó pactar una alianza con todos los Estados que tenían motivos para temer a Roma. El plan superaba los proyectos de Antíoco; por otra parte, los cortesanos eran hostiles al gran cartaginés y aconsejaban al rey que no se dejara arrebatar la gloria por un extranjero.

El seléucida, pues, otorgó a Aníbal sólo misiones subalternas y la facultad de dar consejos que no eran escuchados. Al fin, Antíoco tuvo que firmar una paz humillante; los romanos lo obligaron a entregar al cartaginés, que era a quien más temían. Pero el eterno desterrado, ganando una vez más la baza por la mano, buscó refugio junto al rey Prusias de Bitinia, en la costa septentrional del Asia menor, a quien ayudó a vencer a su enemigo, el rey de Pérgamo. Entonces apareció en escena Flaminio, el vencedor de los macedonios, enviado como embajador, y Prusias, *"el más miserable de todos los miserables soberanos de Asia",* traicionó al que tanto le había ayudado. Aníbal, que conocía el carácter de su protector, había hecho construir en su casa, como medida de precaución, pasadizos secretos, pero al huir por uno de ellos, lo encontró bloqueado por los soldados del rey. No viendo otra salida, Aníbal tomó un veneno que siempre llevaba consigo en el engarce de su anillo y dijo: "Voy a liberar a los romanos de su miedo, ya que no quieren dejar morir a un hombre en paz". Corría el año 183 antes de Cristo, el mismo en que murió Escipión, su gran adversario.

DELENDA EST CARTHAGO

Tercera guerra púnica

Meses antes de la destrucción de Corinto (146 antes de Cristo), tuvo lugar una matanza aún más terrible, última escena de la sangrienta lucha entre romanos y cartagineses.

Después de cada derrota, el imperio cartaginés rehacía siempre y Con prontitud sus fuerzas. El valor y el espíritu de empresa de sus ciudadanos conseguían borrar las huellas de la guerra con rapidez increíble. Así, al cabo de diez años del tratado de paz,

Cartago propuso cancelar de una vez todas las deudas que le quedaban, lo que fue una desagradable sorpresa para sus eternos enemigos. Los romanos rehusaron la proposición, por supuesto, y obligaron a Cartago a seguir pagando, detalle mucho más importante que el tributo mismo. Desde entonces, Roma sólo hablaría de los negros proyectos de estos punos perjuros: se rumoreaba sobre un súbito ataque al sur de Italia, la construcción de una flota secreta inmensa... Hasta que Roma creyó necesaria una frisca contundente.

En realidad, los cartagineses habían abandonado sus pretensiones de supremacía y mostrado de varias maneras su lealtad hacia el antiguo enemigo. Durante las guerras contra Filipo, Antíoco y Perseo, proporcionaron a los romanos grandes cantidades de trigo para el aprovisionamiento del ejército y de Roma; al principio, no quisieron recibir pago alguno por ello, aunque al Final, como buenos fenicios, lo aceptaron.

El odio de los romanos hacia el enemigo vencido se encarnaba en Catón el Censor. En el año 157 estuvo en África con una comisión investigadora y comprobó que sus temores no eran injustificados. ¿Aquella ciudad que rebosaba riqueza era la Cartago vencida? Roma no estaría segura mientras Cartago gozase de semejante prosperidad. La supervivencia de Roma exigía la desaparición de Cartago. Esta opinión se convirtió en idea obsesiva en la mente de Catón. Apenas vuelto a Roma, propugnó por la destrucción total de Cartago, adoptando la costumbre de terminar todos sus discursos en el Senado, cualquiera que fuese el asunto de que tratara, con estas palabras: *Ceterum censeo Carthaginem esse delendam* (Y además creo que Cartago debe ser destruida).

La obstinación del anciano acabó por triunfar. Nada arde con tanto vigor como el odio nacional, sobre todo si va acompañado de codicia, y ninguna pasión como ésta puede disfrazarse mejor con apariencias de virtud. Con todo, los romanos no quisieron dar el golpe de gracia hasta tener un pretexto que les permitiera salvar las apariencias. Para arrasar una ciudad era necesario un motivo que lo justificara. Y Masinisa daba ese motivo. Molestando sin cesar a los cartagineses con su interpretación, muy personal y egoísta, de una cláusula del tratado de paz, habíase adueñado de los territorios poseídos en otro tiempo por él y sus antepasados. Los cartagineses no podían declarar la guerra sin el consentimiento de Roma; Masinisa podía, pues, ocupar cuantos territorios se le antojaran. Cuando se elevaban quejas al Senado romano, Masinisa solía ganar casi siempre la causa. Sólo se desestimaba a Masinisa cuando Roma tenía necesidad de Cartago, como, por ejemplo, durante la preparación de la guerra contra Perseo. De esta forma, Masinisa agrandó sin escrúpulos sus posesiones hasta formar un extenso reino, que rodeaba la región cartaginesa.

Por fin, este continuo atosigamiento empujó a los cartagineses a una guerra en la que perdieron todo su ejército. Masinisa esperaba, sin duda, hacer de Cartago la capital de su reino y, conseguido esto, ampliar sus territorios por todo el norte africano. Los romanos veían pintada la oportunidad de matar dos pájaros con un mismo disparo: borrar del mapa a Cartago e incorporarse sus tierras, poniendo así fin, a la sazón, a la codicia de su aliado. De todas formas, la situación justificaba una intervención armada de Roma: Cartago había roto la paz y, además, estaba vencida; por tanto, Roma podía manejar el hacha del verdugo. La puso en manos de los cónsules elegidos en el año 149 antes de Cristo, que desembarcaron en la costa africana capitaneando un poderoso ejército.

Genocidio y desaparición de Cartago

Cuando los cartagineses sospecharon lo que iba a sucederles, intentaron aplacar a sus mortales enemigos enviando embajadores

Roma para reiterar al Senado la más completa sumisión. Pero llegaron demasiado tarde: el ejército romano estaba ya en marcha. El Se nado respondió a la delegación que Cartago podría conservar su territorio si entregaba como rehenes a trescientos jóvenes de noble linaje y, además, se conformaba a las instrucciones que dictarían los cónsules a su llegada al África.

Los cartagineses, perdida toda esperanza, aceptaron las condiciones del Senado. Los cónsules exigieron el desarme total de los cartagineses, que aceptaron, entregándose así en manos del eterno e implacable enemigo. Los legionarios removieron hasta los cimientos de los astilleros y casas particulares para recoger todo cuanto pudiera servir de arma. Recogieron 2.000 hondas y 200.000 equipos completos, con los que llenaron una larga hilera de carros, y los llevaron al campamento romano. ¿Cómo hubiera podido expresarse la justa ira sentida por los cartagineses?

Sin embargo, todavía no sabían los vencidos de lo que eran capaces los romanos. En Roma, los políticos se manifestaban satisfechos por una conquista tan fácil e incruenta. Cuando los cónsules dejaron al enemigo en la más absoluta impotencia, uno de ellos exigió que, conforme a las órdenes del Senado romano, los cartagineses destruyesen su ciudad y emigrasen adonde quisieran, pero a quince kilómetros de distancia, por lo menos, de la costa. A los infelices cartagineses se les privaba de cuanto era de vital necesidad para ellos. "Esta orden terrible -dice Mommsen- inspiró a los cartagineses el mismo sorprendente entusiasmo, o quizá locura, que empujó a los tirios contra Alejandro y a los judíos contra Vespasiano. El pueblo cartaginés soportaba con paciencia inaudita la esclavitud y la opresión, pero sentía un orgullo indomable cuando se trataba de la vida de su patria."

Carecían de armas. Para ganar tiempo, los habitantes de Cartago pidieron un mes de plazo, so pretexto de enviar una embajada a Roma, pero les fue negado. Los cónsules esperaron algo más antes de dar el golpe de gracia; querían dar tiempo a que el pueblo cartaginés comprendiera la inutilidad de una rebelión. Aquellos condenados a muerte disfrutaron, pues, de corta tregua, que aprovecharon al máximo. Las hazañas maravillosas que a veces hacen los hombres, sólo se explican por el frenesí de la desesperación. Así ocurrió con los cartagineses. Jóvenes y viejos, hombres, mujeres y niños, trabajaron día y noche fabricando armas y más armas.

Al fin, los romanos decidieron avanzar sobre Cartago. Pero vieron estupefactos nuevas máquinas de guerra en las murallas y muchos hombres resueltos a combatir hasta el fin. Año tras año consiguieron los punos tener a raya a sus sádicos extorsionadores. Ni Catón ni Masinisa pudieron ver la caída de Cartago. Ambos murieron en 149 antes de Cristo. El rey númida, a la edad de noventa años, conservando intactas hasta el fin de su vida sus facultades físicas e intelectuales, dejando un hijo de cuatro años de edad, el vigésimo cuarto que tuvo, y uno de los diez que sobrevivieron al padre.

En 147 antes de Cristo, las operaciones militares romanas adquirieron nuevo cariz con la elección para el consulado del joven Publio Cornelio Escipión Emiliano, hijo de Paulo Emilio el Joven e hijo adoptivo de Escipión el Africano. Aunque había heredado el altruismo y excelente carácter de su padre, quizá se parecía más aún a su hidalgo y liberal homónimo. Los cartagineses resistieron con desesperación, pero el cónsul logró cortar el aprovisionamiento a la ciudad y el hambre hizo estragos. Los sitiados, agotados, opusieron una resistencia cada vez más débil. Por fin, los romanos franquearon las murallas sin dificultad y saquearon la ciudad sin compasión; los pocos supervivientes fueron vendidos como esclavos. Después, el Senado ordenó a Escipión que arrasara la urbe. Las llamas devoraron sus ruinas durante diecisiete días.

Por último, para indicar a los hombres que ya no podrían edificar casas ni vivir allí, surcaron con el arado las cenizas de aquella metrópoli, que fuera una de las señoras del mundo, al mismo tiempo que los sacerdotes romanos imprecaban maldición sobre todo el ex territorio cartaginés.

La obra que Alejandro comenzara en Oriente cuando destruyó Tiro y su flota, la clausuraba Escipión en Occidente. Ya no quedaban huellas del pueblo fenicio, que tanta influencia había ejercido en los países del Poniente con su comercio y su colonización. El antiguo territorio de Cartago se convirtió en la provincia romana de África e Escipión recibió igual título "honorífico" que su padre adoptivo.

Lusitania entra en la historia: Viriato

La experiencia indicaba que conservar España era más difícil que conquistarla. Los pueblos ibéricos habían recibido a los romanos como libertadores, pero expulsados los cartagineses, comprendieron enseguida que sólo habían cambiado de yugo. Las exacciones de los magistrados romanos provocaban continuas y sangrientas rebeliones, y los peninsulares se mostraban maestros consumados en el arte de las guerrillas.

Vencida una primera rebeldía de ilergetes dirigidos por Indíbil y Mandonio, se inició hacia 197 antes de Cristo la era de las rebeliones, provocada por la rapacidad de los gobernantes romanos enviados a la península. Catón el Censor inició su campaña desde Ampurias con setenta mil hombres y cinco mil caballos, subyugando la llamada España Citerior (Cataluña y cuenca del Ebro) y prolongando sus correrías hasta la Meseta y Andalucía. Dando a entender en qué consistía su tan acendrada moralidad, se jactó de haber destruido, en menos de un año, más de cuatrocientas poblaciones españolas, pasando a cuchillo o vendiendo como esclavos a sus habitantes. Su moral administrativa consistió en enviar a Roma 1.400 libras de oro y 25.000 de plata, ya en lingotes o en metal acuñado.

Excepto el breve período gubernamental de *"pax romana"* (178-154 antes de Cristo) del pretor Tiberio Sempronio Graco, más honesto, las depredaciones de los invasores fueron norma común y creciente. A ello se añadieron la traición y el crimen. Licinio Lúculo atacó a los vacceos, amigos leales de Roma, y engañó con perfidia a la indefensa población de Cauca (Coca, en Segovia), a la que degolló sin piedad. Los arévacos, tribus del alto Duero, reaccionaron y vencieron al general romano Nobilior. Su sucesor, Marcelo, hubo de claudicar ante los rebeldes con un tratado de paz que el Senado romano no quiso ratificar.

Pero la rebelión más peligrosa fue la de los lusitanos, pueblo muy celoso de su libertad y que habitaba gran parte del territorio que hoy ocupa Portugal. Se mancilló de vergüenza en el año 150 antes de Cristo: Pretextando negociaciones y un reparto de tierras, el gobernador romano Sergio Sulpicio Galba convocó a nueve mil lusitanos, los cercó con sus tropas, vendió parte de ellos y degolló a casi todos los restantes. Denunciado al Senado romano por tamaño crimen, esa asamblea popular tuvo el descaro de absolverle. La guerra prosiguió en la Turdetania (región formada por el valle bajo del Guadalquivir y las montañas que separan las actuales provincias de Córdoba y Sevilla), donde el general Vectilio mandaba a los romanos.

Uno de los pocos que lograron escapar de la odiosa trampa de Galba fue un pastor llamado Viriato. Ocupado hasta entonces en defender a su rebaño de las fieras y bandidos, se puso al frente de sus compatriotas y se lanzó a una lucha a muerte contra los invasores romanos. El propio Vectilio y sus sucesores Plancio, Unimano y Nigidio fueron vencidos. Viriato atacaba siempre a las huestes romanas cuando menos lo esperaban y sabía atraerlas con maestría al terreno en que menos probabilidades tenían

de vencer. Una tras otra, las legiones romanas quedaban dispersas entre los precipicios de las montañas españolas. Así ocurrió con las tropas de Fabio Serviliano, a las que encerró en un desfiladero. A todos les dio generosamente libertad. En cambio, cuando los romanos sacaban ventaja, se vengaban con crueldad en los prisioneros, cortándoles la cabeza o las manos. Viriato llegó a reunir un verdadero ejército, pero lo licenció con la idea de conseguir la paz por el camino de la generosidad y de la moderación.

Vio sus esperanzas cumplidas por poco tiempo, pues el general romano Servilio Cepión no titubeó en hacer asesinar a traición a este héroe al que no podía vencer en el campo de batalla. El crimen, que les privó de su jefe, impidió en adelante a los lusitanos defender su libertad. El país fue ocupado por Décimo Bruto.

Numancia, segunda Cartago

Sin embargo, los triunfos de Viriato provocaron en algunas tribus de la actual Castilla el valor necesario para un levantamiento. La lucha se entabló sobre todo en la parte nordeste de la región que rodea la población de Numancia, levantada sobre una roca escarpada y poco menos que inexpugnable. Sólo derrotas sufrían los generales romanos a medida que se iban sucediendo: Pompeyo Rufo, Popilio Lenas, Hostilio Mancino...

El único medio de acabar con aquella serie de humillaciones era llamar al hombre que había aniquilado Cartago. Por trágico designio de la historia, uno de los hombres más ilustres de Roma tuvo que repetir su papel de verdugo; trece años después de la destrucción de Cartago, Escipión recibió la misión de aniquilar la ciudad hispánica de Numancia. Escipión reorganizó el debilitado ejército, impuso una disciplina más dura y alejó, sobre todo, a las muchas mujerzuelas que acompañaban a sus soldados. A éstos los obligaba a abrir fosos y levantar estacadas y murallas, de tal modo que, dice el historiador Floro, "mandaba que se manchasen de barro los que no querían hacerlo con sangre..."

Pero ni el mismo Escipión pudo poner fin a los desastres del ejército de España. Concentró sesenta mil hombres en torno a una ciudad que sólo disponía de ocho mil defensores. Los soldados, desmoralizados, se sentían incapaces de tomar Numancia. La única solución estaba en poner sitio a la población y rendirla por hambre; así había sometido a Cartago.

La situación de Numancia pronto fue tan desesperada, que se dieron casos de antropofagia entre los sitiados. El hambre doblegó la tenacidad de la ciudad, que sucumbió en 133 antes de Cristo, no sin que antes la mayoría de sus habitantes se suicidara para no caer en manos de los legionarios romanos. Sabían la suerte que les aguardaba. Numancia fue arrasada; su vencedor pudo llamarse en adelante Publio Escipión Emiliano "el Numantino".

Las ruinas de Numancia, en el cerro Muela de Garray, situadas a 73 metros del nivel del Duero y a 1,087 metros de altitud, fueron descubiertas por Eduardo Saavedra al repasar con medidas una vía romana. En sus excavaciones afloraron restos entre carbones y cenizas, indicios de la memorable destrucción de la ciudad por incendio, sacrificada por sus moradores para no rendirla a Escipión. El historiador Floro sostiene que Numancia era una ciudad "sin torres ni murallas"; pero Apiano, autor del relato más fiel y extenso de la guerra numantina, insiste en sus fuertes muros y en los intentos romanos de asaltarlos. El propio Saavedra descubrió restos de fortificaciones.

En 1905, emprendió nuevas excavaciones el profesor Schulten, quien descubrió otros fundamentos de muralla formados de grandes cantos, denotando paños de tres metros de espesor, torres cuadradas de cinco, y acaso una puerta ciclópea, en el sector de poniente. Desde

1906 a 1923, el arqueólogo José R. Mélida y una comisión oficial fueron exhumando más de la mitad de la población arruinada. Hallaron en el borde SO más restos de fortificación, de 180 metros de longitud y casi seis de anchura, con paramento de sillarejo y relleno de cantos unidos con barro. El propio José R. Mélida nos dejó una notable descripción de esta importante estación arqueológica:

> "Las calles de la ciudad celtíbera son lo mejor conservado de ella. Son tortuosas y en ellas hay que distinguir arroyo y aceras, aquel con una anchura media de tres metros y éstas de uno. Están pavimentadas de gruesos cantos rodados que ofrecen una superficie algo plana, y de otros mayores los bordes de las aceras, quedando hasta las construcciones un espacio libre de tierra. La altura de la acera es de 0,30 metro. Para atravesar salvando el arroyo hay de trecho en trecho pasaderas, que son enormes cantos casi siempre oblongos o redondos, de superficie plana. Según la anchura de la calle, hay una, dos y hasta tres, en algún caso cuatro pasaderas. La circunstancia de haberse encontrado pasaderas en Cartago induce a pensar que de los cartagineses copiaran los iberos esta mejora.
>
> "Los restos de las construcciones numantinas anteriores al incendio que las destruyó y bajo cuyas cenizas se han descubierto, son cimientos, o poco más, y cuevas, denotando que fueron viviendas los numerosos objetos de ajuar doméstico hallados entre los escombros. Dichos cimientos son de piedras redondas o cantos, y otras veces de sillarejos, recibidos con mortero de tierra. El resto de la fábrica era de adobe y, ladrillos, sentados entre los pies derechos del entramado del que provienen los restos de vigas carbonizadas de pino y de roble, como asimismo los clavos de hierro constantemente encontrados. La ausencia de tejas o lajas de piedra que pudieran haber servido para las cubiertas indica que éstas debieron ser de ramaje, como dicen Vitrubio y Estrabón al hablar de las casas ibéricas."

Lo que pudiera llamarse acrópolis se halla integrado por una meseta en forma elíptica de unos 128,000 metros cuadrados de área (unos cuatrocientos metros de NE a SO y unos 320 metros de SE a NO), algo elevada en el centro y con declive hacia el sur, utilizado para desagües. Las casas de la población tenían aposentos subterráneos de un par de metros de profundidad, algunos con escaleras de acceso talladas en la tierra y paredes enlucidas con barro. No carecían de luz; parecían dispuestas para recoger provisiones. Se han encontrado vasijas, piezas de ajuar doméstico y un sin fin de restos cuyo conjunto ha podido calificarse de "arte numantino" propiamente dicho.

Toda la península Ibérica era ya territorio romano, excepto los Pirineos inaccesibles. Habiéndose extendido el imperio romano hasta el océano Atlántico, la lengua latina y la civilización con ella vinculada se implantaron en España.

AGONÍA DE LA REPÚBLICA

NACIMIENTO DE LA LITERATURA LATINA

Los más antiguos textos latinos conservados son fórmulas jurídicas; no obstante, tienen un ritmo que hechiza, indicio que tales leyes, antes de grabarse en madera o bronce, tal vez se aprendían de memoria. Suelen contener alteraciones, asonancias e incluso rimas. "La primitiva prosa latina, en sus humildes principios -observa Pierre Grimal-, se asimila a la poesía espontánea; lo que los romanos llamaban *carmen* es, a veces, ritmo de lenguaje, y otras, gesto ritual de ofrenda, repetición mágica, lazo sonoro que envuelve lo real." Por otra parte, los escritores latinos nunca tendieron inicialmente hacia la contemplación griega de los esplendores metafísicos. Su vocabulario no se lo permitía tampoco.

En el año 272 antes de Cristo, la opulenta Tarento, apellidada la Atenas de Italia, cayó en poder de Roma. Entre los miles de prisioneros conducidos a Roma como esclavos, se hallaba un muchacho muy precoz, que fue manumitido por su dueño y adoptó el nombre de **Livio Andrónico**. Dedicado a la enseñanza, oficio propio de esclavos o libertos, el tarentino contribuyó a la helenización de la elite romana y a pulir la lengua latina. En el año 240 antes de Cristo escribió la primera tragedia "romana" representada en los *Ludi* o Juegos romanos. Años más tarde llamó la atención de lectores y oyentes con una traducción latina de la Odisea en métrica griega. A1 mismo Andrónico, ya anciano venerable, se confió en 207 antes de Cristo la tarea de componer el himno en honor de Juno Reina, con ocasión de la victoria de Metauro.

Unos años más joven que Livio Andrónico era el poeta **Nevio**, nacido en la Campania y educado a la griega. Como su antecesor, representó juegos escénicos con temas extraídos del repertorio griego. Pero su principal obra es una epopeya imitada de la Ilíada de Homero, una crónica versificada de la primera guerra púnica.

La obra de Nevio fue continuada por **Ennio,** quien fue poeta oficial de Roma y autor de *Anales*, especie de crónica romana. Contemporáneos suyos fueron Plauto y Terencio, los cuales dieron forma romana a las obras de la nueva comedia.

Plauto y el teatro popular

Plauto no era un esteta. Adaptó la comedia griega a los gustos sencillos y más bien rudos del público romano. Debió su éxito a la vivacidad de su lengua y a los chistes, a veces groseros; con que salpicaba el texto de sus modelos griegos. Era amigo de los esclavos, parásitos y mercaderes y su lenguaje era enérgico y verboso, aunque sus metáforas son inigualables.

Nevio y Ennio habían forjado el estilo elevado de la poesía épica; Plauto creó la lengua familiar de la comedia. La mayoría de sus obras son comedias de intriga, como *Mostellaria (El Fantasma).* También escribió comedias de carácter, como *Miles gloriosos (El soldado fanfarrón),* el modelo de Falstaff en la obra de Shakespeare, y *Auluraria (La olla),* en que se inspiró Moliere para escribir *El avaro*. En *Epídico* aparecen las modas femeninas actualizadas y en los *Menechmi (Los gemelos)* abundan los enredos cómicos.

Terencio y la comedia cortesana

Terencio, llamado El Africano, pasó durante su niñez de África a Roma, donde fue esclavo de un senador que, sorprendido de sus dotes, le dio esmerada educación y luego la libertad. Su exquisito gusto le franqueó los círculos más cultos de Roma, entre los íntimos de Escipión el Joven. Ofreció a su público creaciones algo más selectas que los personajes burlescos de Plauto. En las obras de éste, las situaciones y peripecias cómicas son el elemento principal; en Terencio, la sicología es más importante que la acción. Por tal motivo, la crítica aprecia más sus obras que las de Plauto, que están, sin embargo, llenas de vida.

La mejor comedia de Terencio es *Adelphi (Los hermanos),* adaptación de Menandro, corro la mayoría de sus obras. Dos hermanos reciben una educación diametralmente opuesta. Uno es educado por un padre severo y rudo, Demea; el otro, por Mición, un honrado pariente que lo ha recogido. Mición es partidario que la juventud se divierta y tenga expansión alguna vez. Indica así su método educativo:

> *Mición*- He sido espléndido, benigno, y no consideré necesario fiscalizar sus actos. Así, le acostumbré a revelarme esas travesuras de mozos que otros ocultan a sus padres. Porque quien se habitúa a engañar o a burlar a su padre, sin duda se atreverá a hacerlo con otros.

Estas razones se parecen mucho a las que Moliere pone en boca de Ariste en la *Escuela de maridos*:

> *No me escandalicé de las travesuras,*
> *He consentido siempre sus juveniles deseos.*
> *Y, gracias a Dios, no me he arrepentido nunca.*

Pero el hijo adoptivo de Mición anda en tratos con una hetaira y ello parece favorecer la opinión de Demea. Tal cosa no sucederá nunca al hijo que él, Demea, ha educado; y se vanagloria de ello.

> *Siro.*- Mucho os distinguís, Demea... Tú eres, de pies a cabeza, la sabiduría personificada; él, la ceguera. ¿Permitirás que haga tu hijo tales cosas?
> *Demea.* -- ¿Permitírselo? Seis meses antes que maquinase algo, ya lo habría olido.

Así se pavonea cuando el adulador esclavo le lisonjea los oídos: su hijo es un modelo de virtud comparado con el mal andante de su hermano. Aún más: este dechado de virtud reprendió indignado a su hermano culpable con severas palabras:

> *Siro*- Oh, no se calló, no. Estaba Esquino contando dinero y aparece de improviso nuestro hombre y empieza a gritar: ¡Oh, Esquino! ¿Tú haciendo tales maldades? ¿Tú acarrearás tanta infamia sobre nuestra familia?
> *Demea.*- ¡Oh! ¡Lloro de alegría!
> *Siro*.- "No derrochas ahora sólo tu dinero, sino también tu vida", le dijo.

Demea- ¡Los dioses le protejan! Confío en que se parezca a sus antepasados.
Siro.- ¡Y tanto!
Demea- ¡Oh, Siro! ya está harto empapado de tales consejos.
Siro- Sin duda, no necesita salir de casa para ser bien adoctrinado.
Demea- Así lo procuro sin descanso, no le dejo pasar cosa alguna; lo amonesto, en fin, lo hago estudiar las vidas ajenas como en un espejo, y tomar ejemplo. "Hazlo así", le digo.
Siro- Prudente cosa, en verdad.
Demea- "Huye de esto o de aquello"...
Siro- Obras con mucha previsión.
Demea.- "Esto es recomendable"...
Siro- ¡Así es!
Demea- "Y esto otro es digno de vituperio".
Siro- ¡Excelente!
Demea- "Y además"...
Siro- ¡Por Hércules! Ahora no tengo tiempo de escucharte; he comprado mi pescado favorito y tengo miedo que se estropee...

Demea se apresura a visitar a su hermano y allí se entera de algo increíble: su propio hijo, el modelo de virtud, era quien estaba enzarzado con la hetaira y había provocado el escándalo, mientras que el hijo adoptivo de Mición había tenido la abnegación de atribuirse toda la culpa.

En otra obra de Terencio, un parásito teje una excelente intriga en la comedia que lleva su nombre *(Formión).* Se trata de uno de tantos ociosos que consiguen sacar provecho gracias a su ingenio; no tiene igual para halagar y divertir a la gente. Dilapidó todos sus bienes en el juego, pero aún vive bien gracias a los recursos de amigos ricos cuyas casas visita de vez en cuando. Trama la boda del hijo de un amigo con una joven de la que está enamorado, pese a la oposición del suegro, viejo obstinado y avaro.

LOS GRACOS

Lumpen y demagogos

"Las alimañas de Italia tienen cuevas para guarecerse, pero lo, hombres que luchan y mueren por Italia sólo poseen el aire y la luz. Vagan por los campos, con su mujer y sus hijos, sin casa ni hogar. Mienten los generales cuando exhortan a sus soldados a defender sus hogares y las tumbas de sus antepasados; los legionarios no tienen hogar, ni tumba para enterrar a sus padres." Semejantes palabras fueron pronunciadas por un fogoso patriota: Tiberio Graco. Le dolía en el alma ver que el pueblo romano, pueblo sano en el fondo, se escindía fatalmente en dos clases opuestas: una gran masa de proletarios y un puñado de explotadores.

¿Cómo había llegado Roma a tal situación? Las guerras -primero, la guerra contra Aníbal; después, las luchas de conquista en Oriente- fueron la causa principal del malestar social que arrastraría consigo progresivamente las instituciones republicanas.

Nadie se cura de las heridas sin conservar cicatrices. Los censos de la época prueban que el número de romanos en edad militar disminuyó en una cuarta parte durante los diecisiete años de guerra contra Aníbal. Eran innumerables las víctimas causadas y las familias arruinadas; y no era ello lo más grave. Tales heridas se cicatrizan pronto si el cuerpo de la sociedad aún está sano; pero la sociedad romana no lo estaba, sino herida en sus fuerzas vivas. La guerra baldó para todo trabajo pacífico a multitud de jóvenes. El soldado romano se licenciaba sin dinero, volvía a su familia arruinado y engrosaba la ola de miserables.

De tal forma, el admirable pueblo romano convirtióse poco a poco en un populacho inactivo que vagaba por las calles de la ciudad. El Estado debió, pues, proporcionar al pueblo, trigo a bajo precio y organizar juegos y otras diversiones para entretener a las masas inquietas. El dinero necesario para tales dispendios salió del botín recogido en Oriente (en particular, de los repletísimos cofres del rey Perseo). Así, Roma terminó atrayendo a los vagabundos desde todas partes, como la luz a los insectos. Pero donde hay chusma, hay demagogos. Éstos usaban iguales métodos que el Estado para atraerse las simpatías del pueblo. Ello favorecía sus intrigas para conseguir sinecuras políticas y ser nombrados gobernadores de provincia, cargo que reportaba pingües ganancias y abría las puertas del Senado. En Roma, los ciudadanos que aspiraban a un nombramiento político tenían por costumbre mezclarse con el pueblo y cuidar de su popularidad por todos los medios halagadores para el hombre de la calle. En tales ocasiones llevaban una toga de tela blanca, la "toga cándida". De ahí nuestro vocablo *candidato*.

El arte de atraerse partidarios llegó a ser una verdadera ciencia. Una carta enviada a Cicerón por su hermano menor nos lo indica. "Hay que representar la comedia -dice la carta- de tal manera que el pueblo crea que uno es amable por naturaleza, sin sospechar la menor timidez. La mímica es muy importante y debe ser tan cuidada como la voz. Por último, hay que tener perseverancia y olvidar la fatiga".

Todo esto era aún bastante ingenuo. Más tarde, los candidatos no se contentaron con distribuir apretones de manos y sonrisas, sino que inventaron mil modos de comprar a los electores. La corrupción era en parte clandestina, pero también se hacía distribuyendo trigo y ofreciendo juegos y espectáculos: *Panem et circenses* (pan y juegos). Poco habían de desperezarse los votantes para subsistir, ya que los candidatos rivalizaban en generosidad. Se vendía el voto al mejor postor. Pero aunque fuese alto el precio de estas "campañas electorales", los candidatos afortunados recuperaban con creces sus fondos cuando, terminado su mandato, se les confiaba la administración de una rica provincia. Las exacciones de las que se hicieron culpables los procónsules constituyen uno de los capítulos más negros de la historia de Roma.

Ganadería y esclavos en vez de agricultores libres

De haber empleado los gobernantes el remedio adecuado en el momento oportuno, los males que padecía la sociedad romana hubieran podido evitarse. Este remedio existía en la misma entraña de las arcaicas tradiciones de Roma. En la Italia meridional, el Estado poseía extensos territorios confiscados a Capua y otras comarcas en castigo por haberse aliado a Aníbal. Hubiera sido fácil parcelar esas tierras estatales y colonizarlas con campesinos arruinados u otros operarios que no pedían más que trabajo. De este modo hubiera podido salvarse al agricultor independiente, nervio de la sociedad romana. Pero dejóse perder la ocasión. Otros se apoderaron de las tierras del Estado.

Los grandes terratenientes dedicaban la mejor parte de sus fincas al pastoreo; tenían, además, mano de obra barata. Los esclavos trabajaban sus tierras y cuidaban del ganado: con las guerras aumentó el número de éstos. En realidad, muchas expediciones militares no eran con frecuencia más que una caza de esclavos. Sobre todo en España, Paulo Emilio vendió 150,000 esclavos al conquistar Macedonia, y Escipión el Joven 55.000 después de vencer a los cartagineses. La piratería, especialmente practicada en el mar Egeo y a lo largo del litoral de Asia, acrecentó aún más su número. En los grandes mercados de la isla de Delos había días que cambiaban de propietario hasta diez mil esclavos. Los esclavos sustituían a los trabajadores libres en proporciones cada vez

mayores. Los latifundios no cesaban de aumentar, el trabajo servil adquiría una amplitud desmesurada y el pequeño agricultor estaba en pésima situación.

La guerra ejercía a veces una influencia perniciosa indirecta. La conquista de Sicilia, por ejemplo, fue una auténtica catástrofe para la población campesina de Italia.

Esta paradoja se explica por el hecho de convertirse esta isla tan fértil en tremendo rival en el mercado de productos alimenticios. Recordemos que el gobierno romano hizo de Sicilia su granero con una política agrícola eficaz. La isla desempeñó este papel hasta ser sustituida por el delta del Nilo, aún más fértil, y otras regiones de África. No sólo era mucho más barato este trigo que el italiano, sino que el Estado lo recibía gratis, en calidad de impuestos. Por tal motivo, el gobierno no sólo podía vender este trigo a bajo precio, sino también -como ocurrió más tarde- distribuirlo gratuitamente a los indigentes de Roma, cuya miseria no les impedía votar. Por consiguiente, al agricultor italiano no le interesó cultivar trigo, salvo para el consumo propio. Razón de más para que los grandes terratenientes dejasen crecer hierba en sus tierras; rentaban más con el pasto que cultivándolas.

Las circunstancias obligaron al agricultor o al ganadero a invertir el capital indispensable. Los factores económicos y técnicos se aunaban favoreciendo al gran propietario a expensas del modesto campesino. Los capitalistas romanos aprovecharon esta situación sin escrúpulos.

Decadencia de los optimates

La influencia desquiciadora de la guerra no alcanzaba sólo a las más amplias capas de población,'sino también a aquellos núcleos sociales que antaño se enorgullecían de servir al bien común gobernando la república. Roma, convertida en potencia mundial, puso a prueba de nuevo a sus dirigentes y éstos no respondieron bien; aunque debe reconocerse que la prueba fue demasiado dificultosa.

Aquellas dos grandes conquistas se habían realizado en poco tiempo. En sólo dos generaciones las fronteras de Roma habían desbordado la península apenina y envuelto el Mediterráneo entero. Una nación pobre, sencilla y ruda, se vio de súbito acicateada por las tentaciones que acompañan al poder, la gloria y la riqueza. La aristocracia romana no logró superar la prueba: cedió a la tentación y se aprovechó con fines egoístas de la supremacía imperial de Roma y del respeto que su nombre inspiraba en todas partes.

Este patriciado se convirtió en una casta cada vez más cerrada que no admitía en su seno a ninguna persona de otra extracción, por méritos que tuviese. Sus miembros se llamaban a sí mismos *"optimates"* (los mejores), equivalente latino de "aristócrata", apelación social empleada por los griegos. Eran optimates aquellos cuyos antepasados ejercieron las más altas funciones del Estado. En la práctica, el acceso a las mismas llegó a ser privilegio exclusivo de la nueva clase dirigente. Ésta dominaba también el Senado, pues los más altos funcionarios tenían sede en esta poderosa asamblea al acabar su mandato. El Senado asumía la dirección de la política exterior y la administración financiera. Reunía toda la experiencia política de Roma, por lo que las asambleas (comicios) populares, incapaces de cuidar de los detalles en política exterior, resignaron esta función en el Senado; pero éste, por desgracia, al cargar sobre sus hombros tal responsabilidad, demostró no estar tampoco capacitado para administrarse y mantener la disciplina entre sus miembros. Esta suprema instancia, que antes sirviera a la comunidad entera, se convirtió en palenque de lucha entre camarillas e intereses privados.

El Senado pudo ejercer vigilancia mientras la jurisdicción de los funcionarios republicanos se limitó a Italia. Después, fue necesario administrar territorios lejanos.

Los gobernadores de estos países obraron a su antojo y adquirieron costumbres difíciles de desarraigar. En efecto ¿quién podría esperar moderación de hombres que sometían a grandes potencias, que veían ciudades, reinos y dinastías prosternarse ante ellos y que volvían a Roma cargados con todos los tesoros de Oriente?

Un episodio aleccionador en la guerra entre Roma y Perseo de Macedonia indica la actitud típica de un senador romano. Para ser exactos, el suceso data del año 168 antes de Cristo, cuando supo el Senado romano que el seléucida Antíoco IV sometía a Egipto, cosa contraria a los intereses de Roma. El Senado envió entonces a uno de sus miembros, Pompilio, para poner fin a esta conquista inoportuna. Pompilio encontró al señor de Asia cerca de Alejandría.

Antes de llegar junto a su visitante, el gran rey saludó al representante del poderoso pueblo romano; Pompilio no se movió. Sin el menor gesto de cortesía, tendió al rey el mensaje del Senado romano. Antíoco leyó el texto y replicó: "Voy a deliberar con mi, consejeros". Pero Pompilio no le dio ocasión; trazó con su bastón un círculo en el celo en torno al monarca y ordenó: "Me darás la respuesta sin salirte de este círculo". El rey, estupefacto, quedó tan impresionado que no pudo pronunciar una palabra. Iras un silencio angustioso, respondió al fin: "Bien, me someto a las órdenes de los romanos". Pompilio, amigo de repente, tendió entonces la mano al autócrata oriental.

Antíoco retiró sus tropas de Egipto sin demora. Pompilio se ocupó de la administración del país y ordenó a ambos reyes que vivieran en paz. Después, se fue a Chipre, donde Antíoco acababa de derrotar a la flota egipcia. Pompilio permaneció allí hasta que abandonó la isla el último soldado de Antíoco. Un senador romano, solo, había salvado a Egipto y conseguido la paz. Y si un senador romano podía tratar en tal forma a un poderoso monarca, es fácil imaginar lo difícil que sería vivir en Roma durante las reuniones senatoriales.

En el Senado, un pequeño grupo decidía en realidad los destinos de toda la nación. Un hecho significativo: durante un siglo, entre los años 233 y 132, Roma fue gobernada por doscientos cónsules: 160 procedían de las veintiséis familias de optimates; es más: seis familias se repartieron un tercio de todos los mandatos consulares.

Un peligroso abismo se abría en el seno de la sociedad romana y separaba a ricos y pobres. Aníbal no pudo abatir a Roma, pero asestó un golpe mortal a la vida social ciudadana. Una clase superior asocial se oponía a una clase inferior considerada indigna. Según Polibio, la política de los optimates tuvo como corolario un inmoderado afán de lujo y la decadencia de costumbres. Un orador de la asamblea popular describe cómo ciertos senadores eludían sus deberes:

> "Cuidadosamente perfumados y rodeados de cortesanas, se entretenían jugando a los dados. A la caída de la tarde, enviaban un esclavo al Foro para que se informara de los sucesos: quién había votado en favor o en contra del proyecto de ley discutido aquel día y cuál había sido el resultado de las votaciones. Al fin se dignaban ir en persona a la asamblea. Llegaban allí ahítos de vino, con la cabeza tan pesada que apenas podían mantener abiertos los ojos: hojeaban distraídamente las actas propuestas a decisión, mientras decían a sus compañeros de orgía: ¿Qué haré con todo esto? ¡Mejor sería ir a beber vino mezclado con miel y comer un buen trozo de pescado o un tordo cebado!"

Tiberio Graco

Sin embargo, del mismo círculo de los optimates surgió un joven noble, preocupado por esta decadencia de los ricos y movido a compasión por los pobres. Desde que entró en la escena política tuvo la entereza de recordar a la gente de su propia clase sus obligaciones hacia la comunidad. Se llamaba Tiberio Graco y pertenecía a la más alta aristocracia; su padre había fungido dos veces de cónsul. Los éxitos de Tiberio

y demás hijos enorgullecían a Cornelia, que suspiraba por el día en que no la llamasen ya la hija de Escipión, sino la madre de los Gracos.

Cuando Tiberio alcanzó la mayoría de edad, recorrió Etruria por voluntad propia, viaje que decidió su vida. Allí donde antaño florecían campos fértiles y pueblos industriosos, hoy pacían los rebaños de cualquier estanciero, al cuidado de esclavos. El joven Graco, ardiente patriota, trató de solucionar el desastre social. No tenía intención alguna de transformar la república, sino de consolidarla con reformas. No deseaba en absoluto entregar el poder al proletariado, sino, al contrario, abolir el proletariado dando a cada familia una propiedad territorial.

En 133 antes de Cristo hízose elegir tribuno de la plebe para poder realizar sus proyectos. Una ley muy antigua estipulaba que nadie podía poseer más de 250 fanegas de tierras del Estado. Tiberio propuso reponer esta ley en vigor, ampliando el máximo a quinientas fanegas. El resto sería repartido en parcelas de quince fanegas, en provecho de los ciudadanos pobres. Y, para que estas pequeñas propiedades no fueran absorbidas por los grandes dominios, no debían poder ser vendidas, sino sólo trasmitidas por herencia.

La proposición provocó una violenta repulsa entre los latifundistas; los pobres acudían a miles para oír la grata nueva. Si los tribunos de la plebe se hubieran mostrado más firmes, la aristocracia no hubiese hecho fracasar esta ley. Pero uno de los tribunos, Octavio, era un gran terrateniente; los optimates lo persuadieron a oponerse al proyecto de ley. Tiberio reaccionó logrando hacer deponer a su reacio colega: entonces la ley fue votada. Se constituyó una comisión de tres personas encargadas de repartir las tierras estatales entre los necesitados. Fueron elegidos miembros de esta comisión el propio Tiberio, su hermano Cayo Graco, que contaba entonces sólo veinte años, y su suegro.

La deposición de un tribuno era a la sazón algo inaudito. Al incitar a los comicios a tal medida, Tiberio proporcionó armas a sus enemigos. Presentó otra proposición que favoreció aún más a sus adversarios; que los comicios, mejor que el Senado, se ocupasen de solucionar el delicado asunto de la herencia de Átalo, rey de Pérgamo. Quería dedicar los tesoros del monarca a la adquisición de ganado y además aperos agrícolas necesarios por parte de los nuevos propietarios de terrenos. Esta iniciativa atacaba una prerrogativa tradicional del Senado, a saber, la dirección de la política extranjera. Los optimates consideraron esta proposición como un paso más de Tiberio hacia la tiranía. Sospecha que se acrecentó cuando Graco quiso adjudicarse el tribunado para el año siguiente, en contra del uso establecido. En efecto, el tribuno intuía el fracaso de su obra si no se encargaba de velar por la realización de la misma.

El día de elección del nuevo tribunado, el Senado y los comicios populares se enfrentaron como dos ejércitos enemigos. Muchos fluctuaban entre ambos bandos. El Senado imploró al cónsul que salvara al Estado, aniquilando al tirano. Pero el cónsul, partidario también de la reforma agraria, se negó a toda violencia. Uno de los senadores más exaltados, aristócrata desalmado y sectario, dirigió entonces los debates: "¡Puesto que el cónsul traiciona al Estado -exclamó-, que me sigan aquellos que quieran defender la inviolabilidad de las leyes!" Dicho esto, salió fuera, seguido de la mayoría de los senadores, sus partidarios y esclavos. En la calle, la multitud apartóse, con respeto ante los padres del Estado. Tiberio tuvo que huir, no librándose, empero, de ser asesinado con trescientos de los suyos. Por primera vez desde la instauración de la república, corría sangre romana en las calles de Roma. Los cadáveres fueron arrojados al Tíber (133 antes de Cristo).

La matanza convirtió a la nobleza y al partido popular en enemigos irreconciliables. Los aristócratas trataron en forma odiosa al hombre que había antepuesto los intereses del Estado a los de su clase. Al aprovecharse en forma abusiva

de ciertas medidas que el clarividente tribuno había adoptado *al margen de la ley* para asesinarlo, cortando al mismo tiempo el paso a reformas necesarias, los optimates abrieron camino a la rebeldía, rebeldía que a la larga se iba a transformar justamente en esa tiranía que aparentemente habían conjurado con métodos paradójicamente tiránicos...

Cuatro años después, la lucha social devoraba una nueva víctima: el célebre Escipión Africano, el Joven. Regresó de Numancia a poco de la muerte de Tiberio Graco. Escipión se había casado con la hermana del difunto y era considerado un partidario moderado de las reformas del tribuno; pero confiaba mucho más en los aliados italianos que en el proletariado urbano de Roma. Se puso, pues, de parte de los aliados y obstaculizó las atribuciones de la comisión de reparto. Se atrajo así la antipatía del partido popular; Cayo Graco lo sindicó abiertamente de tirano. Una mañana del año 129 antes de Cristo, Escipión fue hallado inerte en su lecho. Se cree que, mientras dormía, lo estranguló un adversario político. Murió a la misma edad, más o menos que su gran homónimo. Con él desapareció el mayor general y el mejor estadista que Roma poseía entonces: un hombre en quien todos reconocían honradez, desinterés y sentido de justicia.

Los Graco.

Cayo Graco

La muerte de Tiberio Graco no impidió a su hermano menor Cayo seguir sus huellas. Pero Cayo aprendió que el reparto equitativo de las tierras sólo sería posible quebrantando el poder del Senado. Desde el primer día preparó a conciencia su revolución. Se consagró con toda el alma a esta empresa, en la que su hermano fuera aniquilado por enemigos implacables.

Una de sus primeras medidas fue distribuir con regularidad trigo a los ciudadanos por un precio irrisorio. Estas larguezas desmoralizaban aún más al proletariado urbano, pero eso no preocupaba a Cayo. No contaba con aquella gente para estructurar su nueva sociedad, sino con la población sana y laboriosa de toda Italia. Su objetivo se limitaba de momento a adquirir una autoridad suficiente para estar en condiciones de reformar el Estado. Dirigió en persona las distribuciones de trigo; prosiguió la reforma agraria; fundó colonias, tanto en Italia como en provincias; mandó construir carreteras para dar trabajo a los pobres y abaratar el transporte de víveres desde Italia meridional a Roma. Recorrió Italia en todos sentidos para que todo se hiciera según sus deseos. Al cabo de un año -y de diez del trágico fin de su hermano- fue elegido tribuno de la plebe, ad-

quiriendo en Roma una autoridad comparable a la de Pericles en la Atenas del siglo V. Aquel día acudieron a Roma miles de hombres desde todos los rincones de Italia. Nunca había presenciado Roma una afluencia semejante. Es cierto que el pueblo romano nunca había tenido un corifeo de tal categoría.

Una de las tareas más difíciles para Cayo Graco fue poner a los aliados de Italia en favor de la reforma agraria. Graco quería concederles derecho de ciudadanía y terminar así con su desconfianza. Pero tal proyecto hería muchas susceptibilidades. El proletariado urbano no quería oírlo mencionar siquiera. De este modo, disminuyó el ascendiente de Graco sobre la masa popular. La aristocracia procuró excitar a los descontentos. Al solicitar el tribuno su tercer mandato, no fue reelegido, dejando automáticamente de ser inviolable.

Graco vio el peligro y pidió protección a sus fieles. "¿Dónde iré, infeliz de mí?", se le oyó exclamar. "¿Al Capitolio, quizás? Aún está fresca allí la sangre de mi hermano. ¿A casa? ¿Para ver las lágrimas de mi madre, pobre mujer, de vida aniquilada?" Los partidarios de Graco tomaron entonces las armas y se reunieron en el Aventino, una de las colinas de Roma.

El cónsul Opimio intimó al Senado a que declarase el estado de excepción e invistiera a los cónsules de poder dictatorial, según la tradicional fórmula: *Videant consules, ne quid detrimenti res pública capiat* (Que los cónsules velen para que la república no sufra ningún daño). Opimio asaltó el Aventino. Sólo resistió un pequeño grupo rodeando a su jefe venerado; al fin, emprendieron la huida. Graco huyó también, acompañado de un esclavo. Los fugitivos llegaron exhaustos a un bosque sagrado, fuera de la ciudad. Graco ordenó a su esclavo que lo matara, para no caer vivo en manos de sus enemigos. El esclavo obedeció; luego, se suicidó junto al cadáver de su señor. La aristocracia aprovechó esta victoria para asesinar a unos tres mil partidarios de Graco.

Desaparecido Cayo Graco en 121 antes de Cristo, volvió la situación al estado anterior a la muerte de Tiberio: no se habló más de reformas agrarias. La sociedad romana degeneraba sin remedio en una clase dirigente egoísta y despiadada, y en un proletariado urbano sin trabajo. Cada nueva generación veía con mayor claridad que aquella situación era insoportable y que sólo una tiranía podía oponerse a la ruina total. Pronto entrarían en la escena política caudillos populares por completo distintos a los Gracos. ¡Inútil esperar de ellos la buena fe de sus predecesores!

Los romanos se percataron demasiado tarde de la pérdida sufrida con la muerte de Tiberio y Cayo Graco. Dice Plutarco: "El pueblo les erigió estatuas. Los lugares donde sucumbieron los Gracos fueron declarados sagrados y se les ofrecían las primicias de cada temporada". Se levantó a Cornelia un monumento conmemorativo con la siguiente inscripción: "Cornelia, hija del Africano, madre de los Gracos".

EPISODIOS SOMBRÍOS

MARIO Y SILA

El Senado gobernó sin oposición durante poco más de diez años. En Roma no surgió otro caudillo popular hasta que la grave situación exterior hizo vacilar el poder de la aristocracia.

La guerra contra Yugurta

Las primeras conmociones vinieron de África. Yugurta, nieto de Masinisa, disputaba el trono a dos primos suyos nombrados corregentes. Asesinados ambos, se apoderó luego de sus parientes y amigos y los crucificó o arrojó a las fieras.

Roma intervino para arreglar la situación en Numidia, pero Yugurta no acató en absoluto las órdenes senatoriales. Es cierto que acudió a Roma con un salvoconducto para "proporcionar allí todos los informes necesarios". El númida tenía amigos en la ciudad; desde tiempo atrás, henchía de oro a los romanos influyentes y conocía bastante bien el influjo de tales regalos: afrontaba confiado el porvenir. Sin preocuparse lo más mínimo, el príncipe africano compareció ante la asamblea popular para justificarse. Cuando el interrogatorio comprometía. al acusado, un tribuno del pueblo tomaba la palabra y oponía su veto a ciertas preguntas. La sesión se transformó en una parodia auténtica de encuesta judicial y "el pueblo romano tuvo que soportar la burla del africano", como dice el historiador Salustio.

El númida se sentía tan seguro de sí a orillas del Tíber, que mancilló la Ciudad Eterna con un nuevo crimen: mandó asesinar allí a otro pretendiente al trono de Numidia, un tercer nieto de Masinisa que había buscado refugio en Roma. Para salvar las apariencias, el Senado se vio obligado a adoptar medidas contra el insolente númida, pero no era fácil mantener una guerra tan lejos de Roma, en la árida y calurosa África, sin un solo aliado en el país. Los tiempos de las guerras púnicas habían pasado; todos los africanos se alinearon en masa junto al poderoso Yugurta.

Los caudillos romanos consideraron la expedición más como un saqueo que como verdadera guerra: sólo se preocupaban de almacenar el mayor botín posible. De ahí el resultado fatal de la campaña: el ejército romano pasó bajo el yugo y evacuó Numidia. El anuncio de esta humillante derrota indignó a Roma hasta el paroxismo. Se llamaba a los optimates traidores y vendidos. La medida estaba colmada. Era preciso sanear la vida política romana, limpiar aquellos establos de Augías. Se nombró una comisión para castigar a los ciudadanos sospechosos de dejarse sobornar por el dinero númida. La

dirección de la guerra contra Yugurta fue confiada a alguien exento de toda sospecha: el incorruptible cónsul Metelo, hombre de férrea voluntad, de principios inflexibles y experimentado estratego. Pero Metelo no pudo medirse con su astuto adversario. Yugurta perdió algunas batallas, pero no la guerra.

Pasaba el tiempo y Metelo, pese a sus esfuerzos, era incapaz de acabar con el númida. El pueblo le retiró la confianza, depositándola en uno de sus subordinados, Cayo Mario. Hijo de campesinos pobres, distinguido en el sitio de Nurnancia, había ayudado a Escipión a devolver la vocación militar a los legionarios de España. Los soldados veneraban a este jefe surgido de sus filas, que compartía todos sus esfuerzos, comía con la tropa, dormía sobre un poco de paja, como ellos, y empuñaba la pala para cavar trincheras. Los pobres veían en él a un nuevo Graco.

El ambicioso Mario progresó con lentitud pero sostenidamente. A los cuarenta años fue elegido tribuno del pueblo. Por su humilde origen tenía cerrado el acceso a los más altos cargos de gobierno, pero los escándalos cometidos durante la guerra contra Yugurta habían minado la autoridad de la aristocracia. Cuando pidió permiso a Metelo para ir a Roma a dirigir su campaña electoral como cónsul, oyó esta respuesta del altivo aristócrata: "Irás allí cuando mi hijo tenga edad de disputarte el consulado". Es decir, Mario debía esperar sus sesenta años para presentarse, pues tenía casi cincuenta.

Al fin claudicó Metelo ante el descontento del ejército y permitió partir a su subordinado; sin embargo, hizo de forma que Mario llegase a Roma en el último momento: un poco más y no hubiera sido elegido. Mario se vengó de su jefe revelando a los expectantes romanos que Metelo prolongaba las operaciones para conservar el mando el mayor tiempo posible. Mario prometió que, si le ponían al frente del ejército, conduciría a Yugurta a Roma, vivo o muerto. Mario fue elegido cónsul por abrumadora mayoría. Y eso no fue todo: la asamblea popular anuló el decreto senatorial que otorgaba a Metelo el mando militar supremo y confirió a Mario la dirección de las operaciones.

Pero el nuevo general en jefe pronto comprendió que no era tan sencillo cumplir la promesa hecha al pueblo romano; si la cumplió, fue gracias a su excelente jefe de caballería, el patricio Lucio Cornelio Sila, que se atrajo con astucia a Bocco, suegro de Yugurta y rey de Mauritania (actual Marruecos). Sila logró que traicionara a su yerno. Confiando en la palabra de su suegro, Yugurta, sin armas, escoltado sólo por algunos hombres, fue a negociar con Sila. Los legionarios de éste le tendieron una emboscada, mataron a todos los acompañantes del rey y se apoderaron de Yugurta. El astuto númida había encontrado, al fin, un romano más astuto que él.

Yugurta sufrió el destino que Roma reservaba a sus enemigos. El rey del desierto y sus dos hijos, revestidos con sus insignias reales, adornados con pendientes de oro macizo, debieron caminar ante el carro dorado de Mario, el triunfador. Terminado el recorrido, les arrancaron adornos y vestidos y los arrojaron a un calabozo húmedo y frío, bajo el Capitolio. El hijo del desierto tuvo aún valor para bromear al entrar en prisión: “Ofrecéis un cuarto muy fresco para vuestros invitados", se cuenta que dijo. Yugurta aguantó seis días; después sucumbió, vencido por el frío y el hambre.

Así terminó la guerra contra Yugurta, un sombrío episodio de la historia romana.

Cimbrios y teutones, bárbaros del norte

Cuando Mario volvió a Italia, el país estaba amenazado por un terrible peligro procedente del norte. Esta vez no se trataba de tribus celtas, sino germánicas, integradas por gentes rudas y valientes, de cabellos rubios y ojos azules, que presionaban en las fronteras. Después de una mala cosecha u otras catástrofes, las tribus germánicas se

dirigían hacia tierras de cielo más clemente. Los cimbrios fueron la primera oleada germánica con que tuvieron que enfrentarse. Procedían de Jutlandia, península que habían abandonado a causa de unos terribles temporales. En 113 antes de Cristo descendieron de los Alpes orientales y cayeron sobre territorio romano. La fama de la riqueza y poder de Roma había llegado hasta el norte. Fue el primer contacto de los romanos con las migraciones germánicas.

Al saber la proximidad de los bárbaros, Roma envió a uno de sus cónsules para intimarles la retirada. Los cimbrios pidieron guías que les ayudaran a repasar los Alpes. Se los concedieron. Confiando en la amistad de Roma, los cimbrios siguieron a sus guías. Pero, de repente, encontraron cerrado el camino por las legiones romanas, muy bien armadas. Aunque emboscados, los germanos no perdieron la serenidad. En el acto adoptaron un orden de combate, se arrojaron sobre las legiones romanas lanzando gritos espantosos y atacaron con tal vigor, que todo el ejército romano huyó a la desbandada. Sólo una providencial tempestad salvó a las legiones del desastre total.

Los cimbrios no aprovecharon su victoria para bajar al valle del Po; prefirieron seguir hacia poniente, a través de Suiza, y penetrar en la Galia transalpina, cuya parte sudeste era ya provincia romana. Las tropas romanas que se enfrentaron a los cimbrios sufrieron derrota tras derrota. La última de ellas, en 105 antes de Cristo, fue espantosa. Tampoco entonces aprovecharon los cimbrios sus victorias para penetrar en Italia, sino que se dirigieron hacia España.

En esos precisos momentos, Mario había terminado la guerra contra Yugurta. Inquietos, los romanos lo consideraron el único hombre capaz de frenar el nuevo empuje de los bárbaros. Mario fue elegido cónsul varios años consecutivos: esto era contrario a la ley, pero la situación era excepcional. En el norte, la tempestad amenazaba desencadenarse a cada momento, porque en 103 los cimbrios habían regresado a Galia, ante la tenaz resistencia opuesta por las belicosas tribus ibéricas. Allí se unieron a los teutones, otra tribu germánica, originaria del litoral oriental del Báltico, sometiendo a la región a un pillaje sistemático. En el año 102, los teutones estaban dispuestos a pasar a Italia.

Mario, tras reforzar su ejército y reorganizarlo, dándole una mayor movilidad, se atrincheró cerca del río Ródano, en un lugar por donde los teutones habían de pasar necesariamente al volver a los Alpes. Y así lo hicieron, en efecto. Durante tres días consecutivos intentaron asaltar el campamento, pero fueron rechazados y experimentaron cuantiosas pérdidas. Después, sus hordas desafiaron a los romanos a batirse en campo abierto. Mario dejó pasar tiempo. Quería que sus soldados se acostumbrasen antes a la vista de adversarios tan temidos. Cuando el pueblo nómada pasó, Mario salió de sus trincheras para seguirlo. Los atacó cerca de **Aquae Sextiae** (hoy Aix-en-Provence) y los aniquiló casi por completo. Los romanos invadieron en seguida el campamento de los teutones, protegido por carros alineados en círculo. Allí, las mujeres se defendieron como fieras; antes que entregarse al enemigo, mataron primero a sus hijos y después se estrangularon con su larga cabellera.

Sin sospechar siquiera la catástrofe que acababa de caer sobre seis hermanos de raza, los cimbrios se habían dirigido hacia la actual Baviera. Quizá la falta de aprovisionamiento había separado a ambos pueblos germánicos. Los cimbrios franquearon luego lo que llamamos hoy Alpes austriacos y descendieron a la llanura del Po, esperando unirse allí con las tropas teutonas. Cuenta la tradición que descendieron por los glaciares deslizándose sobre sus escudos a manera de trineos. El segundo cónsul trató en vano de contener aquel alud humano. Sus legiones, presa del pánico, huyeron en desorden y no se detuvieron hasta hallarse a cubierto, detrás del río Po.

Apareció entonces Mario con su victorioso ejército. Los cimbrios le exigieron tierras para ellos y para sus hermanos teutones. Mario respondió sarcástico: "Ya se las hemos dado a los teutones y las conservarán eternamente". Los cimbrios comprendieron el verdadero significado de la respuesta y se prepararon para el combate. La batalla tuvo lugar cerca de **Vercelli,** en 101 antes de Cristo. A pesar de su valentía, los bárbaros nada pudieron contra la estrategia de Mario y la excelente disciplina de sus soldados. Los romanos invadieron por fin el campo de los cimbrios, como lo hicieran con los teutones. También aquí les opusieron las mujeres una resistencia heroica y asimismo se mataron con sus hijos para escapar de la cautividad.

Miles de cimbrios, cargados de cadenas, lloraban su patria lejana y su libertad perdida. En Roma, los mercados de esclavos se llenaron de prisioneros germanos. Los cimbrios dejaron de existir como pueblo. Sólo un pequeño grupo viviría todavía en el norte de Jutlandia hasta el primer siglo de nuestra era; su nombre sobreviviría allí como topónimo: Himmerland.

Mario había salvado la civilización romana. Roma le dedicó un triunfo brillantísimo. Se lo comparó a Camilo, salvador del asedio galo, y se lo apellidó *"el tercer fundador de Roma".*

La "guerra de los aliados" contra Roma (90-88 antes de Cristo)

Diez años después del aniquilamiento de los cimbrios, Roma se enfrentó con otro peligro, esta vez procedente del sur. No se trataba de bárbaros, sino de algunos aliados peninsulares de Roma. El orgullo romano ponía demasiado a prueba la paciencia de los demás pueblos italianos. Los aliados debían mantener al Estado romano y luchar por su salvaguardia, pero no participaban de los honores y el poder de Roma, que Italia entera solicitaba desde hacía tiempo. Perdida ya toda esperanza de conseguir alguna influencia en el gobierno del Estado, al menos por vía pacífica, preparaban su ánimo para una rebelión.

El Senado romano despachó funcionarios extraordinarios a las diferentes regiones del país para realizar una investigación. Uno de estos emisarios, Servilio, supo por espías que una ciudad de los Abruzos era centro de una liga ofensiva y defensiva de las ciudades vecinas. Servilio, hombre violento y apasionado, se dirigió con presteza a la población y llegó en el preciso momento en que los ciudadanos se hallaban reunidos en el teatro celebrando una gran fiesta. El emisario del Senado les dirigió un discurso amenazador. Sus palabras violentas fueron el fulminante que hizo estallar los rencores acumulados durante todo el siglo. Ebria de indignación, la multitud se arrojó sobre Servilio matándolo con su comitiva; después, corrieron la misma suerte los romanos que vivían en la ciudad.

La rebelión se extendió como una marea y alcanzó a toda Italia central y meridional. Uno tras otro, los pueblos italianos anularon los tratados que les unían a Roma. Después, los rebeldes ya no Se contentaron con exigir la igualdad completa con los romanos, sino que determinaron crear un Estado independiente que se llamaría Itálica. Eligieron capital a Corfinium, ciudad que ocupaba una situación céntrica, y eligieron también, a ejemplo de los romanos, un Senado, dos cónsules y otros altos funcionarios. Acuñaron monedas de plata en las que grabaron un toro hollando a la loba capitolina. Era el comienzo de la guerra.

Los romanos estaban en situación desesperada y obligados a las concesiones; juzgaron prudente conceder el derecho de ciudadanía incondicional a todos los que permanecieron fieles. A1 año siguiente, 89 antes de Cristo, extendieron el privilegio a las ciudades que rindieran sus armas en el término de dos meses. Roma abrió así brecha

en las filas rebeldes, lo que le permitió al fin dominar la revuelta. El mérito se debió a Sila y no a Mario. Sin embargo, los italianos del sur no aceptaron la reconciliación con Roma y encontraron un aliado oriental.

Rivalidad entre Mario y Sila

Mario y Sila eran dos excelentes generales, ambos muy ambiciosos. El uno era opuesto al otro: Mario, un hombre del pueblo, elevado a pulso y paso a paso; Sila, un aristócrata de rancio linaje, rico, bien dotado, muy culto, mimado por la fortuna. Mario no pudo contener su envidia cuando Sila, su subordinado, fue nombrado jefe supremo en la lucha contra Mitrídates, el año 88 antes de Cristo.

Mitrídates era rey del Ponto, reino situado en las costas meridionales del mar Negro. Extendía su dominio a los territorios vecinos, amenazando así las posesiones asiáticas de Roma. Mitrídates demostró ser enemigo peligroso. Semibárbaro, semiculto, pertenecía al mismo tipo de hombres que Filipo de Macedonia y el zar Pedro I. Manejaba con igual facilidad el veneno, la daga del asesino y la espada del guerrero.. Para asegurarse la corona, había eliminado a su hermano y encarcelado a su madre -demasiado autoritaria, según él-, la que de acuerdo a los rumores murió en el calabozo, envenenada por su hijo. Los propios hijos de Mitrídates se habían rebelado contra su padre, pero él los había mandado asesinar, igual que, sin escrúpulos, a sus esposas e hijas. En cuanto a él, se dice que se había inmunizado en previsión contra toda clase de venenos.

Las brutalidades de Mitrídates respecto a Roma hicieron inevitable la guerra. El rey del Ponto movilizó un poderoso ejército y una nutrida flota. Escaso trabajo costóle someter a las débiles guarniciones romanas del Asia. Los asiáticos y helenos lo acogieron como a libertador, pues los romanos se habían hecho odiosos por su despiadada explotación. La venganza, autorizada por Mitrídates, fue espantosa: todos los romanos sin distinción fueron asesinados en un mismo día: unos 80,000 hombres, mujeres y niños indefensos.

Tal era la situación cuando Sila fue elegido para dirigir la guerra contra Mitrídates. Su antiguo rival, Mario, no había descuidado medio alguno para ganar esta contienda electoral, pero ello no le sirvió de nada. Sila abandonó Roma y tomó el mando de las legiones de la Campania. Apenas se había puesto en camino, cuando Mario, ayudado por un tribuno, convenció a la asamblea para que volviera sobre su acuerdo y le confiara la dirección de las operaciones. Ahora bien, si el partido popular había creído que Sila se doblegaría con humildad a esta decisión, estaba por completo equivocado. Personalmente, Sila recibió esta afrenta con la mayor sangre fría. Por otra parte, no tenía por qué amilanarse: sus soldados estaban con él y en todos los destacamentos se gritaba: "¡A Roma! ¡A Roma!"

Sila se dirigió a marchas forzadas hacia la capital. El Senado le enviaba un mensajero tras otro, ordenándole que detuviese sus tropas. Pero las órdenes del Senado impresionaron tan poco al ex general en jefe como la decisión de la asamblea. A la cabeza de sus legiones entró en la ciudad y amenazando con prender fuego a las casas, quebrantó la resistencia de Mario y sus partidarios. Por la tarde, sus soldados acampaban en el Foro. Aquella noche se inició la era de las guerras civiles y las dictaduras militares.

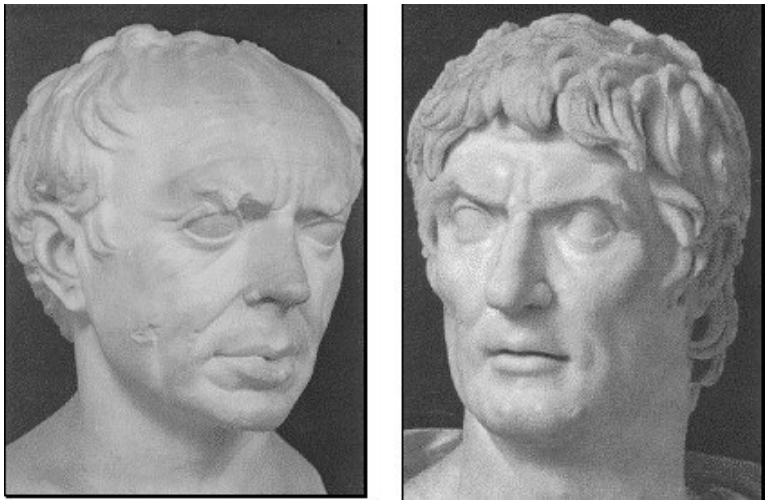
Sila aprovechó su triunfo para introducir en la estructura estatal algunas reformas de cuño aristocratizante. El Senado, complaciente, desterró a Mario y sus secuaces más relevantes. Pero "el tercer fundador de Roma" ya había huido.

Asegurado así su poder, Sila embarcó sus tropas rumbo a Grecia. No bien hubo abandonado la escena, su antagonista reapareció en las costas de Etruria, reunió en el camino a Roma una tropa heterogénea de unos 2.000 hombres y obligó a la ciudad a abrirle las puertas. Su entrada fue acompañada por un verdadero río de sangre. Todos los odios y rencores acumulados durante su destierro tuvieron libre curso en forma espantosa. Mario recorrió la ciudad en todos sentidos con su guardia personal compuesta de esclavos fugitivos y mandó asesinar a cuantos le plugo. Los transeúntes lo saludaban con temor.

Las bandas de Mario, actuando también por cuenta propia, asesinaban, violaban, robaban. Roma temblaba aterrorizada; la fidelidad y el honor no eran más que recuerdos. El amigo traicionaba al amigo, el pariente a su pariente y el esclavo al señor. Calles y casas se llenaban de optimates asesinados. La matanza se extendía a toda Italia. Tan insensata represión desesperaba a los partidarios más inteligentes y moderados de Mario; adivinaban que el partido popular pagaría algún día el precio de aquella sangre derramada. Pero nadie pudo hacer entrar en razón al viejo soldado, enloquecido por el rencor.

Cuando Mario sació al fin sus instintos, hízose proclamar cónsul. Pero ni Mario ni ninguno de sus partidarios eran capaces de reformar, siquiera en parte, un Estado tan decaído. "Se lanzaban como perros rabiosos sobre los senadores más competentes—dice Mommsen—, pero no se hacía el menor esfuerzo por reorganizar el Senado." Mario era un excelente general y buen organizador militar, pero carecía de talento político. Nunca dejó de ser, en cuerpo y alma, un simple campesino romano.

Alcanzada su meta, Mario no gozó de sosiego. Se dice que lo torturaban la angustia y el miedo de ver volver a Sila. Para sofocar su inquietud, sin duda, se entregó a brutales desenfrenos que minaron sus últimas fuerzas. Consumido por las enfermedades, murió en 86 antes de Cristo, a los setenta años de edad. Este hombre, a quien el pueblo romano llamara en otro tiempo su salvador, moría ahora execrado por ese mismo pueblo.



Mario y Sila.

Primera guerra contra Mitrídates

Mientras la revolución se cebaba en el mismo corazón del Estado romano, Sila, en Grecia, conducía sus tropas de victoria en victoria contra el rey del Ponto. El partido de Mario hizo que la asamblea retirase el mando a Sila, lo privase de todas sus dignidades

y lo declarase fuera de la ley, pero el general consideraba nulas o ilegales tales "decisiones populares". Fue arrasada su casa de Roma y se le confiscó su hacienda. Sin embargo, Sila continuó su campaña como si nada hubiera ocurrido, destruyendo cuanto hallaba a su paso sobre el suelo sagrado de Jonia.

Derrotadas las tropas de Mitrídates, amenazó con derrocar al rey y castigarlo. Ello movió al déspota a mostrarse más prudente; gran parte del Asia menor se había apartado ya de él. Se decidió a negociar. En realidad, había tratado a los ciudadanos romanos en forma tan inhumana que no merecía perdón. Pero el general romano no perdía de vista la situación de la metrópoli; sabía que se imponía sin tardanza su vuelta a Roma y creyó preferible ofrecer condiciones aceptables al verdugo de su pueblo. Mitrídates se comprometió a ceder los territorios que se había anexionado antes de la guerra, a entregar a la mayor parte de la flota y a pagar los gastos de la campaña.

Sila permaneció en Oriente hasta que el pago de reparaciones y el castigo de los responsables de las matanzas de romanos fueron cumplimentados. Dejó en Asia dos legiones a las órdenes de uno de sus mejores comandantes, se embarcó con el grueso de sus tropas y desembarcó en Brindis, en la costa oriental de Italia, en el año 82 antes de Cristo.

Dictadura de Sila: sus represiones

En Roma, Mario el Joven, hijo de Mario, continuaba la obra de su padre. Tenía veinticinco años; idéntico a su padre en dureza y valor, le faltaba experiencia militar. No disponía, como antaño su padre, de tropas disciplinadas. Resistió cuanto pudo con otros jefes del partido popular, pero sin posibilidad de vencer a las legiones de Sila.

La batalla decisiva se entabló en el año 82, junto a los muros de Roma. El combate comenzó hacia el mediodía y continuó toda la noche; a la mañana siguiente, Sila pudo tomar posesión de Roma. Tres días después de su victoria convocó al Senado y le dio a conoce su voluntad; en ese momento se ejecutaba en el Campo de Marte los enemigos capturados tres días antes: algunos miles de hombre. Los gritos de las víctimas penetraron hasta el templo donde los mudos padres de la Patria estaban reunidos.

Sila quiso imponer orden mediante un régimen dictatorial que derribara a todos los adversarios de la república. Todos cuantos osaran oponerse a Sila serían ejecutados sin piedad. La expedición punitiva contra los samnitas que se habían adherido a Mario no dejó ser vivo; esta fértil región se convirtió en el desierto que aún es hoy. En una ciudad del Lacio, los ciudadanos prendieron fuego a sus casa para que sus verdugos no pudieran coger botín alguno; después se mataron unos a otros para no caer en manos de las legiones de Sila La lucha de Sila para la conquista del poder fue al mismo tiempo—hay que tenerlo en cuenta—el último acto de la guerra contra lo aliados. Mario el Joven se suicidó.

Tanto en Roma como en otros lugares se cometían las ejecuciones tan metódicamente, que la represión acaso fue más horrible todavía que el terror impuesto antes por Mario. El Viejo se había entregado a la matanza por resentimientos personales y por su orgullo herido; Sila asesinaba fríamente, sólo por razones políticas.

Sila inventó un medio seguro y rápido para desembarazarse de su enemigos: mandó hacer listas de proscripción en donde figuraran los nombres de las personas que debían ser ejecutadas. Quien mataba á una persona mencionada en las listas, recibía una fuerte recompense al entregar a Sila la cabeza de la víctima. Los bienes de las persona declaradas fuera de la ley eran vendidos en pública subasta. Cuando un partidario de Sila lanzaba una cifra, nadie se atrevía a pujar. El consecuencia, los acólitos del dictador

adquirieron propiedades y terrenos a precios irrisorios. Lo peor era que las proscripciones no parecían tener fin: cada día aparecían nuevas listas. El partidario de Mario que suspiró de alivio al no ver su nombre en la lista, vivía en continua inquietud por el temor de encontrarlo al otro día, o al siguiente, y así siempre.

Para asegurar su poder, Sila propuso al Senado y a la asamblea que lo nombrasen dictador por tiempo indefinido, con poderes políticos ilimitados. Esta "proposición" equivalía a una orden, por lo que, desde luego, nadie se atrevió a oponerse. Se proclamó con solemnidad, pues, que la voluntad de Sila tenía fuerza de ley en Roma. Todos cuantos en el Estado mantenían abolengo, fortuna o relieve hubieron de doblegarse ante el todopoderoso dictador. Sila permaneció tan impasible en la victoria como en el peligro. "Trataba con la misma altivez y el mismo desprecio—cree el historiador Ferrero—a los optimates que a los demócratas, a los ricos que a los pobres; todos temblaban ante él."

La dictadura militar estaba sólidamente implantada. El amo de Roma sería quien mandase el ejército más fuerte. Para los soldados, el símbolo de la patria no era ya el Capitolio, sino sus enseñas; no obedecían más que a su general. Todo el pueblo romano estaba convencido fue la justicia acaba donde empieza el poder. Las proscripciones le hicieron perder el poco respeto que mantenía hacia las leyes, los magistrados y la propiedad. Como siempre ocurre en épocas turbulentas, el pueblo, ante la incertidumbre del mañana, sólo pensaba en beber y divertirse.

A diferencia de Mario y sus seguidores, Sila no se contentó con liquidar a sus adversarios políticos; quiso reformar la legislación romana en el sentido de la república aristocrática que él soñaba. Para reforzar la autoridad senatorial y completar los vacíos producidos en la bancada por su represión, Sila nombró a los trescientos senadores. Desde el año 88, disminuyó las prerrogativas de los tribunos, contrapeso tradicional del poder aristocrático. Negó a los tribunos derecho a presentar proyectos de ley y limitó su competencia a la protección de los particulares. Introdujo una reglamentación más importante aún: quien hubiese ejercido una vez en su vida el tribunado, no podía ser ya elegido para ningún otro cargo. En otras palabras, nadie tenía interés en alcanzar el tribunado, pues un nombramiento para tal puesto cortaría para siempre su carrera. Para acrecentar el poder del Senado, el dictador disminuyó por todos los medios la autoridad de otros funcionarios, sobre todo la de cónsules y pretores. Sila se esforzó mucho en reorganizar el poder judicial y la estructura administrativa.

Al tercer año de su dictadura, Sila juzgó que había llegado el momento de retirarse. El hombre más poderoso que había gobernado Roma abandonaba brusca y voluntariamente la escena política. El grecorromano Apio, el historiador más importante de las guerras civiles romanas, extraña esta iniciativa del dictador "que había hecho matar a noventa senadores, cincuenta de los cuales fueron cónsules, y también a unos veintiséis mil ciudadanos acomodados".

Dado el carácter de Sita, lo más probable es que su decisión de retirarse haya sido consecuente con el motivo por el cual había exigido desde un comienzo poderes ilimitados, a saber: que las nuevas fórmulas estatales estaban ya funcionando a la perfección. Pero también hay otras explicaciones atendibles. Un experto en sensaciones raras como Lucio Cornelio Sila debía considerar tal abdicación como una experiencia excepcional: era el colmo del refinamiento rematar de esa forma una carrera rica en episodios dramáticos. Además, Sila no abandonó el poder y los honores para volver al arado como hizo Cincinato; se retiró a su maravillosa quinta situada junto al golfo dé Nápoles, para disfrutar allí una vida placentera. En el fondo, Sila fue siempre un sibarita y prefería el vino y las mujeres al trabajo cotidiano.

El humor fue uno de los rasgos más salientes de su carácter; un humor frío, seco. Cuando dictador, recompensó un mal panegírico con la condición expresa que el autor no volviera a cantar más sus alabanzas. Cuando saqueó los templos de Grecia, se permitió frases impías: "Esta pérdida no tiene importancia para la gente, pues los mismos dioses les volverán a llenar las arcas". Plutarco describe así el rostro de Sila: "Sus ojos eran de un azul intenso y, por tal razón, contrastaban mucho con su tez, que era muy sonrosada y pálida a la vez".

Una vez abdicó el dictador, todo siguió enrielado. Roma estaba convencida que, en caso de necesidad, y a la menor señal de Sila, sus veteranos, instalados por Sila en las colonias de Campania, acudirían a su lado. Además, había en la capital una masa de diez mil esclavos libertos, sujetos en otro tiempo a los amigos de Mario y emancipados por Sila.

Sila murió de repente, a causa de una hemorragia interna, al año de abandonar la escena política. Tenía sesenta años. Dos días antes de su muerte había terminado la redacción del volumen vigésimo segundo de sus memorias, en donde exponía su carrera como una serie casi ininterrumpida de éxitos. Se felicitaba de su estrella y describía sin el menor remordimiento el río de sangre con que inundara a su patria. Los sentimientos de piedad eran para él un concepto vacío.

El historiador alemán Leopold Von Ranke resume unas comparaciones acerca de Mario y Sila: "Mario salvó la existencia del mundo romano destruyendo a los enemigos que la amenazaban. Sila restableció las relaciones entre Roma y Grecia librando a este país de una invasión oriental. Pero batallas como las que entabló Mario con cimbrios y teutones superan con mucho lo que Sila realizó contra Mitrídates y sus generales, incapaces de oponer una resistencia continuada".

Sila era mejor diplomático que general. La victoria de Sila sobre Mario fue en parte una suerte para la civilización romana, pues Mario era plebeyo y guerrero, tosco e inclinado a despreciar los afanes del espíritu. Sila, al contrario, era un paladín de la cultura, un patricio refinado, amigo del estudio y de la ciencia.

POMPEYO Y CRASO

Las nuevas estructuras políticas que Sila dio a Roma fueron elaboradas magistralmente, pero se asentaban sólo en la aristocracia, de la que poco podía fiarse. La guerra contra Yugurta había puesto de manifiesto la decadencia de esta clase social. Los optimates estaban corrompidos y carecían de carácter en el más amplio sentido de la palabra. Nadie era capaz de inyectar en la clase dirigente la fuerza y el vigor manifestados durante las guerras púnicas; Sila menos, quizá, que ningún otro. El dictador tenia talento, pero carecía de autoridad moral. Por esta razón, el edificio sobrevivió sólo diez años al arquitecto.

El punto débil de la administración radicaba en la necesidad de reelegir cada año nuevos funcionarios. Las violentas luchas electorales polarizaban la atención y consumían casi todas las fuerzas vivas de los políticos. La carrera por alcanzar las más altas dignidades adquirió cada vez más el aspecto de caza para adjudicarse un botín. Apenas terminadas las elecciones para el año en curso, cada uno dedicaba todo su tiempo y energías a la preparación de las elecciones siguientes.

Rebelión de los esclavos. Espartaco y los gladiadores

"En todos los estados de la Antigüedad—dice Mommsen—, el cáncer de la esclavitud roía las fuerzas de la sociedad en proporción a su grado evolutivo, pues el

poder y la riqueza de un Estado llevaba consigo inevitablemente un aumento desproporcionado del número de esclavos". Por consiguiente, Roma padecía de este mal social más que ningún otro pueblo de la Antigüedad. Cuanto más aumentaba el número de esclavos, más penosa era su suerte. Los esclavos empleados en las casas de los ricos eran bien tratados, en general; pero los desgraciados que trabajaban en los grandes latifundios arrastraban una existencia miserable. Marcados a veces en la frente, encadenados, eran conducidos al trabajo a latigazos y no tenían momento de reposo.

Esclavos de Roma.

Estos parias hacían tentativas repetidas y desesperadas para resobrar la libertad. Desde comienzos de la república hubo, que cazas bandas de esclavos fugitivos que saqueaban los campos. En época de los Gracos, el problema de la esclavitud adquirió palpitante actualidad: en diversos lugares estallaron rebeliones de esclavos. Durante el consulado de Mario, mientras cimbrios y teutones amenazaban la existencia de Roma, los esclavos de Sicilia aprovecharon la ocasión para sublevarse contra sus opresores. Tomaron casi todas las ciudades importantes de la isla y muchos ciudadanos humildes y campesinos pobres hicieron causa común con ellos. El gobierno estaba reducido a la impotencia. Cuatro ejércitos romanos fueron vencidos, uno tras otro, perdiendo el Estado durante siete años una de sus más ricas provincias. Los romanos reprimieron al fin la rebelión; se dice que fueron crucificados unos veinte mil esclavos. Una generación más tarde estalló de nuevo otra rebelión similar; cuatro años necesitaron esta vez los romanos para sofocarla. Casi todos los esclavos perecieron. Los sobrevivientes fueron enviados a Roma, descuartizados y arrojados a las fieras, ante el pueblo reunido en el circo.

La más peligrosa de todas estas rebeldías estalló en Capua, hacia el año 73 antes de Cristo. Capua contaba con varias escuelas donde los esclavos eran formados, o mejor, adiestrados para el oficio de gladiadores; esos infelices debían luchar hasta morir para que fuera mayor el placer de los romanos. El fin de estos juegos era dar a los espectadores una lección de valor y combatividad. En el anfiteatro, lo, gladiadores recibían una herida tras otra sin proferir la menor queja y afrontaban la muerte sin titubeos. Al principio, los combates de gladiadores eran un sacrificio humano ofrecido en honor de los manes o difuntos; así se explica el hecho que tales luchas terminaran siempre con la muerte de uno de los adversarios. De ahí la frase tradicional que los gladiadores de la época imperial pronunciaban al entrar en la arena para saludar al soberano: *¡Ave, Caesar! ¡Morituri te salutant!* (¡Salve, César! ¡Los que van a morir te saludan!).

Cierto es que el vencido levantaba la mano e imploraba así gracia a los espectadores; pero éstos rarísima vez concedían perdón. En general, volver el pulgar hacia el suelo significaba que el público pedía al gladiador vencedor la muerte para el adversario vencido. Los gladiadores eran elegidos entre los prisioneros de guerra más robusto, valerosos. Los propietarios vendían a las escuelas de gladiadores los esclavos insubordinados como si vendieran reses bravas.

Pero los gladiadores sabían también combatir contra otros que no fueran sus amigos de infortunio. Aprovechaban la menor ocasión para volver sus armas contra sus verdugos. Un día, setenta gladiadores, arriados de espadas y puñales, forzaron las puertas de su escuela y se refugiaron en el Vesubio. Su jefe era hombre de fuerza y valor excepcionales, **Espartaco,** un tracio de noble alcurnia, según se decía. De toda Italia acudieron esclavos a reforzar el grupo y el ejército aumentó de día en día, sobre todo cuando consiguieron una victoria sobre destacamentos del gobierno. Espartaco se halló pronto al frente de diez mil hombres y dueño de toda Italia meridional. Una tras otra, fueron cayendo ciudades bajo su ofensiva; entonces los esclavos se vengaban de quienes los habían cargado de cadenas tanto tiempo.

El objetivo de Espartaco era, sin duda, atravesar los Alpes después de vengarse de los romanos propietarios de esclavos y establecerse con sus hermanos de armas en las Galias, donde podrían llevar una existencia digna de hombres libres. Su tarea más difícil era, evidentemente, mantener la unión y la disciplina en sus tropas; pese a todo su talento, no pudo conseguirlo nunca por carecer de dotes de organización. En general, los esclavos preferían entregarse al bandidaje antes que doblegarse al rigor de un ejército disciplinado, pero, organizados o no, los esclavos eran muy peligrosos. Más de una vez, los legionarios, enfrentados con los gladiadores de Espartaco, arrojaron las armas para huir mejor. Como otro Aníbal, Espartaco condujo a sus hombres a través de toda Italia, derrotó a los dos cónsules y amenazó a Roma. Corno último recurso, el Senado acudió a **Marco Licinio Craso**, el hombre más rico de Roma.

Craso habíase distinguido ya en tiempo de las campañas de Sila. Y también haciendo pingües negocios durante las proscripciones. Había amasado su inmensa fortuna comprando bienes y propiedades a precios bajísimos y especulando sobre inmuebles y actividades industriales. Además, se dedicaba a la usura en gran escala. Años después, al sucumbir en campaña contra los partos, dejaría una fortuna de unos 65 millones de oro amonedado. Craso fue el primero de aquella larga serie de especuladores y de prestamistas que aparecieron con la transformación económica de Italia, país agrícola hasta entonces. Este proceso era la consecuencia inevitable de las conquistas de Roma. El espíritu mercantil hizo inmensos progresos, acompañado de necesidades suntuarias cada vez mayores en todas las clases sociales.

Craso parecía el hombre indicadlo para alejar la amenaza que los esclavos hacían pesar sobre Roma. Aparte de la influencia política que le concitaban sus riquezas, poseía la energía y la tenacidad necesarias para la dirección de las operaciones. Pero cuando mandó a sus tropas avanzar contra el enemigo, los legionarios de vanguardia imitaron a sus predecesores arrojando las armas al primer contacto. Sin embargo, Craso impidió la fuga de los cobardes, los capturó a todos y, con la mayor sangre fría, los hizo diezmar. El remedio fue draconiano, pero eficaz. En el siguiente encuentro, Espartaco halló tal resistencia que prefirió retirare hacia el sur. La situación aún fue crítica algún tiempo para los romanos, pero la indisciplina de los esclavos dio sus frutos. Vagaban desbandados por los campos en grupos reducidos, y Craso pudo ir aniquilando las bandas una tras otra. Espartaco encontró la muerte en la última batalla campal (año 71 antes de Cristo). Luego, siguió una terrible caza del hombre en Italia meridional. Seis

mil esclavos crucificados convirtieron la carretera de Capua a Roma en una vía macabra.

Pompeyo, llamado "el Grande"

Entre quienes ayudaron a Sila a vencer al partido popular, un hombre en especial, Cneo Pompeyo, se haría famoso. Sólo tenía veintitrés años cuando ofreció sus servicios a Sila. El dictador sentía debilidad por el joven guerrero y le concedió incluso, a petición suya, los honores del triunfo aun sin haber desempeñado el menor cargo estatal. "¡Que triunfe si le agrada!", exclamó Sila. Sin duda fue Sila quien apellidó a Pompeyo "el Magno" y lo hizo con aquella ironía particular suya. El apodo lo situaba en plano de igualdad con Alejandro Magno, lo que era un tanto exagerado; desde entonces, la historia ha juzgado a Pompeyo como a su mediocre competidor. Pompeyo poseía cierta dignidad y una moralidad intachable, pero sus talentos se limitaban estrictamente al terreno militar.

Hay dos clases de ambición: la codicia del mando para realizar grandes cosas y la que ambiciona el poder por el poder mismo. La ambición de los Gracos y de César pertenece a la primera categoría: la de Mario y Pompeyo, a la segunda.

Sertorio, un problema español

Pompeyo tuvo mucha suerte durante su vida, ya desde el momento en que tomó partido por Sila. Poco después de morir éste, fue enviado a España para reprimir una peligrosa rebelión promovida por Sertorio, un valeroso soldado de Mario que logró unir a los celtíbero en contra de Roma. Pompeyo conoció sus terribles efectos de esas guerrillas. Según Plutarco, era Sertorio, tuerto como Filipo y Aníbal, un hombre inteligente. Fundó en Osca (Huesca) una escuela donde maestros griegos y latinos educaban a los hijos de sus partidarios y de los jefes ibéricos.

Pompeyo fue a menudo derrotado. Las cosas le hubieran ido muy mal si el cónsul que mandaba el ejército no lo hubiese socorrido en una retirada. De nuevo lo mimó la suerte. Sertorio, el cabecilla rebelde, fue asesinado por Perpena, uno de los suyos, en 72 antes de Cristo. Desaparecido el gran guerrillero, la mayor parte de las ciudades rebeldes se sometieron a Roma y Pompeyo sólo tuvo que reducir unos pocos núcleos que se obstinaban todavía, misión sin grandes dificultades. A excepción, quizá, de la ciudad de Calagurris (Calahorra), que fue sitiada y padeció miseria tan terrible que incluso sus habitantes comieron cadáveres y se hizo proverbial la frase *"hambre calagurritana"*. Solucionado el problema español, regresó a Roma al frente de un ejército que enloquecía por él.

Al volver de España, tuvo la fortuna de topar con cinco mil fugitivos del ejército de Espartaco que buscaban refugio al otro lado de los Alpes; Pompeyo los aniquiló totalmente. Orgulloso de su nueva hazaña, escribió al Senado que si Craso había derrotado a Espartaco, él acababa de extirpar la raíz del mal.

Habiéndole ya ofrecido Sila un triunfo al que no tenía derecho, exigió Pompeyo el consulado sin haber desempeñado nunca las funciones conducentes a tal cargo. Como no confiaba en la ayuda del Senado, cambió de partido y aparentó ser defensor del pueblo. Craso, antiguo partidario de Sila, había seguido el mismo camino. Ambos rivales se encontraron así juntos y aunaron sus fuerzas en un pacto que les permitiría repartirse el poder en Roma. Gracias a la popularidad militar de uno y al dinero del otro, ambos fueron elegidos cónsules en el año 70.

Antes de tomar posesión de su cargo, Pompeyo afirmó solemnemente ante la asamblea su fidelidad al programa democrático. Y, en efecto, los dos nuevos "demócratas", apenas entrados en funciones, introdujeron una serie de reformas políticas de acuerdo con ese programa. La autoridad del Senado fue de nuevo limitada y los tribunos populares fueron restablecidos en las prerrogativas, de las que el propio Sila los había despojado. La mayoría de las reformas de este dictador desaparecieron. El pueblo aplaudió el retorno de la libertad y entonó alabanzas a Pompeyo, su bienhechor. Pompeyo era, a los treinta y cinco años, el primer hombre de Roma.

Guerra a los piratas

Existía una humillación permanente que ensombrecía la dicha del pueblo romano. Roma era dueña del mundo mediterráneo y, sin embargo, no conseguía destruir a los piratas que infestaban aquel mar que los romanos apellidaban con orgullo *Mare Nostrum*. La piratería era una plaga, sobre todo en la cuenca oriental del Mediterráneo. Ya en su tiempo, Alejandro había emprendido auténticas guerras contra los piratas. Las luchas de los diádócos explican que los bandidos volvieran a levantar cabeza. Al llevar los romanos la guerra al Mediterráneo oriental, sembraron general confusión. El mar se convirtió en refugio de casi todos los desesperados. La crueldad de los piratas crecía por momentos. Al principio actuaban separadamente, pero luego organizaron verdaderas escuadras. Tenía almirantes propios que lanzaban sus rápidas naves a verdaderas expediciones de rapiña. Aprisionaban los navíos, saqueaban costas e islas y capturaban numerosos prisioneros que vendían como esclavos, pues, en esa época, este tráfico odioso era el negocio más lucrativo.

Había ciudades costeras, en otro tiempo prósperas, que debían dedicar todas sus fuerzas a rechazar los ataques piratas. En otros lugares, los habitantes abandonaban casas y riquezas para escapar a otro destino más penoso: ser presos por los corsarios. Los templos situados en el litoral de Grecia y Asia menor fueron despojados de sus tesoros. La piratería se extendía por todo el Mediterráneo; la escoria de todos los pueblos mediterráneos iba a engrosar las filas de los bandidos. Ningún marino se sentía seguro. Los piratas tenían su principal guarida en la costa de Cilicia, Asia menor. Allí acumulaban los tesoros robados, en fortalezas inexpugnables en las rocas.

Si la piratería pudo desenvolverse sin obstáculos, no fue sólo por la debilidad de los romanos, sino más bien por la codicia de sus gobernantes. En efecto, piratería y comercio de esclavos estaban íntimamente ligados: los piratas eran los principales abastecedores de esta mercancía humana de la que tenían apremiante necesidad los grandes terratenientes y los capitanes de empresa. Los intereses de los capitalistas se complementaban de hecho con los de los piratas. Los romanos dejaron a los piratas amplia libertad de acción mientras saquearon navíos extranjeros. Después de cada redada, observan satisfechos la baja de precios en el mercado de esclavos de Delos. Pero, a la larga, los corsarios se extralimitaron, llegando a saquear el litoral italiano. Incluso Ostia, el puerto de Roma. Se apoderaron de navíos romanos y de cargamentos de víveres destinados a Roma, amenazando así de hambre a la población.

El pueblo romano se lamentó entonces y los gobiernos reconocieron que la dignidad del Estado exigía el castigo de tos bandidos. Para poner fin a situación tan humillante, propuso un tribuno de la plebe, en el año 67 antes de Cristo, investir al gran Pompeyo con poderes extraordinarios, no sólo en el mar, sino también en todas las regiones costeras del imperio romano. Pusieron a su disposición unos 130,000 hombres y quinientos navíos de guerra; además, se le autorizó a sacar fondos de las arcas de la capital y de las provincias. El Senado se opuso a esta proposición, pues no quería que

recayera un poder tan grande en manos de un solo hombre. Los senadores pusieron en juego todos los medios imaginables. Uno de los más acérrimos optimates dirigió a la asamblea un discurso conmovedor. No debía ponerse en peligro la existencia de Pompeyo. Decía: "¿Qué ocurriría si lo perdiéramos? ¿Qué general le sustituiría?" "Tú", respondieron al unísono todos los miembros de la asamblea. Calló el orador, admitiendo la derrota. La proposición fue aceptada, pese a la resistencia obstinada de los senadores. El pueblo tenía hambre, y Pompeyo se vio investido de una autoridad similar a la de un rey.

La rapidez con que Pompeyo puso fin a la piratería sobrepasó todas las esperanzas. Se creía que se necesitarían tres años de guerra. Tres meses le bastaron a Pompeyo para limpiar de piratas el Mediterráneo, desde las columnas de Hércules (estrecho de Gibraltar) hasta el Helesponto. Causó impresión profunda el saludable terror que inspiró a los piratas y, también—al menos en aquella época—su magnanimidad con los vencidos. Por tal motivo, sólo continuaron resistiendo los jefes más recalcitrantes de la Cilicia. Pero su valor insensato nada pudo contra la disciplina y el excelente armamento de los romanos. El vencedor desembarcó a sus hombres en la costa y redujo con máquinas de asedio y asaltos de infantería todas las fortalezas y guaridas de los corsarios. En resumen, fuera de diez mil muertos, veinte mil piratas cayeron vivos en manos de Pompeyo, victoria que permitió el restablecimiento del comercio y del tráfico marítimo.

Lúculo contra Mitrídates

Los poderes extraordinarios concedidos a Pompeyo debían terminar al mismo tiempo que la campaña contra los piratas. No fue así. Se le otorgaron de nuevo amplios poderes, esta vez en atención a la guerra contra Mitrídates.

Mitrídates permaneció tranquilo mientras vivió Sila, pero nadie en Roma tenía la menor confianza en este astuto oriental. Desde la muerte de su antiguo adversario comenzó a prepararse para una nueva guerra contra los romanos. Reclutó piratas y otros enemigos de Roma. Se le ofreció un *casus belli* cuando su vecino, el último rey de Bitinia, siguió el ejemplo de Átalo III y cedió su reino a los romanos. Apenas tomaron éstos posesión del país, lanzóse Mitrídates sobre las posesiones romanas del Asia menor.

Los romanos iniciaron la guerra con energía y éxito gracias a Lúculo, uno de los jefes del partido senatorial. El terreno le era desfavorable, pero él compensó esta desventaja con su habilidad estratégica. Mitrídates hubo de retroceder en todos los frentes, abandonó su país y huyó junto a su yerno, Tigranes de Armenia, que, con sus afortunadas conquistas, había creado el poderoso reino de Asia anterior. Tigranes, confiando en su fuerza, se negó a entregar a su suegro. Pero Lúculo invadió Armenia—era la primera vez que un ejército romano atravesaba el Éufrates y el Tigris—, derrotó al adversario, superior en número, y tomó la capital de Tigranes.

Los legionarios empezaron a murmurar, no sin motivo. Su general prohibía a las tropas recoger botín en el país conquistado, pero él, aparentemente, no se privaba de nada: cargaba caravanas de camellos y carros con todos los tesoros de Oriente. Cuando llegó el invierno, los soldados, tiritando de frío entre la nieve y el hielo de las montañas inhóspitas, se amotinaron. Exigieron el regreso inmediato a Roma; que continuase a solas la guerra su general, ya que él solo sacaba provecho de ella. Lúculo, entonces, hubo de retirarse a Mesopotamia y de allí al Asia menor. Reducido a la impotencia, no pudo impedir que Mitrídates y Tigranes reconquistaran sus países.

Por otra parte, Lúculo tenía otros adversarios además de sus legiones. El general siempre actuó con energía contra los funcionarios romanos que explotaban el Asia menor, y quiso poner término a sus abusos y exacciones. Esta política le acarreó entre tales gentes enemigos poderosos que no descuidaron ocasión para perjudicarle. Sobornaron a los tribunos para que persuadieran a la asamblea que sustituyeran a Lúculo, pues la destitución del general les dejaría otra vez las manos libres en una provincia que para ellos era una verdadera mina de oro.

Pompeyo manejaba los hilos de esta trama contra Lúculo. Su ambición no quedó satisfecha sólo con la guerra contra los piratas; codiciaba el mando supremo de una campaña importante. Y una expedición a Oriente constituía su ilusión. Cneo Pompeyo sucedió a Lúculo al frente del ejército de Oriente. De nuevo se alzaron protestas: sin duda eran demasiados poderes en manos de un solo hombre. Pero Pompeyo tuvo la habilidad de quejarse de la "carga aplastante" que pesaba sobre seis hombros. No deseaba más que una cosa: vivir tranquilo en el seno de su familia, lejos de la gloria; sólo por deber aceptaba esta nueva misión.

El general destituido y su sucesor se encontraron en una ciudad de Galacia. Fue un momento dramático. Los amigos de ambos rivales hubieron de separarlos. Su nombre pasó a la posteridad por su vida ostentosa más que por sus victorias. Sus fincas y jardines eran verdaderas maravillas. En cuanto a los festines... Recibió un día la visita inesperada de dos amigos y los invitó a comer. No habían pensado en esta posibilidad, pero aceptaron a condición que su anfitrión los tratara con sencillez. "No temáis—dijo Lúculo—, tendréis la suerte de comer puchero." La comida sería servida, además, en un comedor pequeño. El almuerzo le costó a Lúculo una fortuna, pues los servidores sabían que debían servir una comida en extremo cara cuando su señor elegía aquella sala para comer.

¿Cómo podía gastar tantísimo dinero en una sola comida y con tan pocos convidados? Sencillamente, porque los gastrónomos romanos tenían el prurito de servir sólo los platos más raros, los más difíciles de conseguir. Por ejemplo, sesos de pavo real y lenguas de ruiseñor. Ningún naturalista hubiera sondeado los mares y recorrido lejanos países en busca de animales y plantas raras con más afición que el anfitrión romano en busca de platos originales. Pero Lúculo no era sólo un sibarita; tenía también otras aficiones más elevadas, sobre todo por la ciencia y la cultura. Reunió en torno suyo un círculo de literatos, sabios y artistas, gastó enormes sumas en colecciones de rollos y obras de arte que abrió al público.

Pompeyo y el poder romano en Oriente

Cuando Pompeyo se enfrentó con la misión que Lúculo no logró terminar, su predecesor había realizado ya el peor trabajo. Además, Pompeyo disponía de tropas más numerosas y una autoridad mucho más amplia que la de Lúculo; por otra parte, Mitrídates habíase agotada tanto en esta guerra que pidió la paz. Pompeyo exigió una capitulación sin condiciones. Pero cuando Mitrídates se vio constreñido ante dos posibilidades, la de seguir las hostilidades o la muerte, volvió a tomar las armas y juró no pactar la paz con Roma. Pompeyo envolvió al viejo zorro en su último rincón, el Ponto; pero no pudo obligarle a entablar batalla. Un día, por fin, consiguió Pompeyo atraer a Mitrídates a una emboscada y destruyó sus últimas tropas. El anciano rey consiguió escapar una vez más a la muerte, buscando nuevo refugio junto a Tigranes; pero fue decepcionado: su yerno prefirió entregarse al vencedor. A cambio de su rendición, Tigranes pudo conservar su patrimonio, la Armenia actual, como vasallo del Estado romano. Para atraerse la amistad de Roma llegó incluso a poner precio a la

cabeza de Mitrídates. El anciano rey huyó entonces a sus posesiones del mar de Azov. Pompeyo lo persiguió empujándolo hasta la Cólquida, la legendaria orilla del mar Negro donde los argonautas buscaron el Vellocino de Oro. Allí terminó la persecución. Era temerario exponer al ejército a tal peligro, adentrándose en regiones desconocidas, pobladas de tribus hostiles y salvajes. Prefirió volver al Asia menor para restablecer el orden. Fijó las fronteras orientales del imperio romano, que permanecieron inalterables durante muchos años.

Siria vivía en permanente desorden desde la guerra de Antíoco III con Escipión, en el año 190 antes de Cristo; Pompeyo puso orden en los asuntos de ese reino y lo convirtió en provincia romana (66 antes de Cristo).

Al sur del país, los judíos habían vuelto a manejar su política interna, dirigidos por el belicoso grupo de los Macabeos. Pero la nación judía estaba desintegrada a causa de las guerras civiles, lo que proporcionó a Pompeyo un buen pretexto para intervenir. Poco le costó al romano conquistar la capital, Jerusalén; sin embargo, los judíos, atrincherados en el templo y puesta la confianza en Yahvé, le opusieron feroz resistencia. Pero los romanos tenían mucha experiencia en sitiar ciudades. Con la rendición, su heroica lucha acabó en un mar de sangre.

Fue una prueba terrible para los judíos ver cómo Pompeyo profanaba el *Sancta Sanctorum*. "Pompeyo -dice el historiador romano Floro- alzó el velo sagrado que ocultaba la cámara santa de los judíos. El general se admiró al no encontrar ninguna estatua de dioses en el gran templo del pueblo impío." Sólo vio un candelabro de oro de siete brazos, una bandeja de oro con pan ácimo y los libros sagrados. Pompeyo contempló estos objetos litúrgicos sin tocarlos. Luego confió la administración de Palestina al sumo sacerdote, sometido a la autoridad de Roma.

La fortuna favoreció a Pompeyo tanto en Siria como en otros lugares. Ante los muros de Jericó, supo que Roma quedaba libre en lo sucesivo de su enemigo más temible. El anciano Mitrídates se había establecido a orillas del Azov, donde su hijo Farnaces, señor del Quersoneso, juzgó que valía más prevenir que lamentar: encerró a su padre en el palacio real. El anciano suplicaba a su hijo que no manchara sus manos con sangre paterna. Desde luego, algo hizo la escena menos emotiva: el viejo tirano había manchado las suyas con la sangre de su madre, de cuatro de sus hijos y de muchos otros parientes.

Las súplicas de Mitrídates no hallaron eco en Farnaces. El padre comprendió que ya no había esperanzas, pero no quiso abandonar solo este valle de lágrimas. Obligó a sus mujeres, a su concubina (disfrazada de hombre para poder seguirle en la huida) y a sus hijas (entre ellas las esposas de los reyes de Egipto y Chipre) a beber la copa de veneno, antes de tomarla él. Pero Mitrídates se había inmunizado contra el veneno, de modo que éste no le hizo efecto; ordenó, pues, a un soldado que le cortara la cabeza. Así murió Mitrídates, a los sesenta y ocho años, en 63 antes de Cristo. El mundo romano suspiró aliviado. Después de Aníbal, Roma no había tenido un enemigo tan atosigador.

Cicerón y la conjuración de Catilina

Catilina era un patricio romano de alta alcurnia; en su juventud había sido el representante más típico de la juventud rica y totalmente corrompida de la gran ciudad. Sus vicios, como sus cualidades, lo presentaban como un segundo Alcibíades, peor todavía que el primero. La posteridad conservó la semblanza de este tipo peligroso en la obra literaria de su acusador Cicerón y del historiador Salustio.

Catilina se enorgullecía de su estirpe y quería desempeñar en el mundo un papel digno de sus antepasados, pero, por desgracia, no tenía dinero. Sus apetitos insaciables

de placer le impulsaban a todas las audacias y bajezas para enriquecerse. Un hombre así, no desaprovechó las proscripciones de Sila. Uno de los más ardientes defensores del dictador, Catilina mató a su padre durante las proscripciones y escapó a los anatemas de la ley haciendo inscribir el nombre de su víctima en las listas, una vez perpetrado el crimen.

Catilina no sabia almacenar dinero como Creso, ni hacerlo fructificar, pues se le escapaba de entre los dedos. La sed de placeres y de dinero lo arrojó en una sangrienta y desenfrenada carrera. Las aventuras amorosas ocupaban lugar importante en la vida de Catilina. El mayor escándalo fue su compromiso con una vestal. Asesinó a su esposa para poderse casar con otra mujer célebre por su belleza y ligereza de costumbres. Corría el rumor, también, que su nueva esposa era fruto de sus relaciones con la mujer de un alto funcionario romano; de esta mujer, dice Salustio con su lengua impenitente, "no había nada que elogiar una vez alabada su belleza".

Catilina era el libertino número uno de la Ciudad Eterna. Gustaba de corromper a los jóvenes nobles romanos hasta hacerlos como él. Dice Salustio que dirigía una especie de escuela donde se aprendía a deponer falsos testimonios, imitar las firmas y desembarazarse de uno sin ser descubierto (aunque sólo se hiciera a título de ensayo). Cicerón nos permite adivinar el carácter de los jóvenes amigos de Catilina: dice que se perfumaban de tal forma que podían identificarse desde lejos.

Catilina llegó a ser un peligro no sólo para la moralidad, sino también para la seguridad pública, al dedicarse a la política. Para alcanzar el poder, cada año solicitó el consulado; jamás fue elegido. Ante sus repetidos fracasos, fraguó una conjuración para hacerse nombrar dictador de Roma y repartir con sus amigos los cargos y bienes del Estado. Entre los conjurados hubo personas pertenecientes a las familias más distinguidas de Roma; algunas matronas participaron también en el complot. Además de estos miembros "oficiales", la conjuración contaba con otros innumerables, dispuestos a secundar a sus jefes apenas la conjuración ofreciera posibilidades razonables de éxito. Éste era el peligro, y un peligro grande.

Pero, se dirá, ¿cómo pudo lograr Catilina tantos adeptos? El joven libertino no tenía rival para enmascararse. Pese a sus tendencias anárquicas, afectaba las apariencias de un demócrata. Nada le costaban las promesas más lisonjeras; quería "liberar a los oprimidos de sus cadenas", decía, y suprimir todas las deudas, haciendo fructíferas todas las riquezas del Estado. Desde luego, sus oyentes no deseaban otra cosa, y así, la conjuración se extendió a toda Italia. Con todo, un hombre se irguió contra Catilina, el abogado Marco Tulio Cicerón, el mayor orador de Roma. Tenía la misma edad que Pompeyo.

Cicerón era un autodidacto. Cierto que procedía de una familia rica y culta, pero, nacido y educado en una ciudad provinciana, no podía evocar ningún antepasado. Cuando entró en la liza política de la capital, no tuvo protector que pudiera ayudarlo en caso necesario. Pero era entusiasta, bien dotado, fogoso patriota y sentía ardiente deseo de hacer respetar por doquier el nombre romano. Formado en las escuelas griegas de filosofía y retórica, manejaba con singular elegancia (al estilo griego) la soberbia lengua de los romanos. El estilo de Cicerón llegaría a ser modelo de latín "clásico".

A los veintiséis años, Cicerón pronunció su primer discurso importante, la defensa judicial de Sexto Roscio de Ameria. El proceso descubrió los crímenes de los favoritos del dictador Sila.

La causa de este proceso fue que Roscio heredó de su padre y homónimo bienes de gran valor. Uno de los libertos de Sila, un griego rico y corrompido llamado Crisógono, se interesaba por estos bienes. Para apoderarse de ellos, hizo inscribir en una lista de proscripción el nombre de Roscio, padre, lo que le permitió comprar todos los bienes de la víctima por una cantidad

ínfima. Para evitar posibles y desagradables complicaciones, Crisógono intentó deshacerse del joven Roscio con ayuda de secuaces. Al no conseguirlo, el liberto mostró atroz perversidad: compró testigos falsos y acusó al joven de parricida.

Cicerón demostró que tan terrible acusación estaba desprovista de todo fundamento y que, por el contrario, existían bastantes sospechas contra los hombres de Crisógono. Cicerón obtuvo la libertad de Roscio y su rehabilitación completa, aunque continuó siendo pobre. En tiempos de Sila era inconcebible que un individuo inscrito en las listas de proscripción pudiese recobrar ni una parte de sus bienes.

Cicerón dio pruebas de audacia atacando a una de las hechuras del todopoderoso Sila; se necesitaba mucho valor para expresarse así en una época en que el terror paralizaba todas las lenguas. Sin embargo, Cicerón tuvo sumo cuidado en no pronunciar todas las frases que añadió después en la versión de sus discursos.[6]

Por su valiente intervención en el caso de Roscio, Cicerón creóse un prestigio como abogado. Después escogió la carrera política y triunfo muchas veces en el Foro gracias a su elocuencia. En 64 antes de Cristo, propuso su candidatura para el consulado del año siguiente, contra Catilina; después de una violenta campaña electoral, ganó la partida. Una vez cónsul, Cicerón empleó todos los medios que su cargo le ofrecía para hacer fracasar a su peligroso enemigo. Entre los conjurados tenía dos espías que comunicaban al cónsul todos los planes de Catilina. Cicerón supo así que Catilina planeaba su muerte. Se rodeó de precauciones y escapó al puñal de los asesinos.

Descubierta la conjuración, Cicerón convocó al Senado. Catilina cometió la imprudencia de aparecer ante los senadores y fingir inocencia. Cicerón desenmascaró al criminal en un inflamado discurso, la célebre primera Catilinaria, que empieza con la frase que se ha hecho proverbial: *Quousque tandem?*

> "¿Hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestra paciencia? ¿Cuánto tiempo aún esquivará nuestros golpes tu furor? ¿Hasta dónde se atreverá tu audacia desenfrenada? ¡Oh, tiempos! ¡Oh, costumbres! ¡Todo lo sabe el Senado, el cónsul lo ve y todavía vive este hombre! ¿Vive? ¿Qué digo? Viene al Senado, participa en las deliberaciones y apunta y señala con los ojos a aquellos que asesinará de entre nosotros. Pues bien, lo que era preciso hacer tiempo ha, tengo que aplazarlo por graves razones. Sólo morirás cuando no haya nadie tan malo y vicioso como tú, tan semejante a ti, que no convenga que actúe según la ley. Mientras exista un hombre que se atreva a defenderte, vivirás."

Catilina respondió con insolencias, pero los senadores no le dejaron seguir: su cólera hizo temblar la sala hasta sus cimientos. Lleno de indignación, Catilina abandonó el Senado entre abucheos y vehementes amenazas y aquella misma tarde abandonó Roma. Cicerón podía respirar. Su primera catilinaria había alcanzado el objetivo.

Catilina se refugió en Etruria, donde se formó un ejército que agrupaba a los antiguos partidarios de Mario, veteranos expulsados de las legiones de Sila y muchos otros descontentos. Catilina se puso al frente y se proclamó a sí mismo cónsul. El gobierno replicó declarándole enemigo del Estado, lo mismo que a sus hombres. Catilina tenía partidarios también en la propia Roma. Según Cicerón, esta "quinta columna" tenía por misión asesinarle a una señal dada e incendiar al mismo tiempo la ciudad.

---

[6] El abogado adorna el nombre del omnipotente dictador con los epítetos más halagadores, como "el valiente e ilustre Lucio Sila a quien tengo el honor de nombrar; insiste en el hecho que Sila no puede tener la menor complicidad en el asunto". "No hay que extrañar -dice Cicerón- que tal delito escape a la atención de un hombre que debe dirigirlo todo él solo; un hombre absorbido por tanto negocios importantes que no tiene tiempo, por decirlo así, ni de respirar."

El cónsul veló infatigable por la seguridad de Roma. Para reducir a impotencia a los secuaces de Catilina, pronunció ante la asamblea del pueblo su segunda catilinaria, que desenmascaró a todos.

> "Si no pidieran más que juegos, vinos, orgías nocturnas y trato con prostitutas, sin duda nada bueno habría que esperar de ellos, pero al menos serían soportables; pero ¿quién tolerará ver a los más ineptos conjurarse contra los ciudadanos más laboriosos, a los locos contra los prudentes, a los licenciosos contra la gente sobria, a los aletargados contra quienes mejor velan? ¡Ah, parece que los veo: tendidos en torno a sus mesas, con mujeres impúdicas entre los brazos, ebrios de vino, hinchados de comer, la cabeza ceñida de flores y el cuerpo perfumado, embrutecidos por el desenfreno, vomitando amenazas contra los ciudadanos y planeando el incendio de Roma!".

Semanas después, Cicerón tenía en su poder documentos y pruebas de la existencia y planes de la conjuración. En el acto fueron detenidos los cabecillas y depositados los papeles comprometedores ante el Senado: los conjurados proyectaban fomentar en la Galia una revolución que esperaban se extendiera a España.

Las deliberaciones del Senado prosiguieron todo el día y el cónsul fue felicitado oficialmente por su celo. Los ciudadanos, ansiosos de noticias, se apretujaban en torno a la curia. Se levantó la sesión al atardecer. Al salir, Cicerón fue aclamado. El orador pronunció para la multitud reunida en el Foro la tercera catilinaria, en donde comunicó las medidas adoptadas y el homenaje que el Senado le había tributado.

Cicerón no era de los que esconden la luz bajo el celemín. No puede atribuírsele excesiva modestia cuando se leen sus frases en que se compara a Rómulo:

> "Ya que nuestro agradecimiento elevó al fundador de esta ciudad a la categoría de los dioses, como lo merecía, será justo también que, tanto vosotros como vuestros descendientes, tributéis el debido honor al hombre que supo conservar la ciudad una vez fundada y engrandecida. El Senado decretó plegarias solemnes a los dioses inmortales para su protección. Serán hechas en mi nombre, honor concedido por vez primera a un civil desde la fundación de Roma. El decreto dice textualmente: 'Porque yo salvé a la ciudad del incendio, a mis ciudadanos de la matanza, a Italia de la guerra'. Comparad estas plegarias con las del pasado y veréis que difieren en esto: aquéllas recompensaban los ciudadanos que sirvieron bien a la República; éstas recompensan al ciudadano que la ha salvado."

Dos días después, Cicerón convocaba de nuevo al Senado para deliberar sobre el castigo que debía darse a los conspiradores detenidos. En esta ocasión pronunció su cuarta catilinaria. En términos apremiantes, exhortó a los padres del Estado a reducir a los malhechores a la impotencia:

> "Amenazada por el hierro y por el fuego de una conspiración impía, la patria, nuestra común madre, suplicante, tiende las manos hacia vosotros: a vosotros es a quien se confía, a vosotros a quien confía la vida de todos los ciudadanos, la ciudadela y el Capitolio, y los altares de los penates, y el fuego de Vesta, que arde de continuo, y los templos y los santuarios de todos los dioses, y las murallas y casas de la ciudad."

También esta vez fue conquistado el Senado por la elocuencia de Cicerón, y decretó la ejecución de todos los prisioneros. Muchos de ellos pudieron escapar de Roma y reunirse con Catilina en Etruria. La mesnada de Catilina fue cercada por las tropas del Senado y destruida hasta el último hombre. Comprendiendo Catilina que todo estaba perdido, se arrojó contra las filas enemigas seguido por sus lugartenientes. Murió

dando pruebas de un valor digno de mejor causa. Cicerón recibió del Estado el título honorífico de *pater patriae* (padre de la patria).

Craso y César

En 61 antes de Cristo, Pompeyo, al regresar de Oriente, hizo su entrada triunfal en Roma. Los últimos sucesos demostraban que el poder Ejecutivo debía ser concentrado en manos de un solo hombre. De lo contrario, cualquier aventurero podría, cuando quisiera, poner en peligro la seguridad del Estado y de los ciudadanos. El hombre que tenía la fuerza del ejército a su disposición llegaba precisamente en aquel momento. La corona se le ofrecía como un fruto que no había más que coger. Muchos predecían que el año 691 de la fundación de Roma (62 antes de Cristo) sería el fin de la República. Todos los partidarios del sistema republicano, tanto senadores como miembros del partido popular, aguardaban con ansiedad el retorno de Pompeyo. El general se había pronunciado abiertamente en favor de la democracia, pero el partido popular desconfiaba de esta profesión de fe. Era prudente buscar un hombre que sirviera de contrapeso al dueño de Oriente. Craso compartía esta opinión. El partido popular estaba cada vez más convencido que Craso era la única solución. Los demócratas carecían de jefes desde las proscripciones de Sila.

Pero Craso, solo, no tenía posibilidades frente a un hombre que disponía de un ejército poderoso y dispuesto a la guerra. Sería apoyado por un hombre nuevo cuya estrella era creciente en el firmamento del partido demócrata: **Cayo Julio César.**

Julio César nació hacia el año 100 antes de Cristo y pertenecía a una gran familia, la *gens Julia*, que se enorgullecía de descender de Julo, el hijo de Eneas. Circunstancias familiares pusieron a César en relación con el partido demócrata. En efecto, Mario se había casado con una tía de César y éste se casó con la hija de Cinna, uno de los demócratas más fervorosos. Cuando Sila se adueñó del poder, César no modificó su orientación política, como otros; al contrario, se atrevió a desafiar al omnipotente dictador cuando éste le ordenó que se divorciase y se casara con una matrona "honorable". El nombre de César apareció pronto en lugar destacado en las listas de proscripción. El dictador no hacía caso de los ruegos de amigos influyentes y replicaba: "No sabéis lo que hacéis, pues este joven será con el tiempo mucho más que Mario". Para los demócratas, esta frase era la mejor recomendación.

Según parecía al principio, la única ambición de César era sobresalir entre los jóvenes romanos extravagantes. Derrochaba dinero a manos llenas. Pero, ¿no tenía segundas intenciones cuando organizaba para el pueblo distribuciones de trigo y espectáculos suntuosos? Un día presentó trescientos gladiadores con corazas de plata; otra vez organizó una representación excepcional: mil doscientos hombres cazaban cuarenta elefantes. Sus deudas ascendían ya a millones. ¡Pero qué importaba eso! Esta prodigalidad daría frutos a la larga. César alcanzó extraordinaria popularidad. Fue nombrado pro cónsul de España. Al gobernador de un país productor de plata poco había de costarle pagar sus deudas, pero sus. acreedores no lo hubieran dejado partir a tierras españolas si Craso no le hubiese prestado fianza por valor de 830 talentos. Una vez en la península, inició una campaña militar, con razón o sin ella, y llevó sus conquistas hasta el Atlántico y comarcas gallegas.

César acrecentó también su popularidad aprovechando al máximo su parentesco con el viejo Mario. Cuando murió su tía, procuró que el retrato de su esposo figurara en buen lugar en el cortejo fúnebre. Esto era un desaire para el Senado, que había declarado a Mario enemigo de la patria. Pero el pueblo no contuvo su entusiasmo

cuando volvió a ver la imagen del inolvidable héroe. Es casi cierto, aunque no existan pruebas jurídicas, que César y Craso estuvieron implicados en la conjuración de Catilina. Hay razones para creer que ambos aliados querían aprovechar la ausencia de Pompeyo para adueñarse del poder supremo, sirviéndose—provisionalmente—de Catilina. Como es lógico, César y Craso se mantuvieron en la sombra. Soltaban las riendas a Catilina, le permitían que hiciera el peor trabajo, que estableciera él solo la anarquía y el terror. Cuándo llegase el momento, aparecerían ambos a plena luz. para poner orden en Roma. Fracasado el golpe de Estado, César y Craso consiguieron borrar toda huella de complicidad.

Cuando el regreso de Pompeyo fue inminente, César y Craso comprendieron que tenían necesidad uno de otro. El peligro común unió al romano más rico con el romano más insolvente.

LOS TRIUNVIRATOS. JULIO CÉSAR

EL PRIMER TRIUNVIRATO

"Los tres tiranos"

Al regresar Pompeyo, la República estaba todavía en pie, pero la conjuración de Catilina había impresionado profundamente al pueblo. Mucha gente deseaba ver el Estado conducido por un jefe enérgico. Hasta entonces, ningún candidato a la corona manejó tantos triunfos como Pompeyo en este año 61 antes de Cristo. Pero, ¿aprovecharía la ocasión? Apenas desembarcó en Brindisi, adoptó una medida que dejó estupefacto al pueblo: licenció a su ejército, dando a cada legionario libertad de volver a su casa. Pronto se enteraría a su costa lo que valía un general sin tropas en la Roma de su época. Desde luego, Lúculo hizo cuanto pudo para dificultar la vida al hombre que le había arrebatado el mando y cosechado lo que él sembrara. El gastrónomo consiguió notables resultados: cuando Pompeyo pidió que fueran aprobadas las medidas adoptadas por él en Asia, tropezó con una oposición tumultuosa. Y cuando solicitó distribuciones de tierra entre sus soldados, le contestaron que no había tierras disponibles.

Con todo, Pompeyo pudo celebrar un triunfo brillante. Según se decía, en el cortejo vistió ropas que pertenecieron a Alejandro Magno. El botín de guerra sobrepasaba cuanto los romanos pudieron soñar. Las arcas del Estado aumentaron en unos centenares de millones. Pero los honores concedidos a Pompeyo cesaron con las últimas aclamaciones que saludaban su cortejo. El vencedor proporcionó a Roma doce millones de nuevos súbditos, es decir, dos veces la cifra de la población italiana de aquella época. Sin embargo, Cneo Pompeyo quedaba despedido por haber terminado su servicio. En Asia dispuso de tronos regios, fundó ciudades, creó nuevas fronteras en reinos y Estados... Sin duda, sintió amargamente haber licenciado sus soldados, pero era demasiado tarde. Cuando el Senado le volvió la espalda, sólo le quedó una cosa que hacer: desempeñar el papel de demagogo, para el que tenía muy pocas disposiciones. En el seno del partido democrático, César ocupaba ya el primer lugar y Pompeyo tuvo que contentarse con el segundo, posición que César cedió muy a su gusto.

En el año 60 antes de Cristo pactóse una alianza entre César, Craso y Pompeyo: se llamó **"primer triunvirato".** Coalición que puede considerarse como una prolongación de la que formaran Pompeyo y Craso once años antes. Los tres se unieron para ayudarse mutuamente y compartir el gobierno de Roma. Ante todo, decidieron unir sus fuerzas para que César fuese elegido en el siguiente consulado. Juntos los tres, tenían

suficientes partidarios para ejercer decisiva influencia en el Senado y en la asamblea popular. El triunvirato, según un historiador, era "la unión de la gloria, el genio y de la riqueza". Para reforzar más los lazos que unían a los triunviros, Pompeya se casó con la hija de César, la exquisita Julia.[7]

Pompeyo a solas no hubiera conseguido el reparto de tierras para sus soldados, pero lo obtuvo con la ayuda de los demás triunviros, sobre todo gracias a César, elegido cónsul el año 59 antes de Cristo. Después de violenta discusión con los senadores, la asamblea popular votó la distribución de tierras y aprobó las iniciativas de Pompeyo en Asia. César obtuvo para sí, cuando terminara su mandato consular, el pro consulado de las Galias. El procónsul tenía el mando de cuatro legiones. El ejemplo de los Gracos demostró que en Roma no se conseguía nada sin un ejército; para tenerlo se necesitaba primero mandar en una provincia.

Ironías del destino: Pompeyo era un hombre mejor dotado y más enérgico que él para desempeñar un alto mando militar. Cometía, como dice Mommsen, un verdadero "suicidio político". Las cosas llegaban tan lejos que Roma era gobernada ahora por tres "tiranos" y el Senado se veía reducido al papel de un consejo monárquico. Los republicanos estaban perplejos ante este "monstruo de tres cabezas". Pompeyo era el más expuesto a su cólera, pues se quedaba en Italia para presidir el reparto de tierras y afrontar la situación en caso necesario.

Cicerón era el alma de la resistencia a los triunviros. César estimaba mucho la elocuencia y talento literario del gran orador; deseando atraerle a su causa, le hizo muchas y tentadoras ofertas. Pero Cicerón rechazó todas aquellas tentativas para uncirle al carro de los "tres tiranos". Previno también a Pompeyo contra la ambición de César y Craso. Los triunviros determinaron entonces acabar con "el padre de la patria". Valiéndose de Clodio, enemigo mortal suyo, tribuno popular y hombre por lo menos tan brutal y corrompido como Catilina, lo acusaron de haber ejecutado a los partidarios de Catilina al margen de la ley, sin juicio ni sentencia dada por un tribunal competente.

El tribuno obtuvo de la asamblea el destierro del "padre de la patria" y la confiscación de sus bienes en provecho del Estado. Cicerón se marchó a Grecia. Su casa de Roma fue incendiada y también destruida su hermosa quinta de Tusculano. Desde hacía tiempo, Cicerón pertenecía ya al bando enemigo; había atraído sobre sí las iras de las asambleas y ello por su incorregible locuacidad. Según Plutarco:

> "No se podía ir ya al Senado, a la asamblea popular o a los tribunales, sin verse forzado a aguantar sus eternas muletillas sobre Catilina." Además, Cicerón no podía contener la tentación de proferir frases ingeniosas, aunque su causticidad le acarreara odios eternos. Ejemplos de sarcasmo ciceronianos: un día, Cicerón obtuvo gran éxito ante la asamblea del pueblo al pronunciar el panegírico de Craso; pero días más tarde, ante la misma asamblea, lo colmó de afrentas. Craso exclamó: "¿No fuiste tú, Cicerón, quien hace poco cantabas alabanzas mías en esta misma tribuna?". "En efecto -dijo Cicerón-, pero quería ejercitar mi talento de orador tratando un asunto desagradable." Un muchacho sospechoso de haber servido a su padre un pastel envenenado, montó en violenta cólera y amenazó a Cicerón con una paliza; recibió esta respuesta: "De ti, prefiero recibir antes palos que pasteles". Un ciudadano inculto y estúpido se tenía por un gran experto en materia de derecho; Cicerón le citó como testigo en un proceso y cuando el tonto declaró

[7] El yerno tenía seis años más que su suegro y dos veces la edad de su esposa: Julia contaba veintitrés años. Pompeyo habíase casado ya tres veces. Repudiada su primera mujer, se había unido con una hija de Sila, fallecida luego en el parto. Poco antes de su regreso, se había separado de su tercera mujer, infiel con... César. Decíase de éste que era en Roma "el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos". César había perdido también a su primera mujer. Poco ante se había separado de la segunda, acusada por el rumor público de ser la amante de un tal Clodio y... "¡la mujer de César no sólo debe ser honrada, sino que además debe parecerlo!". Poco después se volvió a casar.

que no sabía nada, le dijo Cicerón: "¿Piensas acaso que te pregunto sobre temas de derecho?". En el curso de otro proceso, el defensor de la parte adversa, Metelo Nepote, trató de turbar a Cicerón, repitiendo sin cesar con ironía: "¿Quién, pues, es tu verdadero padre, Cicerón?". Al principio, Cicerón no se dignó responder, pero al fin disparó esta réplica: "Querido Meteto, tu madre ha hecho todo lo que ha podido para que te hagamos también esa misma pregunta y para que sea mucho más difícil de responder". La madre de Metelo era famosa, en efecto, por su ligereza de costumbres.

El destierro anonadó a Cicerón, quien estuvo a punto de suicidarse; su correspondencia rebosa lamentaciones y reproches dirigidos a sí mismo. Se sentía, dice, como una planta arrancada de la tierra, que se va muriendo poco a poco. Al cabo de un año, Cicerón pudo volver a Roma, tomar posesión de sus bienes y obtener indemnización por daños y perjuicios. Los triunviros se percataron del gran error que cometían haciendo de su adversario un mártir. Al saber la noticia, Cicerón pasó, en un instante, de la más negra desesperación a la alegría más exaltada. El pueblo romano tributó un verdadero triunfo al "padre de la patria".

Los celtas

El proconsulado de César no comprendía sólo la Galia cisalpina, sino también una parte de la Galia transalpina. En 125 antes de Cristo, los romanos habían comenzado a erigir en provincia romana la Galia meridional hasta Lugdunum (Lyon). El recuerdo de esta anexión perdura aún en el vocablo Provenza. Era tan enorme el influjo cultural de la helénica Massilia (Marsella), que la romanización se verificó a un ritmo acelerado.

Los galos prefirieron siempre guerrear a cultivar la tierra, pero sus nuevos dueños los forzaron a cambiar la espada por el arado. Al oeste de los Alpes, la romanización no era tan profunda como en la Galia cisalpina. Una de las manifestaciones de esta diferencia era el vestido. Los romanos llamaban a los galos occidentales "galos con bragas", por oposición a los "galos con toga", que vivían al este de los Alpes. Sin embargo, había otra diferencia importante entre éstos y los "galos de largos cabellos", establecidos más allá de Lyon.

Cuando César alcanzó el proconsulado, esta zona de la Galia era todavía independiente. La tarea principal de César consistía en introducir en este país la administración romana y la cultura helénica. Después de ser el terror de Italia, los celtas habían escogido residencias fijas y se dedicaban a la agricultura. Habían fundado ciudades y construido fortificaciones. Sus navíos mercantes visitaban las costas del Atlántico y del mar del Norte.

Había muchas naciones célticas en Europa. Con una sola excepción—Irlanda—han desaparecido casi todas, absorbidas por otras. La razón debe buscarse en su falta de disciplina y en la ausencia de preocupación política. La noción de Estado era en absoluto ajena a los celtas. Cierto es que tenían jefes apellidados *rix*; pero éstos eran muy numerosos, no ejercían poder más que en una sola tribu y, para colmo, eran electivos. Los nobles se escogían entre la familia real, una vez consultados los dioses con ceremonias adivinatorias. El día de su entronización, el nuevo rey se situaba, sin armas y con un bastón blanco en la mano, ante una piedra señalada; allí, un bardo le leía las leyes; después, prestaba juramento, y a partir de entonces gozaba de sus derechos regios. El más importante de ellos era el de declarar la guerra. A las órdenes del rey, que a veces pactaba alianzas con otras tribus, los nobles participaban en el combate con sus soldados protegidos con casco alado y armados con un venablo, un hacha, un sable y un escudo cuadrado.

Durante las hostilidades, el cultivo de la tierra se dejaba a los agricultores libres y a los esclavos. En caso de ataque por sorpresa, las familias se refugiaban en un recinto de acceso difícil, rodeado de piedras amontonadas y árboles cortados. Si la tribu lograba la victoria, se entregaba a grandes fiestas, juegos, libaciones de hidromiel y cerveza fresca.

Concentrando toda la civilización céltica, los druidas acumulaban funciones de sacerdotes, médicos, hechiceros y jueces. Desde el punto de vista religioso, en su ciencia se mezclaban los conocimientos humanos y la adivinación. Como tales, se parecían a los brahmanes y a los magos del Irán. El poder de los druidas estaba relacionado con la encina, de la que recogían el muérdago con hoces de oro, vestidos de blanco, mientras los bardos salmodiaban cantos sagrados. A veces, en la profundidad de sus bosques consagrados a la Luz, a las Fuentes o al Sol, rendían un culto extraño a la naturaleza. Sobre unos altares formados con tres bloques de piedra, herencia neolítica, sacrificaban animales a sus dioses.

Los druidas eran, además, educadores de la juventud. Enseñaban la historia de la raza céltica, nociones dé física y de astronomía, algunos conocimientos sobre las plantas, recetas mágicas y, en especial, su doctrina sobre la inmortalidad del alma. Según la religión céltica, la muerte sólo era un cambio; después de ella, la vida continúa con sus formas y sus bienes en el otro mundo. De ahí el culto a los antepasados que son a la vez héroes y dioses, y viven en el país de los bienaventurados.

La literatura céltica, o al menos la que conocemos a través de Irlanda, responde a las preocupaciones religiosas populares. El misterio domina hasta tal punto que no se sabe nunca bien si se trata de hombres o de espíritus. Otros largos relatos ofrecen aspecto precursor de los cantares de gesta. Debido a la trasmisión oral, la mayoría de sus personajes se han perdido o han sido transformados, pero es indudable que los celtas crearon ciertos héroes occidentales, como por ejemplo el rey Arturo, Tristán e Isolda y otros.

El genio céltico aparece también en su arte. El amor a la belleza presidió sin duda la concepción de objetos tales como el vaso de Gundestrup o el caballero persiguiendo un jabalí. El arte decorativo se manifiesta sobre todo en orfebrería, armería, cerámica y esmalte. La espiral aparece a menudo y algunos creen que simboliza el ritmo alterno de la evolución y la involución, el nacimiento y la muerte: lo infinito.

En muchos aspectos, los celtas recuerdan a los griegos de la época homérica. Se halla en ambos pueblos idéntico ardor, el mismo amor a la poesía y al canto. Los vates griegos se asemejan a los bardos celtas. Los héroes y los simples mortales de la Ilíada habrían podido ser descritos según modelos celtas. Ambos pueblos pueden compararse a dos hermanos desarrollados con distinto ritmo. Los griegos se anticiparon, porque vivían en un clima favorable y mantenían contacto con pueblos civilizados; los celtas habitaban regiones más frías y tenían por vecinos a pueblos menos evolucionados; quedaron atrás, se desarrollaron con mayor lentitud.

La guerra de las Galias

Gallia est omnis divisa in partes tres. Estas palabras con que comienza César su relato sobre la campaña de las Galias, *De Bello Gallico,* significan sencillamente "En conjunto, la Galia está dividida en tres partes". El ritmo de la breve frase nos hace presentir la exposición de grandes hazañas, descritas como sólo sabe hacerlo un romano: sin circunloquios inútiles, en estilo sencillo, luminoso y claro, a la vez digno y vivo. No debe olvidarse, sin embargo, que el libro describe los sucesos con parcialidad:

habla el vencedor. Cierto que la obra es un documento, pero también lo es de propaganda y así debe ser juzgado.

Cuando César asumió el mando en la Galia transalpina, el país estaba amenazado, como en tiempos de Mario, por bandas de germanos nómadas; los mismos galos no eran bastante poderosos para afrontar el peligro. Los germanos eran más peligrosos aún al inmiscuirse en las luchas intestinas que dividían a las tribus celtas. Años antes de la llegada de César, una de las tribus había pedido ayuda a mercenarios germanos, mandados por el rey Ariovisto. Éste se prendó de tal forma de la Galia que, después de haber cumplido su misión, no se apresuró a regresar a su patria, antes al contrario, forzó a los galos a poner sus tierras a disposición de sus soldados y de las otras bandas germánicas que recorrían el país. Incrustó así un reino germánico en el seno de los territorios celtas. Pronto quedó en manos de Ariovisto toda la Galia central. Trataba a los celtas como vencidos, incluso a la tribu a la que ayudara poco antes. Ariovisto anunció sus éxitos en Germanía y la noticia corrió como reguero de pólvora. Desde las fuentes del Rin hasta el mar del Norte, los germanos pusiéronse en movimiento. En ese momento, las legiones de César prestaron ayuda a los galos; su general comprendió que serían bien pagados sus servicios.

Mommsen cree que, al iniciar su campaña en las Galias, César tenía conciencia de añadir nuevos territorios a la civilización grecorromana. Otros historiadores creen más bien que, para César, la Galia era un campo de ejercicio que le preparaba para la guerra civil inminente en Roma y el teatro de grandes hazañas que le harían ser admirado y respetado por los romanos.

El antiguo señorito romano se reveló de pronto como el mayor general de su tiempo. César, aunque de constitución delicada, estaba animado de una voluntad indomable. No retrocedía ante ningún esfuerzo; nadie hubiera podido recorrer tan largas distancias en tan poco tiempo. Dormía en su carro de viaje o en su litera. En las marchas forzadas se le veía al frente de sus legiones, siempre con la cabeza descubierta bajo un

sol abrasador o una lluvia torrencial. Cuando un río interrumpía el paso de las tropas, él se arrojaba el primero al agua y nadaba hasta la otra orilla. Si alguna vez se replegaba una legión al empuje enemigo, se lanzaba al combate y luchaba como cualquier soldado. Montaba a caballo como nadie en el ejército. Los soldados veneraban a tal jefe, a ese genio de la estrategia dispuesto siempre a reanimar los ánimos más débiles.

Los celtas de la Galia central pidieron ayuda a César llorando a sus pies -él mismo nos relata esta escena dramática-; César intervino con la rapidez y energía que lo caracterizaron siempre. Entró en contacto con Ariovisto y propuso una entrevista. El jefe germano respondió con altivez: "¿Quién es ese César? Si quiere verme, que venga hasta mí. Y, además, ¿por qué se ocupa de lo que hacemos nosotros, los germanos? ¿Es que yo me ocupo de los asuntos de los romanos?".

César comunicó al rey que podía permanecer en la Galia a condición de- no llamar a otros germanos. Ariovisto replicó que tenía tanto derecho a reinar en la Galia central como los romanos en la Galia meridional. César decidió, pues, acabar de una vez. Ambos adversarios -retomaron contacto en la región que hoy llamamos Alsacia. Algo más conciliador, Ariovisto aceptó una entrevista. Dio a entender a César que comprendía muy bien la situación y conocía sus debilidades. Si César le dejaba obrar a su antojo en la Galia central y septentrional, Ariovisto, a. su vez, ayudaría a César a conquistar el poder de Roma.

Pero César estaba harto de negociaciones. Temiendo que se relajara el espíritu bélico de sus soldados, obligó al germano a un combate, que fue verdadera matanza. Sólo algunos hombres de Ariovisto lograron escapar atravesando el Rin a nado o en pequeñas embarcaciones, entre ellos, el propio rey, que murió poco después, sin duda a causa de sus heridas. Otros pueblos germanos que avanzaban hacia el Rin, se asustaron y regresaron a Germanía. Algunos germanos prefirieron quedarse en la Galia como colonos; César los hizo defender la línea del Rin contra sus antiguos compatriotas. Este río se convirtió en frontera definitiva entre germanos y romanos. Éste fue el resultado más importante y duradero de la victoria sobre Ariovisto.

César tuvo pronto ocasión de dirigir también sus armas contra la Galia del norte. Poderosas tribus belgas poblaban las regiones lejanas del nordeste y oeste. La guerra contra ellas fue una de las más penosas de la carrera militar de César. Pertrechados detrás de Sella, los pueblos nervios de Buduognat atacaban a los romanos y se retiraban a los bosques para reaparecer de nuevo, cien metros más allá.

> "Los belgas se enfrentaron con nosotros sin descanso -cuenta Julio César en su *Guerra de las Galias-,* mientras su presión aumentaba en ambos flancos. La situación era crítica. Viendo esto, César tomó el escudo a un soldado de retaguardia y avanzó a primera línea. Allí habló a cada uno de los centuriones, llamando a cada cual por su nombre y arengó al resto de la tropa. Dio orden de avanzar los estandartes y ampliar las líneas para poder servirse más fácilmente de las espadas."

La llegada de tres legiones frescas al campo de batalla cambió por completo la situación. La sabia táctica de César superó la bravura en exceso impetuosa de los belgas. La tribu de los nervios fue poco menos que aniquilada. En cuanto a los aduáticos, que llegaron demasiado tarde al combate, Julio César los capturó en su fortaleza y vendió 53,000 de ellos como esclavos. La conquista del territorio no había terminado, sin embargo. Refugiados a lo largo del mar del Norte, en un país anfibio donde las marismas alternaban con bosques, los morinos y menapios no cesaban de tender emboscadas a las legiones romanas. Por otra parte, les llegaban con regularidad refuerzos de las colonias celtas de Inglaterra, ya en barcos ligeros de mimbres recubiertos de cuero o en barcos de madera carenados por medio de cortezas y juncos.

Para terminar con esta coalición de pueblos ribereños, Julio César se vio obligado a construir una ilota y desembarcar dos veces en Inglaterra. Los británicos se defendieron con valor; sus muchos carros de combate les permitían gran movilidad. Franqueando el Támesis en su segunda campaña, César obligó al jefe de los británicos a reconocer la supremacía de Roma. César no quería la conquista definitiva de la isla. Estas expediciones tuvieron importancia para el futuro, pues probaban a los sucesores de César que la conquista de este país sería empresa fácil. Un siglo más tarde, la Gran Bretaña sería anexionada al imperio.

César dirigió otra expedición para inspirar temor a los germanos. Los romanos atravesaron el Rin sobre un puente construido a tal efecto. Era la primera vez que las legiones penetraban en los bosques de Germania. Pero a los dieciocho días de marcha, César dio media vuelta y destruyó el puente. Esta expedición sólo tenía un fin determinado: convencer a los germanos que su intervención en los asuntos de la Galia acarrearía automáticamente la invasión de su país. Pero, entretanto, los belgas se aprovecharon para reagrupar sus tropas bajo el mando de Ambiorix, rey de los eburones, y de Induciomaro, rey de los tréviros.

A1 saber que las legiones romanas se habían dispersado a causa de una pésima cosecha, Ambiorix consiguió atraer, fuera de su campamento del valle de Geer, a las fuerzas que mandaban Sabino y Cota, dos lugartenientes de César. Los exterminó en un combate que duró desde la salida del sol hasta la hora undécima. La rebelión se generalizó. Pero al recibir de Roma tres nuevas legiones, Julio César se vengó con saña.

> "Todos los pueblos -cuenta sin avergonzarse-, todos cuanto, edilicios aislados se veían, eran incendiados; se saqueaba por todas partes; aquella inmensa multitud de animales y de hombres consumían cantidades ingentes de cereales sin contar las que la estación avanzada y las lluvias habían cubierto. Aunque algunos hubiesen escapado ocultándose, era evidente que sucumbirían de hambre."

Induciomario intentó por última vez un ataque al sur de Tréveris, fue rechazado y muerto cuando franqueaba el Mosa.

Un héroe galo: Vercingetórix

En cambio cosechaba éxitos el valiente Vercingetórix. Sabía enrolar a los galos en la lucha y conseguía conservar sus tropas cuando la situación alcanzaba fases críticas. Los celtas veían en él al héroe de su libertad, al único hombre capaz de reconquistar su independencia.

Vercingetórix conocía a su pueblo. Tenía la prudencia de evitar toda batalla campal. No dudaba en emplear la estrategia de tierra calcinada, asolando su propio país, destruyendo sus propias ciudades, para matar de hambre a su adversario. Apenas los romanos se exponían para abastecerse, Vercingetórix lanzaba sobre ellos su caballería, superior en todos conceptos, y retornaba a reductos ,casi inexpugnables, donde acantonaba sus fuerzas. La lucha se concentró en torno a estas plazas fuertes. Fue una contienda larga y penosa, llevando los galos mucho tiempo la ventaja. La batalla decisiva se trabó durante cinco días cerca de Alesia, en el corazón de Galia. Cuando Vercingetórix se vio en situación desesperada, reunió a los principales jefes galos y les propuso entregarse a los romanos para salvar la vida de los demás. César exigió que los galos depusieran las armas y entregaran a su jefe. Aceptaron cuando el noble Vercingetórix se ofreció en sacrificio por su pueblo.

Altivo como una divinidad, Vercingetórix, revestido con su equipo más espléndido, se dirigió a caballo al campo romano. El joven héroe llegó a la tribuna donde se sentaba César; el galo ofreció al vencedor su caballo y sus armas diciendo: "¡Toma el más valiente de los héroes! ¡Has vencido a un hombre valeroso!". Después se postró ante César. Corría el año 53 antes de Cristo. César había conquistado para Roma un territorio tan grande como dos veces Italia, y acrecentado su población en cinco millones de habitantes, casi tanto como toda la población italiana de su época. Vercingetórix permaneció cinco años cautivo en Roma y después figuró en el cortejo triunfal de Cesar, a la espera del triunfo de César, en cuyo cortejo figuró antes de ser decapitado. Tal fue el trágico fin del gran jefe de los celtas, su "último caballero". Pero, por repulsiva que fuese esta crueldad romana, no era insensata. Para los romanos, Vercingetórix era más peligroso que otro cualquiera. Roma veía en él un nuevo Aníbal, el campeón que en un momento crítico podría encender de nuevo la rebelión en la Galia y destruir así la obra a la que César había consagrado su vida.

Después de ocho años de guerra, la Galia transalpina estaba sometida. César se mostró generoso con los vencidos; en contrapartida, los celtas aceptaron las leves de los romanos, sus costumbres y hasta su lengua. Cuando César visitó después la Galia cisalpina, la población gala recibió con entusiasmo al vencedor de sus hermanos, los celtas de allende los Alpes. Convirtióse la Galia en bastión contra la presión de las tribus germánicas, pues he aquí la importancia histórica de la campaña de las Galias. Desunidos y veleidosos, los galos no hubieran podido contener por sí solos la marea germánica. Se puede con creer con Mommsen que si César no hubiese ido allí y si el gobierno de Roma lo hubieran manejado las débiles manos del Senado, la migración germánica se habría producido cuatro siglos antes. La cultura greco-latina no habría alcanzado a asentarse sólidamente ni en el sur de Galia ni en España.

Según Mommsen, si Ariovisto (que fue en la historia el primer general y estadista de raza germánica) hubiese podido imponer su política, "nuestra civilización se hubiera parecido tan poco a la civilización grecolatina como a la civilización asiria o india. Si un puente une el último esplendor de la Hélade y Roma con la historia de los nuevos tiempos es precisamente obra de Julio César". Con sus campañas en Galia, César dio tiempo a los romanos para romanizar Occidente, como los griegos lo habían helenizado.

LA SEGUNDA GUERRA CIVIL

Muerte de Craso

En el año 56 antes de Cristo, los optimates quisieron quitarle a César sus poderes en la Galia. César comprendió que Pompeyo, por impotencia o malquerencia, no era de fiar y que debía impedir a toda costa que Cicerón lo atrajera al partido senatorial. En una entrevista a que los invitó para dar nuevo impulso al triunvirato vacilante, César, Pompeyo y Craso decidieron repartirse las más importantes provincias durante cinco años. César conservaría la Galia, Pompeyo recibiría España, y Craso, Siria. El pacto confirmaba a César el apoyo del más acaudalado de los triunviros. Craso, con sus cincuenta años de edad, poseía al fin un país lo bastante rico para satisfacer una codicia tal que ya era en él una segunda naturaleza.

¡Pobre Siria! Craso no se abstuvo de nada. Ni siquiera se privó del placer de arrebatar los tesoros del templo de Jerusalén y otros santuarios. No sólo sentía sed insaciable de oro. También le halagaba el demonio de la ambición. Ya antes lo ilusionó una corona real, pero Pompeyo y César sé la imposibilitaron. Ahora vio ocasión de nimbarse, también él, de gloria militar, atacando a los partos. Vecinos de los territorios romanos de Oriente, desde las conquistas asiáticas de Pompeyo, los partos habían ensanchado sus territorios hasta tres ríos: el Éufrates al oeste, el Indo al este, y el Oxo al norte. Los partos eran excelentes guerreros, muy temidos por su destreza en el manejo del arco. Cuando el adversario los creía derrotados, disparaban por encima del hombro una nube de flechas mortíferas a sus perseguidores. Los arqueros partos fallaban rara vez sus blancos. Llevaban todos sus caballos a la guerra, disponiendo así siempre de cabalgadura descansada. El enemigo perseguido por los partos no tenía probabilidad de escapar.

Craso opinaba que vencer a tal enemigo, emparentado además con los persas, equivalía en verdad a la sumisión de la Galia. Franqueó el Éufrates al frente de un formidable ejército romano. Imaginábase ya conquistador del imperio parto y de la India. Debe señalarse que Roma no tenía pleito contra ninguno de estos países: Craso se lanzaba a la guerra por pura codicia y ambición. Pero, enfrentado con la penosa realidad, el nuevo Alejandro cambió pronto de parecer. Los romanos sufrieron toda clase de desgracias en los desiertos de Mesopotamia septentrional. Caminaban, día tras día, sin encontrar un solo enemigo. Los legionarios sólo veían el.eterno y ardiente desierto. Pero cuando el ejército llegó cerca de Carras (la Harran de la Biblia), la caballería enemiga surgió de súbito en torno a la vanguardia mandada por el hijo del general, Publio Craso, que ya se había distinguido en la Galia a las órdenes de César. Empezaron a llover flechas sobre las filas romanas. El joven Craso y la mayoría de sus oficiales prefirieron la muerte antes que caer vivos en manos del enemigo.

Reanudóse la ofensiva, dirigida esta vez contra el grueso del ejército romano. Los partos cortaron la cabeza al difunto joven romano y la clavaron en la punta de una pica para que la viera su padre. La horrible matanza no paró hasta la noche (53 antes de Cristo). Craso intentó desesperadamente cobijar en las montañas de Armenia los restos de su ejército; pero las tropas, desmoralizadas por completo, obligaron al general a negociar. Partió, pues, lleno de sombríos presentimientos; acompañado sólo de algunos hombres, al encuentro del general enemigo. Cuando loe partos tuvieron cerca a Craso, rodearon su pequeña escolta y no dejaron cabeza en su lugar. Las tropas romanas sólo tuvieron entonces dos alternativas: convertirse en esclavos de los partos o sufrir la suerte de su general. Pagaron muy caro la ambición de su jefe. Desde los tiempos de los grandes reyes persas, Carras era la primera gran victoria conseguida por Oriente sobre

Occidente. Casio, lugarteniente de Craso, logró conservar Siría. Roma aprendió a descartar toda idea de conquista más allá del Éufrates.

El triunvirato se desintegra

Mientras César guerreaba en la Galia y Craso en Asia, Pompeyo había permanecido en Roma. La confusión se había enseñoreado de la ciudad. Cada político seguía a su antojo el ideario del partido correspondiente. Vistos de cerca, nadie era demócrata ni aristócrata. Estos jefes de facción tomaban los ideales políticos como pretextos para derribar a sus enemigos personales, como Clodio había hecho con Cicerón.

Pompeyo, en realidad, no hizo nada: El imperator tenía siempre como principio no tomar decisiones sin requerimiento del Senado, en parte por espíritu republicano, y también para ganarse la simpatía de los curiales. Sin duda quería forzar a los senadores a que le concedieran poderes extraordinarios. Los literatos de entonces nos quieren hacer creer que Pompeyo, antiguo dueño del Mediterráneo y de Asia, no se interesaba mucho por la política en unos años en que su esposa Julia le ofrendaba una completa dicha.

Clodio desempeñaba importante papel en esta lamentable farsa. Protegía a todos los bandidos. El fin de este Aquiles del populacho fue digno de su vida: murió en una reyerta callejera. La hez de la ciudad, que lo consideraba su patrono, expuso su cadáver en la tribuna del Foro y realizó un póstumo desfile triunfal. Tras una serie de discursos incendiarios, el cadáver fue conducido a fa Curia, precisamente a la sede del detestado Senado. Con bancos, mesas y documentos senatoriales encendieron una pira en honor del difunto. El fuego prendió en el edificio y alcanzó a las casas vecinas. Pompeyo debió emplear la fuerza armada para poner término a tales orgías, pero prefirió esperar a que el Senado le diese oficialmente orden de proteger a Roma con sus tropas.

Durante su estancia sin pena ni gloria en la capital, Pompeyo seguía con irritación creciente los éxitos conseguidos en la Galia por su suegro. César, el antiguo joven frívolo, era ya el ídolo del ejército y del pueblo. La muerte de Julia[8] rompió los lazos familiares entre ambos. La muerte de Craso anuló también los compromisos políticos existentes entre los dos supervivientes del triunvirato.

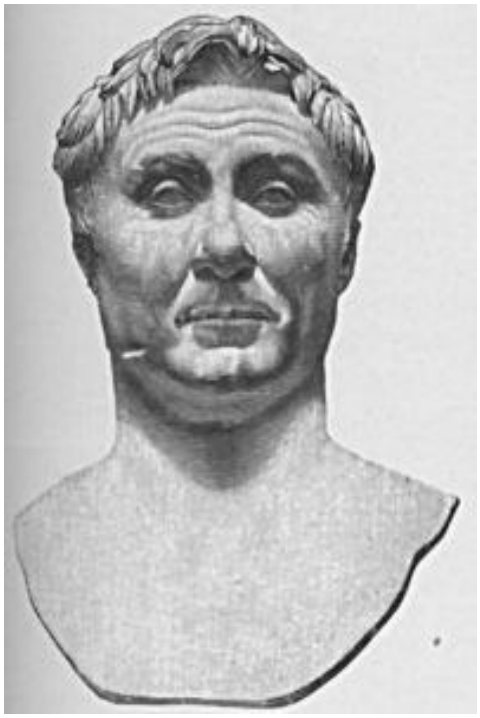
Para enfrentarse con su afortunado rival, Pompeyo contaba con la antigua estructura del Estado, por enmohecida que estuviese. Lo consiguió cambiando tina vez más el credo político y arrojándose en brazos del partido senatorial. Nada podía esperar del partido popular, dirigido durante la ausencia de César, por personajes de la misma calaña que el tristemente célebre Clodio.

Pompeyo intentó atraerse a la masa ofreciéndole juegos y otras diversiones públicas, pero sus esfuerzos fueron inútiles. También en ello le ganaba César la baza. Pero, con ayuda del Senado, Pompeyo confiaba en vencer a César; los senadores compartían esta esperanza. Aunque Pompeyo fuese impopular entre los optimates, la aristocracia estaba dispuesta a escoger el mal menor cuando el enemigo más peligroso amenazaba la existencia de la República. Así, cuando César presentó en Roma su

[8] César trató de renovar los lazos con Pompeyo. Propuso repudiar a la esposa que tenía entonces, para casarse con la hija que su yerno había tenido de un matrimonio anterior; pero como estaba casada, debería divorciarse de su esposo, un hijo de Sila. Además de este cambio de papeles (el yerno se convertía en suegro y cl suegro en yerno), César propuso a Pompeyo la mano de la bella y prudente Octavia, nieta de su hermana. Pero Pompeyo no quiso que su hija se divorciara. En cuanto a él, se casó con la amable y culta Cornelia, de la familia de Escipión, que había quedado viuda a la muerte del joven Craso.

candidatura para el consulado, el Senado le ordenó regresar como simple ciudadano. Los padres conscriptos trataban de ofrecer el gobierno a otro.

Si César hubiese obedecido la orden del Senado licenciando sus tropas, habría experimentado la suerte de los Gracos. César era más inteligente. Tampoco deseaba quedar en igual situación que Pompeyo cuando triunfó sobre los piratas y Mitrídates. ¿Por qué licenciar a un ejército que le obedecía ciegamente? A1 llegar al Rubicón, río fronterizo entre su provincia e Italia propiamente dicha, exclamó: *"La suerte está echada"* y pasó sus legiones a la otra orilla. Corría el año 49 antes de Cristo y el espectro de la guerra civil se cernía sobre Roma.



Pompeyo.

César, en Italia y España

Sólo una semana de camino separaba a César de Roma. De igual forma que los atenienses se entretenían escuchando a sus oradores cuando Filipo de Macedonia franqueaba el paso de las Termópilas, el Senado romano discutía en el momento en que César pasaba el Rubicón. Pompeyo aseguraba al Senado: "No tengo más que dar un golpe en el suelo con el pie para levantar ejércitos enteros". Pero las tropas alistadas se pasaron tranquilamente, unidad tras unidad, al campo de César. El vencedor de las Galias gozaba de una popularidad arrolladora. Cierto es que representaba los ideales democráticos, pero su misma persona, su espíritu decidido y su afabilidad atraían también de modo irresistible la simpatía de los legionarios.

Al aproximarse César, Pompeyo y los senadores más importantes huyeron. Pompeyo proyectaba concentrar sus fuerzas en Apulia, pero cundía el nerviosismo. Insistió en ordenar a Domicio, su inmediato lugarteniente, que abandonara Corfinium, ciudad de los Abruzos, y se uniera al grueso de ejército.

> "Me maravilla mucho -escribió Pompeyo a Domicio- no recibir noticias tuyas y que otros me informen de los asuntos de Estado antes que tú. Mientras nuestras fuerzas

estén separadas no podremos medirnos con nuestros enemigos. Por el contrario, si unimos nuestros efectivos, espero que podremos salvar al Estado y el bienestar de la comunidad. Por ello no comprendo por qué no has dejado aún Corfinium para unirte a mí. Ahora que el enemigo se acerca, deberías apresurarte a juntarte conmigo antes que César nos cerque a uno tras otro. Te exhorto, pues, una vez más, a hacer lo que te pedí en vano en mis anteriores cartas; es decir, venir aquí lo antes posible. Si alguien te retiene para que protejas sus bienes de la destrucción, puedo reclamarte razonablemente el envío de cohortes que han llegado de Picenum y Camerinum y han dejado sus bienes indefensos."

Días después recibió otra carta, en la que Pompeyo consideraba el porvenir con verdadera angustia. Pero Domicio rehusó con obstinación unirse a su jefe supremo. ¡Buen ejemplo de disciplina! César cercó a los doce mil hombres de Corfinium y los obligó a capitular. Dio libertad a todos los cautivos y quedaron a su servicio los soldados que así lo quisieron. Su generosidad causó sensación y se hizo pronto proverbial. César había proclamado: "Quien no está contra mí, está conmigo", mientras que Pompeyo afirmaba: "El que no está conmigo, está contra mí". Un mes más tarde, en camino hacia Brindisium, César escribió a uno de sus próximos colaboradores en Roma:

"Me aconsejas que sea clemente y partidario de la reconciliación. Recibo con mucho gusto el consejo; tanto más porque yo mismo estoy resuelto a ser lo más magnánimo posible y hacer cuanto esté de mi parte para reconciliarme con Pompeyo. Tratemos así de ganarnos la benevolencia mutua y asegurarnos d, esa forma una victoria auténtica. Pues son las crueldades las que hacen que otros sean odiados y por eso no lograron que su victoria fuese durable, a excepción de Sila—al que, sin embargo, no deseo parecerme—. Éste debe ser nuestro nuevo modo de vencer: ¡buscando nuestra fuerza en la piedad y en la clemencia!" César añade que ha libertado a dos importantes ofíciales de Pompeyo que había capturado y sigue: "Si quieren mostrarse agradecidos, aconsejarán a Pompeyo que prefiera mi amistad a la de aquellos que, en realidad fueron siempre los peores enemigos de ambos".

Los optimates hubieron de huir a Grecia, seguidos de las tropa fieles a Pompeyo. Es en Oriente donde Pompeyo había conseguido sus mayores victorias y donde le consideraban como representante de la grandeza romana. Allí podría con facilidad organizar la resistencia contra el hombre que pretendía derribar la república romana.

En dos meses, César se adueñó de Italia entera, casi sin desenvainar la espada, y poco después vencía en España a las legiones de Pompeyo. La campaña española le acarreó algunas dificultades, sin embargo. César había pronunciado, en efecto, su famoso retruécano, refiriéndose a su rival: "Vamos a combatir con un ejército sin general, y luego venceremos a un general sin ejército". Desembarcado en la Tarraconense, se dirigió hacia Ilerda (Lérida), donde venció a los generales pompeyanos Afranio y Petreyo (49 antes de Cristo). Pasó por una situación angustiosa a causa de un repentino desbordamiento del Segre, que amenazó dispersar su ejército. Lo remedió abriendo también canales para hacer bajar las aguas. A tal efecto, dice el poeta Lucano: "Así dividido, aquel que poco antes blasonaba de brazo de mar, quedó reducido a humilde arroyo, sufriendo el castigo de sus olas desbordadas". En la Bética (Andalucía), el general pompeyano Varrón tuvo que rendirse poco después, abandonado por sus tropas. César dejó entonces el gobierno de España a Lépido y Casio, y se embarcó de nuevo para Italia.

La guerra en Grecia

Había liquidado César con tanta prisa la situación de España que Pompeyo no tuvo tiempo en Macedonia de organizar convenientemente su ejército. Por otra parte, la cosa no era fácil ni agradable. Pompeyo era un fugitivo, lo mismo que otros fugitivos distinguidos que trataban de persuadirse, en país macedonio, que ellos seguían siendo los señores de Roma. Eligieron un Senado compuesto de ancianos venerables y antiguos dignatarios, quienes, en lugar de discutir asuntos de gobierno, se eternizaban en sutilezas jurídicas, dándose importancia, como altivos desterrados que nada aprenden y nada olvidaron. Mommsen describe la vida "militar" que llevaban esto grandes señores.

> "Sus tiendas eran verdaderos pabellones, con paredes adornadas de hiedra. Sobre sus mesas relucía la vajilla de plata; las copas circulaban de boca en boca desde el mediodía. Estos elegantes soldados formaban extraño contraste con las tropas escogidas de César, que se alimentaban de un modo que sólo ellos podían soportar; cuando no tenían pan, los soldados de César comían raíces y juraban por sus dioses que preferían comer la corteza de los árboles antes que dejar escapar a Pompeyo."

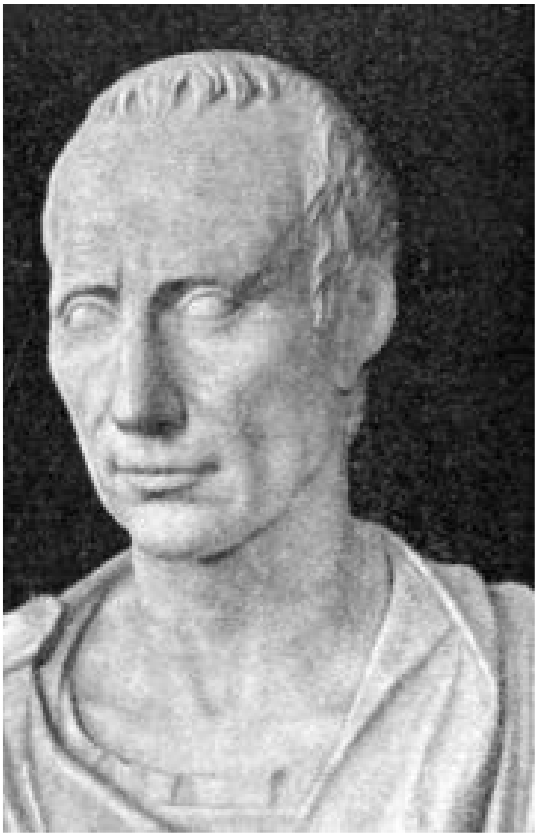
Esta energía y unidad de mando, que constituían la fuerza del adversario, faltaban precisamente en el ejército de Pompeyo. César y sus legiones no eran más que un solo cuerpo y una única alma. Un cuerpo con una sola cabeza y mil brazos. Cuando César alcanzó el litoral del Epiro, la flota de Pompeyo superaba a la suya en cantidad y calidad, pero tenía un solo defecto: no estaba en estado de hacerse a la mar. César pudo, pues, desembarcar a la propia vista del enemigo y lo sorprendió como poco antes en España. Como no tenía bastantes navíos para trasladar todo el ejército de uña sola vez, su situación fue crítica mientras las legiones rezagadas no pasaron el mar.

Tan pronto como César recibió los refuerzos indispensables, trató de cercar a las tropas de Pompeyo repitiendo su maniobra de España. Pero el enemigo descubrió el punto flaco de las líneas de César y las rompió durante la noche; el combate que se entabló entonces fue desfavorable a César. La alegría fue grande en el campamento pompeyano. Sus partidarios proponían una decisión rápida, pero Pompeyo malgastó en chanzas el tiempo en que la suerte lo favoreció perdió la iniciativa. César había optado por retirarse y entablar el Combate decisivo en el interior de Grecia; allí no podría contar Pompeyo con el apoyo de su flota y le sería imposible abastecerse por mar. César llegó a Tesalia sin contratiempo; allí sus legiones pudieron reparar las fuerzas.

Hacía tiempo que la prudente estrategia de Pompeyo irritaba a los "generales" del partido senatorial que le rodeaban; cuando esto estrategos de salón vieron que César se retiraba, persuadiéronse que era el momento de recoger los frutos de la victoria, perseguir al ejército vencido y hacerle prisionero. Los flamantes empezaron a redactar listas de proscripción y a disputarse los cargos políticos. Vendían la piel del oso antes de matarlo. La batalla se entabló cerca de **Farsalia**. En el campo de Pompeyo, todos creían la victoria fácil. ¿No tenía Pompeyo la ventaja del número, sobre todo en cuanto a caballería? Pero las cosas se desarrollaron de modo muy distinto. El genio táctico de César y el valor de sus veteranos hicieron maravillas. Pompeyo lanzaba masas humanas; César operaba con movimiento rápidos. Pompeyo se eternizaba en largos preparativos; el genio efe César comprendía en un instante la situación más complicada y, rápido como el rayo, adoptaba las medidas necesarias; sus ataque eran a veces impulsivos o temerarios, pero acertaban siempre, aun cuando sus fuerzas fueran poco numerosas. César cercó a la caballería pompeyana, y ésta emprendió la huida.

Pompeyo, de reacciones lentas, asistía a una experiencia nueva para él. Enfrentado con adversarios formales había podido dirigir espectaculares maniobras, perfectas en método y ejecución; pero perdió por completo la serenidad ante un enemigo avezado en combates contra ágiles celtas y germanos. El ejército, es decir la infantería, quedó entonces sin general y no tardó en seguir el ejemplo de la caballería. Viendo al resto de su ejército maniobrar en desorden, Pompeyo arrojó deprimido el manto de púrpura, insignia de su grado. Su rápido caballo lo sacó sano y salvo en una desenfrenada carrera. Se dirigió hacia el puerto más cercano y se hizo a la mar. Pompeyo había experimentado su primera gran derrota, realmente aplastante.

Al día siguiente, los restos del flamante ejército, aniquilado, abandonado por su jefe, depusieron las armas. Los simples legionarios mejoraron de suerte: César los incorporó a sus legiones. Los prisioneros más ricos pudieron comprar su vida pagando lo estipulado o sacrificando sus bienes. Pero los jefes y miembros del Senado en exilio que cayeron en manos de César fueron muertos. En aquel momento, no hubo clemencia. De hecho, la batalla de Farsalia acabó con la República. En el año 49 antes de Cristo, la gran lucha por el dominio del inundo finalizaba en el país donde los romanos con la victoria de Flaminio sobre Filipo de Macedonia, habían cimentado, siglo y medio antes, su poder en Oriente.



Julio César.

Muerte de Pompeyo

Pompeyo había experimentado una total derrota, pero no se confesaba vencido. Después de su escala en Lesbos, donde embarcó a su mujer y a su hijo, huyó a Egipto, el único reino helenístico de Oriente que conservaba, al menos en teoría, su

independencia nacional. ¿Por qué Egipto permanecía independiente? Los romanos no temían la resistencia de los egipcios, país tan—o tan poco—importante como Siria. Amén que los Tolomeos tenían asegurado su trono gracias a la corrupción sistemática de los senadores romanos.

Pompeyo confiaba en la gratitud de la casa real de Egipto. En tiempos mejores, había ayudado a Tolomeo a reconquistar su trono. Este monarca, tan buen flautista como mal soberano, era apodado el "tañedor de flauta". Un día, sus fieles súbditos se cansaron de los trinos de su majestad, arrojándolo del trono. Pompeyo no sólo se lo devolvió por la fuerza de las armas, sino qué además dejó tropas romanas en Egipto para proteger al rey contra posibles rebeldías.

Es cierto que el melómano coronado había muerto ya, pero quedaban dos hijos suyos: Cleopatra y Tolomeo. Cuando Pompeyo desembarcó en Egipto, el hijo tenía catorce años y la hija veintiuno. Obedeciendo el deseo de su padre, reinaban juntos y eran marido y mujer, según tradición de los reyes de Egipto. Este matrimonio entre hermanos constituía un completo fracaso; el joven esposo, por consejo de su tutor, había expulsado del país a la joven reina. Tolomeo y Cleopatra se disputaban, pues, el poder, lo que favorecía los planes de Pompeyo. Además, había siempre tropas romanas en Egipto.

Los egipcios eran, sin embargo, gente prudente y astuta; nadie deseaba exponer su cabeza para socorrer a un vencido. Pompeyo podría ser útil para atraerse la gracia del vencedor. Cuando Pompeyo llegó a Egipto, Tolomeo y Potino, su tutor, hallábanse en la desembocadura oriental del Nilo, lugar donde el fugitivo debía desembarcar. Protegían las fronteras orientales del reino contra los planes de Cleopatra, pues la reina se había refugiado en Siria, recibiendo allí ayuda armada. Desde su nave, Pompeyo divisó en la playa el campamento del ejército egipcio, la tienda real y al rey con manto de púrpura:

Uno de los generales del monarca acudió a recibirle en una barca, y con él dos antiguos oficiales de Pompeyo; uno de ellos, un tal Septimio, se acercó y lo invitó a acompañarlo junto al rey, pues en aquel lugar sólo podían anclar embarcaciones de poco tonelaje. Pompeyo descendió a la barca; nadie, salvo Septimio a bordo, se dignó conceder le la menor atención ni dirigirle la palabra. Al erguirse Pompeyo para desembarcar, Septimio le clavó la espada por la espalda, mientras los demás lo acribillaban a puñaladas. Sin proferir una palabra, se cubrió la cabeza con la toga y se desplomó.

Su esposa y su hijo, impotentes, asistieron a la escena desde el navío. La dotación levó anclas para salvar a sus desventurados pasajeros. Cornelia había perdido a su primer esposo, el valiente Publio Craso, hacía muy pocos años, experimentando entonces deseos de suicidarse; y ahora, ante sus propios ojos, asesinaban a su segundo marido. Pompeyo murió en el aniversario de su entrada triunfal en Roma, cuando sus victorias de Oriente. Ahora, yacía en tierra extranjera, asesinado por uno de sus propios veteranos. Durante treinta años, la fortuna estuvo de su parte, permitiéndole siempre recoger sin esfuerzo lo que otros sembraron.

El error de Pompeyo fue querer volar más alto de lo que sus alas le permitían. Poseía mucha ambición y poco genio; no soportaba el tener iguales y, mucho menos, superiores. Además, ningún ideal guiaba su conducta. Su meta era llegar al más elevado peldaño social; una vez conseguido el poder, prefirió disfrutarlo sin trabajar por el gobierno del Estado. Quería destacar entre todos los romanos, rehuyendo el esfuerzo.

Pompeyo no era digno del alto puesto que pretendía. Pero debemos hacerle justicia y reconocer que su carácter tampoco ofrecía los rasgos envilecedores de algunos jefes políticos mejor dotados. Pompeyo dio siempre muestras de una generosidad simpática. Sus manos jamás se mancharon con sangre inocente. En la época de Mario,

Sila, Catilina y Clodio, Pompeyo se abstuvo de toda violencia inútil. Respecto a su vida privada, era excelente esposo, de existencia honesta en medio de la inmoralidad general.

César en Egipto. Cleopatra

A poco de la muerte de Pompeyo, César llegó a Alejandría al frente de unos miles de hombres. Apresuráronse los egipcios a presentarle la cabeza del enemigo difunto. César, horrorizado y llorando, apartó la vista de los despojos de su yerno. Las circunstancias habían obligado a César a combatir al hombre que fuera su aliado y esposo de su hija; pero nunca lo había odiado, siempre hablaba de él con la mayor consideración. Le tributó honores póstumos y le erigió un monumento funerario en un bosque sagrado cerca de Alejandría.

Pero César no llegaba a Egipto sólo para perseguir a Pompeyo. Había resuelto extender el poder romano a este país, no sólo nominalmente, sino también en la práctica, pues quien disponía del trigo egipcio disponía también del pueblo de Roma. Para ejercer influencia decisiva sobre la política egipcia, César trató de arbitrar en la lucha por el trono y, además, cobrar una antigua deuda contraída por el "tañedor de flauta" con el triunvirato. En efecto, de los 10,000 talentos prometidos por la ayuda militar que lo restableciera en el trono, sólo se había pagado la mitad.

César estableció su cuartel general en el palacio real de Alejandría. Pronto comprendió que la población lo consideraba un huésped indeseable. Por tal motivo, mandó traer refuerzos de Siria, Asia menor e islas del mar Egeo. Mientras, dispuso del gobierno del país: ordenó al rey y a la reina que cesaran en sus hostilidades y se sometieran a su arbitrio. El partido de Tolomeo hizo todo cuanto pudo para evitar una entrevista entre César y Cleopatra, que podía seducir al romano. Pero la joven princesa era más astuta que los partidarios de su hermano y esposo.

> "Un día -cuenta un biógrafo- se detuvo ante el palacio real un pequeño barco de pesca que, sin llamarla atención, había traspasado la barrera de centinelas. Descendió un hombre que llevando en brazos un paquete atado con correas, cruzó la puerta del palacio. En el aposento de César fue abierto el paquete. Salió de él la bella Cleopatra y apareció ante César."

Cleopatra.

Julio César siempre tuvo debilidad por el bello sexo. Al día siguiente, anunció a la corte estupefacta que las diferencias entre hermano y hermana estaban solucionadas:

Cleopatra se sentaría en el trono de Egipto porque le pertenecía en derecho. Resuelto el problema sucesorio, ambos monarcas pagarían las deudas de su padre, el "tañedor de flauta". César se conformaría con sólo 2,000 talentos, pero pagados al contado. No obstante, la situación económica de Egipto era entonces tan lamentable que fue preciso acudir a los tesoros de los templos para saldar la deuda. La indignación de la gente degeneró en fanatismo. El palacio de César fue asediado por tina multitud enfurecida; el joven Tolomeo se pasó a ella.

Durante el combate inmediato, César mandó incendiar la flota egipcia anclada en el puerto. El fuego se propagó a varios edificios del muelle y, sobre todo, a la célebre biblioteca. Tesoros culturales insustituibles fueron presa de las llamas. En tan difícil situación, César encontró una aliada -singularmente encantadora-, en la persona de Cleopatra. La joven princesa había hechizado por completo a quien venciera tantos ejércitos y tantos corazones femeninos. No obstante que las aventuras amorosas de César fueron innumerables, en Alejandría vivió una experiencia totalmente nueva. Sobrepasaba ya bastante la cincuentena, pero jamás conoció nada comparable a la atrayente joven egipcia. Plutarco afirma que Cleopatra no era sólo bellísima, sino algo más: una "sirena del Nilo" con un encanto fascinador, irresistible, graciosa, traviesa como una gatita, pero culta también, capaz de sostener elevadas conversaciones. Y, además, con una voz musical y acariciadora.

No fue Cleopatra quien inspiró las decisiones de César, aunque entendiese en política y supiera mover sus hilos con eficacia. César no permitía nunca que las mujeres influyeran más allá de cierto límite: "Era -dice Mommsen- de naturaleza apasionada, pues no existe genio sin pasión, pero no se dejó dominar por ella. Su política se distinguió siempre por el sello del realismo y de la inteligencia". Estas cualidades hacían de él un consumado político y un perfecto general; los mayores maestros del arte militar han admirado su genio en toda época. "Sin dejarse llevar por rutinas y tradiciones, supo siempre hallar la táctica que, en determinada situación, derrotara al enemigo y, en aquel momento, su táctica fue siempre la mejor."

El genio de César fue puesto a prueba durante los seis meses que esperó en Alejandría la llegada de refuerzos. La suerte del pequeño contingente romano estuvo pendiente de un hilo. Al fin llegaron las tropas y César pudo pasar de una resistencia desesperada a una ofensiva enérgica y victoriosa. Durante las hostilidades, al escapar de sus perseguidores, Tolomeo se ahogó en el Nilo.

La estancia de César en el país de los faraones terminó con suntuosas fiestas, ofrecidas por la reina en su honor. Por primera vez después del paso del Rubicón, el conquistador permitióse el lujo de descansar un poco. Visitó también los santuarios más célebres del Nilo y otras curiosidades. Durante el viaje, César y Cleopatra vivieron a bordo de la maravillosa galera de la reina, verdadero palacio flotante de varios piso, seguido de un enjambre de pequeñas embarcaciones de recreo. César aún permaneció tres meses en el país, antes de desprenderse de los encantos de esta Circe egipcia. Poco antes, Cleopatra había dado a luz un hijo, que llamó Cesarión, "el pequeño César".

Trasmitió entonces el gobierno del país a Cleopatra y a uno de sus hermanos pequeños, y les dejó el apoyo de tres legiones romanas.

La prolongada estancia de César en Egipto perjudicaba su posición política. Mientras, los partidarios de Pompeyo y otros enemigos levantaban cabeza. En Asia, Farnaces—quien había firmado la paz con Roma después de la muerte de su padre, Mitríades, conservando así el Ponto, su patrimonio—, al estallar la guerra civil entre Pompeyo y César, aprovechó la confusión general, tomó las armas e infligió una dolorosa derrota al gobernador romano de Asia menor. Saqueó el país y sus templos;

sus soldados mataron a miles de romanos y violaron a millares de romanas. Pero César apareció mucho antes de lo que el astuto déspota pudo creer. Farnaces perdió su reino, que fue ofrecido a su hermano, en agradecimiento por las tropas que envió a Egipto para ayudar a César. Y éste anunció su victoria al Senado en términos dignos de un lacedemonio: *Veni, vidi, vinci* (Llegué, vi, vencí).

Urgía ahora qué César volviera a Italia, pues la situación allí era critica. Cuando llegó, varias legiones de sus veteranos más aguerridos se habían rebelado. César había prometido ricas recompensas al acallar la guerra, pero ésta se eternizaba y los legionarios no querían esperar más. César les envió en primer lugar algunos oficiales con orden de calmarlos. Fueron recibidos a pedradas e insultos. César mandó entonces ocupar las puertas de la ciudad y se lanzó entre la furiosa multitud sin preocuparse del peligro. "¿Qué queréis?", preguntó a los soldados. "¡Volver a nuestras casas!", replicaron, seguros de que César no podría pasarse sin ellos. César exclamó entonces: "¡Ciudadanos!: os concedo vuestra licencia ahora mismo. Recibiréis vuestra recompensa cuando yo haya celebrado mi triunfo en compañía de mis fieles soldados".

El oírse llamar "ciudadanos" en lugar de "compañeros de armas", como solía llamarles, cayó como un jarro de agua fría sobre esos rudos militares. En el acto, bajaron de tono, pues la idea de no participar en ese triunfo glorioso, corona de tantos esfuerzos, les era insoportable. Pronto se oyeron gritos por doquier: "¡Perdónanos, César! ¡Que nos llamen de nuevo *soldados* de César! ¡Te seguiremos adonde tú quieras!". En castigo, César ordenó disminuir en un tercio la futura recompensa de los cabecillas.

Catón el Joven. Ultimo acto de la guerra civil

En aquel momento, los días de la República estaban contados. Pero vivía un hombre todavía fiel al espíritu de los antiguos romanos, en medio de la decadencia general. Se llamaba Marco Porcio Catón, biznieto de Catón el Censor. Como su antepasado, al joven Catón le entusiasmaba la gran época de la República romana, la edad de oro en que la fuerza viril se unía al espíritu cívico, en que el ciudadano se sacrificaba al Estado. Para él, antiguas virtudes romanas y estructura republicana eran lo mismo. El único objetivo de su vida era salvar y perpetuar esta forma de gobierno. Nunca se le ocurrió que las antiguas virtudes romanas no eran producto de la estructura republicana, pino más bien su base. Aún comprendía menos la diferencia existente entre Roma, diminuto Estado de Italia, y Roma cabeza del imperio mediterráneo. No comprendía que un imperio no puede gobernarse como una pequeña comunidad.

Personalmente, Catón el Joven pretendía ser la imagen viva de su gran antepasado. Le gustaba moralizar a sus contemporáneos corrompidos. Como verdadero estoico, se expresaba con preferencia en términos filosóficos y abstractos. Catón era un hombre íntegro, que no transigía con su conciencia. Estaba siempre dispuesto a sacrificarse. Cualidades raras en un mundo relajado y sin grandeza de espíritu. Nada tiene de particular que Catón se convirtiera pronto en el jefe consagrado del partido optimate; aunque-falto de talento, su programa era negativo en exceso. Sin embargo, el mismo César, modelo de flexibilidad, apreciaba a un teórico tan intransigente como el mismo Catón, aunque perteneciera al campo contrario: lo prueba la indulgencia un poco irónica que demostró cuando los triunviros determinaron desterrarlo.[9]

[9] Catón era demasiado buen republicano para molestar a los triunviros. Era un hombre tan honrado que, jurídicamente, nada le podían reprochar. Lo alejaron, pues, confiándole una misión halagadora: fue enviado a Chipre para anexionar la isla a Roma y confiscar los tesoros de sus últimos soberanos. El motivo aparente era la innegable honradez de Catón, que lo hacía el hombre ideal para ese encargo de

Cuando César asumió prácticamente el poder personal, Catón fue el último en doblegarse y planteó una lucha desesperada para salvar a la República.

César dirigió en África su última batalla contra los partidarios insumisos de Pompeyo, que, después de Farsalia, se habían refugiado allí. Desde tiempo atrás, les ayudaba Juba, rey de Numidia.

El mando de las fuerzas aliadas no podía ser confiado a un africano, y así se dio a un tal Escipión que, aunque combatiese en África, no era, desde luego, Escipión el Africano. Un antiguo y glorioso nombre llevado ahora por un hombre cuyo único mérito fue el de dar su hija en matrimonio a Pompeyo.

Cuando César desembarcó en África, se produjo un pequeño incidente que fue interpretado como un mal presagio: el general tropezó, cayendo cuan largo era. Su presencia de espíritu lo salvó una vez más. Interpretó su caída como señal favorable y aparentó haberse caído por su propia voluntad, exclamando: "¡Te abrazo, tierra de África!".

La batalla decisiva se entabló en Tapso, en la costa oriental, al sur de Cartago. Se enfrentaban los dos suegros de Pompeyo. A los primeros reveses, los oficiales de Pompeyo perdieron la serenidad y sólo pensaron en huir.

Catón no participó en la batalla. Mandaba la retaguardia de los aliados en la ciudad de Útica, al norte de Cartago. Apenas supo el resultado del combate, tomó la determinación de suicidarse; pero antes hizo cuanto pudo para proteger de una eventual venganza a los residentes en la ciudad. Obtuvo del enemigo la seguridad de que nada :sucedería a sus habitantes; luego, se retiró a su habitación a leer el *Fedón*, sublime diálogo en que Platón demuestra la inmortalidad del alma. Después se arrojó sobre su espada. No había cumplido aún cincuenta años. Su muerte causó sensación en la ciudad y la historia le llamo en lo sucesivo Catón de Útica. Cuando la ciudad y la historia Cesar supo la muerte del irreductible republicano, exclamó: "¡Te reprocho tu muerte, Catón, pues me has impedido salvarte la vida!". En realidad, Catón era más peligroso muerto que vivo, pues los republicanos podían oponerle ahora un mártir a César.

La mayoría de los jefes optimates perecieron igualmente. Escipión se dio la muerte cuando iba a ser capturado y Juba se hizo matar por su esclavo al terminar una orgía desenfrenada. Sus súbditos respiraron aliviados.

César entró al fin en la capital y al frente de sus veteranos coronados de laureles celebró su cuádruple triunfo: había vencido a los enemigos de Roma en la Galia, en Egipto, en el Ponto y en Numidia. La lucha por Roma se había desarrollado en tres continentes. A la cabeza del cortejo se exhibían esculturas que simbolizan el Rin, el Ródano y el Océano encadenado. Seguían numerosos prisioneros cargados de cadenas de oro y, entre ellos, el desventurado Vercingetórix, la princesa Arsinoe, hermana de Cleopatra, que mantuvo feroz lucha contra César, y un hijo de Juba. Venía después el triunfador, en un carro dorado tirado por cuatro caballos blancos, precedido de seis grupos de doce lictores y seguido de sus legiones.

Con el triunfo llegó el momento de distribuir entre sus soldados la esperada recompensa. Jamás presenció Roma tanta generosidad: los simples soldados recibieron casi un talento cada uno; los oficiales, de dos a cuatro veces más. Clausuraron las fiestas de la victoria, juegos y diversiones populares de toda clase, entre ellos un festín de 22,000 mesas. El vino corrió generosamente; hasta los más pobres pudieron participar en los regocijos generales. Mario y Sila habían iniciado su dictadura derramando la

---

confianza: sólo él no aprovecharía la ocasión para enriquecerse a expensas del Estado. Catón protestó cuanto pudo, pero los triunviros mandaban en la asamblea popular y ésta decidía soberana: Catón faltaría al primer deber de un republicano si no ejecutaba sus órdenes.

sangre de sus conciudadanos; César, arrojando ríos de vino de Falerno para celebrar el advenimiento de una nueva época en la historia romana: la era de los césares.

LA HEREDAD DE CÉSAR EN LITIGIO

EL GOBIERNO DE CÉSAR

El ocaso de la República

César se hallaba ya presto a consagrarse a la paz. Eso también quería el Senado, que lo nombró dictador de Roma con los poderes de un Sila. Sin embargo, antes tuvo que enfrentar el coletazo póstumo de una guerra civil que todos daban por terminada. La hidra pompeyana había regenerado una nueva cabeza. Los únicos jefes del partido senatorial superviviente a la derrota de Tapso—entre ellos Cneo y Sexto, hijos del gran Pompeyo—se habían refugiado en España, sublevando una vez más a este país contra César. Un combate sucedía a otro. El último acto de la guerra civil se representó en 45 antes de Cristo junto a Munda (Montilla), en la comarca andaluza. Un relato antiguo cuenta que nadie entonaba los habituales cantos de guerra. Los soldados se arrojaban uno contra el otro con un odio ciego. Cneo Pompeyo emprendió la retirada, pero fue apresado y degollado después de una lucha desesperada. Sólo Sexto Pompeyo quedó con vida, por no haber tomado parte en la batalla. Refugióse en las montañas españolas y esperó la hora de desempeñar de nuevo un papel en la escena política romana.

César confesó a continuación que muchas veces había combatido para conseguir una victoria, pero que en Munda luchó para salvar la vida. Dice un historiador: "Había arrancado al fin la espada a sus enemigos: a éstos no les quedaba más que el puñal".

Desde Farsalia, la República había dejado de existir. César era, en realidad, el monarca de Roma. Al principio, el titulo de imperator sólo lo obtenía el comandante en jefe del ejército en campaña; en la actualidad significaba la suprema dignidad monárquica: en lengua romance, la de emperador. Los equivalentes germánicos y eslavos "kaiser", "keiser" y "zar" son derivados del nombre propio Caesar. Los historiadores de la Antigüedad veían en César el primer emperador de Roma, pues ya no era el Senado quien dirigía la política y la administración del Estado. Este cuerpo gubernamental, antes gloriosa institución, se convirtió en asesor del monarca. Las atribuciones de la asamblea popular quedaron limitadas a confirmar las leyes propuestas por el dictador y a nombrar funcionarios propuesto por él. Ello puso término a las campañas electorales desmoralizadoras y a los disturbios consiguientes.

Sólo quienes habían perdido la honradez política podían deplorar el fin de esa pretendida *libertad* y sus consecuencias. Por lo demás, el cercenamiento de las libertades políticas no alcanzaba a todo el imperio, sino sólo a la ciudad de Roma y contorno. Solamente los roma nos de este pequeño territorio habían podido participar en la asamblea del pueblo.

Las provincias durante la República

La capital consideraba a las provincias como "botín del pueblo romano", y ésa era su designación oficial por peyorativa que parezca. Las provincias tenían como fin alimentar y vestir al auténtico pueblo romano. En la Antigüedad era generalmente admitido que el vencido debía morir o ser reducido a esclavitud y sus bienes pasaban a ser propiedad del vencedor. Los romanos de la época se hubieran mofado de cualquier "sentimiento de solidaridad con la población de las: provincias conquistadas". A los antiguos pretores que recibían el proconsulado de una provincia les tenían sin cuidado los intereses de sus administrados.

Parecían vampiros, ávidos de enriquecerse lo antes posible, porque su mandato era corto. Los funcionarios romanos habían cambiado mucho desde la época en que Catón el Censor, procónsul de Cerdeña, recorría la isla a pie, acompañado de un solo sirviente.[10]

Gobernadores y comerciantes codiciosos se concertaban como ladrones para explotar a las provincias. Los *Evangelios* nos señalan con el nombre de *publicanos*, a los cobradores de impuestos y los empresarios de obras públicas. La palabra *publicano* deriva del vocablo *publicum*, tomada en sentido de "monopolio estatal". Para evitar en su administración tareas y gastos inútiles, los romanos solían encargar al mejor postor la percepción de los impuestos provinciales, y, tal -como los Estados modernos, confiaban los trabajos públicos, el mantenimiento de las carreteras, puertos y otras obras al empresario que ofreciera presupuestos más bajos. Los publicanos pagaban al Estado una determinada suma alzada por el derecho de percibir los impuestos en una provincia; con ello tenían las manos libres no sólo para recuperar el capital invertido, sino también para t, reunir copiosos beneficios. Plutarco los compara a las "arpías que arrancaban hasta la carne de los habitantes del país". Los desgraciados provincianos sólo podían esperar que los publicanos mantuviesen sus beneficios en límites razonables cuando el gobernador romano, o el mayor funcionario local, ejercía una severa inspección sobre las actividades de los asentadores. Pero demasiado sabemos cuán poderosos eran los capitalistas de Roma.

Al dejar Asia, Sila había impuesto a esta provincia un tributo extraordinario de 78 millones de sextercios. Los capitalistas romanos se apresuraron a prestar esta suma al Estado por el arriendo de impuestos en dicha provincia. En diez años, con el interés compuesto que cobraban a los tributantes morosos, los arrendatarios sextuplicaron el capital, arruinando a toda la provincia y promoviendo un verdadero escándalo con sus procedimientos. Lúculo intervino entonces y redujo la deuda al doble del capital prestado. Ello no sólo era beneficioso para la población, sino también para Roma. Y Roma se lo agradeció retirándole el mando.

Asuntos de este género evidenciaban que la república romana de entonces era incapaz de gobernar a los demás pueblos. Se necesitaba una reforma radical de gobierno si quería evitarse la caída de todo el imperio. "No hay lugar tan apartado donde no llegue el capricho y la opresión de Roma", dice Cicerón en su célebre informe sobre el mafioso Verres, procónsul de Sicilia durante tres años.

Este informe fue pronunciado el año 70 antes de Cristo. Cicerón se querelló contra Verres en nombre de casi toda la población siciliana. El discurso nos muestra hasta qué punto podía

[10] Se cuenta también que, en cierta ocasión, al volver a Roma, vendió el caballo que usó durante los combates, porque no creía tener derecho a reclamar del Estad el pago de los gastos de transporte.

llegar el abuso de poder de un gobernador romano cuando se ponía de acuerdo con publicanos y usureros.

Verres ofreció la percepción de impuestos en los distritos más lucrativos a amigos y favoritos, a condición, desde luego, de participar en los beneficios. El impuesto legal no podía sobrepasar la décima parte de la cosecha de cereales y la quinta de la de frutos; pero, de ordinario, la arbitrariedad del recaudador era ley. Cicerón cita campesinos golpeados con una pala cuando rehusaron pagar el doble del impuesto legal establecido. Cita, también a un recaudador que exigió como diezmo más de la totalidad de la cosecha; cuando el publicano les arrebató sus ganados, esclavos y aperos, los campesinos no tuvieron más remedio que abandonar casas y tierras. Si alguien osaba quejarse, el publicano lo colgaba de un árbol para enseñarle a mostrarse razonable. Por otra parte, ¿para qué quejarse, si a los jueces los mantenía el procónsul? Además, un publicano podía tergiversar la ley de mil maneras.

Cicerón menciona varios lugares en los, que más de la mitad de las tierras laborales quedaron yermas a causa de sus exacciones. Y así, se corría el peligro de que Sicilia., granero de Roma, no pudiera alimentarse a sí misma. A Verres se le acumularon tantos cargos que Cicerón obtuvo al fin su condena. El famoso abogado consiguió un extraordinario triunfo en este proceso. Verres devolvió varios millones, pero huyó de Roma antes del veredicto, con parte de su botín. Por regla general, no podía esperarse honradez de los explotadores de provincias. En las raras ocasiones en que no sobornaban directamente al tribunal, la "justicia" era administrada por sus amigos.

Las reformas de César

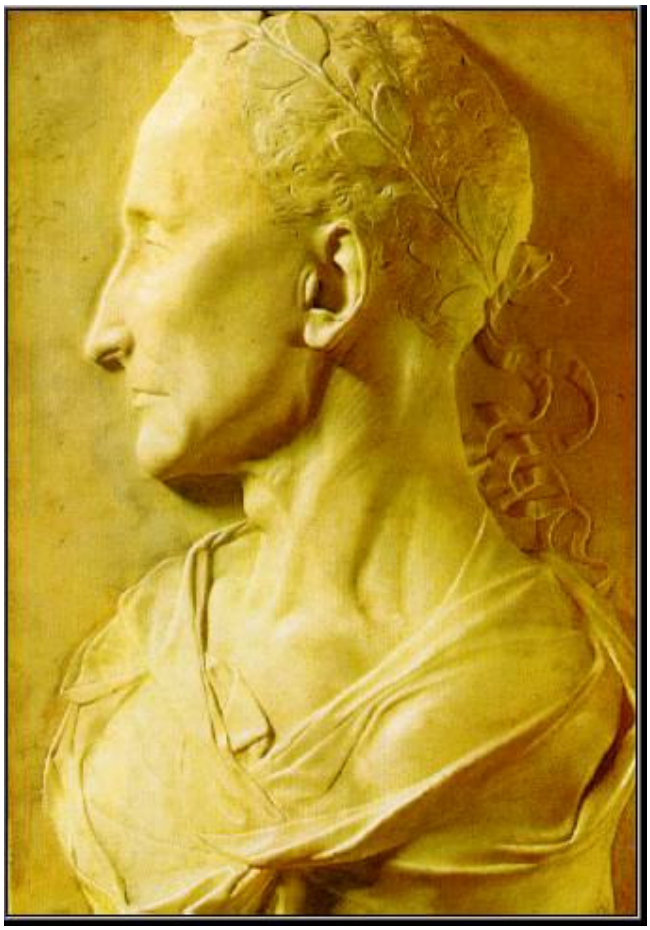
Roma tenía necesidad de una mano dura para frenar el pillaje sistemático en las provincias y contener la arbitrariedad de los optimates. Una de las tareas principales de César fue eliminar parásitos de toda clase. Paralizó las exacciones de los publicanos provinciales estableciendo un cuerpo fiscal permanente y dio ocasión a los oprimidos de obtener al fin justicia, reservándose la suprema jurisdicción. La justicia fue desligada del partidismo político y de las turbulencias callejeras. Cumplió en persona las funciones de juez supremo no solamente en los procesos políticos, sino también en causas menores. Limitó los repartos de trigo y reorganizó la asistencia a los pobres: el número de personas que vivían a expensas del Estado disminuyó de 320,000 a 150,000.

La política interior de César no tendía a favorecer a una sola clase social o a una región del imperio, sino que buscaba la prosperidad del conjunto y en todas sus partes. Su reforma de las estructuras políticas causó detrimento, por así decir, a un centenar de familias optimates, pero mejoró la situación de ochenta millones de hombres.

César intentó también hacer viable el magno proyecto que los Gracos no habían podido realizar por falta de ejército: infundir nueva vida a la clase campesina romana. Cayo Graco había planeado ya la colonización del territorio recién arrasado de Cartago, pero los optimates disponían de eficaz propaganda para oponerse al proyecto de revalorización de esas tierras: los sacerdotes las habían maldecido para siempre. Donde Graco había fracasado, comenzó César con éxito y acabó Augusto. Miles de colonos en el devastado país fueron asentados; pronto floreció una Cartago romana sobre las ruinas de la Cartago fenicia. Con el tiempo, la ciudad adquirió mayor importancia y fue puerto exportador de uno de los principales graneros romanos de trigo.

César continuó con energía la obra modernizadora emprendida por Sila, que quiso hacer de Roma una ciudad helenística. Después de la segunda guerra púnica, las obras de arte griego confiscadas se acumularon en la ciudad que iba a convertirse en capital del mundo. Tras la toma de Siracusa por Marcelo, en 212 antes de Cristo, se embarcó para Roma un tesoro inmenso de bronces y mármoles, ornamento de las ciudades griegas conquistadas. Los círculos elegantes de Roma se apasionaron por las obras del

arte griego y, desde entonces, los romanos las adquirieron a porfía, sin preocuparse de su autenticidad: las copias bastaban. Ello dio origen en Grecia a una verdadera industria que copiaba las más célebres obras maestras para exportarlas a Roma.



Julio César.

Roma no hubiera podido producir un Sócrates ni un Fidias o un Praxíteles. Pero este pueblo de conquistadores empezó a apreciar el trabajo de los artistas y aquella cultura superior y más antigua; por citar a Horacio: "La Hélade sometida venció a su rudo vencedor y ofrendó al Lacio incluso las obras maestras de su arte". Los romanos adquirieron un nuevo gusto ornamental; prestaron atención al decorado de los edificios; comenzaron a mirar la ciudad de otro modo. César prosiguió la obra urbana de Sila, embelleciendo el viejo Foro y creando un contorno más digno de él.

Otro hecho nos recuerda el celo reformador de Julio César: la reforma del calendario, realizada con ayuda de un astrónomo alejandrino. Desde tiempo remoto, los romanos contaban por años lunares y para su correspondencia con los años solares añadían días a capricho. En tiempo de César, el día de año nuevo caía en octubre y la siega en primavera. Para reajustar las estaciones, hubo que alargar hasta 455 días el año 45 antes de Cristo. César fijó el año-calendario en 365 días, añadiendo uno más cada cuatro años. Desde entonces, el mes del nacimiento de César fue llamado *Julius* (julio),

en su honor; del propio modo, el mes siguiente llevaría luego el nombre del emperador Augusto (agosto).[11]

César empezó a transformar la república aristocrática en un Estado armonioso, lo que constituye su mayor gloria, más valiosa que la adquirida en los campos de batalla. Sus éxitos militares, pues, deben mirarse como parte integrante de tan encomiable obra, puesto que sin ellos no hubiera podido realizarla. César comparte con Alejandro el honor de haber procurado humanizar a los gobernantes. Como general, supo ser clemente con los vencidos; como dictador, su régimen fue una bendición para innumerables oprimidos.

César se propuso también hacer del Estado romano un imperio homogéneo. Quería erigir para la cultura greco-romana un hogar digno de ella. Pero la vida de un hombre es demasiado corta para realizar tantos proyectos que requerían siglos; César sólo asentó los cimientos. En su tiempo, Roma se asemejó a la Atenas de Pericles.

Carácter de Julio César

César había conquistado el poder por la fuerza de las armas, pero no tenía intención de apoyarse siempre en el ejército. Pretendía crear un Estado en que el poder militar estuviera subordinado a la autoridad civil.

Precisamente por eso, al acabar la guerra, envió a sus hogares a los legionarios victoriosos. Sólo quedaron algunas legiones en los territorios fronterizos para defender el imperio contra los enemigos exteriores. Los nombres de estas legiones sobreviven hoy en ciudades y colonias fundadas por los veteranos. César sólo se reservó una guardia personal. Aunque hombres como los Gracos, Escipión el Africano el Joven y Pompeyo habían caído bajo el puñal asesino, César fue bastante optimista para creer que un gobierno equitativo, que cuidara de la dicha de la colectividad, sería protección suficiente para su régimen y su persona. Al descubrirse varias conjuraciones en contra suya, César se limitó a denunciar el hecho. Nadie como él había hecho uso tan generoso de un poder alcanzado por las armas. Ignoraba los odios de partidos y quería olvidar las sangrientas luchas de otros tiempos. Ningún soberano de la Antigüedad, salvo él, superó la mentalidad de la época, que preconizaba la destrucción del enemigo vencido. En ello, como en muchos otros aspectos, César fue un adelantado del progreso en la evolución de la humanidad.

"César fue, sin duda -dice Mommsen-, el único soberano que, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes, rehusó doblegarse a su propios caprichos; antes bien, gobernó siempre según su deber de jefe. La biografía de César no presenta nada comparable a los arrebatos del gran Alejandro: el asesinato de Clitos, el incendio de Persépolis." César no tuvo aquella nerviosidad e impetuosidad romántica que explica, sin justificarlas, las faltas de Alejandro. César era el prototipo del romano dotado de sangre fría, reservado, previsor. Mommsen ve en él al único hombre que no se embriagó con el dominio mundial, que vio siempre dónde comenzaba lo imposible. "Alejandro en Hidaspes y Napoleón en Moscú tuvieron que dar media vuelta, porque no podían obrar de otra manera; se enfrentaron con la fortuna, que puso freno a las victorias de sus favoritos. César, en cambio, retrocedió por voluntad propia después de pasar el Támesis y el Rin." Mommsen cree que César nunca codició la corona real y quiso sólo ser el primero entre sus iguales. Según otros historiadores, César proyectaba proclamarse rey a la primera ocasión. Algunos fervorosos partidarios le tentaron a dar este paso decisivo. Uno de

[11] Con el tiempo, el calendario juliano resultó inexacto, y el papa Gregorio XIII lo reformó en 1582; suprimió los años bisiestos centenarios excepto aquellos que fueran divisibles por cuatrocientos. Así, los años 1600 y 2000 son bisiestos, pero no los años 1700 y 1900.

ellos, Marco Antonio, cónsul en 44 antes de Cristo, incluso se atrevió a coronar a César con una diadema durante una festividad pública, ante todo el pueblo. César rechazó la corona: quizás porque la multitud desaprobaba la iniciativa de Marco Antonio. Es posible que el poder real que César anhelaba no fuese el de los antiguos reyes romanos, sino el de un Alejandro, rey de reyes y señor del mundo. De hecho, en algunas provincias se le rendían honores divinos que los orientales tributaban a la dignidad regia; no faltaban quienes propusieran, por ejemplo, erigirle un templo servido por sacerdotes propios.

Los idus de marzo

De todas formas, la idea monárquica flotaba en el ambiente. Las cartas de Cicerón nos revelan las reacciones de ese auténtico republicano ante un César en funciones de monarca. Cicerón, encantado al principio por la magnanimidad de César, dio pronto libre curso a su amargura. La vida perdía todo atractivo al ser hollada la libertad. Sus actividades en el Foro y en el Senado, todo lo que antes constituyera su orgullo y atraía la consideración popular, lo dejaban indiferente. La historia de Demóstenes y de Alejandro se repetía. El "padre de la patria" escribió a un amigo desterrado que podía sentirse feliz lejos de Roma, para no verse forzado a decir lo que no pensaba y hacer lo que le repugnaba; así tenía al menos *"la libertad de callarse"*. Cicerón era incapaz de traducir su resentimiento con actos violentos, pero otros lo iban a hacer en su lugar.

La amargura aumentó más aun cuando la bella reina de Egipto fue a Roma y estableció su corte en una de las quintas de César; después el dictador reconoció oficialmente al hijo de Cleopatra. Murmuróse entonces que César quería casarse con la reina, que trataba de arrastrarle a Egipto. Allí sería proclamado rey y haría de Alejandría la capital del imperio romano; Roma sólo sería una capital alternativa.

Muchas cabezas alocadas planearon la muerte del tirano. Unos sesenta hombres se conjuraron contra César; entre ellos, algunos antiguos amigos. No los empujaba al homicidio el odio personal; obraban así por ideal político. El alma de la conjuración era Casio, hombre rencoroso; también Junio Bruto, joven que se vanagloriaba de tener por antepasado al Junio Bruto que librara a Roma de su primer tirano, Tarquino. Su patriotismo exacerbado se explica en parte por su matrimonio con Porcia, hija de Catón de Útica, tan empedernida republicana como su difunto padre. Bruto era un hombre rudo, insensible, acreedor despiadado y usurero sin entrañas que exigía intereses del 48 por ciento. De esta manera trataba a los provincianos; un romano podía permitírselo todo respecto a estos miembros de clase inferior. Cuando Bruto, en su estrechez de espíritu, acogía una idea, parecía obseso.

Casio y Bruto habían luchado contra César en Farsalia, pero luego habíanse reconciliado con su vencedor. César era un auténtico padre para Bruto; incluso se murmuraba que realmente era su padre. Pero el obstinado joven se propuso imitar a su célebre homónimo y a su suegro. César sospechó sin duda de Bruto y de Casio. Le advirtieron que debía desconfiar de dos importantes partidarios suyos, uno de ellos Marco Antonio, que desempeñaría gran papel al morir César. El dictador respondió: "No temo a estos hombres bien alimentados, sino a los delgados y pálidos". Con ello quería indicar a Casio y a Bruto.

Los conjurados resolvieron actuar durante la reunión del Senado en los idus de marzo (15 de marzo del año 44 antes de Cristo). O aquel día o nunca, pues esta reunión era la última antes de salir el dictador para una gran expedición contra los partos, entonces los peores enemigos de Roma. Según Plutarco, César tenía intención de someter todo el país hasta el mar Caspio, considerado entonces como una ensenada del océano. Al regreso, pensaba atravesar las estepas al norte del mar Negro para atacar a los germanos por retaguardia y someterlos al poder romano. De esta manera, el imperio

de Roma quedaría rodeado por el océano, salvo al sur, donde terminaba en los desiertos de Sahara y Arabia.

Pero César había de sucumbir durante los idus de marzo. Un adivino había prevenido a César que desconfiara de ese día, pero César no se dejó impresionar. ¿No tenía como principio que el miedo a la muerte era mucho más penoso que la misma muerte? Shakespeare le hace decir:

El cobarde muere varias veces antes de morir.
El valiente no se enfrenta con la muerte más que una vez.

César se dirigió, pues, a la Curia. En el camino, un orador griego se abrió paso entre la multitud y tendió un papel al emperador donde constaban todos los planes de la conjuración. "Lee esto inmediatamente", dijo el hombre. Quizás los apretones de la multitud impidieron a César leerlo; quizás no concedió mayor importancia a este último aviso del destino: lo cierto es qué César entró en la Curia sin haber leído el papel que guardaba en su mano. Junto a la entrada encontró al adivino que le había prevenido. César le dijo bromeando: "¡Qué!, ¿han llegado ya los idus de marzo?" "Sí, César, pero no han acabado todavía", respondió el adivino.

César tomó asiento en el sitial dorado, insignia de su cargo, junto a la estatua de Pompeyo, que el populacho quitara de allí y que él mandó restituir, en testimonio de respeto hacia el enemigo difunto. Uno de los conjurados le presentó una solicitud y asió el borde de su toga, como los peticionarios solían hacer. Era la señal convenida. Uno de los asesinos, un tal Casca, dio la primera puñalada en su espalda. "¡Canalla!", exclamó el herido, agarrando el brazo del asesino. Los conjurados sé arrojaron entonces sobre el dictador indefenso. Cuando vio a Junio Bruto entre los asesinos, César sólo lanzó una queja: *Tu quoque, fili mihi?* ("¿Tú también, hijo mío?") fueron sus últimas palabras. Se cubrió la cabeza con la toga y se desplomó. Había recibido veintitrés puñaladas.

Aterrorizados, llenos de pánico, los senadores huyeron alocadamente. Bruto había preparado un elocuente discurso, pero cuando intentó hablar no lo escuchó nadie, ni en la Curia ni en el Foro. Él y sus cómplices sólo pudieron hacer una cosa: correr por las calles y mostrar los puñales ensangrentados gritando: "¡Muera el tirano! ¡Libertad y república!" Pero nadie los siguió. Los ciudadanos estaban ya en sus casas y habían cerrado las puertas.

EL SEGUNDO TRIUNVIRATO

Antonio

Los asesinos de César no habían previsto nada en cuanto al gobierno de Roma. Estaban convencidos que la antigua administración republicana se restablecería por sí misma a la muerte del "tirano". Pero el puñal de Casca no era el remedio ideal para salvar a la república moribunda. Después del asesinato, Bruto exhortó a los ciudadanos a recuperar sus derechos. Nadie le respondió: ya no había ciudadanos. Los conjurados no comprendían que el tiempo de la República ya había pasado que podía derribarse a un monarca, pero no la idea de monarquía. Al perder a César, Roma perdió su alma. La muerte del emperador atascó el mecanismo estatal. Los conjurados sólo eran comparsas; si algún papel habían desempeñado, a César lo debían, que había hecho de ellos instrumentos de su genio. Creyeron que el Senado volvería a dirigir los negocios del Estado, pero el Senado y la asamblea popular parecían un rebaño de ovejas asustadas.

El primero que supo dar señales de vida no fue precisamente un conjurado, sino uno de los allegados a César: el cónsul Antonio, famoso por su fuerza colosal y su ligereza de costumbres, sin rival como bebedor y mujeriego. Había servido bien a César en la guerra y sentía hacia su general una fidelidad insobornable. De vez en cuando, le era difícil la vida: solía encontrarse con frecuencia sin dinero; cuando se encolerizaba era capaz de cualquier locura. Su primera iniciativa fue echar mano a los fondos del Estado. Esperaba sin duda ser el sucesor de César.

El gran día de Antonio fue cuando leyó, ante la asamblea popular, el testamento de César. En él, el dictador asesinado legaba sus jardines al pueblo como parqué público y dejaba a cada uno de los 250,000 romanos pobres, una suma de dinero. Fue un testamento que dio mucho que hablar. ¡Así, pues, los conjurados habían matado al bienhechor y padre de los romanos! La indignación llegó al colmo cuando se supo que César legaba crecidas cantidades a varios de sus asesinos. Antonio pronunció un panegírico emotivo. Después, levantó el sudario y enseñó las heridas y la toga manchada de sangre. El Foro entero se alborotó con los sollozos y lamentaciones del pueblo.

El cuerpo de César debía ser normalmente incinerado en el Campo de Marte, pero el gentío exigió que los despojos de su bienhechor permanecieran en la ciudad. No pudo impedirse que la multitud. encendiera una hoguera en el mismo Foro. Apenas prendió, la multitud cogió antorchas y corrió a pegar fuego a las casas de Bruto, Casio y demás, pero los asesinos se habían puesto ya a salvo.

Era evidente que el pueblo estaba de parte de César. Además, Antonio disponía de la fuerza militar; era, pues, el dueño de Roma.

Octavio: el futuro Augusto

La situación cambió cuando un nieto de la hermana de César, el joven Octavio, de diecinueve años de edad, entró en escena en calidad de heredero principal e hijo adoptivo del ex dictador (César no tuvo hijos varones legítimos). Octavio se convirtió en rival de Antonio. Al saber la muerte de César, se trasladó en el acto a Roma. Acababa de terminar sus estudios en Grecia e iba a iniciar su formación militar acompañando a César en su expedición contra los partos. Antonio lo recibió con displicencia, casi con grosería. Pero muchos partidarios y veteranos de César acogieron al joven como hijo y vengador de su jefe.

El partido de César revelaba, pues, disensiones internas. Ello dio una nueva oportunidad a sus asesinos y enemigos. Los republicanos adhirieron en seguida a Octavio con intención de servirse cuanto pudieran del joven, quien les parecía menos temible que el grosero y ambicioso Antonio. El enemigo irreconciliable de éste era Cicerón, el senador que le reprochaba sus brutalidades. Pero, ¿a quién podían los republicanos oponer a Antonio? Se necesitaba uno que dispusiera de un ejército y Octavio era el único. Bruto exhortó en vano a Cicerón a que no se uniera a ese joven, pero el gran orador estaba convencido que el chiquillo, como él le llamaba. sería en manos de su partido un instrumento fácil de manejar.

Cicerón atacó primero a Antonio, dirigiendo contra él catorce discursos que denominó *filípicas*, en alusión a los ataques de Demóstenes contra el rey Filipo. En ellas, Cicerón describió al hombre odiado como un animal salvaje, sediento de sangre. La segunda es la más célebre; pronunciada tras una réplica vigorosa de Antonio, pinta a éste como el genio malo de César e instigador de una catastrófica guerra civil.

Desde que Antonio se apoderara de los fondos del Estado a la muerte de César, no se había visto el dinero. "¿Cómo pudiste pagar -dice Cicerón- el primero de abril una

deuda de cuarenta millones de sestercios cuando todavía la debías el 15 de marzo?" Cuanto más se enzarzaba la discusión, más se apasionaba Cicerón. Lanzaba a su enemigo frases como ésta: "¡Vete a dormir la borrachera y procura pensar un instante como hombre razonable!" Lo amenazó al fin con la misma muerte que tuvo César: "¿Crees, en verdad, que un pueblo que no soportó a César, soportará a Antonio? No, estáte seguro. Los romanos se disputarán el honor de aniquilar al tirano".

La situación también fue muy tensa entre Antonio y Octavio. Antonio trataba a su rival como a un niño. Un día que Octavio arengaba al pueblo, los lictores de Antonio lo echaron de la tribuna. Ambos rivales se detestaron de tal forma que se acusaban mutuamente de intenciones homicidas. La decimotercera filípica de Cicerón es considerada como una obra maestra de "elocuencia rencorosa": en ella se exhortó al Senado a declarar la guerra a Antonio. Fue el origen de una nueva guerra civil entre Antonio y Octavio. El Senado ayudó a éste. Antonio, vencido, se refugió en la Galia transalpina.

Todo iba viento en popa para los asesinos y enemigos de César. Antonio había huido y Octavio no era más que un adolescente. Bruto consiguió adueñarse de Macedonia y Casio de Siria, provincia que César ya les había ofrecido. Oriente y sus opulentas riqueza caían así en poder de los republicanos.

Octavio tuvo importante intervención en la victoria sobre Antonio, pero se le ignoró cuando el Senado procedió al reparto de mandos militares y altos cargos del Estado. Ahora bien, el *chiquillo* no tenía intenciones de dejarse tratar con desprecio y permitir que los asesinos de su padre adoptivo triunfasen. Se había comprometido a vengar a César. Para forzar la decisión, exigió, pese a su juventud, uno de los consulados vacantes. A tal efecto, envió a Roma una delegación de aquellas legiones que el Senado intentara separar poco ante de su general. El Senado rechazó, desde luego, la petición, pretextando la juventud de Octavio.

Octavio marchó entonces hacia Roma al frente de sus legiones y ocupó la ciudad. Bajo presión armada, eligióse al joven general para el consulado y se declaró fuera de la ley a los asesinos de César. Inmediatamente, un centenar de romanos notables fueron sacrificado, en memoria de César. Por otra parte, Octavio comprendía que con sus diecinueve años no podía medirse con el mejor lugarteniente dc César. Además, Antonio contaba en la Galia transalpina con el apoyo del gobernador local, un antiguo comandante cesariano de caballería llamado Lépido, que tenía a sus órdenes la célebre décima legión. Octavio se mostró dispuesto a negociar. Se entrevistaron los tres hombres más poderosos de Roma, Octavio, Antonio y Lépido, y se abrazaron mutuamente. Refiérese que, en medio de su "efusivos" abrazos, Antonio y Octavio se palpaban mutuamente, con prudencia, sus togas, para asegurarse de que no ocultaban ningún puñal. En el año 43 antes de Cristo, los tres acordaban una alianza para gobernar ellos solos el imperio romano: ésta no sería un simple acuerdo privado, como en el primer triunvirato, sino que sería ratificada legalmente. Es decir, se "restablecería" la formalidad, pero no el contenido de la república.

Una de las primeras medidas de los nuevos triunviros fue ajustar cuentas a todos sus enemigos. Para entrar en guerra contra Bruto y Casio se necesitaba dinero, y las proscripciones eran la única manera de obtenerlo. Comenzó un nuevo terror y una serie interminable de asesinatos políticos. Por matar a un proscrito, un esclavo recibía una crecida suma y la libertad. El hombre libre obtenía una recompensa tres veces mayor. Alrededor de unos 2,500 aristócratas y ciudadanos acomodados fueron sacrificados a la codicia de los triunviros. El asesinato de César inició una nueva contienda fratricida que, salvo interrupciones, duró quince años. Fue la tercera guerra civil, la peor de todas.

Los últimos días de Cicerón

Cicerón fue la víctima más célebre de estas proscripciones. Octavio quería salvarle la vida, pero al final tuvo que ceder. Cicerón intentó huir a Macedonia, junto a Bruto, pero sus verdugos lo capturaron en el camino.

> "Estaba sentado en su litera, como de costumbre -cuenta Plutarco- apoyando la barbilla sobre la mano izquierda; miró a sus asesinos frente a frente. Cicerón iba cubierto de polvo, sin afeitar, con el pelo en desorden y el semblante demacrado por el sufrimiento. Uno de los verdugos le dio el golpe mortal; casi todos los presentes se cubrieron entonces el rostro. Los asesinos cortaron en el acto la cabeza de la víctima y, por orden expresa de Antonio, también aquellas manos que habían escrito las famosas Filípicas."

Antonio no disimuló su alegría cuando le mostraron los despojos de su enemigo. Injurió con grosería al difunto. Expuso la cabeza y las manos de Cicerón en el Foro, precisamente donde el célebre orador consiguiera tantos triunfos. En Roma, ricos y pobres, aristócratas y simples ciudadanos juzgaron presagio funesto este abominable crimen contra "el padre de la patria".

Cicerón había dedicado los últimos años de su vida a escribir. Alcanzó la cumbre de su obra ética en sus libros, *De los deberes* y *De la vejez*, en donde imagina una conversación (remontada al año 150 antes de Cristo) entre el viejo Marco Porcio Catón y dos jóvenes amigos, uno de los cuales sería con el tiempo el célebre Escipión el Africano el Joven. Catón, de 84 años de edad, aparece como un feliz anciano a quien los años no pudieron doblegar. La vejez no era para él un periodo inútil, una edad vacía y triste, sino el tiempo de la madurez, de la serena meditación, una preparación al reposo eterno esperado sin angustia. Este retrato de Catón nos muestra la vejez como la época de la vida en que el hombre alcanza su más bella perfección terrenal. La obra recuerda las últimas conversaciones entre Sócrates y sus discípulos.

Catón rectifica los reproches hechas a la vejez. En primer lugar, la incapacidad para el trabajo: quienes lo sostienen son tan estúpidos como aquellos que afirman que un timonel es inútil a bordo de un buque, porque no escala el mástil, ni corre en todos sentidos por la nave, ni achica el agua, sino que permanece quieto a popa. Para dirigir un navío -como en toda función dirigente- hay que poseer inteligencia especulativa, cualidad que nos ofrece la vejez. Y si las fuerzas físicas decrecen en el otoño de la vida, ¿por qué quejarse de ello?

> "No envidio ahora el vigor de un joven como tampoco envidié en mi juventud la fuerza de un toro o de un elefante. Hay que aprovecharse de lo que se posee y hacer todo conforme a las propias fuerzas.
> "He aquí el tercer reproche que se dirige a la vejez: el de estar privada de placeres. Si la razón es la más preciosa ventaja que la naturaleza o alguna divinidad concediera al hombre, este don del cielo, regalo por excelencia, no tiene enemigo más peligroso que la voluptuosidad. En efecto, cuando la pasión domina, no es posible la moderación."

No debemos quejarnos de la vejez, sino estarle agradecidos por conservar nuestra alma pura de toda mancha. La mayor dicha del alma es llegar a su reposo y poder llevar una vida introvertida, después de ser esclava tantos años del amor, la ambición, la sed de dominio, el odio y todas las pasiones. Cuando se posee un ideal, lo más hermoso es una vejez consagrada a los trabajos de la ciencia. Pero hay un último reproche: el que el anciano puede recibir la muerte en cualquier momento. Ante todo, ello es propio de cualquier edad. Además, es más penoso morir

en la primavera de la vida que en su otoño. La muerte es una dicha para quien cree en la inmortalidad del alma.

> "No, no siento haber vivido. Salgo de la vida como de una posada, y no como de una morada permanente. ¡Oh, hermoso día en que iré a reunirme a la asamblea celeste y al divino concierto de las almas, después de haberme alejado de esta multitud impura, de este fango terrestre!"

Algunas veces reconoce Cicerón que extrae sus ideas filosóficas de los griegos. Compara sus escritos filosóficos a las adaptaciones de obras griegas hechas por los antiguos dramaturgos romanos. Sus excelentes traducciones de términos filosóficos griegos han sido adoptadas por la filosofía occidental. Su estilo, que es muy flexible, y el interés de sus demostraciones han interesado, después de la caída del imperio, a muchos espíritus por los problemas sobre la vida y el saber que, en esencia, están aún a la orden del día. No se hace justicia a Cicerón juzgando su talento de autor únicamente por sus discursos: tienen gran importancia, pero más bien como obras de arte. Existe, naturalmente, gran diferencia entre escribir bien y persuadir al Senado romano, al tribunal o a la asamblea popular.

Quien quiera comprender la grandeza de Cicerón como escritor en el sentido actual de la palabra, debe leer su célebre correspondencia: se conserva una colección de unas novecientas cartas, entre las escritas y las recibidas por él, obras maestras de inimitable sinceridad, humor, lucidez y elegancia verbal, que él nunca pensó en publicar.

Las opiniones difieren en cuanto a la personalidad de Cicerón. Los contemporáneos y la posteridad juzgan de distinta manera a Cicerón, como hombre. Algunos admiran al primer romano que logró fundir las culturas griega y romana en armonioso conjunto. Otros, por el contrario, insisten en sus defectos, su fatuidad, temperamento versátil y falta de virilidad en las circunstancias difíciles. O consideran a Cicerón como un incorregible charlatán.

Las debilidades de Cicerón se relacionan con su oficio de abogado. Más de una vez sabemos que tuvo que defender alguna causa falsa o equívoca, por motivos personales o por presión política. En tales casos, y con pleno conocimiento de causa, se muestra como un patético moralizador que suena a vacío. En los discursos llegados a nosotros, Cicerón se muestra sin disfraz a la posteridad. En sus epístolas se manifiesta aún mejor. Pero ¿es justo juzgar con tanta minucia las palabras que un hombre fogoso escribe impulsado por la pasión del momento? Quien pretenda formular un juicio justo sobre Cicerón debe penetrar en lo que se ha llamado "hechizo de estas cartas íntimas". Atraen nuestra admiración por el autor y nuestra simpatía por el hombre, pese a todas sus debilidades.

Cicerón

La vida familiar de Cicerón fue desgraciada. Su esposa era lo que se llama un buen partido. Terencia aportó al matrimonio una fortuna considerable, cuya administración fue inicialmente un éxito; más tarde se dedicó, al parecer, a especulaciones peligrosas. Cicerón se quejaba de haber sido despojado por su mujer. Era quizás una mujer de difícil convivencia; en las cartas vemos disminuir de año en año el amor hacia su marido, y las últimas que poseemos hablan sólo de negocios y desarreglos conyugales. Cicerón se separó de Terencia después de treinta años de matrimonio. Después, Terencia tuvo por lo menos otros tres maridos; probablemente llegó a la respetable edad de ciento tres años.

A pesar de sus sesenta años, Cicerón casó en segundas nupcias con una joven muy rica llamada Publia, cuyo padre la había confiado a Cicerón en el lecho de muerte. La persona más querida del anciano Marco Tulio era su hija Tula, a quien llamaba siempre *Tuliola*, "Tulita". Hija de Cicerón en sangre y espíritu, compartía el amor de su padre por la literatura. La pobre Tulla se enamoró de un joven libertino de alta alcurnia, llamado Dolabella, que despilfarraba sus dones intelectuales, tanto como su fortuna. Dolabella era un Catilina en grado menor. El haber llegado a ser yerno de Cicerón con sólo diecinueve años, no le impedía tener la conciencia harto manchada. Para casarse con Tulla, nueve años mayor, repudió a su primera mujer, una dama que hubiera podido ser su madre, pero que tenía -o había tenido- mucho dinero. Cicerón decía que ella, desde hacía veinte años, confesaba tener treinta.

Al casarse con Tulia, Dolabella prometió palabras que se llevó el viento. Dilapidó la fortuna de su mujer con tanta frivolidad como la suya, y cuando Tulia se quejaba, amenazaba con repudiarla. Pero el amor de la pobre joven era ciego y perdonó todos los descarríos de su marido. Un día la ofendió tan groseramente que no hubo reconciliación posible. Buscó refugio junto a su anciano padre y murió al dar a luz. Esto fue para Cicerón el golpe más cruel de toda su vida.

Publia, más joven que Tulia, nunca había querido a su hijastra. Esperaba que su marido ahora sería todo para ella. Pero cuando Cicerón vio que Publia se alegraba tanto de la muerte de Tulia, le tomó tal aversión que ya no pudo soportar su presencia.

Cicerón tenía también un hijo, muchacho de naturaleza violenta y grosero; sin embargo, su padre quería hacer de él un filósofo y un orador. En vez de dejar al y muchacho que acompañara a César en campaña, como tanto deseaba, Cicerón lo mandó a estudiar retórica a Atenas. Su padre le pasaba una crecida cantidad anual, sobrada para un estudiante. Pero el joven Cicerón prefería los festines a las sabias lecciones. Perfeccionó su inclinación natural al vino de Falerno y de Quíos más que su conocimiento de Platón y Aristóteles. Su ambición era llegar a ser el mayor bebedor de su época. Y no estuvo lejos de lograrlo; hasta consiguió hacer rodar al mismo Antonio bajo la mesa.

Al pasar Bruto por Atenas, encontró al joven Cicerón y lo llevó a Macedonia. El joven llegó a ser uno de los mejores oficiales del "libertador". Después de la derrota de Bruto, Octavio se creyó obligado a reparar en la persona del hijo el daño inferido al padre. Perdonó, pues, al joven Cicerón y lo nombró cónsul. Pero a Cicerón joven sólo lo mencionaban por su habilidad para empinar el codo. Un día, enloquecido por la borrachera, arrojó un vaso de vino a la cabeza de Agripa, general y amigo de Augusto.

Un poeta racionalista: Lucrecio

La Roma de Cicerón tuvo otro filósofo: Lucrecio. Su obra maestra es un gran poema: *De rerum natura* (De la naturaleza de las cosas).

Lucrecio es, con César, el único escritor nacido en la ciudad de Roma. Lucrecio vivió en la época política vacilante de Roma. Creció durante las feroces luchas de partidos, observando disgustado cómo los hombres transformaban la tierra en un infierno. No se lanzó a la marea partidista: "Los honores y el poder no son envidiables", afirmaba.

"La envidia, como el rayo, precipita a menudo a los hombres en los horrores de una muerte humillante. ¿No vale más obedecer tranquilamente que ambicionar el trono y la suprema autoridad?"

Retiróse a su mundo interior para buscar allí *"una visión más justa de las cosas",* para liberarse de la angustia y la muerte, para huir de los dioses caprichosos y crueles. Las fuerzas de la naturaleza y la infinitud omnipresente en ella le parecían más elevadas y poderosas que las antiguas figuras mitológicas. Los humanos asestáronse un golpe terrible al permitir que su imaginación creara semejantes dioses:

"¡Hombres infortunados por atribuir todos estos efectos a la divinidad y por anearla de una cólera terrible! ¡Cuántos gemidos les costó desde entonces! ¡Cuántas heridas nos causaron! ¡Qué fuente de lágrimas abrieron a nuestros descendientes! La piedad no consiste en inclinarse a menudo, cubierto el rostro, ante una piedra, en frecuentar los templos, en prosternarse o elevar las manos hacia las estatuas de los dioses, en inundar los altares con sangre de animales o encadenar los corazones con otros votos, sino más bien en observar todos los acontecimientos con rostro tranquilo."

En las teorías de Demócrito y de su heredero espiritual, Epicuro, descubrió la doctrina clara y lógica que exigía su alma atormentada. Se convirtió, pues, en admirador y discípulo de Epicuro. En su poema no cesa de tributar homenajes al filósofo y expresar toda la gratitud que le debe la humanidad. Opinaba -creencia característica del siglo XVIII- que la razón puede curar todos los males de la humanidad. Escribió en verso para divulgar más ampliamente este evangelio y liberar así a una humanidad desgraciada, esclava de sus supersticiones.

En contra de la opinión común, sostenía que el cuerpo no tiene la menor importancia para el destino de ultratumba. Quedar insepulto no es espantoso. El valiente Héctor afronta la muerte sin pestañear y es demasiado altivo para implorar gracia a su vencedor; sin embargo, grita en el momento de morir: "¡No dejéis que sea pasto de los perros!" Se ofrecen sacrificios a los difuntos, se sigue al pie de la letra un complicado ritual funerario, temiendo cometer la menor falta. Lucrecio se cree en el deber de tranquilizar a los supervivientes y liberarles de esta angustia. No es más grave para el difunto ser devorado por los perros que quemado en la hoguera, dice.

"Pues si uno de los horrores de la muerte es servir de alimento a los habitantes de los bosques, no creo que sea menos doloroso ser consumido por las llamas."

Tampoco deben creerse los mitos sobre los infiernos, el país de los muertos. Hades y el Cerbero, el suplicio de Tántalo y los vanos esfuerzos de Sísifo. El infierno está aquí en la Tierra, pues el pecador y el criminal experimentan su castigo, en forma de remordimientos, por ejemplo.

La obra de Lucrecio está impregnada de ardor polémico, aún en sus pasajes más ricos y abstractos nos sentimos movidos por fogoso entusiasmo y humilde admiración a las leyes de la naturaleza. Sus frases no parecen vacías cuando dice al lector que desafiar cualquier obstáculo y cumplir su tarea es un deber sagrado. Lucrecio anima de continuo su demostración con admirables cuadros donde suena la nota del verdadero artista. Lucrecio tenía el espíritu de un filósofo y el alma de un poeta.

Con todo, la posteridad conoce al poeta, pero no al hombre, que aún nos es desconocido. Quedan referencias de su persona en la *Crónica mundial,* obra de san Jerónimo, que vivió tres siglos después de Lucrecio. Según ellas, el poeta se volvió loco al beber un filtro de amor, escribió su obra en momentos de lucidez y se suicidó en 55

antes de Cristo, frisando cuarenta años de edad. Pero se ignora lo que hay de cierto en estas referencias.

Aunque oscura, la figura de este gran solitario tiene el mérito de haberse abismado más intensamente que todos sus contemporáneos en la poesía del Universo.

Catulo, cantor del amor

La primera poesía romana fue épica y dramática. Tardó en aparecer una poesía lírica en lengua latina, nacida por influencia de un helenismo subjetivo e individual. Catulo, contemporáneo de Cicerón y de Lucrecio, merece el título de "padre de la poesía lírica romana". Su obra está muy influida por Safo y Calímaco. Catulo no era un traductor; era un auténtico poeta, un talento original. Sus cortos poemas no dejan de tener defectos. El propio autor los llama *versitos* con simpática modestia; no obstante, desde la época de Safo son las primeras obras líricas verdaderas. En ellas se resume la vida de un hombre, en el seno de un período lleno de colorido.

Catulo nació en Verona, pero pasó a Roma a la edad de veinte años. Allí corrió innumerables aventuras lujuriosas y se cubrió de deudas. En este ambiente libertino encontró su gran amor, la pasión devoradora que hizo de él un poeta inspirado. Catulo, hijo de la Galia cisalpina, tenía sangre celta en las venas, lo que explica, quizá, su receptividad al subjetivismo del espíritu helénico. El "yo" del poeta rompe los moldes de la severa disciplina cívica y familiar tan cara a los romanos.

Los escritos de Catulo dan testimonio también de la desaparición de las antiguas virtudes latinas. Al Estado romano nada le quedaba que pudiese suscitar entusiasmo patriótico. Una sociedad desmoralizada por la política y entregada a demagogos ambiciosos, no podía crear poemas patrióticos al estilo de Nevio y Ennio, propios de la edad dorada de la República, cuando cada romano se sentía unido a su altiva y poderosa patria. No debe extrañar que desapareciese también en la literatura el interés por el Estado y la comunidad, y la poesía expresase los sentimientos del individuo, sobre todo el amor y el odio. Por tal motivo, la mujer se convirtió en centro de interés de la poesía romana.

En los poemas de Catulo, la mujer se llama Lesbia. Catulo ama a Lesbia hasta sucumbir por su amor. Escoge ese nombre en honor de la poetisa griega que mejor cantó el amor.

En los siguientes trece versos Catulo resume la embriaguez apasionada en que su amor lo ha sumido; felicidad que se expone de continuo como opuesta a la idea de la muerte:

"Vivamos para amarnos, Lesbia mía,
y mientras, no escuchemos lo que hablen
de nosotros los viejos pudibundos;
pueden soles ponerse y levantarse;
dormiremos los dos perpetua noche
cuando por siempre nuestra luz se apague.
Ven y dame mil besos, luego ciento;
otros mil y otros ciento al punto dame,
y otra vez cien mil dame en seguida.
Y al ir a completar muchos millones,
la cuenta equivoquemos, que ignorando
cuántos besos a darme al fin llegaste,
por lo menos, ¡oh, Lesbia!, a algún celoso
le ahorremos la pena de envidiarme."

¿Quién era esta Lesbia tan amada? Clodia, hermana de Clodio, caudillo del populacho romano. Su reputación corría a parejas con la de su hermano. Defendiendo en cierta ocasión a uno de los numerosos amantes a quienes Clodia acusó de haber querido envenenarla, Cicerón señaló las abominables maldades de la hermana de Clodio, su mortal enemigo. Dijo por ejemplo: "No soy, ciertamente, enemigo de las mujeres y menos todavía de una mujer amiga de todos los hombres".

Todos admiraban la belleza de Clodia. Estaba casada, pero la corrupción de costumbres de la época no impedía sus numerosas relaciones, tanto más siendo su esposo un viejo repulsivo y antipático. Catulo solía llamarle "el asno". Ya había pasado el tiempo en que las matronas romanas permanecían en casa, pasando los días con su rueca y su telar. Roma se había convertido en capital de los libertinos y de las mujeres adúlteras. "La castidad es prueba de fealdad", se decía entonces.

"¡Qué habrá de ser, me ofreces, vida mía,
nuestra mutua pasión grande y eterna!
Haced, ¡oh, dioses!, que con toda el alma
y sincera me cumpla su promesa.
¡Y que el lazo de amor que ahora nos une,
por toda nuestra vida durar pueda!"

Clodia era diez años mayor que Catulo. Lo que para el joven fue pasión sin límites, para ella, mujer madura y experimentada, sólo debió ser pasajero episodio.

"Amar sólo a Catulo me ofreciste
y aún al Jove dejar por mis caricias;
y cual padre a sus hijos te amé entonces,
no como se ama a una vulgar amiga.
Mas ya hoy te conocí, y aunque más te amo,
de mi amor perdurable eres indigna.
¿Cómo puede ser esto?, dirás, Lesbia.
Porque es tal ya conmigo tu perfidia,
que aunque un amor más grande te profese,
tengo en cambio por ti menor estima."

Poco después se confirmaron las sospechas de Catulo. Al visitar un día a su anciano padre, se entero que Clodia tenía un nuevo amante. Loco de celos, el poeta regresó a Roma a todo galope. Rufo, amigo de Catulo, había aprovechado la ausencia del poeta para suplantarlo en el corazón de la bella dama.

La pasión del poeta se convirtió en odio. Sin embargo, no podía olvidar aquel amor. Conmueve oír a este hombre escarnecido, dirigiendo a los dioses fervientes oraciones para apaciguar su alma atormentada:

"... Si, ¡oh, dioses! sois piadosos, si la muerte
no dais a quien la espera satisfecho,
de mí compadeceros y arrancadme,
si mi vida fue buena, el mal funesto,
que entra como un letargo entre mis venas
y las dichas arroja de mi pecho.
Ya no quiero que me ame, ni que honesta,
porque imposible es ya, sea de nuevo.
De mi piedad en cambio, dadme, ¡oh, dioses!
curación de este mal que es lo que anhelo."

Catulo murió a la edad de treinta años apenas.

La muerte precoz de poetas como Lucrecio y Catulo parece ser algo más que casualidad. Ambos vivían en una época desgarrada en que la sangre bullía febril, una época, también, llena de angustia y de sed insaciable de placer, un tiempo privado del equilibrio y la serenidad de los poetas de la anterior generación. Casi todos los adelantados de la literatura romana -Nevio, Ennio, Plauto y otros- alcanzaron edad avanzada y escribieron incluso en sus últimos años.

Los triunviros arrollan a los enemigos de César

Terminadas las sangrientas proscripciones en Roma, llegaba el momento de acabar con Bruto y Casio.

El último combate se entabló en Macedonia (42 antes de Cristo), cerca de Filipos. Los encuentros de Filipos fueron los más sangrientos de la historia romana. Ambos rivales alinearon cien mil hombres. Su resultado fue victorioso para los triunviros gracias a la brillante estrategia de Antonio. Octavio era demasiado joven e inexperto y, además, estaba enfermo; no podía ejercer el mando supremo. No era la primera vez que su quebradiza salud lo reducía a la impotencia en el momento decisivo. Casio y Bruto habían jurado suicidarse si eran vencidos. Casio fue quien primero se dio la muerte, creyendo perdida la situación. Al terminar el primer día, nada estaba decidido, pero la deserción de Casio desmoralizó las líneas republicanas. Bruto era demasiado intelectual y tardó en intervenir: discutía el menor detalle, trataba los asuntos "intercambiando ideas". El campo republicano era una escuela de filosofía donde cada uno defendía su opinión con interminables discursos y el comandante en jefe no decía, en la práctica, ni una palabra. Uno sugería una táctica y otro era de parecer contrario, y nadie acataba las órdenes de Bruto. El republicano más indisciplinado era Casca, el de la primera puñalada a César.

Bruto reanudó la lucha con desesperación: o combatía o su ejército se desbandaría. Combatió con valor y, al principio, con éxito; pero el mando se le escapó, y con él la vida. Se atravesó con su espada. César estaba vengado. El pueblo de Roma siempre creyó que su cobarde asesinato atraería la cólera divina sobre los conjurados.

Suetonio observa que "sólo un asesino de César sobrevivió tres años a su víctima; se ignora si alguno de ellos murió de muerte natural. Unos perecieron en naufragio, otros murieron en combate, otros se suicidaron con el mismo puñal con que mataron a César".

Después de adueñarse de los territorios de Bruto y Casio, el triunvirato las emprendió con Sexto Pompeyo, que había buscado su salvación en el mar convertido en poderoso jefe pirata. Tenía sus guaridas en Sicilia, Cerdeña y Córcega. Pompeyo se hacía llamar modestamente "el hijo de Neptuno". Vestido de túnica azul en vez de llevar su toga púrpura de general, bloqueaba el aprovisionamiento de Roma, hostigaba y saqueaba las costas de Italia. Los descontentos acudían a él: la esperanza de un rico botín atraía a aventureros llegados de todas partes.

La guerra estalló tras el fracaso de largas negociaciones entre los triunviros y Sexto Pompeyo. En vano imploraba Horacio, en nombre de todos los romanos, que se evitase una nueva efusión de sangre. El poeta consideraba tales guerras civiles como consecuencia de una maldición que castigaba a Roma desde que Rómulo mató a su hermano Remo.

> "¿Adónde os despeñáis, malvados? ¿O qué hacen en vuestras manos estos hierros envainados hasta ahora? ¿Harta sangre latina no corrió aún por tierras y mares? No para

que el romano prendiera fuego a las soberbias ciudadelas de la envidiosa Cartago; no para que el británico, intacto hasta ahora, descendiera encadenado por la Vía Sacra; sino para que esta ciudad, como desean los partos, se destruya con su propia mano. Nunca lo hicieron así los lobos y leones; jamás, a no ser entre fieras desiguales. ¿Es furor ciego el que os arrebata, fuerza irresistible o castigo expiatorio? Responded. Callan y la lívida palidez mancha sus rostros y su razón queda estupefacta. Así es: hados acerbos y la maldad de la muerte fraterna se ensañan en los romanos: desde los días en que, fatal a sus descendientes, la inocente sangre de Remo se derramara sobre la tierra."

Pero aún se necesitaba más sangre para precipitar la agonía de la República. Las tempestades perjudicaron la flota de Octavio gravemente. En tan difíciles circunstancias el joven almirante no perdió un solo instante, hizo lo imposible para reparar los daños; no obstante, su flota siguió experimentando reveses. Pero Octavio conservaba la supremacía terrestre y ello compensó los desastres navales. Los marinos consiguieron al fin la victoria. En 36 antes de Cristo, la flota de Sexto Pompeyo fue destruida frente a Mesina. El honor de este brillante triunfo se debió a su lugarteniente Agripa, amigo de infancia y compañero de estudios de Octavio. Tanto en paz como en guerra Agripa sería modelo de fidelidad hacia el futuro emperador.

Sexto Pompeyo, perdida la serenidad al ser derrotada su flota, descuidó las tropas terrestres que también fueron vencidas. El "hijo de Neptuno" huyó al Asia menor confiando aliarse con los partos. Pero este improvisado plan fracasó, cayó prisionero y fue ejecutado por orden de Antonio.

FIN DEL SEGUNDO TRIUNVIRATO

Marco Antonio y Cleopatra

Mientras Octavio luchaba contra Sexto Pompeyo y administraba Roma, Antonio trataba de poner orden en los territorios orientales. A su modo. Coronado con hojas de parra y un tirso en las manos, recorrió Asia menor entre orgías desenfrenadas, aclamado en todas partes con el nombre de Baco. Cleopatra invitó a este Baco a su mesa. Llegó, vio y fue vencido. Desde el primer instante, el rudo Antonio quedó hechizado por esa encantadora aparición y cegado por el esplendor de su corte.

En brazos de Cleopatra, Antonio olvidó todos sus deberes de gobernante. La inteligente egipcia gozó dominando al coloso como a un perrillo. Antonio repudió a su fiel esposa Octavia, hermana de Octavio, divorcio que tuvo para las relaciones entre los triunviros idénticas consecuencias que tuviera antaño la muerte de Julia para las de César y Pompeyo. Y como Craso, eliminado por muerte violenta en el primer triunvirato, también el insignificante Lépido quedó excluido del segundo. En realidad, no hizo nada, pero sirvió de comparsa. Octavio lo despidió sin miramientos cuando supo que Lépido había negociado secretamente con Sexto Pompeyo para apoderarse de Sicilia.

Caído Lépido, Octavio y Antonio se hallaron frente a frente. "¿Y por qué tengo que compartir el poder con este licencioso libertino?", se preguntaba Octavio. Por otra parte, Cleopatra impulsaba a Antonio a convertirse en único dueño del imperio, con Alejandría por capital. Los romanos llegaron a detestar de tal forma a ambos, que Octavio pudo en 31 antes de Cristo convencer al Senado que declarara la guerra a la reina y desposeyera a Antonio de todas sus funciones y dignidades.

Entablóse en el mar una gran batalla, cerca de Accio (extremidad sur del litoral del Epiro), donde Antonio pagaría muy caras sus flaquezas con la bella egipcia. Cuando

el combate naval estaba en su auge, se vio a la nave almirante de Cleopatra enarbolar bandera púrpura, señal que ordenaba la retirada a la flota egipcia que no había tomado parte en la batalla. Antonio creyó que la flota tolemaica lo abandonaba por orden de Cleopatra. Temió una traición de la reina y se lanzó en persecución de los fugitivos. Las fuerzas de Antonio quedaron sin mando y el valiente Agripa consiguió para Octavio otra victoria decisiva.

Egipto, provincia romana

Al acercarse a Alejandría, Cleopatra adornó con laureles la proa de sus barcos. La música entonó himnos de victoria y los navíos entraron en el puerto entre vítores populares.

Luego, Cleopatra invitó a todos los nobles y ciudadanos más ricos de Alejandría a un banquete para celebrar la victoria. Temiendo las reacciones de sus convidados al saber la verdad de lo ocurrido y para evitar eventuales rebeliones, mandó asesinarlos a todos. Después, con ayuda de Antonio, consagró todas sus fuerzas a preparar la defensa de su reino. Luego, se entregaron ambos a orgías desenfrenadas, como si cada día fuera el último que les quedaba de vida. Insinuaron negociaciones a Octavio mientras intentaban desembarazarse de él. Pero Octavio era demasiado inteligente para caer en el lazo. Los negociadores de la. reina tantearon las disposiciones del vencedor, ofrendándole los preciosos tesoros de Cleopatra a condición que ella no recibiera daño alguno, y proponiendo por último, con e: mayor secreto, entregar a Antonio.

Octavio fingió dejarse tentar por la proposición, pero exigió la muerte inmediata de Antonio, punto respecto al cual se negó a la menor concesión. Cleopatra no perdió el valor; pese a sus cuarenta años, tenía aún fama de irresistible y se lo creía. Había seducido ya a dos romanos, y no insignificantes: ¿por qué no embelecaría al tercero?

Pero el tercero no tenía intenciones de dejarse cautivar. Iba a Egipto a imponer su voluntad y no para someterse a la de Cleopatra. Octavio sabía lo que quería. Además, con el tiempo, las cosas se ponían cada vez más de su parte: cada día se pasaban soldados de Antonio a su campo. Pronto se percató Antonio de la situación. Desde una altura cercana a Alejandría asistió a la defección de su flota: al primer contacto con la de Octavio, los navíos saludaron con sus remos al mando enemigo y entraron juntos en el puerto todos los navíos. La caballería galopó hacía las líneas de Octavio; la infantería fue vencida con facilidad. Fuera de sí, el desgraciado se precipitó al palacio real convencido que Cleopatra lo había traicionado una vez más.

Octavio se acercaba implacable. Le era imposible huir. Antonio tenía que actuar rápido si no quería caer vivo en manos de su enemigo; ordenó a uno de sus fieles esclavos, Eros, que le diera la muerte. Nada tenía que esperar Antonio de la vida. El esclavo sacó su espada, la hundió él mismo en su propio corazón y cayó a los pies de su amo: "Bien hecho, Eros, bien hecho—exclamó Antonio—. Has dado a tu amo el ejemplo de lo que debe hacer". Dichas estas palabras, se clavó su espada en el pecho.

Cleopatra había reunido en su palacio un deslumbrante tesoro de oro, plata, piedras preciosas, perlas. Si Octavio empleaba la violencia, Cleopatra desaparecería con sus tesoros y pegaría fuego al palacio. Octavio quería impedirlo a toda costa. Tenía necesidad de las riquezas de Egipto y quería llevar a Cleopatra a Roma: una cautiva tan encantadora realzaría su triunfo. Así, un día apareció en el aposento de la reina un enviado de Octavio. Espantada, Cleopatra blandió un puñal y quiso darse muerte, pero el romano la desarmó en el acto. La trató como a una reina. Podía permanecer en su palacio, aunque prisionera.

Cleopatra decidió entonces tentar su última posibilidad y pidió una entrevista con su vencedor. Octavio acudió. "La reina del Nilo" recibió al hijo adoptivo de César en una sala espléndida, adornada con retratos y estatuas del dictador. Sobre un lecho, ligeramente vestida, esperaba la seductora de César y de Antonio. Al entrar Octavio, se levantó de un salto, arrojóse a los pies del romano y le pidió perdón con voz temblorosa. Octavio la llevó a su diván y sentóse en una silla, junto a ella. Cleopatra tenía muchas cosas que decirle: le habló de César, su padre adoptivo, su gran amor. El único responsable era Antonio, que la había obligado a hacer la guerra al hijo de su héroe. Como Octavio seguía escéptico, recurrió una vez más a las lágrimas y los ruegos. Pero el vencedor no se dejaba impresionar, sentado en su sitio, imperturbable: prometió salvarle la vida y darle buen trato, pero sin denominarla reina, llamándola mujer simplemente. Terminada la entrevista, Octavio dejó a Cleopatra custodiada. Ella pareció resignarse a su suerte.

Cesarión, el hijo de Cleopatra, entonces de diez años de edad, convirtióse en prisionero de Octavio. La reina aprovechó los últimos meses de su agitada vida para proclamarlo rey de Egipto. Octavio no quiso correr el riesgo de dejar a Cesarión en el país. También era peligroso llevarle a Italia, pues se parecía a su padre y podría atraer todas las miradas. Por tanto, debía morir.

Un fiel servidor informó a la reina que el vencedor quería llevarla a Roma, y entonces comprendió el destino que le esperaba. Prefería morir a caminar ante el carro del triunfador, con los pies encadenados e insultada por el populacho.

Un día hallóse muerta a Cleopatra tendida en su lecho real, con manto ornado de oro y diadema en la frente. Junto a ella, dos esclavas; una, muerta a los pies de su señora, la otra agonizando. Nadie pudo decir cómo se desarrolló el drama. El cadáver de la reina no presentaba huellas de violencia. Corrió el rumor que se había dejado morder por una serpiente venenosa.

Fueron obligados a desfilar, en el triunfo de Octavio, los hijos de Cleopatra y Antonio, con otros seis egipcios de sangre real. La pequeña Cleopatra Selene se casó después con el rey Juba de Numidia y obtuvo de Octavio la autorización para llevarse a su hermano al África.

El botín tan enorme que Octavio había acarreado desde Egipto hizo descender bruscamente al tercio los tipos de interés vigentes en la capital.

EL PRINCIPADO DE AUGUSTO

GOBIERNO DE OCTAVIO.

El Principado

Después de la muerte de Antonio, Octavio encontróse solo al frente de las fuerzas armadas romanas. Por consiguiente, era dueño de Roma, ya que el verdadero poder se asentaba ahora en el ejército. La República -cinco siglos de vitalidad- bien muerta estaba. Los jefes optimates no habían sobrevivido a las guerras civiles y a las proscripciones; el pueblo, tal como aparecía en la asamblea, era un mar agitado a capricho de los demagogos, una masa ciega que abandonó su autoridad a quienes le daban *"pan y diversiones"*. El único organismo con significación política era el ejército y, desde tiempo atrás, éste no pertenecía ya a la República, sino a su *imperator* o comandante en jefe.

Tampoco las antiguas instituciones republicanas se adaptaban a un imperio mundial. El Senado no podía mantener una dirección continuada y eficaz de la política exterior ni una administración sana en las provincias. El restablecimiento de las antiguas estructuras estatales habría causado, sin duda, nuevas guerras civiles.

Podía preverse, pues, que la República no resucitaría. Pero el prestigio mítico de la idea republicana demoraría todavía unas cuantas generaciones en perder sus contornos definidos. La política más conveniente había de consistir en crear instituciones realmente nuevas, pero revestidas de la parafernalia tradicional. El imperio necesitaba un gobierno unipersonal fuerte, vigilado por la curia, un hombre que buscara dentro de los límites de la ley la prosperidad de la *res publica* (la cosa pública, los intereses comunes; de cuya expresión deriva la misma palabra *república*) y acabara con la politiquería, no ya de partidos, ni siquiera de grupúsculos sociales, sino sencillamente de ambiciones personales.

Se llama **"principado"** a la nueva estructura política que Octavio ofreció al imperio romano. El jefe del imperio romano era *princeps civium*, el primero de los ciudadanos, como era Pericles en el imperio ateniense. Octavio dice en su autobiografia: "Desde entonces, fui el hombre más importante de Roma, pero no tuve más poder que cualquier otro ciudadano que ejerciera una función al mismo tiempo que yo".[12] El príncipe era, pues, el ciudadano más enaltecido, pera no poseía poder personal. Debía

[12] Cita de un documento interesante se ha conservado durante siglos en un templo que súbditos agradecidos erigieron a Octavio en Ancyra (Ankara, actual capital de Turquía). En los muros de este templo hay una inscripción que resume la vida de Augusto. Es copia de un texto escrito por el mismo Octavio poco antes de su muerte, para su futuro mausoleo. El texto resume lo realizado por "el emperador de la paz" durante su largo reinado; el estilo es noble, sin adulaciones ni superlativos: monumental, en el mejor sentido de la palabra.

obedecer las leyes del Estado, como los demás romanos. Como cualquier ciudadano, Octavio votaba en la "tribu" de su residencia.

Octavio vivió como un ciudadano más. No manifestó ninguna señal de lujo. Comía y bebía poco: rebanadas de pan ordinario con queso, un poco de pescado, uvas o higos verdes que solía coger él mismo. Se enorgullecía de llevar vestidos tejidos y cosidos por su mujer y su hija. Dirigía la palabra a todo el mundo. Un día, un ciudadano le hizo una súplica, intimidado en presencia del príncipe; Augusto tomó el papel y dijo al solicitante: *"¡Cualquiera que te viera diría que entregas tu papel a un elefante!"* César había domado a los senadores exigiéndoles que se levantaran cuando el dictador entrara en el Tribunal. Augusto les pidió que permanecieran sentados, tanto a su entrada como a su salida.

El *princeps*[13] derivaba su autoridad del pueblo, como los demás funcionarios del Estado: cónsules, pretores y procónsules, pero con una diferencia: acumulaba numerosos cargos jamás reunidos en manos de un solo dignatario. ¿Y qué cargos acumulaba? Desde luego presidía las dos asambleas legislativas de entonces: el Senado, como *princeps Senatus*, y los comicios populares como tribuno vitalicio. En su calidad de tribuno de la plebe podía anular cualquier decisión del Senado o de la asamblea popular, mientras que su persona permanecía sagrada e inviolable. Reunía también en su mano los poderes ejecutivos propios de un cónsul, como cónsul perpetuo; de un comandante en jefe de las fuerzas armadas (imperator), y de un tribuno de la plebe en materia de subsidios y política social. Además fue ungido *pontifex maximus*, función clerical nunca antes encomendada a un tribuno de la plebe.

De hecho, el cargo que mayor poder le daba era el de "imperator"; por eso, a la larga, él y sus sucesores han sido llamados sencillamente "emperadores". El jefe militar supremo tenía a su cargo la administración civil de las provincias nuevas, las menos consolidadas, donde había mayor peligro de invasiones externas o de rebeliones internas; en estas provincias, por consiguiente, había acantonamiento permanente de legiones romanas. Además, el "imperator" tenía, como se dice -y esto es lo decisivo-, la sartén por el mango: toda la fuerza armada, incluyendo, donde las hubiera, las policías de seguridad, y, especialmente, la guardia asignada a la Curia. Detentaba, pues el poder necesario para imponer su voluntad en caso de conflictos constitucionales.

No poseía, sin embargo, todas las atribuciones que hoy ejercen los presidentes de repúblicas o primeros ministros, puesto que la mayoría de las magistraturas eran llenadas por el Senado y los comicios populares. Claro que el príncipe podía proponer candidatos, y, si se empeñaba en sacarlos avante, lograba finalmente que fueran elegidos.

Tampoco su poder igualaba al de los antiguos dictadores romanos, que gozaban de facultades para suspender temporalmente lo que hoy llamamos derechos cívicos y humanos. En efecto, diez años después de la batalla de Accio, Octavio renunció a los poderes extraordinarios que disfrutara como triunviro. Devolvió el Estado al Senado y al pueblo, es decir, restableció -formalmente al menos- el régimen republicano. El Senado, agradecido, le otorgó el título honorífico de Augusto, es decir, el grande, el honorable. En otra oportunidad, Augusto lloró de alegría al recibir el título de "padre de la patria"; pero cuando el pueblo entusiasmado quiso ofrecerle el título de dictador y los veinticuatro haces, símbolos del poder dictatorial, suplicó que no lo abrumaran con una dignidad que evocaba tantos recuerdos sangrientos.

---

[13] El vocablo *princeps*, del que procede nuestra palabra príncipe, no era el titulo de jefe del Estado. Su título habitual era *Caesar*, que significará más tarde emperador, en lenguas germánicas y eslavas. En efecto, Augusto y sus sucesores inmediatos, pertenecientes por adopción a la *gens* de César (la *gens Julia*), llevaban todos dicho nombre. Poco a poco, se convirtió éste en título.

En resumen, el principado era una monarquía que no se atrevía a llamarse así. Todo el mecanismo estatal dependía por entero del princeps y de sus aptitudes personales. Octavio era moderado y prudente. Desdeñar el brillo de la monarquía para asegurar la monarquía estaba en consonancia con su línea de carácter. Como la cabeza de Jano, el principado tenía dos rostros: uno—el oficial, el que perpetuaba la ilusión republicana—miraba al espectador; el otro, hacía cara a la realidad.

Se cierra el templo de Jano

El reinado de Augusto fue el siglo de oro para el imperio romano, el siglo de la paz. Cuando Augusto regresó a Roma victorioso de Antonio y Cleopatra, pudo cerrarse el templo de Jano por primera vez desde hacía dos siglos. La clausura del templo simbolizaba la paz que reinaba en el mundo, sometido a la protección de las armas romanas.

La misión más elevada y difícil que se propuso el emperador fue reunir provincias tan diferentes en un Estado único y homogéneo. Dentro del imperio vivían pueblos cuyo grado de evolución iba de la barbarie primitiva a la cultura más refinada. En Italia misma había tribus que apenas superaban un estado muy primario.

Posidonio, geógrafo y filósofo que vivía a finales de la República, describe así a los lugares del noroeste de la península: "Su país es salvaje, árido. El suelo es tan pedregoso que no se puede plantar nada sin topar con rocas. El trabajo penoso y las privaciones dificultan la vida de los ligures, que son de cuerpo seco y delgado. Las mujeres tienen que trabajar como los hombres. Mujer ha habido que dio a luz su hijo en el campo, lo cubrió de hojas y volvió al trabajo para no perder el salario del día. Estos hombres compensan su falta de trigo con productos de la caza; escalan las montañas como cabras. Los que habitan en las montañas viven de carne y vegetales, pues allí no crece el trigo".

Unir semejante mezcla de pueblos tan diversos era empresa dificultosa, complicada aún más por la multitud de lenguas habladas. El griego era la más extendida en los territorios orientales del imperio; al oeste, el latín progresaba con lentitud. Octavio consiguió constituir un solo imperio con estos elementos heterogéneos; en parte se debió a la prosecución de la política iniciada por César, que colocaba el interés general del imperio por encima de todo. Los exploradores de provincias fueron sometidos a severa investigación.

Pronto se notaron los resultados. Abatidos los obstáculos que hasta entonces habían obstruido la circulación de bienes e ideas, las provincias convirtiéronse en países civilizados y florecientes. Diversas naciones fabricaron artículos de exportación en cantidades hasta entonces inalcanzadas. De esa forma, los cambios entre las distintas partes del imperio gozaron de una actividad que superó toda previsión. Bajo el cetro de los césares, el Mediterráneo fue un mar romano, y Roma, capital del mundo, se convirtió en centro del comercio internacional. Los graneros de Roma, Sicilia, África y Egipto enviaban la mayor parte de sus cargamentos a las orillas del Tíber. Sicilia abastecía de trigo y otros productos, sobre todo ganadería y fruta.

La próspera Gades (Cádiz) exportaba lana púrpura, artículo muy codiciado; Marsella proporcionaba tocino y carne salada. La capital recibía del este los excelentes vinos de Quíos y Lesbos, miel, aves, pavos reales, grullas y otras delicadezas que constituían las delicias de los gastrónomos romanos. Paros y Frigia proporcionaban mármol para sus monumentos.

Sólo Alejandría podía rivalizar con Roma en cuanto a centro comercial. Las antiquísimas hilaturas de Egipto gozaban siempre de mucha fama. Alejandría fabricaba

vasos policromos de cristal, que los romanos ricos apreciaban aún más que los de oro o plata. La industria egipcia del papiro daba trabajo a muchos obreros, cuyo número crecía en proporción al progreso cultural. El comercio egipcio en la India también adquirió gran prosperidad durante el gobierno de Augusto.

Grecia era la única excepción. Los griegos habían sufrido tanto en el pasado, que no salían de su postración. Pero la cultura helénica ganaba terreno cada día en el seno del imperio romano. Influía cada vez más en la filosofía, las costumbres, la literatura y el arte de los romanos.

Las reformas sociales de Augusto

Augusto consagró toda su energía a una tarea aún más difícil que remozar las estructuras del Estado y asegurar la paz. El ideal que persiguió durante los cuarenta años de su reinado podría llamarse *"renacimiento del antiguo espíritu romano"*. Los mejores poetas y prosistas de este tiempo—Virgilio, Horacio y Tito Livio—han expresado este ideal con entusiasmo: que sólo honrando las virtudes antiguas, el pueblo romano se hizo digno de mandar al mundo, y su tutela sería benéfica para los pueblos sometidos.

Urgía rehabilitar la familia, base de toda sociedad sana. En aquel tiempo, la mujer romana no constituía la piedra angular de la familia; el lujo y la sed de placeres habían corrompido a las mujeres tanto como a los hombres. Al salir de casa y lanzarse al mundo exterior, la matrona ganó en espontaneidad y cultura, pero no sólo abandonó su altivez innata, sino su castidad. Los escritores romanos de finales de la República aluden sin cesar a la ligereza de sus conciudadanas. Los ejemplos de fidelidad conyugal, tales como Porcia, esposa de Bruto; Octavia, hermana de Augusto, y Livia, su mujer, eran consideradas excepciones que confirmaban la regla. La romana confiaba a sus esclavas los trabajos domésticos y la educación de sus hijos. Resultaba más agradable obrar a su antojo y ser amada y honrada de cualquier modo por los parientes y amigos. La vida familiar era una parodia.

Los lazos conyugales eran considerados obligaciones provisionales tan fáciles de romper como de contraer. Los romanos habían terminado haciendo del divorcio un deporte. Sila y Pompeyo habíanse casado cinco veces; Julio César y Antonio, cuatro. En tiempos de Augusto se citaba en Roma a una matrona que se había casado ocho veces en cinco años, y otra que, divorciada veintitrés veces, había llegado a ser la vigésimo primera esposa de su último marido. Más tarde, Séneca afirmaría que algunas romanas no contaban los años según los cónsules en ejercicio, sino según los maridos que habían tenido.

Augusto combatía esta ansia de placeres y su consecuencia, la degradación social, promulgando decretos contra el lujo exagerado. Además se dictaron leyes matrimoniales especiales para la aristocracia, visto el destacado rol que cumplían en las funciones del Estado. En efecto, para evitar la extinción de esta clase social en que el celibato hacía estragos, prometió recompensar a las familias jóvenes, y sobre todo a las prolíficas; los célibes, hombres o mujeres, no eran admitidos a los festejos del Estado. Para que la aristocracia no degenerase, Augusto prohibió los matrimonios, cada vez más frecuentes, de los senadores y sus descendientes con esclavos libertos y gente de dudosas costumbres.

Pero estos intentos de reforma de costumbres por vía legal dieron escaso resultado y fueron muy impopulares. La asamblea y los perjudicados abrumaron de instancias a Augusto, quien se vio obligado a suavizar de continuo su legislación, no pudiendo impedir la extinción de las rancias familias nobles, que fueron sustituidas por sangre nueva y provinciana. Y así, pese al celo reformador de Augusto, la vida romana

continuó como antes, entre excesos y corrupción- Además, Augusto tampoco daba ejemplo: en la crónica escandalosa de la ciudad abundaban sus aventuras amorosas. "No bastan sólo las *órdenes* de un soberano—dice Plinio el Joven—sino sobre todo su *ejemplo*."

La lucha del emperador contra el lujo excesivo tampoco alcanzó éxito. Prohibió a las matronas romanas llevar vestidos de seda, pero la venta de seda no decreció: al contrario. Mientras, los defensores de las sencillas costumbres de antaño lanzaban anatema tras otro contra la nueva tela, casi transparente y tan insinuante de las formas del cuerpo que "incluso las matronas tienen ahora la posibilidad de aparecer desnudas en público", como se decía.

Cántabros y Germanos

Pese a sus deseos, no todo fue paz en tiempos de Augusto. Si bien la paz rendía frutos copiosos alrededor del Mediterráneo, las fronteras septentrionales daban quehacer a las legiones. Siendo aún triunviro, había debido sostener una tenaz lucha contra los cántabros españoles. Creyéndolos ya sometidos, el Senado declaró a la península ibérica provincia tributaria de Roma en 38 antes de Cristo, año a partir del cual la cristiandad peninsular fecharía sus acontecimientos durante siglos. La llamada era hispánica regiría en Cataluña hasta 1180, y en Castilla y Aragón hasta 1383, en que, respectivamente, fueron sustituidas por la era cristiana. Pero la guerra continuó aún después del año 38: cántabros, astures y galaicos, abroquelados en los riscos de sus abruptas montañas, hicieron un último y desesperado esfuerzo para sacudirse el yugo romano. Octavio en persona, ayudado por su general Agripa, acudió a la provincia tarraconense balcánica. Lograron dominar a los belicosos rebeldes tras una lucha terrible y prolongada (años 26 al 19 antes de Cristo); no obstante, según referencias del geógrafo Estrabón, esta sumisión tampoco fue definitiva; siempre quedaron enclaves que los romanos no consiguieron dominar.

Otras marcas del imperio también fueron teatro de numerosas guerras epilogadas con la conquista de importantes territorios: Alpes centrales y orientales, la actual Hungría y parte de la península balcánica. Al norte, las fronteras imperiales retrocedieron casi hasta el Danubio. La más importante campaña se entabló contra los germanos.

El historiador Tácito nos proporciona los informes más interesantes concernientes a estos pueblos. Su Germania se inspiró en las observaciones etnográficas de otros -César, Plinio el Viejo, escritos de Tito Livio que no conservamos- y en sus propias averiguaciones: testimonios oculares de comerciantes, soldados y funcionarios romanos, así como tradiciones de los mismos germanos.

Excelente funcionario, Tácito fue nombrado cónsul y terminó su carrera en 120 después de Cristo, como procónsul de Asia menor. Sus dotes de orador e historiador lo hicieron célebre. Sabía diseñar un personaje con justas palabras y evocar los acontecimientos con tanta vivacidad que quedan indelebles en la memoria del lector. Sin embargo, su estilo conciso es a veces oscuro y hay que descifrar sus textos como un oráculo.

En sus obras históricas, Tácito procura, ante todo, señalar las causas que determinan los acontecimientos. Escribe historia *pragmática*. Las dos grandes obras a que aludimos tratan, la primera, de la historia romana desde la muerte de Nerón (69) hasta la de Domiciano (96); la segunda, del periodo comprendido entre el 14, muerte de Augusto, y el 96. Por desgracia, sólo la mitad de los treinta libros de esta obra se han conservado.

Antes de entrar en la descripción de la Germania de Tácito, detengámonos un instante en un problema muy discutido: la procedencia de los germanos. Sin duda del tronco indoeuropeo. En efecto, la- filología y la arqueología muestran con evidencia que el primitivo territorio germánico abarcaba el comprendido entre el Elba y el Oder, y el sur de Escandinavia. Los germanos experimentaron allí durante milenios el influjo de factores geoclimáticos, desarrollando así características que los distinguen de los demás pueblos indoeuropeos: celtas, itálicos, griegos, eslavos, hurritas, medos, persas y arios de la India.

Germanos.

Antes del primer siglo anterior a Cristo, los pueblos mediterráneos habían tenido una idea muy vaga de los germanos. Sabían que el codiciado ámbar era originario de su país, pero aquí terminaban sus conocimientos. Además, circulaban fantásticas leyendas sobre los hiperbóreos, pueblo del Septentrión, descendiente acaso de marinos fenicios que habían ido a buscar entre los celtas de Europa occidental el ámbar originario del litoral báltico. Hacia el año 100 antes de Cristo, los romanos adquirieron ideas más concretas de los pueblos del norte: ideas que no olvidarían, pues los nórdicos comenzaron entonces a invadir países de superior cultura. Después de las campañas de César en las Galias, hubo de transcurrir medio siglo antes de que los germanos se pusieran "de actualidad" en el imperio.

Por aquel entonces, los germanos eran todavía hijos de la naturaleza y veneraban a sus dioses en el silencio susurrante de los bosques, como los celtas. Vivían en aldeas para protegerse mutuamente en caso de peligro, pero no practicaban todavía el comercio en forma regular. Los germanos, que habían superado las edades de la piedra y del bronce, pues conocían el hierro desde el siglo VII antes de Cristo, crearon en este tiempo su propia cultura; los útiles, armas, enseres y adornos que han llegado a nosotros demuestran desarrollada habilidad artística y gusto refinado.

Los arqueólogos han comprobado que Germania no era sólo un país de selvas vírgenes; y marismas, como hicieron creer los relatos de César, Plinio y Tácito; tenia también grandes extensiones de terreno cultivado, capaz de nutrir a una numerosa población.

Tácito y otros autores antiguos presentan a los germanos como buenos mozos, de cabellos rubios y ojos azules. La guerra los entusiasmaba, pero "no son capaces, como nosotros, de trabajar y soportar la fatiga, y a causa de su suelo y clima resisten tan mal sed y el calor como fácilmente el frío y el hambre".

Tácito insiste, sobre todo, en el vigor y pureza moral de los germanos, proponiéndolos como ejemplo a sus compatriotas que, en muchos aspectos, se burlaban de las virtudes de sus antepasados. Teñidos por sus preocupaciones tradicionalistas, los asertos de Tácito deben aceptarse críticamente. Entre otras cualidades, Tácito elogia "su ausencia de astucia y de engaño en época como la nuestra" y la pureza de sus costumbres.

"Poquísimos adulterios se cometen en nación tan numerosa; el castigo consiguiente se deja al marido, que corta el cabello a la culpable, la desnuda y, en presencia de sus parientes, la arroja de casa y la persigue a latigazos por todo el poblado. De hecho, no hay perdón para la prostituta: ni belleza ni edad ni riquezas le permitirán encontrar marido. Pues en este país nadie se ríe de los vicios, ni está de moda corromper y ceder a la corrupción. En algunos pueblos, aun más correctos, sólo se casan las vírgenes; con una sola nupcia se acaba la esperanza y el deseo de lograr marido."

Por el contrario, los germanos tenían la máxima consideración para la mujer honorable: "Los germanos creen incluso -dice Tácito- que hay en este sexo algo de divino y profético: por ello no desdeñan sus consejos y tienen muy en cuenta sus predicciones". Las mujeres seguían a sus maridos al combate para animarlos, les llevaban alimentos y curaban sus heridas. Además, asumían los trabajos agrícolas más pesados para que sus maridos pudiesen salir a prolongadas expediciones de caza.

Otro rasgo simpático de los germanos era su hospitalidad. "Cerrar la puerta a un hombre, sea quien fuere, es un sacrilegio; cada cual ofrece al extranjero su mesa, tan servida como le permite su fortuna."

Estos hijos de la naturaleza no concedían la menor importancia al oro o la plata, aunque la cosa era distinta en las tribus de las regiones próximas al imperio romano. Los germanos sentían, en general, debilidad por el vino y el hidromiel y al embriagarse promovían con frecuencia sangrientas reyertas. Su pasión por los dados los hacía capaces de perder en el juego todo lo que poseían, incluso su propia libertad.

Los germanos no aparecieron en la historia como un pueblo único, sino como un agregado de tribus dispersas. Al igual que otros pueblos indoeuropeos, los germanos conservaron mucho tiempo una organización política tribal. En tiempos de guerra, cada tribu formaba una unidad militar. De estos lazos tribales se derivaba la venganza, forma de justicia expeditiva que ni siglos de cristianismo medieval lograrían extirpar completamente.

En las tribus que no tenían rey, el poder político era ejercido por una asamblea popular, que se reunía en una plaza pública que servía también de mercado. Allí se decidían la paz, la guerra y otras cuestiones de interés colectivo. Si la tribu era gobernada por un rey, allí era elegido el monarca. Las decisiones eran tomadas por todo el pueblo, que "rechazaba una proposición por medio de murmullos y la aceptaba agitando las armas".

La guerra de Germania

La lucha entre romanos y germanos estalló en el reinado de Augusto. La suerte fue al principio muy favorable para los romanos: Roma penetró cada vez más en Germanía, consiguiendo mover la frontera boreal de su imperio hasta el Elba, frontera más fácil de defender, desde luego, que la larga línea formada por el Rin y el Danubio.

La dominación extranjera provocó la rebelión. Si los lusitanos tuvieron su Viriato y los galos su Vercingetórix, los germanos hallaron en su joven príncipe Herrmann (en latín, *Arminius*) el adalid capaz de enfrentarse con los romanos. Había servido en los ejércitos de Roma con distinción y llegado a ser familiar del procónsul romano Varo, prototipo del mediocre vacilante, tan lento en el pensamiento como en la acción. Augusto lo había enviado a Germania para convertirla en provincia romana; Varo se comportó como si el país ya lo hubiera sido siempre. Para administrar justicia a los germanos, no se basó en sus propias leyes, sino en el derecho romano, del que los germanos no tenían idea. Se hizo odioso por no escatimar nunca las sentencias de muerte,

que el derecho germánico sólo aplicaba a delitos gravísimos. Los germanos se rebelaron y los jefes de varias tribus, a las órdenes de Arminio, iniciaron las conjuraciones.

Varo, al frente del grueso de su ejército (30.000 hombres), penetró en las colinas y marismas del bosque de Teutoburgo, al oeste del río Weser, para domeñar a una tribu sublevada; allí un príncipe germano, suegro de Arminio -suegro a pesar suyo, diríamos, pues Arminio había raptado a su hija, a la que obligaban a casar con otro jefe de la tribu-, lo enteró de la conjuración fraguada.

Este informe debiera haber sacado a Varo de su cansina indiferencia. Al día siguiente ocurrió la catástrofe. Arminio abandonó de súbito el campamento de Varo, se puso al frente de sus hermanos de raza y sorprendió a los romanos. Varo, ante el pánico general, no pudo contener mucho tiempo las tropas. Perdiéronse la disciplina y el ardor combativo: el ejército, ya sin cohesión, entabló una batalla desesperada que duró dos o tres días. Los últimos encuentros se desarrollaron bajo una lluvia torrencial; un huracán de inaudita violencia derribaba los árboles sobre los combatientes. Las legiones romanas quedaron aniquiladas casi por completo.

Ocurría ello en 9 antes de Cristo. Varo, herido de gravedad, se suicidó. Augusto no perdía nunca la sangre fría, pero la derrota de Teutoburgo lo desesperó. Rasgóse los vestidos gritando enloquecido: *Vare! Vare! redde mihi legiones!* ("¡Varo!, ¡Varo!, ¡devuélveme mi legiones!"). Roma había perdido los territorios recién adquiridos por Druso, entre el Rin y el Elba. Augusto no hizo ningún esfuerzo por reconquistarlos. En lo sucesivo, el Rin y el Danubio volvieron a ser las fronteras imperiales. César había llevado el imperio hasta el Rin; Augusto lo fijó en el Danubio. El emperador se mostró también jefe avisado y prudente general al consolidar las fronteras adquiridas, renunciando a todo riesgo inútil. Augusto no puede ser tachado de belicista o imperialista. No retrocedía ante las guerras inevitables, pero no entabló ninguna superflua.

AUGUSTO
Estatua del Vaticano. Está representado con coraza

La vida familiar del emperador

A Augusto le afectó toda su vida una salud delicada y, a no ser por sus inagotables recursos de personalidad, no hubiera podido superar todas sus desgracias familiares.

Augusto se casó tres veces. Su segunda esposa le dio una hija, Julia, célebre por su extraordinaria belleza. El emperador no tuvo hijos de su tercera mujer, la inteligente Livia, aunque ella tuviera dos de un matrimonio anterior, Tiberio y Druso. En una época de tanta inmoralidad, Livia fue un ejemplo de fidelidad conyugal, pese a los escándalos de su esposo. Livia se vengó sólo con sus actividades políticas

Augusto nunca se atrevió a oponerse abiertamente a Livia, aun menos cuando ambos entraron en años. Corría el rumor que Livia preparaba el camino del trono para sus hijos. Augusto había escogido como sucesor a su sobrino Marcelo, joven amable y de gran talento. Descendía de aquel Marcelo al que se llamó "la espada de Roma". Augusto había casado por eso a Julia, de catorce años de edad, con Marcelo, pese a las protestas de Livia. El muchacho, empero, murió a los veinte años. Todo el pueblo romano lo lloró. Se acusó a Livia de haber intervenido en la muerte de Marcelo, sospecha compartida por la madre de la víctima, hermana de Augusto, que consagró el resto de su vida al dolor y a guardar un odio mortal hacia Livia.

El segundo heredero del trono fue Agripa, amigo de infancia de Augusto. El emperador compartió el poder con él haciéndole tribuno de la plebe y dándole la mano de Julia, después de su duelo. Ésta tenía diecisiete años entonces: muy bella y ávida de placeres, se vio casada de pronto con un caballero de la edad de su padre. Su marido se percataría pronto que Julia no era mujer que se dejase encadenar.

A Augusto lo sorprendió también la muerte de este segundo yerno suyo. Pero Agripa dejaba tres hijos varones y el emperador se consolaba pensando que alguno de ellos podría sucederle. Pero el segundo murió de súbito a la edad de diecinueve años; como antes, corrió el rumor que Livia lo había envenenado. Las conjeturas aumentaron al perecer el hijo primogénito de Agripa pocos años después; con todo, no existía prueba alguna. Quedaba vivo el menor, pero se portaba muy mal y Augusto se vio compelido a desterrarlo a una isla desolada. Apenas exhaló el último suspiro el viejo emperador, su único nieto superviviente fue apartado de la sucesión al trono y murió ese mismo año 14 (después de Cristo). Se ignora quién dio la orden, si Augusto, Livia o Tiberio.

Eliminados los hijos de Agripa, el camino del trono quedaba libre para el mayor de los hijos de Livia: Tiberio, hombre de 56 años de edad, fuerte, serio y de carácter concentrado.[14]

Tiberio había asumido el año 4 después de Cristo el mando de las operaciones en Germanía y las había llevado a buen término, igual que antes su difunto hermano Druso. Tiberio cumplió con energía y a conciencia todas las misiones que se le confiaban, ganando prestigio de valiente y notable general. Pero Augusto no sabía manejar a este hijastro reconcentrado. Para unirlo más a su familia, Augusto le mandó repudiar a su mujer, de la que estaba enamorado, y casarse con Julia. Tiberio no congenió con ella y se volvió aún más sombrío. Julia se vengó, con su desordenada vida, de aquel padre que sacrificaba su felicidad a los imperativos de la política. Augusto aguantó indulgente sus desarreglos; decía a veces, con triste humor, que sus dos hijos Roma y Julia le

[14] Livia había tenido un segundo hijo muy diferente de Tiberio: el alegre, vivaz, expansivo y muy popular Druso. Había fallecido hacía 23 años entre indecibles sufrimientos, cuando regresaba glorioso de la misión que le había confiado Augusto, de conquistar los territorios comprendidos entre el Rin y el Elba—cometido en cuyo recuerdo se llamó Germánico a uno de sus hijos.

preocupaban mucho. Por fin se vio obligado a recluirla en un islote encantado frente al litoral de la Campania. Tras la muerte de su padre, al que no sobrevivió mucho tiempo, Julia sería tratada aún con mayor severidad por su marido.

"¡Así, pues, aplaudidme...!"

Augusto había visto desaparecer uno tras otro a sus hijos y nietos. Se encontraba solo, envejecido, como un árbol al que se le arrancan las ramas.

Pero el tiempo cura todas las heridas, y cuando el anciano emperador sintió cercano su fin, dícese que reunió a sus amigos en torno a su lecho de muerte y les pregunto: "¿He desempeñado bien mi papel en el teatro de la vida?". Le respondieron afirmativamente y se sintió feliz por ello. Para romper la tensión de aquellos momentos, citó la frase con que los actores romanos terminaban su recital: *Plaudite!* ("¡Aplaudid, pues!"). Augusto se despidió de los suyos y se extinguió apaciblemente. Tenía casi setenta y seis años. Sila y él fueron los dos únicos protagonistas de aquella época revuelta que fallecieron de muerte natural.

La posteridad considera a Augusto como el emperador romano ideal. En la larga serie de soberanos fue uno de los pocos y raros casos a quien el poder supremo ennobleció en lugar de corromperle. Cuando pudo dar rienda suelta a sus pasiones fue cuando las mantuvo más a raya. Constituye un ejemplo del influjo positivo que puede ejercer un alto cargo sobre un hombre y cómo puede conferirle una auténtica humanidad. Aunque se atrajo la admiración de su época y de la posteridad, no concitó el amor de sus contemporáneos. Su bondad parecía forzada; procedía más de su inteligencia que de su corazón. Augusto necesitaba esforzarse para aparecer natural y espontáneo. Ni siquiera improvisaba sus discursos; siempre leía textos minuciosamente preparados.

Como hombre, era la antítesis exacta de César, su gran homónimo. Augusto carecía del genio que permitía a César arrastrar a los hombres aun a pesar suyo. Pero sí no era tan buen conductor de masas, sobrepasaba a César en inteligencia. Su carácter se leía en los rasgos regulares de su rostro, en sus ojos claros y penetrantes. El rostro de un hombre que no traicionaba nunca el fondo de su pensamiento. Su voluntad inquebrantable trasparecía en su boca, pequeña y firme.

No era una personalidad del todo simpática, pero ello no impidió que trabajase incansablemente por su pueblo. Para conseguirlo, la condición esencial era escoger el justo medio: lo hizo Augusto y le permitió hacerse dueño del mundo a los diecinueve años, y conservarlo durante cincuenta y siete: hasta su último día. Había comenzado su carrera política entre el caos y la anarquía: a su muerte, legó un imperio a Roma. Augusto fue un "funcionario de alto! vuelos" y, como tal, creó un tinglado político que funcionaba con rara precisión, apoyado en sólidas bases económicas. Sin embargo, no fueron sólo la prudencia y la moderación las únicas razones del éxito de Augusto. Otras eran las circunstancias que habían rodeado a su tío abuelo César. En tiempos de Augusto "ya no existía un solo romano, por así decirlo, que hubiese conocido la República", afirma con sobrada razón el historiador Tácito.

Los emperadores romanos pudieron mantenerse en el trono durante cuatro siglos; a pesar de sus innumerables errores, gracias a las estructuras políticas elaboradas por Augusto.

ROMA: CENTRO DE LA CREATIVIDAD

EL SIGLO DE ORO DE LA POESÍA LATINA

La prosa romana alcanzó la cumbre con César y Cicerón, pero sólo en el reinado de Augusto la poesía llegó a su cima con poetas como Virgilio, Horacio, Propercio, Tíbulo y Ovidio. El latín adquirió, gracias a ellos, una sonoridad y riqueza expresivas como nunca. Y estos poetas pudieron dedicarse por entero a su arte gracias a Augusto. El emperador convirtió a Roma en centro cultural, dotándole de obras artísticas y construcciones monumentales; alentó también a los poetas a emular a Homero, exaltar la grandeza de Roma y revivificar las costumbres ejemplares de su raza. Con tal fin invitaba a los poetas a su palacio, les demostraba amistad, oía sus obras con el mayor interés, aplaudía sus éxitos y recompensaba sus méritos. El mejor colaborador de Augusto en la realización de este empeño cultural fue el millonario Mecenas, su noble amigo.

Mecenas, el protector

Agripa fue el brazo derecho del emperador en cuestiones militares y técnicas; Mecenas, su mejor colaborador en el terreno cultural. Era fino diplomático, muy flexible, indolente innato y un tanto epicúreo. Mecenas logró así la confianza del emperador y pudo decir a su poderoso amigo verdades que nadie se atrevía a manifestar. Un día que Augusto administraba justicia y pronunciaba una sentencia de muerte tras otra, juzgó Mecenas que las cosas iban demasiado lejos. No podía acercarse al emperador sin llamar la atención y provocar revuelo en la asamblea. Entonces escribió en un papel y se lo arrojó con disimulo. Augusto leyó: *"¡Detente, verdugo!"*. Esto le hizo reflexionar y abandonó al punto la sala.

Más tarde, las relaciones entre ambos se enconaron a causa de una linda joven con quien Mecenas se casó en edad madura. El desgraciado marido se hizo objeto de la irrisión de la gente. Herido en su amor propio, Mecenas se retiró de la vida pública para disfrutar de sus riquezas en su espléndido palacio del Esquilino, lleno de obras de arte y rodeado de jardines magníficos, desde donde se divisaba una panorámica impresionante sobre Roma y la Campania.

Mecenas reunió en torno suyo a literatos y poetas como Virgilio, Horacio y Propercio; incluso los talentos noveles hallaban en su casa regia hospitalidad. Adquirió la inmortalidad como protector de poetas: aún hoy se habla de los "mecenas" y del "mecenazgo".

Virgilio, poeta nacional

Virgilio era el primogénito de los poetas del reinado de Augusto; los mismos romanos lo consideraron el mayor de los poetas. Oriundo de una aldea cerca de Mantua (Galia cisalpina), no lejos del pago donde naciera Catulo, era hijo de un ciudadano modesto que se sacrificó para darle esmerada educación literaria y científica.

En su primer ciclo poético, ***Las Bucólicas***, Virgilio canta la vida pastoril al modo de Teócrito, aunque no llegue a igualar la viveza y originalidad del modelo. Los pastores de Virgilio se nos antojan a menudo elegantes cortesanos disfrazados de pastores. Virgilio escribió sus idilios pastoriles mientras la sangrienta batalla de Filipos decidía los destinos del mundo y de los siguientes años. Ello motivó su popularidad: *Las Bucólicas* ofrecen el suspirado descanso en una época turbulenta; muestran a una generación de ciudadanos sofisticados, un mundo natural y candoroso, donde puedan reposar cuantos se sientan abrumados por el vértigo humano.

En el más discutido de estos poemas, el IV, el poeta predice el advenimiento de una edad de oro que sucederá a las desgarradoras guerras civiles, una época en que la tierra ofrecerá a los hombres cosechas doradas sin necesidad de simientes; las parras darán racimos sin necesidad de poda, *"los rebaños no temerán a las fieras, morirán las serpientes y la miel destilará como rocío en los troncos de las encinas"*. Una era de paz anunciada por el nacimiento de un niño que reinará como dios en un mundo feliz.

¿Quién es este niño cuyo nacimiento predice el poeta con tan sugestivas frases? Cristianos piadosos creyeron ver en este poema la primera luz estelar qué guió a los magos de Oriente a la cueva de Belén. Las imágenes simbólicas de la Biblia, el rebaño, los pastores, la serpiente que debía morir, les afirmaron en su convicción: el poeta aludía a Jesús. ¿Era este niño el hijo de la virgen cuyo nacimiento anunciaran los profetas judíos y que nació cuarenta años después? Así lo creyeron los cristianos medievales, que consideraron a Virgilio como un santo profeta. No es imposible que Virgilio, hombre piadoso, oyese hablar de las profecías de Isaías, y quizás pudo leer a los profetas hebreos en su traducción griega, la Septuaginta. Pero hay algo evidente: la mayoría de las imágenes del poema virgiliano proceden de poetas helenos ó helenísticos más antiguos (Píndaro, por ejemplo), y de cantos universalmente conocidos sobre los tiempos dichosos de la edad de oro. Los discípulos de Platón y de Pitágoras estaban íntimamente persuadidos de la inminente llegada de esta época; oráculos y sibilas también lo habían predicho. Todas estas profecías parece que se originaron en Egipto, cuna de tantas doctrinas misteriosas.

Por ello es preferible admitir que el poema -pese a la influencia oriental que aparezca en él- resulta de la angustia del pueblo romano durante aquella época turbulenta y de su gran deseo de paz. Estas aspiraciones pacíficas originaron una segunda hipótesis: el niño que iba a nacer sería el hijo que Augusto esperaba de su segunda esposa. Esperanza que se desvaneció muy pronto y de modo casi humorístico, pues el hijo fue niña: Julia, que tanto daría que hablar.

Años después, a *Las Bucólicas* siguieron ***Las Geórgicas***, poema didáctico en cuatro libros sobre la agricultura, el cultivo de la vid, la ganadería y la apicultura, y al mismo tiempo un himno a la vida campesina, sencilla y natural. El primer libro termina con una emotiva oración a los dioses tutelares de Roma para que ayuden a Octavio y protejan a este héroe, campeón de la paz, qué trata de acabar con la violencia y con los atropellos y revalorizar el arado y al agricultor. El ciclo enteró se clausura con un homenaje a César, "cuya poderosa mano blandió el rayo de la guerra hasta las riberas del Éufrates, ofreciendo a los pueblos sometidos paz y leyes benignas, abriéndose camino hasta el Olimpo".

En el año 29, al regresar Augusto a Roma vencedor en Accio, el poema estaba terminado y podía ser leído ante éste por el mismo autor y su protector Mecenas. Augusto halló en el poeta un propagandista -inconsciente, en verdad- de su política agrícola. El emperador quería que los proletarios de Roma volvieran a la tierra, restaurando así la clase social que originara la grandeza romana. Virgilio convirtióse de esta forma en el Hesíodo romano, después de haber sido el Teócrito. Él mismo afirmó que quiso dar a Roma, con sus Geórgicas, un paralelo a la obra de Hesíodo, Los trabajos y los días.

Las Geórgicas son poemas didácticos; el autor quiere enseñar al campesino romano la mejor manera de trabajar la tierra y cuidar el ganado. Con todo, la obra no es nunca árida o pedante. El poeta parece tocar con su varita mágica los trabajos del campesino, dando un encanto nuevo a las labores más: prosaicas. Canta, arrebatado, elogios a su querida Italia y las delicias que proporciona. Describe a las mil maravillas el trabajo del campesino en su viña, la protección de los sarmientos y su poda en el momento preciso.

Nuestro poeta tiene muchas cuerdas en su lira y cada una con distinto son. Nos arranca de un amable idilio para mostrarnos la lucha feroz por la vida. Nada iguala en vigor a su descripción de la pelea de dos toros. Con devoción casi infantil, describe el poeta la vida de las abejas en la colmena, "donde la miel exhala su perfume de flores".

La brillantez de *Las Geórgicas,* su mejor creación poética, proviene de la inspiración que sólo un conocimiento perfecto de las actividades agrícolas puede dar y de esa gratitud inconsciente que cada uno de nosotros siente por el hombre que, curvado bajo el sol, sobre los terrones, nos ofrece la posibilidad de vivir.

La "Eneida", epopeya nacional

Terminadas sus *Geórgicas*, Virgilio se consagró a una nueva obra, que recogía una idea acariciada por Augusto: ofrecer a los romanos una gran epopeya nacional que sustituyera al poema de Ennio, anticuado y rudo. Así nació la más célebre de sus obras, la *Eneida*, que exalta la historia romana haciéndola remontar hasta Eneas, pariente del rey Príamo. Después de Héctor, era Eneas el más valiente de los troyanos; y no era menor su piedad. De esta manera, Roma tenía a Troya por metrópoli, y el troyano Eneas, antepasado de Augusto, era el verdadero fundador de la ciudad, porque la gens Julia era descendiente de Julo, hijo de Eneas.

Hace ya siete años que Troya fue destruida. Durante este tiempo, Eneas va errante por los mares, por culpa de Juno:

> "No ha perdido la memoria de las causas de su ira y de su amargo despecho. Y conserva en el fondo de su alma el juicio de Paris, la injuria de su belleza menospreciada..."

He aquí por qué odia a todos los descendientes de Paris. Después se acerca Eneas al litoral de África. Juno consigue persuadir a Eolo, dios de los vientos, a que desencadene la tempestad contra los barcos troyanos.

> "Síguese clamor de hombres y crujido de jarcias. De súbito, las nubes hurtan a los ojos de los teucros el cielo y el día. La noche cubre el mar con ambas alas negras; el cielo truena de un polo a otro y el aire brilla con centellas frecuentes; y todo amaga a los troyanos una inminente muerte."

Zozobran cinco navíos, los otros naufragan. Pero al punto aparece Neptuno, protector de Eneas. Enojado y blandiendo su tridente, ordena a vientos y nubes que amainen en el, acto. Eneas singla entonces hacia las costas de Libia, con los barcos restantes, y allí encuentra un puerto bien defendido. Desembarca en el lugar donde reina la bella Dido, que, huyendo de Tiro para escapar de su ambicioso hermano, fundó Cartago.

La reina ofrece hospitalidad a Eneas, que le narra sus numerosas hazañas y aventuras. Describe la caída de Troya. Virgilio narra los acontecimientos que la Ilíada pasó por alto, con fuerza dramática tan irresistible, que aún hoy inspiran piedad. Este relato de las aventuras de Eneas recuerda en parte las vicisitudes de Ulises. Entretanto, Dido escucha al apuesto extranjero con creciente interés y admiración, que se torna en pasión ardiente. Eneas corresponde a los sentimientos de la reina. Durante, una cacería, en la que participa la corte entera, se desencadena una tempestad. Dido y Eneas se encuentran solos en una gruta.

"Entretanto, comienza el cielo a turbarse con enorme murmullo, y sigue la tempestad acompañada de granizo. Por doquier el cortejo de tirios y la juventud troyana y el dardanio nieto de Venus, medrosos, esparcidos por los campos, acógense a diversas guaridas. Envían ríos las montañas. Dido y el caudillo troyano se cobijan en la misma cueva. La Tierra y Juno la pronupcial dan la señal en el acto; brillan los relámpagos en el Éter, sabedor del connubio; las ninfas aúllan en la cima del monte."

Sigue una larga serie de fiestas; Eneas y Dido sólo piensan en su amor. Eneas olvida su misión: fundar en suelo de Italia el Estado que un día dominará al mundo. Al fin, el rey de los dioses le ordena que deje su ociosidad y siga el curso de su destino. Eneas obedece. Con su sensible instinto de mujer enamorada, Dido adivina lo ocurrido y trata de retener a su amante; y ante la inutilidad de sus esfuerzos, su amor se transforma en odio. Dido no quiere sobrevivir a la separación. Cuando, al amanecer, Eneas abandona el puerto de Cartago, una hoguera le ilumina su ruta: en ella se consume Dido. Antes de morir, maldice al infiel amante y a todo su pueblo y predice la grandeza futura de Cartago, que, un día, será la más peligrosa enemiga de Roma y vengará el honor de su primera reina.

Eneas singla ahora rumbo a Italia. En Cumas consulta a la célebre Sibila. En compañía de la adivinadora, visita los infiernos y encuentra allí a su anciano padre, a quien sepultara un año antes. Esta descripción del orco es uno de los capítulos más emotivos de la literatura universal. Constituye la fuente de numerosas visiones del infierno descritas en la Edad Media y de ahí su importancia para la historia de las religiones y de la civilización. Eneas y la Sibila llegan junto a Carón. El barquero ofrece un aspecto espantoso: su barba es gris e hirsuta, sus ojos lanzan rayos. A la orilla del río se presentan las sombras de los difuntos:

"Hacia él y en la ribera, lánzase toda la derramada muchedumbre de las almas, hembras y varones, y los cuerpos huérfanos de vida de los magnánimos héroes; muchachos, doncellas y jóvenes colocados en las piras a la vista de sus padres: ...Rogando están por ser las primeras en pasar, y tienden las manos, ansiando llegar a la otra orilla."

Pero el terrible barquero rechaza estas lívidas siluetas, sombras de los difuntos cuyos despojos no recibieron sepultura. Están condenadas a vagar cien años por el borde del río antes de poder alcanzar la otra orilla. A ruegos de la Sibila, Eneas sube a bordo del frágil esquife:

"De allí echa a las otras almas, que ya estaban sentadas en los largos bancos, y desocupa el fondo, y al instante embarca el gran Eneas. Bajo tal pesadumbre, gime el barco sutil y por sus hendiduras entra mucha agua cenagosa. Al fin, sin daño, pasa al otro lado del río a la profetisa y al héroe y los deja en el légamo informe y entre glaucas ovas."

"Asorda estos reinos con su ladrido trifauce el gran Cerbero, tendido y monstruoso de parte a parte en su cueva. A quien la profetisa, viendo que ya se eriza su cuello envedijado de culebras, le echa la torta narcotizada de miel y semillas medicinales. Él la toma al vuelo, abriendo las tres gargantas, que el hambre exaspera, y, dejándose caer por el suelo, relaja sus desmedidos miembros y se extiende monstruoso, llenando toda su cueva. Sepultado en sueño el guardián, ocupa Eneas la entrada y pasa presto la ribera de la onda que no tiene retorno.

"Y, al instante, en el umbral primero, oye voces y vagidos grandes, llanto de almas de niños a quienes se llevó un día aciago y, huérfanos de la dulce vida y arrancados del pecho, los sumió en amarga muerte. A par de éstos, los condenados a muerte por supuestos crímenes. Estas moradas no les fueron dadas sin tribunal sacado a suerte ni juez. Minos, inquisidor, mueve la urna: él reúne en asamblea a los silenciosos y juzga sus crímenes y sus vidas. Próximas a ellos tienen sus estancias aquellos tristes que, sin merecerlo, por su propia mano, se causaron la muerte y, porque aborrecían la luz, rechazaron la vida. ¡Ay, cuánto más ahora y en el alto éter querrían arrostrar pobreza y trabajos duros! Los hados se lo vedan; la despreciable ciénaga los tiene cautivos en su

agua triste, y la Estigia, con nueve vueltas, los aprisiona. Y no lejos de aquí, extendidos por doquier, se muestran los campos llorosos (así los nombran). Aquí, a aquellos que un amor duro consumió con su cruel infición, ocúltanlos unas veredas secretas y abrígalos en derredor una selva de mirtos; ni en la misma muerte dejan las ansias amorosas."

La sombra de Dido se encuentra allí también. Pero cuando Eneas quiere hablarle, huye enojada. Eneas sigue su camino y encuentra a varios compañeros de armas, que le cuentan sus calamidades. Poco después llega al pie de una inmensa fortaleza; en torno a sus murallas corre un río de olas de fuego. Es el Tártaro, el lugar de los condenados.

"De allí se oyen salir gemidos, horribles latigazos, luego el ruido estridente de hierro y arrastre de cadenas. Encerrados aquí, esperan su castigo aquellos que en vida aborrecieron a sus hermanos; los que a su padre hirieron o causaron fraude a su cliente; los que se tendieron sobre amontonadas riquezas, sin dar parte de ellas al prójimo -éstos forman la mayor muchedumbre- y los que por adulterio fueron muertos; los que siguieron armas impías y no temieron traicionar a sus señores.

"Éste vendió a su patria por dinero y le impuso un tirano poderoso, hizo y deshizo leyes por soborno; este otro invadió el tálamo de su hija y contrajo vedados himeneos; todos concibieron grandes maldades y cogieron el fruto de su osadia."

El viaje continúa y después de este horrible escenario...

"...llegan a los lugares apacibles y a los amenos vergeles de los bosques gloriosos, y a las moradas de los bienaventurados. Un aire más amplio cubre los campos y los viste de luz púrpura, y conocen su sol y sus estrellas. Los unos ejercitan sus miembros en las palestras de grama, y en el juego compiten; y luchan en la dorada arena; y, con sus pies, los otros rigen danzas y recitan versos."

Eneas tiene el consuelo de encontrar a su anciano padre. Pero al intentar abrazarle, la sombra se desvanece como un sueño. Eneas aprende de su padre la doctrina de la metempsicosis; el anciano le muestra las almas de las generaciones futuras, almas que vivificarán algún día el cuerpo de un ser humano. Eneas ve a todos aquellos que, más tarde, desempeñarán un papel importante en Roma, desde Rómulo hasta Augusto, que dará al mundo la paz y la edad de oro.

Como muchas otras escenas de la Eneida, la visita al mundo subterráneo fue escrita según modelo homérico. Sin embargo, Virgilio y Homero conciben el infierno de forma muy distinta. La época de Homero no hacía distingos entre los hombres buenos y malos, respecto a la supervivencia en el reino de las sombras; más adelante, la influencia de Pitágoras y Platón creó tal distinción entre los difuntos.

Con la visita a Cumas termina el nomadismo de Eneas y comienza el largo combate en el Lacio, lucha que el príncipe troyano ganará al fin de una serie de triunfos y fracasos. Entonces puede realizar su gran misión y formar la comunidad de donde saldrá un día Roma, señora del mundo.

Como queda dicho, se observa a menudo en la Eneida la influencia de la Ilíada y de la Odisea. Sin embargo, los héroes de Homero son mucho más vivos, más humanos, más apasionados que Eneas, con frecuencia simple marioneta en manos de los dioses. No obstante, el carácter de Eneas es más elevado que el de los héroes homéricos, pues sacrifica su felicidad personal a la ejecución de la tarea que los dioses le han confiado: "Eneas es la personificación de ese sentido del deber tan característico de los romanos". Nunca transige con su misión.

Los dioses de Virgilio son tan impersonales como sus héroes. Carecen de los rasgos personales que dan vida y color a los dioses helenos. Son las *númina,* las fuerzas, lo que determina el curso de la Eneida: ello corresponde muy bien a las ideas de los

romanos. Hay otra diferencia: Homero es un narrador puro; Virgilio escribe guiado por un fin muy claro. Pretende, ante todo, glorificar el poder romano y aureolar la figura de Augusto.

Virgilio es más sincero cuando describe la vida idílica en el seno de la naturaleza, cuando opone la dicha del campesino a la vida de los ciudadanos esclavizados por el lujo y los placeres. Hijo de un campesino, nunca dejó de serlo. Ningún poeta anterior, griego o romano, tuvo hacia la estética de la naturaleza un sentimiento tan intenso.

Sus contemporáneos no dudaban en colocar la *Eneida* por encima de todas las obras. Su poesía sabe hacernos oír el rumor de los árboles y el estrépito de las espadas. Los romanos creían incluso que Virgilio superaba al padre de la poesía griega. Ningún ciudadano podía leer sin sentirse conmovido las altivas palabras del padre de Eneas cuando, desde el fondo del orco, señala a su hijo la futura misión de los romanos.

Virgilio trabajó once años en la *Eneida*, y creía necesitar tres años más para terminar su epopeya, pero no pudo disfrutarlos. La muerte puso fin a su obra, apenas cumplidos los cincuenta años de edad.

Horacio, epicúreo y sonriente

Horacio era más joven que Virgilio y provenía de la Italia meridional. Su padre, un liberto, había hipotecado su pequeña granja para que su hijo pudiera educarse en Roma. Como el padre de Virgilio, quiso que el niño supiera "todo lo que debe saber el hijo de un senador o de un hombre rico".

Horacio fue un maestro en la sátira: "cantaba las verdades con la sonrisa en los labios". Su benévolo humor y sosegada ironía se caracterizan por su imparcialidad: se burla tanto de sus propios defectos como de los ajenos. Ironiza su afición a la mesa y su temperamento gustoso de placeres; se burla también de otras debilidades suyas con la misma sonriente sinceridad.

Horacio no servía para soldado: sólo una vez se halló en combate, en Filipos. Mandaba un batallón en el ejército de Bruto. Horacio no se portó como un héroe precisamente y más tarde tuvo la humorada de contar este episodio poco halagador y de burlarse él mismo de su pánico. Confiesa que arrojó su escudo para huir más de prisa, cuando vio que las cosas no iban bien. El vencedor lo perdonó y Horacio se apresuró a agradecérselo.

Horacio fue un hombre feliz: Era pequeño y gordo; él mismo se describía como "un cerdo bien alimentado de la piara de Epicuro". Gozaba sobre todo en su finca de las cercanías de Tibur (Tívoli), regalo de Mecenas. Cuando hacía mucho calor, se refugiaba en Roma; allí escribió la mayoría de sus últimas obras. Augusto lo apreciaba mucho. El poeta era bondadoso, sin malicia, apacible e inteligente; además, sus opiniones coincidían en muchos puntos con la política imperial. Se acusaba a Augusto de haber despojado a los romanos de su libertad. Si ahora se permitían organizar la vida a su gusto, en paz y libres de cuidados políticos, a Augusto lo debían.

Augusto se propuso nombrar a Horacio su secretario particular, pero el poeta prefería vivir como mejor le pareciese. Augusto lo comprendió y no se molestó por la negativa del poeta. Así pudo consagrarse por entero a su obra y, siguiendo la escuela lesbia, cantar las continuas metamorfosis de la naturaleza, exaltar las virtudes del vino (tomado con moderación), tratar sobre el amor y la amistad, dedicar elogios a Augusto, bienhechor suyo y de Roma, y, por último, satirizar las debilidades humanas.

"Trabajarán otros con mayor habilidad el bronce y le infundirán alientos de vida (así lo creo); y del mármol sacarán los rostros vivos; perorarán mejor las causas, y medirán con el compás los movimientos del cielo y señalarán el curso de los astros. Atiende tú, ¡oh, Romano!, a gobernar los pueblos con tu imperio. Éstas serán tus artes: imponer las normas de la paz, perdonar a los vencidos y debelar a los soberbios."

He aquí uno de sus más encantadores poemas sobre el amor:

"Me rehúyes, Cloe: semejante al cervatillo que por desviados montes busca a su madre, atemorizada, no sin vano miedo de las auras y del manso susurro de las hojas.

Tiembla tu pecho y tiemblan tus rodillas si la llegada de la primavera roza las hojas móviles, o los verdes lagartos remueven los zarzales.

Y no obstante, yo no te persigo cual fiero tigre o león getúlico, para despedazarte. Deja, por fin, a tu madre. Ya estás en sazón para un marido."

En casi todos sus poemas satíricos se observan la misma humanidad, sensibilidad v humor. Horacio comprende las debilidades humanas. Su alegría del vivir evoca en medio de un paisaje invernal la figura majestuosa del Soracte nevado, montaña al norte de Roma. Pero este poema encantador es, como muchas obras de Horacio, adaptación de un canto de Alceo. Horacio se glorificaba de haber divulgado las obras de Alceo y otros poetas griegos y de hacérselas gustar a los romanos. En cierto modo, Horacio contentóse con ser un adaptador como Terencio. Algunos literatos y filólogos han demostrado que los más bellos poemas de Horacio son imitaciones y traducciones de obras griegas. Pero son traducciones magistrales..., tan perfectas como las originales. Horacio realiza la síntesis de los genios griego y latino. Se le ha llamado "el más heleno de todos los romanos". Es muy probable que corriese sangre griega por sus venas, siendo originario de la Magna Grecia. Horacio es romano por su agudo sentido de la realidad y griego por su amor a la armonía y a la belleza formal. Vivió según el dictado del oráculo de Delfos: "Conserva en todo la medida", palabras sensatas. Horacio recomendaba "el justo medio" entre la temeridad y el miedo; entre dar rienda suelta a las pasiones y el letargo de las mismas, entre el lujo desmedido y le austeridad. Gracias a la formación estética adquirida por su cultura helénica, su espíritu se liberó cada vez más de la rusticidad romana. Sus mejores obras poéticas son fruto de esta unión entre la virilidad romana y la gracia griega.

Varios poemas de Horacio, las obras satíricas en especial, son también inestimables documentos para la historia de la cultura. Horacio estaba dotado de un sentido de observación muy agudo; para conocer bien la época de Augusto, sus obras nos ofrecen un material tan apreciable como las obras de Cicerón para el conocimiento de la época anterior. Sus poemas nos permiten seguir el curso de su existencia como si se tratara de un diario particular. Horacio es un narrador magistral cuando describe su viaje de Roma a Brindis¡, en compañía de Mecenas y de los poetas Virgilio y Varrón.

En el año 8 antes de Cristo, Horacio perdió a su fiel amigo Mecenas, muerto tras prolongados sufrimientos. En su testamento, Mecenas nombraba a Augusto su albacea universal, pero imponía al emperador un deber sagrado: "¡Acuérdate de Horacio Flaco tanto como te acordaste de mí!" La exhortación sería superflua. Semanas más tarde, Horacio seguía a su bienhechor. Fue sepultado cerca de su amigo. Horacio rubricó su vida con esta estrofa, que aún hoy se cita para honrar una existencia ejemplar:

"Quien es íntegro en su vida y está limpio de maldad, no necesita, oh, Fusco[15], arco ni dardos moriscos, ni aljaba llena de flechas envenenadas."

Horacio era un hombre de buen corazón, que sabía cambiar el idioma en música y compartía con sus semejantes toda aquella felicidad de vivir que él disfrutaba.

[15] Aristio Fusco, poeta y gramático, amigo de Horacio.

Propercio, el enamorado de la belleza

Propercio pertenecía al ciclo de Mecenas, como Virgilio y Horacio. Originario de una de las más bellas regiones de los Apeninos, nació hacia el año 47 antes de Cristo, en la comarca de Asís. Se educó en Roma por las mismas razones que Virgilio y Horacio. Apasionado por la belleza, pronto se aficionó a la poesía griega y comenzó a expresarse en poemas eróticos.

Su adorado ídolo no era Lesbia (como en Catulo), sino Cintia, nombre tomado de un monte de la isla de Delos. Cintia era una atractiva compañera de las musas. Belleza de ojos apasionados, tenía un cuerpo de diosa; danzaba como las Gracias: todo su ser irradiaba encantadora belleza, "como un pétalo de rosa en la leche".

Propercio era muy joven, 17 años, cuando la vio por vez primera. El flechazo fue recíproco. Cintia admiraba los versos de su amante, orgullosa de ser cantada por tal poeta. Al cabo de un año, Propercio dio a conocer los primeros poemas escritos en honor de su belleza.

> "Ya parezca triste a mis amigos, o les parezca feliz, todo cuanto pueda sucederme, lo digo con franqueza, tiene una sola causa: Cintia."
>
> "Cintia fue la primera que, con sus bellos ojos, me esclavizó a su poder. Estuve antes libre de toda inclinación amorosa. El amor castigó mi orgullo miserable, me hizo bajar los ojos y pisoteó mi cabeza hasta el punto que, cruel, me empujó a odiar las muchachas púdicas y a vivir en desorden. Este furor me persigue hace un año, y he de añadir que tuve siempre a los dioses contra mí. Venus me dedica noches muy amargas y el Amor, como si no tuviese otra cosa que hacer, jamás me abandona."

"No se obtienen favores de Cintia sin ser castigado por ello", dice en otro lugar. Su, relaciones no fueron más que una larga serie de disputas y reconciliaciones. Cintia se acercaba a él a cada desavenencia y lo golpeaba hasta quedar sin fuerza en los brazos La escena acababa con una reconciliación apasionada.

Propercio no podía vivir sin Cintia. Apenas se alejaba ella un instante, se sentía ato[mentado por los celos. La coqueta jugaba con el joven poeta como el gato con el ratón, dejándolo a veces por un rico admirador. El amante abandonado clamaba su dolor a los árboles del bosque, al suave viento de poniente, a las fuentes de la montaña, a las rocas solitarias del desierto.

Llegó un día en que el poeta rompió sus cadenas. Se embarcó hacia Atenas, donen pensaba seguir sus estudios. Dejó a Cintia atrás y la maldijo por cuantos tormentos le hiciera padecer. El odio lo volvió cínico y recordó a su antigua dama que algún día seria una mujer vieja, fea y arrugada. "La poesía de Propercio ofrece a veces el gusto amargo de las manzanas silvestres, de los frutos que maduraron sin sol. Pues hay también corazones que amaron sin conocer el sol del amor", dice un historiador de la literatura.

Cintia había muerto al regresar Propercio a Roma. Su juvenil amor sólo era un recuerdo melancólico. El joven apasionado se había transformado en hombre. Su amigo Mecenas lo incitó entonces a ensayar la poesía épica. Propercio accedió sólo después de muchos titubeos al deseo de su bienhechor.

Propercio cantó la victoria de Octavio en Accio y otros acontecimientos de la historia romana. Es difícil apreciar esta poesía en su justo valor. El estilo de Propercio, influido por el de los alejandrinos, se hace pesado con sus divagaciones eruditas y digresiones mitológicas. El apasionado amante de Cintia envejeció prematuramente y murió poco después de cumplir los treinta años.

Tibulo, espiritual y elegíaco

Tibulo, poeta contemporáneo de Propercio, murió también muy joven. Su obra revela una vida sentimental, menos apasionada, pero más profunda y desinteresada. Para Tibulo, el amor no es sólo sensualidad desenfrenada, como en Catulo y Propercio, sino un sentimiento profundo, sagrado incluso. El amor inspira a Tibulo melancolía antes que pasión. Su obra sólo el corazón puede comprenderla. Nos recuerda a menudo *Las Geórgicas*, de Virgilio. Sus versos son significativos cuando el poeta exalta la vida rural: "No me avergüenzo de llegar a casa abrigando en los pliegues de mi ropa un corderillo o un cabritillo que su madre dejó atrás olvidado".

Tibulo escribe con verdadero placer tan deliciosos idilios. La paz del campo ocupa lugar destacado en su poesía; no canta a la amante, sino a la esposa amable y fiel, ángel del hogar. Pocos poemas antiguos superan en profundidad a los que Tibulo, enfermo en Corfú y lejos de su casa, escribía a su idolatrada mujer. Olvida sus dolores, dice, y ya no teme a la muerte cuando piensa que llegará el día en que al volver a casa la sorprenderá sentada hilando su rueca.

> "Quisiera aparecer de improviso ante tus ojos, Delia, sin que nadie me anunciara, como enviado del cielo; recibiéndome tal como te encuentres, con tus largos cabellos en desorden y descalza. Éste es mi deseo: ojalá la clara Aurora, con sus rosados caballos, pueda traernos este día tan feliz y dichoso."

Ovidio, guía de eróticos

El poeta Ovidio nació en una pequeña ciudad de los Abruzos. Al contrario de Horacio y Virgilio, tuvo un padre rico y respetable, que lo preparó para la carrera de los honores, enviándolo a estudiar retórica a Roma. Pero Ovidio no tenía vocación para ello: su prosa se convertía en poesía ágil y sonora, y los dignatarios romanos no solían ser poetas. Con todo, ejercitaba su talento como travesura de niño, intrascendente, escribiendo sólo porque sentía placer en ello. Por otra parte, le sobraba dinero para vivir a su antojo. "¿Por qué buscar la gloria en las batallas o meterse en la cabeza enojosos artículos del código, o vociferar en el ingrato Foro? ¡Todas estas cosas pasan y yo quiero que mi gloria sea inmortal!", decía. Y el deseo se realizó.

Ovidio estaba inspirado por la musa frívola de los versos amorosos; sin embargo, no da la impresión de haber vivido lo que escribe; por eso sus obras carecen de aliento e ignoran las pasiones violentas. El amor le proporcionó un interesante asunto de estudio psicológico. En él, el erotismo no es más que galantería y no, como en Catulo y Propercio, la expresión de una intensa sensualidad. "Creedme—dice—: mis pensamientos y mi razón de vivir divergen totalmente. Mi musa es frívola, pero siempre he llevado una vida decente." Contrariamente a los demás grandes poetas que vivían en la época de Augusto, Ovidio era un hombre casado, ordenado y respetable, que podía afirmar: "Ningún padre que tenga dudas sobre el origen de sus hijos puede pensar mal acerca de mí" .

La poesía erótica de Ovidio es un juego fantástico y una constante variación de motivos, con frecuencia de origen griego. Sus palabras son a menudo chocantes, de doble sentido.

Ocurriósele escribir una especie de manual sobre el arte de amar (*Ars amandi*), en que de manera sistemática, casi científica, explica cómo un joven puede conquistar y conservar a su amante; luego da consejos similares al sexo opuesto. El Arte de amar es un ingenioso manual de

estrategia amorosa. En vez de tratar de fidelidad, insinúa cómo hay que disimular una traición a la pareja.

La obra interesa por las imágenes excelentes que proporciona de la sociedad romana de la época y por la amenidad de su estilo.

El Arte de amar evidencia el fracaso completo de Augusto y sus colaboradores, que intentaban reformar las costumbres e imponer normas de moralidad pública. La obra de Ovidio pisotea con frivolidad cualquier ideal ético, y fue tan popular como en otro ambiente los sueños idealistas de Virgilio. En consecuencia, Augusto consideró a Ovidio un corruptor de la juventud. *El Arte de amar* apareció el mismo año que el emperador veíase obligado a desterrar a Julia. Un día, corrió por la ciudad de Roma el rumor que el célebre Ovidio había sido castigado.

Era cierto. La opinión pública asoció inmediatamente la noticia a un nuevo escándalo en la casa imperial. Esta vez, la joven Julia, nieta de Augusto, fue desterrada de Roma por imitar a su nada virtuosa madre, y Ovidio quedó enredado en el asunto, sospechoso de haber sido su amante. También cayó sobre él la cólera del emperador. A sus cincuenta años, el poeta fue desterrado a Tomi, en la orilla occidental del mar Negro. *El Arte de amar* fue prohibido.

Para entonces había casi terminado una obra distinta por completo de la anterior: las ***Metamorfosis***. Metamorfosis significa "cambio de forma". En los quince libros de sus *Metamorfosis*, Ovidio cuenta unas 250 leyendas, sobre hombres que se transforman en animales, árboles, piedras, etcétera, dándonos así a conocer gran número de mitos griegos que, gracias a él, se han conservado. Por ejemplo, la historia de Latona, que, tras un penoso viaje con sus hijos Apolo y Diana, llega por fin junto a un lago donde los tres podrán apagar su ardiente sed. Cuando los campesinos del contorno les niegan acceso al agua, ella los transforma en sapos.

En extracto, esta bella leyenda dice:

> "Latona huyó llevando en sus brazos a sus dos tiernos hijos. Llegaron a Licia, y un día que sus hijos agotaron la leche de sus senos y el calor del día y la larga caminata la dejaron exhausta, consumida de sed, vio un pequeño estanque en el fondo del valle. Los campesinos recogían en la orilla mimbres, hierba y juncos. Latona se acercó y se arrodilló para coger agua; pero ellos tuvieron la crueldad de impedírselo.
>
> "Latona les dijo: '¿Por qué me impedís beber? ¡El agua es patrimonio de todos, como el aire y la luz, que la naturaleza no rehúsa a nadie! Yo os pido permiso. No he venido a tomar un baño, sino a apagar mi sed, tan ardiente que mi garganta está seca y apenas puedo hablar. El agua de vuestro estanque me será más deliciosa que el néctar de los dioses. Dejadme coger un poco de esta agua que tanto necesito y os deberé la vida. Si no os compadecéis del estado angustioso de una madre, compadeceos al menos de mis desgraciados hijos que os tienden sus manos inocentes'."

Y, en efecto, las tendían. ¿Qué corazón pudiera haber tan bárbaro que resistiera las conmovedoras súplicas de la diosa? Sin embargo, no se apiadaron aquellas fieras y ordenaron con amenazas que se marcharan. No sólo eso. Enturbiaron el agua saltando al estanque, removiéndola con pies y manos, levantando el fango depositado en el fondo. Entonces la cólera devino mayor que la sed: Latona, desdeñando humillarse más, elevó ambas manos al cielo y los conjuró a vivir para siempre en aquel estanque.

> "Sus deseos se cumplieron: de súbito viose a este grupo insolente lanzarse a las aguas, unas veces sumergiéndose, otras sacando la cabeza encima de las ondas, nadar a veces sobre las aguas, detenerse otras al borde del estanque o precipitarse de nuevo en un salto. Pero nadie pudo impedirles que siguieran vomitando injurias e insultaran a la diosa con estridentes gritos. Su voz es ronca, se les hincha el cuello y abren tanto el hocico para proferir blasfemias, que parece agrandárseles desmesuradamente, con la cabeza tocan las espaldas, de modo que por detrás no se les distingue cuello alguno. Su dorso es verde y blanco el vientre, la parte más voluminosa de su cuerpo. Transformados en sapos, se re-godean y remueven en el fango de las charcas."

El día en que Ovidio abandonó su querida Roma, fue para él como "el de sus funerales". El mar Negro fue siempre su "mar inhóspito". Los inviernos eran durísimos para el desterrado, acostumbrado al cálido sol italiano. La pequeña colonia romana de Tomi, donde Ovidio pasaría el resto de su existencia, estaba aislada entre inmensas estepas, rodeada de bárbaras tribus escitas. Ovidio escribió a sus amigos de Roma que los únicos artículos que producían los escitas eran flechas con que mataban de vez en cuando a algún colono de la localidad. La voz del poeta enmudeció.

En vano trató de aplacar a Augusto con repetidas súplicas. Después de diez años de destierro, aquel poeta, tan feliz en otro tiempo, fue conducido a su última morada en las playas inhospitalarias del mar Negro.

LOS PROBLEMAS ECONÓMICOS

Roma tuvo siempre una estructura económica muy débil, basada en una agricultura anticuada y una industria de poca iniciativa. Pero su imperio abarcaba territorios mucho más desarrollados y sus poblaciones se aprovecharon con amplitud.

Hasta el siglo II después de Cristo, Roma adoptó una política de libre cambio, en la práctica sin intervención del Estado. Hecho singular: los romanos buscaban muchos productos en regiones vecinas, pero no parece que llegaran a concebir la idea de introducir los suyos de modo sistemático.

La Cuestión Agraria

La técnica agrícola era inferior a la de los celtas, por ejemplo. Pero los romanos aumentaron en forma considerable la superficie de las tierras cultivables desecando marismas, al modo etrusco, y por irrigación de regiones desérticas, según técnica egipcia.

Arruinado por las guerras y sus secuelas, y no pudiendo comprar esclavos, el pequeño labrador viose obligado a vender sus tierras a los grandes propietarios. De esta manera sé formaron los latifundios. En lo sucesivo, los propietarios pequeños engrosaron las filas parásitas del proletariado urbano.

Recordemos algunos intentos de reformas. Las leyes licinio-sextinas—según la tradición, del año 307 antes de Cristo; sin duda, más recientes—habían limitado la extensión de terrenos a quinientas fanegas y la cantidad de reses permitidas en las dehesas comunales a cien cabezas; además habían obligado a emplear únicamente trabajadores libres. Los proyectos de los Gracos habían intentado proporcionar a la plebe tierras de cultivo y garantizar su conservación declarándolas indivisibles. Todas estas reformas habían fracasado.

La cuestión agraria tenía como corolario el problema de los abastecimientos. En efecto, los grandes propietarios dedicaban sus latifundios a cultivos de interés comercial (viñas, olivos, hortalizas) y a la ganadería, antes que al cultivo de cereales. Tal orientación creaba una escasez de víveres en Roma. Por eso el trigo fue percibido a título de impuesto en las provincias, o requisado y pagado según tarifa oficial, e incluso comprado a los comerciantes. Una vez adquirido, se transportaba en buques arrendados al Estado por los armadores. En Roma, una parte se vendía a precios fijos y otra se distribuía gratuitamente.

Industria y comercio

La industria evidenciaba idéntica falta de iniciativa que la agricultura, caracterizándose por un acrecentamiento cuantitativo de la producción, a causa de la importancia de la vida urbana y de las necesidades militares.

A fin de neutralizar la competencia de los esclavos, los artesanos se agruparon en *collegia.* Primero, los carpinteros, orfebres, herreros, tintoreros, zapateros y alfareros; después, a medida que se abandonaba el estado patrimonial de la economía, los tejedores, panaderos, carniceros y otros, hasta alcanzar el número de ochenta *collegia*.

La historia de la moneda indica con claridad cuándo Roma empezó a practicar el comercio en gran escala. En efecto, antes del año 269 antes de Cristo, los romanos no tenían moneda; practicaban la simple permuta o se servían de lingotes de metal. En 269, los romanos acuñaron una moneda de plata, imitación de la de los griegos. Durante el imperio circularon monedas de oro.

El imperio romano reunió diversos territorios ricos en productos naturales y regiones comerciales muy prósperas. No innovó nada, pero tomó por su cuenta los distintos tráficos, en especial los trayectos comerciales ya trazados por los etruscos, fenicio-cartagineses, griegos y levantinos. Roma los puso en relación y acrecentó el volumen de los cambios.

Indudablemente, la *pax romana,* la red de carreteras, la seguridad en el mar y la mejora de las vías de navegación interior constituyeron otros tantos elementos favorables para el comercio en gran escala. El Occidente proporcionaba, sobre todo, artículos de consumo y materias primas, desde minerales británicos y españoles hasta salazones, patos, miel y cuero de la Galia. Sicilia y África del norte abastecían de cereales. El Oriente proporcionaba telas preciosas, incluida la seda de China, alhajas, objetos de arte, aromas, estupefacientes, fieras para los juegos del anfiteatro...

Los romanos importaban mucho y, en cambio, sólo exportaban libros, objetos de arte, algo de vino y aceite. Su comercio era, pues, deficitario. Para compensar su balanza de pagos, recurrieron al metal precioso que provenía de las minas explotadas por el Estado y de los tributos impuestos a las provincias conquistadas. Los saqueos perpetrados en los templos y palacios de los países invadidos habían sido una verdadera lluvia de oro, aunque de corta duración.

La técnica financiera

Las finanzas romanas no procedían, pues, ni de la industria ni del Comercio, sino de actividades extraeconómicas. Hasta el fin de la República, la administración fiscal se asentó sobre sistemas de adjudicación, de arrendamiento. Para toda operación que implicara gastos (obras públicas, suministros militares, etcétera) o ingresos (impuestos), el Estado recurría a los particulares. Para los impuestos, el Estado exigía una suma contratada a tanto alzado. La diferencia entre ésta y el superávit de lo recaudado quedaba para el asentador, para el publicano.

El acrecentamiento del imperio romano acarreó un aumento impresionante de gastos e ingresos públicos. En las adjudicaciones que los censores organizaban cada cinco años, los publicanos aislados, incluso los más ricos, no disponían de capital suficiente para cubrir por sí solos los requerimientos de la hacienda pública. Para afrontar la situación, se agruparon entonces en sociedades o compañías financieras, reguladas por acciones pertenecientes a gente de todos los pelajes. Cada sociedad accionista, representada ante el Estado por un *manceps* responsable, era dirigida por un *magister*, con sede en el consejo de administración, quien asistía a la asamblea general de accionistas. En provincias, los *pro magistri* encabezaban todo

un equipo de corredores, contadores y escribanos. Es fácil adivinar los abusos a que se llegaba en las provincias, indefensas en la práctica.

Los publicanos se asociaron también para adjudicarse bienes inmuebles y fundaron bancos. En verdad, no sólo ellos: también otros *equites* (caballeros), como Pompeyo, Atico y Bruto, se hicieron banqueros o *argentarii*.

Las principales operaciones bancarias implicaban desde luego el cambio, indispensable, dada la gran variedad de monedas que griegos y orientales llevaban a Roma y que era necesario cambiar por denarios romanos, así como un depósito de cuenta corriente, que permitía la emisión y el pago de cheques. Los bancos practicaban también la venta de acciones. Además, muchos depositaban allí sus ahorros. Había otra actividad bancaria: el préstamo al Estado, a las ciudades y a los soberanos de Oriente, a los comerciantes, a lejanas expediciones marítimas que implicaban aventura y riesgo. Los tipos de interés público, fijado al doce por ciento como máximo, eran de hecho usurarios y alcanzaban a menudo el cuarenta por ciento.

Citemos, en fin, las especulaciones sobre terrenos y casas. Los bloques urbanos de seis o siete pisos, con tres pequeñas viviendas, rentaban muchísimo. Cicerón tenía varios, uno de los cuales le redituaba cada año ochenta mil sestercios.

LA DINASTÍA JULIA

CONSOLIDACIÓN DEL IMPERIO

Tiberio: ¿historia de un resentimiento?

Aún hoy se recuerda con desagrado el nombre de Tiberio. A la muerte de Augusto, aquél contaba cincuenta y seis años. No gozó una auténtica juventud: muy precoz, ya se llamaba "el viejo". Augusto apreciaba su sentido del deber y su talento militar, pero no pudo lograr hacerlo amigo suyo.

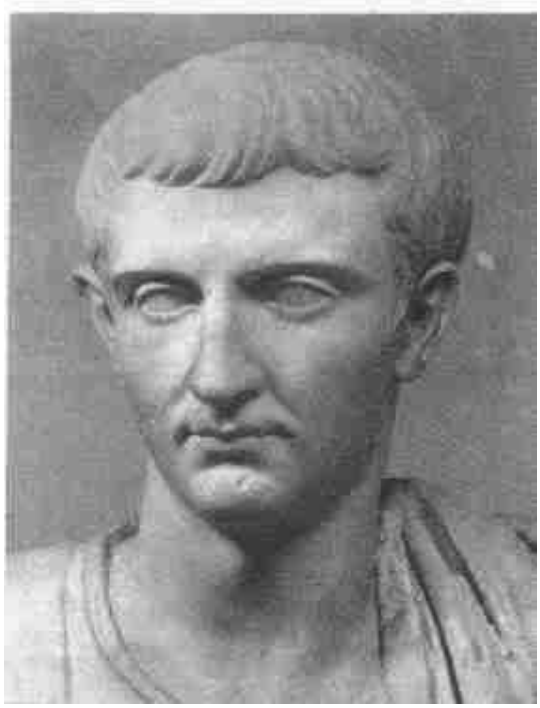
Al fallecimiento del emperador, las legiones estacionadas en el Rin rechazaron la severa autoridad de Tiberio y ofrecieron la dignidad imperial a Germánico, de más popularidad. Era el hijo mayor de su difunto hermano Druso y de la bella Antonia, mujer simpática en todos conceptos, hija de Marco Antonio y de Octavia. Germánico rechazó el ofrecimiento de los amotinados y logró hacerles entrar en razón. Después consagró sus energías a vengar la derrota del bosque de Teutoburgo, y a procurar que Germanía tornase al imperio romano. Consiguió éxitos, pero carecía de la diplomacia requerida para aislar al avezado Arminio de sus aliados más flojos. Por tal motivo, el emperador ordenó a su sobrino retirar sus tropas del otro lado del Rin y dejar que los germanos ventilasen a su modo sus querellas intestinas, convenientes para Roma. Así, el Rin y el Danubio continuaron siendo la frontera entre romanos y germánicos. .

Arminio fue asesinado por sus propios parientes, recelosos de su ambición. La acérrima resistencia de Arminio ha influido mucho en la historia del mundo. Si su pueblo, subdesarrollado aún, hubiese sido vencido entonces por los romanos, habría sido romanizado como los celtas y otros pueblos, y la historia universal habría seguido otro destino que el originado por las invasiones germánicas.

A las guerras sucedió un intercambio activo: trueques y permutas introdujeron en las tribus los productos romanos y, por consiguiente, la influencia cultural romana, que llegó a Escandinavia; voluntarios germanos se alistaron, cada vez más numerosos, en las legiones. Inicióse una época de transición para el imperio romano.

Germánico abandonó con pesar el teatro de sus hazañas, para desempeñar otras misiones pacificas en las fronteras orientales del imperio. Allí le llegó la muerte. El pueblo romano juzgó su desaparición como una catástrofe. Cuando su viuda, Agripina, pisó suelo italiano, el puerto estaba abarrotado de gente deseosa de manifestarle su condolencia; hasta en muros y tejados se veían personas enlutadas. Al desembarcar Agripina acompañada de dos de sus hijos, llevando la urna que contenía las cenizas de

Germánico, la multitud estalló en desgarradoras lamentaciones. En Roma hubo funerales solemnes. Pronto se rumoreó que el joven héroe no había fallecido de muerte natural y se achacó la desaparición a envidia de su tío. Sospechas injustificadas que causaron a Tiberio la profunda amargura de sentirse odiado por un pueblo que, en cambio, adoraba a su hermano y a su sobrino.



Tiberio

Pese a su carácter sombrío y reconcentrado, Tiberio poseía cualidades atractivas. Según Suetonio, sentía tal aversión al servilismo, que se levantaba de su silla al conceder audiencia a un senador. Cuando un antiguo cónsul fue a presentar de rodillas sus excusas a Tiberio, éste retrocedió con tanta brusquedad, que cayó atrás. Si alguien lo adulaba, en charla privada u oficial, Tiberio lo interrumpía desaprobando. Un día, alguien lo llamó *señor*; Tiberio le rogó no lo llamase en adelante de aquel modo "tan ofensivo". En cambio, recibía sonriente afrentas, calumnias y sátiras referentes a él y a los suyos. Comentaba entonces que una sociedad libre tiene derecho a expresarse con libertad. A1 ordenar el Senado una encuesta sobre tales ataques a la dignidad imperial, Tiberio dijo a los senadores: "No tenernos tiempo para ocuparnos de estos asuntos. Si ahora hacéis una encuesta, en lo sucesivo ya no haréis otra cosa, porque de todas partes os lloverán calumnias y pedirán que castiguéis a sus autores so pretexto de tratarse de crímenes de lesa majestad". Adulando al emperador, el Senado quiso dar su nombre a uno de los meses del año, honor ya ofrecido a sus dos predecesores; Tiberio respondió secamente: "¿Y qué haréis cuando os encontréis con el césar decimotercero?"

Tiberio no quería que el pueblo lo venerara como a un dios, ni le dedicara templos, ni le erigiera estatuas. Más de una vez repitió al Senado que se consideraba "servidor de la sociedad". Tiberio formulaba el principio que haría célebre Federico II: el soberano es el primer servidor del Estado. Quiso dar a sus súbditos ejemplo de sobriedad. Suetonio cuenta que en los banquetes oficiales, a menudo hacía servir los restos de la víspera. Un día llegó a la mesa la mitad de un jabalí; ante la desaprobación

de sus distinguidos huéspedes, objetó: "Medio jabalí tiene trozos tan buenos como un jabalí entero".

Promovió la prosperidad de las provincias, de todas formas posibles. "Un buen pastor esquila a sus ovejas, pero no las esquilma", advertía a los procónsules en exceso codiciosos y explotadores. Si a veces dejaba sus provincias a tales gobernantes, atentos sólo a sus intereses particulares, comentaba con humor que obraba así porque "las moscas hartas son menos golosas que las moscas hambrientas".

De poco le servían estas buenas cualidades y cumplir sin desaliento sus deberes de jefe, reprimir el bandolerismo y otros delitos, usar los fondos públicos con parsimonia y no desperdiciar dinero ni esfuerzos cuando era menester reparar los quebrantos de malas cosechas, incendios y otros desastres. Cada vez era más evidente que Tiberio no debía esperar gratitud alguna por su abnegación hacia Roma. Sus súbditos sólo veían en él sus brusquedades. Los malquistaba con Tiberio el que éste no organizase juegos de gladiadores y combates de fieras más que a disgusto y que nunca asistiese a espectáculos sangrientos si otros los ofrecían. Los romanos juzgaban fastidiosa y triste la Roma de Tiberio.

El pueblo abrigaba un solo sentimiento respecto a su emperador: el temor. Tiberio respondía con el desprecio, volviéndose cada día más misántropo. Detestaba a los aduladores que se arrastraban ante él y lo injuriaban apenas volvía la espalda. César y Augusto aceptaron a los hombres tales como eran; Tiberio fue incapaz de ello. Severo como la misma Némesis, no sabía condescender ni acomodarse al espíritu de la época. Solamente **Sejano**, el prefecto de los pretorianos (su guardia imperial), se había ganado su ilimitada confianza desde el día en que, en un viaje por la Campania, el emperador se detuvo en una gruta para reparar fuerzas, pues de pronto se desprendieron de la bóveda enormes piedras que aplastaron a varios servidores, y mientras todos huían, pensando sólo en su propia seguridad, Sejano se arrojó sobre Tiberio, protegiéndolo con su cuerpo.

Pero Sejano era astuto, cauteloso como una serpiente que despliega sus anillos en silencio. Logró hacerse indispensable a Tiberio y al mismo tiempo supo convertir a sus pretorianos en instrumento seguro. Incrementando su influencia sobre el emperador, Sejano ganaba amigos en las más altas clases sociales y los proponía al emperador en los nombramientos de procónsules. Mientras cuidaba así su popularidad entre los optimates, Sejano esforzóse en profundizar el abismo que separaba al pueblo del emperador, cultivando la desconfianza y misantropía del solitario. Se convirtió en genio malo de Tiberio. Éste simbolizaba así sus relaciones con el pueblo romano: "Tengo un lobo cogido por las dos orejas". Pero el lobo tenía las orejas cortas; por ello tenía que agarrarlas muy fuerte, si no quería ser devorado. Criticar las declaraciones o los actos del emperador llegó a ser motivo suficiente para caer en su desgracia.

Cuanto más seguro se sentía Sejano, en medio del terror provocado por él, más temerario era. ¿Por qué, siendo jefe de diez mil legionarios custodios del imperio romano, no podría convertirse en dueño de todo el imperio? El hijo del emperador, Druso, era un obstáculo: el heredero del trono no era fácil de engañar y adivinaba los más íntimos pensamientos del ambicioso comandante de la guardia. Druso odiaba al favorito de su padre. Un día no pudo contenerse: la escena empezó por un cambio de chanzas y acabó con una bofetada de Druso al pretoriano. Desde aquel momento, Sejano no retrocedió ante ningún medio para aniquilar al heredero. Se hizo asiduo de la esposa de Druso; colmándola de atenciones, logró seducirla hasta tal extremo, que mandó preparar a su médico personal un veneno que la desembarazó de su marido.

Eliminado Druso, tres personas impedían aún el camino de Sejano: los tres hijos varones de Germánico. Su madre era la altiva y ambiciosa Agripina, hija de Julia. Como otros muchos, sospechaba que el emperador había mandado matar a su esposo y, mujer apasionada, no se recataba en divulgarlo. Sejano demostró un maquiavelismo, atroz. Incitó a Agripina a cometer imprudencias, comprobando satisfecho que crecía la desconfianza de Tiberio hacia su sobrina. Sejano vio ganada la partida. Hizo acusar a Agripina y a sus hijos de alta traición y que el Senado los condenase a destierro o prisión. Los tres se dejaron morir de hambre. Pero el favorito imperial obraba tan a su antojo, que Tiberio empezó a desconfiar de él, como de los demás, y a temerle. Un día tuvo pruebas que Sejano conjuraba contra él. El traidor debía recibir su castigo, pero el viejo emperador no se atrevió a hacerlo directamente, por temor a una posible rebelión de los pretorianos. Socavó con astucia el poder de Sejano. El Senado y el pueblo debían saber que Sejano no era tan poderoso como antes. Tiberio siguió colmándole de honores, pero, de vez en cuando, le reprochaba su conducta y el favorito perdió seguridad. Al fin, Tiberio pudo asestar el golpe de gracia que tenía largo tiempo preparado.

Ante todo, Tiberio tranquilizó a Sejano, prometiéndole un puesto de tribuno, que haría del pretoriano un co-regente del emperador. Un día del año 31 se rumoreó que el esperado nombramiento acababa de decretarse en Capri, donde se hallaba Tiberio. Se le presentó un oficial de la guardia con una carta del emperador. Loco de alegría por el honor que le dispensaban, Sejano penetró en la sala de juntas del Senado. La presa había caído en la trampa. Leyóse la carta del emperador, un documento interminable, escrito en estilo enfático y ampuloso. Nadie sabía cómo terminaría aquello. Sólo al leer las últimas frases comprendieron todos que el prefecto de los pretorianos había sido declarado culpable de alta traición y debía ser detenido en el acto.

Parecía que había caído un rayo en el Senado. Sejano seguía sentado, petrificado. Al acercarse el cónsul de turno para arrestarlo, preguntó: "Pero ¿se trata de mí?" Todos los odios suscitados por el favorito estallaron de súbito. Como suele ocurrir en casos parecidos, quienes más lo habían adulado, fueron ahora los que lo ultrajaron más. En el trayecto del Senado a la prisión, arrojóse la multitud sobre el prefecto caído, le rasgó los vestidos y le golpeó el rostro. Entretanto, el oficial mensajero del emperador calmó a los pretorianos. Les anunció que Tiberio había depuesto a Sejano y lo había nombrado en su lugar comandante de la guardia. Tiberio escribió una carta tan larga para que el nuevo jefe militar tuviese tiempo de vencer las dificultades de la sucesión. Mediante ricos presentes en especie, los soldados quedaron convencidos: valía más obedecer al nuevo prefecto.

Aquel mismo día, el Senado condenó a muerte al favorito, antes todopoderoso. El cadáver de Sejano fue entregado a la venganza del pueblo, que lo arrastró durante tres días por las calles de Roma antes de arrojarlo al Tíber. El mismo pueblo derribó e hizo añicos las estatuas erigidas al favorito del emperador cuando era dueño del poder. Los parientes y amigos de Sejano, tenidos como cómplices, fueron asesinados. Incluso sus hijos expiaron. las faltas del padre. La madre, desesperada ante los tiernos cadáveres, escribió a Tiberio y reveló que ,ti marido fue culpable de la muerte del heredero del trono; luego, la desventurada se suicidó. Tiberio enloqueció ante tales esclarecimientos. Su persistente disgusto hacia cuantos le rodeaban estalló con la fuerza de un huracán que siembra la muerte y la desolación a su paso. Hasta entonces, Tiberio se había contenido en su amargura; ahora su decepción y desprecio por sus semejantes llegaron a tal punto, cate perdió el dominio de sí mismo.

El emperador tenía entonces sesenta años; hacía cinco que vivía en la isla de Capri. En esta "isla de recreo" trataba de olvidar la pompa del imperio que le

horrorizaba, las mujeres ambiciosas e intrigantes de la corte, la humanidad entera. Nada ni nadie pudo persuadirlo a que volviera a ver las siete colinas de Roma. Prefería vivir en su quinta de mármol blanco, erigida sobre rocas entre viñedos, dominando uno de los paisajes más bellos del mundo, con el golfo de Nápoles, de luminoso azul, a sus pies, y al fondo, el Vesubio. Pero ¿gozaba Tiberio de tan excepcional panorama? Por orden suya zarpaban galeras imperiales de Capri a Roma, para ordenar nuevas matanzas. Los senadores obedecían a ciegas, esperando así alejar el peligro de su propia cabeza. En Roma, el sistema de delación oficial proporcionaba cada día nuevas víctimas, y en Capri las furias amargaban cada vez más el espíritu del viejo solitario. Los remordimientos de Tiberio acallaron un día su encono. Sentía imperiosa necesidad de aliviar su conciencia y expiar sus faltas. Dirigió una carta al Senado evidenciando ciertos síntomas de extravío: "Lo que voy a escribiros, senadores, la razón de que os escriba o que no quiera escribir hoy..., los dioses y diosas pueden abatirme más aún de cuanto yo sé abatirme cada día a mí mismo..."

Mientras en Roma continuaba la matanza, su instigador permanecía en el roquedal de Capri. El litoral insular era escarpado y sólo pequeñas embarcaciones podían llegar allí. Los centinelas cerraban todos los caminos hacia la cumbre. Cuando aparecía una vela en aquella bahía resplandeciente de sol, era para traer nuevas denuncias o acusados para ser interrogados por el emperador. A veces también llegaba un *abastecedor* que había encontrado entre los jóvenes de Campania nuevas presas para los vicios del emperador. Tales relatos circulaban por la capital. Su veracidad debe ponerse en tela de juicio; es sabido que borrachos y licenciosos suelen hablar de perversiones sexuales. En Roma, todas las clases sociales se arrastraban entre la corrupción y la inmoralidad y el populacho imaginaba que el emperador aprovechaba su soledad en la bella isla para dar libre curso a todas las depravaciones a que ellos se dedicaban; pero es difícil que un hombre de vida irreprochable se convierta, de repente, a los sesenta años, en un monstruo de perversidad.

Sólo la muerte podía aliviar al desgraciado anciano. Ésta se hizo esperar: recién a sus setenta y ocho años de edad exhaló el último suspiro. Augusto había muerto a los 76. Se cuenta que Tiberio abrió los ojos cuando todos lo creían muerto; el sucesor de Sejano, horrorizado, se precipitó sobre el emperador y lo asfixió entre las almohadas.

Tácito describe a Tiberio como un tirano autoritario y cruel, hipócrita y licencioso. Su historia de los "Césares locos" es una larga tragedia que impresiona al lector. Ahora bien: el historiador que más ha influido en la opinión sobre los primeros emperadores romanos era enemigo irreconciliable de la institución imperial; sería injusto olvidarlo y juzgar con él la memoria de Tiberio. Tácito consideraba al cesarismo como un mal político y no comprendía en absoluto las razones históricas de la institución imperial que se encargó de asegurar el bienestar del imperio. Las descripciones sicológicas de Tácito parecen de una exactitud asombrosa, pero acaso deriven del prejuicio aristócrata contra el poder personal. Los eruditos de épocas posteriores han tenido dificultades, por culpa de Tácito, para reconstruir una imagen más fiel del segundo emperador. Quizás algunos de ellos hayan ido demasiado lejos al rehabilitar a su *héroe*. No obstante, hoy tenemos una opinión de Tiberio más exacta que la de Tácito, cuyo odio hacia éste lo mueve a consideraciones generales que se oponen a los hechos indicados por el mismo historiador. Es notable, por ejemplo, que Tiberio perdonase a muchos reos de lesa majestad. Un biógrafo de Tiberio ha calculado que concedió perdón en la mitad de los casos citados por Tácito. Según parece, nadie era condenado sólo por alta traición, sino cuando ésta iba acompañada por algún otro delito. Desde luego, se impone una pregunta: ¿las numerosas acusaciones de lesa majestad no deben considerarse como pruebas de adhesión de un Senado invertebrado hacia su emperador?

Otra opinión puede tenerse de Tiberio soslayando en el texto de Tácito todo cuanto éste pudiera "pensar" o "querer", y ateniéndose sólo a lo que el emperador hizo en realidad, según el

propio Tácito: el historiador republicano tiende a colocar todos los actos de Tiberio a una luz desfavorable y sólo ve hipocresía si, el emperador aparece en sus momentos buenos. Otros aspectos sombríos desaparecen también si se toma con un gramo de humor todo lo que Tácito cuenta de los chismes que circulaban en Roma, aquellos "se dice que..." y "es opinión común que..." No debe olvidarse tampoco que los contemporáneos de Tiberio hablaban bien de él, al menos según testimonios llegados a nosotros, y que Tácito vivió en el siglo siguiente.

Quien desee juzgar, en general, la obra de Tácito, debe tener en cuenta un hecho: Tácito es un despiadado observador de los hombres y de los acontecimientos, incapaz de ver el lado bueno de las cosas, al parecer. Existe una profunda diferencia entre su obra y la de Tito Livio. Éste escribía compartiendo; el orgullo nacional brota en cada página suya cuando describe los hechos heroicos del pueblo romano, los progresos de Roma, su imperio. Tácito, en cambio, escribe la historia como si cumpliese un deber penoso y no se esfuerza en ocultar que le repugna el curso de los acontecimientos. Juzgaba los hechos y las personas con la visión de un vecino de la urbe y, como tal, despreciaba al campo y las provincias. Si hubiese sentido simpatía por estas regiones, lo más importante del imperio, quizás habría juzgado la época imperial de manera diferente. Lejos de las siete colinas, hubiera sido testigo de costumbres menos corrompidas y gentes más felices; pero Tácito sólo tenía ojos para Roma y sus contornos inmediatos. Una ojeada a las provincias le hubiese explicado por qué pudo mantenerse el imperio, pese a la larga serie de monstruos que ocuparon el trono.

Las biografías de Suetonio constituyen otra fuente importante de documentación para el historiador actual. Pero estas obras conceden excesiva importancia a habladurías y chismorreos, propios de pueblos meridionales, que sacrifican frívolamente la verdad al placer del chiste o de la anécdota. Tiberio no era un monstruo cruel ni un ser sediento de sangre, sino un soberano consciente de sus deberes. Fue sin duda uno de esos hombres que se diría han nacido *para la desgracia*, que matan toda la alegría del vivir en torno suyo. Tiberio era uno de estos hombres; la vida no era agradable bajo su reinado y ello se manifiesta en el gran número de suicidios que se cometieron durante su época: se suicidaban sobre todo quienes temían ser acusados de alta traición. En tiempo de Tiberio y sus inmediatos sucesores, el suicidio llegó a ser una verdadera epidemia.

La vida de Tiberio hubiera sido quizá distinta si no lo hubiesen obligado en su juventud a separarse de la mujer que amaba. El resentimiento por esta violenta intromisión en su vida privada persistió hasta su muerte. Dícese que cuando encontraba a su primera mujer, los ojos de este hombre, tan desapegado de los demás, se llenaban de lágrimas.

Calígula: la demencia en el poder

El imperio suspiró aliviado cuando se enteró de la muerte del viejo misántropo: “Ha muerto el león”, se oía exclamar en las calles y hubo caras de risa y ojos alegres en toda Italia. El nuevo emperador, aclamado por el pueblo, era hijo de aquel Germánico tan querido de todos los romanos. Gayo se había atraído los favores del viejo solitario de Capri, que incluso lo adoptó. Es conocido con el nombre de Calígula, que significa “botita”: los soldados de Germánico le adjudicaron este apodo cuando aún era niño; en efecto, su madre le ponía pequeñas botas de soldado.

La alegría de los romanos fue de corta duración: salían del fuego; para caer en las brasas. Calígula era el último descendiente de la *gens Iulia*. Y el más degenerado. Tenía el rostro hinchado, los ojos sin vida, rasgos muelles, calvicie prematura. Su debilidad de carácter y su: vicios eran evidentes. El viejo misántropo de Capri juzgaba bien a Calígula cuando decía: "Este muchacho tendrá todos los defectos de Sila y ninguna de sus virtudes". En efecto, el joven arrastrábase como un perro ante el tirano y no mostró la menor emoción cuando supo la muerte de su madre y hermanos.

A los veinticinco años, este ser de naturaleza tan servil se convirtió de pronto en dueño del mundo. Se desenfrenó. El ahorrativo Tiberio había acumulado riquezas enormes en su largo reinado: Calígula la, dilapidó en nueve meses; para volver a llenarlas, elevó los impuesto y condenó a muerte por lesa majestad a los súbditos más ricos. Un día pronunció cuarenta sentencias de muerte en un tiempo mínimo cundo su mujer se despertó de la siesta, Calígula se enorgulleció ante ella del dinero que había *ganado* durante su sueño. En otra ocasión, un condenado a muerte por alta traición resultó menos rico de lo esperado. "Me he equivocado -dijo el emperador-; de saberlo, lo hubiera dejado vivir."

Cayo César ó Calígula.

Calígula no dejaba escapar ocasión de manifestar que podía permitírselo todo. Si acariciaba el cuello de su mujer o de su amante, solía decir: "¡Qué cuello tan bonito! ¡Una palabra mía y caería bajo el hacha del verdugo!" Un día, en el coliseo le pareció que el público no lo aclamaba bastante. "El pueblo romano debería tener una sola cabeza -dijo Calígula-; así el emperador podría cortarla de un solo golpe." Tiberio había tenido por divisa: *Oderint, dum probent* (que me odien, con tal que me respeten); Calígula prefirió ésta: *Oderint, dum metuant* (que me odien, con tal que me teman). Ante su espejo, se ejercitaba en adquirir terrible aspecto. La tiranía de Tiberio era reflexiva; Calígula se portaba como un desaprensivo. A Tiberio lo atormentaban los remordimientos; era un desgraciado en el trono imperial. Calígula nunca dio pruebas de humanidad: era un sicópata.

Una vez emperador, Calígula no toleró que nadie recibiera más honores que él, dueño del mundo. Mandó cortar la cabeza a las estatuas de los dioses y las hizo sustituir por otras con su propio rostro por modelo. Se erigió un templo espléndido en donde aparecía en forma de Júpiter o de Baco..., a veces incluso de Juno o de Venus. Preguntó un día a un célebre artista: "¿Quién te parece mayor, Júpiter o yo?" El hombre estaba demasiado aturdido para responder de pronto y Calígula lo mandó azotar. Cuando el

pobre actor pidió perdón, el emperador le elogió su voz, tan adecuada en el tormento como en la escena.

Calígula descendía de los dioses: por su madre, la línea ascendía de Julo, hijo de Eneas y nieto de Venus. El origen modesto de su abuelo Agripa ensombrecía tan brillante genealogía; parece que Calígula quiso borrar esta mancha pretendiendo que Agripina había nacido de amores incestuosos entre Augusto y Julia. Y como un descendiente de los dioses no encontraría esposa digna de él, Calígula cohabitó con su propia hermana Julia Drusila, como Júpiter y Juno. Y se hubiese casado con ella oficialmente, como los incas y faraones, si no hubiera muerto de repente: Calígula entonces la proclamó diosa. Un occidental apenas puede comprender esta conducta; acaso se explique por la pasión que sentía el emperador por todo lo egipcio. Muchos romanos consideraban a Egipto como sentina de todas las perversiones. El favorito de Calígula era un egipcio, lo propio que sus servidores. Apenas subió al trono, acogió como principal religión estatal el culto de Isis; Tiberio había mandado destruir su templo y arrojar la estatua al Tiber. El ideal de Calígula era tener una corte alejandrina, para reinar como un faraón en majestad divina. Durante el gobierno de Calígula, el principado se convirtió casi en "despotismo oriental".

Al morir la "diosa", Calígula cambió de mujer casi cada día, pudiera decirse. En un solo año se casó y divorció tres veces. Suetonio describe la sensualidad de Calígula con una anécdota digna de un sultán oriental. El emperador solía invitar a un festín a las mujeres que quería conocer, con sus maridos, y en presencia de éstos las agraviaba de palabra y de hecho, haciendo destacar sus defectos. Nada la detenía. Manifestaba ostensiblemente su desprecio por la vida humana, y como todos lo sabían soportaban estoicamente sus desplantes para evitar ser objeto de su venganza.

El emperador envidiaba a cuantos desempeñaban cargos importantes. Muchos debieron su vida a la astucia. Séneca se libró de los verdugos, porque sus amigos convencieron al emperador que el filósofo estaba en el último grado de tuberculosis. Cierto alto funcionario, citado ante el tribunal de Calígula, se cubrió el rostro como si sus ojos no pudiesen soportar el resplandor del divino rostro. Calígula quedó tan halagado que, en adelante, aquel hombre fue uno de sus favoritos. En cierta ocasión el emperador dio una fiesta cortesana, con un cónsul a cada lado; de súbito, Calígula se echó a reír, los invitados preguntaron con servilismo qué divertía tanto al emperador y éste respondió: "¡Estaba pensando que bastaría una palabra mía para cortaros la cabeza a todos!" En los juegos de gladiadores, no estaba satisfecho mientras la arena del anfiteatro no se empapaba de sangre. Si no había suficientes malhechores para echarlos alas fieras, hacía arrojar a varios espectadores. Obligaba a los nobles a batirse como gladiadores. Durante su reinado, Calígula fue muy popular entre los romanos. Hacía tiempo que nadie organizaba juegos tan espléndidos ni ofrecía diversiones con tal generosidad.

Calígula tenía una idea descabellada: echar un puente sobre parte del golfo de Nápoles, desde la mundana estación balnearia de Baies hasta la ciudad de Puteoli, unos cinco kilómetros en total. ¿Y para qué quería Calígula construir este puente? Por el maldito deseo de llamar la atención y por espíritu de contradicción. En tiempos de Tiberio, un astrólogo cortesano había predicho que Calígula no sería emperador, como tampoco podría caminar sobre las aguas del golfo de Nápoles. Calígula ordenó concentrar en Baies navíos mercantes de toda Italia para que formaran un puente de barcos. Terminado éste, el emperador en persona, altivo como un pavo real, pasó de Baies a Puteoli con la coraza de Alejandro Magno puesta. Tras esta hazaña, descansó un día; después volvió a pasar el puente en una cuadriga, acompañado de su guardia y una multitud de espectadores. El emperador hizo alto en medio del puente y subió a una

tribuna levantada ex profeso para cantar sus propias alabanzas. Después celebró el magno acontecimiento con un festín que duró hasta muy entrada la noche. En plena embriaguez, le sobrevino de repente una idea, característica suya: arrojar a todos los convidados al mar. Los gritos de angustia se oyeron desde muy lejos.

Hubo desde luego conjuras urdidas para expulsar del trono a este monstruo o neutralizarlo. Pero todos los intentos fracasaron ante la vigilancia de los pretorianos. Sólo éstos eran capaces de salvar a Roma. Por fin uniéronse algunos oficiales de la guardia y, en 41 después de Cristo, mataron al tirano en su palacio. Apenas había reinado cuatro años. El populacho romano lloró su prematura muerte, pues Calígula se había preocupado del anfiteatro y del hipódromo. Para ser lo más justos posible, debemos admitir que Calígula no estaba totalmente desprovisto de valor, como sus vicios e insolencias parecen indicar. El historiador que lo estudie a fondo puede hallarle matices favorables; así, no eran injustificadas todas sus sentencias de muerte, ni malgastó todos los fondos públicos, ya que consagró una parte a trabajos constructivos útiles, y entendía bastante la política extranjera.

Antes de la segunda guerra mundial, se realizaron en Italia unas investigaciones arqueológicas que volvieron el nombre de Calígula al plano de la actualidad. Se desecó el lago de Nemi y se extrajeron los barcos de recreo de Calígula que yacían en el fondo. Este pequeño lago volcánico está sito en una región montañosa y pintoresca, a pocas decenas de kilómetros al sudeste de Roma, antiguo cráter lleno de aguas de montaña. La .superficie del lago es circular y lisa, apenas rizada por algún soplo de aire. Era llamado en la Antigüedad "el espejo de Diana", diosa a la cual se había dedicado en sus orillas un célebre templo y un bosque sagrado (*nemus*, en latín, "bosque, selva"), que diera su nombre a la aldea de Nemus.

Los romanos ricos de la Antigüedad apreciaban la belleza de esta región y su agradable clima. El lago estaba entonces rodeado de casas de campo, parques y jardines espléndidos. Pero los veraneantes más ricos no se contentaban con habitar las orillas y erigían sus quintas sobre el propio lago. Es probable que Calígula construyera dos grandes barcos de recreo a ejemplo de los Tolomeos y los tiranos de Sicilia. Los transformó en verdaderas ciudades flotantes, cubiertas de flores y verdor, con vides y árboles frutales, peristilos sombreados, fuentes y salas de baños. Estos buques desaparecieron con Calígula. Un día, o mejor, una noche se hundieron en la laguna. El recuerdo de su esplendor sólo sobrevivió en la tradición popular. A comienzos de siglo XV, el propietario de la comarca encargó a un célebre ingeniero que comprobara el fundamento de las leyendas que circulaban en aquellos contornos acerca de los dos navíos hundidos. Ayudado por unos excelentes nadadores genoveses, el ingeniero consiguió aferrar con ganchos uno de los cascos y se sacó del agua la cubierta de proa, hecha con planchas de madera de alerce de tres pulgadas de espesor, cubiertas de plomo.

Un siglo después, se emprendieron nuevas búsquedas con ayuda de una primitiva campana de inmersión. Se comprobó, entre otras cosas, la existencia de un suelo de ladrillo carmín en el interior del barco. También la tentativa dio escaso resultado. Un coleccionista de Roma, Constancio Maes, tan, apasionado y entusiasta como Schliemann, se obsesionó con los dos navíos hundidos. A finales del siglo XIX, los mencionó en una serie de artículos que llamaron la atención. Al desescombrar el templo de Diana, los arqueólogos ampliaron sus investigaciones al lago. Los hallazgos fueron numerosos: una maravillosa cabeza de bronce procedente de un mascarón de proa, cinco cabezas de animales, también en bronce, de bellísima talla, abundantes restos de mosaicos y, en fin, dos largos colectores de agua, con el sello de Calígula. Las autoridades prohibieron seguir los trabajos, pero fueron seguidos por cuenta del Estado en 1928. Los navíos son de grandes dimensiones: uno de ellos tiene setenta metros de eslora, el otro 75. Apenas contienen objetos preciosos, retirados sin duda antes de barrenar y hundir las naves. Tienen gran importancia, para conocer la construcción naval de la época; son los buques más antiguos que se conservan. Las célebres cabezas zoomorfas extraídas con anterioridad del agua no forman parte de los barcos propiamente dichos, sino de un puente

tendido desde la orilla al buque más cercano. Ambos navíos se hallaron a una profundidad aproximada de unos veinte metros.

Claudio y sus esposas

En el año 41 después de Cristo, Roma se vio al fin libre de Calígula y de un régimen de terror que tanto había durado. Para evitar la repetición de tales abominaciones, el Senado quiso restaurar para lo sucesivo las instituciones republicanas. A los pretorianos no les gustó el proyecto, ya que su existencia dependía del principado. Los soldados actuaron con rapidez, antes que la idea de la restauración republicana hiciera mella en la masa popular. Pero ¿dónde hallar un candidato para el trono imperial? La casualidad acudió en su ayuda en forma bastante pintoresca.

Algunos pretorianos recorrían el palacio en busca del asesino de Calígula; de pronto vieron asomar dos pies debajo de tina cortina. Los celosos militares se apresuraron a averiguar de quién se trataba: era Claudio, tío de Calígula, atemorizado y oculto tras la cortina. Era un hombre débil, enfermizo, casi deforme. Su madre, Antonia, modelo de franqueza, jamás manifestó gran cariño por este hijo al que llamaba "engendro". "¡Eres más animal que Claudio!", decía Antonia a todo el que daba señales de estupidez.

Tal engendro avergonzaba a la familia de Claudio, que era muy orgullosa; apenas si su madre le permitía mostrarse en público. A él fue a quien hallaron los pretorianos tras la cortina, temblando como una hoja. Los soldados lo sacaron de su escondite y lo llevaron fuera: Claudio creía que iban a matarlo, pero los legionarios lo condujeron al trono imperial. La guardia pretoriana necesitaba a toda prisa un príncipe, no importaba cuál. Lo encontraron a tiempo. Los soldados llevaron a Claudio en triunfo al cuartel de la guardia y lo proclamaron césar. Claudio recompensó a los pretorianos con una considerable suma, gesto que se convirtió en lo sucesivo en algo ritual al proclamar emperadores. Personalmente, Claudio sólo deseaba dedicarse en paz a sus estudios históricos, lo que no obsta para que prefiriese el trono imperial a ser entregado al verdugo, por muy familiar que le fuera esta idea. En el reinado de su sobrino, la vida de Claudio pendió muchas veces de un hilo y pudo salvar su piel aparentando ser más idiota de lo que era en realidad.

Claudio.

La idea del Senado se desvaneció: la república no pudo ser restablecida; los senadores se limitaron a pronunciar violentos discursos contra la tiranía. Cuando los pretorianos proclamaron al débil y enfermo historiador, que contaba entonces unos cuarenta años de edad, nadie sospechó que Claudio iba a ser un testaferro, aunque muchos se preguntaban quién sería el verdadero dueño del imperio romano. De hecho, los más importantes dignatarios se repartieron el poder. Casi todos eran esclavos griegos libertos, entregados en cuerpo y alma al dueño de quien dependían. En general, cumplieron en forma intachable sus tareas, similares a las de nuestros ministros, pero conocían tan bien como los procónsules romanos el modo de enriquecerse a expensas del Estado. Si mediante la intriga habían alcanzado tan altas posiciones, con la intriga tenían que conservarlas.

La joven esposa del emperador, Mesalina, figura en la historia como un monstruo de lujuria. Transformó el palacio de Claudio en un antro de perversión y de crueldad por sus costumbres disolutas y por su manifiesto desprecio por los más elementales principios éticos. Roma no hablaba más que de sus desórdenes, sin que su marido se enterase de nada. Un prefecto de la guardia quiso revelar al emperador las orgías realizadas en su propio palacio: el imprudente pretoriano cavo su tumba. Cada romana en quien Mesalina sospechaba una posible rival o enemiga, vivía amenazada de muerte. Mesalina odiaba a Agripina y a Julia Livilla, hermanas de Calígula, sobre todo la segunda, muy bella y tan audaz, que desafiaba a la emperatriz. Mesalina la mandó desterrar por atentados a la moral. La infeliz serla asesinada poco después.

La voluntad de Mesalina era ley en la corte. Pero Claudio no era del todo inepto, gracias a su agudo sentido de la economía y a su deseo de justicia. Los impuestos se restablecieron en proporciones normales pese a la realización de grandes trabajos públicos; las exacciones acabaron también. El emperador manifestaba gran interés por la ley y le gustaba asumir en persona las funciones de juez supremo. Pero Mesalina, su genio malo, a veces lo indujo a matanzas que recordaron la siniestra memoria de Calígula. A los veinticuatro años y por primera vez en su vida, la insaciable Mesalina se enamoró locamente de un joven y apuesto cónsul. Lo envolvió de esplendor real y quiso a toda costa casarse con él. Un día, ausente Claudio, de Roma, Mesalina se casó con el cónsul. El burlado marido se enteró en Ostia de lo que ocurría en la capital y comprendió que, esta vez, su trono y su vida estaban en peligro.

Decidido a terminar con este estado de cosas, Claudio emprendió el regreso con un fuerte séquito y llegó en el momento preciso en que se celebraba una fiesta fastuosa en la que la emperatriz, cubierta con una piel de pantera, danzaba a la manera de las bacantes, mientras el cónsul con quien se había casado desempeñaba el papel de Baco. De pronto resonó un grito: "¡Viene el emperador!" La pareja huyó, pero, apresada, no pudo escapar al brazo vengador del indignado Claudio. Fueron condenados a muerte Mesalina y el cónsul. Mientras Claudio saboreaba una suculenta comida, se enteró sin pestañar que Mesalina había partido hacia el reino de las sombras. Luego se embriagó y olvidó todo lo ocurrido.

Poco después, Claudio volvióse a casar. Esta vez con su sobrina Agripina, cuñada de Calígula, a la que Mesalina tanto envidiara y a la que reservaba la misma suerte que a su hermana Julia. Agripina había tenido ya dos esposos y no era precisamente modelo de virtud; el único móvil de este matrimonio, para ella, fue abrir el camino del trono a Nerón, hijo de su primer matrimonio. Desterró a Británico, hijo del emperador y de Mesalina, llamado así en recuerdo de la victoria de su padre sobre los británicos.

Agripina dominó a su débil esposo como antes Mesalina. Si el emperador se fijaba en alguna otra mujer, Agripina ordenaba la muerte o el destierro de la rival. Y para desgracia de las infelices romanas, el ocupante del trono sentía tanta debilidad por las mujeres bonitas como por el vino y la buena comida.

Agripina consiguió casar a Nerón con Octavia, hija de Claudio y Mesalina; la posición de Nerón fue desde entonces inexpugnable, por lo que Agripina dejó de necesitar a Claudio. Pensó desembarazarse pronto de este esposo inoportuno, pero corría el riesgo de acabar como Mesalina. De las frases que, envueltas en tufo, salían a veces del viejo emperador embriagado, pudo deducir que empezaba a lamentar la deposición de Británico en favor de Nerón. En el año 54 después de Cristo, Claudio sucumbió a las intrigas de su mujer; el medio empleado fue un plato de setas envenenadas.

Agripina atrajo a los pretorianos a la causa de Nerón, nombrando prefecto de la guardia a un tal Burro, no por su competencia, sino para hacerle su esclavo. Apenas Claudio dio el último suspiro, cuando Nerón, acompañado de Burro, presentóse ante los pretorianos para ser proclamado emperador en lugar de Británico. Agripina, "abrumada de dolor", se arrojó al cuello de su hijastro llamándole "el vivo retrato de su padre", lo que no era precisamente un cumplido. Vertió lágrimas largo rato y prolongó sus efusiones de amistad a Británico, dando tiempo a que los pretorianos invistieran a su propio hijo. Logrado esto, el dolor de Agripina se esfumó como por ensalmo. Los amigos y partidarios de Británico fueron asesinados o "se les permitió" que se suicidaran.

En el reinado de Claudio comenzó la conquista romana de las islas Británicas. Una de las causas de esta operación fue de índole religiosa: Claudio quería extirpar la religión druídica allí enraizada; los druidas se formaban en la isla. Además, a los romanos les interesaba el comercio británico. Los traficantes romanos se habían extendido ya por toda Galia y se establecían también al otro lado del canal. Las legiones romanas fueron siguiéndoles. Claudio ambicionaba la "gloria militar". En Gran Bretaña, la victoria parecía fácil, pues los celtas estaban allí, como en otras partes, divididos en multitud de principados. Fieles a su antigua norma de "dividir para imperar", los romanos se manifestaron protectores de un reyezuelo británico y así tuvieron el pretexto buscado para intervenir.

Los británicos se defendieron con valor, pero, a la larga, hubieron de ceder ante las legiones, más disciplinadas en combate. Envainadas las espadas, acudió el emperador al teatro de operaciones, ejerció el mando un par de semanas y regresó en el acto a Roma, para celebrar el triunfo tan codiciado. Desde entonces, Claudio no cesó de proclamar por doquier que había vencido a once reyes británicos, ampliando las fronteras del imperio romano más allá del océano. La Gran Bretaña fue anexionada hasta el norte del Támesis. Los territorios recién conquistados fueron *protegidos* por guarniciones y fortalezas romanas. Muchos campesinos romanos e italianos fueron a establecerse allí y el país se romanizó cada vez más. Hubo rebeliones, pero fueron pronto sofocadas.

Séneca, moralista y estadista

La vida de Séneca recuerda la de Cicerón, su pariente por línea materna. Ambos pertenecen al pequeño grupo de escritores que desempeñaron un papel político, ambos se interesaron por la filosofía, ambos, pese a sus defectos, que revelaron en sus cartas, murieron con valor y dignidad.

Séneca pertenecía a una de las familias más ricas y distinguidas de Córdoba. Sin embargo, se educó en Roma. Fue retórico, filósofo, estoico y poeta. Su vida estuvo en peligro durante el reinado de Calígula: ya dijimos de qué forma pudo escapar de la muerte. Por instigación de Mesalina, el emperador Claudio desterró al filósofo a Córcega, acusado de relaciones sospechosas con Julia Livilla, hermana de Calígula. La verdadera razón debe buscarse, sin duda, en que Mesalina intentó en vano atraer a Séneca a sus orgías y maquinaciones políticas. Sustituida Mesalina por Agripina, pudo Séneca volver a Roma y ser nombrado para el alto cargo de preceptor de Nerón, que entonces tenía doce años. La educación del futuro emperador había sido vergonzosamente descuidada.

A excepción de sus tragedias y una sátira (muy mezquina) dirigida contra Claudio, Séneca sólo escribió obras filosóficas. Gozaba fama de moralista. Sin embargo, su ética no era rigurosa: Séneca estaba siempre dispuesto a considerar las debilidades humanas. Lo importante, pensaba, era acercarse cada vez más al ideal de la sabiduría estoica. Las obras de Séneca revelan un escritor de finura espiritual y un estilista. Las tesis de Séneca son tan parecidas a la doctrina cristiana, que algunos padres de la Iglesia han pretendido que se convirtió al cristianismo. Según ellos, el apóstol Pablo familiarizó a Séneca con el cristianismo, pues Pablo estuvo cautivo en Roma cuando aún vivía el filósofo. Se ha supuesto también una correspondencia entre Pablo y Séneca. Este filósofo se había liberado por completo del politeísmo popular y hablaba de Dios como del creador y señor de todas las cosas. "Sólo Dios es bueno", dice. Para él, Dios es Padre. El filósofo habla con calor del amor que Dios manifiesta hacia todos los hombres que hacen el bien, pero comparte la idea bíblica según la cual "el Señor castiga a los que ama".

> "Estoy convencido que en nosotros mora un espíritu sagrado, que ve en nosotros todo lo bueno y todo lo malo. Este espíritu nos trata como lo tratamos nosotros mismos."

Para Séneca, todos los hombres son hermanos, incluso los esclavos y los bárbaros. Enseñaba que no debía devolverse mal por mal. "Vale más sufrir la injusticia que mostrarse uno mismo injusto", dice con Sócrates. Séneca manifiesta también este sentimiento de culpabilidad que caracteriza al verdadero cristiano; siente que la carne nos impide a menudo llevar una vida moral y piadosa. "Ningún hombre puede considerarse libre de pecado. Quien se declara puro de toda falta, sólo alardea de los dientes para afuera; que el juicio de su propia conciencia es incorruptible." El mal no procede de fuera: "está en nosotros mismos; habita en nuestras propias entrañas. Por eso debemos arrancar nuestro corazón, si ese corazón alienta sed de placeres". Aunque estos pensamientos se parecen tanto a los cristianos, es improbable que Séneca conociera el cristianismo. Estas similitudes tampoco pueden explicarse por la influencia de los estoicos sobre los primeros escritos cristianos, dado que, por una parte, antes de convertirse a Cristo, san Pablo era un tenaz rabino ortodoxo y, como tal, reticente a toda influencia helenística; y por otra, el escrito, hoy extraviado, que constituyó la fuente común de los evangelios sinópticos, parece haber sido una recopilación en arameo de tradiciones orales tenidas por las primeras comunidades cristianas de Palestina como auténticos recuerdos de Jesús -no hay indicios que éste hubiera conocido la lengua griega ni que hubiera tenido contactos intelectuales con personas helenizadas-.

Séneca cree en la inmortalidad del alma, aunque no con inquebrantable convicción, al parecer. Separándose de la doctrina cristiana, cree que el hombre debe poner él mismo fin a sus días y, como otros partidarios del estoicismo, elogia el suicidio, según él, puerta de la auténtica verdad y del reposo eterno. En efecto, Séneca vivía en una época en que la tiranía de los emperadores y la delación sistemática hacían preferible el suicidio a la amenaza cotidiana que pesaba sobre todos los romanos de categoría. Bajo los tiranos, a menudo la muerte libremente aceptada parecía la única salida digna.

Las tragedias de Séneca, inspiradas en Eurípides, son las únicas tragedias romanas que han llegado a nosotros. Pero su recurso a la temática sangrienta -única manera de llamar la atención de los romanos, insensibilizados por los juegos del circo- y sus incesantes

predicaciones morales, las sitúan en plano muy inferior a las tragedias griegas, transidas de fuerza dramática.

Nerón: un arquetipo

En el año 54 después de Cristo, tomaba posesión del trono otro personaje. El pueblo seguía anhelando tiempos mejores: ¿no era Nerón nieto del querido y llorado Germánico?

El nuevo emperador había nacido el mismo año en que muriera Tiberio; tenía, pues, diecisiete años. La sangre de Antonio, el mayor libertino que Roma conociera jamás, corría por las venas de Nerón como por las de Calígula y Claudio. Nerón era bisnieto de Antonia, hija de Antonio y Octavia. Llevaba, como Calígula, la manía erótica de Julia.

El Senado declaró al joven "padre de la patria", pero el título no compensaba su falta de madurez y experiencia. El poder efectivo debía ser ejercido por otro: Agripina creía podía ser ese alguien, pero Burro se lo impidió. Séneca había adquirido sobre Nerón cierta ascendencia moral, comparable a la de Sócrates sobre Alcibíades. Al filósofo le alentaba ver que este joven bien dotado entraba por caminos virtuosos. Por desgracia, el desventurado preceptor se desengañaría muy pronto. Por su parte, Burro era un militar rudo, que no entendía de sutilezas; sometióse también a la dirección del filósofo, porque Séneca no era un soñador alejado del mundo, sino que unía su vigor intelectual a un sólido sentido práctico y político. Séneca convirtióse así, por suerte para el imperio, en verdadero dueño de Roma, aunque por poco tiempo.

Al principio, el joven emperador demostró cualidades simpáticas. Entusiasta de la cultura griega, quería trasplantarla a suelo romano. Idealista como todos los jóvenes, Nerón esperaba hacer de Roma una segunda Atenas e iniciar a los romanos en la estética. El propio emperador quiso dar ejemplo. Su sueño dorado era ser un gran poeta, un vate, pero su flaca voz no le ayudaba y sus esfuerzos poéticos resultaron bastante lastimosos. Naturalmente, ello no impedía que los cortesanos estallaran en aclamaciones delirantes cuando Nerón se dignaba pulsar su lira.

Agripina no se resignó a que otros gozasen del mando que se le negó a ella y se consagró al asesinato y a la intriga. Trató de atemorizar a su hijo recordándole a Británico, y acaso amenazó con hacerlo proclamar emperador por los pretorianos. Nerón sabía de qué era capaz su madre; el resultado probable de este chantaje fue que un día, invitado Británico a la mesa imperial, se desplomó para siempre. Su hermanastro le hizo servir una bebida envenenada. Nerón continuó comiendo, sin inmutarse: aquello no era más que un ataque de epilepsia, dijo. ¿Es posible que Británico falleciera de muerte natural? De todas formas, Nerón cometió afrentoso crimen, del que no cabe excusa. No puede asegurarse con certeza que Nerón haya sido fratricida, pero sí que mató a su madre.

Cuanto más tiempo transcurría, más se apartaba Nerón de Séneca, rechazando su influencia. Solía vagar por las noches con amigos libertinos, atacando a los transeúntes solitarios por las calles de Roma y violando a las mujeres. Al fin, Nerón se enamoró locamente de Popea Sabina, una de las mujeres más conocidas de Roma y también de las menos recomendables. La madre del emperador se opuso con energía a tales amores, ya que Agripina adivinaba bien cuál sería su influencia el día en que la astuta Popea fuese emperatriz. Hizo cuanto estuvo en su poder para contrarrestar la acción de su rival. Nerón concibió entonces tal odio hacia su madre, que determinó deshacerse de ella, de forma que Agripina no sospechase nada y desapareciese sin dejar huella. Un crimen perfecto.

El emperador invitó a su madre a una fiesta en su quinta de Baies. Parecía que nunca se habían entendido tan bien madre e hijo. Nerón se despidió de su madre entrada la noche y le prestó para el regreso un barco maravillosamente adornado. El navío se deslizaba con suavidad por el lago, iluminado por la luna llena, cuando se oyeron gritos: ¡El navío hacía agua! Pero Agripina pudo salvarse nadando. Al enterarse de ello, Nerón mandó una patrulla a la casa donde se había refugiado; los soldados forzaron la puerta y asesinaron a Agripina.

Desde entonces, Nerón no gozó un instante de reposo. Trató de salvar las apariencias ante el Senado y la opinión pública, haciendo creer en una conjura dirigida contra él. Por otra parte, los cortesanos le alegaban lo mucho que se odiaba a Agripina; pero el emperador no podía ahogar los remordimientos. En lo sucesivo, no volvió a poner los pies en Baies: la visión de la playa donde se perpetró el crimen le era insoportable. Todo cuanto emprendió Nerón, llevó ya el sello de lo febril. Sus placeres eran cada día más desenfrenados. En el año 62 después de Cristo se rompieron los últimos lazos que contenían a la bestia.

Burro murió aquel año. Lo sucedió Tigelino, educado en la mayor corrupción-moral, un verdadero canalla que, con palabras de Tácito, asentaba su poder en el crimen y "era capaz de las peores villanías si ello le reportaba ventajas". Séneca, entonces, abandonó la corte. Nerón quiso retenerle, pero el filósofo intuía que el emperador envidiaba su gloria y codiciaría su fortuna mientras viviera. El célebre estoico podía abandonar con holgura sus funciones; convertido en simple ciudadano, no se abstendría de nada, pues, en su privanza cortesana, había atesorado riquezas. Un día lo interpelaron en el Senado con estas palabras: "Me gustaría saber qué actividad le permitió a ese hombre ganar trescientos millones de sestercios en cuatro años". Verdad es que Séneca reconocía que su tren de vida, su magnífica quinta, etcétera, estaban en contradicción flagrante con la sencillez y renuncia que aconsejaba su doctrina Pero decía:

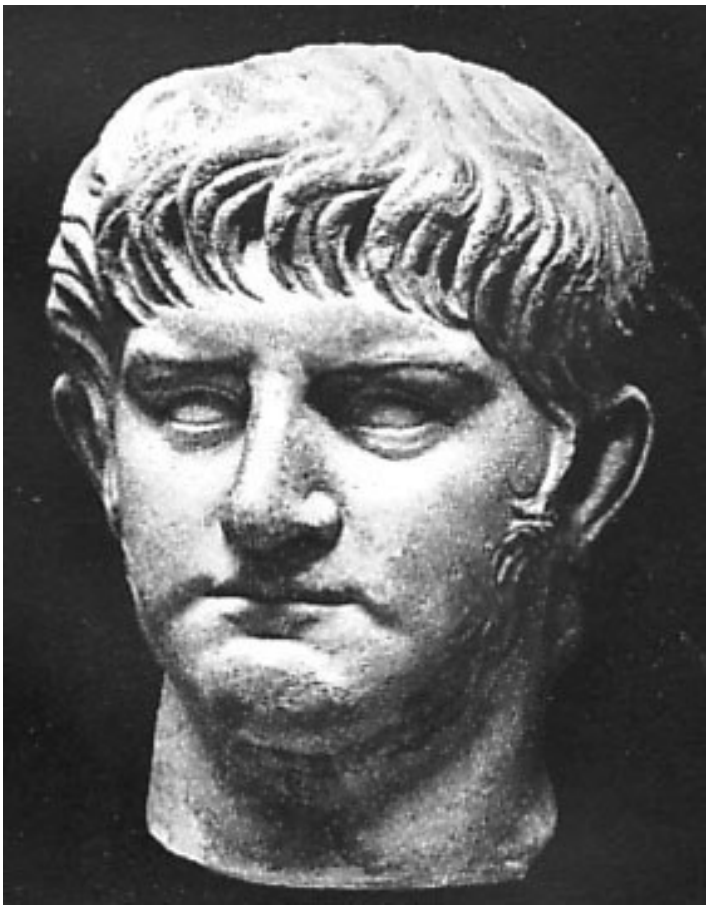
> "El sabio no llega a ser nunca esclavo de sus riquezas y se contenta con preferirlas a la miseria. Por lo que a mí toca, mi fortuna puede desaparecer, sin que pierda en realidad nada. No me sentiría empobrecido, pues no es pobre quien posee pocas cosas, sino el que desea siempre más. Vosotros, en cambio, si perdierais vuestras riquezas, quedaríais aterrorizados, pues creeríais que os habríais perdido vosotros mismos. En resumen: yo soy dueño de mi fortuna, vosotros sois esclavos de la vuestra. El dinero desempeña cierto papel en mi vida; pues me ofrece posibilidades de hacer el bien, pero en la vuestra juega el papel principal." Séneca respondía con este principio a quienes le reprochaban su vida suntuosa: "Haced lo que os digo y no lo que hago". "Yo no alcancé aún la sabiduría -decía-; me contento con ser cada día algo mejor y un poco más sabio; nunca se coloca el ideal lo bastante alto."

A pesar de su opulencia, Séneca llevaba en cierto modo la vida de un verdadero estoico. Su frugalidad era casi la de un asceta. Dormía sobre lecho duro y se fortalecía con baños fríos. Séneca no era un genio, sino un hombre honrado con sus debilidades, un alma bondadosa que procuraba elevar a sus contemporáneos todo lo posible en una época de profunda decadencia moral. Quería darles un sentido de la vida o, por lo menos, algo que les impidiera sucumbir.

Apenas abandonó Séneca la corte imperial, Nerón eliminó a su prima hermana y esposa, Octavia, venerada por todos, y se casó con Popea, que recibió como regalo de bodas la cabeza sangrante de Octavia. El asesinato de su mujer fue el más horrible de Nerón. El de Agripina era, sin duda, repugnante, pero la madre de Nerón tenía muchos crímenes sobre su conciencia, lo que no ocurría en el caso de Octavia. La inocente

esposa fue sacrificada a los vicios de su marido, después de haber visto morir a su madre, a su padre y a su hermano.

Sólo tres años pudo vivir como simple particular, y aún sintiendo el hacha del verdugo siempre pendiente sobre su cabeza. Popea y Tigelino le profesaban un odio tenaz. Ambos hicieron prodigios para atraer las sospechas del emperador hacia Séneca y despertar su codicia por la fortuna del filósofo. Un día, un sobrino de Séneca fue acusado de participar en una conspiración contra Nerón; ello fue el fin del sobrino y del tío. Nerón concedió a Séneca, como último favor, morir por su propia mano. Séneca afrontó la muerte con una serenidad verdaderamente estoica: abrióse las venas en el baño y se desangro a la edad de sesenta años.



Nerón.

Incendio de Roma y muerte de Nerón

En el año 64 después de Cristo ardió en Roma (“como fuego del infierno en un abismo de pecado") el incendio que la posteridad ha asociado al recuerdo de Nerón. Durante seis días enteros hizo presa el fuego en los barrios populares y redujo a cenizas la mitad de la ciudad. Las llamas devoraron tesoros insustituibles, que los conquistadores romanos recogieran en tres continentes. El hecho ocurrió el día del aniversario del primer incendio perpetrado por los galos, hacia el año 386 antes de Cristo. Las gentes que habían perdido a sus parientes o sus bienes, lanzaban gritos desgarradores. Muchos fueron quemados vivos o asfixiados por el humo, otros fueron aplastados por los escombros o pisoteados por la gente que huía llena de pánico. Algunos,

desesperados, se arrojaron a las llamas deliberadamente. Muchísimos quedaron sin techo y buscaron refugio en tumbas o mausoleos, pues los alojamientos de urgencia que Nerón mandó instalar eran insuficientes.

Nerón, desde una alta torre, gozaba del impresionante espectáculo (al menos así lo dice la tradición). Creyó llegado el momento de ejercitar su talento artístico: pidió una lira e improvisó un poema sobre el incendio de Troya. Comportamiento tan inconcebible le hizo sospechoso de haber incendiado él mismo la ciudad. Y, en efecto, se observó que el incendio originóse por segunda vez en los parques de Tigelino. Con todo, en este asunto, Nerón fue quizás inocente. Culpable o no, un hecho es cierto. Nerón aprovechó el incendio para realizar su loca ambición: la erección de un palacio imperial sin igual en el mundo. Muros y techos centelleaban de oro, perlas y piedras preciosas. El techo del comedor estaba hecho con placas de marfil que podían abrirse y dejar caer sobre los convidados una lluvia de flores y perfumes. Se llamó al palacio "la casa dorada de Nerón". Delante del edificio se erigió una estatua de oro, plata y bronce, de 36 metros de altura, que representaba a Nerón con la forma del dios Sol. Este monumento de refinado lujo, con parques, estanques y jardines, ocupaba tres de las siete colinas de Roma. "Al fin puedo vivir en una mansión digna", dijo Nerón al inaugurar el nuevo palacio imperial. Pero la opinión pública cubrió los muros de inscripciones: "Roma se ha convertido en residencia de un hombre solo". “¡Ciudadanos, pronto tendremos que ir a Veies: a menos que el César quiera también Veies para su mansión dorada!"

El gran incendio no. sólo fue pretexto ideal para las locas imaginaciones arquitectónicas de Nerón, sino también bienestar para futuros romanos. La excelente administración de Augusto realizó maravillas para hacer de Roma una ciudad más bella e higiénica. Augusto blasonaba de haber encontrado un poblado de ladrillos y dejado una ciudad de mármol. Augusto llenó de mármoles el Foro y el Campo de Marte, pero no hizo prácticamente nada por la vieja ciudad. Nerón, el munificente esteta, fue el primero en modernizar la Roma propiamente dicha. Hizo trazar amplias calles donde antes se amontonaban las casas entre callejones malolientes; abrió espacios libres y plazas públicas para dar a la ciudad más aire y más luz. Los pisos inferiores de las casas se construyeron todos de piedra; a lo largo de las calles había una especie de porches que preservaban a los transeúntes del rigor de la lluvia y del sol. Surgió una nueva capital, una metrópoli más digna del imperio que la antigua Roma, la de casas de madera y arcilla. La reconstrucción adquirió empuje y efectuóse en un estilo más pomposo que en el período helenístico. Roma se convirtió en auténtica ciudad imperial. La Roma antigua, cuyas ruinas nos llenan de admiración, es la Roma de los emperadores, la Roma de Nerón y sus sucesores.

Según Tácito, Nerón alejó de si las sospechas cargando la responsabilidad del incendio a los cristianos de Roma. Era fácil excitar al pueblo contra estos orientales: los cristianos de entonces eran casi todos judíos, gentes que despreciaban e injuriaban a los dioses que siempre protegieron al Estado romano, haciendo de él la primera potencia del mundo. ¿No podía esperarse todo de parte de aquellos impíos, incluso un incendio gigantesco y criminal? Sus profetas ¿no anunciaban que bajaría fuego del cielo y aniquilaría la capital, la gran prostituta del mundo pagano? Incluso, después del incendio aún se atrevían a decir que éste fue un azote que su Dios envió para castigar a los idólatras.

Mediante torturas se arrancaron confesiones a algunos cristianos. Desde entonces, el terror cayó sobre estos desgraciados adeptos de una religión y una moral más elevada. El emperador mandó crucificar a muchos; otros, revestidos con pieles de animales, fueron arrojados a las fieras del circo o a los perros. Se dice que otros, incluso, fueron

encerrados en sacos untados de pez y quemados vivos para iluminar los jardines de Nerón durante las fiestas nocturnas. Mientras tanto, un estruendo de tambores y címbalos apagaba los gritos de los mártires.

¿Fueron perseguidos los cristianos en tiempo de Nerón sólo por ser sospechosos del criminal incendio o también por su religión? Los especialistas no están de acuerdo en el asunto. El historiador alemán Meyer es uno de los más ardientes defensores que las persecuciones tuvieron desde el principio carácter político-religioso. Según él, los romanos defendían ante todo la religión y la seguridad política de su Estado. Los romanos eran muy tolerantes en materia religiosa; en general, acogían gustosos a los dioses extranjeros. Los cristianos tenían derecho a introducir en Roma un nuevo Dios y adorarlo libremente -en ello nada había de anormal-, pero los romanos exigían reciprocidad. Roma no podía tolerar que los adeptos del nuevo dios rehusaran, por su parte, sacrificar a los dioses romanos. El Dios de los cristianos se negaba a ocupar un puesto en el Panteón romano, entre los demás dioses; ello suscitó extrañeza al principio, irritación después. Luego, la cólera popular se transformó en verdadero odio. cuando los cristianos demostraron aversión hacia el deporte favorito del pueblo romano: los sangrientos juegos del circo.

Según la tradición, los apóstoles Pedro y Pablo fueron del número de los mártires ejecutados por Nerón. Pero el odio de éste no se dirigió sólo contra los cristianos. Se sistematizó de nuevo la delación y el emperador se propuso acabar con las antiguas familias de Roma. Tigelino se mostró en todo el cómplice dispuesto siempre a la matanza.

Esta tragicomedia del reinado neroniano alcanzó su cumbre en el año 66 después de Cristo. Nerón decidió emprender una especie de viaje artístico a Grecia, sueño que acariciaba desde hacia mucho tiempo. Consideraba a los helenos como los únicos capaces de apreciar su talento en su justo valor. Sin embargo, para más seguridad, el emperador llevó consigo un "séquito" de varios miles de personas; éstos, admiradores a jornal, habían podido ensayarse con holgura durante los recitales de Nerón en Roma y otros lugares. En casi todas las ciudades griegas, el imperial aficionado canturreó, rascó la cítara y asesinó las obras del repertorio con enorme desagrado de un público a quien la más elemental prudencia forzaba al aplauso.

Nerón era buen conductor de carros y condujo un tiro de hasta diez caballos en Olimpia. Aquel año aprovechóse su viaje para celebrar los juegos helénicos; y en todas partes: en Olimpia, Delfos, Corinto, etcétera, fue necesario coronar al imperial concursante con los laureles del vencedor. Al fin, después de año y medio de ausencia, Nerón, el máximo triunfador en toda la historia de los Juegos Olímpicos, volvía a Roma: traía consigo cerca de dos mil coronas.

Las infamias de Nerón, sus crueldades, desenfrenos inauditos e insensatas decisiones se repitieron de año en año sin oposición, lo que indica el grado de decadencia del pueblo. La gente apenas reaccionaba ante la conducta del emperador. Todos tenían sus vicios. Además, el "padre de la patria" se esmeraba en proporcionar distracciones a su buen pueblo. El reinado de Nerón, como antes el de Calígula, fue bendecido por la escoria de la sociedad romana.

Pero todo tiene su límite. La oposición surgió en las Galias, cuyo procónsul alzó estandarte de rebelión. Roma supo un día que la Galia entera se había sublevado y que el procónsul de España se unía a los rebeldes; el emperador quedó paralizado, sin saber afrontar la situación. Sus amigos y favoritos lo dejaron caer: Tigelino, el primero se puso a salvo. La guardia pretoriana lo traicionó también. Nerón se despertó a medianoche y halló el palacio vacío: los criados habían desaparecido, ni un solo cortesano en las salas, los centinelas habían huido. Las ratas abandonaron el buque...

Sólo quedaron cuatro fieles junto a su césar. Conducido por ellos a una quinta fuera de Roma, supo el caído emperador que el Senado lo había marginado de la ley, condenándolo al castigo de los asesinos: flagelación hasta la muerte. Nerón, loco de terror, balbuceaba palabras incoherentes y frases teatrales recitarlas en otro tiempo. Oyóse fuera el galopar de una patrulla montada: Nerón consiguió dominarse y se hundió un puñal en el cuello, ayudado por su siervo. En aquellos minutos repitió llorando: "¡Qué gran artista pierde el mundo!" Este final grotesco concordaba con sus actos precedentes; era adecuado a un vanidoso demente que había recibido su primera educación de un bailarín descocado.

El reinado de Nerón terminó en el 68 después de Cristo: duró catorce años. Con sus generosidades hacia la plebe, colmándola de espectáculos y otras gracias, "había acostumbrado a la mayoría del pueblo romano—dice Tácito—a apreciar las faltas y los crímenes de los gobernantes igual que en otro tiempo sus virtudes". Con Nerón, muerto a la edad de treinta y dos años, se extinguió la dinastía Julia tan diestra en el uso de venenos y puñales como ninguna otra.

El foro romano

Política exterior en tiempos de Nerón

En tiempo de Nerón, guiaron Séneca y Burro la política exterior hasta el año 62 después de Cristo. Sus sucesores son menos conocidos, pero es sabido que la problemática oriental era para ellos de capital importancia desde el punto de vista mercantil. La prosperidad cada vez más floreciente de Roma exigía un comercio regular y sin obstáculos entre el oeste y el extremo oriente. Las rutas comerciales entre Roma y China cruzaban territorio parto. Roma, gran potencia, debía eliminar a este intermediario, someterlo a su hegemonía o aliarse a él; a no ser que hallara otra ruta.

Para el comercio con la India se había habilitado ya un itinerario marítimo libre de posibles obstrucciones. El gobierno se había esforzado, ante todo, en asegurar en el Asia sudoccidental depósitos para la navegación entre Egipto y la India. Por eso, en los comienzos del reinado de Augusto, las legiones romanas habían hecho respetar sus enseñas en la "Arabia Feliz". Luego, en tiempos de Nerón, se llegó a una verdadera ocupación militar y a la conclusión de tratados de amistad con los jeques de esas regiones. Pudieron entonces establecerse relaciones comerciales directas entre Egipto y la India. Cada año partían flotas romanas hacia las costas occidentales de la India, donde cargaban productos suntuarios.

Este progreso del comercio romano se dejó sentir, asimismo, en Etiopía. También allí se esforzó el gobierno en desarrollar un comercio directo, especialmente de marfil. foco después de la victoria octaviana de Accio, el gobernador de Egipto había llevado en triunfo las enseñas de Roma hasta la capital de Etiopía, unos 130 kilómetros al sur de la primera catarata. En tiempos de Nerón se envió una expedición de pretorianos a runas nubias aun más meridionales.

Pero el mayor problema romano en el este era el de los partos.

Desde que en tiempo de Pompeyo fuera declarada Siria provincia romana, Roma había conseguido mantener fuera de sus fronteras orientales al poderoso reino de los partos. Los soberanos partos se consideraban sucesores de Ciro y Darío; adoptaron el título de "rey de reyes" y restauraron la antigua etiqueta de la corte aqueménide. La aristocracia parta vestía a la manera persa y seguía las antiguas costumbres. El reino estaba también dividido en satrapías. Esta resurrección del imperio persa enfrentó la política romana ante una "cuestión de Oriente" cada- vez más espinosa. El Éufrates era una frontera militarmente desfavorable.

Al principio, la causa del conflicto fue Armenia, el antiguo territorio de Tigranes. Este país montañoso e inaccesible, origen del Tigris y del Éufrates, proporcionaba una buena base de operaciones, tanto contra el imperio romano como contra los partos. Unas veces predominaba la influencia de éstos y otras, la romana. Durante el reinado de Claudio, orientado casi por entero hacia la conquista de las islas Británicas, un hermano menor del rey de reyes pudo apoderarse entonces del trono de Armenia. Tal era la situación al advenimiento de Nerón. Cuando se presentó una embajada armenia en Roma y solicitó ayuda para expulsar al usurpador, los procónsules de las provincias fronterizas recibieron orden de reconquistar Armenia. Lo consiguieron y el país se convirtió en Estado vasallo de Roma.

La inevitable guerra contra los partos estalló en el año 61 después de Cristo. Los romanos no tenían la conciencia limpia. El rey de Armenia, vasallo de Roma, había hecho incursiones en territorios partos que él juzgaba pertenecer a Armenia. Los partos replicaron invadiendo Armenia, depusieron al rey amigo de Roma y repusieron al anterior. El rey de los partos, Vologeses I (51-77), exigió que los romanos reconociesen a su hermano como rey de Armenia; aceptaban, en cambio, que fuera coronado en Roma por el mismo emperador. Con estas condiciones se firmó la paz en el año 64 después de Cristo.

Pero el aparato militar romano no confiaba en estas componendas, y se preparó para una acción de gran alcance en Oriente. Para ello reunió unos 75.000 hombres, es decir, más del doble de los que hubo antes de Nerón. Algunos historiadores modernos creen que el viaje de Nerón a Grecia fue organizado por consejeros más inteligentes que el emperador para cubrir así la primera etapa de dicha campaña. Proyectóse también enviar una expedición que siguiera el curso del Nilo en dirección sur. Pero todo fracasó por la incompetencia de Nerón, incapaz de aprovechar los verdaderos móviles del viaje a Grecia. El emperador se dejó llevar por completo por su vanidad de artista. Sólo se inició un gran proyecto económico: el canal de Corinto, obra prevista ya por Julio César. Esperando el momento oportuno para comenzar la expedición, los pretorianos tuvieron tiempo de excavar el canal.

La política oriental a largo plazo, iniciada y abandonada bajo la férula de Nerón, sería recogida por el emperador Trajano medio siglo después.

¿Qué pensar de Nerón?

Pocos historiadores se han dedicado a la ingrata tarea de rehabilitar a Nerón. W. Reinhardt, por ejemplo, en 1839. Henderson, biógrafo inglés de Nerón, va más lejos aún en sus intentos de corregir la imagen que nos dejó Tácito del emperador. La parcialidad de Tácito nos obliga a una crítica severa no sólo con relación al reinado de Tiberio, sino también al de Nerón. No obstante, existe una diferencia entre ambos: Nerón gozaba ya

en tiempos de Tácito de una amplia fama de hombre corrompido e incapaz, de suerte que el historiador no pudo juzgar por sí mismo respecto a los defectos de Nerón como en el caso de Tiberio. Un contemporáneo de Tácito, el historiador judío Josefo, que vivió mucho tiempo en Roma y conoció en persona a Nerón, dice en una obra suya: "Paso por alto la locura y el desmesurado orgullo de Nerón, el modo como asesinó a su hermano, a su mujer y a su madre, y se cebó después en las familias patricias. Todo el mundo conoce estos hechos". Y, en verdad, nadie puede borrar los errores y crímenes de Nerón. Además, Nerón no apoyó, y quizás hasta desconoció, la política exterior de largo alcance proyectada por sus asesores.

Cuando se estudian las peripecias del pueblo romano bajo el reinado de estos locos coronados, no dejan de sorprendernos los numerosos testimonios fidedignos que manifiestan que su gobierno benefició a las provincias. ¿Es posible? Existen varias razones para que así sucediera. Los diferentes Estados y reinos anejos al imperio mundial de Roma se vieron obligados a vivir en paz unos con otros; además, se les protegió ante la explotación de los procónsules romanos, si no por entero, al menos mucho más que antes. La construcción de nuevos caminos también contribuyó a la revalorización económica de las provincias. Desde Augusto, Roma permitió a sus súbditos cierta autonomía municipal. Gracias a ello, las provincias tenían motivos para mostrarse agradecidas. Verres era un apellido que las provincias todavía no habían olvidado; pero Verres ya no existía.

Tenemos pruebas que la prosperidad de las provincias aumentó durante el reinado de Nerón, y con ella su resistencia a los decretos de los procónsules y del Senado. Cuenta Tácito, por ejemplo, que en la época de Nerón se criticaba mucho la presunción de los millonarios provincianos. Además, deben recordarse también los intentos para mejorar la producción agrícola, parcelando las grandes haciendas para que se cultivaran con más facilidad y eficacia.

Ahora bien, ¿cuántas de estas medidas benéficas fueron realizadas por el propio Nerón? Es imposible dar respuesta definitiva. Es difícil imaginar a un hombre tan pródigo llevando la iniciativa de hábiles medidas económicas. Entonces, ¿no se debe la menor gratitud a Nerón? El célebre historiador inglés Freeman dice en uno de sus ensayos: "Nerón no era quizás tan malo como lo presenta la tradición. Sin embargo, está bastante comprobado que lo era".

EL SIGLO DE PLATA DE LA LITERATURA

Al siglo de oro de la poesía latina, bajo Augusto, siguió el siglo de plata, que dura hasta la muerte de Trajano. Bajo la presión del despotismo, todo el optimismo y la alegría creadora del siglo de oro transformóse en retórica hueca, como se vio en las tragedias de Séneca. En el novelista Petronio, el espíritu de la época se manifiesta con un escepticismo hastiado, indiferente a los más elevados valores morales. La mayoría de los poetas satíricos sucesores de Horacio pasan del escepticismo a una amarga crítica social de su tiempo.

La novela de Petronio

En su forma arcaica, la novela fue un cuento amoroso e idealista. Parece que la novela no alcanzó el realismo hasta la época imperial, con Petronio, un epicúreo que, de creer a Tácito, "pasaba los días durmiendo y las noches buscando aventuras".

Petronio adquirió un gran ascendiente sobre Nerón. Nada era perfecto para el emperador si Petronio no se dignaba expresar antes su autorizada aprobación. Sólo

Petronio sabía organizar fiestas imperiales. Este favoritismo duró hasta el día en que el envidioso Tigelino halló pretexto para despertar sospechas sobre este rival demasiado feliz. Petronio fue acusado de conspiración contra el emperador y recibió orden de suicidarse. Modelo de frivolidad hasta el último instante de su vida, se hizo abrir las venas y luego mandó a detener la hemorragia, jugando así con la muerte reclinado en medio de sus amigos, ante un copioso festín.

Consignó una parte de sus experiencias en el *Satiricón*, novela costumbrista y de aventuras de la que se ha perdido la mayor parte. Se conserva íntegra la sabrosa descripción del "*Festín de Trimalción*".

El huésped es un opulento nuevo rico; sus convites son también vulgares y regocijantes. Se presentan a la mesa un sin fin de platos, cada cual más raro, capones, mamas de cerda, peces extraños bañados en salsas más extrañas aún, muscardino asado con miel, picados de simiente de adormidera, en resumen, todo cuanto podía desear el paladar más exigente. Y todo ello acompañado con vino de Falerno que, según la etiqueta, tenía cien años de antigüedad. Como es natural, el huésped no cesa de alabar su vino y animar a sus invitados a "hacer nadar al pescado".

Trimalción se vanagloria sin cesar de su gran sabiduría, pese a sus crasos errores. Explica, las estratagemas del gran Aníbal para apoderarse de Troya y otras sandeces por el estilo. Los convidados, tan *cultos* como su anfitrión, aplauden estrepitosamente. La conversación está llena de bromas de mal gusto, lamentaciones sobre lo dura que es la vida y múltiples groserías. Por fin se despeja la mesa al son de la música y, de repente, se meten tres jabalíes en el comedor. El huésped pregunta a los invitados cuál de los tres animales hay que matar. "Mis cocineros tienen la costumbre de asar terneros enteros", dice.

Apenas ha sido designada la víctima, cuando el infortunado jabalí aparece ya en su punto, dispuesto para ser comido. Parece incluso más gordo que antes. Trimalción repite incansable sus propias alabanzas, pondera su fortuna y gustos artísticos. De vez en cuando pronuncia su típica muletilla: "En fin, me callo para que no me tomen por un fanfarrón". La alegría de los convidados llega al colmo con la aparición de unos acróbatas de ínfima categoría. Se entonan canciones groseras.

Petronio conoce al género humano. Él mismo vació la copa del placer hasta las heces. Su libro ofrece al historiador una imagen inapreciable de la vida en la Roma neroniana. Sus caracteres son vigorosos y sus descripciones de costumbres contemporáneas están sazonadas con ironía y fino humor.

La sátira moralizadora de Persio

La ingenuidad de Horacio no encontró eco alguno en las siguientes generaciones. La sátira se convirtió en libelo o en predicación moral de estilo hinchado.

Pocas veces sacrificó alguien de modo tan deliberado la poesía a la retórica como Persio, un joven rico y distinguido, cuya salud delicada le impidió tomar parte en juegos con otros muchachos. Niño mimado por su madre y rodeado siempre de mujeres -su madre, su hermana, sus tías-,todo cuanto sabía de la vida lo aprendió en los libros. Por ello, sus poemas no son más que sermones estoicos en verso. No se descubre en ellos esos rasgos de humor que hacen perdonar la sátira por quien se siente atacado; ningún rasgo de agudeza de la forma que sea; sólo se encuentran en Persio frases rimbombantes e hinchadas. Al fin acaba uno por creer que el único mérito de este poeta es su buena voluntad, si bien esto y el armarse de celo no bastan para ser un autor satírico. Persio murió a los veintiocho años, sin tener experiencia de la vida que fustigaba, lo cual resulta insoportable. No obstante, fue aplaudido por los estoicos.

Para no pecar de injustos, citaremos algunos versos suyos. Puede hallarse cierto vigor dramático en la descripción del conflicto que la Avaricia y la Voluptuosidad entablan en un alma humana:

—"Por lo demás, eres un perezoso y duermes toda la mañana. Levántate", le dice la Avaricia, reprendiéndole: "Ánimo, levántate. ¿No quieres hacer nada?" Le sigue apremiando: "Levántate", le vuelve a decir. "Yo no sería así... Levántate",

—¿Y qué haré estando levantado?

—¿A mi me lo preguntas? Tráeme del mar pescado, castor, estopa, ébano, incienso, vino de la isla de Cos. Arréglate para traernos pimienta nueva sobre el lomo de un camello sediento; cambia mercancías y no te olvides de la levadura.

—Júpiter entenderá lo que dices.

—Oh, pobre idiota, si quieres vivir con Júpiter tendrás que contentarte con raspar tu salero con la punta de los dedos. Parece que te veo ya dispuesto a partir.

—¿Adónde te precipitas, insensato? ¿Adónde vas? ¿Qué quieres hacer? ¿Atravesarás tú la mar? ¿Qué, comerás en cubierta, sentado sobre cuerdas de cáñamo? ¿Y beberás el rico vino de Vejente, picado y en una pobre taza que sabe a pez? ¿Qué quieres?

—Debieras de seguir tus inclinaciones. Gocemos de los placeres.

—Mientras te deleitas, vives. Algún día te convertirás en ceniza, en sombra, en fábula."

Los epigramas de Marcial

En la Roma de entonces hubo otro poeta satírico, el hispano Marcial, la antítesis de Persio: un libertino y un juerguista. Juzgaremos con menos severidad la amoralidad de Marcial si echamos una ojeada sobre su vida. Llegó a Roma a los veinte años, sin un denario, esperando sin duda ser ayudado por su compatriota Séneca; pero, a poco de llegar, murió Séneca. Marcial hubo de buscar otros mecenas. En ocasiones, el joven poeta escribió coplas de circunstancia a cambio de comida. El hambre no le hizo perder su buen humor. Es el único escritor verdadero en su generación de retóricos. Su obra vale por su sicología incisiva y su vivísimo humor.

Marcial sobresale ante todo en el epigrama y es el único romano al nivel de sus modelos griegos en tal género: Con pocas palabras sabe poner el dedo en la llaga o caracterizar a un personaje con rasgos mordaces. Dejémonos de esos poemas heroicos, dice, cuya extensión no hay quien soporte, donde se describen en diez mil versos las aventuras de Medea y Agamenón, "esos libros que se finge admirar en los círculos distinguidos, pero que uno, cuando está solo se apresura a arrojarlos a un rincón". Ya en la escuela, los alumnos se espantan cuando el pedagogo se pone a recitar tales poesías con aire trágico: "Mejor que estas pomposidades estúpidas, deberían leerse libros donde palpite la vida misma. Los míos, por ejemplo. En ellos no encontraréis ni centauros ni arpías. En cada página encontraréis hombres vivos".

Sin palabras inútiles, pinta Marcial toda clase de tipos de la vida cotidiana. El poeta nos proporciona innumerables detalles escogidos con destreza, una gama variada completa de la existencia diaria en las calles de la gran metrópoli. He aquí al barbero en plena acción.

"¡Quien no quiera bajar a lo más profundo de la muerte, que huya, si tiene sentido común, del barbero Antíoco! Los cuchillos dañan con menos crueldad los lívidos brazos cuando el delirio se apodera de los fanáticos de Cibeles, a las acentos de la música frigia. El cirujano Alcón corta más cuidadosamente también las hernias estranguladas."

"Este barbero sólo sirve para afeitar a miserables filósofos o cortar crines llenas de polvo en cuellos de caballos. Si alguna vez afeitase a Prometeo en su roca de Escitia, el desgraciado preferiría el ave que le tortura."

"Todas las cicatrices que veis en mi rostro, semejantes a las que adornan a los viejos púgiles, no se las debo a mi esposa, aunque sus largas uñas sean temibles: se las debo a la navaja de Antíoco y a su mano criminal... De todos los seres vivos, el macho cabrío es el más inteligente: prefiere llevar barba antes que caer en manos de Antíoco."

El siguiente epigrama merece recordarse:

"Fanio se ha matado para escapar de sus enemigos.
¿No os parece estúpido morir para escapar a la muerte"

Por simple placer o por llamar la atención, Marcial cae en la obscenidad.
Repelen sobre todo las lisonjas que dirige al emperador Domiciano.

Sus poesías de circunstancias fructificaron. Un buen día, Marcial se vio dueño de una propiedad en el campo. Más tarde le ofrendaron una casa en Roma y el título de tribuno militar. Por último, su admiradora Marcela le ofreció una espléndida finca en España, donde pasó el anciano vagabundo sus últimos días, practicando el bien en torno suyo. Ya no tenía que tender la mano y pelearse con otros mendigos por un mendrugo. Desconectado de Roma, su principal fuente de inspiración, produjo muy poco durante sus últimos años. Murió a comienzos del siglo II.

La sátira agria de Juvenal

Pasada la época de los Flavios, Roma tuvo aún otro poeta importante, Juvenal. Nació poco después de ocupar Nerón el trono y vivió setenta años. Como Horacio, era hijo de un liberto y confiaba poder llegar al nivel de su ilustre predecesor. Al principio trató de crearse fama de orador; mas constatando su fracaso, se dedicó a la poesía cuando rayaba en los cincuenta. A diferencia de Horacio, sus sátiras son agrias. La vida no le ofreció posibilidades de escalar la posición social a que se creía predestinado.

Se queja del ruido y el apretujamiento de las calles romanas.

"El enfermo está casi seguro de morirse de sueño... Pues, decidme, ¿dónde alquilar una habitación que os permita dormir? Hay que ser muy rico para poder dormir en Roma, cúmulo de todos los males. Los carros que pretenden meterse en calles sinuosas, la parada de un convoy, acompañada de los juramento de los muleros, despertarían a las focas..." En cuanto a la circulación: "Si tenemos prisa, nos detiene el tropel de gente que nos precede y nos empuja por la espalda el gentío que nos sigue. Uno aprieta con el codo, otro nos golpea la cabeza con una tabla o un cántaro. Las piernas se manchan de espeso barro. A menudo, un enorme zapato me aplasta el pie y quedan en él las señales de un clavo..."

En una sátira nos describe a una romana a quien sus esclavas tratan de peinar:

"¿Este rizo es demasiado alto? ¿Por qué? En el acto se castiga con un vergajo el crimen de haber hecho un mal bucle. ¿Qué hizo Psecas? Nada: si tiene una nariz poco agradable, no es culpa suya. Otra esclava arrodillada alisa los cabellos, los peina y arrolla en anillos. Una vieja esclava familiar que, tras muchos servicios, dejó la aguja, asiste a la consulta. Es la primera en dar su parecer. Las más jóvenes darán el suyo después, por orden de edad y mérito, corno si se tratase de una cuestión de vida o muerte. ¡Cuánta preocupación en parecer bella! ¡Cuántos peinados superpuestos! ¡Qué arquitectura

edificada sobre la cabeza! Por delante parece Andrómaca; por detrás resulta más pequeña y parece otra mujer."

Juvenal conoció el desprecio olímpico de los poderosos hacia sus inferiores y su servil sumisión al autócrata ocupante del trono.

Raras veces Juvenal consigue satirizar sin amargura, por ejemplo:

> "Cuando Juno era todavía jovencita y Júpiter no tenia empleo en las cuevas del monte Ida, los dioses no solían celebrar festines en lo alto de las nubes; ni el hijo de Troya ni la bella esposa de Hércules les presentaban la copa, y Vulcano, cuando bebía néctar, aún no se enjugaba la barba con los brazos ennegrecidos su fragua de Lípari. Cada dios comía en privado: la multitud no era tan grande como ahora, y los astros, contentos con menos divinidades, no cargaban con tanto peso los hombros del pobre Atlas." En aquella época aún no se hablaba de Plutón ni de su esposa. "Se estaba bien entre los dioses en aquel tiempo -añade nuestro poeta-, pues no tenían rey." Juvenal no sentía ningún respeto hacia los dioses populares.

En cierto modo se parece a Tácito, su contemporáneo. Ambos veían que el mal vencía al bien; en Juvenal, sin embargo, la amargura lleva a veces a la sinrazón. Tácito, senador y cónsul, conservaba en toda circunstancia la calma altiva del romano de alta alcurnia. No obstante su pesimismo. Tácito nunca se apartaba de la moderación clásica.

Las cartas de Plinio el Joven constituyen el mejor correctivo a las exageraciones de Juvenal. Apenas puede creerse que ambos escritores vivieran en el mismo siglo: tan contradictorias son las descripciones que hacen de sus contemporáneos. Y, sin embargo, no puede acusarse a Plinio de ceguera respecto a los defectos de sus compatriotas: su indiferencia hacia la política, las supersticiones, la vida inútil y superficial, que llevaba la aristocracia. Plinio nos pinta una clase elevada que tiene horizontes muy limitados, pero, al parecer, honrada. El lector desprevenido no imaginará nunca que tales hombres sean los mismos que Juvenal fustiga con tanta furia. Juvenal decía que "Roma no tiene más hombres honrados que desembocaduras tiene el Nilo". ¿Habrá que creer que los tipos que salen a escena en las páginas de Juvenal no están sacados de la vida real? Sí, lo están, pero Juvenal sólo describe lo malo de una época en que bien y mal andan mezclados, como en todo tiempo y lugar.

Además, tanto se ha hablado del realismo grosero y frívolo, tono de los poetas romanos, que cabe preguntar: ¿No sería mejor ver su poesía con los ojos de sus contemporáneos y no con los nuestros? En Atenas, los actores que representaban comedias de Aristófanes descendían a menudo a crudas obscenidades y algunas escenas sobrepasan mucho los límites de lo conveniente. Sin embargo, no se lee en ninguna parte que los atenienses se escandalizasen. Aquella época no se mostraba tan escrupulosa en lenguaje como la nuestra y aplicaba intuitiva la divisa "lo natural no es malo". Incluso un autor como Persio, joven "de inocencia virginal", escribió versos tan licenciosos que muchos autores modernos vacilarían en darlos a la imprenta.

Las diferencias entre los tres poetas satíricos latinos más famosos podríamos formularlas así: "Horacio ridiculiza, Persio insulta, Juvenal fustiga".

RELIGIOSIDAD POPULAR CRECIENTE

Crisis espiritual y nuevas religiones

Roma sufría, sin exagerar, una descomunal desintegración espiritual, caracterizada por tres fenómenos: podredumbre moral (y disgusto de los mejores ante tanta torpeza); agnosticismo religioso; ausencia de una esperanza a la que aferrarse en los trances más deprimentes de la vida. La conexión entre estos tres aspectos de la vida espiritual, entonces en crisis, es obvia: una religión excelsa da perspectiva y sentido a la existencia, e impulsa a llevar una conducta consecuente con lo que esa religión enseña acerca de la santidad de Dios, de la dignidad a la que el hombre está llamado, y del valor de la felicidad prometida a los buenos para el más allá.

La crisis espiritual greco-romana surgió al dejar de creer en las antiguas mitología. Incluso un republicano tan tradicionalista como Catón el Censor dejaba a veces escapar observaciones irrespetuosas: "Cada vez que un augur encuentra a un colega suyo, me pregunto cómo no se echan a reír". La antigua religión sólo podía ofrecer al hombre mezquinos consuelos y muy poca cosa para liberarlo de su sentimiento de culpabilidad. Nada permitía esperar una vida más feliz: los espíritus preclaros de aquel tiempo tenían una concepción desesperada de la vida. Así, al preguntar a Séneca ¿a quién pueden recurrir, en este mundo, los pobres y desesperados?, respondía que siempre tienen la posibilidad de suicidarse, y si le hubieran preguntado lo mismo a Juvenal, habría respondido: "Pueden emigrar: los romanos pobres debieran haberlo hecho hace tiempo".

¿Qué importaban los dioses olímpicos, en la época imperial? Oficialmente conservaban su posición privilegiada: eran los guardianes de la tradición en los venerables templos antiguos. Sin embargo, ya no significaban gran cosa en la vida religiosa del pueblo; en cuanto a las clases dirigentes, buscaban desde hacía tiempo refugio espiritual en los sistemas filosóficos de las doctrinas escépticas, epicúreas o estoicas.

Los restos de sarcófagos que datan de los siglos II y III después de Cristo nos muestran el deseo de inmortalidad representado por mil símbolos. En el norafricano Apuleyo, novelista de los últimos tiempos de la Antigüedad y ferviente adorador de Isis, hallamos un ejemplo espléndido de leyenda basada en este deseo de inmortalidad, nacido en esta época. Es la historia de *Amor y Psiquis.* Amor, el dios del amor, ama a Psiquis, una princesa mortal. Ambos amantes son separados y Psiquis ha de emprender un viaje largo y peligroso; pero el Amor le hace triunfar de todas las pruebas hasta que al fin se reúne con su amante en unas bodas celestes. Psiquis, del griego *Psyché*, significa, "alma", y hay centenares de sarcófagos en los que vemos a la pequeña Psiquis volar al encuentro del Amor. Simboliza así el amor, sentimiento que, para los romanos, vencía todos los peligros, incluso la muerte, y que hacía partícipe de la vida eterna al alma humana.

La verdad es que, en aquel«entonces. ciertos filósofos griegos y sus discípulos latinos ya habían expresado ideas elevadas sobre la divinidad, la inmortalidad del alma, la existencia de una providencia divina, etcétera. Pero el pueblo ignoraba tales especulaciones; además, hubiera necesitado fe; esto es, confirmación extrarracional (sobrenatural o parasicológica) de esas ideas; por último, para ayudarse a vivir la moral exigente que toda fe en Dios supone, una comunidad de oración, estudio y aliento mutuo era, más que deseable, imperativa. Pues bien, las nuevas religiones, especialmente las provenientes del Oriente, cumplían con estos requisitos. Por tal motivo lograron tanto éxito en el ámbito greco-romano.

La primera religión oriental que llegó a Roma fue el culto a la diosa frigia Cibeles y a su amante Atis: una pareja divina de igual naturaleza que los dioses adorados antaño en la Grecia minoica. Cibeles, llamada "la gran madre", simbolizaba la fecundidad y el poder de la naturaleza. Con motivo del terror creado por la segunda guerra púnica, el Senado creyó que el viejo Panteón romano tenía necesidad de refuerzos. Se consultaron

los libros sibilinos y envióse una embajada al rey de Pérgamo, en Asia menor. El potentado remitió a Roma, como un favor especial para los romanos, el viejo símbolo del culto primitivo de Cibeles, una piedra meteorítica negra. Ésta fue colocada primero en el templo de la Victoria, sobre el monte Palatino, y más tarde los romanos construyeron un templo en honor de la diosa. La importación de una religión nueva era un signo de los tiempos: los romanos iniciaban su apertura a un horizonte internacional. Pero el Senado procuró impedir a los ciudadanos romanos una participación activa en el ejercicio de este culto, en verdad demasiado exótico: más valía dejarlo a los sacerdotes venidos de Frigia. En efecto, los fieles eran rociados con sangre de las víctimas que debían purificar al hombre y volverlo inmortal.

De distinta naturaleza era el culto de Isis, "la más civilizada de las religiones bárbaras". Este culto tenía también su origen en las antiquísimas creencias religiosas relativas a la recolección y al ciclo de las estaciones. Isis procedía de un país de antigua cultura. Egipto y su religión contrastaba con el culto de Cibeles, primitivo y violento. Penetró muy pronto en Italia y su gran santuario de Roma fue construido en tiempo de Calígula; el culto se centraba en Isis, la diosa madre que tenía a su hijo Osiris sobre las rodillas. El culto a Isis no carecía de grandeza, con sus sacerdotes rapados, revestidos con hábitos de una blancura inmaculada. Mediante la penitencia y la purificación, el ritual místico conducía a la comunión con la divinidad y a la resurrección espiritual.

El imperio romano ofrecía un terreno bastante preparado para la expansión de tales religiones. En principio, la *pax romana* permitía circular libremente hasta donde llegaba la autoridad de Roma.

¿Qué es lo que caracteriza a las religiones populares de la época imperial? ¿Qué las diferenciaba del culto tributado a esa gran familia que poblaba el Olimpo? ¿Por qué conquistaban los espíritus?

Ante todo, eran religiones basadas en el misterio. En un credo de este tipo, los fieles forman una comunidad firme y los nuevos adeptos penetran en ella después de una iniciación mental, moral y litúrgica. La iniciación consta de varias etapas y alcanza su punto culminante en el contacto personal con la divinidad. Observemos que el hombre busca en estas religiones el modo de elevarse misteriosamente por encima de lo terrestre, de superar la muerte, de asegurarse una vida eterna. El culto se ennoblece por un deseo de eternidad, incluso en una adoración tan grosera como la tributada a Cibeles. En la antigua religión, el reino de Hades no podía atraer a nadie; en cambio, la muerte no ponía fin al alegre cortejo de Dionisos: el alma humana que durante su vida terrestre se hubiera consagrado a Dionisos tenía la esperanza de participar en el poder divino y vencer así a la muerte. El culto a Baco—Baco, el Dionisos de los griegos no como dios del vino, sino como personificación de todas las manifestaciones de la naturaleza—se acomodaba a la nueva religiosidad popular: basábase en misterios revelados y el iniciado podía acercarse a la divinidad mediante el éxtasis.

Había otras religiones griegas que llevaban a la vida eterna. Algunos depositaban su confianza en Hermes, el guía de las almas. Los viejos misterios griegos de Eleusis relacionados con las diosas de los cereales, Deméter y Kora (Perséfone), atrajeron ingentes multitudes durante la Antigüedad. Sila, Cicerón y los mejores emperadores romanos se contaron entre sus iniciados. Otros tenían en Orfeo su profeta.

Sin embargo, ninguna religión mistérica prendió tan fuertemente como la cristiana.

El cristianismo

La primera referencia al cristianismo entre los historiadores antiguos se halla en la persecución ordenada por Nerón contra los primeros cristianos, descrita por Tácito (hacia el año 100). Comienza así:

> "Ningún medio humano, ni regias generosidades ni ceremonias expiatorias hacia desaparecer el rumor infamante que aquel incendio habla sido preparado. Por ello y para inhibirse, Nerón buscó supuestos culpables y castigó con refinados tormentos a aquellos que se hacían odiosos por sus abominaciones y a quienes la multitud llamaba cristianos. Este nombre viene de Cristo a quien, reinando Tiberio, el procurador Poncio Pilato entregó al suplicio; reprimida al pronto, creció después esta abominable superstición no sólo en Judea, donde se originó el mal, sino también en Roma, adonde afluye todo cuanto hay de detestable y vergonzoso en el mundo, y se acrecienta con numerosa clientela."

Al mencionar tales "crímenes" cometidos por los cristianos, Tácito se hace, sin duda, intérprete de los rumores que corrían en Roma, según los cuales las comunidades cristianas sacrificaban seres humanos en sus ceremonias litúrgicas y comían su carne; horribles relatos procedentes de una torcida interpretación pagana de la liturgia eucarística, en que los cristianos participaban sacramentalmente (mediante objetos simbólicos y palabras consagratorias) del cuerpo resucitado de Jesús.

Si no tenemos fuentes extracristianas más antiguas sobre el más importante movimiento espiritual del mundo, ello no se debe sólo a los estragos del tiempo. La razón es sencilla. Los primeros cristianos fueron pescadores y gente humilde, generalmente iletrada; de modo que las palabras de Jesús y la historia de las primitivas comunidades se trasmitieron por vía oral. Cuando al fin necesitaron poner por escrito el contenido de su predicación (el *kérigma*), se usó en general un griego muy sencillo: el *koiné*; sencillez incrementada por el estilo concreto, lleno de imágenes y realista de los relatos evangélicos.

Es verdad que ya desde veinte años antes que se escribiera el primero de los Evangelios, el de Marcos, Pablo había hecho circular decenas de cartas densamente teológicas por Asia menor y Europa. Pero escasa o ninguna noticia de ellas pudieron tener los no iniciados, pues, durante largo tiempo la cristiana fue considerada una pequeña secta sin importancia del despreciado judaísmo.

¿Puede Cristo ser tomado como un reformador del judaísmo, tal como Zoroastro lo fue del mazdeísmo o Buda y Jina del hinduismo?

En diversas ocasiones, Cristo proclamó su fidelidad a la ley moral de los hebreos: "No penséis -dijo al concluir el famoso sermón de la montaña- que he venido a abolir la Ley y a los profetas; sino a darles perfecto cumplimiento". Debe recordarse que el primer mandamiento de Jesús era también el de Israel: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas". El segundo, el del amor al prójimo como a sí mismo, también había sido promulgado por Moisés, sólo que en forma negativa: no matarás, no hurtarás, no mentirás, etcétera. Cristo le confirió una formación positiva: "Haced a los demás lo que queréis que os hagan a vosotros mismos"

y "Un mandamiento nuevo os doy, y es que os améis los unos a los otros como Yo os he amado".

Lo que Jesús reprochaba a los judíos ortodoxos de su tiempo, los fariseos, era que alardeando su adhesión hipócrita a la letra de la ley burlaban el sentido original de ella.

Especulando acerca de si la mujer que juega con su hijo en brazos en un día sábado viola o no el descanso sagrado, y apasionándose por otras menudencias, olvidaban los puntos más graves de la Ley: la justicia, la misericordia, la rectitud. Así, habían convertido a Dios en un Yahvé lejano y vengativo; Jesús, en cambio, lo llamaba Padre y le atribuía una bondad que alcanza al más insignificante de los suyos, y sobrepasa toda medida imaginable por nosotros. Jesús enseñó también que Dios es padre no sólo para los judíos, sino para todos los hombres, sin distinción de razas o condición social. Las parábolas sobre este tema son numerosas: la del buen samaritano, que debió encandilar a los fariseos.

En el fondo, el cristianismo no es mera reconstitución del mosaismo auténtico, sino, desde el punto de vista cristiano, un nuevo paso -veladamente anunciado por los profetas hebreos- en la revelación progresiva de Dios: Dios es trino; el mundo fue creado por Dios a imagen de su Hijo hecho hombre para siempre; la muerte, redentora de Éste ha tornado inútiles los sacrificios ordenados por Dios en la Antigua Alianza con Israel; en compensación, el perdón de las ofensas debe reemplazar a la norma del Talión; y después de esta vida no hay un indeseable letargo en el seno de la Tierra (el *Sheol*), sino la vida a secas, gozo inmarcesible en el seno de Dios (el *cielo*).

Los judíos más sabios y sinceros habrían rasgado sus vestiduras ante el blasfemo que seriamente se hubiera proclamado divino. Para poder predicar con cierta tranquilidad su "buena noticia" (*euanguélion*, evangelio), Jesús debió ocultar su real naturaleza, manifestándola, incluso en forma un tanto equívoca, a muy contados discípulos. Tan extremos eran el monoteísmo y nacionalismo judíos, que ni los más cercanos allegados a Jesús entendieron sus revelaciones: cuando intentaba significarles

su divinidad, ellos creían que hablaba metafóricamente; al revés, imaginaban como restauración del reino de David el "*reino*" por venir que Jesús pregonaba.

Justamente por estos malentendidos, y porque el cristianismo llegó a todos los rincones del imperio propagado por miembros de la diáspora judía, los escritos del Nuevo Testamento mantienen una interminable polémica con "el falso Israel" que en un comienzo los persiguiera.

Entre los perseguidores de los primeros cristianos se distinguió un judío, llamado Saulo por sus hermanos de raza y Pablo por los greco-romanos de Damasco y, desde entonces, fue uno de los más fervorosos propagandistas de la fe cristiana. Evangelizó muchas ciudades de Asia menor, Macedonia y Grecia, y quizás también de Creta y España. Pablo contribuyó más que nadie a la organización de las primeras comunidades cristianas. Este humilde adelantado que, durante sus viajes de evangelización, se mantenía con su propio trabajo manual, fue un héroe de la fe. Maravilla su fuerza interior, que le permitió realizar tantas cosas pese a su debilidad y salud deficiente.

Pablo fundó en Corinto una comunidad que tendría pronto una filial en Roma. Ambas ciudades estaban relacionadas por un activo comercio. Antes de su toma de contacto con los hermanos de la orilla del Tíber, Pablo escribió para ellos desde Corinto una epístola de la que extractamos algunos versículos:

"Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros

"Con mayor razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos por Él salvos de la ira;

"porque si, siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, reconciliados ya, seremos salvos en su vida."

"Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?

"El que no perdonó a su propio Hijo, antes le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos ha de dar con Él todas las cosas?"

"Con Él hemos sido sepultado; por el bautismo para participar en su muerte, para que como Él resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva."

"Vivid alegres con la esperanza, pacientes en la tribulación, perseverantes en la oración;

"subvenid a las necesidades de los santos, sed solícitos en la hospitalidad.

"Bendecid a los que os persiguen, bendecid y no maldigáis."

"No os toméis la justicia por vosotros mismos, amadísimos, antes dad lugar a la ira (de Dios); pues escrito está: 'A mí la venganza, yo haré justicia, dice el Señor'."

"No te dejes vencer del mal, antes vence al mal con el bien."

"Todos han de estar sometidos a las autoridades superiores, pues no hay autoridad sino bajo Dios; y las que hay, por Dios han sido establecidas."

"Pagad a todos lo que debáis; a quien tributo, tributo; a quien aduana, aduana; a quien temor, temor; a quien honor, honor."

"Pues no adulterarás, 'no matarás, no robarás, no codiciarás' y cualquier otro precepto, en esta sentencia se resume: 'amarás al prójimo como a ti mismo'."

"Andemos decentemente y como de día, no viviendo en comilonas y borrachera, no en amancebamiento y libertinaje, no en querellas y envidias."

De Corinto viajó Pablo a Jerusalén, donde los judíos ortodoxos intentaron lapidarlo por introducir "paganos" en el Templo, profanándolo. Las autoridades romanas intervinieron, y enviaron a Roma a Pablo para ser juzgado por el mismo emperador, ya que gozaba del derecho de ciudadanía romana. Se ignora la sentencia dictada contra el preso: Pablo desapareció de la historia. Dice él, en su epístola a los filipenses, que desea "ser liberado de este cuerpo mortal y reunirse con Cristo". Es posible que su deseo se cumpliera poco después. Según la tradición, Pablo murió

decapitado y sepultado extramuros junto a la Vía Ostiense, en el lugar donde después erigió Constantino la iglesia de San Pablo Extramuros. Pedro llegó, sin duda, también a Roma y allí alcanzó la misma suerte.

Si Pablo comprendió en toda su complejidad las relaciones de los cristianos con Jesús, fue Juan, el discípulo amado, quien mejor captó las misteriosas relaciones de Jesús con Dios:

"Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios.
"Él estaba al principio en Dios.
"Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho.
"Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.
"A Dios nadie lo vio jamás; Dios unigénito, que está en el seno del Padre, ése lo ha dado a conocer."

En su última cena Jesús elevó, según Juan, la siguiente oración a su Padre:.

"Yo ya no estoy en el mundo; pero ellos están en el mundo, mientras yo voy a ti. Padre santo, guarda en tu nombre a estos que me has dado, para que sean uno como nosotros.
"Yo les he dado tu palabra, y el mundo los aborreció, porque no eran del mundo, como yo no soy del mundo.
"No pido que los tomes del mundo, sino que los guardes del mal.
"Pero no ruego sólo por éstos, sino por cuantos crean en mí por su palabra.
"Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno y conozca el mundo que tú me enviaste y amaste a éstos como me amaste a mí.
"Padre, los que tú me has dado, quiero que donde esté yo estén ellos también conmigo, para que vean mi gloria, que tú me has dado, porque me amaste antes de la creación del mundo.
"Yo te he glorificado sobre la Tierra llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar.
"Ahora tú, Padre, glorifícame cerca de ti mismo con la gloria que tuve cerca de ti antes que el mundo existiese."

San Juan, autor del cuarto evangelio, del Apocalipsis y de tres epístolas, laboró sobre todo en Asia menor. Fue preso y martirizado por Domiciano, pero falleció de muerte natural y en edad muy avanzada en Éfeso. Junto con él se fue el siglo I. Ya el entusiasmo primerizo había amainado; los cristianos habían dejado de aguardar la *parusía* o retorno inminente de Jesús a la Tierra en gloria y majestad; los carismas extraordinarios eran cada vez más escasos. Las iglesias locales se hallaban ahora definitivamente estructuradas: en cada ciudad un obispo había sustituido al consejo de ancianos, y existían presbíteros estables en lugar de los predicadores ambulantes del comienzo.

Pero la Iglesia carecía aún de una organización universal; ni siquiera se nucleaba alrededor de sedes patriarcales.

¡Quién hubiera sospechado entonces que la despreciable superstición de los pobres cristianos, como decía Tácito, se extendería a todo el mundo romano e inauguraría en la historia del universo una nueva era!

Pero ¿de dónde sacó el cristianismo su "garra"? ¿Por qué las demás religiones mistéricas pasaron a la historia, en tanto que el cristianismo siguió expandiéndose pese al rigor de su doctrina moral?

Desde luego, porque asienta su origen en un suceso de naturaleza histórica -la vida, pasión, muerte y resurrección de un hombre- y no en algo que se verifica en la

lejana noche de los tiempos. El cristianismo es más humano. Cristo era el amigo del hombre, de los niños, de aquellos que no tienen amigos:

"Nadie tiene amor mayor que éste de dar uno la vida por sus amigos.
"Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que os mando.
"Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su ser; pero os digo amigos, porque todo lo que oí de mi Padre os lo he dado a conocer.
"No me habéis elegido vosotros a mi, sino yo os elegí a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca, para que cuanto pidiéreis al Padre en mi nombre os lo dé."

El Maestro estaba siempre junto al creyente: no sólo durante el ejercicio del culto o en el seno de la comunidad. El cristianismo ofrecía "la ayuda del Espíritu Santo" y la compañía de Dios; las otras religiones no ofrecían más que experiencias efímeras y sólo posibles de vez en cuando por medio de los "sacrificios".

Pero en el Evangelio hay algo más seductor que todo para los pobres, oprimidos y despreciados. Es que Cristo, como diría Nietzsche, trasmuta todos los valores hasta entonces en boga. Todo lo que el mundo alaba, Él lo reprueba; todo lo que el mundo lamenta, Él lo considera un triunfo. La visión que Dios tiene de las cosas dista años luz de aquella sobre la cual las civilizaciones en general se han desarrollado. En el sermón del monte (Mateo, cap. 5-6), dijo:

"Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.
"Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.
"Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.
`Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.
`Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.
"Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.
"Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.
`Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque suyo es el reino de los cielos.
"Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y con mentira digan contra vosotros todo género de mal por mi.
"Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa, pues así persiguieron a los profetas que hubo antes de vosotros."

"Habéis oído que fue dicho: No adulterarás.
"Pero yo os digo que todo el que mira a una mujer deseándola, ya adulteró con ella en su corazón.
"Si pues, tu ojo derecho te escandaliza, sácatelo y arrójalo de ti, porque mejor te es que perezca uno de tus miembros que no que todo tu cuerpo sea arrojado a la gehenna.
"Y si tu mano derecha te escandaliza, córtatela y arrójala de ti, porque mejor te es que uno de tus miembros perezca que no que todo el cuerpo sea arrojado a la gehenna."

"Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente.
"Pero yo os digo: No hagáis frente al malvado; al contrario, si alguno te abofetea en la mejilla derecha, vuélvele también la otra;
"y al que quiera litigar contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto,
"y si alguno te requisara para una milla, vete con él dos.
"Da a quien te pida y no vuelvas la espalda a quien desea de ti algo prestado."
"Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo.
"Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen,

"para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, que hace salir el Sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos.

"Pues si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen esto también los publicanos?

"Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen eso también los gentiles?

"Sed, pues, perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial."

"Estad atentos a no hacer vuestra justicia delante de los hombres para que os vean; de otra manera no tendréis recompensa ante vuestro Padre, que está en los cielos.

"Cuando hagas, pues, limosna, no vayas tocando la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa.

"Cuando des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace la derecha,

"para que tu limosna sea oculta, y el Padre, que ve lo oculto, te premiará."

"Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que gustan de orar en pie en las sinagogas y en los ángulos de las plazas, para ser vistos de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa.

"Tú, cuando ores, entra en tu cámara y, cerrada la puerta, ora a tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará.

"Y orando, no seáis habladores, como los gentiles, que piensan ser escuchados por su mucho hablar.

"No os asemejéis, pues, a ellos, porque vuestro Padre conoce las cosas que tenéis necesidad antes que se las pidáis.

"Así, pues, habéis de orar: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre;

"venga tu reino, hágase tu voluntad, como en el cielo, así en la tierra.

"El pan nuestro de cada día dánoslo hoy,

"y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores,

"y no nos pongas en tentación, mas líbranos del mal."

"Porque si vosotros perdonáis a otros sus faltas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial.

"Pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras faltas."

"Cuando ayunéis no aparezcáis tristes, como los hipócritas que demudan su rostro para que los hombres vean que ayunan; en verdad os digo, ya recibieron su recompensa.

"Tú, cuando ayunes, úngete la cabeza y lava tu cara

"para que no vean los hombres que ayunas, sino tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará."

"No alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín los corroen y donde los ladrones horadan y roban.

"Atesorad tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín los corroen y donde los ladrones no horadan ni roban.

"Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón."

"Nadie puede servir a dos señores, pues o bien, aborreciendo al uno, amará al otro, o bien. adhiriéndose al uno, menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas."

"Por eso os digo: No os inquietéis por vuestra vida, por lo que habéis de comer o de beber, ni por vuestro cuerpo, por lo que habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?

"Mirad cómo las aves del cielo no siembran ni siegan ni encierran en graneros y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas?

"¿Quién de vosotros con sus preocupaciones puede añadir a su estatura un solo codo?

"Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Aprended de los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan ni hilan.

"Pues yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos.

"Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana es arrojada al fuego, Dios así la viste, ¿no hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe?

"No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, qué beberemos o qué vestiremos?

"Los gentiles se afanan por todo eso; pero bien sabe vuestro Padre celestial que de todo eso tenéis necesidad.

“Buscad, pues, primero el reino y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura.

"No os inquietéis, pues, por el mañana; porque el día de mañana ya tendrá sus propias inquietudes; bástale a cada día su afán."

Los oprimidos sintieron, sin duda, lo que tres siglos después explicitaría Ambrosio, un padre de la Iglesia: "Quien es capaz de "no hacer" aquello que "no debe" hacer, ése deja de ser esclavo”. El martirio era su triunfo: la alegría de poder sufrir con y por Cristo, la perspectiva de una felicidad eterna los hacía insensibles a todos los dolores. Y así, la nueva religión obró maravillas causando una impresión indeleble entre los paganos. Según palabras de Tertuliano, "la sangre de los mártires es semilla de cristianos", porque había una fuerza interior que animaba a estos mártires: la fuerza que da la fe.

La religión cristiana ofrecía esperanza y consuelo a quienes sufrían las dificultades de la vida y el peso de sus pecados: "Quienes estén fatigados y tristes, vengan a Mí, que yo los aliviaré". Considerando lo mucho que sufrían los oprimidos de aquel tiempo, se comprende la atracción ejercida por una religión que permitía a estos desgraciado elevarse hasta una nueva visión del mundo, dándoles una razón para vivir y morir. El cristianismo los liberaba de la angustia de las religiones demoníacas; no había que temer a la muerte, el anonadamiento total. Con el tiempo, adquirieron incluso la fuerza necesaria para dominar los sentidos, a los que las religiones paganas daban libre curso. Los adeptos de la nueva fe mostraron tal amor y caridad a su prójimo, que impresionaban a los mismos paganos. "Mirad cómo se aman", decían.

En cambio, los ricos y poderosos permanecieron mucho tiempo al margen del cristianismo. El precepto "ama a tu prójimo como a tí mismo" no les atraía.

Al anunciar la igualdad de los hombres ante Dios, se comprende que el cristianismo tuviera sus primeros prosélitos entre quienes la sociedad antigua humillaba: los pobres y los esclavos, considerados como animales. Éstos adquirían, quizás por primera vez, conciencia de su dignidad humana en el ejercicio del culto y en la vida comunitaria.

Allí no existían diferencias entre amo y siervo. Con el cristianismo. los esclavos entran por vez primera en una comunidad religiosa en pie de igualdad con los hombres libres. En estas comunidades, el esclavo conocía que su alma valía tanto como la del emperador o la del rico comerciante. Sin embargo, sería inexacto considerar al cristianismo como un programa social.

EL IMPERIO MILITAR: DE VESPASIANO A DIOCLECIANO

LOS EMPERADORES FLAVIOS

Después de la muerte de Nerón, Roma vivió un año de turbulencias y luchas por la sucesión imperial. En tan corto período hubo cuatro emperadores: Galba, Otón, Vitelio y Vespasiano. Dos fueron asesinados y otro se suicidó. Según Tácito, el aspecto más peligroso de estas conmociones continuas era que surgían pretendientes al trono fuera de la misma Roma. Los ejércitos de las provincias aparecieron en escena y todo ello señaló el comienzo de un nuevo período en la historia del imperio romano. La situación no se aclaró hasta que el último de estos cuatro emperadores, el valiente general Vespasiano, dio su nombre a una nueva dinastía, la de los Flavios.

Flavio Vespasiano

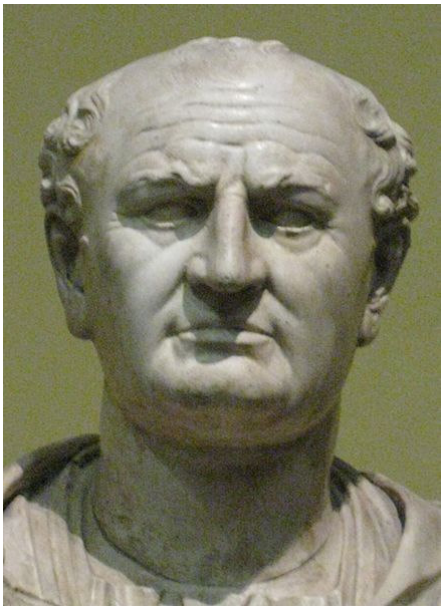
En el 68 después de Cristo, Vespasiano tenía sesenta años de edad y estaba en plena posesión de sus facultades. En tiempo de Nerón se le ordenó reprimir una rebelión de los judíos en Palestina. Se ocupaba de ello, cuando las legiones de Egipto, Siria y Palestina lo proclamaron emperador.

El nuevo soberano no era de elevada alcurnia. Su padre fue recaudador de impuestos, pero no uno de tantos: logró tal fama de honradez, que algunas localidades del Asia menor le erigieron monumentos en señal de gratitud. Durante el imperio de Claudio, Vespasiano había gobernado la Bretaña con energía y severidad. En tiempos de Nerón, salvó la vida por milagro: formaba parte del acompañamiento imperial durante el célebre viaje artístico a Grecia y cometió la indelicadeza de dormirse durante un recital del emperador. Nerón le perdonó la vida, pero lo desterró a una provincia lejana. Gracias a la rebelión de los judíos, Vespasiano reapareció en el teatro de la historia.

La educación de Vespasiano fue bastante descuidada, pero estaba dotado de sentido común y animado de las mejores intenciones. Como rasgo simpático de su carácter cabe señalar que desconocía el orgullo. Le disgustaba el lujo y el esplendor. Residía con preferencia lejos de la corte, en una pequeña y sencilla casa de campo. Mandó, pues, detener los trabajos en el palacio de Nerón: el nuevo emperador no tenía ganas de ocupar media ciudad para él solo. Además, ya era hora de llenar algo las arcas del Estado, pues las prodigalidades de Nerón habían dejado el tesoro exhausto. Esta afición a la economía degeneró en avaricia y mostróse despiadado en el cobro de impuestos.

"El dinero no tiene olor", respondió un día a su hijo Tito, que le reprochó que impusiera contribuciones incluso a ciertos. retretes de utilidad pública. No obstante su tacañería, el nombre de Vespasiano va unido a obras espléndidas. La más célebre es, el famoso circo para noventa mil espectadores construido en los antiguos parques de Nerón; es el más famoso monumento de la época imperial; todavía hoy nos fascinan las ruinas del Coliseo. Ahora bien, si Vespasiano construía tanto pese a ser tan ahorrativo, tenía su razón práctica: quería dar trabajo a miles de personas arruinadas por las guerras. En vez de alimentarlas sin hacer nada, distribuyendo trigo gratuito, prefería darles ocupación útil.

El restablecimiento de las virtudes militares del pueblo romano era tan necesario como el saneamiento de la hacienda pública. Los legionarios estaban acostumbrados a ser los amos del Estado. Según Suetonio -lo creemos- "su brutalidad sobrepujaba todos los límites". En este terreno, también era Vespasiano "el hombre idóneo en el puesto adecuado".



Vespasiano.

La destrucción de Jerusalén

Reinando Calígula había comenzado Israel a revolverse. Luego, los judíos fueron perseguidos por negarse a adorar la imagen del emperador. Como los israelitas seguían insumisos, el emperador ordenó al procónsul de Siria que forzara el templo de Jerusalén y colocara la estatua del soberano en el *Sancta Sanctorum.* Los judíos se resistieron, dispuestos a morir antes que soportar tal abominación. Su resolución impresionó al romano, que echó tierra al asunto, aunque peligraba su propia persona. En efecto, el emperador le ordenó suicidarse. Pero el correo se retrasó a causa del mal tiempo y, al llegar el mensajero, Calígula había muerto. Los judíos evitaron así que el lugar donde no entraba más que el sumo sacerdote una vez al año, fuera profanado con la estatua de un emperador loco.

Desde entonces, los judíos se convencieron que el reino de Yahvé no podría establecerse en la tierra mientras los paganos dominasen al pueblo elegido. El procónsul que envió Claudio echó leña al fuego con nuevas usurpaciones y medidas vejatorias. Los ultra nacionalistas celotes acaudillaron la resistencia. En los cerros de Judea se

refugiaban y tendían emboscadas a los romanos, que caían sin que se hallase huella de sus asesinos. Era como si el mismo Yahvé combatiera por su pueblo: los judíos estaban persuadidos que su liberación vendría de estos guerrilleros.

Bastaba un pretexto para desencadenar la tensión extática que vivía el pueblo. La rebelión estalló cuando los incrédulos—sirios que hablaban griego y se llamaban a si mismos helenos—trataron de impedir a los judíos el libre ejercicio de su culto y profanaron el acceso a las sinagogas ofreciendo allí sacrificios paganos. Fue la señal de sangrientas luchas callejeras. La situación se agravó más aun cuando el gobernador romano exigió diecisiete talentos a deducir del tesoro del templo. Ante la repulsa unánime de los judíos, lanzó sus soldados contra la multitud y los sacerdotes. Entonces, el pueblo no pudo contener su odio al extranjero y estalló la sublevación general en el año 66 después de Cristo, dos antes de terminar el reinado de Nerón. El campesino abandonó arados y trajes, y empuñó las armas. Tras una espantosa matanza, no quedó ni un soldado de la guarnición. Enviáronse nuevos contingentes a Palestina, pero no pudieron contener los asaltos fanáticos de sus adversarios. Por fin, entró en escena Vespasiano, al frente de un impresionante ejército; con todo, prefirió no marchar directamente sobre Jerusalén. Emprendió la destrucción sistemática de la economía agrícola: la flora, la fauna y las mejoras realizadas, todo, como antaño hicieran los escitas. El general supo la muerte de Nerón cuando la zona rural estaba dominada por entero y sólo Jerusalén quedaba por conquistar. Vespasiano tuvo entonces que ocuparse en otras cosas más importantes que la conquista de la capital judía.

Vespasiano fue proclamado emperador y su hijo Tito puso sitio a Jerusalén. Los judíos esperaban una pronta venida del Mesías, por lo que opusieron una resistencia desesperada. No capitularon ni siquiera cuando el hambre se hizo endémica. Las máquinas de asedio de los romanos nada podían contra las imponentes murallas de Jerusalén. Fue preciso incendiar las puertas para entrar. Tito quería salvar el Templo, pero en plena lucha contra los judíos que salían en multitud del santuario, un legionario arrojó una antorcha en el edificio. El Templo fue pronto presa de las llamas. El resto de los edificios fue arrasado.

Tito Flavio.

Jerusalén había resistido cinco meses en vano. La ciudad santa de los judíos corrió la misma suerte que Nínive, Tiro, Persépolis y Cartago. Los romanos conmemoraron la caída y saqueo de Jerusalén (año 70 después de Cristo) con un desfile magnífico. El

candelabro de siete brazos fue ostentado ante el carro del vencedor. En la Vía Sacra, a la entrada del Foro, se levantó un arco de triunfo decorado con relieves representando escenas del triunfo de Tito.

Flavio Tito

Vespasiano murió en el año 79 después de Cristo a los sesenta y nueve años de edad. Fue el primer emperador romano posterior a Augusto, del que se sabe con certeza que falleció de muerte natural.

Lo sucedió Tito, corregente del imperio desde que comenzó a reinar su padre. Tito era un hombre impresionante, en lo físico y en lo moral. La historia le asignó un envidiable apodo: "delicia del género humano". Era tan caritativo con los desgraciados, que solía exclamar: "Un día en que no he tenido ocasión de hacer el bien, es un día perdido".

En Tito, como antes en Augusto, se constata cómo el poder puede enaltecer el carácter cuando se tienen sentimientos de responsabilidad. Tito hizo construir termas, cuyas ruinas aún atestiguan el cuidado que tenía de su pueblo. Puede imaginarse lo que significaron estas termas para la higiene pública: el romano más pobre podía tomar allí un baño caliente gratuito. Pero el entusiasmo popular quedó colmado el año 80 después de Cristo, cuando Tito inauguró el Coliseo de Vespasiano. Los juegos duraron cien días, relegando al olvido las más espléndidas fiestas de antaño.

El feliz reinado de Tito fue ensombrecido por una terrible catástrofe: la erupción del Vesubio (79 después de Cristo). Las ciudades de Pompeya y Herculano quedaron sepultadas bajo cenizas y lava. Otras ciudades de la Campania fueron también damnificadas por desprendimientos de tierra. Nadie pudo prever tal catástrofe. Fue precedida de algunos movimientos sísmicos, fenómenos tan frecuentes en la Campania, que nadie les concedió importancia; para que llamasen la atención, hubiera sido preciso que los terremotos fuesen tan graves como dieciséis años antes, cuando se derrumbaron varias casas en Pompeya. No se ignoraba que el Vesubio era una montaña volcánica, pero nada parecía indicar una erupción y se le recordaba siempre apagado. En sus laderas se extendían viñas y huertos casi hasta el cráter; al pie de la montaña se levantaban ciudades prósperas en lugares privilegiados, preferidos por los romanos por ser allí el verano fresco y el invierno suave.

Bastaron unas horas para la casi total destrucción de tanto esplendor, el trabajo de muchas generaciones. Millares de seres hallaron la muerte. Los cristianos vieron la mano de Dios en la erupción del Vesubio, como en el incendio de Roma. En los muros de una casa pompeyana aparece una inscripción significativa: *"Sodoma y Gomorra",* quizás debida a algún cristiano o judío, refugiado en la casa durante la catástrofe. Por su parte, Tito se preocupó de los supervivientes y organizó socorros especiales.

Tito, el más popular de los emperadores, murió de una fiebre en el 81 después de Cristo, cuando contaba solamente cuarenta años de edad. Todo el imperio estuvo de luto. El ambicioso Domiciano, hermano del difunto, que había envenenado la vida de Tito con sus intrigas, se apresuró a hacerse con el poder.

El Coliseo – Roma.

Pompeya y Herculano, año 79

Dos escritores célebres fueron testigos de la primera erupción del Vesubio. Uno de ellos fue el sabio Plinio el Viejo, cuya Historia natural ofrece a la posteridad mucho más de lo que el título anuncia: la obra es, en efecto, un diálogo entre el hombre y la naturaleza en todos los terrenos: desde la religión y el arte hasta la medicina y la geografía. Plinio, que mandaba una escuadra de la flota anclada en el golfo de Nápoles, tomó desde el comienzo de la catástrofe cuantas medidas pudo para socorrer a la población. Al mismo tiempo, su insaciable sed de conocimientos le movió a desembarcar, para estudiar el fenómeno más de cerca. Su sangre fría había de costarle la vida, pues mientras huía hacia la costa, en el último momento, fue sorprendido por la lava, sin que sus esclavos, llenos de pánico, acudieran a socorrerlo. Conocemos más detalles por otro amante de la ciencia, su sobrino Plinio el Joven, quien, manteniéndose a distancia, asistió también a la erupción y la describió de manera impresionante.

El cráter comenzó vomitando una densa columna de humo que se extendió rápidamente. De ella descendió una lluvia de cenizas en un radio de varios kilómetros. Toda la región quedó sumida en la oscuridad. "Se oía chillar a las mujeres, llorara los niños y gritar de terror a los hombres. Unos llamaban a sus padres, otros a sus hijos o sus esposos." Todo el que pudo huyó de aquel lugar maldito. Desapareció la luz durante tres días: el Sol siguió velado más tiempo aún; el cielo se entenebreció como un eclipse de Sol. La comarca quedó irreconocible, cubierta de una espesa capa de ceniza volcánica.

Pompeya estaba más alejada del volcán que Herculano. Sus habitantes esperaron hasta el último momento que cesara la erupción. De súbito, un alud de piedras y cenizas aplastó la ciudad, mientras el viento arrastró hacia ella los vapores asfixiantes exhalados por el Vesubio. Algunas piedras tenían el grosor de un guisante; otras, el de un huevo de gallina. El pánico se adueñó de los habitantes. Los que se refugiaron en las casas contra la lluvia de cenizas sufrieron la muerte más espantosa. Quienes huyeron en desorden hacia el mar o hacia el sur tuvieron mejor suerte. Se cree que en Pompeya pereció la décima parte de los veinte mil habitantes de la ciudad propiamente dicha, pero es imposible determinar el número de personas que perecieron en la fuga. En pocas horas, la ciudad quedó cubierta por una capa de cenizas y piedras que alcanzó el techo de las casas. Para colmo, un violento terremoto causó inmensas destrucciones. Cuando se apagó el volcán, sólo aparecían los tejados de algunos edificios del Foro, coronando una extensa zona de ruinas.

Se han encontrado 34 esqueletos humanos en una gran quinta fuera de la ciudad, camino de Herculano. El propietario acomodó a su familia y esclavos en las bodegas para mayor seguridad, y les proveyó de víveres; él mismo, acompañado de un fiel siervo, quiso salvar sus objetos preciosos y tantear las posibilidades de huir hacia el mar. La muerte sorprendió a ambos en la puerta. Sus restos fueron hallados diecisiete siglos más tarde. Junto a ellos había algunas monedas de oro y plata; la mano derecha del propietario asía una artística llave.

Este es un informe sucinto merced a noticias que nos han llegado.

Cuerpos encontrados en las ruinas de Pompeya.

Domiciano, "Nerón El Calvo"

Según las antiguas creencias orientales, el dios Sol es la fuerza central y omnipotente del universo, origen de toda vida. En torno de él, movidas por su fuerza, giran eternamente las siete esferas no concéntricas del celeste espacio. Como el movimiento se trasmite de esfera en esfera hasta la Tierra, lo que ocurre en la Tierra está en estrecha relación con lo que ocurre en el universo. Según la posición de las estrellas, los antiguos caldeos predecían el curso de los acontecimientos en su microcosmos particular que era siempre, en términos matemáticos, una función del macrocosmos. El soberano terrestre, rodeado de sus vasallos, cortesanos y súbditos, realiza los designios celestes; él es el representante del dios Sol: el sol de la tierra. El orden terrestre en cuyo centro se halla el soberano, debe así reflejar la perfección celeste.

Así explica el profesor H. P. L'Orange, entre otras cosas, por qué el circo romano ocupaba una posición central en el pensamiento romano y bizantino, y en la vida política. En el circo, consagrado a Apolo, las cuadrigas giraban como las estrellas en sus órbitas; el emperador aparecía en su puesto de honor como si fuera el mismo dios, dueño del universo. Nerón conducía su carro como Apolo guiaba el suyo a través del firmamento, y por su lira de siete cuerdas resonaba "la armonía de las esferas".

Las historias de Calígula y de Nerón indican que, al principio, los emperadores romanos no podían dejarse llevar impunemente por tales ideas. El Senado se erguía ante ellos como un muro; posteriormente, los historiadores hacían la autopsia de su memoria. Pero la mayoría del pueblo tenía distinta opinión. Ya es sabido que el pueblo romano consideraba a Nerón como a un dios. Se creía incluso que Nerón no había muerto, sino que vivía en alguna comarca de Oriente. Durante muchas generaciones corrieron relatos fantásticos acerca de él.

Domiciano ofreció a Roma un césar divino, decía él mismo: exigía que se le rindiera culto y colocaba su estatua en los santuarios.

Al revés de Tito, Domiciano había recibido una educación muy descuidada, a causa de haber perdido muy pronto a su madre. Indigno de confianza y de muy mala conducta, sentía respeto por su padre y esto lo salvó, ya que se mostró enérgico soberano cuando, al morir Tito, asumió el poder que tanto codiciara. Domiciano no

toleraba arbitrariedades en cuestiones de justicia, ni la menor insubordinación hacia las autoridades administrativas. Continuó con celo los trabajos iniciados por su padre y su hermano. En general, su política exterior no dio malos resultados.

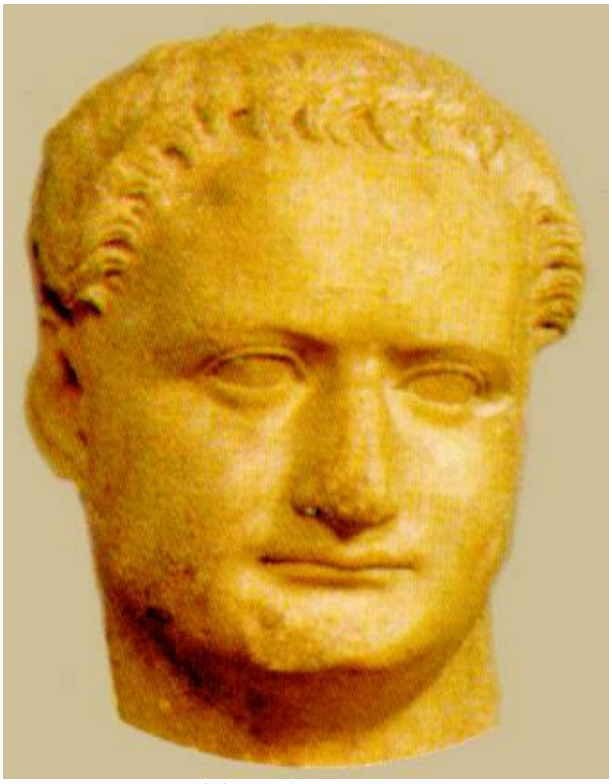
Pero sus defectos superaron pronto sus cualidades. Exigía que se prosternasen ante él. Eligió como modelo a Tiberio, personificación de la suspicacia y desprecio hacia sus semejantes. Pero, al contrario de este discípulo de Augusto, no transigía con la dignidad divina de la que se había revestido. No quería ser llamado *princeps civium*, el primero de los ciudadanos, sino *dominus et deus*, señor y dios. En los festines de la corte comía solo, sentado con orgullo y majestad a una mesa individual, y prohibía en absoluto a sus invitados pronunciar ni una palabra.

Domiciano implantó pues una monarquía transitoria en Roma. Sabía muy bien que los romanos jamás aceptarían cosa semejante sin oposición. César había sido asesinado porque se sospechaba de sus ambiciones monárquicas; otro tanto les había ocurrido a Calígula y a Nerón. Domiciano no quiso correr riesgos inútiles. Tenía espías por todas partes; maliciaba sobre todo de los romanos más distinguidos; por eso fueron -asesinados en su mayor parte.

Intentos hubo de acabar con semejante régimen, pero Domiciano respondía con ejecuciones masivas que provocaban nuevas conjuraciones. Aun los propios parientes del déspota temían por sus vidas. Su esposa se enteró por casualidad que el emperador tenía intención de asesinarla junto con sus familiares. Entre la emperatriz y otras personas amenazadas -el comandante de la guardia personal entre ellas- tramaron la conjura mejor organizada, desembarazándose finalmente del tirano en el año 96 después de Cristo.

Los cristianos experimentaron también la crueldad del emperador. Domiciano extendió fuera de la capital persecuciones sangrientas contra ellos; el propio Nerón nunca llevó las cosas tan lejos. El terror se cebó en diversos lugares del imperio, sobre todo en Asia menor. Se cree que el *Apocalipsis* de san Juan se escribió hacia esta época, durante su destierro. Nunca ha podido saberse a quién o a qué institución representan las figuras de la Gran Bestia y la prostituta de Babilonia en la visión profética que cierra el libro revelado de los cristianos.

El Senado se vengó de Domiciano proclamando una *damnatio memoriae* (maldición de su memoria), como hiciera con Nerón. Oficialmente quedó borrado de la historia el nombre de Domiciano. Sus estatuas fueron hechas añicos; los templos que mandó construir se consideraron inaugurados por sus sucesores. El odio que Roma profesaba a su "divino" emperador se desató cuando el déspota desapareció de escena. La *damnatio memoriae* era un castigo terrible en una época en que todavía se daba importancia a la liturgia póstuma. Sobre todo para Domiciano, ávido de una insaciable acumulación de honores y gloria.



Domiciano, el "Nerón Calvo".

Las fronteras

La política exterior de Domiciano fue, por lo general, beneficiosa para el imperio. En el Danubio entabló una guerra larga y sangrienta con las tribus de la otra orilla, desde Bohemia hasta el mar Negro. Los romanos sufrieron algunas derrotas deplorables que llegaron a desvirtuar las victorias conseguidas. En cambio, se ensancharon los límites del imperio en Bretaña y Germanía.

En Bretaña, el procónsul Agrícola prosiguió las conquistas de Claudio. Después de sangrientos combates por tierra y por mar, extendió el poder romano por toda Inglaterra -a excepción del País de Gales, donde no se conservan huellas romanas- hasta el sur de Escocia. Domiciano puso término a las victorias de Agrícola trasladándolo a otro destino. Necesitaba concentrar las fuerzas romanas en los territorios fronterizos del Rin y del Danubio para realizar los proyectos elaborados por su padre: someter al poder romano el triángulo imitado por el Danubio, el Rin y el Main, la actual Baden y algunas comarcas de Wurtemberg, Hesse y Baviera. De esta forma, se redujo bastante la longitud de la frontera. La nueva línea limítrofe, la célebre limes romana, se extendía prácticamente desde Ratisbona hasta Coblenza. La *limes* no era una línea de defensa contra una invasión enemiga; estaba destinada a impedir a los germanos que franqueasen las fronteras por lugares no vigilados por los romanos. Las tribus germánicas fueron previamente evacuadas de los territorios recién adquiridos. Las tropas destinadas a su defensa se instalaron en un centenar de campos fortificados, de los que dependían más de mil torres de vigía. Allí, Roma instaló legionarios veteranos y colonos galos. Para asegurar la conexión entre los distintos puestos, se construyó una calzada militar a lo largo de la limes. Poco a poco se protegió la calzada con empalizadas y, en algunos lugares, con fosos. La cultura romana se extendió con rapidez

gracias a las calzadas militares que los romanos construyeron en ese triángulo, según su costumbre.

Los campamentos y fortalezas romanos se convirtieron en centros de civilizados, pues los soldados casados recibían allí domicilio fijo, de modo que en torno a cada campamento nació un pueblo o una ciudad, donde se establecieron artesanos y comerciantes y se edificaron templos, anfiteatros y termas. Los romanos aprovecharon también las fuentes termales.

Los romanos realizaron colosales trabajos para conducir agua potable y fresca a sus ciudades. Los acueductos de Francia son monumentos importantes que aún proclaman la gloria de la cultura romana; en Italia se usan todavía algunos acueductos construidos por los romanos. En España son dignos de mención el famoso acueducto de Segovia, el de las Ferreras (Tarragona), los tres de Mérida y el llamado Caños de Carmona, que aportaba aguas a Hispalis (Sevilla).

LOS ANTONINOS: APOGEO DEL IMPERIO

Nerva y Trajano

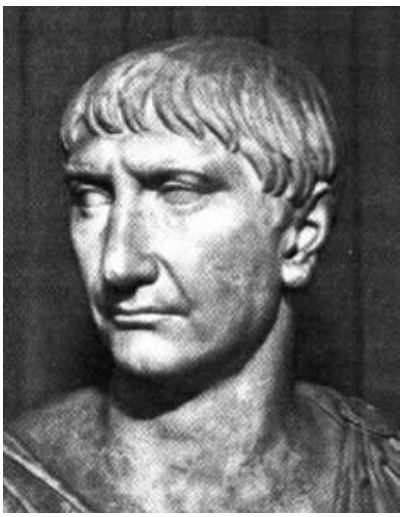
A la muerte de Domiciano, el Senado designó por su cuenta un sucesor al trono. Nombró emperador a uno de sus miembros, el senador Nerva, de sesenta años de edad. Nerva era un jurista muy estimado y no un hombre autoritario; por su parte, el Senado no podía apoyar al nuevo emperador todo lo necesario, pues Domiciano había hecho asesinar a casi todos los senadores de mayor prestigio. Para los pretorianos, un césar tan poco militar como Nerva no significaba nada o muy poca cosa; para no quedar impotente ante ellos, el nuevo césar adoptó a uno de los generales más famosos, Trajano, y lo hizo su co-regente.

Roma iba a disfrutar unos tiempos felices bajo el mandato de estos dos excelentes jefes. Nerva puso orden en la corte, en la burocracia y en la economía. Confiscó los bienes de Domiciano y sacrificó de buen grado su inmensa fortuna personal en interés del Estado. Murió esos años después y Trajano se convirtió en dueño de Roma.

Trajano fue el primer "provinciano" que ocupó el trono. Nacido en España, pertenecía a una familia de emigrados romanos. El nuevo soberano fue un Julio César en tono menor, caballeresco, simpático y siempre dispuesto a poner su talento al servicio del pueblo. Por su origen provinciano, se hallaba muy bien informado de la situación y problemas de los territorios conquistados. Se esforzó por asegurar su prosperidad e impulsó su romanización otorgando la igualdad de derechos con la metrópoli, ya iniciada en tiempo de César.

No obstante su interés por las provincias, Trajano se percataba del peligro que amenazaba en especial a la madre patria: la disminución el número de nacimientos, fenómeno que se dejaba sentir ya en recia. Aunque en vano, Augusto había combatido con medidas legislativas la falta de nacimientos entre las clases dirigentes. Nerva empleó otro procedimiento: la educación de los niños pobres a cargo del Estado.

Trajano siguió el mismo camino. Se deduce de dos inscripciones de su época; una, procedente de una ciudad pequeña de Italia septentrional, donde el emperador ofrecía un millón de sestercios, cantidad cuyos intereses mensuales debían ser asignados a mantener y educar a unos trescientos niños legítimos, aunque pobres. Otra inscripción detalla que el emperador ofreció dinero varias veces a la ciudad de Benevento, Italia meridional, con el mismo objetivo. En la propia Roma, Trajano aseguró con fondos del Estado el mantenimiento de cinco mil niños pobres. Algunos sucesores de Trajano continuaron su obra y varios particulares siguieron el ejemplo del emperador.



Trajano.

La correspondencia entre Trajano y Plinio el Joven nos proporciona datos acerca de la obra realizada por el emperador. Plinio era entonces gobernador de Bitinia, en la costa meridional del mar Negro. Las cartas conservadas evidencian que el emperador quería estar informado, hasta en los menores detalles, de la administración de las provincias.

Esta interesante correspondencia ilumina las relaciones entre la administración romana. En la época de Trajano no puede hablarse de una campaña persecutoria a lo Nerón o Domiciano, pero sí de un estado permanente de malquerencia, como ocurriría, por lo demás, todavía más de siglo y medio. La religión cristiana aún era considerada asocial y condenable.

Es preciso dedicar unos párrafos especiales a los monumentos erigidos por Trajano en Roma.

Ya en tiempo de César, el antiguo y venerable Foro romano resultaba pequeño como centro administrativo de la capital del mundo. En el año 46 antes de Cristo, César inauguró el nuevo Forum Julium, con su templo dedicado a Venus, la madre de la *gens Iulia*. Fue la primera de una larga serie de plazas imperiales que, desde las excavaciones ordenadas por Mussolini, ha ido extendiendo su área de ruinas al nordeste del Viejo Foro. La más bella es la plaza de Trajano, casi tan grande como las otras cuatro juntas; en ella se desarrollaron los fastos más grandiosos del imperio romano durante mucho tiempo.

Reconstruyéndola hoy, sería una plaza de unos trescientos metros de largo por cerca de ciento cincuenta de ancho. En el extremo semicircular noroeste, el emperador Adriano erigió más tarde un templo a su predecesor. A través del espacio libre se levantaba una basílica de cinco naves, la *Basílica Ulpia* (de Ulpio, apellido familiar del emperador). *Basílica*, "edificio real", era el nombre helenístico que los romanos daban a una construcción destinada a reuniones públicas o mercantiles. Lo frecuente era que la basílica estuviese dividida en tres naves por dos líneas de columnas y rematase en un espacio elevado que servía de tribunal. La basílica sirvió de modelo para las futuras iglesias cristianas, por lo que éstas conservaron aquel mismo nombre.

Entre la basílica y el templo, la columna triunfal de Trajano ostenta aún los relieves originales que, enroscándose por los cuarenta metros de altura que posee, muestran una tras otra las campañas militares del emperador. Esta columna convirtióse después en su mausoleo, ya que sus cenizas fueron depositadas en una urna de oro, en un hueco hecho al pie de la misma. A ambos lados de la columna se levantaban una biblioteca griega y otra romana; el emperador quiso dar a la sabiduría un lugar conveniente, junto a los monumentos guerreros. Con el Foro

Trajano, el gran emperador levantó un monumento espléndido a su propia memoria y a la de su tiempo, proporcionando a la vez. a la administración imperial el espacio que necesitaba. Ello fue a expensas de la actividad comercial y al precio de expropiaciones despiadadas en el centro de los barrios más populosos de la metrópoli, si bien era muy propio del carácter de Trajano ofrecer compensaciones.

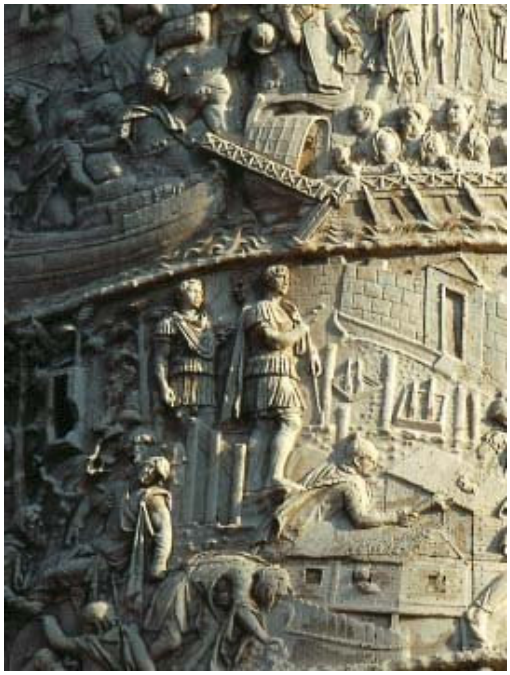
Mussolini, quien se creía predestinado a hacer revivir la antigua grandeza de la época imperial, apenas inició su gobierno emprendió trabajos colosales para descubrir los monumentos de la edad de oro romana. Los arqueólogos italianos empezaron entonces a quitar el yeso de un viejo muro de contención junto a dos enormes inmuebles de viviendas, creyéndolo el muro que rodeaba el Foro de Trajano. Pronto salieron de su error: el muro en cuestión seguía paralelo a la plaza pero avanzaba mucho más que las casas. Las investigaciones posteriores dieron como resultado un hallazgo sensacional: resultó que todo el barrio de la colina que conducía al Foro Trajano, por encima del viejo muro, databa de la Antigüedad. Las familias romanas habían vivido sin interrupción bajo los mismos techos, usando las mismas escaleras, comprando en los mismos mercados, desde el siglo I al XX. Tal hecho acredita plenamente aquella expresión de "ciudad eterna" atribuida a Roma. Todos los edificios pertenecían a un gran complejo, obra de Trajano y de su genial arquitecto Apolodoro de Damasco.

Sobre la roca y por debajo de ella, Apolodoro acumuló locales unos sobre otros. Los inmuebles comerciales escalaban el Quirinal, repartidos entre diversos barrios. Algunas partes del complejo, aún en pie, tienen hasta seis pisos. Unas aberturas permiten pasar la luz por todas partes; las calles transversales facilitan la circulación por el interior de los barrios. Los comercios, unos a continuación de otros, bordean callejuelas y plazas, típicamente romanas desde el punto de vista de la construcción y forma; no obstante, recuerda los bazares orientales, ya que el arquitecto era oriental. El modo como Apolodoro resolvió los problemas planteados por la construcción en lugar tan rocoso llama aún la atención en nuestro siglo.

Este complejo macizo de ruinas de piedra roja está hoy libre de los adornos añadidos en épocas posteriores, y delimita la plaza imperial; de esta manera podemos apreciar en la cultura romana de aquel tiempo una civilización urbana comparable a la nuestra.

Existe en Ostia un monumento que demuestra el cuidado del emperador Trajano en promover la prosperidad de su imperio. Se trata del gran estanque hexagonal, construido para sustituir el viejo puerto de la época de Claudio, y el canal que unía el Tíber con el mar, un poco al norte de su desembocadura. Aun subsiste hoy en este lugar el puerto de Roma. Desde la construcción de Ostia, en los primeros tiempos de la República, se había luchado de continuo contra las arenas de la desembocadura, que amenazaba constantemente cerrarlo a la navegación. Levantóse una nueva Ostia más cerca del mar; la ciudad antigua quedó sepultada poco a poco bajo la arena. Calles y casas, almacenes, talleres y comercios se encuentran allí como en la Antigüedad. Una de estas casas albergó un día a san Agustín, padre de la Iglesia, y a su madre, la piadosa Mónica. Todo el cuadro de la vida cotidiana de la edad de oro imperial se ha conservado admirablemente en la antigua Ostia. Podemos imaginar las casas más altas de varios pisos, las calles pobladas por la abigarrada multitud de las ciudades portuarias. Los innumerables carritos tirados por asnos y bueyes que cavaron profundos surcos en el pavimento de las calles. La antigua Ostia tenía merenderos y tabernas apenas distintos a los establecimientos que poseen hoy las ciudades pequeñas de Italia. Los comercios, orlando las calles, unos junto a otros. De trecho en trecho, una escalera desciende desde la calzada a un entresuelo ocupado sin duda por artesanos y tenderos. Los dos pisos superiores son habitaciones respectivamente desde la calle por la entrada y desde el jardín por las escaleras particulares. Este sistema se encuentra en las grandes "viviendas de alojamiento múltiple" de la época imperial, que se han perpetuado hasta hoy.

La "modernidad" de estas construcciones no se detiene aquí. Estaban hechas de hormigón, mezcla dura y consistente de cal, arena, piedra roja triturada y grava, que los arquitectos romanos lograron obtener con extraordinaria perfección. Los muros de hormigón estaban revestidos de un enladrillado o con piedras naturales talladas. Las ruinas de Ostia y el complejo urbano de Trajano en Roma ostentaban el sello del pueblo romano y testimonian sus más altas cualidades: sentido práctico e ingenio técnico.



Detalle de la Columna Trajana.

Conquista de la Dacia

Trajano era ante todo militar. Un enérgico defensor de las fronteras del imperio. Los más temibles enemigos de Roma eran, en aquella época, los dacios, pueblo belicoso que habitaba al norte del Danubio inferior, en el gran triángulo limitado al oeste por el Tisza, afluente del Danubio; al este por el Pruth y al norte por los Cárpatos. La verdadera cuna de los dacios estaba situada en el centro de este territorio. Trajano sometió por completo a los dacios después de una resistencia desesperada; su rey se dio muerte. Durante siglo y medio, la Dacia sería la avanzada del imperio romano entre los pueblos bárbaros del norte de los Balcanes. Dacia entera se convirtió en una enorme fortaleza. Todavía en nuestros días se encuentran allí muchos restos de fuertes y otras obras defensivas que datan de la época romana. La población autóctona fue diezmada por la guerra y el resto reducido a esclavitud. Desde todos los rincones del imperio romano acudieron colonos atraídos por los filones auríferos y la tierra fértil de la llanura. Dacia fue tan completamente romanizada, que aún hoy se habla allí una lengua romance; o sea, derivada del romano (latín): el rumano.

El vencedor de los dacios quiso someter también a los partos. Trajano realizó en su vejez el último proyecto militar del primer césar. Llevó sus enseñas triunfales al corazón de Armenia y la alta Mesopotamia.

Cuando Trajano estaba ocupado en poner orden en los territorios recién conquistados y en reprimir algunas rebeliones, cayó enfermo de gravedad y hubo de resignar el mando. Se lo confió a Adriano, a quien adoptaría en su lecho de muerte y designaría como sucesor. Trajano quiso volver a Roma, pero murió en el camino, en Cilicia a los sesenta y dos años (año 117). Roma perdía con él al último de sus conquistadores, a quien llevara al imperio romano a la cima de su poder territorial. Después de su muerte, el Senado saludó al nuevo príncipe con estas palabras: "¡Sed más feliz que Augusto y más justo que Trajano!".

Correspondencia de Plinio el Joven

Carta XXVIII a Trajano - Auditoría fiscal

Actualmente examino el estado de los asuntos públicos de los prusenses, sus cargos, rentas y deudas. Cuanto más avanzo en este examen, más reconozco su necesidad; porque veo de un lado que, bajo diferentes pretextos, muchos particulares retienen lo que deben a esta república; y de otro, que la recargan con gastos ilegítimos. A poco de llegar te escribí todo esto, señor. Entré en las provincias el XV de las kalendas de octubre; y la encontré poseída del respeto y sumisión a ti, que mereces de todo el género humano. Considera, señor, si será conveniente que envíes aquí un agrimensor. Paréceme que si se tasan bien las obras públicas, podrá obligarse a los contratistas a que devuelvan cantidades considerables. Esto lo creo así después de haber examinado con Máximo las cuentas de esta república.

Carta XLVII a Trajano - Cómo tratar a los cristianos

Nunca he asistido al proceso y sentencia de ningún cristiano. Así es que ignoro sobre qué recae la información que se hace contra ellos, y hasta dónde puede llevarse el castigo. Vacilo mucho acerca de la diferencia de edades. ¿Deben ser castigados todos, sin distinción de jóvenes y ancianos? ¿Debe perdonarse al que se arrepiente, o es inútil renunciar al cristianismo una vez abrazado? ¿Es sólo el nombre lo que se castiga en ellos"

¿Qué crímenes hay unidos a este nombre? A los que lo han confesado, los he interrogado por segunda y tercera vez, y los he amenazado con el suplicio, y a él los he enviado si han persistido. Porque, fuera lo que quisiera lo que confesasen, he creído que debía castigarse su desobediencia e invencible obstinación. Otros hay dominados por la misma locura, que he reservado para enviarlos a Roma, porque son ciudadanos romanos. Hánme entregado una memoria sin nombre de autor, en la que se acusa de ser cristianos diferentes personas que niegan serlo y haberlo sido nunca. En presencia mía y según los términos que les he dictado, han invocado a los dioses y ofrecido incienso y vino a tu imagen, que había hecho llevar expresamente con las estatuas de nuestras divinidades, y hasta han lanzado imprecaciones contra Cristo, a lo que, según dicen, no es posible obligar jamás a los que son verdaderamente cristianos. He credo, pues, que debía absolverlos. Otros, delatados por un denunciador, han declarado primeramente que eran cristianos; y en seguida que lo habían sido, pero que habían dejado de serlo, unos, hacía ya más de tres años, y otros desde tiempo más remoto, y algunos desde veinte años atrás. Todos estos han adorado tu imagen y las estatuas de los dioses y lanzado maldiciones contra Cristo. Decían que todo su error o falta se limitaba a estos puntos: que en determinado día se reunían antes de salir el sol y cantaban sucesivamente himnos en honor de Cristo, como si fuese Dios; que se obligaban bajo juramento, no para crímenes, sino a no cometer robo ni adulterio; a no faltar a la promesa, a no negar el depósito; que después de esto, acostumbraban separarse, y que después se reunían para comer en común manjares inocentes; que habían dejado de hacerlo después de mi edicto, por el cual, según tus órdenes, prohibí toda clase de reuniones. Este mal contagioso no solamente ha infestado las ciudades, sino que también las aldeas y los campos. Creo, sin embargo, que puede ponerse remedio y detenerlo. Lo cierto es que los templos, que estaban desiertos, son frecuentados y que comienzan de nuevo los sacrificios que se olvidaban. Por todas partes se venden víctimas, que antes tenían pocos compradores; comprendiéndose por esto a cuántos se les puede separar de su extravío si se perdona a los arrepentidos.

Carta XLVIII - Respuesta de Trajano.

Has hecho, querido Segundo, lo que debías hacer en las causas que te han presentado de los cristianos; porque no es posible establecer regla fija en esa clase de asuntos. No deben hacerse pesquisas; si se les acusa y quedan convictos, se les debe castigar. Sin embargo, si el acusado niega que es cristiano y lo demuestra con su conducta; es decir, invocando a los dioses,

es necesario perdonarlo por su arrepentimiento, cualquiera que sea la sospecha que pesase sobre él. Por lo demás, por ninguna clase de delito deben recibirse denuncias anónimas, porque esto daría pernicioso ejemplo, muy contrario a nuestra época.

Carta LI de Trajano - Preocupación ecológica

Puede tentarnos la unión de ese lago con el mar, pero ha de mirarse mucho no sea que se vacié por completo. Asegúrate de la cantidad de agua que recibe y de dónde viene. Puedes pedir a Calpurnio Macer un nivelador, y yo te enviaré de aquí algún perito en esa clase de trabajos.

Elio Adriano

Adriano sucedió a su padre adoptivo. Era también de origen español. Su padre era sobrino del emperador Trajano. Éste titubeó sin duda al nombrarlo sucesor, pues veía en Adriano un adversario de su política personal, basada en la conquista. Es cierto que el nuevo cesar se mostró hábil general, pero no estaba hecho para la guerra. Quería consagrar su vida a la prosperidad del imperio en el interior de las fronteras adquiridas; no deseaba ensancharlas más. Por otra parte, el imperio hubo de emplear todos sus recursos para conservar las conquistas de Trajano. Además, habían estallado rebeliones: al norte y sur, pueblos bárbaros, al comprobar que el grueso del ejército romano se dirigía hacia Asia, habían tomado las armas. Por tal motivo, Adriano imitó la conducta de Augusto después de la derrota de Varo y abandonó las nuevas conquistas realizadas más allá del Éufrates.

Adriano cedió terreno no sólo en Oriente, sino también en Gran Bretaña. Atrincheró el norte de Inglaterra y construyó a lo ancho de la isla, desde la desembocadura del Tyne, un muro defendido con fuertes escalonados, un nuevo *limes*. Detrás del muro estableció varios campos atrincherados que podían acoger importantes efectivo. Quedan algunos restos del "muro de Adriano" y de otra muralla levantada por Antonio Pío más al norte, en Escocia, para proteger las fortificaciones de Adriano.

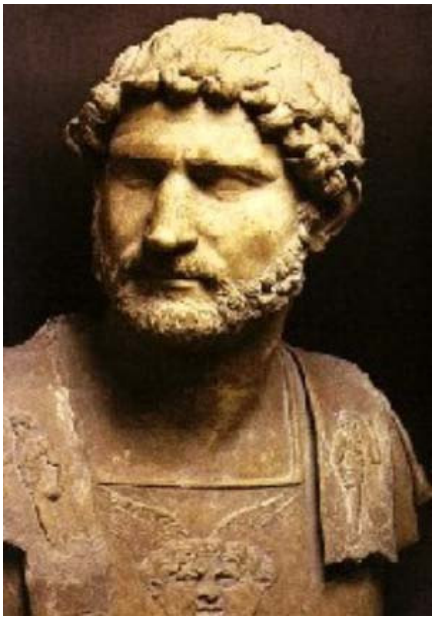
El muro de Adriano constituye un símbolo de su política extranjera. El emperador nunca rompió la paz con sus vecinos y prefirió arreglar las diferencias de manera pacífica. Con todo, apoyó sus puntos de vista con adecuada energía. Por eso no sólo construyó el muro, sino también otras fortalezas a imitación de la calzada entre el Rin y el Danubio. Dacia, protegida naturalmente por los Cárpatos, fue fortificada en los pasos que éstos dejaban desguarnecidos. Las legiones velaban por doquier en las fronteras, preservando a Roma a su cultura contra las invasiones.

Trajano había sido el romano ideal. Adriano, en cambio, era un ciudadano del mundo, más griego que "antiguo romano". Por ello, aplaudieron los griegos su advenimiento y no carecían de razones. Adriano hizo más que la mayor parte de los emperadores romanos por el acercamiento espiritual entre ambas mitades del mundo antiguo, la Hélade y Roma. Durante su reinado se helenizaron también los territorios occidentales del imperio

Ningún césar estuvo tan próximo a sus ochenta millones de súbditos. Nada le agradaba tanto como recorrer su imperio, conocer los distintos países, las bellezas de sus paisajes, los tesoros de su cultura; le gustaba visitar los lugares famosos de la historia, los campos de batalla de Platea y Mantinea, las tumbas de Milcíades, Epaminondas y Alcibíades. Permaneció mucho tiempo en Grecia viviendo un ideal romántico: resucitar el glorioso pasado de la Hélade.

Adriano viajó durante más de la mitad de su reinado. Se le llama el mayor turista de la historia antigua. Sin embargo, no debe creerse que sólo viajaba por placer. Por donde iba, se informaba de la situación del pueblo y se esforzaba en mejorarla; en tal

sentido, practicaba la beneficencia, aunque ejercía una inspección muy rigurosa. Sus viajes eran excursiones turísticas, es cierto, pero al mismo tiempo viajes de inspección que ningún otro emperador emprendió como él. La prosperidad de las provincias nunca fue mayor como durante el reinado de este príncipe de la paz.



Adriano.

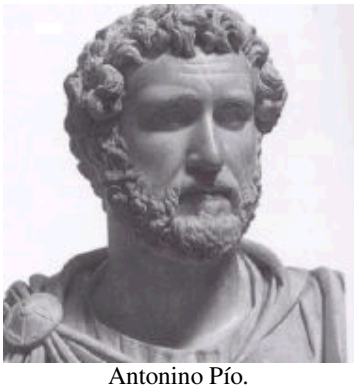
Pero la medalla tenía un reverso no tan laudable.

El emperador fundó una colonia romana sobre las ruinas de Jerusalén. El templo, dedicado a Júpiter y construido por Adriano precisamente donde se elevó antaño el gran templo de Yahvé, fue motivo de resentimiento y escándalo para los judíos, quienes se rebelaron, siguiendo a un personaje que se hizo pasar por el Mesías, y se llamaba a sí mismo "hijo de las estrellas". La guerra se llevó con igual fanatismo por ambas partes. El resultado fue la desaparición casi total del pueblo judío de Palestina.

Los hijos de Israel consideraron como un castigo de Yahvé la terrible enfermedad que afectó a Adriano después de la represión. La verdad es que cuando su bienamado Antínoo pereció ahogado en el Nilo, el sensible Adriano cayó en la depresión más abrupta; ordenó erigirle estatuas y templetes por todo el imperio. Desde entonces se volvió huraño. Ni toda la belleza de la Tierra podía apaciguarlo. En vano reunía Adriano en los parques y jardines de su célebre quinta junto a Tívoli todas las maravillas artísticas que el dinero puede adquirir. El esplendor de esta vida incluso eclipsaba el palacio dorado de Nerón. La mansión de placer y los parques y edificios contiguos formaban un mundo en miniatura, que contenía todo cuanto puede hacer bella y feliz la vida. Manantiales cristianos, cascadas, jardines llenos de flores con fuentes y peristilos, un estadio, termas, una biblioteca, un circo, un templo. Allí pasó el emperador los últimos años de su vida.

El pobre Adriano quiso hacer de Tívoli un paraíso terrestre y fue un infierno para él. Las torturas morales cambiaron su carácter, haciéndole insoportable a sus amigos y criados. En sus momentos de desesperación suplicaba a los médicos que le dieran veneno e imploraba a sus esclavos que le quitaran la vida.

En el año 138, el infatigable viajero se vio libre de sus sufrimientos. Tenía sesenta y dos años de edad.



Antonino Pío.

Antonino Pío y Marco Aurelio

Adriano adoptó y designó como sucesor al valiente y piadoso Antonino, y éste, por orden de Adriano, adoptó a Marco Aurelio, entonces de diecisiete años. Adriano simpatizaba mucho con este muchacho. El nombre de familia de Marco Aurelio fue Vero; Adriano le llamaba siempre *Veríssimus* (el más sincero, el más honrado). Al llegar a adulto, Marco Aurelio fue co-regente de su padre adoptivo. Con él subía al trono un filósofo, un verdadero apóstol penetrado de un deseo laudabilísimo: poner en práctica la doctrina de los estoicos. Sus primeros años se deslizaron junto a una madre piadosa que le enseñó la tolerancia y la bondad hacia sus semejantes. "Ella me recomendó -dice Marco Aurelio en sus documentos autobiográficos- el abstenerme no sólo de malas acciones, sino también de pensamientos malos; quería que viviera con sobriedad y sencillez; y sintiera repugnancia por el lujo y las riquezas." El futuro emperador pronto demostró que se podía vivir en la corte sin guardia personal, sin vestidos suntuosos, fiestas ni estatuas, sin manifestaciones vanas de lujo, casi tan sobrio como un sencillo ciudadano, y sin descuidar los deberes del gobierno. Desde los doce años, Marco Aurelio se esforzó por vivir según los preceptos de los estoicos. Joven aún, podía dominarse hasta tal punto que ni el pesar ni la alegría modificaban la expresión de su rostro. Prefería el sencillo manto de filósofo a la púrpura imperial. Dormía en el suelo, lo que debió perjudicar su delicada salud. Fue necesaria toda la insistencia de su madre para que consintiese en dormir sobre un camastro, cubierto de pieles. Gustaba sobre todo de la compañía de los filósofos. Marco Aurelio concedió el primer consulado de su reinado a su profesor de filosofía. Más tarde hizo con mucha frecuencia tales nombramientos.

Marco Aurelio era un discípulo convencido del filósofo frigio Epicteto, un esclavo anciano a quien su dueño había tratado tan mal que le había quebrado una pierna, dejándolo lisiado para toda la vida. Incapaz de trabajar, al fin el filósofo alcanzó la libertad. Recorrió todo el país para enseñar su doctrina. Incluso en Roma encontró oyentes apasionados. Pero el tirano Domiciano lo expulsó de la capital. El filósofo se refugió en Epiro, donde reunió a los más abnegados de sus discípulos. Quizás escribió su propio epitafio, un epigrama sobre el sufrimiento y la pobreza:

"Yo, Epicteto, esclavo, deforme e inválido, fui mendigo, pero favorito de los dioses."

Epicteto predicó la fraternidad humana más que ningún otro pensador pagano de Occidente. Enseñó que los hombres son hermanos, cualquiera que sea su nacionalidad, y que es preciso amar a los propios enemigos. El hombre que ha de enseñar a los hombres -dice- debe superar sus propias alegrías y penas, debe estar lo bastante puri-

ficado para ser el mejor ejemplo de su doctrina, debe poder decir a los desgraciados que se quejan de su suerte: "Miradme: como vosotros, no tengo ni patria ni casa ni bienes ni esclavos. Duermo en el suelo. No tengo mujer ni hijos. No tengo más que el cielo, la tierra y mi manto". Epicteto dice también:

> "Un filósofo puede ser apaleado como un asno y, sin embargo, amar a la humanidad entera, sentirse padre y hermano de todos los hombres, incluso del que le golpea. Pues no existe verdadera injusticia. Si nos sentimos victimas de una injusticia, no es porque alguien nos haga mal, sino porque nosotros imaginamos que se nos trata injustamente. No son las cosas o los actos mismos los que nos causan esta impresión, sino sólo la idea que nosotros nos forjamos." Nos recuerda la manera de pensar del sofista Protágoras. Epicteto desarrolla esta idea hasta su admirable principio estoico: "No temas la enfermedad, la muerte o la miseria, sino teme el temerlas".

A pesar de las analogías aparentes entre la filosofía de Epicteto y el cristianismo, hay una diferencia esencial. En Epicteto, el amor al prójimo es más pasivo que activo. Hay diferencia también en la actitud frente al mal. El cristiano se indigna y lucha contra la corrupción de costumbres. El estoico tira fuertemente las riendas de su potro interior y obtiene una serenidad, olímpicamente ajena al loco traqueteo que los hindúes llaman "maya", "ilusión". El estoico hace de su resignación ante el mal, la señal de la sabiduría. No vale la pena combatir el mal, pues todo lo que sucede tenía que suceder de una u otra forma (¿incluso, entonces, la misma lucha contra el hado es parte de éste?...)

Discípulo de Epicteto, Marco Aurelio escribió una obra filosófica titulada ***Pensamientos,*** especie de diario de su vida interior; y algunas consideraciones sobre el mundo y los hombres. Se ha llamado a este libro la obra didáctica más importante del mundo pagano. En él, el sentido estricto del deber, muy romano, va unido a intenciones altruistas. No debemos -dice el imperial escritor -buscar los bienes terrenales, sino la perfección personal, aplicando a todos los actos de nuestra vida una severa moralidad. La vida interior es lo único estable de nuestra existencia. Ahí encontraréis el mejor refugio que el hombre pueda soñar. Si obráis así, podréis soportar con tranquila serenidad las vicisitudes de la fortuna y la maldad de los hombres, y veréis que esta maldad se asienta en la necesidad. Entonces podréis dominar vuestra ansia de honores y otras vanidades.

> "Por otra parte, al cabo de poco tiempo no seréis más que ceniza y polvo, un hombre vacío de sentido, en el supuesto que alguien se acuerde de vuestro nombre. Después de la muerte, Alejandro de Macedonia compartió la suerte de su arriero. El tiempo es un río que murmura: apenas hay algo que aflora a la superficie, cuando lo lleva ya la corriente y vuelve a aparecer otra cosa para desaparecer también." ¿Qué importancia hemos de conceder a la opinión de los demás? "A menudo -dice Marco Aurelio-, me asombro al ver al hombre, que se prefiere siempre a los demás, conceder menos crédito a su juicio que al de los otros." No hay que preocuparse del qué dirán, sino atender a nuestro interior. Ahí se encuentra la fuente del bien, una fuente que no se secará jamás. Quien se deja gobernar por la divinidad que habita en vosotros mismos, se convirtió en auténtico hombre. Entonces podrá acoger el sufrimiento con resignación, pues también él proviene de un poder infinitamente bueno que es el único que sabe lo que más nos conviene. Preciso es acoger también la muerte con calma, "pues lo que importa es estar bien dispuestos por nuestra parte. Debemos partir con alegría, como la fruta madura que al caer bendice todavía al árbol que la ha producido y a la rama que la ha sostenido".

El filósofo coronado hubiera preferido consagrar su vida únicamente a la filosofía. Pero el deber le imponía otras tareas. Antonino Pío murió en 161, después de un reinado

pacífico y feliz, siendo echado de menos por todo el pueblo. Le sucedió Marco Aurelio, a la edad de cuarenta años.

En Oriente recrudecía la lucha contra los partos. Sin embargo, la guerra acabó felizmente sin que Marco Aurelio tuviera necesidad de intervenir en persona. Pero la situación era mucho más peligrosa en el Danubio, donde el poder romano estaba amenazado por una nueva migración que recordaba la de los cimbrios y teutones o la invasión germánica de Galia de la época de César y Ariovisto. Del Danubio hasta Alemania del norte, los germanos se habían unido en una liga común bajo la dirección de los marcomanos: su objetivo era ahora, como en la época del terror cimbrio, arrancar por la fuerza nuevos territorios al imperio romano. Parece que esta vez fue necesario contar con un nuevo factor: los pueblos eslavos que venían del este. Las fuentes históricas de esta época citan, junto a tribus germánicas muy conocidas, algunos nombres de pueblos eslavos que debieron habitar en el Vístula y en los Cárpatos.

Dirigidas por los marcomanos, las tribus germánicas se lanzaron en el año 167 contra la Panonia, actual Hungría, infligiendo una seria derrota a un ejército romano. Después, estas tribus empujaron hacia el suroeste, franquearon los Alpes e invadieron Italia del norte. El imperio quedaba abierto a las tribus germánicas, pues todas las unidades romanas de alguna importancia habían sido trasladadas a las fortificaciones fronterizas, ya rebasadas. La población civil hacia mucho tiempo que había dejado de ser capaz de defender sus hogares: desde que las fuerzas romanas se convirtieran en tropas regulares. El terror inspirado por estos invasores germánicos, a quienes no se había visto hacía más de dos siglos, fue indescriptible.

Marco Aurelio viose obligado a ponerse en campaña. Pese a su debilidad física, cumplió a maravillas su deber de general. La paz concertada con los partos facilitó las cosas. Pudo entonces echar mano de las legiones de Oriente. Cuando llegaron estas tropas a Italia, se puso el propio emperador al frente, se dirigió contra los germanos y los arrojó al otro lado de los Alpes. La Panonia fue reconquistada también. Pero Marco Aurelio vio transcurrir en guerra doce de los diecinueve años que duró su reinado, para contener la marea siempre renovada de los bárbaros. Para sostener esta lucha interminable, el emperador tuvo que empeñar incluso la vajilla de oro y plata que se guardaba en el palacio imperial desde Augusto.

Marco Aurelio supo conservar la serenidad en estos años de prueba; en los breves momentos de descanso que le dejaba la guerra, el emperador redactó sus Pensamientos. La abnegación de su estoico emperador animó a los soldados con un valor renovado. Las cualidades de su jefe los impresionaban más que sus dotes militares.

Marco Aurelio trasladó por fin la lucha al propio territorio marcomano. Varios aliados de los marcomanos se pasaron a las tilas romanas. El emperador supo tratar a los vencidos con enérgica suavidad. Con todo, la paz se presentaba difícil. Para colmo de males, el noble Marco Aurelio fue víctima de una epidemia declarada cuando se hacían los preparativos para una nueva expedición contra los marcomanos (año 180).

El panteón de la historia presenta pocos ejemplos de tanta humildad y majestad unidas. Marco Aurelio es un santo del paganismo. Un santo que, junto al constante afán por su perfección individual, poseyó la preocupación por sus deberes sociales. Marco Aurelio realizó en su vida el ideal más elevado de los clásicos antiguos. Después de él vendría el diluvio; la cultura greco-romana cedería visiblemente ante otros ideales, otros hábitos, otras estructuras. Más allá de la cumbre, ¿qué queda, sino el abismo? Su muerte señala también el fin de una paz de dos siglos iniciada con Augusto. Las guerras contra los marcomanos constituyen el prólogo de una serie de ataques cada vez más violentos contra las fronteras del imperio, que culminarán con las grandes invasiones germánicas. El imperio es, después de Marco Aurelio, una transición hacia la Edad Media.

Marco Aurelio.

Luciano de Samosata

Luciano comenzó su carrera como retórico, llegando a adquirir gran renombre en ese arte en casi todos los países del imperio; sin embargo, la retórica era para él sólo un medio de vida. Cuando reunió suficiente dinero, se estableció en Atenas, capital literaria del mundo, donde escribió los diálogos que le valieron la inmortalidad. Contaba entonces unos cuarenta años.

Luciano de Samosata escogió como modelo el diálogo platónico, pero no tenía capacidad para un examen filosófico de las cosas. Sí la tenía para el humor y la parodia. Luciano arremetió sobre todo contra las concepciones mitológicas de su época. Siete siglos antes, Jenofonte y Heráclito habían satirizado ya con lógica los disparates de tales concepciones. Más tarde, Aristófanes los había ridiculizado en la escena. Luciano fue aún más lejos. Para él, Zeus era un "donjuán" jactancioso; Mercurio, un simple ladrón: Baco, un incorregible borracho que huele a vino desde que amanece, y Hefaistos, un ser insípido, casado con la mujer más bella, que lo engaña entendiéndose con Ares: "qué significa un pobre herrero respecto a semejante galán, militar para colmo?"

Luciano disparó también contra otros blancos: los dioses y demonios de Egipto, Siria y demás países de Oriente que, en la época imperial, compartían el néctar y la ambrosía de los antiguos dioses olímpicos. No debía extrañar que Zeus se irritara al ver entrar en su célebre asamblea del Olimpo a Anubis, con cabeza de perro, o al toro de Menfis.

En su obra más célebre, *Diálogo de los muertos*, se paseó por los infiernos, poniendo de relieve la vanidad de todas las cosas. En edad avanzada, Luciano de Samosata alcanzó una situación bastante desahogada en Egipto, gracias a un pudiente protector. Este poeta murió muy rico hacia el fin de siglo. Goza fama de ser el autor más sutil de la época imperial. Nadie como él ha revelado la vida interior que se oculta detrás de las apariencias, a menudo espléndidas, de su época; sobre todo en la retórica,

en la sofística y en aquella religión anticuada, degenerada, con un ceremonial vacío, sin profundidad, supersticioso. De hecho, Luciano asestó el golpe de gracia a la mitología antigua. Los primeros golpes se habían dado mucho antes. Ya Juvenal, decía: "Hoy, ya no creen ni siquiera los niños en ese reino de las sombras situado bajo tierra, en esa laguna Estigia poblada de sapos, atravesada en barca por los muertos". Otras supersticiones habían sustituido a la mitología: la creencia ciega en los adivinos, por ejemplo. Luciano atacó esta confusión de creencias, pero aportar un sustituto no pudo. Sus conocimientos, demasiado superficiales, le vedaban el arsenal de la ciencia.

Se ha dicho que Luciano fue el último escritor pagano que conservó el rigor intelectual y el espíritu de la Antigüedad.

MAPA DEL IMPERIO ROMANO: HACIA EL SIGLO II d.C.

Signos:

- 1) Expansión del Imperio a la muerte de César y zona de influencia romana en Armenia y costas del Mar Negro;
- 2) Expansión territorial desde Augusto a Nerón y en época de Trajano;
- 3) Intento de penetración romana en Germania en tiempo de Augusto;
- 4) Límites del Imperio;
- 5) Límites de las provincias - Los signos - ó + que anteceden a las cifras indican si éstas corresponden a años anteriores o posteriores al comienzo de nuestra Era.

Las cifras que llevan el signo -- se refieren a los años anteriores a nuestra Era, y las que llevan el signo +, a las posteriores.

Las regiones en verde nos indican la extensión real del Imperio de Roma a la muerte de César, quien incorporó las provincias de la Galia.

El límite en verde (signo1) expresa la zona de influencia romana en Asia Menor, Armenia y el mar Negro en la misma época, así como en las regiones limítrofes como Mesopotamia, uno de los centros más notables del Imperio Parto.

El color rojizo (signo 2) corresponde a las conquistas de los emperadores de la dinastía Julio-Claudia, o sea Britania, la franja de terreno entre el Rin y el Danubio, las provincias al sur de este río, algunas regiones de Asia Menor, Egipto y la Mauritania, amén de la pacificación del norte de Hispania. El color siena del mismo signo se refiere a las anexiones y conquistas de los Flavios y Antoninos, en particular de Trajano (Dacia, al norte del Danubio, y de Mesopotamia). En este momento alcanza el Imperio Romano su mayor extensión.

El color sepia (signo 3) señala el intento romano de adelantar la frontera del Rin al Elba bajo Augusto. El signo 4 da la línea del límite del Imperio, y el 5, el de las provincias del mismo durante el Principado, las cuales estuvieron divididas en imperiales y senatoriales.

EMPERADORES-SOLDADOS Y ANARQUÍA MILITAR

Cómodo, otro Nerón

Nada tan trágico en la vida de Marco Aurelio como el destino de su hijo. El más noble de los emperadores romanos tuvo por sucesor a un señorito rudo y flojo. Todo en el reinado de Cómodo parece querer aniquilar la obra grandiosa de su predecesor. Sensual y sin fuerza, con una expresión aviesa y malhumorada, Cómodo aparece como prototipo del hombre abúlico. Acaso deba atribuirse a una herencia poco favorable; su madre era, en todo caso, muy inferior a su esposo.

A este emperador de diecinueve años le disgustaban las campañas agotadoras contra los enemigos de su imperio; su único deseo era volver a Roma para gozar allí de lujo y placeres. Los inmensos territorios, en defensa de los cuales consagrara su padre toda su existencia, fueron abandonados por él. En pocas semanas las fronteras del imperio retrocedieron hasta el Danubio. Cómodo obtuvo una paz que pareció lo bastante ventajosa para ser presentada como un triunfo, si bien pronto viose obligado a enviar a los jefes germanos dinero regalos para evitar que rompieran la tregua. Con todo, hubieran obrado a su antojo, de no impedirlo un cuerpo de competentes oficiales romanos, fieles a su juramento, que hicieron lo posible para frustrar las tentativas de los bárbaros.

Cómodo sentía por el escenario la misma pasión que Nerón. Su papel favorito, sin embargo, no era de Apolo; Hércules con su maza ejercía sobre él particular atracción. Su mayor alegría era matar. Incluso, apareció como gladiador, aunque bien protegido para no correr peligro alguno. Entretanto, el gobierno pasó a otras manos; pero el poder carecía de firmeza, pues la emperatriz, otras matronas tan entrometidas como ella y el prefecto de la guardia se lo disputaban. Casi siempre prevalecía la voluntad de este último.

El reinado de Cómodo duraba ya doce años, con tremendo perjuicio para su imperio, cuando acabó con él una conspiración con numerosas ramificaciones. Cómodo fue estrangulado por su profesor de esgrima. Contaba entonces treinta y un años, la misma edad que Nerón, su triste modelo, acabara también sus días.

El despotismo y los emperadores afro-sirios

La situación al morir Cómodo presentaba lamentable parecido con la que reinaba a la muerte de Nerón. También esta vez fueron los pretorianos quienes se encargaron de elevar a uno de los suyos a la dignidad imperial, para asesinarlo a los tres meses, cuando trataba de frenar la arrogancia pretoriana. Se había establecido la costumbre que cada nuevo emperador colmase de oro a esta guardia. Alcanzar el trono era cosa difícil sin una bolsa bien repleta. ¡Qué tentación habían sentido estos soldadotes de hacer y deshacer emperadores lo más a menudo posible! Su cinismo llegó incluso a poner precio a la púrpura imperial. Gracias a su oferta, la más elevada -miles de monedas para cada soldado de la guardia-, un senador millonario convirtióse en emperador.

Entonces, las tropas fronterizas quisieron también intervenir. Las legiones que guardaban las fronteras orientales proclamaron emperador a su comandante en jefe; las tropas de Bretaña presentaron también su candidato; las de Panonia defendían a otro pretendiente, el africano Septimio Severo, procónsul de la región. Después de una

sangrienta lucha de más de cuatro años, éste consiguió eliminar a sus rivales cual Vespasiano de su tiempo.

Con Septimio Severo, Roma conoció otro emperador de vida sencilla y sobria, monarca enérgico, fiel a su deber y organizador capaz; es decir, lo opuesto a Cómodo. Continuó la labor niveladora favorable a las provincias, a la que Trajano y Adriano dedicaran todos sus esfuerzos, aunque por motivos harto diferentes. Ambos emperadores de origen ibérico habían tenido por móvil un sentimiento de justicia hacia los pueblos tanto tiempo oprimidos. Tales consideraciones eran por completo ajenas al africano Septimio Severo. Que Roma hubiese adquirido históricamente derechos de prioridad sobre el resto del imperio, lo tenía sin cuidado. Al contrario, adoptó la norma de apartar sistemáticamente a los ciudadanos romanos de los puestos de mando del ejército y de la administración del Estado; la cumplió con máximo rigor, movido por su carácter vindicativo, uno de sus rasgos dominantes. Era raro que terminara la lucha contra sus enemigos sin haberlos aniquilado.

La magnanimidad le era desconocida. No había que esperar de su parte que practicara los métodos de Julio César. Al subir al trono hizo matar a muchos oficiales de origen romano, ocupando su lugar los suboficiales originarios de lejanas provincias. La guardia pretoriana, sobre todo, sufrió profunda modificación, a fin que el Estado quedase libre de la codicia y ambición de sus prefectos. Por tal motivo, Severo determinó licenciar a la antigua guardia y formar otra hueva, compuesta de soldados vigorosos y fieles, reclutados en Dacia, Iliria, Tracia, Siria y África. La guarnición de Roma estuvo a cargo de otras tropas reclutadas también en las provincias. A disposición del emperador quedaron fuerzas militares cuatro veces más importantes que antes. Roma se llenó de bárbaros que apenas entendían el latín.

Su autoridad abarcó además los poderes civiles. Septimio procuró proveer los puestos vacantes con oficiales y suboficiales adictos por completo a su persona. La administración fue entonces instrumento dócil en sus manos. La nueva burocracia actuó de modo más despiadado que la antigua. Con todo, el régimen no suponía un peligro para la libertad ciudadana mientras un hombre pundonoroso como Septimio Severo fuese jefe de gobierno; sólo después de su muerte, la tiranía militar se mostraría en toda su brutalidad.

El hijo mayor y sucesor de Septimio Severo es conocido en la historia por el nombre de **Caracalla**. Así como Calígula tomó su apellido de una bota militar, Caracalla debía el suyo a su vestido favorito, un manto céltico con capuchón. Había nacido en las Galias; su padre era africano, su madre, siria; el fruto de esta unión reunió, por así decir, los caracteres más torpes de los tres pueblos: la rudeza africana, la cautela siria y la superficialidad gala.

Septimio Severo dispuso que Caracalla reinara con su hermano menor **Geta**. Cuando falleció del padre, el mundo vivió durante unos meses una tensión extremada. Se esperaba que uno de los hermanos matara al otro. Nunca pudieron vivir juntos y se odiaban desde la infancia. Pronto corrió el rumor que Caracalla había intentado deshacerse de su hermano, pero Geta estaba bien protegido. Un día, su madre fue tan imprudente que convocó a ambos hermanos para intentar una reconciliación. Caracalla juzgó que aquélla era la ocasión de eliminar a su rival; obedientes a su mandato, invadieron la sala sus hombres y apuñalaron al desgraciado Geta, que murió en brazos de su madre. Caracalla purificó la espada que mató a su hermano, ofreciéndola a un templo.

Al enterarse del crimen, los propios pretorianos, horrorizados, se indignaron, pero cambiaron sus sentimientos cuando Caracalla les aumentó considerablemente el sueldo.

Esta generosidad hacia ellos hizo que proclamasen a Geta enemigo del Estado, jurando fidelidad a Caracalla.

Las furias se desencadenaron en Roma. Los sicarios del emperador trataron la ciudad como país conquistado. Las matanzas se extendieron a las provincias. La soldadesca asesinó a más de veinte mil personas, so pretexto que eran partidarios de Geta.

A pesar de su incapacidad y traiciones, Caracalla consiguió mantener con sus larguezas el favor de los soldados. La confiscación de los bienes de aquellas veinte mil víctimas le proporcionaron los fondos necesarios para pagar su abnegación. Pero éstos se agotaron y hubo dé buscar con urgencia otros medios. Uno de ellos fue la devaluación de la moneda, iniciaba ya con sus inmediatos predecesores; otro, el edicto promulgado en el año 212, que convirtió en ciudadanos romanos a la mayor parte de los hombres libres del imperio, de suerte que, en adelante, se les podía gravar con los mismos impuestos que a los habitantes de Italia. Fue la más importante consecuencia de la nivelación comenzada en el reinado de Augusto. Por lo demás, la reforma resultaba inoperante, ya que el despotismo y la burocracia habían aniquilado la libertad: se concedían derechos civiles a todos en un momento en que las responsabilidades cívicas habían desaparecido.

Caracalla acariciaba el proyecto de reunir, por medio de un enlace matrimonial dinástico, las dos grandes potencias de su tiempo: el imperio romano y el de los partos. Con amenazas bélicas, ofreció al rey de los partos una alianza sellada por el matrimonio del emperador romano con la hija del rey. Fundiendo así ambos imperios en una unión personal, ya no habría necesidad en lo sucesivo de enfrentar a la infantería más disciplinada del mundo con la mejor caballería que se conocía; las riquezas materiales de ambos se complementarían a maravilla; el legado cultural de cada pueblo ejercería acción fecundante sobre el otro. No puede negarse que, pese a sus crímenes, Caracalla proyectaba sus ideas con perspectiva universal.

La muerte prematura del tirano hizo que naufragaran sus proyectos. En medio de sus "fieles", durante la campaña de 217 contra los partos, Caracalla fue asesinado por un oficial de su guardia germánica, a quien imprudentemente había ofendido. De nada le sirvieron al tirano las riquezas sacrificadas para hacer de sus soldados instrumentos dóciles. Al morir, apenas contaba veintinueve años; su reinado había durado seis.

Le sucedió Basiano, uno de sus parientes por parte materna, que la historia conoce con el nombre de **Heliogábalo**. Este sirio, muy joven aún, no le cedía en degenerado. Su nombre le venía del dios sol sirio, de uno de cuyos templos fue sacerdote. Una vez emperador, hizo cuanto pudo para introducir el culto de su dios en Occidente. Con ello no hizo más que incrementar la inmoralidad oriental dominante en Roma. El emperador se entregó a orgías con toda clase de esclavos, danzantes e histriones de la peor ralea, hez de la sociedad que gozaba la triste fama de sus desvergonzados desórdenes.

Los ritos orientales sumían a los romanos en una especie de embriaguez similar a la del opio; pero algunos rudos mercenarios se avergonzaron de tener un emperador que elevaba vicios nefandos a la categoría de religión. La guardia, olvidando su juramento de fidelidad y obediencia, asesinó al emperador y a sus miserables ministros. Su cadáver fue arrastrado por las calles y arrojado al Tíber. Así acabó, en el año 221, ese aquelarre de brujería que duró cuatro años, una de las páginas más sombrías de la historia romana. Ninguno de los monstruos con figura humana ocupantes del trono de Roma alcanzó larga vida: Calígula, Nerón, Cómodo y Caracalla llegaron a los treinta, y Heliogábalo, a no más de veintiún años. Al terminar su breve reinado, la economía del Estado se

hallaba al borde de la quiebra. El propio gobierno no quiso reconocer la moneda suplementaria que mandara acuñar Heliogábalo, y exigió los pagos en oro.

A Heliogábalo le sucedió su primo **Alejandro Severo**, quien, con apenas trece años, no podía gobernar. Su madre, la prudente Julia Mamea, se encargó de la regencia, pero fue incapaz de imponer respeto a los mercenarios desenfrenados en una época en que la escasez crónica de dinero obligaba al gobierno a reducir salarios y a licenciar oficiales y tropa. Los soldados despedidos formaban bandas que hacían peligrosas las vías de comunicación. Al ser Alejandro adulto, demostró sentido de la responsabilidad y fervoroso idealismo, como un Marco Aurelio con tendencias orientalizantes al misticismo.

Procuró mantener el orden y la ley y mostró un real amor a la humanidad, esforzándose en aligerar las cargas fiscales y en reorganizar las instituciones caritativas creadas por Trajano, que se habían arruinado por repetidas inflaciones y mala administración de los emperadores precedentes. Alejandro adoptó también medidas contra la ostentación, el lujo y la inmoralidad; pero tenía un carácter blando en exceso en un tiempo en que el imperio necesitaba una mano de hierro. Los soldados de la guardia no le disimulaban su desprecio y se amotinaron más de una vez. Las rebeliones militares y proclamaciones simultáneas de emperadores menudearon durante el reinado de Alejandro Severo.

Esta situación era tanto más peligrosa cuanto que una nueva amenaza surgía en el Este. El imperio de los partos no se había recuperado de los golpes asestados por Trajano, pero uno de sus sátrapas, Artajerjes, se proclamó independiente en el año 226, y después de una guerra victoriosa que duró varios años, acabó en definitiva con el imperio de los partos. Así nació un poderoso Estado neopersa: la dinastía sasánida, que restauró en todos los aspectos las antiguas tradiciones del imperio persa. Los monarcas se titularon "rey de reyes"; decían descender del gran Ciro y revitalizaron la religión de Zoroastro. Desde la época de Trajano, los romanos habían considerado débil e inofensivo al imperio vecino, pero al presente sintieron la amenaza de un nuevo y poderoso Estado oriental, cuyos soberanos soñaban con restablecer las fronteras de Ciro y avanzar hasta las orillas del Mediterráneo. ¿De qué servirían las legiones sirias, integradas por hombres relajados, frente a un enemigo tan decidido? ¿Serían útiles Alejandro y su madre en Oriente? Ni él ni las tropas escogidas de las fronteras del Rin y del Danubio serían capaces de resistir el calor y el clima insalubre de Mesopotamia.

Declarada una epidemia entre las tropas, fue forzoso retirarlas. Los persas no las persiguieron, pero el prestigio de Roma experimentó gran quebranto. Más grave era que, para mantenerlo en Oriente, fuese necesario desguarnecer las defensas del Rin y del Danubio, y dejar el *limes* expuesto de continuo a los ataques de los bárbaros que golpeaban cada vez con más fuerza a las puertas del imperio. Hasta entonces se había visto de vez en cuando que las tribus germánicas unían sus esfuerzos contra el imperio. Ahora se asociaban en amplias alianzas dirigidas por jefes poderosos y proyectaban, según planes preconcebidos, "su fuerza de choque" sobre puntos determinados, donde sabían que los romanos sólo disponían de reducidos efectivos de ocupación. Las defensas fronterizas no bastaban para resistir tales ataques; los romanos viéronse obligados a retirarse a la orilla izquierda del Rin. Algunas tribus germánicas penetraron profundamente en las Galias y otras en los países danubianos.

Los germanos no adquirieron mejor opinión del imperio cuando Alejandro decidió tratar con ellos y prometerles dinero y tierras, con tal que se mantuvieran tranquilos. Fue el golpe de gracia a la poca autoridad que Alejandro conservaba ante sus tropas. Desde tiempo atrás, los soldados tildaban de avaricia el espíritu económico del emperador y de

su madre. Les fue fácil desencadenar una rebelión general. En el año 235, Alejandro y Mamea eran asesinados por los amotinados en un campamento a orillas del Rin.

Medio siglo de desorden militar

El cabecilla de los sublevados era un centurión llamado **Maximino**, hijo de un campesino de Tracia. Los compañeros admiraban su formidable fuerza física. Gracias a sus excelentes cualidades había podido escalar muy rápido la jerarquía militar. Este antiguo legionario era la imagen personificada de la insolencia sin límites y la arrogancia bruta típicas del oficial salido de la soldadesca.

Durante el medio siglo siguiente, la historia de Roma se redujo casi a la ininterrumpida lucha por defender sus fronteras. Esta guerra tuvo como consecuencia que el ejército dispusiera desde entonces del imperio y eligiera a sus emperadores. La autoridad no emanaba ya de Roma, sino del cuartel general del ejército, una autoridad que había escapado de manos de los mandos supremos y pasaba a los soldados. En nombre del derecho que les concedía su número y su fuerza, aceptaban o rehusaban a su antojo las órdenes recibidas. Mientras Maximino, primer bárbaro que vistiera la toga imperial, fue obedecido algún tiempo, el "emperador-soldado" pudo inclinar otra vez la victoria hacia los romanos. Las legiones atravesaron de nuevo el Rin, penetraron sin obstáculos en territorios ocupados por los germanos y derrotaron a éstos en violentos combates. Sin embargo, no podía esperarse del espíritu del nuevo emperador otra cosa que entablar batallas y atender a la subsistencia de sus tropas. Los impuestos eran pocos a su parecer y su percepción demasiado lenta; el pillaje en gran escala daba mejores resultados. Robar y matar: he ahí dos palabras características del reinado de este advenedizo.

En un esfuerzo supremo, digno de sus mejores tiempos, el Senado romano se sublevó, eligió su propio emperador y se preparó para la guerra civil, reclutando tropas en toda Italia y forjando armas. Todas las clases sociales acogieron con entusiasmo esa guerra contra el tracio y sus bárbaros del norte. Cuando, procedente de Panonia, invadió Maximino el norte de Italia, encontró una resistencia tenaz y sufrió graves pérdidas. Después de sus últimos reveses, también los soldados se sublevaron. El tracio rabiaba de cólera. Su reinado duró tres años. Mientras se esforzaba en rehacer su fortuna anterior, fue asesinado por los amotinados, junto con su hijo, designado para sucederlo.

Luego, los emperadores surgidos del ejército se sucedieron a un ritmo tan rápido, que resulta prolijo detallar la embrollada historia de los años siguientes. Hubo pocos hombres capaces entre los emperadores de esa época. Sus reinados fueron tan breves que no tuvieron ocasión de mostrar sus dotes. No sólo tenían que enfrentarse con toda clase de pretendientes al trono, sino también contra los repetidos ataques de los bárbaros. El imperio atravesó un estado de crisis permanente que obligó a sus jefes a acudir sin cesar a los lugares amenazados, ya para detener una invasión, ya para reprimir una revuelta. La mayoría de ellos acabaron sus días en forma que llegó a ser habitual entre los emperadores romanos: asesinados por sus tropas. Y lo peor era que ya no se trataba de déspotas como Cómodo, Caracalla o Heliogábalo, quienes perdían así la vida, sino de emperadores que querían restablecer el orden y castigar a los delincuentes, ya que por tierra y mar pululaban bandas de criminales. Los legionarios, en otro tiempo célebres por su disciplina, integraban ahora bandas desenfrenadas, la mayoría de origen germánico.

El menor motivo de descontento era para los soldados un pretexto para asesinar a su emperador y proclamar a otro en su lugar. Roma tuvo en algunas oportunidades

varios emperadores simultáneos, elegidos por los distintos ejércitos acantonados en los diversos rincones del imperio. Éste temblaba en sus cimientos.

Para colmo de desdichas, el hambre y las pestes, consecuencias del estado de guerra permanente, provocaban más víctimas que las causadas por el enemigo. Poblaciones humildes tuvieron que alimentar a las tropas encargadas de su defensa.

La angustia económica dio lugar a tal estado de inflación crónica, que los emperadores recurrieron sin escrúpulos a la acuñación de moneda falsa, alterando su ley: en dds o tres generaciones, el denario de plata perdió casi el 98 por ciento de su valor. Esta crisis monetaria perjudicó al comercio y a la industria. Al menguar la confianza en la moneda como valor del cambio, se volvió a las permutas y trueques. Ni siquiera el Estado pagaba a sus obreros y soldados más que en especie. Se volvió, pues, a las formas primarias de la economía. En este aspecto, la Edad Media aparecía ya en el horizonte.

Aquel medio siglo (235-284) fue infernal. Triunfaron los más bajos instintos del populacho, y el legado de la civilización antigua quedó depreciado. La Iglesia cristiana ofrecía cierta esperanza, pero remota, dada la persecución generalizada y sistemática que decretó en 250 el enérgico emperador Decio para defender la unidad imperial.

Persecuciones contra los cristianos

La persecución contra el Cristianismo entró en una nueva fase. En lo sucesivo, no fue el resultado de una turba excitada que gritara ciega de odio: "¡A los leones, a los leones!" Al motivo religioso sucedió el político. La sociedad romana dirigía ahora sus ataques contra los adeptos del galileo con calculada frialdad, como en tiempo de las proscripciones de Sila. Las persecuciones fueron dirigidas, en primer lugar, contra los obispos. El fin perseguido era privar a los cristianos de sus directores de conciencia. Documentos procedentes de todas partes del imperio nos revelan la forma metódica con que las autoridades locales ponían en ejecución las órdenes imperiales. Según varios papiros egipcios, se deduce que en cada aldea se había instituido una comisión de sacrificios, ante la que debía comparecer todo sospechoso de ser cristiano. El único modo de escapar al martirio o a la proscripción y confiscación de bienes era sacrificar a los dioses paganos, entre ellos al emperador, y comer la carne de los sacrificios. Quienes cumplimentaban esta prueba, solicitaban de la comisión un testimonio escrito.

Se han conservado algunos de estos documentos. Así, uno de ellos dice: "A la comisión de sacrificios de la aldea de Alejandro Nesos, Aurelio Diógenes, hijo de Sabatus, de unos 72 años de edad, que lleva una cicatriz en la sien derecha, dice: he sacrificado siempre con fidelidad a los dioses y hoy he participado, en vuestra presencia, en los sacrificios y libaciones prescritos y he comido de la carne sacrificada. En prueba de ello, solicito vuestro testimonio. Yo, Aurelio Diógenes, os he dirigido esta instancia". Un miembro de la comisión glosa la solicitud con esta frase: "Yo, Aurelio Siro, te he visto participar en los sacrificios, en el primer año del reinado del emperador Decio".

Muchos cristianos buscaron su salvación en la fuga[16] o en la apostasía. Uno de los padres de la Iglesia dice a tal propósito: "Se vio al hijo renegar de su padre, y al padre renunciar a su hijo. con el único fin de salvar la vida". Hubo, sin embargo, muchos dispuestos a sacrificarlo todo por su fe. Orígenes, padre de la Iglesia, hombre muy dotado y de elevada cultura, fue encadenado, torturado y amenazado con la hoguera, pero nada pudo cambiar a este "hombre de hierro". Cuando, al fin, lo soltaron, la salud de aquel anciano de sesenta y cinco años estaba quebrantada y ya no vivió mucho tiempo.

Prohibidas las reuniones de los cristianos, éstos se congregaban en los cementerios subterráneos que, corno guaridas de ratones, tenían horadados en un amplio radio los suburbios de Roma. Estas catacumbas en forma de corredores, que puestos en línea podían medir decenas de kilómetros, constaban a veces de varios pisos. Allí junto a las reliquias de sus mártires, solían celebrar la eucaristía y animarse mutuamente a perseverar en la fe; Cristo aparece repetidamente figurado en las catacumbas como un pastor cargando sobre sus hombros a una pequeña oveja; probable símbolo del cristiano indefenso e intimidado ante el tormento, mas también confiado en que el buen pastor lo aliviaría.

Plotino: revive el platonismo

Nunca la santidad o el pecado han sido monopolio de un grupo social. Si los cristianos tuvieron sus desertores, que Tertuliano se negaba a readmitir en la comunidad eclesial, también había paganos místicos, como el egipcio Plotino. Después de tomar once años parte en la tertulia del platonizante Antonio Sacas, en Antioquía, partió hacia la India a beber en su misma fuente los principios expuestos por Pitágoras y Platón en Occidente; pero escapando a duras penas de atroces peligros, debió regresar a Alejandría. Frisando en los cuarenta, estableció una prestigiosa escuela en Roma, donde llegó a ganar la simpatía del emperador Galieno en favor de su proyecto "Platonópolis": la fundación y organización de una ciudad según el modelo descrito en *La República.* Viejo ya, puso por escrito, a instancias de su discípulo Porfirio, sus difíciles disquisiciones en las "*Enéadas*". A través de san Agustín y Hegel, las seis *Enéadas* habían de ejercer honda influencia en la teología escolástica y en la teosofía contemporánea, respectivamente.

Plotino se plantea el eterno problema de las relaciones entre el Absoluto y lo relativo, entre Dios y las criaturas: ¿en qué pueden comunicarse, y cómo, la realidad contingente -que hoy existe y mañana no, que es repetible, variada e inquieta a causa de sus carencias- y el Absoluto que aquella realidad contingente postula, a saber, lo que permanece intacto, lo que no puede no ser único, lo que, por incluir todo lo que en la creación está disperso, nada necesita, es perfecto?

Según Plotino, lo Uno se particulariza sin sufrir menoscabo en su unidad, "porque la particularización se produce por emanación: de lo Uno emana, necesariamente, el mundo inteligible (*Nus*), de éste el Alma universal y de ésta las almas particulares que dan forma y mueven a los cuerpos. El sentido de la vida y de todo lo particular es volver

[16] De esta época data la leyenda de los Siete Durmientes. Se trata de la historia de siete hombres piadosos que buscaron refugio en una cueva de las cercanías de Éfeso. Según otra versión, fueron emparedados por orden de un cruel procurador. Allí durmieron unos doscientos años. Cuando despertaron, en el reinado del emperador Teodosio, creían haber dormido una sola noche. Uno de ellos fue a la ciudad a comprar pan. Su forma de vestir despertó general curiosidad y subió de punto la admiración cuando el hombre pagó su adquisición con; una moneda fuera de uso hacía ya mucho tiempo. Lo llevaron ante el procurador, quien se trasladó a la cueva junto con el emperador v cl obispo. Allí encontraron a los otros seis, "con un rostro que brillaba como el sol". Después, los siete hombres volvieron a dormirse para no despertar jamás.

al seno de lo Uno. El camino del retorno se sigue de dos formas: los entes sin inteligencia, a través de la evolución, y los hombres, a través de la contemplación de lo Uno (o sea, el nirvana). A la contemplación se accede desprendiéndose de las cosas sensibles.

En la filosofía panteísta de Plotino, el alma es de suyo única y atemporal. Por eso no le podemos atribuir percepciones, memoria ni razonamientos, pues éstos son instrumentos de las que se vale para funcionar en el mundo sensible. El alma no está fragmentada como los cuerpos, pero se divide cuando llega a ellos. Si dirigimos nuestra alma hacia las regiones pluralizadas donde el odio separa, el alma desconocerá su identidad con las demás almas y por ende se desconocerá a sí misma.

Cargados de sugerencias son sus comentarios al *Banquete*, de Platón. En los siguientes extractos del capítulo 5 de la Enéada III, afirma que el amor es materia, es insaciable y se relaciona al Bien:

1. El Amor no es puro, ya que contiene en si mismo un deseo indeterminado, irracional, indefinido; ahora bien, mal podrá ser satisfecho en tanto contenga en sí mismo la naturaleza de la indeterminación. Depende del alma, que es su principio generador; es una mezcla constituida por una razón que, en lugar de permanecer en sí misma, se mezcla a la indeterminación. (Por lo demás, no es la razón misma, sino su emanación lo que se mezcla a la indeterminación.)

El amor es, pues, semejante a un tábano; indigente por su naturaleza, sigue siendo siempre indigente, consiga lo que consiga; no podría hartarse, porque un ser mixto mal puede ahitarse; porque ningún ser puede verse realmente saciado si no es por su naturaleza capaz de alcanzar plenitud; en cuanto a aquel a quien su naturaleza le induce a desear, ése no puede retener nada, aun cuando por un momento llegue a saciarse.

2. El Amor debe su existencia al *deseo* del Alma que aspira a lo mejor y al Bien. Es un ser mixto; participa de la *indigencia* (*penia*), puesto que tiene necesidad de saciarse, y participa también de la *abundancia* (*poros*, ya que se esfuerza por adquirir el bien que le falta aún (quien estuviese totalmente desprovisto de bien, no sabrá buscarlos). Con razón se dice, pues, que el Amor es hijo de *Poros* y *Penia*; son, en efecto, la *carencia*, el *deseo* y la *reminiscencia* de las razones (ideas) quienes, reunidos en el Alma, han engendrado en ella la aspiración al Bien que constituye el Amor.

Ahora bien, *penia* es la *materia*, porque ésta es la completa indigencia. La misma indeterminación que caracteriza al deseo del Bien hace que desempeñe el papel de materia el ser que desea el Bien. (Además, tiene que ser materia, porque no puede ser formal; (porque un ser en cuanto permanece en sí, es una forma; pero considerado en tanto que desea, no podría tener forma ni razón). Así, pues, desde el punto en que desea recibir una nueva perfección, es materia con relación al ser que espera recibir esa perfección.

La amenaza de los bárbaros del Norte

Hacia el año 250, ya no fue posible a los romanos defender sus fronteras contra los bárbaros. La lucha se entabló en el mismo suelo de Italia. Los enemigos más temibles eran entonces los godos, pueblo germánico que contrajo la desagradable costumbre de exigir un tributo anual al emperador. Cada vez que se retrasaba el pago, cruzaban el Danubio y pillaban hasta que se les daba satisfacción. Incluso, algunas legiones romanas de guarnición en el Danubio pidieron que las tribus godas las ayudasen contra el emperador. En tiempos del emperador **Galieno** (260-269), los godos y otros pueblos germánicos penetraron profundamente a través de Grecia. A veces sembrando por doquier desolación y ruina; a veces, en son de masivas migraciones, franqueando el Danubio para establecerse en territorios propiamente romanos. Más de

trescientos mil hombres atravesaron el río con mujeres y niños, enseres y animales. Luego se dividieron en dos grupos: uno de ellos se dirigió a Macedonia y Grecia, y el otro, a través de Mesia, hacia la Servia y Bulgaria actuales. No se trataba precisamente de una expedición de latrocinio, sino más bien de una "invasión pacífica". Pero el sucesor de Galieno, **Claudio II** -un capitán muy distinto de su homónimo de doscientos años antes-, infligió a los invasores una aplastante derrota en Naissus (la actual Nich, en Yugoslavia), una de las batallas más sangrientas que entablaron los romanos. Perecieron allí cincuenta mil germanos. El pueblo godo no pudo reponerse en mucho tiempo del tremendo desastre sufrido (año 269).

Pero tampoco los romanos conservaron largo tiempo a "Claudio II el Gótico": un año después de su gran victoria, fue arrebatado por la peste, plaga que solía seguir siempre a cada invasión de los bárbaros. De acuerdo con la voluntad manifestada por él mismo, le sucedió **Aureliano**, su mejor general, hijo de un pobre campesino. Aureliano había contribuido en gran manera a la victoria contra los godos. Decretó que "el soldado tenía que conquistar su botín al enemigo, no a sus conciudadanos".

Defendió con la mayor energía las fronteras del imperio. Forzó a abdicar a uno de sus adversarios, que se había proclamado emperador en las Galias, y devolvió al dominio de Roma las provincias occidentales. En Oriente, la ambiciosa, bellísima e inteligente reina Zenobia, había creado un reino propio con centro en la ciudad de Palmira, sita en el desierto, entre Damasco y el Éufrates. Su esposo, el príncipe árabe Odenato, había expulsado a los persas de Siria, Armenia y Mesopotamia en tiempo del emperador Galieno; en agradecimiento, los romanos le habían confiado el gobierno de las provincias orientales. Al ser asesinado en el año 267 por uno de sus parientes, su joven esposa tomó las riendas del Estado en nombre de su hijo. Pese a la ventajosa posición que ocupara, Odenato habíase mostrado siempre leal al emperador; pero Zenobia, nueva Cleopatra, soñaba con dominar todo Oriente. Sus tropas ocuparon Egipto y la zona oriental de Asia menor, y exigió para su hijo la corona del imperio romano.

En 272, Aureliano se movilizó contra ella. Zenobia, armada de pies a cabeza, condujo por si misma a sus soldados contra las legiones romanas; la sangrienta derrota que experimentó en Siria acabó con sus planes ambiciosos. Palmira rindióse tras un asedio de corta duración, y la orgullosa reina fue conducida encadenada a Roma. Aureliano tuvo al principio intención de perdonar a la ciudad de Palmira; sin embargo, la mandó arrasar cuando sus habitantes intentaron rebelarse. Hoy sólo queda un miserable villorrio en el lugar donde antes se irguiera la esplendorosa Palmira: las ruinas de la ciudad son las más bellas que se han conservado de la época romana y atraen a muchos turistas que visitan el Cercano Oriente.

Las continuas luchas de Aureliano con los pueblos germánicos lo inclinaron a un compromiso. Dio satisfacción a los godos que necesitaban nuevas tierras fértiles para su pueblo que crecía sin cesar y les permitió, en el año 275, establecerse en la provincia de Dacia. Los romanos no sacrificaban con gusto los territorios conquistados por Trajano, ni la fuerte muralla que las montañas de Transilvania ofrecían, pero los obligaba a ello la necesidad.

La recia personalidad de Aureliano despertó, por supuesto, la admiración de sus súbditos; pero había oficiales que no soportaban la severa disciplina impuesta al ejército. Cierto día, el emperador reprendió a un secretario por negligencia. Como el secretario conocía a su dueño, empezó a temer lo peor. Falsificó la escritura del emperador en una lista en la que figuraba su propio nombre y el de algunos oficiales de categoría: la enseñó a los interesados, fingiendo que era una orden de ejecución que

acababa de interceptar. En vista de ello, resolvieron ganarle la mano al emperador, suprimiéndolo a la primera ocasión. Así ocurrió: en Bizancio (275).

Maqueta de la Roma Antigua.

EL BAJO IMPERIO Y LA MONARQUÍA ABSOLUTA

LA TETRARQUÍA IMPERIAL

Diocleciano, un nuevo Augusto

En el año 284:, el dálmata **Diocleciano**, comandante de la guardia pretoriana, fue proclamado emperador por los soldados.

Aunque era hijo de un liberto, había alcanzado, por sus relevantes dotes, el mayor cargo a que podía llegarse. El emperador elegido no era el más valiente ni el más famoso, pero sí el hombre más prudente y de mayor inteligencia. Era evidente que las cualidades militares no bastaban para salvar de la anarquía al Estado. En los noventa años transcurridos desde la muerte de Cómodo, Roma había tenido ochenta dueños, entre emperadores y pretendientes. Las medidas a adoptar en lo sucesivo, no podían ser simples paliativos: se necesitaba un cambio radical, ésta sería la tarea del nuevo emperador: encabezar una autoridad estatal fuerte. Su capacidad de organizador, no menor que la de Augusto, le daba medios de realizar una obra para la posteridad.

Pero un hombre solo no podía mantener las riendas de una gran potencia y acudir de continuo a la guerra en los más diversos lugares. La primera medida que tomó Diocleciano fue ayudarse de un corregente. Escogió a Maximiano, su amigo de infancia y hermano de armas, quien, como Diocleciano, ostentaría el título de augusto. Roma había conocido antaño una institución semejante: el consulado.

Al cabo de unos años de reinado escogieron ambos gobernantes un corregente cada uno, colocado bajo la autoridad del augusto y con el titulo de césar. Estos dos césares fueron adoptados por ambos emperadores, que les dieron sus hijas en matrimonio. El objetivo de tal medida era que cada uno de los césares adquiriese suficiente conocimiento de los negocios del gobierno y estuviese preparado para suceder al augusto cuando éste muriera; el nuevo augusto elegiría entonces, a su vez, un nuevo corregente con título de césar. Diocleciano creía que la nueva institución ofrecía otras posibilidades a los generales capaces y ambiciosos, y la carrera hacia el poder y la guerra civil serían en lo sucesivo descartadas en el imperio.

A cada uno de los cuatro corregentes de aquella tetrarquía se le asignó una zona imperial, con la misión de administrarla y defenderla contra el enemigo exterior. Diocleciano se quedó con Oriente, la mitad más rica del imperio, y residió alternativamente en Bitinia y Dalmacia. Maximiano, encargado de defender el *limes* contra los germanos, trasladó su residencia de Roma a Milán. La antigua capital del imperio quedaba de lado por razones geopolíticas.

La Tetraquía o gobierno de 4.

Aunque el territorio estaba dividido en cuatro gobiernos, no surgieron esas discordias que se originan cuando los poderes están repartidos. Diocleciano era, de hecho, el monarca supremo; Maximiano sólo era un valiente soldado que se sometía con gusto al talento superior de su viejo conmilitón. Las *formas* republicanas que el principado había mantenido hasta entonces, desaparecieron para siempre; el imperio romano vino a ser una monarquía absoluta, cuya ley suprema sería en adelante la voluntad del emperador. Para simbolizar el absolutismo imperial, se sustituyó la corona de encina por la diadema, cinta blanca adornada con perlas. En adelante, el emperador no sería ya saludado, como los demás ciudadanos, con un apretón de manos: todos los que obtenían audiencia del soberano debían doblar la rodilla y besar la orla adornada de joyas del manto imperial. El emperador vivía en un espléndido aislamiento como un "rey de reyes" persa; al colocarse a sí mismo en tan inaccesible altura, Diocleciano y sus sucesores trataban de protegerse contra los atentados, siempre posibles. La medida parecía adecuada.

A partir de la época de Diocleciano no hubo problema, ni siquiera en teoría, en el reparto de autoridad entre emperador y Senado. Roma seguía teniendo Senado, pero. sólo se ocupaba de los asuntos de la ciudad; la dignidad senatorial se transformó en una nobleza hereditaria en la que eran admitidos los altos funcionarios o los ricos terratenientes capaces de pagar los elevados impuestos que iban aparejados con esta dignidad. Puede afirmarse que el absolutismo de esta época fue un mal necesario, ya que el espíritu cívico no existía. Del mismo modo, desde el punto de vista de la política exterior y considerando el peligro germánico siempre creciente al oeste y al norte, y el

persa al oriente, parecía necesaria una concentración de poderes. El imperio persa, reorganizado, constituía un excelente ejemplo del éxito de este punto de vista político.

Si se pretendía que el poder absoluto fuese útil al imperio, era preciso ejercerlo con constancia y continuidad, y no de manera arbitraria, ya en un punto, ya en otro del imperio. Así, era indispensable que la autoridad suprema dispusiese de una sólida administración, cuyos hilos manejara el emperador. Las antiguas dignidades de los romanos habían sido siempre cargos de confianza por tiempo limitado, cuyos titulares, terminados sus mandatos, eran recompensados con proconsulados u otras elevadas funciones fuera de Roma. En los primeros tiempos del principado, una especie de funcionarios imperiales o ministros comenzaron a ayudar al emperador en el ejercicio del poder e incluso llegaron a tener entre manos la dirección del gobierno y la política. Diocleciano y su sucesor Constantino se determinaron resueltamente por este camino; confiaron la administración imperial a funcionarios más o menos importantes, que gozaban de emolumentos fijos, en el seno de una jerarquía establecida con claridad, bajo severa inspección de la autoridad suprema. A cada cargo se le atribuía una denominación honorífica: la de *vir egregius* se daba a los procuradores; la de *vir perfectissimus,* a los prefectos, y *vir eminentissimus*, a los prefectos de pretorio. Las administraciones civil y militar tenían sus poderes perfectamente delimitados. Al frente de la administración civil fueron colocados cuatro ministros. Éstos, con cierto número de altos funcionarios, formaban el Consejo de Estado, que asumió en lo sucesivo parte del papel desempeñado antes por el Senado.

El imperio romano fue dotado así de una burocracia fuerte y centralizada. El pueblo se encontraría en adelante bajo la autoridad del gobierno y de los funcionarios. Las instituciones estatales de Diocleciano han servido en lo sucesivo de modelo para otros Estados, grandes y pequeños. Puede decirse que, en lo que concierne a la estructura estatal, el espíritu romano rige aún en gran parte de nuestro actual mundo. Gracias a la energía y al prudente gobierno de Diocleciano, el imperio conoció veinte años de paz interior y creciente prosperidad, una y otra conseguidas a costa de la libertad. La sociedad entera estaría en adelante sometida a un sistema autoritario que dominaría a la vez la vida social y económica del país.

Situación económica y social

Como en todos los pueblos de la Antigüedad, la sociedad de Roma dependía de la institución de la esclavitud. La actividad política y cultural de los hombres libres sólo era posible, porque un número muy elevado de seres humanos no gozaban de libertad individual y eran tratados como animales. La civilización antigua se asentaba en la esclavitud, como la nuestra en la máquina.

Sin embargo, a partir del siglo I se había hecho cada vez más difícil proporcionarse esclavos. Ello se debía a la *pax romana*, obra de Augusto. Las grandes conquistas y la caza de esclavos, como corolario, habían terminado, lo mismo que la piratería en su forma intensiva. Los prisioneros de guerra eran ya raros y se vendían muy caros. Los grandes terratenientes no podían dedicarse a la cría de esclavos, de la misma forma que a la de caballos u otros animales cualesquiera; en la práctica, tal proyecto había de resultar lento y caro.

La esclavitud perdió así su significación como elemento constitutivo de la sociedad, sobre todo, según parece, por "motivos económicos". También influyó el aspecto humanitario del que hemos tratado al exponer la influencia de los estoicos y de la doctrina cristiana, que no fueron extraños a este estado de cosas. Examinando los efectos de esta notable revolución social, en el terreno de la agricultura fue preciso

sustituir la mano de obra de los esclavos; los grandes terratenientes comenzaron a ceder en renta parte de sus tierras a hombres libres, algunos de ellos campesinos pobres sin medios propios, a libertos y antiguos prisioneros de guerra. Entre las condiciones, generalmente se llegó a admitir que el propietario recibiera un tercio de la cosecha y, en épocas de sementera y recolección, el arrendatario se obligara a trabajar cierto número de días en los campos que el propietario se hubiere reservado para uso personal.

Ocioso es decir que ello distaba mucho de representar una situación ideal. Los colonos estaban demasiado supeditados a los propietarios, y tal dependencia se agravó aún más a principios del siglo IV por la injerencia estatal: ésta se explicaba por la necesidad en que se hallaba el Estado de asentar su autoridad en fundamentos económicos de carácter permanente. Mientras esta base fuera defectuosa, sería imposible hacer frente a las obligaciones, tanto en el interior del país como de fronteras afuera. Diocleciano y Constantino aseguraron este fundamento imprescindible, estableciendo en toda la extensión del imperio un determinado patrimonio presunto para cada propietario, patrimonio teórico que servía de base al cálculo del impuesto anual (*capitatio*, de "caput" = cabeza) que su propietario tenía que pagar al Estado. Los propietarios aceptaron esta responsabilidad, pero pidieron que se les garantizará la mano de obra y, como los esclavos no eran suficientes, se impidiera el éxodo de la población rural a las ciudades.

Este fue el motivo que quedaran los arrendatarios ligados a sus tierras, estado de servidumbre que parece fue estableciéndose poco a poco, en cada provincia por separado, a tenor de los edictos imperiales sobre la materia. Los colonos debían poco menos que pasar toda su existencia sobre la parcela de tierra que los había visto nacer y crecer. Conservaban su libertad personal, pero se les dificultaba cambiar de profesión o residir en otras tierras. Este radical y decisivo cambio que experimentó la estructura social emanaba, cierto es, de la naturaleza misma de la sociedad romana en la última época imperial; sin embargo, fue acelerada por el ejemplo de las regiones orientales del imperio, Egipto sobre todo. En dichas regiones, la conciencia popular había considerado siempre como deber de cada cual permanecer en el lugar en que naciera, y continuar allí la obra de sus antepasados.

Esta importante evolución económica y social no se verificó sólo en el sector agrícola. Con el fin de incorporar también la industria al régimen absolutista, el emperador sirvióse de una organización que los mismos oficios habían creado. En todas partes donde había talleres, los trabajadores se agrupaban en asociaciones profesionales, los *collegia*. En cierto modo, se parecen a las corporaciones de la Edad Media, pero se distinguen de ellas en algunos puntos importantes. La asociación no inspeccionaba la calidad laboral de sus miembros; no había tarifas ni nada similar. Las asociaciones profesionales de la Antigüedad tenían como fin primordial el establecimiento de relaciones armoniosas entre sus miembros y la organización de fiestas en común: los miembros también se prestaban mutua ayuda, cuando la necesitaban. La asociación cuidaba además toda clase de intereses relativos a sus miembros; entre otras cosas, funerales decorosos; como muchos de ellos no tenían hogar ni parientes próximos, la asociación les servía de casa y familia, antes y después de su muerte.

El Estado había reconocido a tales asociaciones profesionales mucho tiempo antes de verse obligado a organizar por sí mismo algunas manufacturas, que se convirtieron en monopolio, y a ocuparse del aprovisionamiento con ayuda de los *collegia*, transformados en servicios públicos: barqueros, panaderos, etcétera. Para colmo, el Estado obligó a los trabajadores a afiliarse a uno de estos *collegia*, que eran responsables, como los terratenientes, pero colectivamente, del impuesto exigido por el Estado. Así como los aparceros fueron adscritos a la tierra que cultivaban, la gente de

los diversos oficios quedó encadenada a la profesión que ejercían. Los hijos debían suceder a los padres. De arriba a abajo de la escala social, el Estado del bajo imperio impuso a cada uno su papel, que nadie podía esquivar: el colono estaba ligado a su tierra, el artesano a su corporación, el soldado a su legión, el funcionario a su administración.

Así fue como toda la población trabajadora del imperio romano cayó bajo la servidumbre de la autoridad absoluta del Estado. La sociedad entera evolucionaba, a su pesar o no, hacia un socialismo de Estado, a las órdenes de un monarca absoluto. La propia vida privada aparecía reglamentada en forma estricta e implacable; pero todo se consideraba necesario en un tiempo en que el sentido cívico había desaparecido y en que el imperio estaba expuesto a ser tiranizado por un ejército de mercenarios que obraban a su antojo. La restauración de la hacienda pública fue uno de los resultados positivos ele este despotismo.

Por lo que se refiere a la organización de trabajadores y artesanos, Egipto fue ejemplo y precedente. Allí, los obreros de los talleres reales eran siervos. Aquellas "fábricas" sirvieron de modelo para organizar nuevas manufacturas estatales; en ellas se fabricaban, en especial, equipos y armas para el ejército romano, que desde finales del siglo III se multiplicaron por doquier. El emperador romano se convirtió en un faraón, y el imperio, en un vasto Egipto.

El célebre "edicto sobre los precios", que data del año 301, coronó la obra del emperador Diocleciano. Allí se determinaban precios máximos no sólo para las mercancías, sino también para los servicios prestados por los trabajadores, escribas, maestros y médicos. Es fácil adivinar los resultados de tal decreto si recordamos lo sucedido durante la primera y la segunda guerra mundial, en que desaparecieron las mercancías al precio fijado y se vendieron clandestinamente a otros que en nada se parecían a la tarifa máxima.

La gran persecución

Las persecuciones de Diocleciano contra los cristianos quedaron profundamente grabadas en la memoria humana. Pasado el reinado de Decio, los cristianos pudieron vivir en paz medio siglo y su comunidad se desarrolló tanto que, integrada no sólo por gentes sencillas, sino también por ciudadanos ricos e importantes, llegó a constituir una potencia en el seno del Estado.

El cristianismo había echado raíces en el mismo palacio del emperador Diocleciano, como que Valeria, hija del emperador, era cristiana en secreto; las persecuciones ejercidas por él fueron, por lo mismo, menos esperadas. Galerio, el césar de Diocleciano, odiaba a los cristianos y no perdía ocasión de excitar contra ellos al emperador, aunque éste no era hombre que se dejara llevar por sentimientos e impresiones del momento. Sus persecuciones dan la impresión de haber sido maduradas por un espíritu político. Es posible que Diocleciano no se fiara de funcionarios ni de soldados cristianos en el seno de un imperio de religión pagana. Todos sus esfuerzos tendían a restaurar las antiguas virtudes romanas: valor militar, estoicismo y disciplina, cualidades consideradas impropias de los "galileos". Quizás admitía Diocleciano que, en otro sentido, los cristianos poseían cualidades equivalentes, pero no en consonancia con el espíritu imperial. Diocleciano veía con amargura un peligro para la antigua disciplina militar romana en este culto sentimental que podía inducir a abandonar las armas por haber dicho Cristo que "los que tomaren espada, a espada perecerán". El romano temía a tal respecto a una ética que ponía su ideal en un mundo sobrehumano.

Desde luego, Diocleciano licenció a todos los soldados y funcionarios que rehusaron sacrificar a los dioses de Roma. Pronto iba a tomar otras medidas. En un edicto del año 303, el emperador ordenó que fueran disueltas todas las comunidades cristianas, demolidas sus iglesias y quemados los manuscritos bíblicos. Diocleciano evitó todo derramamiento de sangre mientras le fue posible, pero al obstinarse los cristianos, creció la tensión de una y otra parte, y muchos pagaron con el martirio y la muerte su constancia en la fe; otros fueron condenados a esclavitud o a trabajos forzados en las minas. Mal alimentados y maltratados por los guardianes, trabajaban hasta morir. Mujeres cristianas hubo que fueron arrastradas a los lupanares.

Entre las víctimas se cuentan nueve obispos. Las persecuciones continuaron cuando Diocleciano dejó el poder, cada vez con mayor crueldad. A los castigados en las minas, les arrancaban un ojo y les inutilizaban una pierna cortándoles un tendón de la rodilla. Así lo cuenta una tradición difícil de creer. Cualquier medio era bueno para luchar contra los "galileos". Pero nada se consiguió. El cristianismo estaba demasiado arraigado para poder extirparlo.

De esta manera se han conservado los nombres de algunos mártires, hoy santos muy venerados: uno de ellos, san **Sebastián**, oficial de alta graduación y adorador secreto de Cristo; por ayudar a sus correligionarios perseguidos, fue atado a un árbol y atravesado por centenares de flechas disparadas por arqueros africanos. Otros mártires fueron santa **Cecilia**, patrona de la música sagrada, y santa **Inés**, bella patricia que por milagro pudo conservar su castidad en un burdel adonde fue llevada por rechazar el matrimonio con un romano de categoría. Ni siquiera las llamas de la hoguera pudieron alcanzarla.

La última de las grandes persecuciones terminó en el año 311, por decreto del mismo hombre que fuera el más furioso artífice de ellas, Galerio, ya sucesor de Diocleciano en la parte oriental del imperio. Tal cambio de actitud dícese haberse debido a una terrible y devoradora enfermedad que lo hizo acudir al Dios de los cristianos cuando los médicos lo desahuciaron. De acuerdo con los otros jefes imperiales, entre ellos Constantino, promulgó un edicto dando licencia a los cristianos para reconstruir sus iglesias y entregarse en paz a su culto. En este documento reconocía que había combatido en vano contra un poder más alto que el suyo y pedía a aquellos a quienes tanto odiara y persiguiera, que rogaran por la felicidad de su emperador y de su país.

Los perseguidos no precisaron rezar por su verdugo. Con su muerte, Galerio viose libre de sus torturas días después. En el acto abriéronse para los cristianos las puertas de todas las prisiones del imperio. "Aparecieron -dice un historiador eclesiástico- figuras pálidas y macilentas que salían, tambaleándose, de la sombra y suciedad de las prisiones, enfermos y aniquilados por los malos tratos recibidos, pero nimbados de una aureola supraterrena." También se dejó que los cristianos de las minas volvieran a sus hogares. A lo largo de los caminos, se encontraba gente que, libre de sus cadenas, caminaba entonando himnos. El Señor había libertado a los cautivos tras ocho años de sufrimientos: de nuevo se les permitía escuchar las lectura de los *Evangelios*, celebrar la última cena, visitar las tumbas de sus muertos queridos y emprender la reconstrucción de sus iglesias.

Muerte de Diocleciano

Desde el año 304, las dolencias que aquejaban a Diocleciano le impedían dedicarse a sus actividades. Al año siguiente tuvo además un absceso que cambió de tal modo su aspecto, que costaba trabajo reconocerlo y que dañó sus facultades mentales. Diocleciano al fin sólo aspiraba al reposo y determinó desprenderse del poder. Además, por otra razón: el ambicioso Galerio, su césar, deseaba tanto la dignidad de augusto, que amenazaba con la guerra civil. Cuando Diocleciano decidióse a abdicar, persuadió a Maximiano a seguir su ejemplo. Sus césares les sucedieron en la dignidad de augustos, y Diocleciano nombró dos nuevos césares para que les asistieran en su gobierno. Estos dos príncipes herederos no eran los hijos de los césares Galerio y Constancio.

Creóse así una situación imprevista por el viejo emperador cuando ideó el sistema de la tetrarquía: la idea del derecho de sucesión hereditaria se manifestaba más vigorosa de cuanto pudiera sospecharse. El hijo de Maximiano y el de su sucesor Constancio sintiéronse defraudados y hubo no sólo cuatro gobernantes, sino otros dos aspirantes al imperio de Occidente. En los años siguientes, desaparecieron de escena cuatro pretendientes: uno de muerte natural y tres por muerte violenta. En el año 313 también murió Diocleciano a la edad de setenta y tres años, abrumado al ver desmoronada su obra genial. Vivió apaciblemente sus últimos años en su residencia de Dalmacia, a orillas del Adriático, donde se ocupó preferentemente en cultivar su huerto. Su antiguo hermano de armas, que lamentaba haber abdicado, intentó arrastrarlo a una nueva intervención en los negocios políticos: pero a Diocleciano no le pesaba la decisión adoptada. Ahora le preocupaban más sus hortalizas que el gobierno. Sus tentativas en orden a asegurar el porvenir del Estado fracasaron en algún punto importante, pero sus grandes reformas le sobrevivirían, desarrolladas y sistematizadas por sus sucesores. En los veinte años de su reinado, el Estado romano experimentó una transformación mucho mayor que en los tres siglos precedentes.

Las ruinas del gran palacio dálmata de Diocleciano en **Spalato** (de *palatium*, palacio), actualmente Split, indican que el viejo monarca pasó sus últimos años con esplendor en verdad principesco. El palacio pertenece al último período artístico de la Antigüedad: era a la vez templo y residencia del monarca deificado. Éste aparecía con toda su imperial aura en la nave central de la fachada principal y recibía allí el homenaje de sus súbditos reunidos en la sala de las columnas. Aún en pleno día se rodeaba de

antorchas encendidas que hacían centellear el oro y las piedras preciosas de su manto imperial.

Puede formarse una idea bastante exacta de la extensión de estas construcciones, sabiendo que en época reciente ha podido edificarse en el recinto del palacio imperial toda una ciudad de varios miles de habitantes. A principios de la Edad Media, estos lugares estaban salpicados de casuchas ruinosas, apoyadas en las fuertes murallas que las protegían del tropel armado de las grandes migraciones de pueblos. En nuestra época ha podido desescombrarse gran parte del impresionante recinto. De la magnificencia con que se rodeaban los monarcas romanos, son prueba asimismo otros descubrimientos arqueológicos en Piazza Armerina, Sicilia. Se cree que se trata también aquí de una residencia imperial: la que se construyó Maximiano después de su abdicación.

CONSTANTINO EL GRANDE

La tolerancia religiosa

En el año 312, el número de pretendientes al título de augusto se reducía a dos: **Constantino**, al que más tarde se apellidó el Grande, y **Licinio**. Ambos eran grandes capitanes y lo bastante hábiles para no combatirse y para unir sus esfuerzos contra sus rivales. Reducidos éstos a la impotencia, sellaron su amistad casándose Licinio con la hermana de Constantino.

Gracias a una vigorosa acción, Constantino venció a su rival **Majencio**, hijo de Maximiano, que disponía de un ejército mucho más nutrido. Según una vieja tradición cristiana, en la víspera de la batalla decisiva ante. los muros de Roma, en el **Puente Milvio** (312), el augusto invocó–seguramente, junto con el auxilio de Sol Invictus y de otros dioses del panteón imperial—la ayuda de Cristo, divinidad adorada por su madre Elena, y tuvo una visión celeste: una cruz resplandeciente con las palabras *in hoc signo vinces* (con este emblema vencerás), buen augurio que lo movió a hacer colocar en la enseña de su guardia el monograma de Cristo. En gratitud por esta victoria, que atribuyó al dios de los cristianos, promulgó en el año 313, con su cuñado Licinio, el famoso Edicto de Milán, que concedía a los cristianos el libre ejercicio de su culto, disfrutando así de una existencia legal que les confería atribuciones iguales a las del antiguo culto romano.

Constantino prescribió, en esa ocasión, que todas las haciendas confiscadas en tiempo de las persecuciones fuesen devueltas a sus legítimos propietarios o a sus herederos. Aunque el paganismo se mantuvo todavía durante tres cuartos de siglo después de la batalla de Puente Milvio, puede decirse que a partir del año 313 terminó su status preponderante; desde entonces, el cristianismo ocupó el primer plano en la escena del mundo. Constantino contribuyó decisivamente a su evolución interna.

En su lucha por el poder, Constantino se había comprometido con los cristianos. El número de éstos había crecido con rapidez, principalmente en Oriente, y constituían a la sazón una décima parte de la población del imperio, quizás más; en todo caso, representaban una minoría; por eso algunos historiadores opinan que fue convicción religiosa y no cálculo político el motivo por el que Constantino abrazó la causa cristiana. Era una minoría, es cierto, pero la importancia social de una minoría con una fe sincera, cuando la mayoría de los paganos eran tibios o indiferentes en materia religiosa, tenia que superar con mucho a la del número. Constantino demostró un sentido político lo bastante evolucionado para comprender que el porvenir pertenecía a esta comunidad

con vitalidad propia e incremento evidente de día en día. Las palabras de Cristo alusivas al grano de mostaza que se convertiría en árbol, estaban a punto de hacerse realidad.

Pero lo que más atraía a Constantino era el carácter jerárquico de las iglesias y el poder de los obispos. Éstos ejercían, cada cual en su diócesis, atribuciones administrativas y hasta judiciales; además, disponían a discreción del dinero reunido y de los bienes que las comunidades recibían a título de donación, que a veces representaban sumas considerables. Haciendo honor a la etimología griega de la palabra iglesia (*ekklesía* = asamblea), las comunidades eclesiásticas elegían a sus obispos y sacerdotes. Con iglesias organizadas según modelo democrático, el emperador no hubiese podido llegar a un acuerdo; con los obispos, el entendimiento era posible y con mayor ventaja para ambas partes. Le interesaba, por consiguiente, favorecer a toda costa la autoridad de los jerarcas eclesiásticos.

Las opiniones son dispares respecto a los sentimientos personales de Constantino con relación al cristianismo. Los antiguos autores cristianos lo presentan como un cristiano sincero y piadoso, opinión aún compartida hoy por algunos de sus biógrafos; mientras otros opinan que, a lo sumo, era un monoteísta. En todo caso, un sentido político muy agudo y gran amplitud de miras respecto a las cuestiones religiosas hicieron tolerante a Constantino. Constantino aparentaba ante el mundo que el Estado estaba por encima de todas las convicciones religiosas y ofrecía a todos el lugar conveniente. Con los judíos, por ejemplo, también se mostró complaciente.

De hecho, podía preverse ya entonces que el cristianismo estaba en vías de convertirse en inspiración de la legalidad. En efecto, empezóse ya notar la influencia cristiana en la vida social; por ejemplo, en el articulado de la ley que prohibía a los tribunales actuar en domingo, día en que se concedió también permiso semanal en el ejército. A influencia cristiana debe atribuirse la prohibición de marcar al rojo vivo el rostro humano, "hecho a imagen de la belleza divina", y la abolición de la crucifixión, antiguo suplicio romano reservado a los esclavos. En otros muchos aspectos, las leyes de Constantino suavizaron la suerte de estos últimos. En pocos años, la situación cambió por completo. Desde el reinado de Constantino, el imperio romano se colocó bajo el signo de la cruz.

Pero también debe decirse que las iglesias quedaron bajo la mirada vigilante de las águilas imperiales, para bien y para mal. La generosidad del emperador hacia la Iglesia se tradujo no sólo en donaciones, sino también en el notable edicto que exoneró de impuestos a los bienes eclesiásticos. Gracias al apoyo del poder temporal, la Iglesia pudo ser preservada, en momentos críticos, de la dispersión con que la amenazaron en el terreno dogmático los cismas y las herejías. El Estado mantuvo la unidad de la Iglesia y dejó de perseguirla; en cambio, la autoridad temporal coartó la libertad primitiva de la Iglesia. Constantino hizo sentir su autoridad tanto en cuestiones religiosas como en negocios temporales. A medida que el Estado atentaba contra la libertad interior de la Iglesia, volvíase más intolerante contra los que profesaban otras opiniones. Por otra parte, con relación a la unidad de la Iglesia, los intereses de ésta coincidían con los del emperador, en particular respecto a las sectas que rechazaban la unión de la Iglesia y el Estado.

Constantino participó con el mayor celo en el concilio de **Nicea** (Asia menor), donde el año 325 se reunieron unos 250 obispos venidos de todos los puntos del imperio, incluso de Germania, Armenia y Persia. El objetivo de este primer concilio universal era aclarar puntos doctrinales en ese momento controvertidos. Las tesis de **Arrio**, que negaban la divinidad de Cristo y su origen virginal, fueron condenadas, como asimismo las de Macedonio, que impugnaban la divinidad del Espíritu Santo. Establecida así la naturaleza trinitaria de Dios, el Concilio pudo aprobar un breve

epítome de la fe cristiana, a manera de embrión mínimo de ortodoxia, el Credo niceno que en sus últimos artículos sería completado por el concilio de Constantinopla, en 381. En Nicea se acordó también crear una jerarquía entre las diócesis, elevando a cuatro de ellas -Roma, Jerusalén, Antioquía y Alejandría- al rango máximo de patriarcados. Aunque el emperador no podía darse cuenta exacta de aquellas discusiones sobre cuestiones dogmáticas, no permaneció inactivo en el transcurso de tan importantes reuniones. Llamaba a todos a la concordia y, para neutralizar las disputas, ponía en la balanza el peso de su autoridad. Las charlas en torno a una mesa bien abastecida han sido en todo tiempo un medio infalible para crear una atmósfera de cordialidad general entre la gente. Constantino no lo echó en olvido. Todo era bueno para evitar, si era posible, un cisma en el seno de la Iglesia; los medios empleados para ello no contaban para él. Siempre escogía el partido de quienes tenían mayores posibilidades de hacer triunfar su punto de vista; solidarizaba con la mayoría y cuidaba que se aceptaran y ejecutaran las decisiones defendidas por ésta.

Desde que Constantino aseguró a la Iglesia una posición tan sólida y honrosa, afluyeron nuevos partidarios de la fe cristiana y creció también el número de quienes adherían a la Iglesia por motivos menos confesables. La dignidad episcopal en una ciudad entrañaba importantes ventajas y confería un poder que atraía a algunos ambiciosos. Lo que la Iglesia ganaba ahora en potencia, lo iba a perder en valor intrínseco; pronto sus mejores hijos no verían otra salida que retirarse por entero del mundo y vivir como ermitaños en el desierto.

El reinado de Constantino es también célebre por haber trasladado en 330 la capital del imperio a Bizancio. La ciudad se engrandeció de tal modo que adquirió categoría de metrópoli importante, con su espléndido palacio imperial a la orilla del Bósforo, su inmenso circo o hipódromo, sus iglesias y otros monumentos públicos de gran belleza. La ciudad debió su nuevo nombre, **Constantinopla** o Constantinópolis, a su nuevo fundador. De esta forma, Constantino dotó a la parte oriental del imperio de un sólido núcleo. La situación de la flamante capital, en la encrucijada de dos mundos que se encontraban y cambiaban sus productos, era muy ventajosa desde el punto de vista económico y estratégico, y su belleza era incomparable.

Constantinopla fue, en realidad, una ciudad griega. Pasadas algunas generaciones, aquellos habitantes suyos, que descendían de gente del oeste del imperio, olvidaron el latín ante la avasalladora influencia helénica. No se acordaron ya de las letras latinas y consideraron a Italia como una parte del mundo semibárbaro. No era esto precisamente lo que pretendió Constantino al fundar una "segunda Roma" a orillas del Bósforo; este emperador romano sabía muy poco griego.

A partir de 323, Constantino reinaba solo. Constantes fricciones entre él y Licinio habían desembocado en una guerra abierta; después de su victoria, Constantino le había perdonado la vida a instancias de la mujer de aquél. (En vano, porque había de morir conspirando.) En cambio, mandó ejecutar a su suegro, el ex emperador Maximiano, cuando el anciano, ávido de mando, intentó por segunda vez revestirse de su dignidad de augusto. En política, Constantino era implacable.

Constantino mandó dar a sus hijos una educación cristiana, y en cuanto a él, no se bautizó hasta su muerte (año 337), obedeciendo quizás a una creencia, muy extendida entonces, que el bautismo *in articulo mortis* permitía entrar en la eternidad limpio de todo pecado. Las Iglesias armenia y rusa veneran a Constantino como santo y celebran fiesta anual en su honor; en cambio, la Iglesia romana no lo ha canonizado.

Constantino el Grande.

Los hijos de Constantino

Apenas Constantino exhaló su último suspiro, se desarrolló un espantoso drama en el seno de la familia. Aunque él había puesto fin al sistema político de Diocleciano y concentrado todo el poder en sus manos, había dispuesto que el imperio fuese repartido a su muerte entre sus tres hijos. Constantino II, Constancio y Constante, y dos de sus sobrinos. Ahora bien, aunque es cierto que estos hijos no heredaron en absoluto las excelsas cualidades de su padre, sí, en cambio, su deseo desenfrenado de reinar. Esta codicia del mando se desencadenó en primer lugar contra sus tíos y primos. Excepto tres príncipes de corta edad, todos los demás fueron exterminados. Sólo a uno le perdonaron la vida: era el hijo menor de un hermano de Constantino, que la historia conocería con el nombre de **Juliano el Apóstata**.

La lucha pronto se centró entre los propios hijos de Constantino. No conseguían entenderse sobre la forma de repartir el imperio. Se desencadenó una guerra civil y perecieron al poco tiempo Constantino II y Constante. Mientras, en el exterior, el imperio atravesaba un período bastante agitado. La Galia sufría mucho con las hordas germánicas, que sembraban por doquier la muerte y el terror. En el año 355, Constancio confió la defensa de las Galias a su primo Juliano, a quien otorgó también el título de césar. Pensó antes confiar esta misión al hermano mayor de Juliano, pero éste se dedicaba, con su mujer, a todo tipo de crueldades, chantajes y acciones ignominiosas, por la que el emperador juzgó preferible mandarlos asesinar. Algunos cortesanos querían para Juliano la misma suerte, pero salvó la vida gracias a la emperatriz Eusebia.

Influjo del neoplatonismo en Juliano

Juliano contaba entonces veinticuatro años. Como sus primos, había sido bautizado y educado en la religión cristiana, pero su maestro, un liberto que en secreto permanecía fiel al paganismo, le había inculcado gran admiración por la cultura griega, en particular por Homero y Platón. Constancio, que deseaba convertir a Juliano y al hermano de este en dóciles marionetas, les asignó por residencia un palacio en el que habían vivido como cautivos desde su infancia. El joven se manifestaba en lo externo dócil a esta situación, pero su alma, en extremo sensible, vivía en el mundo encantado de la antigüedad clásica. Consciente de su valer, consideraba la religión cristiana como

"una religión de esclavos, incapaz de suscitar almas generosas y heroicas". Observaba las faltas y defectos de los cristianos y se irritaba ante el chocante contraste entre sus creencias y su propia existencia. Un árbol que da por frutos los crímenes de Constantino y Constancio no podía ser, según él, un árbol bueno.

Cuando Juliano llegó a los veinte años, obtuvo mayor libertad. Entonces pudo entregarse al estudio asiduo de las ideas helénicas en las escuelas griegas de Asia menor y Atenas, donde vivió la época más feliz de su vida y experimentó la profunda y durable influencia de la filosofía neoplatónica, que admiraba desde tiempo atrás. El neoplatonismo es una réplica de la doctrina de Platón, teñida de orientalismo. Ya hemos hablado anteriormente de su fundador, el egipcio Plotino.

El neoplatonismo es una filosofía panteísta. Dios es una fuerza impersonal presente en todo el universo, de la cual emanan todas las formas de existencia. La más elevada de esas emanaciones es el mundo de los conceptos platónicos. Sigue después el alma universal o *demiurgo*, creador del mundo visible, cuyas partes materiales constituyen las emanaciones más bajas. Para el neoplatonismo, la materia es el principio del mal. Las almas individuales pertenecen a una forma de emanación más noble. Pero ávidas de existir por sí mismas, han renegado de su sublime origen como un niño que abandona la casa paterna: después de esta apostasía, han acabado por ligarse a la materia.

Sin embargo, cada hombre ansía, desde lo más hondo de su alma, volver a su origen y siente nostalgia de lo eterno. Ésta es la tarea del hombre mientras mora en esta tierra: librarse de los lazos de la materia para conseguir de nuevo el mundo suprasensible del que fue separado. Ello puede lograrse mediante una existencia ascética o una contemplación íntima y extática de Dios. Quien en esta vida haya procurado librarse de sus lazos materiales, de su cuerpo y de todas sus imperfecciones, lo logrará a la hora de la muerte. Las almas más puras se unirán al alma universal y reinarán con ella sobre el Universo entero.

Sólo un corto número de almas quedará liberado por entero de su condición material con la muerte. El alma que durante su vida terrestre no haya vencido el imperio de la materia, deberá buscar después de su muerte una envoltura en otro cuerpo. Algunas de estas almas vuelven a encarnarse en seres humanos, pero su existencia es un castigo a los pecados cometidos en el transcurso de una vida anterior. Los amos malos se convierten en esclavos; los ricos que malgastaron sus riquezas, en pobres; otros descienden a la especie de animales: "cuando su sensibilidad va acompañada de violencia y de cólera, vuelven a nacer convertidos en animales rapaces".

El neoplatonismo de Plotino, Orígenes, Porfirio, el seudo Dionisio Areopagita y Proclo había de ejercer enorme influencia en el pensamiento y en la ética de la Edad Media. Desde luego, su concepción de la materia contribuyó mucho al nacimiento del ascetismo cristiano, con sus anacoretas y la vida reclusa de los monjes, los ayunos y maceraciones de la carne. En la ciencia medieval, el desprecio neoplatónico de la materia contribuiría a detener y frenar, durante más de un milenio, toda investigación en el dominio de las ciencias naturales. Por ello, la filosofía neoplatónica es la piedra angular de la cultura medieval.

La doctrina neoplatónica respondía a todas las aspiraciones de Juliano. Veía también en ella el medio de restaurar la cultura antigua y enfrentar al cristianismo. Sin embargo, en apariencia, continuaba comportándose como cristiano y esperaba su hora. Entretanto, participaba en un culto que aborrecía: le iban en ello su existencia y su obra futura.

Juliano "el Apóstata", emperador

A los veinticuatro años, Juliano tuvo que cambiar la toga de filósofo por el manto de general y afeitarse su revuelta barba. Se mostró muy ocurrente y acomodóse muy bien a su nueva existencia; estudió con celo la técnica de la guerra, mandó sus tropas

según las reglas del arte militar y obtuvo algunos éxitos que le merecieron fama de capitán. Cuando, cerca de Estrasburgo, atacaron los germanos, tres veces más numerosos, Juliano obtuvo sobre ellos, gracias a la disciplina de sus tropas y a su valor personal, que servía de ejemplo a los soldados, una victoria decisiva, que fue la salvación de las Galias.

No se detuvo ahí: franqueó el Rin y persiguió a los germanos empuñando la espada. La alegría del desconfiado Constancio no quedó exenta de reservas cuando supo los éxitos y la fama creciente de su primo. Años más tarde, halló excelente pretexto para privar a Juliano de sus mejores tropas. Habiendo estallado la guerra contra Persia, quiso Constancio hacerse cargo del mando en persona y reforzar sus relajadas tropas de origen asiático. Necesitaba unidades frescas, procedentes de Occidente. Sus órdenes eran irrevocables y encargó a sus comisarios que escogiesen las mejores tropas galas. Aunque a disgusto, Juliano decidió ejecutar las órdenes del emperador. Pero los soldados con tanto esmero escogidos, se negaron a abandonar el país y proclamaron emperador a Juliano.

Éste se halló ante una alternativa grave: o se ponía al frente de los amotinados, o se dejaba matar por su primo. Cuando Constancio se enteró de la sublevación de los galos, fue presa del pánico, pero rechazó las tentativas de Juliano para llegar a un acuerdo amistoso. Decidió aprovechar un armisticio para castigar a "aquel ingrato". Ya en camino, contrajo unas fiebres; su ansia de llegar a destino acabó con su vida. Era el año 361, Juliano quedó dueño del imperio. Ya podía descubrir su verdadero rostro y arrojar la máscara de piedad cristiana...

Juliano era un idealista como pocos emperadores romanos lo fueran. En el trabajo, activo y esclavo del deber: un nuevo Marco Aurelio, que vivía un auténtico ascetismo. Demasiado humano y prudente para combatir al cristianismo con persecuciones sangrientas. No quería hacer mártires. En una carta escrita poco después de su ascensión al trono, precisaba: "A pesar de la locura de los galileos que han provocado una sublevación casi total, quiero que no se les castigue a muerte y no se les apliquen castigos corporales, sino que, por el contrario, se les deje en paz". En otro de sus escritos posteriores se lee: "Los errores son debidos más a la ignorancia que a la maldad. Por eso, hay que compadecerlos en vez de odiarlos. Hay que convencer a los hombres con argumentos razonables, mejor que con golpes, injurias y malos tratos".

Ello no significa que no adoptara medidas anticristianas. Algunas podían ser calificadas de igualitarias, como la de ordenar que los cristianos participantes en la destrucción de los santuarios paganos los reconstruyeran con sus manos o pagaran los gastos de reconstrucción. A consecuencia de ello, varios procuradores y funcionarios celosos secuestraron los bienes de algunas iglesias cristianas. Por tal motivo, los cristianos llegaron más de una vez a las manos con el populacho pagano. A pesar del punto de vista tan humano del emperador y otros paganos ilustres, se cometieron con frecuencia crueldades.

De esta forma, la base económica de la Iglesia, reforzada por Constantino el Grande, fue reducida a la nada por Juliano. Otros privilegios, tales como, la competencia judicial en materias civiles, que se había otorgado a los obispos sobre sus fieles, fueron también abolidos.

Pero el peligro más grave para el cristianismo era el edicto que prohibió a los cristianos dar enseñanza e, indirectamente, recibirla. Juliano esperaba que, pasadas algunas generaciones, gran parte de la juventud seguiría su propio ejemplo de apostasía, y quienes no hubieran tenido ocasión de adquirir elevada cultura, tampoco estarían en disposición de ocupar cargos directivos y actuar según sus ideas.

Preocupóse, además, de asegurar a las religiones paganas una organización tan sólida como la del cristianismo, a fin de ponerlas en disposición de luchar con eficacia contra ésta. Así, procuró crear una jerarquía pagana, similar a la cristiana, nombrando para cada provincia un pontífice, especie de obispo idólatra, a quien todos los demás sacerdotes quedaban sometidos. Al frente de la jerarquía se situaba el propio emperador, con la dignidad de sumo sacerdote. Juliano hizo lo posible por atraer al pueblo a los santuarios, introduciendo cátedras, hasta entonces desconocidas: desde ellas, los filósofos neoplatónicos explicaban el mensaje esotérico de los mitos antiguos. En fin, se esforzó en emular las prácticas caritativas de los cristianos, empleando sumas importantes en instituciones filantrópicas.

En resumen, Juliano procuró introducir notables reformas en la religión pagana, tomando de continuo al cristianismo como modelo. El "apóstata" había arraigado en la ética cristiana mucho más de cuanto pudiera imaginarse. Juliano no combatió sólo a los aborrecidos cristianos con los medios que disponía como emperador, se valió también de la filosofía. Escribió diversas obras contra los "galileos", en que expresaba ante todo su rechazo por el culto a las reliquias. Así empleó Juliano todos los medios pacíficos para defender la causa del paganismo antiguo.

Sin embargo, pronto vio que no podía darse vida a lo que estaba ya muerto, aunque lo intentara el mayor idealista. La gran masa popular, aunque más o menos hostil al fanatismo de los cristianos, permanecía indiferente a los nobles ideales del emperador. Entre los cristianos, en cambio, el fervor era directamente proporcional al empeño puesto en desarraigarla. "Esto es sólo una nube pasajera", dijo el eminente padre de la Iglesia Atanasio, cuando Juliano lo envió al destierro. Apenas transcurridos seis meses, sus palabras se convertían en realidad. En el verano de 362, Juliano abandonó Constantinopla, para no regresar a ella jamás.

Se había puesto en marcha hacia la frontera oriental para combatir a los persas. Una campaña dramática. En el año 363, le llegó la muerte casi de improviso. Un día, según costumbre, se expuso temerario a los proyectiles enemigos, sin recordar que se había quitado la coraza a causa del calor. Sus soldados no dejaron sin venganza la muerte de su querido general. Despreciando a la muerte, se arrojaron furiosos contra el enemigo hasta conseguir una aplastante victoria. El emperador, entretanto, consolaba a los amigos que lo rodeaban, rogándoles que reprimieran las lágrimas. El moribundo manifestó la alegría que experimentaba, de ir al fin hacia un mundo mejor: "Aquel a quien aman los dioses, muere joven", dijo. Y después de filosofar sobre la inmortalidad del alma, se extinguió tranquilo. Tenia entonces treinta y dos años. Apenas había reinado uno y medio. Como un eco de la alegría que experimentaron los cristianos al morir su peor enemigo, nació la leyenda según la cual Juliano exclamó en sus últimos instantes: "¡Venciste, galileo!"

El triunfo del cristianismo

Joviano, el emperador elegido inmediatamente, era en todo opuesto a Juliano: militar bastante superficial, buen bebedor, cristiano de cuerpo entero, la persona más insignificante que pueda imaginarse. Su sucesor, **Valentiniano**, también oficial y muy buen cristiano, estaba dotado, al contrario que su predecesor, de energía y decisión. Devolvió a los cristianos la completa libertad de su culto y restableció algunos de sus privilegios. Siguió el ejemplo de Constantino, mostrándose imparcial respecto a las diversas religiones del imperio. "No impedía a nadie cumplir con sus deberes religiosos y no obligaba a nadie a abrazar su propia fe", dice de él Amiano Marcelino, historiador

greco-sirio del siglo IV. Poco después de subir al trono, Valentiniano escogió a su hermano Valente como emperador asociado, con plena autoridad sobre Oriente.

Ambos emperadores designaron como oficiales del ejército a muchos germanos, hecho insólito hasta entonces. Valentiniano se esforzó en asimilarlo, casándolos con mujeres romanas, acaso para vitalizar el antiguo vigor del pueblo romano. Esperaba quizás contener de esta forma el azote que pugnaba tenaz en las fronteras del imperio. Precauciones vanas. Nada podía oponerse ya a la marea de las grandes invasiones germánicas, con las que estas quinta columnas no podían no simpatizar algo. Valente tuvo que experimentarlo en carne propia, pues falleció tratando de contener a los godos en **Andrinópolis** (378).

Desde tiempo atrás se desmoronaba el viejo mundo romano. El futuro pertenecía ya a fuerzas nuevas: el cristianismo y los germanos. Los vencedores se convirtieron en herederos directos de la civilización de sus vencidos. El cristianismo se presentaba como amigo, pero la semilla recién sembrada no dejaba de poner en peligro los fundamentos de la sociedad romana. La predicación de un reino que no es de este mundo estaba en abierta contradicción con el espíritu de una sociedad para la que este mundo era la única realidad tangible.

El año 392 señala la fecha histórica del triunfo del cristianismo. **Teodosio**, corregente y, desde 392, sucesor de Valentiniano II, no toleraría más que una sola religión en su imperio. Prohibió tanto las sectas cristianas heterodoxas (herejes) como el culto idólatra. Un orador pagano de la época describe con crudeza cómo se comportaban los cristianos fanáticos en estos templos y cómo acometían a los sacerdotes paganos. Todos los templos paganos fueron cerrados por orden imperial, de suerte que "los dioses tenían como única compañía en sus hornacinas a las lechuzas", como dice san Jerónimo. Teodosio también prohibió a sus súbditos "sacrificar animales inocentes a los ídolos sordos y mudos" e incensar en las casas y hacer libaciones a los penates y otros dioses tutelares. "Toda casa que se incense pertenecerá al Estado", según palabras de este famoso decreto. En el año 394, prohibió los Juegos Olímpicos. La fuente de la belleza antigua se secaba.

Símbolo de esta época son las últimas frases pronunciadas por el oráculo profético de Apolo, en Delfos. He aquí la respuesta que recibió el médico particular y amigo de Juliano, cuando por orden del emperador consultó al oráculo:

> Ve y di a tu amo:
> "El célebre templo es un montón de ruinas,
> es todo lo que queda de la mansión de Apolo:
> el laurel profético ha desaparecido,
> la fuente de la profecía se calla,
> desde que el agua rumorosa se ha agotado."

El paganismo tuvo también sus mártires. El más célebre fue Hipatia de Alejandría, "sabia como Palas Atenea y bella como Afrodita". Enseñaba filosofía platónica y era excelente matemática y astrónoma. Una multitud de discípulos la seguían admirados, pero los cristianos fanáticos la aborrecían. En el año 415, durante uno de tantos tumultos que se producían a diario en Alejandría, fue acometida por una turba de exaltados, que la arrastraron a una iglesia y allí la asesinaron cruelmente. El hecho que las luchas religiosas alcanzaran en Oriente tal violencia se explica, en parte, por la profunda aversión que inspiraba a los cristianos la inmoralidad manifestada en ciertos cultos, especialmente en el culto a Afrodita, que iba a la par con el desbordamiento de los

sentidos, la mutilación voluntaria y otras crueldades. Por eso decidieron luchar no sólo con las armas del espíritu, sino también con la espada del gobierno.

Tinieblas y luz van siempre a la par. Al propio tiempo que se prohibían los Juegos Olímpicos, se adoptaban medidas contra una de las prácticas más brutales del paganismo, los combates de gladiadores, que los cristianos abominaban. En el año 399 fueron suprimidas las escuelas de estos luchadores, pero pasó mucho tiempo antes que cristianos influyentes consiguiesen del emperador que prohibiera para siempre estos crueles combates a muerte. Y en el año 529, Justiniano dará el golpe de gracia al libre pensamiento antiguo, confiscando los bienes con cuyas rentas se sostenía la academia platónica de Atenas y prohibiendo la enseñanza de la filosofía en dicha ciudad.

Pero la religión pagana subsistió aún muchos siglos en las regiones apartadas del imperio. Un cristiano cuenta que, en 532, el obispo de Éfeso "libró a varios miles de paganos de sus demonios y prácticas idolátricas". Todavía en 692, el tercer concilio constantinopolitano tendría que dictar medidas contra las fiestas y prácticas del paganismo. En Egipto, la diosa Isis reinó largo tiempo aún en un templo de la isla de Filé, a poca distancia al sur de la primera catarata; algo parecido ocurrió en Siria, Fenicia y África del norte. El paganismo era difícil de extirpar. Puede decirse que, en general, el cristianismo encontró resistencia más apasionada en las religiones de origen semítico; la lucha por la extinción del paganismo occidental parecía un juego de niños comparada con ésta.

Con Teodosio llegamos al fin de la Antigüedad. La agonía de ésta duraría aún un siglo y la línea que la separa de la Edad Media podría situarse otro siglo más tarde. Pero el año 476, en que cae el último emperador romano de Occidente ante el empuje de los germanos, no constituye en la historia universal un límite tan decisivo entre dos épocas como el 378, año en que Valente, hermano y sucesor de Valentiniano I, se vio incapaz de contener la invasión germánica. El emperador que desapareció en el año 476 de la esfera del mundo, no era más que un fantasma desde hacía mucho tiempo. Un siglo ha ya que eran los germanos y no los romanos quienes escribían la historia de la mitad occidental del imperio.

El año 392 puede ser considerado también como línea divisoria entre la Antigüedad y la Edad Media, por el hecho que el cristianismo, una de las dos fuerzas que ocasionaron la caída del mundo antiguo, consiguió entonces su victoria definitiva sobre el paganismo greco-romano.

El límite de estas dos épocas depende del punto de vista que se considere. Lo cierto es que el período que nosotros llamamos Edad Media no iba a comenzar de súbito en un día determinado de un año también determinado. Los tiempos nuevos se habían anunciado con grandes conmociones, cuya influencia se dejaría sentir durante varios siglos: la Antigüedad desembocó, pues, gradualmente, en el medievo, de la misma manera que éste daría paso a la Edad Moderna. Si la Edad Media se define por cambios de todo orden—nuevos pueblos, nuevas concepciones del mundo, nuevas estructuras de organización—, entonces no comenzó abruptamente. La presión interna ejercida por los cristianos y la externa desplegada por los germanos, venían creciendo hacía centurias. Las estructuras económicas y sociales se habían ido transformando desde la mitad del siglo III, llegando al sistema de trueque en especie en tiempos de Diocleciano y Constantino.

Así es como la Edad Media, pese a las novedades que aportó, tiene sus raíces en la Antigüedad. La evolución histórica no se verifica a saltos.

LAS GRANDES INVASIONES

MIGRACIONES ASIÁTICAS

De China al Atlántico

Hemos aludido a la entrada en escena de hordas bárbaras. En los siglos III y IV, el imperio Tsin, en la cumbre de su poder, autorizó a algunos clanes de hunos (*hiung nu*), que la presión de los Sien-pei había rechazado hacia el sur, a establecerse a título de *federados* a lo largo de la gran muralla china. Pero aprovechando la decadencia del poder central, estos hunos federados atravesaron la gran muralla sin previo aviso, y, sin hallar resistencia, permanecieron en la provincia de Shan-Si hasta el año 311. En esta época, un nuevo empuje bárbaro de las hordas mongólicas del otro lado de la gran muralla incitó a Liu-Ts'ong y a sus hunos a apoderarse de la capital china (Lo-yang), obligando al emperador prisionero a "enjuagar los vasos de los banquetes" antes de matarlo. Liu-Ts'ong murió ocho años más tarde, antes que pudiera fundar un imperio duradero. Fue la señal de un desbordamiento de hordas turcas, mongólicas y tibetanas.

A mediados del siglo IV, los hunos, perseguidos desde el norte por los yuan-yuan y contenidos en el sur por los tibetanos, que se habían apoderado de la China occidental, no tuvieron elección. Debieron escapar hacia el oeste, para desembocar en las estepas al otro lado de los montes Altai. Tampoco allí pudieron escoger. El valle del Yaxartes y las regiones del Turquestán estaban ocupadas hacia ya tres siglos por los "indo-escitas", los yue-che; no había más salida para los hunos que la de seguir galopando más al poniente aún, en dirección al Volga.

Los alanos y los godos trataron en vano de contenerlos en la llanura ucraniana. Impelidos por el invasor, empujaron ellos a su vez a los germanos. Desde China al Atlántico hubo una verdadera marejada de pueblos.

La presión de los godos

Los hunos, probablemente de raza mongol, tenían un aspecto temible; por donde pasaban sus hordas salvajes, las poblaciones quedaban paralizadas de terror. El cronista godo Jornandes, que vivió en el siglo IV, estaba convencido que los hunos habían nacido de brujos y de espíritus maléficos; el escritor greco-sirio Amiano Marcelino los describe de modo impresionante: "Su fealdad supera todos los limites. Apenas nacen sus hijos, les hacen cortes profundos en las mejillas, para destruir la raíz de las barbas. Son achaparrados y de vigorosa constitución; tienen el cuello ancho y su aspecto es terrible.

Están en su físico tan endurecidos, que no necesitan fuego, no hierven ni cuecen los alimentos; viven de raíces encontradas al azar y de carne, que colocan bajo la silla, sobre el lomo desnudo de sus caballos, para tenerla más a mano. Nunca pernoctan bajo techo, pues allí no se sienten en seguridad". Eran enemigos terribles en el combate. Acometían como un huracán, lanzaban granizadas de flechas sobre el enemigo, atrapaban con el lazo a quienes su espada no lograba alcanzar, y desaparecían con la misma rapidez con que habían llegado. Pero ya sabemos la tétrica aureola con que se pinta siempre al enemigo, sobre todo cuando surge de improviso. Como vemos, la "guerra sicológica" no es cosa de nuestros días.

Los hunos iniciaron sus correrías europeas en las estepas septentrionales del mar Negro. Los primeros que en forma inesperada fueron atacados y aplastados por estas hordas a caballo fueron los ostrogodos, pueblo godo que había fundado un extenso reino a orillas del río Dnipro (Dniéper), en la actual Ucrania. Se defendieron en vano con desesperación. Los supervivientes hubieron de seguir a sus nuevos dueños en su marcha hacia el oeste. Algunos lograron escapar a Crimea, donde sus descendientes vivirían hasta que, en el siglo XVIII, Catalina II los dispersara y se asimilaran a los demás pueblos del imperio ruso.

Sometidos los ostrogodos, les llegó el turno a los godos, asentados por Aureliano en Dacia, al norte del Danubio, hacía un siglo; desde entonces, estos godos, establecidos al oeste de sus hermanos de Ucrania, los *oster-gothen* u ostrogodos, llamábanse *west-gothen* o visigodos. Tampoco ellos fueron capaces de resistir la marea procedente del este y pidieron al emperador Valente asilo en territorio romano. Concedido éste en el año 376, los visigodos atravesaron el Danubio. Aquello fue un acontecimiento histórico de importancia capital. Por vez primera, un pueblo entero obtenía autorización para asentarse en el interior de las fronteras del imperio y vivir en él como nación independiente, con sus propias leyes y peculiares gobernantes. De todos modos, los dos funcionarios romanos que recibieron la misión de dar a los refugiados sus nuevos territorios y ocuparse de su subsistencia, no tuvieron una tarea fácil. Los visigodos acusaron a los romanos de haberlos retenido en la orilla sur del Danubio hasta que sus reservas de víveres se agotaron, obligándolos así a comprar víveres a sus protectores a precio de oro. Los visigodos sufrieron tanta hambre, que vendieron como esclavos a sus mujeres y a sus hijos.

A tal extremo llegaron, que colmó la cólera su medida y tomaron las armas contra Roma. El ejército romano fue arrollado y los godos se multiplicaron en furiosas oleadas, saqueándolo todo a su paso, a través de la península balcánica, donde se les unieron sus compañeros de raza que servían en las legiones del imperio. El emperador Valente preparó una enérgica contraofensiva, pero en Adrianópolis los godos obtuvieron una nueva victoria: el mismo emperador pereció en la fuga (378).

División del imperio

Aunque por poco tiempo, el emperador Teodosio salvó al imperio de esta situación desesperada. Alistó en gran escala a mercenarios godos y consiguió así dominar a los sublevados y congregarlos en las regiones situadas al sur del Danubio, que en principio se les había asignado. Pero los visigodos no se dejaban dominar tan fácilmente. Diez años más tarde volvieron a probar fortuna. Dirigidos por **Alarico**, "el más noble de los godos", invadieron de nuevo la península balcánica. Al principio, después de violentos combates, **Estilicón**, general de origen vándalo, casado con una sobrina del emperador, consiguió frenar las acometidas godas. Pero al morir Teodosio en 395, la situación empeoró. El imperio fue repartido entre sus dos hijos, Arcadio y Honorio. No se trataba ahora de un reparto de responsabilidades de gobierno, como en tiempos de Diocleciano, sino de una división total y permanente. En adelante habría un imperio romano de Oriente (imperio bizantino), con capitalidad en Constantinopla, y un imperio romano de Occidente, con capital nominal en Roma, aunque, de hecho, en Milán.

Pronto surgió una lucha entre ambos imperios, a causa de la marca (o frontera) de Iliria, que antes del movimiento germánico proporcionaba los mejores soldados a las legiones de Roma. Dando pruebas de miopía política, los dos gobiernos imperiales trataron de atraerse a Alarico a su causa y de servirse de los visigodos como peones de su juego. Alarico procuró, desde luego, explotar tan ventajosa situación. Aceptó los ofrecimientos del imperio de Oriente y, en 401, condujo sus hordas a Italia, equipadas con armas suministradas por los arsenales de Constantinopla.

Sinesio se encolerizaba ante la falta de dignidad de las autoridades bizantinas frente a los bárbaros.

> En toda familia acomodada -escribió- hay un esclavo escita: cocinero, bodeguero. Escitas son también los que, cargando sillitas en sus hombros, las ofrecen a quienes desean descansar al aire libre. Pero ¿no es como para provocar asombro el que esos mismos bárbaros rubios, que en la vida privada hacen de domésticos, peinados a la moda eubea, nos den órdenes en la vía pública? A esos bárbaros suplicantes se les tiene por aliados en la guerra, se les hace participar en las magistraturas y se les da a esos corruptores de la gestión pública porciones de territorio romano; el emperador torna su magnificencia natural y su generosidad en condescendencia y clemencia. Pero los bárbaros no han comprendido ni apreciado en su valor la nobleza de ese gesto. Atrevidos, se mofan de nosotros. Tienen tanta conciencia de la manera con que merecerían ser tratados por nosotros, como del tratamiento que tenemos la debilidad de depararles.

Sólo Estilicón fue capaz de salvar a Roma de las hordas visigodas y demás pueblos germánicos puestos en conmoción. Pero había en la corte un partido antigermánico que persuadió al mezquino Honorio -casado con una lija de Estilicón- que el célebre capitán sólo, tenía un objetivo: colocar a su propio hijo en el trono. Y el emperador recompensó al gran vándalo por sus servicios prestados al imperio mandándole decapitar (408).

Nada podía favorecer más a Alarico. Quedaba abierto el camino de Roma. Ésta sólo escapó del saqueo pagando al jefe visigodo una suma fabulosa en oro, plata y piedras preciosas. Alarico exigió también tierras para su pueblo. A tal exigencia opuso Honorio una negativa categórica. Como medida de precaución, se había retirado hacía años al puerto de Rávena, al amparo de inmensas marismas infranqueables. En 410, los visigodos volvieron a sitiar Roma. Alarico no se arriesgó a asaltar la ciudad, demasiado bien defendida. Con todo, no pasó mucho tiempo sin que el hambre obligase a la población a abrir sus puertas. Los ávidos visigodos saquearon la ciudad eterna durante tres días y tres noches. Cuando abandonaron la población, arruinada y humillada, llevaban consigo, en su marcha hacia el sur de la península, un inmenso botín y un número incontable de prisioneros, entre ellos a Gala Placidia, hermana del emperador.

Alarico acariciaba el proyecto de llevar sus hombres al África, pero murió antes de ponerlo en ejecución, joven aún y llorado por su pueblo. Le sucedió su cuñado **Ataúlfo**, que volvió a pasar los Alpes con sus fuerzas y fundó un reino en el sur de la Galia. Entonces se casó con su cuñada, la hermana del emperador Honorio. El hecho que la hija de los césares romanos entregara su amor a un jefe bárbaro y se casara con él por propia voluntad, era algo tan inaudito, que las demás desdichas y humillaciones sufridas parecieron poca cosa a los orgullosos romanos.

A continuación, los visigodos franquearon los Pirineos y extendieron poco a poco su dominio por la península ibérica. En España se enfrentaron con otros pueblos bárbaros, llegados allí recién antes que ellos.

El reino hispano-visigodo

En 409, suevos, vándalos y alanos habían invadido la península Ibérica y estuvieron saqueándola durante algún tiempo. Los visigodos lograron arrinconarlos en el transcurso de varios años de duras y cruentas luchas. Se calcula que unos 250.000 visigodos dominaron entonces a una población hispano-romana de cerca de seis millones de habitantes.

La monarquía visigótica era nominalmente electiva y de confesionalidad arriana, en oposición al cristianismo ortodoxo de los dominados. Esta circunstancia religiosa se vio agravada por una dualidad jurídica humillante y costumbres en su totalidad diferentes entre conquistadores y sometidos, pues el rey Eurico (466-484) promulgó un código destinado sólo a los visigodos, y su hijo y sucesor, Alarico II (487-507), una legislación diferente para los hispano-romanos, que se denominó *Breviario de Apiano*, inspirada en las leyes romanas.

El creador de la grandeza visigoda fue el rey Leovigildo (568-586), que logró pacificar extensas zonas siempre perturbadas por aires de revuelta. La peor sedición provino de su hijo Hermenegildo, convertido al catolicismo. Tras una rápida guerra, LeovigiIdo se apoderó de su hijo y lo hizo ejecutar. Para los hispano-romanos fue una situación amarga. Habiéndose percatado de lo impolítico de su medida, se dice que recomendó a su hijo Recaredo convertirse al catolicismo para salvar la monarquía. En 589, Recaredo oficializó el cristianismo ortodoxo; luego ahogó en sangre el revisionismo arriano.

La falta de continuidad dinástica y de un derecho común desarticuló pronto la obra de Recaredo.

A Recesvinto (653-672) se debe la promulgación del *Fuero Juzgo* o "Libro de los juicios", leyes aplicables por igual a visigodos e hispano-romanos, paso importante en favor de la unión de ambos pueblos. El gobierno de su sucesor, Wamba (672-680), representa el último esfuerzo para aunar a sus súbditos en el momento histórico en que los musulmanes ya eran por completo dueños del norte de África. Abolió la famosa "ley de raza", que prohibía los matrimonios de visigodos con naturales del país, política racista que había impedido la formación de una conciencia nacional solidaria, como queda indicado. Tal medida, empero, estaba ya sobrepasada por los hechos.

Es casi seguro que el elemento hispano nunca se sintió solidario de los visigodos, como parece desprenderse de la fácil conquista de la península por los musulmanes en 711; desde el punto de vista cultural, ese elemento no renegó de la pauta marcada por la herencia de Roma, dignamente representada por san Isidoro, obispo de Sevilla, autor de una especie de enciclopedia de su época, titulada Etimologías.

Desde el punto de vista político, también quedó un rescoldo de presencia romana, reavivada desde la ocupación por el emperador bizantino Justiniano, de una faja de territorio meridional, que los bizantinos pusieron bajo dependencia de la prefectura de África, con su nombre tradicional de Bética (549). A partir de Leovigildo y sus sucesores, este territorio fue mermando considerablemente, hasta que Suintila (621-631) logró reinar en toda la península.

Pese a la constitución electiva de la monarquía visigótica, algunos reyes consiguieron en varias ocasiones instaurar el régimen hereditario: Teodoredo y sus hijos—Turismundo, Teodorico y Eurico; Leovigildo, Recadero y Liuva II; Chindasvinto y Recesvinto—. No obstante, los visigodos mantuvieron en líneas generales el sistema de la monarquía electiva.

Los últimos monarcas visigodos se enfrentaron con problemas religiosos—persecuciones antisemitas, quejas de los concilios toledanos—e intrigas palaciegas. Rodrigo, el último rey, fue arrollado por la invasión musulmana en 711.

Vándalos y burgundios pasan el Rin

Las ofensivas godas tuvieron funestas consecuencias para el imperio romano de occidente. Para proteger Italia, Estilicón se había visto obligado a sacar fuerzas del Rin

y desguarnecer esa importante frontera, contra la que habían dirigido sus tiros los germanos durante tantos siglos. Estilicón la dejaba casi indefensa.

Cuando, a comienzos del siglo V, las tropas romanas ocupantes de la orilla del Rin eran poco numerosas, los germanos rompieron las fortificaciones del *limes*. Otras tribus germánicas, siguiendo el ejemplo de los visigodos, invadieron el imperio occidental. Algunas de estas invasiones tuvieron carácter transitorio, pero muchas tribus bárbaras se asentaron en territorio romano y no consintieron ya en ser expulsadas.

Los primeros invasores fueron los vándalos, compatriotas de Estilicón, emparentados racial e idiomáticamente con los godos. Pasaron el Rin, penetraron en las Galias, que recorrieron de parte a parte, y, después de atravesar los Pirineos,, conquistaron el norte de España. Tiempo después, fueron derrotados por los visigodos y empujados hacia el sur de la península. Su nombre parece hallarse en la etimología de la voz Andalucía (Vandalucía), como el de los visigodos acaso también en la de Cataluña (*Gotland, Gotalaunia*).

En 429, los vándalos atravesaron el estrecho y desembarcaron en África, dirigidos por su rey, **Genserico**, uno de los príncipes bárbaros más crueles de su tiempo. Tribus moras se unieron a los vándalos y, en poco tiempo, destruyeron las defensas romanas. Durante el asedio a la ciudad de Hipona, en 430, murió su obispo, el célebre padre de la Iglesia, san Agustín.

Comparados con los indígenas, los vándalos eran poco numerosos; para asentar su dominio, les era indispensable mantenerse unidos. Genserico arrebató sus tierras a todos los propietarios romanos de la región de Cartago y las entregó a sus vándalos; los demás habitantes hubieron de pagar tributo al rey germánico.

El reino de los vándalos constituía el segundo de los Estados germánicos en territorio romano. El tercero fue fundado por los burgundios. Como los godos y los vándalos, este pueblo era quizás también oriundo de Escandinavia. La isla de Bornholm se llamaba antiguamente "Borgundarholm" (isla de los burgundios). Los burgundios desembarcaron en el continente entre el Oder y el Vístula. Desde allí pueden seguirse sus huellas a través de Alemania hasta el actual Palatinado, donde fundaron un reino. En el año 436, este reino sucumbió en una horrible lucha contra los hunos, cuyo eco recoge la célebre *Canción de los Nibelungos*. Del pueblo burgundio quedó poca cosa. El imperio romano de occidente les asignó nuevas tierras en una región del Ródano, que después se denominaría ducado de Borgoña, en honor suyo.

Anglos y sajones en la Gran Bretaña

Britania había sido el puesto septentrional más avanzado del imperio romano. Mientras la tempestad se desencadenaba en la parte central del imperio, los bretones leales y civilizados tenían conciencia de vivir en un rincón retirado del mundo, abandonados a sus propios medios.

A1 norte del muro de Adriano habitaban los enigmáticos pictos, pueblo muy belicoso, cuya lengua ignoramos, pero cuya civilización nos ha dejado vestigios de piedra en Escocia y en sus islas. Irlanda estaba poblada por tribus celtas, de la misma raza que los bretones; sin embargo, nunca habían tenido contacto con el cristianismo ni con la civilización romana. La más conocida de ellas es la de los escotos, que pasaron más tarde a Escocia, dando nombre a esta región.

En tiempos del emperador Valentiniano, hacia 370, los bretones fueron atacados por todas partes. Junto con los anglos de la península de Jutlandia, los sajones de la llanura nordalemana realizaron una expedición de saqueo a Britania. Un general hispano, el futuro emperador Teodosio, atravesó el canal con un ejército reclutado a

toda prisa, rechazó a los invasores y castigó de modo ejemplar a los pictos de Escocia y a los escotos de Irlanda. La victoria permitió a los bretones tomar aliento, aunque en la primera mitad del siglo V perdieron la última esperanza de ser ayudados por Roma, pues sus legiones fueron retiradas de Britania.

Leyendas célticas

Con los soldados romanos desapareció la base de la civilización latina. Con paso lento pero seguro, la bella Britania cayó de nuevo en la barbarie. El recuerdo de sucesivas épocas sombrías, de saqueos y asaltos continuos de los bárbaros y de la resistencia desesperada de los nobles bretones, se conserva en los relatos del rey Arturo y los Caballeros de la Mesa Redonda. El rey Arturo debió ser un hombre terrible para la guerra. Al frente de sus bretones derrotó al enemigo en doce batallas; en la última de ellas, la más decisiva, aniquiló él mismo con su espada, "*Excalibur*", a más de diez mil enemigos. Los hechos relatados, de ser históricos, podrían haberse desarrollado principalmente en el sudoeste de Inglaterra, donde los celtas resistieron mucho tiempo las oleadas sucesivas de los asaltantes germánicos.

Una de las más célebres sagas es la de Walewein, uno de los caballeros de la Mesa Redonda. Después de un banquete, entró por la ventana un tablero de ajedrez de belleza extraordinaria.

El rey Arturo estaba sentado
en su salón de Carlicien,
como tenía por costumbre muchas veces
después de la comida...
Cuando he aquí que fueron testigos de un gran prodigio:
vieron que un tablero entraba por la ventana.

Pero el tablero dio unas vueltas en el aire y se fue por el mismo sitio:

Al instante se fue por los aires
como había venido
...Allí habló el rey Arturo:
Por mi corona real
que me ha parecido bonito este tablero.
Mirad, amigos, cuál fue el motivo
de haber llegado hasta aquí.
Quien no tema el esfuerzo
y corra tras el tablero
para traérmelo a mi poder,
le entregare todo mi reino
y después de mi muerte será recompensado
con mi propia corona.

Walewein respondió a la invitación del rey y, tras muchas aventuras, consiguió al fin traer el tablero de ajedrez al monarca.

Es preciso reconocer que estas maravillosas sagas sólo son, en realidad, fantasías de pueblos vencidos. A la larga, los bretones hubieron de someterse a los tenaces anglosajones, que eran paganos. El mensaje cristiano no encontró eco en el alma de los invasores; las iglesias cristianas fueron demolidas o se arruinaron poco a poco. Estos germanos tampoco se mezclaron con la población autóctona. Algunos bretones se retiraron a las montañas del País de Gales y Cornualles; otros atravesaron el canal de la

Mancha y se asentaron en la península francesa de Armórica, a la que dieron el nombre de Bretaña, en recuerdo de la patria perdida. Los anglosajones no lograron asentarse de modo definitivo en el País de Gales. En Cornualles, la población habló, hasta bien entrado el siglo XVIII, exclusivamente, un dialecto céltico.

Con su peculiar espíritu de simplificación al relatar sucesos históricos, los antiguos cronistas ingleses cuentan que la dominación anglosajona se inició en la isla cuando sus jefes **Hengist** y **Horsa** (ambos nombres significan "caballo") fueron llamados en ayuda del rey bretón Vortigern contra los escoceses y los pictos, hacia el año 450. Llegaron a Kent con sus guerreros, rechazaron al enemigo y obtuvieron licencia para asentarse en la desembocadura del Támesis. Mientras los bretones y germanos celebraban un banquete, el rey Vortigern se enamoró hasta tal punto de la bella Rowena, hija de Hengist, que la pidió en matrimonio y entonces ya no supo negar nada a los germanos, resignando el poder en sus manos. Destronado Vortigern, acabó sus días en cautividad.

Los hechos no sucedieron, en realidad, de modo tan simple. Con el tiempo, los germanos fundaron pequeños reinos en diversos lugares del territorio conquistado. Los jutos o daneses se asentaron en Kent. Los sajones avanzaron más a poniente, hacia el Wessex ("país de los sajones del oeste") y el Sussex ("país de los sajones del sur"); ocuparon también la desembocadura del Támesis, en el Middlesex ("país de los sajones del centro") y en el Essex ("país de los sajones del este"). Los anglos o ingleses, que acabaron dando su nombre a toda Inglaterra, se dirigieron al centro y hacia Norfolk ("pueblo del norte") y Suffolk ("pueblo del sur"), reunidos con el nombre de East-Anglia.

Mientras el paganismo se extendía de nuevo por la antigua Britania imperial, el cristianismo florecía en Irlanda, la verde isla situada al oeste. Y allí se desarrolló una iglesia cristiano-ortodoxa, distinta a la que el Papa mantenía bajo su férula patriarcal, iglesia que con el tiempo sería de primordial importancia para Europa occidental. La primera, además, en abrir brecha en el formidable muro del paganismo que anglos y sajones habían levantado en torno a Inglaterra.

Atila, el "azote de Dios"

Una vez que los hunos hubieron arrojado a los godos de Europa oriental; se establecieron en las estepas al norte del Danubio, en las regiones actuales de Hungría y Rumania. Desde allí se extendió sin cesar su dominio, de suerte que los hunos acabaron reinando como dueños y señores desde el Cáucaso hasta el Rin y desde el Danubio hasta cerca del Báltico.

En el año 423, un oficial del imperio romano de occidente llegaba a Hungría. Se llamaba **Aecio**. Un usurpador se había hecho proclamar emperador en Rávena y Aecio venía en su nombre a contratar a los hunos como mercenarios. Sus negociaciones tuvieron éxito, pero al llegar con sus sesenta mil hunos a Italia, la revuelta había sido sofocada y muerto el usurpador. Aecio no se desconcertó en absoluto. Se puso sencillamente al servicio del régimen que había querido derribar y, después de pasar algunos años en las Galias, fue elevado al cargo de general en jefe por Placidia, madre del emperador niño, la misma hija de Teodosio el Grande, cuyo matrimonio con el príncipe visigodo Ataúlfo provocara tanto escándalo. De esta manera, Aecio se convirtió, de hecho, en soberano del imperio romano de occidente.

Más de una vez se ha llamado a Aecio "el último de los romanos", y no sin razón. Habiéndose propuesto como ideal de su vida devolver al imperio los países perdidos con las invasiones germánicas, no vaciló en aliarse con los mismos hunos para alcanzar

esta meta. Durante un tiempo dispuso de su eficacísima ayuda, pero al convertirlos en el sostén del imperio, originaba un peligro mayor que el de los propios germanos. Así se demostró en su cruda realidad cuando, en 438, los hunos tuvieron en Atila un monarca de excepcional categoría.

Según Jordanes, Atila "era hombre de ademanes arrogantes, tenía una mirada singularmente ágil, aun cuando cada uno de sus movimientos dejaba traslucir el orgullo de su poderío". Prisco cuenta una recepción en el campamento de Atila:

> "Había mesas a cada lado de la de Atila. Un primer sirviente llevó ante Atila un plato de carne; detrás de ése, otros distribuyeron pan y luego otros, depositaron legumbres sobre la mesa. Pero mientras para los otros bárbaros, como asimismo para nosotros, los manjares venían bien arreglados en vajilla de plata, a Atila se le sirvió en una escudilla de palo, y únicamente carne. En todo mostraba la misma austeridad. Su vestido era simple y no ofrecía otro lujo que la limpieza. Aun su espada, los cordones de sus calzas, las riendas de su caballo no estaban, como las de los demás escitas, adornadas de oro, gemas ni materiales preciosos algunos (...). Cuando vino la tarde, se encendieron antorchas. Dos escitas se ubicaron frente a Atila y recitaron cantos compuestos por ellos para celebrar sus victorias y virtudes guerreras. Después apareció un orate, que se explayó en dislates e inepcias completamente horras de sentido común, haciendo reír a carcajadas a todo el mundo."

En 451, el "azote de Dios", como la historia ha apodado a Atila, lanzó sus hordas contra el imperio romano de occidente. Partiendo de Hungría, sus formidables ejércitos -medio millón, según la tradición- avanzaron en masa, pasaron el Rin e invadieron Galia, quemando y robando todo a su paso. La civilización occidental estaba herida de muerte.

Incluso en los momentos más críticos, Aecio supo conservar su sangre fría y el equilibrio de un romano antiguo. Se dirigió a toda prisa a las Galias y asumió en persona el mando supremo del ejército, constituido principalmente por burgundios, francos y otras tropas germánicas. Al mismo tiempo mandó emisarios al rey de los visigodos para pedirle ayuda, demanda atendida por el viejo Teodorico, que convocó a todos sus hombres hábiles y acudió en su auxilio.

Los Campos Cataláunicos

El memorable encuentro entre ambas fuerzas antagónicas tuvo efecto en los Campos de Chalons, extensa llanura de la Champaña. La batalla duró desde el alba hasta el anochecer. Los germanos, opuestos aquí a los hunos, simbolizaban al Occidente contra el Oriente; quizá no se haya visto jamás en la historia que dos fuerzas combatieran con odio tan feroz. Según la tradición, sucumbieron más de veinte mil hombres. Los visigodos sintieron el dolor de ver perecer a su anciano y valiente rey Teodorico. Pero no cedieron, sino al contrario: en plena y sangrienta lucha, izaron al hijo del héroe muerto sobre sus escudos abollados—los antiguos germanos proclamaban un nuevo rey levantándolo sobre el "pavés"—y reanudaron la lucha. Cuando se ocultó el sol y se extendieron las sombras sobre los Campos Cataláunicos, la fuerza ofensiva de los hunos quedaba aniquilada. Atila se retiró del campo de batalla y refugióse en su campamento de carros.

Los visigodos quisieron atacar de inmediato el campamento huno y asestar el golpe de gracia, pero Aecio se opuso a ello. El romano era tan sagaz político como buen capitán. No quiso aniquilar a los hunos, pues Roma quizá pudiera necesitarlos algún día para contrarrestar a los visigodos o a otros pueblos germánicos. De este modo, con gran

sorpresa suya, Atila encontró libre la retirada; el jefe de los hunos agrupó el resto de sus tropas y se dirigió, tan pronto como pudo, a las llanuras magiares. Apenas pasado un año, Atila reapareció de súbito en escena. Esta vez era Italia entera la amenazada. Los hunos invadieron las llanuras del Po por la frontera septentrional. El camino de Roma aparecía libre ante ellos y ningún poder del mundo era capaz de salvar la ciudad de tales hordas a caballo. Sin embargo, ocurrió algo increíble, un enigma que nadie ha sabido explicar: Atila no llegó a Roma. De modo inesperado, dio media vuelta y regresó por el camino por donde viniera.

Poco tiempo después, de este a oeste, se exhaló un suspiro de alivio: el "azote de Dios" había dejado de existir, según tradición, muerto por la bella Hildegunda—o Ildico—, hija del rey de los burgundios, a quien forzara a casarse con él. Entre galos y germanos, la memoria de Atila se perpetúa en innumerables relatos legendarios; con el tiempo, su figura adquirió proporciones gigantescas. Los magiares, que ocuparon Hungría ("país de los hunos") desde comienzos del siglo XI, enarbolarían el emblema de Atila en sus estandartes al aparecer por vez primera en Europa y lo considerarían uno de sus héroes nacionales. En los cantos de la *Edda* escandinava se le llama Atli, y Etzel en la *Canción de los Nibelungos*. Con la muerte de Atila, el poder de los hunos se derrumbó. Los pueblos germánicos sometidos por ellos se sublevaron y poco después el temido reino de los hunos desaparecía para siempre.

El hombre que opuso una barrera definitiva a la ofensiva de los hunos no sobrevivió más de un año a su temible adversario. Tuvo el mismo final que su célebre predecesor, el vándalo Estilicón. Las intrigas y la calumnia hicieron mella en el aún más mezquino Valentiniano III. Tras una violenta escena sostenida con el general, el propio emperador asesinó al gran estadista a puñaladas. Meses más tarde, los amigos de Aecio lo vengaron dando muerte al emperador durante un desfile militar.

Mientras tanto, el rey vándalo de Cartago esperaba el momento en que le sonriera la suerte. Cuando ya no hubo nada que temer, Genserico se dispuso a "vengar la muerte del emperador". Es posible que fuese invitado a ello por la viuda de Valentiniano, Eudoxia, hija de un emperador bizantino, ya que los nuevos dueños de Roma querían obligarla a casarse con el sucesor de su esposo asesinado. De todas formas, no pasó mucho tiempo sin que una flota vándala surcase la desembocadura del Tíber; días después, Genserico y los suyos hollaban el suelo de Roma. Era el año 455: Roma sufrió un saqueo aún más horroroso que el que soportara con los visigodos 45 años antes. Durante dos semanas se desmandaron las insaciables hordas por la ciudad y se llevaron todo cuanto tenía algún valor.

Cuando los navíos de Genserico levaron anclas rumbo al África, llevaban cuantiosos objetos preciosos y algunos cautivos ilustres. La emperatriz Eudoxia, casada a la fuerza con el senador Máximo y viuda por segunda vez, se encontraba a bordo con sus dos hijas. Una de ellas se casaría más tarde con el hijo mayor y sucesor de Genserico. Tras el horizonte lejano quedaba Roma profundamente humillada. Seis siglos habían transcurrido desde que la república romana, con su amargo rencor, arrasara Cartago y arara el suelo de esta orgullosa ciudad. Ahora el ciclo de la historia había dado un giro completo: la nueva Cartago vengaba a la antigua.

Batalla de los Campos Cataláunicos.

CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO DE OCCIDENTE

Una larga agonía

El trono imperial era ocupado por emperadores desprovistos de poder y por entero en manos de jefes mercenarios germánicos. El último de los espectros imperiales hubo de abdicar cuando apenas tenía dieciséis años, a pesar de reunir en su nombre los del primer rey y del primer emperador de Roma: lo llamaban burlonamente, en efecto, **Rómulo Augústulo**. El hombre que acabó con su reinado ilusorio fue un mercenario hérulo llamado **Odoacro**, proclamado rey por sus soldados en 476. En cuanto a Rómulo Augústulo, le pareció tan inofensivo, que ni se tomó la molestia de darle muerte. El imperio romano de occidente había dejado de existir.

Las causas de la caída del imperio romano no fueron sólo de orden político y social, sino también económico, moral y religioso. Pero desde cualquier punto de vista que se enfoque el problema, se llega a la conclusión que las causas de la decadencia romana deben ser atribuidas, ante todo, a la corrupción de costumbres en las ciudades y al debilitamiento del sentido cívico en lodo el imperio. Lo único que, a pesar de todo, mantenía aún cierta cohesión, era su organización, su rígida organización política, social y económica.

El imperio había perdido su magnífica fuerza vital. El ciudadano romano no sentía ya que estuviera sirviendo a su país, y rehuía cumplir con sus deberes civiles y militares: para los primeros, se le pudo seguir obligando; para los segundos, se reclutaron mercenarios extranjeros. Sería injusto, sin embargo, pretender que había desaparecido todo espíritu de solidaridad; estaba aún bastante vivo, pero no en su aspecto cívico. En el campo de la asistencia social, la caridad evangélica hizo maravillas; en el terreno

cultural entre los pueblos germánicos, las instituciones eclesiásticas también se prodigaron. La atención y anhelos de la Iglesia se orientaban hacia lo que san Agustín, el célebre padre de la Iglesia, expuso en su obra apologética *Ciudad de Dios*: la realización del reino de Dios, enredado en la Tierra hasta la consumación de los siglos con el reino de Satanás: amor a Dios hasta el olvido de sí; contra amor a sí mismo hasta el olvido de Dios.

Los investigadores que basan su interpretación de la historia universal ante todo, e incluso exclusivamente, en causas económicas, han defendido más de una vez la tesis según la cual la decadencia del imperio fue debida, sobre todo en tiempos de los últimos monarcas, a la exportación masiva de capitales; unos, hacia la India, para la compra de objetos de lujo, y otros, que se consumían en los sueldos de mercenarios germánicos. Cabe preguntar, sin embargo, si este fenómeno no es más bien un síntoma que una causa. Cuando la situación económica de un Estado es sana, la exportación de la producción nacional equilibra cualquier salida de capitales.

Puede ser que el proceso morboso que acabaría con la sociedad romana se remontara a la época de los Gracos, cuando los campesinos comenzaron a sufrir cada vez más la competencia de la mano de obra esclava. Las luchas del proletariado deseoso de obtener una parte del botín procedente de Oriente, las guerras civiles y las proscripciones, provocaron el exterminio de casi todos los hombres de mérito. De esta "extinción de los mejores", prolongada durante la época imperial, Roma ya no pudo reponerse. La consecuencia fue un espantoso desnivel moral e intelectual del pueblo romano, tanto más doloroso por ser la hemorragia compensada con un aflujo de elementos equívocos procedentes de la parte oriental del imperio. Pero siendo el imperio bastante mayor que Roma o Italia, los factores que explican la decadencia de los romanos no necesariamente explican la de un imperio cada siglo más ecuménico, más autodinámico, menos dependiente de la sociedad romana.

Al caer el imperio romano de occidente, el soberano de Constantinopla fue considerado como el único heredero de los Césares.